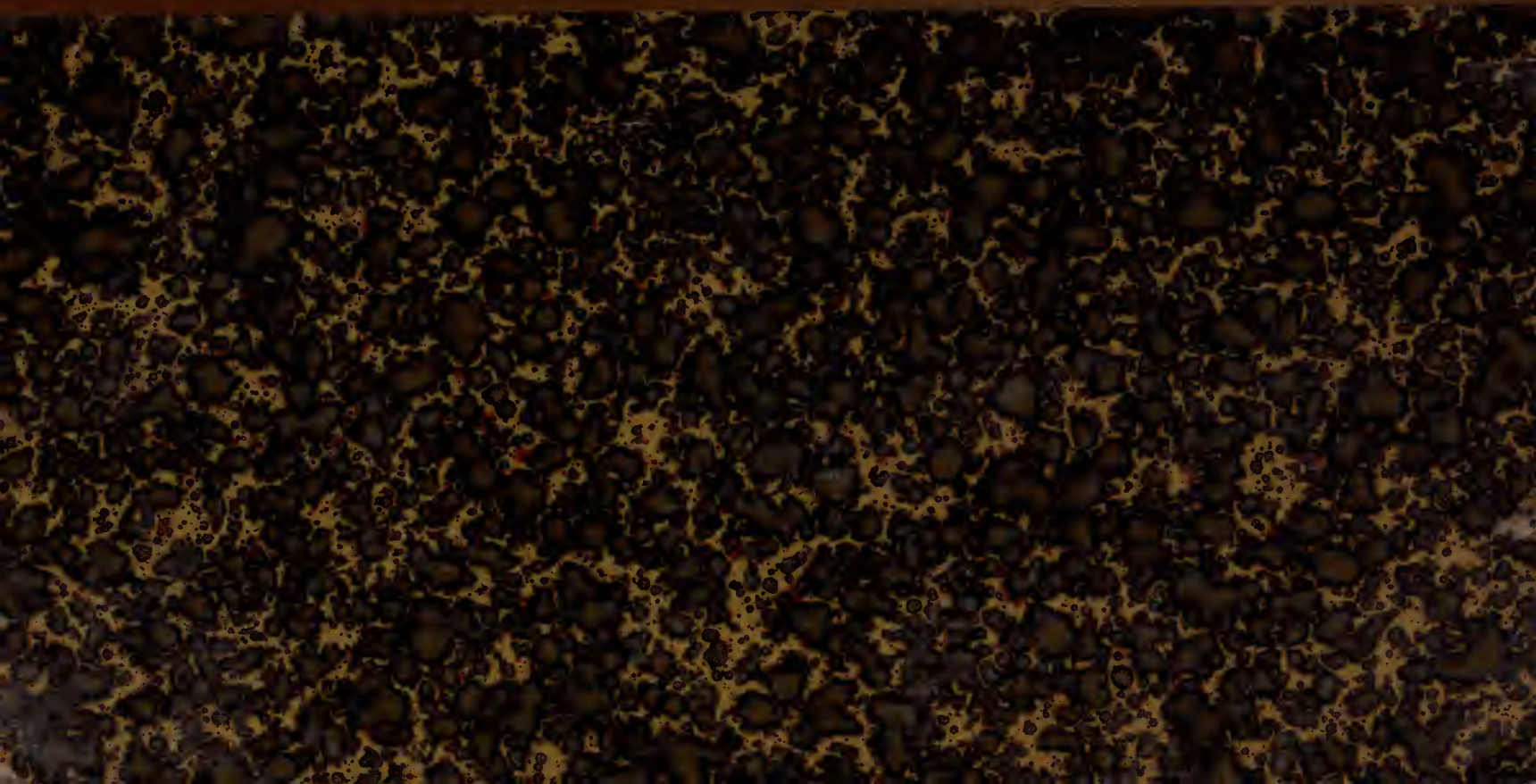
3 1761 08166245 4



ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO V NÚM. LVIII

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

OCTUBRE—1893

AGUSTÍN AVRIAL, IMPRESOR
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 5
no. 58-60

VENGANZA DE UNA MUJER [1]

FORTITER.

Muchas veces he oído hablar del atrevimiento de la literatura moderna; pero, por mi cuenta, nunca he creído en esa audacia. Esa acusación no es más que una bellaquería de moralidad. La literatura, que durante tanto tiempo se ha dicho que es el retrato de la sociedad, no la retrata de ningún modo; antes al contrario, cuando alguien más resuelto que los demás ha intentado ser más atrevido, ¡sabe Dios en qué gritos ha hecho prorrumpir! Ciertamente que si en ello se repara, se ve que la literatura no expresa la mitad de los crímenes que la sociedad comete misteriosa é impunemente todos los días, con una frecuencia y una facilidad hechiceras. Preguntádselo á todos los confesores, que serían los más grandes novelistas del mundo si pudiesen contar las historias que se les meten por los oídos en el confesonario. Preguntadles el número de incestos (por ejemplo) enterrados en las familias más altivas y más elevadas, y ved si la literatura, á quien tanto se le acusa de inmoral osadía, se ha atrevido nunca á referirlos, ni aun para amedrentar. Excepto el leve soplo, que no es más que un soplo y pasa como un soplo, en el *Renato* de Chateaubriand—del religioso Chateaubriand—no sé de ningún libro en que el incesto, tan común en nuestras costumbres (lo mismo arriba que abajo, y tal vez abajo más que arriba), haya sido nunca tema francamente planteado de una narración que pudiera sacar de ese asunto *efectos* de una moralidad verdaderamente trágica. La literatura moderna, á la cual arroja su piedrecita la ñoñería, nunca se ha *atrevido* con las historias de Myrra, de Agripina y de Edipo, que son historias eternas y muy reales, puesto que yo no he vivido—á lo menos hasta ahora—en más infierno que en el infierno social y he conocido y codeado á no pocos Myrras, Edipos y Agripinas en la vida privada y en la mejor sociedad, como se dice. ¡Caramba! las cosas no pasaban nunca

(1) Publicamos esta maravillosa relación escrita por el ilustre autor católico J. Barbey D'Aurevilly, llevados del propósito de recoger en LA ESPAÑA MODERNA, como en un Museo, las joyas literarias de autores extranjeros en las cuales se describen, *con más ó menos exactitud*, costumbres históricas, políticas ó sociales de nuestra patria.—(N. DEL D.)

como en el teatro; pero á través de las superficies sociales, de las precauciones, los temores y las hipocresías, transparentábase eso... Conozco á una señora á lo Enrique III—y todo París la conoce—que lleva en el cinturón rosarios de calaveritas de oro cincelado, sobre falda de terciopelo azul, y que se da disciplinazos; mezclando así con el saborejo de sus penitencias el saborejo de los otros placeres de Enrique III. Pues bien; ¿quién escribiría la historia de esta mujer, que escribe libros devotos, y de la cual creen los jesuítas que es un hombre (¡bonito detalle picaresco!) y hasta un santo?... No hace tantos años que todo París ha visto á una mujer, del faubourg Saint-Germain, quitar á su madre su amante; y furiosa al ver á ese amante reanudar las relaciones con la madre, que á pesar de ser vieja sabía hacerse amar mejor que ella, robar las apasionadísimas cartas de ésta á ese hombre tan querido, hacerlas litografiar y echarlas á miles desde el *Paraíso* (bien llamado para una acción semejante) en la sala de la Opera un dia de primera representación. ¿Quién ha escrito la historia de esta otra mujer?... La pobre literatura ni siquiera sabría por dónde tomar tales historias para contarlas.

Y eso es lo que habría que hacer, si hubiese audacia. La historia tiene Tácitos y Suetonios, la novela no los tiene—por lo menos dentro del orden elevado y moral del talento y de la literatura.—Verdad es que la lengua latina desafía á la honestidad, como pagana que es; al paso que nuestra lengua fué bautizada con Clovis en la pila de San Remy, adquiriendo en ella un pudor imperecedero, puesto que aún se ruboriza esta vieja. No obstante, si se *atrevieran á atreverse*, podrían existir un Suetonio ó un Tácito novelistas, porque la novela es especialmente la historia de las costumbres, narrada y dialogada, como lo es á menudo la historia misma. No hay más diferencia que ésta: que una (la novela) pone las costumbres bajo la tapadera de personajes inventados, y la otra (la historia) dice los nombres y las señas. Sólo que la novela ahonda mucho más que la historia. Aquella tiene un ideal, y ésta no lo tiene: está atada por la realidad. La novela conserva también mucho más tiempo en escena. Dura más Lovelace en Richardson, que Tiberio en Tácito. Pero si Tiberio estuviese tan detallado en Tácito como Lovelace lo está en Richardson, ¿creéis que perdería con ello la historia y que Tácito no sería más terrible?... La verdad, no temo escribir que Tácito como pintor no está al nivel de Tiberio como modelo, y que á pesar de todo su genio queda aplastado por él.

Y aún hay más. A este desfallecimiento inexplicable, pero chocante en la literatura, cuando se compara su realidad con su reputación, añádase la fisonomía que el crimen ha adquirido en este tiempo de inefables y deliciosos progresos. La extremada civilización quita al crimen su horrible poesía y no permite al escritor restituírsela. Eso sería demasiado horrendo, dicen las almas que quieren que todo se emperi-

folle, hasta lo espantoso. ¡Beneficios de la filantropía! Imbéciles criminalistas disminuyen la penalidad, é ineptos moralistas el delito; y aun así, no lo disminuyen sino para disminuir la pena. Sin embargo, los crímenes de la extremada civilización son, de seguro, más atroces que los de la suma barbarie, por el hecho de su refinamiento, de la corrupción que suponen, y de su grado superior de intelectualidad. La Inquisición lo sabía bien. En una época en que la fe religiosa y las costumbres públicas eran fuertes, la Inquisición, ese tribunal que juzgaba el pensamiento, esa grandiosa institución cuya sola idea retuerce nuestros débiles nervios y escarabajea en nuestras cabezas de chorlito, la Inquisición sabía muy bien que los crímenes espirituales eran los más grandes, y como tales los castigaba... Y, de hecho, si esos crímenes hablan menos á los sentidos, dicen más al pensamiento; y, en último término, el pensamiento es lo más profundo que existe en nosotros. Hay, pues, para el novelista un género de brío trágico desconocido que sacar de esos crímenes, más intelectuales que físicos, que no parecen delitos á la superficialidad de las vetustas sociedades materialistas, porque en ellos no se derrama sangre y porque el homicidio sólo existe en el orden de los sentimientos y de las costumbres... De este género de tragedias hemos querido dar aquí un trasunto, contando la historia de una venganza de la más espantosa originalidad, en la cual no corrió la sangre, ni hubo puñal ni veneno; en una palabra, un crimen *civilizado*, en el que no hay nada de invención de quien lo cuenta, á no ser la manera de contarlo.

Hacia el fin del reinado de Luis Felipe, un hombre joven colábase de rondón una noche por la calle Baja de la Muralla, que en aquellos tiempos merecía bien su nombre de calle Baja, por estar menos elevado su piso que el suelo del bulevar, formando una excavación mal iluminada y oscura siempre, á la cual se descendía por dos escaleras que se daban la espalda, si puede así decirse de dos escaleras. Esa hondonada, que ya no existe, y que se prolongaba desde la Calzada de Antin hasta la calle de Caumartin, delante de la cual recobraba el terreno su nivel; esa especie de rambla sombría, donde apenas penetraba la luz del sol, estaba muy mal concurrida cuando cerraba la noche. El diablo es el príncipe de las tinieblas, y tenía allí uno de sus principados. Poco más ó menos, en el centro de esa excavación, costeada en un lado por el bulevar en forma de terraza, y en el otro por silenciosos caserones con puertas cocheras y algunas prenderías, había un pasaje estrecho y sin cubierta, donde á poco viento que hiciese tocaba como en una flauta, y que á lo largo de una tapia y de las casas en construcción conducía á la calle Nueva de los Maturinos. Dicho joven, muy bien puesto, que acababa de tomar ese camino, el cual

no debía ser para él el camino recto de la virtud, no lo había tomado sino porque iba siguiendo á una mujer que se había metido sin vacilar y sin remilgos en la sospechosa oscuridad de aquel pasadizo. Ese joven era un elegante — un *guante amarillo*, como se decía de los elegantes de aquel tiempo. — Había comido en grande en el café de París, y mascando el mondadientes habíase ido á recostar en la barandilla de Tortoni (hoy suprimida), y á decir chicoleos desde allí á las mujeres que pasaban á lo largo del bulevar. Precisamente, aquélla había pasado varias veces por delante de él; y aunque esta circunstancia, así como el modo harto *llamativo* de vestir de esa mujer y el contoneo de caderas de sus andares eran suficientes rótulos; aunque aquel joven, que se llamaba Roberto de Tressignies, estaba horriblemente hastiado y regresaba de Oriente, donde había visto al animal «mujer» en todas las variedades de su especie y de sus razas, á la quinta vez de pasar aquella transeunte nocturna, la había seguido *perramente*, como decía burlándose de sí mismo; — porque tenía la facultad de mirarse á sí propio en acción y juzgarse conforme obraba, sin que su juicio, á menudo contrario á sus actos, lo impidieran, y sin que sus actos perjudicasen á su juicio ¡asíntota terrible! — Tressignies tenía más de treinta años. Había llevado esa sandia vida de la primera juventud, que hace del hombre el Jocrisse de sus sensaciones, y para quien la primera mujer que pasa es un imán. Ya no estaba en eso. Era un libertino frío y muy de esta época positivista, un libertino fuertemente intelectualizado, que había reflexionado bastante acerca de sus sensaciones para no poder ser engañado por ellas, y que no tenía miedo ni horror á ninguna. Lo que acababa de ver, ó lo que había creído ver, habíale inspirado la curiosidad que quiere ir al fondo de una sensación nueva. Había, pues, abandonado la barandilla y seguido... muy resuelto á llevar hasta su término la vulgarísima aventura que entreveía. En efecto, aquella mujer, que iba desplegando velas ante él, ondulosa como una ola, no era más que una moza del partido de lo más bajo; pero era tan hermosa, que parecía extraño cómo esa hermosura no la había hecho picar más alto y cómo no la había salido un aficionado que la salvase de la abyección de la calle; porque cuando Dios planta en París una mujer guapa, el diablo planta inmediatamente un majadero para sostenerla.

Y además, Roberto de Tressignies tenía también para seguirla otra razón que no era su soberana hermosura, la cual no veían tal vez esos parisienses tan poco conocedores de la verdadera belleza y cuya estética carece sobre todo de nobleza, democratizada como todo lo demás. Aquella mujer era para él una semejanza. Era ese pájaro burlón que canta como el ruiseñor, y del cual habla Byron en sus Memorias con tanta melancolía. Recordábale otra mujer vista en otra parte... Estaba seguro, absolutamente seguro de que no

era ella; pero se parecía hasta el punto de engañarse, si no hubiese sido imposible tal engaño... Y por de contado, veíase más atraído que suspenso, pues tenía suficiente experiencia como observador para saber que, en último término, hay mucha menos variedad de la que se cree en los rostros humanos, cuyas facciones están sujetas á una geometría estrecha é inflexible y pueden condensarse en algunos tipos generales. La belleza es una. Sólo la fealdad es múltiple, y aún su multiplicidad se agota muy pronto. Dios ha querido que no hubiese infinito más que la fisonomía, porque la fisonomía es una inmersión del alma á través de las líneas correctas ó incorrectas, puras ó movidas, del rostro. Tressignies decíase confusamente á sí mismo todo eso, ajustando el paso al de aquella mujer que iba sinuosamente á lo largo del bulevar y lo cortaba como una hoz, más altanera que la Reina de Saba, del Tintoretto mismo, con su vestido de raso amarillo, de azafrán con tonos de oro, ese color predilecto de las jóvenes Romanas, y cuyos pliegues relucientes y brillantes hacía destellar y chillar, cuando andaba, como un llamamiento á las armas. Con exageradas curvas, como es raro en mujeres francesas, envolvíase en un magnífico chal turco de anchas rayas blancas, escarlata y oro; y la pluma roja de su sombrero blanco, espléndido, de mal gusto, la llegaba vibrando hasta el hombro. Recuérdese que en aquella época, las mujeres llevaban plumas inclinadas en el sombrero, que llamaban plumas de *sauce llorón*. Pero nada lloraba en aquella mujer; y la suya, expresaba otra cosa que no era melancolía. Tressignies, que creía que iba á tomar por la calle de la Calzada de Antín, centelleante con sus mil mecheros de luz, vió con sorpresa todo aquel lujo estrepitoso de cortesana, toda aquella fachenda de mujerzuela ébria de si misma y de la seda que arrastraba, meterse por la calle Baja de la Muralla, vergüenza del bulevar en aquel tiempo. Y el elegante, con botas de charol, menos valiente que la mujer, vaciló antes de entrar *allá adentro*... Pero eso no duró más que un segundo... La falda de oro, perdida de vista un instante en las tinieblas de aquel negro agujero, relumbró á lo lejos, después de pasar del único farol que aparecía entre ellas como un punto luminoso, y lanzóse él en su busca para alcanzarla. No le costó gran trabajo, porque le aguardaba ella, segura de que él acudiría; y entonces, en el momento de alcanzarla, fué cuando le miró de frente para que pudiese verla bien la cara, y clavó sus ojos en los de él con todo el descoco de su oficio. Quedóse literalmente cegado por la magnificencia de aquel rostro teñido de colorete en las mejillas, pero de un moreno dorado como las alas de ciertos insectos, y que no podía palidecer con la tenue claridad vertida por el farol del alumbrado público.

—¿Eres española?—dijo Tressignies que acababa de reconocer uno de los más hermosos tipos de esa raza.

—*Sí*—respondió ella.

¡En aquella época, ser española era una gran cosa! Era un valor muy buscado en la plaza. Las novelas de entonces, el teatro de Clara Gazul, las poesías de Alfredo de Musset, los bailes de Mariano Camprubí y de Dolores Serral, hacían apetecer excesivamente las mujeres de color de naranja con mejillas de granada, y quien se jactaba de ser española no siemre lo era, pero jactábase de serlo. Sólo que aquella no parecía dar más importancia á su calidad de española que á cualquiera otra cosa que hubiese hecho relumbrar.

—¿Vienes?—le dijo en francés, á quemarropa, y con el tuteo que hubiera empleado la última mujerzuela de la calle de las Garruchas, existente entonces también.—¿La recuerdan Vds.? ¡Una inmundicia!

El tono, la voz ya ronca, aquella familiaridad prematura, ese tuteo tan divino—¡el cielo!—en labios de una mujer que os ama, y que se trueca en la más sangrienta de las insolencias en boca de una criatura abyecta para quien sólo sois un transeunte, hubiera bastado para desembriagar de asco á Tressignies; pero le tenía cogido el demonio. La curiosidad, salpimentada de apetencia, que le había acometido al ver á aquella mujer pública que era para él más que carnes magníficas embutidas en raso, le hubiesen hecho tragar no la manzana de Eva, sino todos los sapos de una escuercera.

—¡Vive Dios, si voy!—dijo. Y pensó:—¡Como si pudiese dudarlo ella! Mañana me pondré en lejía.

Estaban al final del pasaje por donde se iba á la calle de los Maturinos; metiéronse en ésta. En medio de los enormes cascotes que yacían allá y de las construcciones que se alzaban, erguíase con una oscuridad más intensa destacándose sobre un cielo oscuro ya, una sola casa en pie sobre sus cimientos, sin vecinas, estrecha, fea, ceñuda, medio cayéndose, que parecía haber visto muchos vicios y muchos crímenes en todos los pisos de sus viejas paredes cuarteadas; y acaso la habían dejado allí para que aún viese más. ¡Larga percha de casa ciega, puesto que no había luz en ninguna ventana (y las ventanas son los ojos de las casas), y que parecía echaros la garra á tientas por la noche! Aquella horrible casa tenía la clásica puerta entornada de los chamizos; y, en el fondo de un innoble zaguán estrecho y largo, la escalera de la cual se veían algunos peldaños iluminados desde arriba por una luz vergonzosa y sucia... Entró la mujer en aquel portal estrecho, llenándolo con la anchura de sus hombros y la amplitud rozagante y ondulosa de sus faldas; y con pie acostumbrado á tales ascensiones, subió con rapidez la escalera de caracol, imagen exacta porque aquella escalera tenía la viscosidad de ese molusco... Cosa no usual en esos tabucos: al subir, iluminábase aquella abominable escalera; ya no era la opaca luz del quinqué apestando á aceite que subía por las paredes del piso principal, sino una claridad que en el segundo piso se aumentaba hasta el esplendor. Dos candelabros de bronce llenos de velas é incrustados en la

pared alumbraban con extraño fausto una puerta de aspecto común, encima de la cual había un tarjetón, para que se supiese dónde se entraba, tarjeta en que las rameras ponen su nombre; porque si tienen alguna reputación y alguna belleza, el pabellón cubre la mercancía. Sorprendido por ese lujo tan fuera de lugar en semejante sitio, Tressignies puso más atención en esos hacheros de un estilo casi grandioso, que una potente mano de artista había retorcido, que en la tarjeta y en el nombre de la mujer, de lo cual no necesitaba enterarse puesto que iba acompañándola. Al mirarlos el, mientras ella hacía girar una llave en la cerradura de aquella puerta de tan extraño adorno é inundada de luz, vínole á la memoria el recuerdo de las *sorpresas* de las casuchas del tiempo de Luis XV, y pensó: «Esta muchacha habrá leído algunas novelas ó algunas Memorias de aquel tiempo, y habrá tenido el capricho de poner una linda habitación llena de voluptuosas coqueterías, donde nunca se hubiera sospechado...» Pero al abrirse la puerta, lo que encontró hizo redoblar su asombro, sólo que en sentido opuesto.

En efecto, no era más que el aposento trivial y desordenado de esas mozas... Vestidos tirados acá y allá confusamente encima de todos los muebles y una cama espaciosa—el campo de maniobras—con los inmorales espejos en el testero y en el techo de la alcoba, decían con claridad en casa de quién se estaba. En la chimenea, frascos que no se había pensado en volver á tapar antes de salir de nuevo á la campaña nocturna, cruzaban sus perfumes en la atmósfera tibia de aquel cuarto donde la energía de los hombres tenía que disolverse á la tercera respiración... Dos candelabros encendidos, del mismo estilo que los de la puerta, alumbraban á los dos lados de la chimenea. Pieles de animales yacían por todas partes en el suelo encima de la alfombra. Todo se había previsto. Por último, una puerta abierta permitía ver por debajo de sus cortinajes un misterioso gabinete tocador, la sacristía de esas sacerdotisas.

Pero Tressignies no vió hasta más tarde todos estos detalles. Al principio sólo vió la muchacha con quién acababa de subir. Sabiendo dónde estaba, no se anduvo en chiquitas. Sentóse al descuido en el diván, atrayendo entre sus rodillas á aquella mujer, que se había quitado sombrero y chal, y los había tirado encima de una butaca. La cogió por la cintura, como ciñéndosela entre ambas manos cruzadas, y la miró así de arriba á abajo, como un bebedor levanta á la luz, antes de beberlo, el vaso de vino que va á embocarse. Sus impresiones del bulevar no habían mentido. Para un catador de mujeres, para un hombre hastiado, pero viril, era verdaderamente espléndida. Aquella mujer, tenía siempre á toda luz, el parecido que tanto le había chocado entre los movibles resplandores de la calle, mezclados de tinieblas. Sólo que *aquella* en quien le hacía pensar no tenía en el rostro, de facciones tan semejantes que parecían idénticas, esa

expresión de altivez resuelta y casi terrible que el diablo, ese padre burlón de todas las anarquías, negó á una duquesa y concedió á una paloma callejera, ¿y para qué? Con la cabeza descubierta, los negros cabellos, la falda amarilla y los anchos hombros, excedidos en anchura por las caderas, recordaba la *Judith* de Vernet (un cuadro de aquel tiempo), pero con el cuerpo mejor formado para el amor y con el rostro más feroz todavía. Aquella tétrica ferocidad, acaso proviniese de una honda arruga vertical entre sus dos hermosas cejas, que se prolongaban hasta las sienes — como había visto Tressignies en algunas asiáticas en Turquía—y las cuales aproximaba con una preocupación tan continua, que la hacían parecer cejijunta. ¡Contraste apabullante! Aquella moza del partido tenía el talle de su oficio, pero no la cara. Aquel cuerpo de cortesana, que con tanta elocuencia decía: «¡Tómame!»; aquella copa del amor, de redondos costados, que invitaba á las manos y á los labios, estaban coronados por un rostro que hubiera detenido el deseo por la altivez de su fisonomía y petrificado en el respeto la voluptuosidad más ardiente. Por fortuna, la voluntaria sonrisa flexible de la cortesana, y con la cual sabía profanar la curva idealmente desdeñosa de sus labios, adhería bien pronto á ella aquellos á quienes hubiera espantado la cruel altivez de su cara. En el bulevar paseaba el gancho de esa sonrisa desplegada impúdicamente en sus rojos labios; pero en el momento de tenerla Tressignies de pie entre las rodillas, estaba seria; y era tan extrañamente implacable su expresión, que sólo le faltaba el alfanje en las manos para que el *dandy* de Tressignies hubiera podido, sin fatuidad, creerse un Holofernes.

La cogió las manos inermes y se convenció de su soberana belleza. Dejábale ella hacer silenciosamente todo aquel examen de su persona, y le miraba también, no con la curiosidad fútil ó sórdidamente interesada de las mujeres de su condición, que al miraros parece que os toman á peso como una moneda de oro sospechosa... Con toda evidencia, tenía puesto el pensamiento en otra cosa que no era ni el lucro que iba á granjearse, ni el placer que iba á producir. En las abiertas ventanillas de la nariz, tan expresivas cual los ojos y por donde—como por éstos—debía de arrojar llamas, había una resolución suprema, como la de un crimen que se va á cometer. «Si lo implacable de este rostro fuese por acaso la implacabilidad del amor y de los sentidos, ¡qué buena fortuna para ella y para mí, en estos tiempos de impotencia!»—pensó Tressignies, quien antes de entregarse al capricho la detallaba como á un caballo inglés. El peritísimo, el gran crítico en materia de mujeres, el que había comprado las más hermosas doncellas en el mercado de esclavas de Andrinópolis y sabía el precio de la carne humana, cuando era de aquel color y de aquella densidad, á cambio de dos horas con esta mujer, echó un puñado de luises en una copa de cristal azul puesta al nivel de la mano encima de una consola, y que

probablemente nunca había recibido tanto oro.

—¡Ah! ¿Con que te gusto mucho?—exclamó ella con audacia y dispuesta á todo, impresionada por el ademán que acababa de hacer él; y quizá impaciente por aquel examen en el cual parecía más fuerte la curiosidad que el deseo, lo que era para ella una pérdida de tiempo ó una insolencia.—¡Déjame quitarme todo esto!—añadió, como si le pesasen los vestidos, y haciendo saltar los dos primeros botones del cuerpo.

Y desprendióse de las rodillas de él, para irse al tocador inmediato... ¡Prosaico detalle! ¿Quería *cuidar* la ropa? El vestido es la herramienta de esas trabajadoras... Tressignies, que ante aquel rostro soñaba con la insaciabilidad de Mesalina, volvió á caer en el ramplón vulgarismo. Sintióse de nuevo en casa de la ramera, la ramera de París, á pesar de lo sublime de una fisonomía que contrastaba cruelmente con el destino de su poseedora. «¡Bah! —pensó;—la poesía nunca está más que en la piel de estas pícaras, y no hay que tomarla sino allí donde se encuentra.»

Y prometióse tomarla allí; pero también encontró la poesía, ciertamente, donde no sospechaba que estuviese. Hasta entonces, al seguir á esa mujer, no había obedecido sino á una irresistible curiosidad y á un capricho sin nobleza. Pero cuando la que con tanta presteza se los había inspirado salió del tocador, donde había ido á quitarse todas sus galas nocturnas, y volvió hacia él con una vestimenta, que no lo era de gladiadora que va á combatir, quedóse literalmente herido por el rayo de una belleza que sus ojos duchos, esos ojos de escultor que tienen los hombres mujeriegos, no había adivinado por completo en el bulevar á través de las reveladoras sugestiones del vestir y del andar. No le hubiera pasmado más si, en vez de ella, hubiese entrado por la puerta un rayo... No estaba del todo desnuda, sino mucho peor: estaba harto más indecente y provocativa que si hubiese estado desnuda por completo. Los mármoles están desnudos, y la desnudez es casta: es la suya hasta la valentía de la castidad. Pero aquella meretriz malvadamente impúdica, que se hubiera abrasado ella misma, como una de las antorchas vivas de los jardines de Nerón, para incendiar mejor los sentidos de los hombres, y á quien sin duda su oficio la había hecho aprender las prácticas más bajas de la corrupción, había combinado la transparencia insidiosa de los velos y lo atrevido de las carnes con el genio y el mal gusto de un libertinaje atroz; porque—¿quién no lo sabe?—en materia de libertinaje, el mal gusto es una potencia... Por los detalles de aquel tocado, monstruosamente provocador, recordaba á Tressignies aquella estatuita indescriptible, ante la cual se había detenido á veces expuesta como estaba en todas las tiendas de bronces artísticos del París, de entonces, y en el zócalo de la cual sólo se leian estas palabras misteriosas: *La señora Husson*. ¡Peligroso ensueño

obsceno! Y aquí el ensueño era una realidad. En presencia de aquella irritante realidad, de aquella belleza absoluta (pero sin la frialdad que ésta suele tener), Tressignies, *de regreso de Turquía*, aunque hubiera sido el más hastiado de los pachaes de tres colas, hubiese recuperado la lujuria de un cristiano y hasta de un anacoreta. Por eso, cuando, segurísima de los trastornos que estaba acostumbrada, á producir, se acercó impetuosa á él y le puso á tiro de beso, el azafate de las sabrosas magnificencias de su pechera, con el rebuscado movimiento de la cortesana que tienta al santo en el cuadro de Pablo Veronés, Roberto de Tressignies, que no era un santo, aceptó el regalo que le ofrecían y cogió en sus brazos á aquella brutal tentadora, con un ímpetu compartido por ella, puesto que en ellos habíase arrojado. ¿Se echaba así en todos los brazos que la oprimían? Por superior que fuese en su oficio ó en su arte de cortesana, aquella noche estuvo con un ardor tan furioso y exaltado, que ni aun el arrebato de unos sentidos excepcionales ó enfermos hubiese bastado para explicarlo. ¿Estaba en los comienzos de aquella horrible vida de prostituta, para hacerlo con tal furia? Era en verdad algo tan feroz y encarnizado, que hubiérase dicho que quería dejar su propia vida ó coger la de otro en cada una de sus caricias.

Por aquel tiempo, las mujeres de su calaña en París, que no hallaban suficiente serio el bonito nombre de *loretas* que les había puesto la literatura y que inmortalizó Gavarni, se hacían llamar orientalmente *panteras*. Pues bien; ninguna de ellas hubiese justificado mejor este nombre de pantera... Aquella noche tuvo su agilidad, sus contoneos, sus saltos, sus zarpadas y sus mordiscos.

Tressignies pudo convencerse de que ninguna de las mujeres que hasta entonces habían pasado por sus brazos, le habían producido las inauditas sensaciones que le produjo aquella criatura, loca del cuerpo hasta hacer contagiosa la locura; y, sin embargo, ¡ya había amado Tressignies! Pero, preciso es decirlo, para gloria ó ludibrio de la naturaleza humana: en lo que se llama placer, quizá con harto menosprecio, hay abismos tan profundos como en el amor. ¿Le atrajo á esos abismos, como el mar atrae á los suyos al nadador más fuerte? Excedió, y con mucho, sus más pecaminosos recuerdos de libertino, y hasta los ensueños de una imaginación como la suya, violenta y corrompida á la vez. Olvidóse de todo, de quién era ella, y á qué había ido él, y aquella casa y aquel aposento que al entrar casi le dieron nauseas. Positivamente, trasegó ella á su cuerpo el alma de él... Embriagóle hasta el delirio, á unos sentidos tan difíciles de excitar. Por último, tales fueron las voluptuosidades de que le colmó, que hubo un momento en que el ateo en amor, el escéptico en todo, creyó en la loca idea de un capricho producido de pronto en aquella mujer, que comerciaba con su cuerpo. Sí; Roberto de Tressignies, que casi tenía el frío temple de acero de su

patrono Roberto Lovelace, creyó haber inspirado por lo menos un capricho á aquella prostituta, que no podía ser así con todos los demás, so pena de morir bien pronto consumida. Lo creyó dos minutos, como un imbécil, ¡aquel hombre tan fuerte! Pero la vanidad que ella había encendido con el fuego de un placer urente como el amor, sufrió de pronto entre dos caricias el pequeño escalofrío de una duda repentina. Una voz le gritó desde el fondo de su ser: «¡No eres tú lo que ella llama en ti!» Porque en el instante de ser más pantera y de estar más flexiblemente entrelazada con él, acababa de sorprenderla distraída y absorta por completo contemplando un brazalete que llevaba puesto en la muñeca, y en el que vió Tressignies el retrato de un hombre. Algunas palabras en lengua castellana que Tressignies no comprendió, por ignorar el idioma español, mezcladas con sus gritos de bacante, parecieron dirigidas á ese retrato. Entonces se apoderó de él con violencia, y le heló de ira, la idea de que estaba allí por cuenta de otro; hecho, por desgracia, tan común en nuestras miserables costumbres por el recalentamiento y depravación de nuestras imaginaciones, indemnización de lo imposible en las almas frenéticas que no pueden lograr el objeto de su deseo y que se ceban en su apariencia. En uno de esos accesos de celos absurdos y vanidad feroz de que no es dueño el hombre, la agarró con aspereza el brazo y quiso ver aquella pulsera que contemplaba ella con un ardor que no era para él, cuando en tal momento debiera ser suyo todo lo de aquella mujer.

—¡Enséñame ese retrato!—dijo con voz más dura que su mano.

Comprendióle ella, pero sin orgullo le contestó:

—No puedes estar celoso de una ramera como yo.

Sólo que no empleó la palabra *ramera*, sino que, con asombro de Tressignies, se llamó á sí misma «las cuatro letras», como un «espadista» que hubiera querido insultarla brutalmente. Y añadió:

—¿Quieres verlo? Pues bien, mira.

Y le puso junto á los ojos su hermoso brazo, humeante aún con el sudor excitante del placer que acababan de gozar juntos.

Era el retrato de un hombre feo, ruin, de tez aceitunada, de ojos negros y amarillos, muy tétrico, pero no sin nobleza; el aire de un bandido, ó de un grande de España. Y preciso es que fuese un grande de España, porque tenía al cuello el collar del Toisón de Oro.

—¿Dónde has cogido esto?—dijo Tressignies, quien pensó: Ahora me va á contar un embuste; me va á largar la novela del *primero,* la consabida historia que todas endilgan.

—¡Cogido!—replicó indignado ella.

—*¡Por Dios* (1), él mismo me lo ha dado!

—¿Quién es él? ¿Tu amante, sin duda?—dijo Tressignies.—Le habrás he-

(1) En el original está en castellano este *¡Por Dios!* y con letras versalitas.—(N. DEL T.)

cho traición, te habrá despedido y habrás rodado hasta aquí.

—No es mi amante—dijo friamente, con la sensibilidad del bronce, al oir el ultraje de esta suposición.

—Tal vez ya no lo sea—dijo Tressignies.—Pero aún le amas: acabo de verlo en tus ojos.

Echóse á reir ella con amargura, exclamando:

—¡Ah! ¿Con que no conoces nada en amor, ni en odio? ¡Amar yo á ese hombre, cuando lo detesto! Es mi marido.

— ¡Tu marido!

—Sí, mi marido: el más gran señor de las Españas, tres veces duque, cuatro veces marqués, cinco veces conde, varias veces Grande de España, caballero del Toisón de Oro. Soy la duquesa de Arcos de Sierra Leona.

Atónito Tressignies con estas increíbles palabras, no tuvo la menor duda acerca de la verdad de esa pasmosa afirmación. Estaba seguro de que esa ramera no había mentido. Acababa de reconocerla. Justificábase la semejanza que tanto le había chocado en el bulevar.

Habíala visto ya, no hacía mucho tiempo, en San Juan de Luz, donde pasó una temporada *balnearia*. Precisamente, aquel año, la más alta sociedad española habíase dado cita en la costa de Francia, en aquella pequeña ciudad tan próxima á España, que parece hallarse uno aún en ésta, y donde pueden acudir de veraneo los españoles más amantes de su península, sin escrúpulos de cometer una infidelidad contra su país. La duquesa de Arcos de Sierra Leona habitó un verano entero en esa población, tan profundamente española por las costumbres, el carácter, el aspecto y los recuerdos históricos; allí se celebraron las fiestas del casamiento de Luis XIV (entre paréntesis: el único rey de Francia parecido á un rey de España), y allí también fué á encallar la gran fortuna desarbolada de la princesa de los Ursinos, después de su naufragio. Decíase que la duquesa de Sierra Leona estaba entonces en la luna de miel de su enlace con el más grande y opulento señor de España. Cuando, por su parte, llegó Tressignies á ese nido de pescadores que ha dado al mundo los más terribles filibusteros, desplegaba ella un fausto nunca visto allí desde Luis XIV, y entre esas bascongadas, que en materia de belleza no temen la rivalidad de nadie, con sus talles de canéforas antiguas y sus ojos de color de agua marina, tan pálidamente garzos, bellezas que, sin embargo, eran eclipsadas por la suya. Atraído por aquella hermosura, y siendo por su cuna y por su riqueza, apto para poder penetrar en todos los círculos, Roberto de Tressignies se esforzó por aproximarse á ella; pero el grupo de la sociedad española de que era soberana la duquesa, herméticamente cerrado aquel año, no se abrió para ninguno de los franceses que veranearon en San Juan de Luz. La duquesa, entrevista de lejos sobre los mogotes de arena de la playa ó en la iglesia, llegó á marcharse sin que pudiera conocerla él; y

por esa razón se le grabó su recuerdo como uno de esos meteoros tanto más brillantes en nuestra memoria, cuanto que ya han pasado y no volveremos á verlos jamás. Recorrió la Grecia y parte del Asia; pero ninguna de las criaturas más admirables de esos países, donde la belleza tiene tal importancia que no se concibe el paraíso sin ella, pudo borrar la tenaz y refulgente imagen de la duquesa.

Pues bien; á la sazón, por obra de una casualidad extraña é incomprensible, aquella duquesa, admirada un instante y desaparecida después, volvía á presentarse en su existencia por el más increible de los caminos. Ejercía un oficio infame; la había comprado; acababa de pertenecerle; no era más que una prostituta de la más baja esfera, porque hay jerarquías hasta en la infamia. La soberbia duquesa de Sierra Leona, con la cual había soñado y á quien quizá amó (¡tan cerca está el ensueño del amor en nuestras almas!) no era más... ¿era posible eso?... más que una ramera de las calles de París. Acababa de estar en sus brazos, como la víspera estaría en los de otro (el primer desconocido, como él), y como estaría en brazos de un tercero mañana, ó tal vez dentro de una hora. ¡Ah! este espantoso descubrimiento le golpeaba el pecho y la frente con una maza de hielo. El hombre que en él se enardecía un minuto antes, y que en su delirio creía ver correr fuego hasta por las cornisas de aquel aposento, quedóse libre de la embriaguez, transido, aplastado. La idea, la certidumbre de que aquella era realmente la duquesa de Sierra Leona, no reanimó sus deseos, apagados tan pronto como una candela que se sopla; y no le hizo volver á poner los labios con mayor avidez que la vez primera en el fuego ardiente que había bebido á grandes tragos. Al revolverse, la duquesa hizo desaparecer lo de cortesana. Para él, allí no había ya más que la duquesa. Pero ¡en qué estado! abyecta, encenagada, perdida, una mujer tirada al mar, caída de mayor altura que la roca de Léucades en un mar de fango inmundo y repugnante hasta el punto de no poder sacarla ya de el! ¡Mirábala con ojos atónitos, sentada, inmóvil y tétrica, convertida de pronto de Mesalina, en no sabía qué misteriosa Agripina, en el extremo del diván donde se habían revolcado ambos! Y no le daban ganas de tocar con la punta de los dedos á aquella criatura, de la cual acababa de sobar con manos idólatras las formas magníficas, para convencerse de que aquel cuerpo de mujer era quien le había enardecido, que no era una ilusión, que no soñaba, que no estaba loco. Habíale anonadado la duquesa, al destacarse á través de la ramera.

—Sí—la dijo con voz arrancada á la fuerza de la garganta, donde estaba como agarrada, ¡tanto le había estrangulado lo que había oído! — La creo á V. (¡ya no la tuteaba!), porque la recuerdo. Vi á V. en San Juan de Luz hace tres años.

Al recordársele este nombre de San Juan de Luz, pasó un fulgor por su

frente, que acababa de envolverse para él, con su increíble declaración, en tan prodigiosas tinieblas.

—¡Ah!—dijo, á la luz de ese recuerdo: —entonces estaba con todas las embriagueces de la vida; y ahora...

Habíase extinguido el relámpago, pero no bajaba ella la erguida cabeza.

—¿Y ahora?... —dijo Tressignies como un eco.

—Ahora—prosiguió—no tengo más que la embriaguez de la venganza.

Y con reconcentrada violencia, añadió:

—Pero la ejecutaré lo suficiente honda para morir en ella; como los mosquitos de mi país, que mueren saciados de sangre en la picadura que hacen.

Y leyendo en el rostro de Tressignies, dijo:

—V. no comprende, pero voy á hacer que V. me comprenda. Sabe quién soy, pero no todo lo que soy. ¿Quiere V. saberlo? ¿Quiere saber mi historia? ¿Lo quiere V.? — repitió con exaltada insistencia.—¡Quisiera decírsela á todos cuantos aquí vienen! ¡Quisiera referírsela á todo el mundo! Así sería más infame, pero quedaría mejor vengada.

—¡Dígamela! — exclamó Tressignies, aguijoneado por una curiosidad y un interés que nunca había tenido hasta ese punto en la vida, ni en las novelas, ni en el teatro.

Parecíale que aquella mujer iba á contarle cosas como nunca las oyó. No pensaba ya en su hermosura. La miraba cual si hubiese deseado asistir á la autopsia de su cadáver. ¿Iba á hacerlo revivir para él.

—Sí—prosiguió ella.—He querido hartas veces ya contársela á los que aquí suben, pero dicen que no vienen para escuchar historias. Cuando empezaba á narrársela, me interrumpían ó se iban, ¡brutos saciados de lo que habían venido á buscar! Indiferentes, burlones, insultantes, me llamaban embustera ó loca. No me creían, al paso que V. me creerá. V. me vió en San Juan de Luz, con todas las glorias de una mujer feliz, en la cumbre más alta de la vida, llevando como una diadema este nombre de Sierra Leona que arrastro ahora por todos los fangos en la cola de mi falda, como en otro tiempo arrastrábase en la cola de un caballo el blasón de un caballero exonerado. Este título, que odio, y el cual ostento nada más que para envilecerlo, aún lo lleva el más gran señor de las Españas y el más orgulloso de todos cuantos tienen el privilegio de permanecer cubiertos delante de Su Majestad, porque se cree diez veces más noble que el rey. ¿Qué son, para el duque de Arcos de Sierra Leona, todas las más ilustres casas que han reinado en España, las de Castilla, Aragón, Trastamara, Austria y Borbón?... Dice ser más antigua la suya que todas ellas. Desciende de los antiguos reyes godos, y por Brunequilda está enlazado con los merovingios de Francia. Hace gala de no tener en sus venas sino esa *sangre azul* (1), de la cual

(1) En castellano, en el original.—(N. DEL TRADUCTOR.)

sólo tienen ahora algunas gotas las estirpes más rancias, degradadas por enlaces desiguales. D. Cristóbal de Arcos, duque de Sierra Leona y *otros ducados* (1), no contrajo un matrimonio desigual casándose conmigo. Soy una Turre-Cremata, de la antigua casa de los Turre-Cremata de Italia: la última de los Turre-Cremata, raza que concluye en mí, muy digna de llevar ese apellido de Turre-Cremata (torre quemada), porque ardo en todas las llamas del infierno. El gran inquisidor Torquemada, que era un Turre-Cremata de origen, impuso en toda su vida menos tormentos de los que hay dentro de este seno maldito. Debo decir á V. que los Turre-Cremata no eran menos altivos que los Sierra Leona. Divididos en dos ramas igualmente ilustres, durante siglos habían sido omnipotentes en Italia y en España. En el décimoquinto, bajo el pontificado de Alejandro VI, los Borgias, que en su embriaguez de la gran fortuna del papado de Alejandro quisieron emparentar con todas las casas reales de Europa, dijéronse parientes nuestros; pero los Turre-Cremata rechazaron con desprecio esa pretensión, y dos de ellos pagaron con su vida aquella audaz altanería. Dícese que fueron envenenados por César. Mi casamiento con el duque de Sierra Leona fué negociación entre raza y raza. Ni por su parte, ni por la mía intervino el sentimiento en nuestro enlace. Era muy sencillo que una Turre-Cremata se uniese con un Sierra Leona. Era sencillísimo, hasta para mí, educada en la terrible etiqueta de las antiguas casas de España, que representaba la del Escorial; en aquella dura y compresiva etiqueta que impediría latir los corazones, si éstos no fueran más fuertes que esa férrea coraza. Yo tuve uno de esos corazones... Amé á D. Esteban. Antes de encontrarle, mi casamiento sin felicidad de corazón (hasta ignoraba que lo tuviese), fué el grave asunto que era en otro tiempo en la ceremoniosa y católica España, y que ahora ya no lo es, á no ser, por excepción, en algunas familias de alta alcurnia que han conservado las costumbres antiguas.

El duque de Sierra Leona era harto español á machamartillo, para no observar las costumbres del pasado. Todo lo que haya oído V. decir en Francia acerca de la seriedad de España, de ese país altivo, silencioso y tétrico, teníalo el duque en grado superlativo... Altanero en demasía para vivir fuera de sus dominios, habitaba en un castillo feudal en la frontera portuguesa, mostrándose allí en todas sus costumbres más feudal que su castillo. Vivía yo junto á él, entre mi confesor y mis camaristas, con esa vida suntuosa, monótona y triste que hubiera abrumado de tedio á cualquier otro ánimo más débil que el mío. Pero había sido educada para ser lo que era; la esposa de un gran señor español. Además, tenía la religion de una mujer de mi alcurnia, y era casi tan impasible como los retratos de mis abuelas que adornaban

(1) En castellano, en el original.—(N. DEL TRADUCTOR.)

los vestíbulos y las salas del castillo de Sierra Leona, y que se veían representadas allí con sus rostros severos, sus guardainfantes y sus cotillas de acero. Debía yo añadir una generación más á esas generaciones de mujeres intachables y majestuosas, cuya virtud había sido custodiada por la altivez como una fuente por un león.

La soledad en que vivía no pesaba sobre mi alma, tranquila como los montes de mármol rojo que rodean á Sierra Leona. No sospechaba que debajo de esos mármoles dormía un volcán. Estaba en el limbo anterior al nacimiento, pero iba á nacer y á recibir con una sola mirada de un hombre el bautismo de fuego. D. Esteban, marqués de Vasconcellos, de raza portuguesa y primo del duque, fué á Sierra Leona; y el amor, del cual sólo había tenido idea por algunos libros místicos, cayó sobre mi corazón como un águila cae á plomo sobre un niño, á quien se lleva y el cual grita... También yo gritaba. Por algo era una española de rancio abolengo. Sublevóse mi orgullo contra lo que sentía yo en presencia de ese peligroso Esteban, que se apoderaba de mí con aquel irritante poder. Dije al duque que lo despidiese con uno ú otro pretexto, que le hiciese abandonar lo más pronto posible el castillo... pues notaba que sentía él por mí un amor que me ofendía como una insolencia. Pero don Cristóbal me respondió como el duque de Guisa á la advertencia de que Enrique III le asesinaría: «¡No se atreverá!» Eso era menospreciar al destino, quien se vengó cumplidamente. Esa frase me empujó hacia Esteban...

Detúvose un instante; y él la escuchaba aquel lenguaje elevado que por sí solo le hubiera confirmado, si le cupiese alguna duda de ello, que en efecto era lo que decía ser: la duquesa de Sierra Leona. ¡Ah! La ramera del bulevar se había borrado entonces por cómpleto. Hubiérase dicho que se le había caído la careta y que reaparecía la verdadera cara, la verdadera persona. La actitud de ese cuerpo libidinoso se había trocado en casta. Al hablar, cogió de detrás de sí un chal olvidado en el respaldo del diván y arrebujóse en él... cruzando las puntas sobre ese seno *maldito*—como lo había llamado ella—pero al cual no había podido la prostitución quitarle las perfecciones de su redondez y su morbidez virginal. Hasta su voz había perdido la ronquera que tenía en la calle... ¿Era una ilusión producida por lo que decía ella? Lo cierto es que parecíale á Tressignies que aquella voz era de un timbre más puro, que había recobrado su nobleza.

—No sé si las demás mujeres—dijo—son como yo. Pero aquel orgullo incrédulo de don Cristóbal, aquel desdeñoso y tranquilo. «¡No se atreverá!» hablando del hombre á quien yo amaba me ofendió por él, que en el fondo de mi ser había tomado posesión de mí como un Dios.—«¡Pruébale que te atreverás!»—le dije aquella misma noche, declarándole mi amor. No tenía necesidad de decírselo. Esteban me adoraba desde el primer día en que me vió. Nuestro amor tuvo la simultanei-

dad de dos pistoletazos disparados al mismo tiempo y que matan... Había cumplido con mi deber de mujer española, advirtiéndoselo á don Cristóbal.

No le debía más que mi vida, puesto que era su mujer, porque el corazón no es libre de amar; y me hubiera quitado segurísimamente la vida, poniendo á la puerta de su castillo á Don Esteban, como quise yo. Con la locura de mi corazón desencadenado, me hubiese muerto de no verlo más; y habíame expuesto á este azar terrible. Pero puesto que el duque no me había comprendido, puesto que se creía tan por encima de Vasconcellos que le parecía imposible que éste elevase hasta mí los ojos y la afición, no llevé más adelante el heroísmo conyugal contra un amor que de mí se había enseñoreado... No intentaré darle á V. idea exacta de ese amor: quizá no me creyese V. tampoco... Pero, ¡qué importa, después de todo, lo que V. piense! Créame V. ó no me crea, fué aquel un amor á la vez ardiente y casto, un amor caballeresco, novelesco, casi ideal, casi místico. Verdad es que apenas teníamos veinte años, y que éramos del país de los Vivar, Ignacio de Loyola y Santa Teresa. Ignacio, ese caballero de la Virgen, no amaba á la Reina de los cielos con más pureza que me amaba Vasconcellos; y, por mi parte, tenía yo por él algo de ese amor extático que Santa Teresa sentía por su divino Esposo. ¡El adulterio, quita allá! ¿Acaso pensábamos siquiera que pudiésemos ser adúlteros? Latía tan alto el corazón dentro de nuestros pechos, vivíamos en una atmósfera de sentimientos tan trascendentales y tan elevados, que no sentíamos en nosotros ninguno de los malos deseos y de las sensualidades de los amores vulgares. Vivíamos en pleno azul de cielo; sólo que ese cielo era africano, y ese azul era fuego. ¿Hubiese durado tal estado anímico? ¿Era posible que durase? ¿No jugábamos, sin saberlo ni sospecharlo, el juego más peligroso para débiles criaturas, y no seríamos precipitados alguna vez desde aquella altura inmaculada?... Esteban era piadoso como un sacerdote, como un caballero portugués del tiempo de Alburquerque; yo valía con seguridad menos, pero tenía en él y en la pureza de su amor una fe que inflamaba la pureza del mío. Teníame dentro de su corazón como una Virgen en su nicho de oro, con una lámpara á sus pies, lámpara inextinguible. Amaba mi alma por mi alma. Era de esos raros amantes que quieren la grandeza de la mujer á quien adoran. Quería verme noble, rendida, heroica, una gran mujer de aquellos tiempos en que España era grande. Hubiera preferido verme ejecutar una buena acción, á valsar conmigo, juntos los alientos. Si los ángeles pudiesen amarse entre sí delante del trono de Dios, deberían de amarse como nos amábamos nosotros... De tal modo estábamos fundidos uno en otro, que pasábamos largas horas juntos y solos, mano á mano, mirándonos á los ojos; pudiéndolo todo, puesto que estábamos á solas, pero tan felices que no deseábamos ninguna cosa más. Algunas veces, esa felicidad

inconmensurable que nos inundaba, nos hacía daño á fuerza de ser intensa, y deseábamos morir, pero uno con otro ó por el otro, y comprendíamos entonces el estribillo de Santa Teresa «*¡Y muero porque no muero!*», ese deseo de la criatura finita que sucumbe bajo un amor infinito, y cree dejar más espacio á ese torrente de amor infinito por el quebrantamiento de los órganos y la muerte. Soy ahora la última de las criaturas manchadas; pero, por aquel tiempo, ¿creerá V. que los labios de Esteban nunca han tocado á los míos, y que un beso dado por él á una rosa y recogido en ésta por mí me causaba un desmayo? Desde el fondo del abismo de horror donde me he hundido voluntariamente, me acuerdo á cada instante, para mi suplicio, de esas delicias divinas del amor puro en que vivíamos, extraviados, enloquecidos y tan transparentes sin duda en la inocencia de ese amor sublime, que á Don Cristóbal no le costó gran trabajo ver que nos adorábamos. Vivíamos con la cabeza en el cielo. ¿Cómo fijarnos en que estaba celoso?

¡Y con qué celos! Con los únicos de que era capaz: con los celos del orgullo. No nos sorprendió: sólo se sorprende á los que se esconden. Nosotros no nos escondíamos. ¿Para qué teníamos que ocultarnos? Teníamos el candor de una llama en pleno día y que se advierte entre la misma luz de éste; y, por otra parte, desbordábase demasiado de nosotros la felicidad para que el duque no la viese, y el duque la vió. Ese amor espléndido saltó, por fin, á la vista de su orgullo. ¡Ah! Esteban se había *atrevido*. ¡Y yo también! Una tarde estábamos como siempre, como pasábamos la vida desde que nos amábamos, á solas, unidos por la mirada nada más; él á mis pies, ante mí, como delante de la Virgen María, en una contemplación tan profunda que no teníamos necesidad de ninguna caricia. De pronto, el duque entró con dos negros que había traído de las colonias españolas, de las cuales había sido largo tiempo gobernador. En la celeste contemplación que arrebataba nuestras almas uniéndolas, no los vimos; cuando la cabeza de Esteban cayó pesadamente sobre mis rodillas. ¡Estaba estrangulado! Los negros le habían echado alrededor del cuello ese terrible lazo con el cual estrangulan en Méjico á los toros salvajes. ¡Fué un rayo, por la rapidez! Pero un rayo que no me mató. No me desvanecí, no grité. Ninguna lágrima brotó de mis ojos. Me quedé muda y rígida, en un estado sin nombre de horror, de donde no salí sino con un quebrantamiento de todo mi ser. Sentí que me abrían el pecho y me arrancaban el corazón. ¡Ah! No era á mí á quien se lo arrancaban, sino á Esteban, á aquel cadáver de Esteban que yacía á mis pies, estrangulado, con el pecho abierto, registrado como un saco por las manos de aquellos monstruos. De tal modo me había yo trocado en él, que sentí lo que Esteban hubiera experimentado si hubiese estado vivo. Sentí el dolor que no sentía su cadáver, y eso fué lo que me había hecho salir del horror que me cuajó

cuando me lo estrangularon. Me arrojé á ellos, gritándoles: «¡A mí me toca ahora!» Quería morir de igual género de muerte, y alargué la cabeza hacia el infame lazo. Iban á cogerla. «*¡No se toca á la reina!*»—dijo el duque, ese duque orgulloso que se creía más que el rey, y los hizo retroceder azotándolos con su látigo de caza. «¡No! V. vivirá, señora, pero para *pensar siempre* en lo que va V. á ver...»—dijo; y silbó. Acudieron dos enormes perros salvajes. «¡Que echen el corazón de ese traidor á estos perros, para que se lo coman!» —¡Oh! Al oir eso, yo no sé lo que hubo en mí, que le dije:

—«Vamos, pues, ¡véngate mejor! ¡A mí debes hacérmelo comer!» Quedóse como espantado de mi idea... «¿Conque le amas furiosamente?»—replicó.—¡Ah! Yo le amaba con un amor que acababa él de exasperar. Le amaba hasta el punto de no tener miedo ni asco de ese corazón chorreando sangre, lleno de mí, encendido aún en mí, y hubiera querido ponerlo dentro del mío... ¡Lo pedí de rodillas, con las manos juntas! Quería ahorrar á ese noble corazón adorado aquella profanación impía, sacrílega... Hubiera comulgado con ese corazón, como con una hostia. ¿No era mi Dios? Había surgido en mí el pensamiento de Gabriela de Vergy, cuya historia tantas veces habíamos leído juntos Esteban y yo. ¡La envidiaba! Teníala por dichosa al haber convertido su pecho en sepulcro vivo del hombre á quien había amado. Pero el ver un amor así, volvió atrozmente implacable al duque. Sus perros devoraron el corazón de Esteban delante de mí. Se lo disputé, peleándome con ellos, pero no se lo pude arrancar. Me dieron horribles mordiscos, y arrastraron y limpiaron en mis vestidos sus fauces ensangrentadas.

Interrumpióse. Con esos recuerdos se había quedado lívida... Se levantó jadeante, con iracundo movimiento; y tirando del cajón de una cómoda por su tirador de bronce, enseñó á Tressignies un vestido hecho girones, manchado de sangre en varios sitios, diciendo:

—¡Mire V., esta es la sangre del corazón del hombre á quien amaba yo, y que no pude arrancar de las fauces de los perros! Cuando me encuentro á solas en la odiosa vida que llevo, cuando se apodera de mí el asco, cuando me sube á la boca el lodo y me ahoga, cuando en mí se debilita el genio de la venganza, y reaparece la antigua duquesa y me espanta la prostituta, me envuelvo en este vestido, revuelco mi cuerpo manchado entre sus pliegues rojos, para mí siempre abrasadores, y, recaliento en él mi venganza. ¡Son un talismán estos harapos ensangrentados! Cuando los llevo alrededor del cuerpo se apodera de mí más y más hasta las entrañas la furia por vengarlo, y me parece hallar fuerzas para una eternidad.

Tressignies se estremecía al oir á aquella espantosa mujer. Estremecíanle sus ademanes, sus palabras, su cabeza, convertida en una cabeza de Gorgona, pareciéndole ver en torno de ella las serpientes que esa mujer lle-

vaba dentro del corazón. Comenzaba á comprender entonces, descorriéndose la cortina, aquella palabra de *venganza* que tanto repetía, que le quemaba siempre los labios.

—¡La venganza!—prosiguió ella.—¡Sí, ahora comprende V. lo que es mi venganza! ¡Ah! la he elegido entre todas como se elige entre toda clase de puñales aquél que más debe hacer sufrir, la hoja dentellada que mejor debe desgarrar al ser aborrecido á quien se mata. ¡Yo no quería matar sencillamente y de un solo golpe á ese hombre! ¿Había muerto él á Vasconcellos con la espada, como un caballero? ¡No, lo había hecho matar por sus criados! ¡Había hecho arrojar su corazón á los perros, y quizá su cadaver al pudridero! Yo no lo sabía, nunca lo he sabido. ¿Matarlo, nada más, por todo eso? ¡No; era harto suave y demasiado rápido! Necesitábase algo más lento y más cruel... Además, el duque era valiente. No temía la muerte. Los Sierra Leona la han afrontado en todas las generaciones. Pero su orgullo, su inmenso orgullo, era cobarde cuando de deshonra se trataba. Era menester, pues, herirlo y crucificarlo en su orgullo. Era preciso deshonrar su apellido, por el cual tenía tanta altivez. Pues bien: me juré á mí misma que arrastraría yo ese apellido por el más hediondo de los fangos, que lo trocaría en vergüenza, en inmundicia, en excremento. Y por eso me he hecho lo que soy, una mujer pública, la p... Sierra Leona, que le ha atraído á V. esta noche á su mancebía...

Pronunció estas últimas palabras con ojos centelleantes por el júbilo de un golpe bien dado.

—Pero—dijo Tressignies—¿sabe el duque en lo que se ha convertido V.?

—Si no lo sabe, algún día lo sabrá. —respondió, con la seguridad absoluta de una mujer que ha pensado en todo, que todo lo ha previsto y está segura del porvenir.—El rumor de lo que hago puede hacer que un día ú otro le alcance una salpicadura del fango de mi vergüenza. Alguno de los hombres que aquí suben puede escupirle al rostro la deshonra de su mujer, ese esputo que nunca se limpia; pero eso sería una casualidad y no fío mi venganza á un acaso. He resuelto morir en ella, para que sea más segura; mi muerte la asegurará, acabándola.

Tressignies estaba desorientado por la oscuridad de estas últimas palabras; pero la duquesa hizo brotar de ellas una horrible claridad.

—Quiero morir donde mueren las rameras como yo. ¡Recuerde V.!... En tiempo de Francisco I, hubo un hombre que fué á buscar en una de las de mi ralea una espantosa é inmunda enfermedad, que comunicó á su mujer para emponzoñar al rey, de quien era querida, y así se vengó de los dos... No haré yo menos que aquel hombre. Con mi ignominiosa vida de todas las noches, día llegará en que la putrefacción del libertinaje acometa y corroa á la prostituta, y en que vaya á caerse á pedazos y extinguirse en algún vergonzoso hospital. ¡Oh, entonces daré por bien empleada mi vida!—añadió,

con el entusiasmo de la más tremenda esperanza. — ¡Entonces será tiempo oportuno de que el duque de Sierra Leona sepa cómo ha vivido y muerto su mujer, la duquesa de Sierra Leona!

Tressignies no había pensado en esta profundidad, en la venganza que superaba á todo cuanto le había enseñado la historia. Ni la Italia del siglo XVI, ni la Córcega de todas las edades, esos países famosos por lo implacable de sus resentimientos, ofrecían á su memoria un ejemplo de combinación más meditada y terrible que la de esa mujer que se vengaba con toda ella, ¡con todo su cuerpo, como con toda su alma! Estaba espantado de ese sublime horror, porque la intensidad de los sentimientos llevada hasta ese punto es sublime. Sólo que es lo sublime del infierno.

—Y aunque él no lo supiese—prosiguió, fulgurante de relámpagos su alma—después de todo, ¡lo sabría yo! ¡Yo sabría lo que hago cada noche; ¡sabría que bebo este fango, y que es néctar, puesto que es mi venganza!... ¿Acaso no gozo á cada minuto con el pensamiento de lo que soy?... ¿Acaso en el instante en que deshonro á ese duque altivo, no tengo en el fondo de mi mente la idea embriagadora de que lo estoy deshonrando? ¿No veo con claridad en mi imaginación todo lo que sufriría él si lo supiese?... ¡Ah, los sentimientos como los míos tienen su locura, pero su locura es lo que da la felicidad! Cuando huí de Sierra Leona, traje conmigo el retrato del duque para hacerle ver en efigie, como si fuese á él mismo en persona, las vergüenzas de mi vida. ¡Cuántas veces le he dicho, cual si hubiese podido verme y oirme: «¡Mira, pues; mira!» Y cuando en brazos de todos vosotros me da horror—porque me acomete siempre; ¡no puedo acostumbrarme al sabor de este cieno!—mi recurso es este brazalete—(y levantó su brazo soberbio con un movimiento trágico); —tengo este círculo de fuego que me quema hasta la medula y que conservo en la muñeca, á pesar del suplicio de llevarlo, para que nunca pueda olvidar al verdugo de Esteban, para que su imagen excite mis transportes, ¡esos transportes de un odio vengador, que los hombres son lo suficiente bestias y fatuos para creerlos placer que saben dar! No sé quién es V., pero con seguridad no es un cualquiera entre esos hombres; y, sin embargo, hace un instante creyó V. que aún era yo una criatura humana, que aún había en mí alguna fibra que vibraba; ¡y no había en mí sino la idea de vengar á Esteban del monstruo cuya es esta imagen! ¡Ah! Su imagen era para mí como el pinchazo de la espuela, ancha cual una gumía, que el jinete árabe clava en los hijares de su caballo para hacerle atravesar el desierto. Aún más grandes espacios de vergüenza tenía yo que devorar, y me clavaba esta ominosa imagen en los ojos y en el corazón, para brincar mejor cuando me tenía V. debajo. ¡Este retrato era como si fuese él, como si nos viese con sus ojos pintados!... ¡Cómo comprendía yo el conjuro de los siglos en que se conjuraba! En los

tiempos en que era religiosa, antes de amar á ese Esteban que ha reemplazado á Dios para mí, tenía necesidad de un crucifijo para pensar mejor en el Crucificado; y si en vez de amor le hubiera tenido odio, si hubiese sido una impía, hubiera tenido necesidad del crucifijo para blasfemar mejor de El é insultarle. ¡Ay! —añadió cambiando de tono y pasando de la aspereza de los sentimientos más crueles á las penetrantes dulzuras de una increíble melancolía— no tengo el retrato de Esteban. No le veo sino dentro de mi alma... y quizá es una suerte. Si lo tuviese ante mis ojos, levantaríame el corazón y me haría ruborizar de los indignos vilipendios de mi vida. ¡Me arrepentiría, y ya no podría vengarlo!...

La Gorgona se había vuelto conmovedora, pero sus ojos continuaban secos.

Conmovido Tressignies con una emoción muy diversa de aquéllas por las cuales le había hecho pasar hasta entonces, cogió la mano de esa mujer á quien tenía derecho de despreciar, y se la besó con un respeto mezclado de lástima. Engrandecíansela tanta desventura y tamaña energía, y pensaba: «¡Qué mujer! Si en lugar de ser la duquesa de Sierra Leona hubiera sido la marquesa de Vasconcellos, con la pureza y el fuego de su amor á Esteban, hubiese presentado á la admiración humana algo comparable é igual á la gran marquesa de Pescara. Sólo que no hubiera mostrado, y nadie hubiera sabido nunca, qué abismos de profundidad y de voluntad había en ella.» A pesar del escepticismo de su época y la costumbre de fijarse en lo que hacía y burlarse de ello, Roberto de Tressignies no se encontró ridículo al besar la mano de aquella mujer perdida; pero ya no sabía qué decirla. Su situación para con alla era cortada. Al interponer entre ambos su historia, había cortado como con una hacha esos lazos de un minuto que acababa de contraer. Había en él una inexplicable mezcla de admiración, de horror y de menosprecio; pero hubiérase hallado de muy mal gusto haciéndose el sentimental ó el moralista con aquella mujer. Se había burlado á menudo de los moralistas sin mandato y sin autoridad, que pululaban por aquel tiempo, en que bajo la influencia de ciertos dramas y novelas, pretendíase aparentar querer levantar, como tiestos de flores boca abajo, á las mujeres caídas. Por muy escéptico que fuese, estaba dotado de bastante buen sentido para saber que sólo el sacerdote del Dios Redentor, puede levantar de tales caídas... y, aun así, creía que el sacerdote mismo se hubiera estrellado contra el alma de aquella mujer. Había en él un intrincamiento de cosas dolorosas, y guardaba un silencio más abrumador para él que para ella; quien, por completo entregada á la violencia de sus ideas y de sus recuerdos, prosiguió:

—No se me ocurrió en seguida esta idea de deshonrarlo, en vez de matar á ese hombre para quien el honor, tal como lo comprende la alta sociedad, era más que la vida... Tardé largo tiempo

en hallarla. Después de la muerte de Vasconcellos, que acaso no se supo en el castillo, siendo tal vez arrojado el cadáver á algún pozo con los negros que le habían asesinado, el duque no me dirigió más la palabra, á no ser breve y ceremoniosamente en presencia de la servidumbre, porque no debe sospecharse de la mujer de César y debía seguir siendo yo á los ojos de todos la impecable duquesa de Arcos de Sierra Leona. Pero, á solas, ni una sola palabra, ni una alusión jamás; silencio, ese silencio del odio, que se alimenta de sí mismo y no necesita hablar. Don Cristóbal y yo luchábamos compitiendo en fuerza y en altivez. Devoraba mis lágrimas: soy una Turre-Cremata. Tengo el potente disimulo de mi raza italiana, y me abroquelé hasta los ojos, para que no pudiera sospechar lo que hervía bajo esta frente de bronce donde incubaba la idea de mi venganza: estuve impenetrable en absoluto. Gracias á ese disimulo, que tapó todos los resquicios de mi ser por donde hubiera podido filtrarse mi secreto, preparé mi fuga de ese castillo, los muros del cual me aplastaban, y en el que mi venganza no hubiera podido ejecutarse sino bajo la mano del duque, la cual, se hubiera levantado bien pronto. No me confié á nadie. ¿Acaso mis dueñas ó mis camaristas se habían atrevido á levantar sus ojos hasta los míos para saber qué pensaba yo? Al pronto tuve el proyecto de ir á Madrid; pero en Madrid era omnipotente el duque, y á su primera seña me hubiesen envuelto las redes de todas las policías. Fácilmente se hubiera apoderado él de mí; y, una vez cogida, me hubiera arrojado en el *in pace* de algún convento, ahogado y muerto entre cuatro paredes, suprimido del mundo, ¡de ese mundo que necesitaba yo para vengarme!... París era más seguro, y preferí París.

Era mejor escenario para desplegar mi infamia y mi venganza; y puesto que mi anhelo era que algún día estallase todo esto como el rayo, ¡qué buen sitio esta ciudad, centro de todos los ecos, á través de la cual pasan todas las naciones del mundo! Resolví vivir acá esa vida de prostituta que no me hacía temblar, y descender con impudencia hasta el último lugar de esas rameras que se venden por la más ínfima moneda, aunque sea á bribones. Piadosa como era antes de conocer á Esteban, quien me había arrancado á Dios del pecho para ponerse en él en su lugar, levantábame á menudo de noche sin las mujeres de mi servidumbre para rezar mis oraciones á la Virgen morena de la capilla. De allí me escapé una noche, llegando con audacia á las gargantas de la Sierra. Llevé conmigo cuantas joyas pude y todo el dinero de mi cofrecillo. Me oculté algún tiempo en casa de campesinos que me condujeron á la frontera. Vine á París, donde me entregué sin miedo á esta venganza que es mi vida. Tengo tal sed de este furor de vengarme, que á veces he pensado hacer que enloquezca por mí algún joven enérgico y empujarlo hacia el duque para hacerle saber mi ignominia; pero siempre he concluído por ahogar esta idea, porque no quiero

levantar algunos pies de basura sobre *su* nombre y mimemoria, sino toda una pirámide de estiércol. Cuanto más tarde me vengue, mejor vengada quedaré.

Se detuvo. De lívida que estaba, habíase puesto como la púrpura. Corría el sudor por su frente. Se quedaba ronca. ¿Era el crup de la vergüenza?... Cogió febrilmente un botellón de la cómoda y se echó un enorme vaso de agua, bebiéndosele de un trago.

—¡Qué dura de pasar es la vergüenza!—dijo.—¡Pero preciso es que pase! ¡Harto he tragado desde hace tres meses para que pueda pasar.

—¿Conque hace tres meses que dura esto?—(no se atrevía á decir qué), exclamó Tressignies con una vaguedad más siniestra que la precisión.

—¡Sí, tres meses—contestó ella.—Se necesitará tiempo para cocer y recocer este plato de venganza que le estoy guisando, y que le hará pagar el no haberme querido dejar comer el corazón de Esteban.

Dijo esto con una pasión atroz y una melancolía salvaje. No sospechaba. Tressignies que pudiese haber en una mujer semejante mezcla de amor idólatra y de crueldad. Nunca se ha contemplado una obra de arte con una atención más reconcentrada que aquella con la cual miró á esa singular y omnipotente artista en venganza, que se erguía á la sazón delante de él... Pero algo que le asombraba experimentar, mezclábase con su contemplación de observador. El, que creía haber concluido con los sentimientos involuntarios, y en quien la reflexión mordía siempre con risa terrible á las sensaciones, como he visto carreteros morder á sus caballos para hacer que obedezcan, comprendía que en la atmósfera de esa mujer respiraba un aire peligroso. Aquel aposento, lleno de tanta pasión física y bárbara, asfixiaba á este civilizado. Tenía necesidad de una bocanada de aire y pensaba irse aunque hubiese de volver.

Creyó ella que él se iba. Pero aún tenía que hacerle ver otros aspectos de su obra maestra.

—¿Y esto?—dijo con un desdén y un ademán de duquesa, mostrándole con el dedo la copa de cristal azul llena por él de oro.—Recoja V. ese dinero. ¿Quién sabe? Quizá sea yo más rica que V. El oro no entra aquí; no lo acepto de nadie.

Y con la altivez de una bajeza, que era su venganza, añadió:

—No soy más que una p... de cinco pesetas.

La frase fué dicha como estaba pensada. Esto fué el último rasgo de ese sublime al revés, de esa sublimidad infernal que acababa de darle en espectáculo, y de seguro no sospechada por el gran Corneille, en el fondo de su alma trágica.

El asco de esta última frase dió á Tressignies fuerzas para marcharse. Recogió de la copa las monedas de oro y no dejó sino lo que ella pedía.

—Puesto que se empeña, haré peso encima del puñal que se clava ella; y ya que de fango tiene sed, pondré también mi mancha de cieno.

Y salió, presa de extremada agita-

ción. Los candelabros seguían inundando de luz aquella puerta, de un aspecto tan común, por la cual había ya pasado. Comprendió por qué estaban puestos allí esos hacheros, al ver la tarjeta pegada en la puerta, como rótulo de aquella tienda de carne. En esa tarjeta leíase en letras grandes:

LA DUQUESA DE ARCOS DE SIERRA LEONA

Y debajo una palabra innoble, para expresar el oficio que ejercía.

Después de esa increíble aventura, Tressignies volvió á su casa en una situación de ánimo tan turbada, que casi estaba avergonzado. Los imbéciles—es decir, casi todo el mundo—creen que rejuvenecerse sería un hechicero invento de la naturaleza humana; pero los que conocen la vida saben mejor el provecho que produciría. Tressignies dijo para sí con espanto que quizá iba á volverse harto joven... y por eso se prometió no poner más los pies en casa de la duquesa, á pesar del interés, ó más bien á causa del interés mismo que le inspiraba aquella mujer inaudita.

—¿Por qué—dijo para sus adentros—volver á ese lugar malsano de infección, en el fondo del cual se ha precipitado voluntariamente una criatura de alta prosapia? Me ha referido toda su vida, y puedo imaginarme sin esfuerzo los detalles, siempre idénticos, de esa horrible vida cotidiana.

Tal fué la resolución de Tressignies, tomada enérgicamente al amor de la lumbre, en la soledad de su aposento. Calafateóse allí algún tiempo contra las cosas y distracciones exteriores, á solas con las impresiones y los recuerdos de una noche que su mente no podía menos de saborear, como un poema extraño y omnipotente, con el cual no había leído nada comparable ni en Byron, ni en Shakespeare, sus dos poetas favoritos. Así pasó muchas horas, de codos en los brazos de su butaca, hojeando meditabundo dentro de sí las páginas siempre abiertas de ese poema de tremenda energía. Fué un loto que le hizo olvidar los salones de París, su patria. Hasta le fué preciso, para volver á ellos, un fuerte arranque de su voluntad. Las duquesas intachables que allí encontró le parecieron un poco faltas de carácter... Aunque ese Tressignies no fuese pusilánime, ni tampoco sus amigos, no les dijo ni una sola palabra acerca de su aventura, por un sentimiento de delicadeza que él mismo trataba de absurda; porque, ¿no le había pedido la duquesa que contase su historia á todo bicho viviente, y la difundiese tan lejos como pudiera difundirla?... Por el contrario, se la reservó para él, guardándola y sellándola en el rincón más misterioso de su ser, como se tapa un frasco de un perfume rarísimo, del cual se perdiera algo haciéndolo oler. ¡Cosa extraña, con el carácter de un hombre como el!, ni en el «café de París», ni en el casino, ni en las butacas de los teatros, ni en ninguna parte donde los hombres se encuentran solos y se lo dicen todo, se

acercó nunca á uno de sus amigos sin temer oirle narrar, como sucedía á él, su propia aventura; y eso, que podía acontecer, hacia surgir en él un sobresalto que en los diez primeros minutos de una conversación le producía un ligero temblor. Sin embargo, sostuvo su palabra, y no sólo no volvió á la calle Baja de la Muralla, sino que ni aun al bulevar. No volvió á recostarse más en la balaustrada de Tortoni, como lo hacían los otros *guantes amarillos*, los elegantes de aquel tiempo. «Si volviese á ver ondular su endiablada falda amarilla, decíase á sí propio, tal vez fuese aún lo suficiente bestia para seguirla.» Todos los vestidos amarillos que encontraba ponían pensativo... A la sazón gustaba de los trajes amarillos, que siempre había detestado. «Me ha echado á perder el gusto»—decía para sí; de ese modo, el *dandy* se burlaba del hombre. Pero lo que Mad. de Staël, que los conocía, llama en alguna parte *los pensamientos del demonio*, era más fuerte que el hombre y que el *dandy*.

Tressignies se hizo tétrico. En sociedad era un hombre de un ingenio animado, cuyo regocijo era amable y temible, lo cual debe ser todo jocosidad en este mundo, que os despreciaría si al divertirle no le hiciéseis temblar un poco. Ya no hablaba con la misma impetuosa verbosidad... «¿Estará enamorado?»—decían las casamenteras.—La anciana marquesa de Clérembault, que pensaba verle enamorado de su nieta, recién salida del Sagrado Corazón, y novelesca como se era entonces, decíale con sorna: «No puedo comprender á V. cuando toma ese aspecto de Hamlet.» De tétrico pasó á estar taciturno, y su tez se puso de color plomizo. «Pero ¿qué tiene M. Tressignies?»—decían;—y quizá iban á descubrirle en el pecho el cáncer del estómago de Bonaparte, cuando el día menos pensado suprimió todas las preguntas é indagaciones acerca de su persona, cerrando la maleta en dos tiempos, como un oficial, y desapareciendo como por escotillón.

¿Adónde fué? ¿Quién se ocupó de ello? Estuvo ausente más de un año, y después regresó á París para proseguir la marcha de su vida de hombre de sociedad. Una noche estaba en la embajada de España, donde, entre paréntesis, hormigueaba dicha noche la flor y nata de la sociedad de París... Era tarde. Se iba á cenar. La batahola de la cena vaciaba los salones. En la sala de juego retardábanse algunos hombres en un *whist* reñido. De pronto el *partner* de Tressignies, que volvía las hojas de un cuadernito de concha donde apuntaba las puestas que se hacían á cada *rob*, vió en él alguna cosa que le hizo prorrumpir en el «¡Ah!» que se exclama cuando se encuentra lo que se había olvidado...

—Señor embajador de España—dijo el anfitrión, quien con las manos á la espalda miraba jugar;—¿hay aún Sierra Leonas en Madrid?

—¡Cierto que los hay!—respondió el embajador.—En primer término, está el duque, quien puede parango-

narse con lo más elevado entre todos los grandes.

—¿Quién es, pues, esa duquesa de Sierra Leona que acaba de morir en París, y qué es del duque?—prosiguió entonces el interlocutor.

—No puede ser sino su mujer—respondió tranquilamente el embajador.—Pero hace casi dos años que la duquesa como si se hubiese muerto. Ha desaparecido, sin que se sepa cómo ni por qué: la verdad del asunto es un profundo misterio. Figúrense Vds.; la imponente duquesa de Arcos de Sierra Leona no era una mujer de estos tiempos, una mujer de aventuras que se marchase con un amante. Era una mujer tan altiva por lo menos como su marido el duque, el cual es el más orgulloso de los *Ricos hombres* (1) de toda España. Además, era piadosa, con una piedad casi monástica. Nunca ha vivido sino en Sierra Leona, un desierto de mármol rojo, donde las águilas (si las hay), deben caerse asfixiadas de aburrimiento desde sus picachos. Un día desapareció, y nunca se ha podido topar con su rastro. Desde entonces, el duque, un hombre digno de los tiempos de Cárlos V, á quien nadie se atrevió jamás á dirigir la menor pregunta, trasladó su residencia á Madrid, y no ha vuelto á hablar de su mujer ni de su desaparición, como si nunca hubiese existido. Era por su familia una Turre-Cremata, la última descendiente de los Turre-Cremata, de la rama de Italia.

(1) En castellano, en el original francés.

—Así es, en efecto—interrumpió el jugador; y miró lo que había escrito en una hoja de su cuadernito de concha.

Y añadió, solemnemente:

—Pues bien, señor embajador de España: tengo el honor de anunciar á Vuecencia que la duquesa de Sierra Leona ha sido enterrada esta mañana; y, lo que de seguro no sospecharía jamás, que ha sido enterrada en la iglesia de la Salpêtrière, como acogida en ese hospital (1).

Al oir estas palabras, volvieron la espalda á sus respectivos naipes y los dejaron delante de sí en la mesa, mirando con ojos extraviados á quien hablaba con el embajador.

—Sí, señores—dijo el jugador, que *producía efecto,* cosa deliciosísima en Francia.—Pasaba yo esta mañana por allá, y oí á lo largo de las paredes de la iglesia un rumor tan majestuosa de música religiosa, que entré en aquella iglesia poco acostumbrada á semejantes funciones... y me quedé absorto al pasar por el pórtico, colgado de paños negros con blasones de doble escudo de armas, viendo en el coro el más resplandeciente catafalco. La iglesia estaba casi vacía: en el *banco de los pobres* había algunos mendigos; y acá y allá algunas mujeres, de esas horribles leprosas del hospital inmediato, por lo menos de aquellas que no están locas del todo y que aún pueden soste-

(1) Como si dijésemos: ha muerto en San Juan de Dios. A la vez, era ese hospital un manicomio, cual hoy. (N. DEL T.)

nerse de pie. Atónito al ver tal personal junto á semejante catafalco, me aproximé y leí en grandes letras de plata sobre fondo negro, esta inscripción que, ¡á fe mía!, he copiado lleno de sorpresa y para no olvidarla:

AQUÍ YACE
SAUZIA-FLORINDA-CONCEPCIÓN
DE TURRE-CREMATA,
DUQUESA DE ARCOS DE SIERRA-LEONA,
PROSTITUTA ARREPENTIDA
FALLECIÓ EN LA SALPETRIERE EL...
REQUIESCAT IN PACE!

Ya no pensaban los jugadores en la partida. En cuanto al embajador, aunque un diplomático no debe tener más asombro que miedo un oficial, comprendió que su extrañeza podía comprometerle, y exclamó, cual si hubiese hablado con uno de sus inferiores:

—¿Y no ha tomado V. informes?

—De nadie, excelencia—respondió el jugador.—Allí no había sino pobres, y los sacerdotes, que acaso hubieran podido informarme, cantaban el oficio de difuntos. Además, recordé que tendría el honor de ver á Vuecencia esta noche.

—Los tendré mañana—dijo el embajador.

Acabóse la partida, pero entrecortada por exclamaciones; y preocupado cada cual en sus pensamientos, todo el mundo cometió faltas entre esos fuertes jugadores de *whist*, y nadie advirtió la palidez de Tressignies, quien cogió el sombrero y marchóse sin despedirse de nadie.

El siguiente día, fué temprano á la Salpêtrière. Preguntó por el capellán —un buen señor sacerdote anciano— el cual le dió todas las noticias que le pidió acerca del núm. 119, en que se había convertido la duquesa de Arcos de Sierra-Leona. La desdichada había venido á parar donde previó que pararía... En el terrible juego que había jugado, ganó la más horrible de las enfermedades. «En pocos meses—dijo el anciano sacerdote—habíase cariado hasta los huesos... Uno de los ojos se le saltó un día bruscamente de la órbita y cayó á sus pies como una moneda de diez céntimos... El otro se había liquidado y fundido... Había muerto, pero estóicamente, con intolerables tormentos... Rica aún de dinero y por sus joyas, todo lo había legado á las enfermas, como ella, del hospital donde estuvo acogida, y dispuso funerales solemnes. Sólo que para castigo de sus liviandades—dijo el anciano sacerdote, quien no había comprendido ni pizca á aquella mujer—exigió como penitencia y por humildad que, después de sus títulos, se pusiera, en su ferétro y en su sepulcro, que era una PROSTITUTA... ARREPENTIDA. Y aún así —añadió el anciano capellán, engañado por la confesión de semejante mujer—por humildad, no quería que se pusiese lo de ARREPENTIDA.»

Sonrióse amargamente Tressignies del buen sacerdote, pero respetó las ilusiones de aquella alma cándida.

Porque era sabedor de que ella no se arrepentía, y que esa pasmosa humildad era, aun después de la muerte, ¡venganza y nada más!

J. BARBEY D'AUREVILLY.

LAS ESTRELLAS

Narración de un pastor provenzal.

Por el tiempo en que guardaba yo rebaños en el Luberón, permanecía semanas enteras sin ver alma viviente, solo en los pastos con mi perro Labri y mis ovejas. De vez en cuando pasaba por allí el ermitaño de Mont-de-l'Ure en busca de hierbas medicinales, ó bien topaba con la negra cara de algún carbonero del Piamonte; pero eran gentes cándidas, silenciosas en fuerza de la soledad, sin gusto por hablar, y sin saber cosa ninguna de las que se cuchicheaban en los pueblos y ciudades. Por eso, cuando cada quince días oía yo por el camino que sube, las campanillas de la mula de nuestro cortijo, trayéndome las provisiones de la quincena, y cuando veía aparecer poco á poco sobre la ladera, la vivaracha cara del mozo de labor (*miarro*) ó la roja cofia de la vieja tía Norade, de veras que me hallaba muy contento. Hacíame contar las noticias de nuestros paisanos de allá abajo, los bautizos y las bodas; pero lo que sobre todo me interesaba saber es que era de la hija de mis amos, nuestra señorita Estefanía, la más guapa que hubiera en diez leguas á la redonda. Sin aparentar tomarme demasiado interés, me informaba acerca de si iba mucho á las fiestas, á las veladas, si acudían á ella siempre nuevos galanes; y á los que me preguntasen qué me podían importar esas cosas á mi, pobre pastor del monte, les contestaría que tenía yo veinte años y que aquella Estefanía era lo más hermoso que en mi vida hube de haber visto.

Pues bien; un domingo, que esperaba los víveres de la quincena, sucedió que no llegaron hasta muy tarde. Por la mañana decía para mí: «Eso depende de la misa mayor»; luego, hacia medio día, ocurrió una gran tormenta y pensé que la mula no habría podido ponerse en marcha por el mal estado de los ca-

minos. Al fin, á las tres de la tarde, con el cielo despejado y la montaña reluciente de agua y sol, oí entre el gotear de las hojas y el desbordamiento de los hinchados arroyos, las campanillas de la mula, tan alegres y rápidas como un gran campaneo en día de Pascua. Mas no la conducían el joven *miarro,* ni la vieja Norade. Era... ¿adiviináis quién?... ¡nuestra señorita! hijos míos; nuestra señorita en persona, sentada derecha entre las banastas de mimbre, hecha una rosa con el aire de las montañas y el frescor de la tempestad.

El muchacho estaba enfermo, y la tía Norade de vacaciones en casa de sus hijos. La hermosa Estefanía me hizo saber todo esto al bajarse de la mula, y también que llegaba tarde porque se había perdido en el camino; pero al verla tan dominguera, con su cinta de flores, su brillante basquiña y sus puntillas, más bien tenía aspecto de haberse retrasado en algún baile que de haber buscado el camino por entre los chaparros. ¡Oh, qué preciosa criatura! Mis ojos no podían hartarse de mirarla. Verdad es que nunca la había visto tan de cerca. Algunas veces, por el invierno, cuando los rebaños habían bajado á la llanura y volvía yo de noche á la granja para cenar, atravesaba ella por la sala á escape, casi sin hablar á los criados, siempre peripuesta y un poco altiva... Y á la sazón, teníala allá ante mí, nada más que para mi solo; ¿no era cosa de perder la chaveta?

Cuando hubo sacado del cesto las provisiones, Estefanía se puso á mirar curiosamente en torno suyo. Alzándose un poco la hermosa falda de los domingos, que hubiera podido ensuciarse, entró en la cabaña y quiso ver el rincón donde yo me acostaba, el pesebre de paja con la pelleja de carnero, mi gran capa colgada en la pared, mi cayado, mi fusil de chispa. Todo aquello la divertía.

—¿Conque es aquí donde vives, mi pobre pastor? ¡Cómo debes de aburrirte de estar siempre solo! ¿Qué haces? ¿En qué piensas?...

Ganas me dieron de contestarla: «En V., ama», y no hubiese mentido; pero, era tan grande mi turbación, que no pude chistar una sola palabra. Creo que ella se la caló, y que la pícara tenía gusto en aumentar mi apuro con sus guasas:

—Pastor, ¿y sube á verte algunas veces tu buena amiga?... A buen seguro que será la cabra de oro, ó aquella hada Estérelle que no corre sino por los picos de los montes...

Y ella misma tenía el aspecto de la hada Estérelle al hablarme, con la linda risa de su cabeza echada atrás y su premura por irse, la cual

convertía en una aparición su visita.

—Adiós, pastor.

—Salud, ama.

Y salió disparada, llevándose vacías las cestas.

Cuando desapareció por el sendero en cuesta, parecíame que al rodar los guijarros bajo los cascos de la mula, iban cayéndome uno por uno en el corazón. Los oí mucho, muchísimo tiempo, y hasta finar el día permanecí como adormecido, sin ánimos para moverme, por temor de hacer que se disipara mi ensueño. Al atardecer, cuando comenzaba á ponerse azul el fondo de los valles y las ovejas se apretaban unas contra otras balando para entrar en el aprisco, oí que me llamaban por la ladera, y ví aparecer á nuestra señorita, no ya risueña cual poco antes, sino temblando de frío, de miedo, de mojada. Parece ser que al pie de la cuesta había topado con la Sorgue, crecida con la lluvia de tempestad, y queriendo vadearla á viva fuerza estuvo en un tris que no se ahogó. Lo terrible es que á esas horas de la noche no había que pensar en volverse al cortijo, pues nuestra señorita no hubiera sabido dar por sí sola con el atajo, y yo no podía abandonar el rebaño. Aquella idea de pasar la noche en el monte la atormentaba mucho, sobre todo, á causa de la inquietud de los suyos. Yo la tranquilizaba lo mejor que podía.

—Ama, en Julio son cortas las noches... No es más que un mal rato.

Y á escape encendí una gran hoguera para que se secaran sus pies y su basquiña, toda empapada en agua de la Sorgue. Enseguida puse delante de ella leche y requesones; pero la pobrecita no pensaba en calentarse ni en comer; y de ver las gruesas lágrimas que salían de sus ojos, ganas me daban también á mí de llorar.

Sin embargo, había cerrado del todo la noche. Ya no quedaba en las crestas de los montes más que un polvillo del sol, un vapor de luz por la parte de Poniente. Quise que nuestra señorita entrase á descansar dentro de la cabaña. Habiendo extendido sobre paja fresca una hermosa piel enteramente nueva, la dí las buenas noches é iba á sentarme fuera, delante de la puerta... Pongo á Dios por testigo de que, á pesar del fuego del amor que me abrasaba la sangre, no me vino ningún mal pensamiento; sólo sentí un gran orgullo de pensar que en un rincón de la choza, cerca del curioso rebaño que la contemplaba en su sueño, dormía confiada á mi custodia la hija de mis amos, como una oveja más preciosa y más blanca que todas las demás. Nunca me habían

parecido tan profundo el cielo, tan refulgentes las estrellas... De pronto abrióse el postigo de la choza y apareció la hermosa Estefanía. No podía dormirse.

El ganado hacía crujir la paja al removerse, ó balaba entre sueños. Prefería acercarse al fuego. Al ver eso, la eché sobre los hombros mi piel de chiva, avivé la llama, y permanecimos sentados uno junto al otro, sin hablar. Si habéis pasado alguna vez la noche al sereno, sabréis que á las horas en que dormimos despiértase entre la soledad y el silencio un mundo misterioso. Entonces cantan más claro las fuentes, y enciéndense lucecillas en las charcas. Todos los espíritus de las montañas van y vienen con libertad; hay en el aire voces, ruidos imperceptibles, como si se oyese ensanchar las ramas y crecer la yerba. Por el día, es la vida de los seres; pero de noche, es la vida de las cosas. Cuando no se tiene costumbre de ello ¡da un miedo todo eso!... Así es que nuestra señorita estaba temblando, y se estrechaba contra mí al más pequeño rumor. Una vez, un grito largo y melancólico, procedente de la charca que más abajo relucía, subió hacia nosotros ondulando. En el mismo instante, una hermosa estrella fugaz deslizóse sobre nuestras cabezas en la misma dirección, cual si aquella queja que acabábamos de escuchar, llevara consigo una luz.

—¿Qué es eso?—me preguntó en voz baja Estefanía.

—Un alma que entra en el paraíso, ama.

E hice la señal de la cruz.

También ella se santiguó y quedóse muy absorta un momento con la cabeza levantada. Después me dijo:

—¿Pero es verdad, pastor, que vosotros sois hechiceros?

—De ningún modo, señorita. Pero aquí vivimos más cerca de las estrellas, y sabemos lo que allí pasa mejor que las gentes de la llanura.

Continuaba ella mirando arriba, con la cabeza apoyada en la mano, envuelta en la piel de carnero como una divina pastora.

—¡Cuántas hay! ¡Qué cosa más bonita! Jamás he visto tantas... ¿Y sabes tú sus nombres, pastor?

—Vaya que sí, mi ama... ¡Mire V.! Precisamente encimita de nosotros, ahí está el *Camino de Santiago* (la vía láctea). Va derechito desde Francia á España. Santiago de Galicia fué quien lo trazó para indicarle la ruta al bravo Carlo-Magno cuando hacía la guerra á los moros (1). Más lejos tiene V. el *Carro de las ánimas* (la Osa mayor),

(1) Todos estos detalles de astronomía popular están tomados del *Almanaque provenzal* que se publica en Avignon.

con sus cuatro resplandecientes cubos de los ejes. Las tres estrellas que van delante son las *Tres bestias*, y aquella chiquitita que va junto á la última es el *Carretero*. ¿No ve V. todo alrededor aquella lluvia de estrellas que caen? Pues son las ánimas que Dios bendito no quiere tener consigo... Un poco más abajo, vea el *Rastrillo* ó los *Tres reyes* (Orión). Eso es lo que nos sirve de reloj á nosotros. Sin más que mirarlos, sé que ahora son las doce dadas. Un poco más abajo, siempre hacia el Mediodía, brilla *Juan de Milán,* la antorcha de los astros (Sirio). He aquí lo que los pastores cuentan acerca de esa estrella. Parece ser que una noche *Juan de Milán,* con los *Tres reyes* y la *Pollera* (la Pléyada), fueron invitados á la boda de una estrella amiga suya. Dícese que la *Pollera,* más presurosa, partió la primera y tomó el camino alto. Mire V., allá arribita, en el fondo del cielo. Los *Tres reyes* atajaron por más abajo y la alcanzaron. Pero ese perezoso de *Juan de Milán,* que se había dormido hasta muy tarde, se quedó á la cola de todos, y enfurecido les tiró el palo para detenerlos. Por eso los *Tres reyes* también se llaman el *Bastón de Juan de Milán*... Pero el más hermoso de todos los luceros, mi ama, es el nuestro, la *Estrella del pastor,* que nos alumbra al alba cuando sacamos el rebaño, y por la tarde también cuando lo recogemos, También la llamamos *Maguelona,* la hermosa Maguelonne que corre tras *Pedro de Provenza* (Saturno), y se casa con él cada siete años.

—¿Cómo es eso, pastor? ¿Conque también hay bodas de estrellas?

—¡Y tanto que sí, mi ama!

Y como tratara yo de explicarla lo que eran esas bodas, sentí una cosa fresca y fina pesar levemente sobre mi hombro. Era su cabeza, aplomada de sueño, que se apoyaba contra mí con un lindo roce de cintas, encajes y cabellos ondulados. Así permaneció sin moverse hasta el momento en que palidecieron los astros del cielo, disipados por la aurora que asomaba. La miré dormir, un poco trastornado en el fondo de mi ser, pero santamente protegido por aquella clara noche, que nunca me inspiró sino buenos pensamientos. En torno nuestro, las estrellas continuaban su silencioso curso, dóciles como un gran rebaño; y por momentos figurábame que una de esas estrellas, la más fina, la más brillante, habiéndose extraviado en su camino, había venido á apoyarse en mi hombro para dormir...

ALFONSO DAUDET.

SGANARELLE

CUENTO

En aquella boda de honrados burgueses, fabricantes de flores para la exportación y de papeles pintados, Bixión, cuyos dibujos comenzaba á rechazar por demasiado flojos *Le Charivari* y que desde ocho días antes no había devorado ninguna presa, sentíase con ganas de guasa; por eso acogió con el más perfecto agrado la pregunta del señor Lestibondois, el comerciante en seda cruda.

—¡De modo—dijo—que es una verdadera consulta lo que V. me pide!

—Sí;—contestó Lestibondois—para un amigo mío.

—Comprendo—replicó Bixión.—Quiere V. saber si una persona formal puede ser sin ridiculez lo que Molière, que no disfraza las palabras, denomina...

—Justo y cabal—dijo Lestibondois.

—Dios mío—prosiguió con abandono el artista—en general, vale más no serlo; y hay un medio muy sencillo. Basta con elegir una buena mujer, sencillota, robusta, en la cual no predomine el sistema nervioso, educada en el seno de la familia, apta para tener un hijo cada año... y pagar el débito, cumpliendo como buen marido.

—Pero—objetó lastimeramente el mercader—¿y si se ha escogido de otro modo y hay que conservarla tal cómo es?...

—Vamos—dijo Bixión—veo que V. quiere que vayamos al asunto, y no es hombre á quien se le puede satisfacer con subterfugios. Pues, entremos en el riñón de la cosa; conocí á un marido que encontró el medio de aguantar sin hacer reir á nadie... eso de que tratamos. El marqués de Esternay...

—¡Ah!—exclamó Lestibondois.—¡Era marqués!

—Y lo es todavía—continuó Bixión.—Pero desde la Revolución todos somos iguales. El marqués de Esternay, guapo como todos los de su raza, había sido teniente de cazadores de Africa, antes de casarse. En el regi-

miento era célebre por sus temeridades heroicas á lo Orlando; un día se arrojó él solo contra un grupo de árabes, y quedó en el campo de batalla por muerto, herido de dos balazos y con la cabeza abierta de una cuchillada. Sin embargo, había salido con bien; y era un buen mozo, esbelto, bien formado, de alta estatura y daba gusto verle con su rostro atezado, de facciones atrevidas y profundos ojos azules; los cabellos cortos, espesos y rígidos, á la vez que su ligera barba negra, le daban el más varonil carácter. Y siendo así el marqués de Esternay, y además con un capital de dos millones de francos, amén de las esperanzas, se casó sin dote y por amor con la señorita Marcela Jacquelin, hija de un empleado de correos, y cuyo equipo de novia no valía cien escudos. Era lindísima, pero no sabía conllevar ni hacer valer su belleza á lo Watteau, y de la cual no tenía la clave. ¡Añádase á esto que Esternay no tiene ningún talento de adorno! Hábil como un maestro en equitación y esgrima, y sabio como un benedictino en toda clase de ciencias y de artes, pero sencillo como un cuchillero de Manchester, es además de esto ingenioso como si lo tuviera por oficio; con la mayor facilidad puede quitar el pellejo á su interlocutor, á la manera que Apolo desolló, al sátiro Marsias; pero este genio cómico nunca lo emplea sino en defensa de esos mártires que hay en toda sociedad, y á expensas de los cuales demuestran ingenio á poca costa los bravucones (que los hay en todo, ¡hasta en la conversación!). Además, es idealmente bueno sin debilidades, conocedor en materia de muebles y cuadros, se viste con el gusto más exquisito, y sin quitarse los guantes puede liar un pitillo que no haya más que pedir.

—Y á pesar de todo eso—murmuró Lestibondois—su mujer le ha puesto los...

—Con un pianista—dijo Bixión.—y á los seis meses de casado. Ese pianista, que se pasa por las melenas una mano imitación de la de Listz y lleva chalecos de alamares, componía romanzas sin palabras y con palabras, á las cuales pocas mujeres se han resistido. Todo París supo bien pronto sus relaciones con la marquesa de Esternay, y no hubo persona que las ignorase. Tan sólo Esternay se obstinó en no conocer esas relaciones ni al pianista, del cual hizo tanto caso como de una mosca que se paseara por una cortina de encaje. Acaso haya ocultado dentro de su corazón y de su cerebro dramas terribles, porque adoraba á su mujer; pero nadie los ha sabido, porque el marqués piensa que el gemir no sirve para nada, y es de los que ponen en práctica la noble divisa de «¡Ayúdate!» Solamente tuvo en la misma época tres duelos consecutivos, en los cuales hirió de gravedad á sus tres adversarios; pero (aquí es preciso admirar su elegancia), no había buscado ninguno de sus desafíos, sino que los aceptó en condiciones tales que todo hombre galante hubiera hecho lo mismo que él. Una vez, su tío materno,

el anciano general Ars, había sido insultado en un periódico; otra vez, un fatuo habló más que ligeramente delante de él de la mujer de su mejor amigo, el capitán Cardonne, que navegaba á la sazón por los mares de la India; y, en fin, Esternay se había batido por tercera vez, estando de viaje, con un ruso que sin saber que él había sido militar, pronunció á su presencia en la mesa de un hotel, las frases más insultantes para el ejército. Esta casualidad tan pertinaz le pintará á V. de cuerpo entero quién es nuestro hombre, el cual no busca dramas, pero es lo suficiente discreto para no desaprovechar nunca las ocasiones de hacer las cosas que le conviene hacer. Jamás incurrió en la ridiculez de ponerse en campaña con premeditación para detener los caballos desbocados, á la hora de los elegantes, en la avenida de los Campos Elíseos; ó para hacer competencia á los salvadores de náufragos, sacando del agua á los cajeros infieles que se arrojan al río por la noche desde el puente de Nuestra Señora, para ahogarse. Pero con seguridad que durante su última estancia en Turaine no fué culpa suya si el incendio devoró la granja dependiente de su castillo (¡como que no había él prendido fuego!); y si, triunfando allí donde los intrépidos bomberos habían tenido que retirarse tres veces, pudo entre el humo y sobre las vigas hechas brasa, salvar unos tras otro á la mujer del hortelano y á sus cuatro pequeñines y al mismo hortelano, á quienes bajó en hombros por una cuerda de nudos, sublime, espantoso, alegre, con el rostro y los cabellos quemados, con admiración de los enloquecidos lugareños que al ver su fuerza indomable reconocían en él su señor. Por más que se empeñe uno en ser modesto, en esta época de periódicos noticieros, no pudo impedir Esternay que la anécdota llegase á París, donde á su regreso la conocía todo el mundo. El pianista comprendió que estaba perdido si no conseguía tener un duelo con un hombre que legítimamente habíase creado tal reputación de valentía. Así pues, lo encontró Esternay sin cesar siguiéndole los pasos, pero jamás consintió en verlo; y hasta ni siquiera permitió que sus labios se sonrieran lo más mínimo cuando el pianista, que había caído en el último grado de humillación, fué despedido vergonzosamente por su querida.

—Ciertamente—dijo Lestibondois—que la valentía...

—No es más que un aspecto de la cuestión—interrumpió Bixion.—Pero Esternay tenía demasiado tacto para descuidar el otro aspecto. Hasta entonces, como hombre de interior que prefería á todo, su casa y sus libros, había vivido muy retirado. Pero echado de su hogar por el canto de reclamo de su mujer, comenzó á presentarse en sociedad y en la Opera; el encanto de su belleza y de su incomparable elegancia, no tardó en meter ruido en Landerneau. Había entonces allí una de esas crueles, mil veces descritas por los noveladores, que inspiran amor sin sentirlo ellas, y se gozan en la deses-

peración de sus víctimas, y no tienen más gusto que hacer derramar mucha sangre y muchas lágrimas. Si en lugar de ser una princesa con minas de plata y de platino, hermosa como un ensueño, con su gracia salvaje é infantil y con la majestad de una reina, hubiera sido aquella húngara (llamada Sarolta-Batsanyi), una parisiense tasada en cien mil francos, hubiera podido tomar por divisa las palabras que el caricaturista Gavarni pone en boca de uno de sus diablejos con faldas: *¡Es igual; el que me vuelva melancólica podrá gloriarse de ser un famoso conejo!* Pues por lo que ha podido saberse, nadie fué nunca lo suficiente favorecido para tocarla la puntita del guante.

Pero experimentó una pasión furibunda por Esternay—se lo dijo así á éste, y quiso entregarse á él violenta y brutalmente, á todo escape. Un teniente de cazadores de Africa no tiene derecho á hacerse el casto José; pero al cabo de unas breves relaciones, durante las cuales la princesa conoció el paraíso (según refiere ella misma con todo descaro), recobró él su libertad. Y desde ese día la hermosa Sarolta, vencida, idiota, embrutecida por el amor, sigue desde lejos á Esternay como una perra; se viste con los colores de la librea de él, y le mira como un pobre de solemnidad contempla las monedas de oro en el escaparate de los cambistas. Ya sabe V. lo que son las epidemias en París. Todas las jóvenes empezaron á volverse locas por Esternay, y recibió más cartas amorosas que un tenor ó un gimnasta de circo. Pero lo que más le chocará á V. es que el contagio alcanzó á la marquesa de Esternay. Se ha prendado de su marido, viéndosela quedar pálida, quebrantada, con los ojos hundidos, próxima á morir; y se hubiese muerto, si el marqués no se la hubiera llevado, cual una apetecida presa, al lindo palacio que en secreto había hecho edificar para ella en la calle de Assas. La primera vez que se encontró sola con él en la alcoba, tapizada de canutillo blanco, quizá temió la primera frase que la diría su marido; pero éste, dándola en los cerrados ojos un largo beso ardiente y lleno de gozo, no la dijo más que estas palabras: «¡Siempre te he amado!» Por el ejemplo del marqués de Esternay, ya ve V., caballero, que sin excesiva ridiculez puede un marido ser un...

—Sí, lo que dice Molière—interrumpió Lestibondois.—¡Mas para eso requiérense ciertas condiciones especiales!

—Y si no se pueden reunir—dijo sentenciosamente Bixion—quizá lo más cuerdo es quedarse muy tranquilo y desarrollar bien los músculos *biceps* para demostrar á los vecinos que se puede ayudar á un carretero á contener su carreta cargada de piedras de sillería.

—Sí, también queda ese recurso—suspiró el comerciante en seda cruda, echando una mirada furtiva y melancólica á su brazo, más delgado que un alambre.

Teodoro de Banville.

LA MÁQUINA DE METAFÍSICA

Fiat lux!
(Un desconocido.)

I

Por qué dicen que estoy loco? Porque no vivo enteramente igual que todo el mundo, porque no represento mi papel de carnero de Panurgo, porque permanezco encerrado semanas, meses enteros, ¿hay motivo para llamarme loco? ¿Se sabe por qué vivo así? ¿Se ha preguntado á alguien que hacía yo en mi soledad? Y si alguno ha querido saberlo y no he querido decírselo, ¿es bastante causa para llamarme loco?

Creo por el contrario, ser muy cuerdo, gracias á la vida que he llevado siempre y, sobre todo, á la idea que he concebido en esta vida. Y lo cierto es que cuando esta idea comenzó á germinar en mí, no estaba yo loco.

Había leído y estudiado mucho. Atraíanme en particular los filósofos. Pero no me gustan los actuales: no saben serlo de veras. Para concebir un sistema es menester la vida contemplativa, solitaria, absorta. Pues bien, ¿cómo queréis encontrar estas condiciones de estudio en nuestra sociedad bullidora, donde se respira por todos los poros la distracción? Complacíame, pues, en el comercio con los filósofos antiguos. Por un refinamiento de estudio, buscaba aquellos cuyas mutiladas obras sólo han llegado hasta nosotros por fragmentos, ó á través de las tradiciones: Leucipo, Demócrito, Empédocles, Heráclito, Parménides. Tenía particular placer en reconstruir esos viejos sistemas con ayuda de los retazos que de ellos quedan, como Cuvier reconstruyó con algunos huesos las especies antediluvianas. Los hombres que se ocupan de estas cosas son los únicos que podrán comprender mi gozo al encontrar así la teoría de las Homeomerias de Anaxágoras y algunas otras. A la vez que en estos fragmentos, complacíanme también los sistemas completos, pero tan oscuros, de los místicos y de los teólogos, sutiles profun-

didades donde se sumerge con delicia el ingenio habituado á los ejercicios metafísicos. Los Alejandrinos, Plótino, Pórfiro y Jámblico, me arrobaron; he gustado voluptuosidades inefables con San Anselmo y Santo Tomás de Aquino.

Si hablo de todas esas lecturas, la menor de las cuales basta para probar á un sabio, no es por vanagloriarme de ellas; sino, en primer término, para demostrar que yo era un trabajador y no un loco; y, sobre todo, para explicar cómo nació en mí la idea de que hace poco hablaba. Hela aquí:

En todas esas lecturas noté una cosa, que es el punto de partida de mi sistema, á saber: que, en medio de las hipótesis cosmogónicas y teológicas, el espíritu humano se mueve menos por razonamiento que por intuición. No se trata aquí de silogismos, puesto que no se va de lo *conocido continente* á lo *desconocido contenido*. Se trata de plantear lo *desconocido continente*, es decir, en otros términos, de ver lo absoluto. Probar no significa nada, es preciso ver. O se ve, ó no se ve. A cada instante lo experimentaba en mí mismo. Tal afirmación en que hasta entonces no había podido notar sentido alguno, iluminábase de pronto para mí trás una larga meditación. Lo absurdo se convertía en una verdad evidente. Experimentaba lo que debía de sentir un ciego, á quien se le hubieran explicado extensamente los colores sin poder conseguir que entendiese nada, y cuyos ojos se abrieran de repente.

Si por este procedimiento lograba yo comprender las verdades metafísicas, es que también se habían descubierto por este procedimiento: tal fué mi primer paso. De ello inferí que lo absoluto era para nosotros, no una conclusión, sino una aparición. Un hecho, á primera vista extraño é irrazonable, me dió la razón: me refiero al sentido extrahumano que algunas veces adquieren las palabras. Una palabra, una reunión de palabras, una frase, se presentan delante de mí; eso es un absurdo, diríase que son jeroglíficos; repito la palabra, la frase, sin hallar en ella ningún sentido; clavo en cierto modo mi espíritu en la forma material de la palabra, en el uso de los signos alfabéticos, en el sonido de las sílabas; una semana, un mes, varios meses seguidos me sucede estar así voluntariamente en continua obsesión de un absurdo incomprensible; el día menos pensado se oblitera el sentido humano de aquel absurdo, la forma y el sonido del vocablo se truecan en símbolos, y comprendo lo incomprensible.

Había encontrado la clave de la metafísica.

No relataré cómo se precisó poco á poco la idea hasta el punto de condensarse en teoría. Aparte de que sería demasiado largo de contar, hay en las lentas y tenebrosas transformaciones de una idea todo un laberinto de reflexiones, cuyo hilo se pierde al salir de él. Después de manifestar cómo fuí conducido á la puerta de ese laberinto, sólo diré lo que he encontrado al salir: mi sistema de la *Metafísica sensible*.

Hasta aquí sólo se han tenido en

cuenta en el hombre, tres cosas: los sentidos, la conciencia y la razón. Para hacer más claro lo que sigue de mi discurso, llamaré á los sentidos propiamente dichos *sentidos externos*, en tanto que se aplican á los objetos exteriores; y reuniré la conciencia y la razón con el nombre común de *sentidos internos*, en tanto que se aplican una y otra al Yo y á sus modificaciones.

El error metafísico que aún pesa sobre nosotros hácese así palpable: los materialistas aplican los sentidos externos á lo absoluto, y los espiritualistas los sentidos internos. Ahora bien; lo absoluto no está ni en los objetos exteriores ni en el Yo. De aquí la impotencia de las investigaciones humanas acerca de lo absoluto, impotencia comprobada en todos los tiempos. Los escépticos han cortado por lo sano la cuestión negando la metafísica. Los investigadores sinceros han tratado de salir del error, los místicos por el éxtasis, los teólogos por la fe. Místicos y teólogos estaban en lo cierto al buscar un medio nuevo; pero unos y otros incurrían en el error de someter el éxtasis y la fe á los procedimientos de la razón.

Antes de mí, sólo un hombre ha sospechado el procedimiento infalible que conduce á lo Absoluto. Es el teólogo Tomista que escribió estas palabras:

Mens, sola sibi reddita, naturae suae ingenium et praestantiam totam obtinens, naturaliter ominatur SENTIT *que summum aliquid et* INEXCOGITABILE *principium.*

«El alma sola, vuelta á sí misma, en plena posesión de su ser y de toda su potencia, percibe naturalmente y SIENTE este supremo algo, este principio INCOMPRENSIBLE.»

Las palabras son precisas, y creo que el más vulgar entendimiento puede comprenderlas. Esta frase simplificará por completo lo que me falta decir para completar mi teoría, que ahora puede exponerse con una sola afirmación.

Juntamente con los sentidos externos y los internos, hay otro á la vez interno y externo, que se apodera del objeto como los sentidos externos, es inmaterial como los sentidos internos, pero no tiene nada de común con unos y otros, y es: el SENTIDO DE LO ABSOLUTO.

Pero, ¿que digo? ¿Qué he escrito ahí? En verdad que me entra miedo. He tenido mi espíritu tan sosegado como me ha sido posible, para explicar con sencillez mi descubrimiento. Ahora que ya está hecho, estoy aterrado. ¿He leído bien lo que acabo de enunciar? ¡Eso es como si escribiera que el hombre tiene un tercer ojo! ¡Peor aún! He escrito que el hombre tenía un nuevo sentido. ¡Monstruosidad! Me parece que oigo reir en torno mío y que dicen: ¡loco, loco, loco! Sin embargo, estoy muy lúcido. Mi cerebro está sano, estoy seguro de ello. No, no estoy loco; eso no es verdad. Veo. Os digo que veo. Pero no querrán creer que veo, puesto que están ciegos. ¡Qué desgracia! ¡Desventura! ¿Quién, pues, me oirá sin reirse? ¿Cómo demostrar *eso? Eso* es nada para ellos. Los ojos no lo ven. Los oídos no lo oyen. Las manos no lo tocan. La conciencia no habla de ello. ¡Horror!

la razón misma no puede comprenderlo. ¡Ah! ya ves bien, ya confiesas que te has salido de la razón: ¡estás loco! No, no, mil veces no. ¿Quién me llama loco? ¡Mentís! Todo el mundo se ríe, ¿no es así? ¡Pues bien! si estoy loco, lo estaré hasta el final; moriré por ello si es preciso; pero lo que yo veo, lo veréis también vosotros. Ahí está mi sentido de lo absoluto, vive, existe. Ejercitaré este nuevo sentido, le sacrificaré todo, escribiré las cosas que me revele; y serán tan prodigiosas, tan esplendentes, tan verdaderas, que el mundo quedará deslumbrado. ¡Será menester escucharme, cuando se oiga el *Apocalipsis evidente!*

La analogía me ofreció al punto el medio de ejercitar con vigor ese nuevo sentido. Noté que los ciegos tienen el sentido del tacto en extremo delicado; y que los sordos, en cambio, llegan á comprender con los ojos, por el movimiento de los labios, las palabras que no oyen. Era fácil concluir de aquí que la atrofia de un sentido aprovecha á los otros.

Entonces comprendí por qué los sacerdotes de Buddha se entregan á la inmovilidad solitaria y silenciosa, y ya no encontré ridícula la postura de esos videntes ensimismados contemplando su propio ombligo. Buscan en el éxtasis contemplativo el olvido del mundo sensible. Por desgracia, no dura el éxtasis; y á pesar de su heroísmo, esos inmóviles tienen sensaciones en el intervalo de los actos catalépticos. Además, aunque sólo tuviesen sensaciones indistintas y confusas, siempre están trabajando en su interior la conciencia y la razón; y de esta suerte están perpetuamente distraídos, cuando no por los sentidos externos, á lo menos por los sentidos internos.

Era preciso, pues, encontrar un estado en el cual el espíritu no estuviese ocupado por sensaciones ni pensamientos.

¿Era posible lograrlo?

Para las sensaciones, sí. Nada más fácil, con una voluntad firme y resuelta, que hacerse ciego, sordo y mudo: es asunto de nervios que paralizar, y nada más. El día que quisiera, podría privarme de mis sentidos; no conservando del tacto sino lo meramente indispensable para escribir en la oscuridad mis visiones. Así conseguiría no tener ya más que recuerdos de sensaciones, los cuales se borrarían poco á poco en una memoria yerma desde ese punto de vista.

En cuanto á los pensamientos, ya era menos fácil la cosa. Concluir de pensar, ¿no es dejar de ser? Sí, en el sentido vulgar de la palabra; pero no, en el mío. ¿Para que necesitaba los usuales modos de pensar? ¿Qué me importaba el raciocinio en todas sus formas? Por consiguiente, era menester concluir de pensar, ó á lo menos pensar lo menos posible. Para eso, para curarme de esta enfermedad, tenía á mi disposición el remedio en la idea fija. La idea fija es la atrofia de todos las ideas, en provecho de una sola. Eso encajaba en mi régimen de atrofia de los sentidos.

El régimen á que me iba á amoldar,

reducíase, pues, á esto: aniquilar todos mis sentidos internos ó externos, hasta donde fuere posible, para permitir el libre juego del sentido de lo absoluto y darle una excesiva agudeza.

Antes de acometer la grande obra, faltaba precisar las circunstancias en que este sentido tenía más vigor y más comodidad para ejercitarse. Largas fueron mis meditaciones é investigaciones acerca de este punto. Un recuerdo de mi juventud me puso en la pista de lo que deseaba encontrar. Por delicada que sea la materia de este recuerdo, me atrevo á insistir en él por interés de la ciencia y para hacer comprender bien el medio que creí deber emplear.

Todo el mundo sabe que en el goce nervioso hay un instante brevísimo, y por lo mismo muy poco estudiado, durante el cual fúndese el ser entero como un hilo metálico en una corriente eléctrica. Hay como un relámpago en el cual el hombre se abisma en la sustancia, de la que en aquel momento es en cierto modo conductor. La creación entera vive en aquel relámpago; y es, digámoslo así, el miscrocosmo de lo absoluto. Al recordar aquella sensación encontré esta explicación sutil.

Por otra parte, consideré que, según he dicho, ese instante es un relámpago y no hay manera alguna de hacerle durar. Pero me fijé en que el goce nervioso tiene esa extraña propiedad, no por ser goce, sino porque es nervioso. Los orientales han comprendido bien esto, y entran en éxtasis por el dolor. En efecto, si en el dolor nervioso es menos intenso el relámpago, en cambio es más duradero. Puede producirse así una conmoción en la cual todo se aniquile, una especie de corriente que funda al hombre entero. Y entonces precisamente, llega el caso en que el espíritu despavorido puede darse todo á lo absoluto.

Sólo me faltaba imaginar un género de dolor nervioso continuo, bastante fuerte para conducirme á ese estado; y un aparato que, impidiéndome eximirme de ese dolor, me permitiera escribir mis visiones. El género de dolor que elegí fué la incitación prolongada de los nervios dentarios; y esa elección me inspiró en poco tiempo el ingenioso aparato en que dentro de poco voy á sentarme.

He aquí lo que he resuelto: voy á entregarme á lo absoluto. Desde que, á contar, de quince años acá he concebido mi sistema y puesto en práctica mi régimen, creo que á la postre me encuentro en el estado necesario para intentar las últimas y magnas experiencias. Me he hecho todas las mutilaciones precisas. Estoy ciego y sordo. No he dicho una palabra desde quince años ha. He renunciado al uso de los sentidos groseros é imperfectos, incluso á la conciencia y la razón, que podían ser estorbo para mi nuevo sentido. Del hombre antiguo sólo conservo la atención y la voluntad. Sé escribir en las tinieblas. En ellas escribiré las palabras de luz.

Mi primer experimento durará cosa de una hora. Son las siete de la mañana. Mi antiguo criado entrará en mi cuarto á las ocho. En él hallará escritas mis

órdenes, como todos los días. En esas órdenes le prevengo que venga á esta sala baja de mi castillo, donde jamás ha entrado; y le indico el medio de hacerme salir del aparato, si me encuentra desvanecido. Escribo aquí todos estos detalles, á fin de comprobar bien que obro con plena libertad y sabiendo perfectamente lo que hago.

Como también pudiera morir durante la experiencia, por eso he relatado con concisión y claridad la historia de mi teoría. Por idéntico motivo voy á describir ahora mi aparato metafísico, no queriendo en ningún caso dejar misterio alguno tras de mí.

Es un sillón mecánico, todas cuyas partes he arreglado yo mismo. Mis piernas quedan inmovilizadas por una vaina en la cual las introduciré al sentarme. Una vez sentado, pondré mi brazo derecho sobre el brazo del sillón, y la cabeza en la orejera derecha del respaldo. En esta postura, abriré la boca; la cual quedará abierta por medio de un sólido tapón de hierro fundido cubierto de goma elástica, donde pueda morder sin romperme la mandíbula. Al lado de la orejera, el intersticio que deje mi boca abierta, pondré el pequeño mecanismo destinado á producir el dolor, y que está constituido por una barrena de movimiento rápido y continuo. Esta barrena entrará en el agujero de un diente cariado que me duele, de modo que avance medio centímetro durante una hora. Otro mecanismo hará girar con lentitud debajo de mi mano derecha, libre desde la muñeca, un rodillo de papel donde escribiré á medida que vaya viendo. Para evitar la natural cobardía humana, que pudiera incitarme á detener el mecanismo de la barrena, he arreglado todo de la manera siguiente: hay un botón al alcance de mi mano izquierda; oprimiéndolo, obedecerá la máquina; de pronto quedaré agarrotado en el sillón con vínculos de hierro que me rodearán los brazos y me sujetarán la cabeza; ambos mecanismos funcionan á la vez, y luego me es imposible detenerlos. Hay cuerda para que dure el movimiento una hora.

.....

.....*Ya estoy.—Todo va bien... Escribo esto en el rodillo, para ensayo...*

.....*Dolor atroz.—Bien.—Comienzo...*

.....*Espero...*

.....*Placer.—Horror.—Absoluto.—Absoluto.—¿Palabras?...*

.....*Al fin veo.*—Inexcogitabile.—Loco.—Loco.—Loco...

.....*Alegría.—Regocijo.*

.....*Palabras huecas.—Evidente.—Caramba.—Sí...*

.....

Basta.—Triángulo.—Basta...

Absoluto.—*Aquí está.—Al fin.*—Aquí está.—Aquí...

.....

II

A las ocho, el antiguo criado entró en el cuarto de su amo, encontró allí las órdenes escritas y descendió á la sala baja.

El loco estaba en el sillón. Había muerto. Sus piernas convulsas habían torcido el estuche, sin poder salir de él. La muñeca de la mano izquierda estaba hecha girones por el guante de hierro, sacudido en vano; veíanse al descubierto los tendones, rígidos como cuerdas de violín. El brazo derecho estaba sostenido desde el hombro al codo, pero suelto desde el codo á la muñeca; y la mano, no habiendo podido llegar hasta la cabeza, habíase pegado al pecho, destrozado á uñadas y dentro del cual habían penetrado hasta la primera falanje dos dedos retorcidos. La cabeza, echada atrás y sostenida por la orejera, hacía horrible mueca. Una espuma ensangrentada fluía de las encías. Los dientes habían atravesado la goma y se habían roto mordiendo el tapón.

El rodillo giraba aún. Y la barrena proseguía haciendo en el diente agujereado un implacable chirrido casi imperceptible: *cri, cri, cri...*

Era la risa de lo absoluto.

JUAN RICHEPIN

JOYAS DEL CORAZÓN

(Traducción de Shakespeare.)

Cuando un viaje emprendí, bajo cerrojos,
para intacta en su sitio hallarla un día,
puse aun la más pequeña prenda mía
al abrigo de pérfidos antojos.

¿Y qué joyas, qué espléndidos despojos
con tu preciada fe compararía?
¡Tú objeto de temor, yo de alegría,
expuesta quedas á profanos ojos!

Guardada no te tengo en arca alguna;
que tú puedes huir del pecho mío
mientras tu imagen vana en él adoro.

¡Temo, temo el limar de la importuna
tentación, y aun de amigos no me fío,
que á un santo hace pecar gentil tesoro!

M. A. CARO.

LOS TRABAJOS DE LA VIDA

Considera cada aflicción, ligera ó profunda, como un mensajero que Dios te envía... El pesar debiera ser, cual el regocijo, digno, reservado, tranquilo; debería fortalecer, purificar, elevar, redimir. Poderoso para anonadar los pequeños sinsabores, debe hacer nacer grandes pensamientos, ideas serias, ideas que perduren hasta el fin.

(AUBREY DE VERE.)

Tenemos en la vida hartos trabajos, y de todo género. Algunos sinsabores ¡ay! son demasiado reales, sobre todo aquellos de que nosotros mismos somos causa; pero otros, los más numerosos quizá, no son más que fantasmas del pesar. Cuando los miramos de frente, descubrimos que no tienen sustancia ni realidad, y no son más que creaciones de nuestra imaginación enfermiza. Puede hoy decirse con tanta verdad como en tiempos de David: «El hombre se agita en una sombra vana.»

Algunos de nuestros trabajos es cierto que son desdichas, pero no tienen realidad; al paso que otros son reales, pero no desdichas.

«¡En qué abismo insondable se precipita el espíritu humano cuando se deja agitar por los sinsabores de este mundo!» Si olvida su propia luz, que es la alegría eterna, y se arroja, cómo lo hace el hombre de hoy, en las tinieblas exteriores que son los cuidados de este mundo, no sabe más que lamentarse (1).

»Es grato habitar en Atenas, dice Epicteto; pero aún vale más ser feliz, manumitido de las pasiones, libre de toda inquietud.»

Debemos esforzarnos por mantenernos «en esa bienaventurada disposición de espíritu que aligera la

(1) El rey Alfredo. Traducción de las *Consolaciones* de Boecio.

carga de lo desconocido, y el peso abrumador y fatigoso de este mundo incomprensible». (Wordsworth.)

Así, no tememos «ni el destierro de Arístides, ni la prisión de Anaxágoras, ni la pobreza de Sócrates, ni la condena de Foción, sino que miramos la virtud como digna de nuestro amor, aún á precio de tales pruebas.» (Plutarco).

Entonces seríamos casi independientes de las circunstancias exteriores, porque «no son los muros de piedra, ni los barrotes de hierro, ni el calabozo, los que constituyen la prisión: las almas inocentes y serenas hacen de ésta un eremitorio. Si soy libre de amar á quien quiera yo, y si mi alma es libre, sólo los ángeles que se ciernen sobre nosotros gozan de una libertad comparable á la mía». (Lovelace.)

Shakespeare nos dice con sumo acierto: «En todos los sitios que el sol ilumina, el sabio halla un puerto y un feliz asilo.»

La ventura depende más de lo que hay en nosotros que de lo exterior á nosotros. Hamlet dice que «el mundo es una bellísima cárcel donde hay cuartos de detenidos, cuartos de guardia y calabozos, siendo Dinamarca el más horrible de todos». Y como Rosencrantz no es de su mismo parecer, responde cuerdamente: «¡Bueno! Quizá para ti no. Nada es del todo bueno, ni del todo malo, sino en nuestra imaginación: para mí, Dinamarca es un presidio.»

«Todo depende de la manera como se juzguen las cosas, dice Marco Aurelio. ¿Cómo lo que no echa á perder á un hombre puede echar á perder la vida? Pues, en verdad, la muerte y la vida, el honor y el deshonor, el sufrimiento y el placer, son á la vez patrimonio de los buenos y de los malos; porque estas son cosas que no nos hacen mejores ni peores.»

«Nuestros más grandes males proceden de nosotros mismos, dice Jeremías Taylor; y también en nosotros debemos buscar nuestro mayor bien.»

«El alma, dice Milton, depende de sí misma, y tiene el poder de convertir el infierno en cielo y el cielo en infierno.»

En verdad, Milton con su ceguera tenía más hermosas visiones, y Beethoven con su sordera oía más acordes celestes, que nosotros pudiéramos soñar.

Cuando no sabemos lo que puede ocurrir, estamos dispuestos á temer lo peor: pero, cuando conocemos toda la extensión de un peligro, ya no existe, por decirlo así. Por eso tememos más á los fantasmas que á los ladrones, no sólo sin razón, sino contra toda razón; pues aun cuando existiesen los fantasmas, ¿como podrían hacer mal? En

sus historias de fantasmas, los mismos que dicen haberlos visto, rara vez pretenden haberlos tocado.

Milton, en su descripción de la muerte, la envuelve voluntariamente en este carácter de oscuridad:

«La otra forma, si puede llamarse forma á lo que no tenía ninguna forma distinta, ni en sus miembros, ni en sus conyunturas, ni en sus articulaciones; la otra sustancia, si puede llamarse así á lo que tenía el aspecto de una sombra; la muerte, era oscura como la noche, feroz como diez furias, terrible como el infierno, y blandía un horrible dardo. Lo que parecía ser su cabeza. llevaba la apariencia de una corona real.»

Los terrores que engendran la muerte y las tinieblas están admirablemente expresados en uno de los más sublimes pasajes de *Job:* «Las visiones de la noche agitaban mis pensameentos, á la hora en que el profundo sueño baja á los hombres; apoderóse de mí el espanto, con un temblor que sacudió todos mis huesos. Un espíritu pasó por delante de mi cara, y rozándome la carne, mis cabellos se erizaron: una figura permanecía inmóvil delante de mí, pero yo no podía entrever su forma. Todo estaba en silencio, y oí una voz que decía: ¿Es el hombre mortal más justo que Dios?»

Así es como el terror se transforma en una lección de consuelo y de misericordia.

A menudo exageramos nuestros trabajos y dificultades, y los miramos como mucho más importantes de lo que son en realidad.

Los peligros son muchas veces «sin importancia, cuando una vez nos han parecido poco importantes; y los hombres más á menudo han sido derrotados que vencidos por los peligros. Aún más; mucho mejor sería ir á medio camino al encuentro de ciertos riesgos, hasta cuando desaparecen al acercarnos á ellos, que velar largo tiempo esperándolos. Porque si la vigilia es demasiado larga, se corre el peligro de dormirse». (Bacon.)

Es cuerdo ser previsor, pero absurdo entristecerse de antemano; y los castillos en el aire valen más que los calabozos imaginarios.

Por desgracia, es demasiado frecuente que un paso en falso, voluntario ó no, nos haga perder el camino derecho y nos extravíe. ¿Podemos entonces volver pies atrás? ¿Podemos encontrar lo que perdimos? Sí, es posible esto. Es demasiado triste afirmar que «un suspiro más, un beso demasiado tierno, vélanse los ojos, corren las lágrimas, y la vida ha cambiado para siempre». (Jorge Macdonald.)

He aquí dos hermosas máximas

de Sócrates: «Más vale ser víctima del mal que cometerlo.» «Cuando un hombre se ha conducido mal, es más ventajoso para él ser castigado que quedar impune.»

En general, consideramos el egoísmo como un defecto y un peligro para la felicidad del género humano. Esto no es enteramente exacto. Por desgracia, muchas personas son estúpidamente egoístas, y persiguen un objetivo que no puede satisfacer á ellas mismas ni á los que las rodean.

No soy en un todo del parecer de Gœthe, pero en parte tiene razón cuando dice que «cada hombre debe empezar por él mismo, debe ocuparse ante todo de su propia felicidad, que contribuirá más tarde á la felicidad del mundo entero». Esta afirmación es demasiado absoluta, y sin duda pueden hacérsele objeciones; pero, de seguro, si cada cual quisiese evitar los excesos y cuidar de su salud, conservar sus fuerzas y su buen humor, haría venturosa á su familia, y no sería cansa de esas pequeñas contrariedades que emponzoñan la vida doméstica. Se ocuparía de sus propios asuntos, sería sobrio, y pagaría sus deudas; en una palabra, según el proverbio chino: «Barrería la nieve delante de su puerta, y no prestaría atención á la helada de las tejas de la casa vecina.» Si este concepto de la vida no es el más noble, es por lo menos muy ventajoso para la familia, los parientes y los amigos. Pero, por desgracia, «recorred con la vista el mundo habitado, y ved cuán pocas personas conocen su propio bien, y, conociéndolo, tratan de conseguirlo». (Dryden.)

Bueno sería hacer comprender á los hombres que no pueden aumentar en nada su dicha haciendo daño. Cuando se trata de niños, lo reconocemos así: vemos que un niño mimado no es feliz; que valiera mucho más que le hubieran castigado en seguida y librado así de mayores sufrimientos en lo venidero.

La hermosa idea de que cada hombre lleva junto á sí un ángel de la guarda es verdadera: porque la conciencia vela sin cesar, siempre dispuesta á advertirnos el peligro.

Sin duda nos sentimos á menudo dispuestos á quejarnos; pero, esto es una negra ingratitud. «Porque, ¿quién de nosotros, á pesar de sus sufrimientos, querría renunciar á esta vida intelectual, á estos pensamientos que vagan á través de la eternidad, para perecer tragado y perdido en el vasto seno del pensamiento increado?» (Milton.)

Pero, tal vez se dirá: nuestra vida acá abajo no es más que una preparación para otra existencia en un mundo mejor. Pues bien; entonces,

¿por qué nos quejamos de lo que sólo es una vía hacia una felicidad futura?

«Considera cada aflicción, ligera ó profunda, como un mensajero que Dios te envia. Recíbele con agrado, levántate y salúdale. Antes de que su sombra haya traspuesto tus umbrales, implora permiso para lavarle sus pies divinos; luego, preséntale todo lo que tienes; no permitas que una nube de cólera nuble tu frente ó turbe tu hospitalidad, ni que las olas de las pasiones humanas alteren la serenidad marmórea de tu alma. El pesar debiera ser, cual el regocijo, digno, reservado, tranquilo; debería fortalecer, purificar, elevar, redimir. Poderoso para anonadar los pequeños sinsabores, debe hacer nacer grandes pensamientos, ideas serias, ideas que perduren hasta el fin.» (Aubrey de Vere.)

Ciertas personas son como las aguas de Bethesda, y necesitan estar enturbiadas para ejercer toda su virtud.

«Sacamos más placer de todas las bendiciones de que somos objeto, dice Plutarco, si las suponemos ausentes y pensamos de vez en cuando en los individuos enfermos que suspiran por la salud, en los pueblos en guerra que suspiran por la paz, en los extranjeros y en los desconocidos que en una gran ciudad desean ardientemente ser conocidos y encontrar amigos. Entonces no aguardaremos á haber perdido cada una de esas bendiciones para sentir y apreciar su valor. Y, sin embargo, es beneficioso para nosotros mirar sobre todo nuestro hogar y nuestra propia condición; ó, si nos comparamos con otros, considerar las gentes que son más pobres que nosotros, y no, como se hace siempre, compararnos con los mejor acomodados... Encontraréis habitantes de Kios, gálatas, bithinios, descontentos de la parte de gloria ó de poder que disfrutan entre sus conciudadanos, y desconsolándose porque no llevan calzado de senadores; si llegan á senadores, lloran porque no son pretores en Roma; si obtienen este cargo, porque no son cónsules, y si lo son, porque les han nombrado en segundo lugar... Cada vez que veáis pasar á alguien en litera, no os preocupéis con la idea de que es un personaje más grande que vosotros; bajad los ojos, y mirad á los portadores de la litera.» Más adelante, dice: «Me choca muchísimo la observación de Diógenes á un extranjero que se vestía con suma elegancia para ir á una fiesta: Un hombre cuerdo, ¿no considera todos los días de la vida como una fiesta? Sabiendo que la vida es la más completa iniciación en todas las cosas, debiéramos sentirnos siempre tranquilos y alegres. La vida,

comprendiéndola como se debe, nos hace capaces de aceptar lo presente sin quejas, de acordarnos de lo pasado con gratitud, y de esperar lo venidero con regocijo y confianza, sin temor y esperanzados.»

EL TRABAJO Y EL DESCANSO

Por el trabajo al descanso, pór el combate á la victoria.

(Tomás de Kempis.)

Entre los trabajos de la vida, naturalmente, no cuento la necesidad de trabajar.

El trabajo, y hasta un trabajo encarnizado, es un manantial de dicha, cuando se usa de él con moderación. Todos sabemos cuán pronto pasa el tiempo cuando se está muy ocupado; por el contrario, las horas pesan en las manos del perezoso. Las ocupaciones ahuyentan los cuidados y los pequeños sinsabores de la vida. El hombre ocupado no tiene tiempo de soñar y agitarse.

«Gracias al trabajo, obtenemos el reposo del espíritu. Los días ocupados nos dan noches apacibles. Ricos, precisamente porque no poseemos riquezas, tenemos los más preciosos dones del cielo, la paz y la salud.» (Gray.)

Esto se aplica en especial á los trabajos del campo y del taller, trabajos humildes, es cierto, pero que, si no hacen relucir á nuestros ojos la esperanza de la celebridad, nos dan por lo menos la satisfacción del deber cumplido y la salud, ese inestimable beneficio. Emerson dice de los que entran en la vida: «Los ángeles que les acompañan y trenzan los laureles de la vida para sus juveniles frentes, son el trabajo, la verdad y la mutua confianza.»

El trabajo, decían los antiguos con mucha exactitud, es el precio que ponen los dioses á lo que merece la pena de ser poseído. Todos admitimos, aun cuando á menudo lo olvidamos, el maravilloso poder de la perseverancia; y en la naturaleza, hasta la araña de Bruce, todo graba de continuo esta lección en nuestros corazones.

A fuerza de trabajar el estilo es como se llega á hacerle de fácil lectura. Preténdese que Platón rehizo trece veces la primera página de la *República,* y Carlos Maratli bosquejó trescientas veces la cabeza de *Antinóo* antes de lograr darle la forma que él soñaba. Vale más desgastarse que enmohecerse; y «hay un polvo que empaña el corazón, lo mismo que el polvo que se deposita sobre los muebles». (Jefferies.)

Hoy, á pesar de las dificultades especiales que pesan sobre ellos, los trabajadores gozan de varias ventajas desconocidas en tiempos pretéritos. Vivimos con una seguridad mucho más grande, y corremos mucho menos peligro de vernos arrebatar bruscamente el fruto de nuestra labor.

Aun cuando el trabajo es un bien para el hombre, por desgracia (y esto se ve muy á menudo), puede ser llevado hasta el exceso. Muchos se preguntan con enojo: «¡Ah! ¿Por qué mi vida no ha de ser más que trabajo?» (Tennyson.)

«Hay, un tiempo para todo, dice Salomón; un tiempo para trabajar y un tiempo para divertirse.» Trabajaremos mejor después de razonables distracciones, y el descanso es una de las recompensas del trabajo.

Se ha dicho con justicia: «Querer es poder.» Pero, el deseo no es todo: no exime del trabajo.

Sea la que fuere nuestra esfera de acción, debemos contar sobre todo con nosotros mismos. Otros pueden ayudarnos, pero debemos formarnos á nosotros mismos, y nadie puede juzgar por nosotros. Para sacar provecho de nuestras ventajas, debemos aprender á servirnos «de la linterna sorda del espíritu, con la cual nadie puede ver sino el que la lleva».

Casi cabe afirmarse sin exageración que un trabajo concienzudo nunca es inútil, porque, si no encontramos el esperado tesoro, por lo menos hacemos fructificar la viña.

«Trabaja, dice la naturaleza al hombre, á todas las horas del día, seas ó no pagado; no te preocupes más que de trabajar, y no podrás menos de obtener tu recompensa. Ya sea un trabajo elevado ó grosero, el cultivo de los cereales ó la composición de un poema épico, si está hecho honradamente y á toda conciencia, te verás por ello recompensado, tanto en lo físico como en lo moral; poco importa que seas vencido con frecuencia, naciste para la victoria. La recompensa de un trabajo bien hecho, es el convencimiento de haberlo hecho bien.» (Emerson.)

El trabajo más perseverante, el buen éxito más grande, no pueden agotar los tesoros que la vida les reserva.

El hombre más estudioso, el más feliz, debe reconocer que aún queda «¡tanto por hacer que no está comenzado, tanto por esperar que no podemos ver, tanto que ganar, tanto que descubrir!» (Lewis Morris.)

Antaño eran mucho más difíciles que ahora los estudios. Los libros, caros y voluminosísimos, estaban casi siempre sujetos con cadenas á los atriles donde se conservaban. Muchos de los más grandes eruditos fueron muy pobres. Erasmo tenía la costumbre de leer á la luz de la luna, porque no podía costearse una vela de sebo; y «mendigaba, no en nombre de la caridad, sino por amor á la ciencia». (Coleridge.)

La falta de tiempo no excusa la pereza. «Nuestra vida, dice Jeremías Taylor, es demasiado corta para servir á la ambición de un príncipe altanero ó de un rebelde usurpador. Tenemos poquísimo tiempo para adquirir una gran riqueza, para satisfacer el orgullo de un imbécil vanidoso, para hollar con nuestros pies á todos los enemigos de nuestros verdaderos ó falsos intereses. Mas para llegar á la virtud, para volvernos sobrios y modestos, para cumplir nuestros deberes religiosos, Dios nos da todo el tiempo necesario, si hacemos entrar nuestros gastos de la mañana y de la tarde, es decir nuestra infancia y nuestra vejez, en las cuentas de la edad madura.»

Tanto es el trabajo una necesidad de la existencia, que se discute el *cómo* se debe trabajar, más bien que *si* se debe trabajar. Un antiguo refrán pretende que el diablo encuentra obra para los que no la buscan por sí mismos; y un proverbio turco dice que el diablo tienta al trabajador, pero que el perezoso tienta al diablo.

Si nosotros los ingleses hemos prosperado como nación, es en gran parte porque somos incansables trabajadores. Aún más: hemos obligado á las fuerzas de la naturaleza á trabajar para nosotros. «El vapor, dice Emerson, es casi un inglés.»

Nuestros hombres más distinguidos hácense notar sobre todo por su poder para trabajar. Cecil decía de sir Walter Raleigh «que tenía un tremendo poder de trabajo».

En general, estamos orgullosos de pertenecer al imperio más grande que jamás ha visto el mundo. Puede decirse de nosotros en particular, con Wordsworth, que «somos con exceso los señores del mundo; pronto ó tarde, á fuerza de adquirir y gastar, perderemos nuestras fuerzas».

Sí. Pero, ¿qué mundo? El mundo será ciertamente nuestro, querámoslo ó no. Pero, ¿qué será ese mundo para nosotros? Eso depende

más que nada de nosotros mismos. ¿No se nos enseña á rezar «no que se nos retire del mundo» sino que «se nos libre del mal?»

Hay varias maneras de trabajar. La prontitud, puede ser buena, pero la premura nada vale.

«Como una estrella, sin premura, sin descanso, que cada cual realice su propia tarea.» (Gœthe.)

En fin, el trabajo lleva consigo su inestimable recompensa: el descanso. Debemos descansar para ser capaces de trabajar bien; debemos trabajar para poder gozar del reposo.

«Es preciso guardarse de que nuestro reposo no se asemeje á la inmovilidad de las piedras. Mientras son arrolladas por las aguas del torrente ó heridas por el rayo, conservan su majestad; pero cuando la corriente de agua se ha sosegado y la tormenta se ha deshecho, permiten que la hierba las cubra y el liquen se agarre á ellas, y bien pronto quedan sepultadas bajo el limo... El glorioso descanso es el del gamo tumbado, jadeante, sobre su lecho de granito, y no el del buey en el establo, rumiando su forraje.» (Ruskin.)

Cuando hemos trabajado lo mejor que se puede, debemos aguardar sin inquietud el resultado.

«Al hombre que ha comprendido claramente estas cosas, nada le impide aceptarlas con ánimo satisfecho y someterse sin pena al yugo, esperando tranquilo los acontecimientos y aceptando los hechos consumados. ¿Deseáis que soporte yo la pobreza? Venid, y sabréis lo que es para quien sabe representar bien el papel de hombre pobre. ¿Queréis que me ponga á la cabeza del poder? Dadme con el poder todos los cuidados que son su secuela. ¿Queréis que me destierren? Por todas partes donde vaya, estaré á la altura de mi destino.» (Epicteto.)

«Nos quejamos, dice Ruskin, de que nos faltan muchas cosas: nos faltan electores, nos falta libertad, nos faltan diversiones, nos falta dinero. ¿Quién de nosotros sabe y comprende que le hace falta paz?

»Hay dos medios de obtenerla, si la necesitamos; el primero está enteramente á nuestro alcance, y consiste en llenar nuestro espíritu de ideas agradables... Si no lo aprendimos desde la infancia, no sabemos qué mágicos palacios de altos pensamientos podemos oponer á los ataques de la adversidad; brillantes fantasías, gratos recuerdos, bellas narraciones, dichos verídicos, tesoros de ideas preciosas y calmantes que los afanes no pueden perturbar, que el dolor no puede ensombrecer y que la pobreza no puede arrebatarnos... palacios que ninguna mano edificó y que sirven de moradas á nuestras almas.»

Los budhistas creen en varias especies de castigos en la vida futura; mas, para ellos, la más alta recompensa de la virtud es el Nirvana, el descanso final y eterno.

Es muy conmovedor el leer grabada en el sarcófago de Eschmunazar, en Sidón, esta plegaria, donde pide que se deje en paz á sus cenizas:

«En el mes de Bul, el décimo cuarto de mi reinado, yo el rey Eschmunazar, rey de los sidonios, hijo del rey Tabnith, rey de los sidonios, hablé diciendo: He sido arrebatado antes de mi tiempo, un hijo del río de los días. El gran pasado es mudo, el hijo de los dioses ha muerto. Y descanso en esta fosa, dentro de esta tumba, en la ciudad que edifiqué. Conjuro á todos los poderes de la tierra y á todos los hombres, que no abran este lugar de reposo, que no busquen tesoros en él, pues no tenemos ningún tesoro con nosotros; no dejéis llevarse mi lecho de descanso, ni revolver mi sitio de refugio, ni turbar el sueño de mi cama... Los que quisieren abrir la tumba de mi reposo, los que quitaren la cama de mi reposo ó vinieren á turbar mi sueño, no encontrarán descanso alguno cuando estén con los muertos, no serán sepultados en una tumba y no tendrán hijo ni vástago, no tendrán raíces abajo ni frutos arriba, ni honores entre los vivientes bajo el sol.»

El perezoso no sabe lo que es disfrutar el descanso. Además, un trabajo encarnizado, no sólo nos da derecho al descanso, sino, lo que es aún más importante, tranquilidad de espíritu. Si hemos trabajado lo más posible y vivido como se debe, podremos descansar en paz:

Nella sua voluntade e nostra pace.

(Dante.)

«Su voluntad es nuestra paz» y en esta paz encuentra el espíritu sus mayores goces; porque «cuando duermen los cuidados, vela el alma».

Naturalmente, en la juventud entusiasman, arrebatan las ideas de ejercicio, de lucha; pero, á medida que avanzan los años, ganan poco á poco terreno la esperanza y la perspectiva de la paz.

«Y cuando las postrimeras auroras hayan palidecido, cuando haya pasado el tiempo de los trabajos y de los placeres de la vida, los que trabajan y no los que se divierten son quienes conocerán la dulzura del reposo.» (Symonds.)

LA RELIGION

¿Qué es lo que el Eterno te exige sino que obres con equidad, ames la misericordia y camines en la humildad con tu Dios?

(MIQUEAS.)

Visitar á los huérfanos y á las viudas en sus aflicciones y preservarse de la inmundicia del mundo: he aquí la religión pura y sin mancha ante Dios, nuestro Padre.

(Epístola de SANTIAGO.)

La letra mata, pero el espíritu vivifica.

(II CORINTIOS.)

Estaría enteramente fuera de su lugar aquí el discutir los problemas teológicos y sostener tal ó cual doctrina particular. Sin embargo, no puedo pasar en silencio lo que es para la mayoría de nosotros un consuelo tan grande, un apoyo tan poderoso en la aflicción y el sufrimiento, y un manantial de la felicidad más pura.

A pesar de eso, en general, confundimos con el nombre de religión dos cosas muy diferentes: la religión del corazón y la de la cabeza. La primera se refiere á la conducta y á los deberes del hombre; la segunda, que se ocupa de la naturaleza de lo sobrenatural y del porvenir del alma, es, en realidad, una rama de los conocimientos humanos.

La religión debiera ser una fuerza, un guía, un consuelo, y no una fuente de angustias morales y de disputas violentas. Perseguir en nombre de la religión implica la creencia en una Divinidad celosa, cruel, injusta. Cuando hemos hecho todo lo posible para llegar á la verdad, atormentarnos por el resultado es dudar de la bondad de Dios, y, como dice Bacon «hacer descender el Espíritu Santo, no en figura de paloma, sino de cuervo». «La letra mata, pero el espíritu vivifica», y es un deber primordial el de formarse el más elevado concepto posible de la Divinidad.

No obstante, muchos hombres, y muchas más mujeres aún, se hacen desgraciados desde su ingreso en la vida, dejándose trastornar por dudas y dificultades teológicas, que el noventa y nueve por ciento de las veces refiérense, no á lo que debemos hacer, sino á lo que debemos pensar. Para obrar, generalmente es un magnífico guía la conciencia, pero lo difícil es seguirle. Por otra parte, la teología es una ciencia muy abstrusa; pero, mientras deseemos honradamente llegar á la verdad, no tenemos que temer ser castigados por un error involuntario. Porque, «¿qué es lo que el Eterno te exige sino que obres con equidad, ames la misericordia y camines en la humildad con tu Dios?», dice Miqueas. Hay poquísima teología en el Sermón de la Montaña, y aun en los tres primeros Evangelios, y las diferencias de opinión que nos separan tienen su origen más bien en la ciencia de los teólogos que en las creencias de la Iglesia. La religión se propone traer paz á la tierra y buena voluntad entre los hombres; y todo lo que tiende á excitar los odios y las persecuciones es contrario al espíritu del Evangelio, hasta cuando se pretende respetar su letra.

¡De cuántas desventuras se hubiese librado Europa, si los cristianos se hubieran limitado al Sermón de la Montaña!

Dícese que Bukhara encerraba más de trescientos colegios, en todos los cuales se enseñaba la Teología, pero extraños á toda otra ciencia; y era una de las ciudades más devotas y menos caritativas de la tierra. «La ciencia infla de vanidad, pero la caridad edifica.»

No olvidemos que «quien da testimonio de más amor á todas las cosas, grandes ó pequeñas, ese es también quien mejor reza». (Coleridge.)

Los teólogos parecen demasiado propensos á admitir que «la sombra terrible de algún poder misterioso nos envuelve, aunque invisiblemente». (Shelley.)

Y en tiempo de la Inquisición, muchas gentes debieron de echar de menos la risueña é infantil religión griega, las Ninfas, las Nereidas, las Hadas, con el Destino y la Fatalidad, pero sin Marte y Júpiter.

Las sectas obra son de sectarios. «Jamás un gran reformador, dice Carlyle, se ha propuesto fundar una nueva secta.»

«La multiplicidad de los cultos, dice un proverbio persa, ha dividido á la raza humana en setenta y dos naciones. De todos sus dogmas, he elegido uno: el *amor de Dios*.» Y más adelante: «No necesita nin-

gún otro rosario aquel cuya vida no es más que un rosario de amor y de buenos pensamientos.»

Hay más verdadero cristianismo en algunos filósofos paganos que en ciertos teólogos cristianos. Leed, por ejemplo, á Platón, Marco Aurelio, Epicteto y Plutarco.

«En cuanto á mí, Calicles, dice Sócrates, estoy persuadido de la verdad de estas doctrinas, y examino cómo pudiera presentarme este mismo día ante el Juez con un alma serena y pura. Renunciando á los honores á que el mundo aspira, sólo deseo conocer la verdad, vivir tan bien como me sea posible y morir á la hora que me esté señalada. Exhorto con toda mi alma á los demás hombres á que hagan otro tanto; y en respuesta á la exhortación que acabáis de hacerme, os exhorto también á tomar parte en el gran combate, el combate de la vida, combate más importante que ningún otro sobre esta tierra.»

«En lo que concierne á la piedad hacia los Dioses, dice Epicteto, considerad que la cosa más grave es tener ideas justas acerca de ellos, creer que existen y que gobiernan todas las cosas con rectitud y equidad; penetraos de la idea de que debéis obedecerles, consentir en todo lo que os piden y someteros al hecho consumado, como decisión que ha sido de la suprema sabiduría.»

«No obres cual si hubieras de vivir diez mil años, dice Marco Aurelio; siempre está suspensa la muerte sobre tu cabeza. En tanto que vivas, y siempre que puedas, sé bueno... Quizá te veas obligado á abandonar la vida de un momento á otro; regula tu vida y tus pensamientos en consecuencia. Si los dioses existen, no tiene nada de pavoroso el abandonar el mundo, porque los dioses no te llevarán para daño; pero, si no existen, si no se preocupan de los asuntos humanos, ¿para qué sirve vivir en un universo sin dioses, sin providencia? De hecho existen los dioses, y se ocupan de las cosas de este mundo, y han puesto en manos de los hombres los medios de no incurrir en faltas graves. En cuanto á los otros errores que los hombres pueden cometer, si fueran realmente graves, los dioses hubiesen velado porque el hombre los evitara.»

«No son, dice Plutarco, el oro y la plata, ni los relámpagos y truenos, los que prestan homenaje á la omnipotencia de la Divinidad, sino la ciencia y el entendimiento.»

Sin duda es muy difícil llegar á comprender con exactitud la enseñanza de los moralistas del Oriente, pero el mismo espíritu se encuentra en toda la literatura oriental. Por ejemplo, en *El carro de juguete,* del rey Sudraka, el más antiguo drama

sánscrito que conocemos, cuando el malvado príncipe expresa el deseo de que Vita asesine á la heroína, añadiendo que nadie lo verá: «Toda la naturaleza vería ese crimen, declara Vita, los genios de la selva, el sol, la luna, los vientos, la bóveda de los cielos, la tierra firme, el poderoso Yama, que juzga á los muertos, y el alma consciente.»

Evidentemente hay un tono de duda melancólica en los moralistas romanos, como en los versos de Adriano á su alma: «Pequeña alma errante, encantadora, huésped y compañera del cuerpo: vas á ir á un lugar donde, pálida, fría y desnuda, no te burlarás cual de costumbre.»

El mismo sentimiento se encuentra en el epitafio de la tumba del duque de Buckingham, en la abadía de Westminster:

«Dudé, mas fuí honrado; muero incierto, sin turbarme; es humano el ignorar y equivocarse; confío en Dios, omnipotente y omnibueno. ¡Ser de los seres, ten piedad de mí!»

Vengamos á los disentimientos religiosos más radicales. «¿Es criminal un hombre, dice Plutarco, porque crea que no hay dioses? El que los considera tales como se los representan las gentes supersticiones, ¿no tiene ideas mucho más repugnantes? En cuanto á mí, preferiría que se dijese que no existe Plutarco, que no ha existido jamás, á oir decir que Plutarco es un hombre inconstante, variable, pronto para la cólera, dispuesto á vengarse de la menor ofensa, irritado por verdaderos pecadillos.»

¡Con cuánta frecuencia se da el nombre de religión á sentimientos muy lejanos de ella: ante todo, el egoísmo, luego también el temor, la esperanza, el amor á la música, á las artes, á las ceremonias pomposas! Créese ver el amor donde no hay más que escrúpulos de conciencia, y la gloria del cielo donde no hay más que piedras preciosas y alhajas. «Muchas personas, se ha dicho con razón, corren detrás de Cristo, no por ver sus milagros, sino para tener pan.»

En bastantes casos, los resentimientos religiosos residen nada más que en las palabras. Hay un cuento oriental en que cuatro hombres, un árabe, un persa, un turco y un griego, conciertan reunirse para merendar; después de lo cual se pelean por la merienda que han de tomar. El turco propone un *Azum,* el árabe un *Aneb,* el persa un *Anghur,* al paso que el griego insiste en que sea un *Staphylion*. Mientras disputaban, «pasa ante su vista, cargado de uvas, el asno de un jardinero. Cada cual se levanta precipitadamente, y señala con gesto de impaciencia la purpúrea carga.—Mirad el Azum, dice el turco.—

Mirad el Anghur, dice el persa; ¿puede encontrarse nada mejor?—No; eso es el Aneb, eso es el Aneb, grita el árabe.—El griego dice:—Eso es mi Staphylion.—Entonces, sin disputar unos con otros, compraron uvas. Sírvaos esto de lección.» (1).

A este propósito, refiérese que un día en que el Deán Stanley exponía sus ideas religiosas á lord Beaconsfield, éste replicó: «¡Ah! señor Deán, todo eso está muy bien, pero recuerde V. una cosa: sin dogmas, no hay deanatos.» Perder Deanes del valor de un Stanley sería en verdad una desgracia; pero, ¿es necesaria la consecuencia? Lejos de estar las religiones verdaderamente cimentadas en los dogmas, se ven más bien abrumadas y aplastadas por ellos. Nadie puede negar que Stanley ha contribuido mucho á fortalecer la Iglesia de Inglaterra.

Podemos no estar siempre de acuerdo con Spinoza, pero no deja de tener razón cuando dice: «El primer principio de la ley divina, y por consiguiente su resumen y su esencia, es el de amar á Dios, sin condiciones, como el Sumo Bien; sin condiciones, digo, y no porque amemos ni temamos ninguna otra cosa.» Y más adelante: «La esencia misma de la religión es la creencia en un Ser Supremo que cifra su ventura en ser justo y misericordioso, al cual están obligados á obedecer todos los que quieran salvarse, y cuyo culto consiste en practicar la justicia y la caridad para con el prójimo.»

La duda es de dos naturalezas: á menudo confundimos una sabia prudencia en nuestras afirmaciones, con la debilidad y la vacilación. A la verdad, sería ilógico profesar una opinión que no esté suficientemente motivada á nuestros ojos; pero cuando hay que obrar, debemos contentarnos con lo que nos parece mejor probado, por frágiles que puedan ser las pruebas. En esto consiste el sentido común, la clarividencia del general, la sagacidad del hombre de Estado. Pyrron, el representante titular de la filosofía escéptica, demostró á menudo mucha cordura suspendiendo su juicio; pero era irracional el vacilar de obra y excusarse, cuando, después de haber hecho frente á todos los argumentos filosóficos, veíase obligado á abandonar el sitio ante los ataques de un perro furioso.

¿Por qué esperar que la religión resuelva las cuestiones relativas al origen y al destino del Universo? Sabemos que los tratados más profundos no pueden revelarnos el origen de la electricidad ó del calor,

(1) Arnold: *Las Perlas de la fe.*

la historia natural no arroja luz alguna sobre el origen de la vida. ¿Ha pretendido jamás la biología explicar lo que es la existencia?

Habiendo interrogado Hierón de Siracusa á Simónides acerca de Dios y de la naturaleza divina, Simónides pidió un día de reflexión antes de responder. Transcurrido ese día, imploró un nuevo plazo, y así día tras día. Como Hierón le preguntase la causa, contestó que «cuanto más pensaba en el asunto, más oscuro le parecía».

Dicen los Vedas: «En medio del sol está la luz, enmedio de la luz está la verdad, y en medio de la verdad el ser inmutable.» La Divinidad se ha definido diciendo que es un círculo cuyo centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna. Pero el «Dios es amor» de San Juan, habla con más fuerza aún al alma humana.

«El amor es paciente, es bueno. El amor no es envidioso, el amor no es presumido, no se infla de orgullo, no trata de un modo deshonroso, no busca su interés, no se encoleriza fácilmente, no piensa mal, no se goza en la iniquidad, sino que se regocija con la verdad; lo arrostra todo, lo cree todo, lo espera todo lo soporta todo. El amor es fiel; las profecías serán abolidas, las lenguas dejarán de ser habladas, desaparecerá el conocimiento... ahora, estas tres cosas permanecen, la fe, la esperanza, el amor; pero, la más grande es el amor.» (Corintios, XIII.)

La iglesia no es un lugar de estudio ni de especulaciones filosóficas. ¿Quién no simpatizaría con la tierna adhesión de Eugenia de Guérin á la capillita de Cahu, donde había «dejado tantas miserias?

La duda no excluye á la fe: «Vacilante en su fe, pero puro en sus actos, exhaló su alma armoniosa. Creedlo: hay más fe en una duda sincera que en la mitad de los credos.» (Tennyson.)

Preciso es reconocer que muchos dogmas están, y probablemente lo estarán aún por largo tiempo, envueltos en cierta oscuridad; y es muy perdonable el entregarse á numerosas especulaciones filosóficas acerca de nuestro origen y nuestro destino.

«Nacer es dormir y olvidar; el alma que se levanta en nosotros, la estrella de nuestra vida, ha tenido su poniente en otra parte y viene de lejos; no privados de todo recuerdo, ni desnudos del todo, sino envueltos en nubes de gloria, es como venimos de Dios, nuestra verdadera patria.» (Wordsworth.)

Por desgracia, muchos intentan compensar lo impuro de su vida con la pureza de su fe. ¡Vano é impotente esfuerzo! Una buena con-

ducta es el camino que nos conduce con más seguridad al cielo, aun cuando la verdadera fe contribuye también á conducirnos á él y á subir sus gradas.

«Era mi deber el amar al Altísimo; hubiera sido un beneficio para mí si lo hubiera sabido, hubiese sido una alegría para mí si lo hubiese comprendido.» (Tennyson.)

Aunque la verdad religiosa no excusa ninguna violencia, es digna de meditaciones y de los más profundos estudios.

Espero que no se imagine que no estimo en su justo valor todo esfuerzo sincero por llegar á la verdad, ó que desdeño la fe ardiente de los que han muerto por sus respectivas religiones. Pero, á ciencia cierta, es un error considerar el martirio como un mérito, cuando á los mismos ojos de las víctimas era en realidad un privilegio.

Estemos todos bien convencidos de que «la verdad es la cosa más preciosa que un hombre pudiera poseer». (Chaucer.)

Nunca puede estimarse tan alto como es debido «la facultad de amar la verdad y hacer todas las cosas por amor á la verdad». (Platón.) Para llegar hasta la verdad, no debemos escatimarnos ningún trabajo; pero, por otra parte, de seguro no tenemos derecho á imponer ninguna á los demás.

Las disputas jamás han aclarado las cuestiones religiosas, y no es persiguiendo como se logra hacer conversiones. Es evidente que quienes consideran á todas las personas que no piensan como ellos condenadas á las penas eternas, parecen lógicamente autorizados para perseguirlas y hasta sentenciarlas á muerte. Esta persecución proseguida con perseverancia, puede aplastar á una secta particular á precio de tormentos que no son nada en comparación de las penas del infierno. Sólo que, preciso es reconocer que tal manera de comprender la religión es incompatible con la fe en la bondad de Dios y parece diametralmente opuesta á las enseñanzas de Cristo.

Por otra parte, hasta desde su punto de vista, la Inquisición fracasó casi en todas partes por completo. La sangre de los mártires es la semilla de la Iglesia.

«Para obedecer la orden del Concilio de Constanza (1415), los restos de Wiclef fueron exhumados, quemados y reducidos á cenizas. Arrojadas en el Swift, riachuelo vecino, sus cenizas fueron transportadas al Avon, del Avon al Severn, del Severn al mar de Irlanda y de éste á pleno Océano. Las cenizas de Wiclef son el emblema de su doctrina, difundida hoy por el mundo entero.» (Fuller.)

Léese en el Talmud que, habiendo pedido un hombre á Shamaí que le enseñase la ley en una lección, Shamaí le despidió con cólera. Dirigióse entonces á Hillel y le hizo la misma petición: «Haz á los demás —respondió Hillel—lo que quieras que te hagan: ésta es toda la ley; lo demás no es sino su comentario.»

Buscad en la Biblia todo lo que Cristo recomienda á sus discípulos como necesario, y veréis que poco dogmático es todo ello. «En esto conocerán los hombres que sois mis discípulos, si os amáis los unos á los otros.» «Dejad que los niños vengan á mí.» Gracias á los niños, sabemos que la religión viene del corazón y no de la mente tan sólo. Santiago resume así las enseñanzas de Cristo: «La religión pura y sin mancha consiste en visitar á los huérfanos y á las viudas en sus aflicciones, y en preservarse de las inmundicias del mundo.»

La religión de las razas inferiores casi siempre es una religión de terror y de temor. Sus divinidades son celosas y vengativas, crueles, despiadadas, egoístas, odiosas y, sin embargo, pueriles. Hay que hacérselas propicias con fiestas y ofrendas, y á menudo con sacrificios humanos. Son á la vez exigentes y caprichosas; por eso, con frecuencia, es imposible agradarlas, aun con las mejores intenciones del mundo. De esos seres malévolos tienen su poder infernal los brujos y brujas. Nadie está resguardado, nadie sabe dónde se oculta el peligro; los actos más frívolos están llenos de riesgos, y las cosas más inocentes pueden ser fatales.

Supónese con frecuencia que hay divinidades del crimen, de la desgracia, de la enfermedad; estos espíritus malignos estimulan, naturalmente, el mal más que el bien. Un amigo mío, hombre muy enérgico, fué enviado á un distrito de la India, donde casi siempre reinaba la viruela y donde uno de los principales templos estaba dedicado á la diosa de esta enfermedad. Hizo vacunar á los habitantes de aquella comarca, á pesar de cierta oposición y desapareció el mal con gran asombro de los indígenas. Pero los sacerdotes de la diosa de la viruela no se desconcertaron por eso: quitaron simplemente la estatua de la diosa vencida, y suplicaron á mi amigo, que les diese cualquiera imágen de él mismo, para poderla colocar en el sitio de aquella.

Nosotros, que somos bastante felices para vivir en un siglo relativamente ilustrado, tenemos mucha dificultad en imaginarnos cuánto sufrieron nuestros antepasados con su crencia en seres misteriosos y malévolos, y cuánto se entenebreció

y envenenó su vida con esos temores terribles.

A medida que se han civilizado los hombres, su religión se ha elevado; poco á poco adquieren nociones más puras y más nobles acerca del poder divino.

Nosotros solamente empezamos á comprender que un Padre amante y misericordioso no puede castigarnos por un error cuando es sincero. Quizá nos perdona hasta el que le atribuyamos una injusticia tan odiosa. ¿Hay nada más claro que las enseñanzas de Cristo en este punto? Grabó en sus discípulos esta idea, expresada por San Pablo: «La letra mata, el espíritu vivifica.»

«Si en vez de lanzar vituperios contra las palabras de los hombres, —dice Ruskin—tratásemos de tocarles en el corazón; si en lugar de insistir sobre los sacrificios que Dios les pide, hiciéramos sentir las señales de su bondad para con ellos; si junto á cada advertencia de la muerte pudiéramos darles pruebas y promesas de inmortalidad; en fin, si en cambio de suponer la existencia de una deidad terrible que los hombres no pueden y no se atreven á negar, pero que siempre están poco propicios á admitir y á veces son incapaces de comprender, les hiciéramos conocer una Divinidad siempre junto á nosotros, siempre visible, cuya presencia inevitable pero bienhechora trueca la misma tierra en paraíso... creo que habría menos criaturas sordas á su voz sentadas en las plazas públicas.

Dudar de que la verdad absoluta del universo pueda expresarse con palabras humanas ó que, aun formulada, podamos comprenderla, no es rebajar la importancia de los estudios religiosos, antes al contrario. Esas dudas provienen no de orgullo sino de humildad, no de que no se aprecie la verdad divina; sino, por el contrario, de que no se cree poderla apreciar en su justo valor y de que se duda que lo infinito pueda ser achicado hasta lo finito.

Podemos estar seguros de que, sea la que fuere la parte de verdad que haya en la religión, es un error disputar á causa de ella. «Dejemos que los demás disputen, dice San Agustín, y adoremos.»

Los que suspenden el juicio no son escépticos por eso, y las personas que se imaginan estar mejor instruídas son las más turbadas por las dudas y la angustia.

Wordswortk ha escrito: «¡Gran Dios! mejor quisiera ser un pagano crecido en cualquiera añeja religión; en medio de aquella risueña pradera me parecía más luminosa y menos solitaria la vida.»

La religión, como para los niños la noche, saca todos sus terrores de la ignorancia y de las tinie-

blas; la luz y el amor disipan todo miedo.

Mirando á lo venidero, podemos esperar con justo título, como dice Ruskin, que «extendiéndose cada vez más por la tierra los beneficios de la paz, prepararán el camino á una Iglesia cristiana que no se apoye en la ignorancia para durar, ni en la controversia para hacer progresos, sino que reine por la luz y por el amor.»

JOHN LUBBOCK.

LA PAZ DEL HOGAR

Día primero.

—Mi cielo.
—Mi bien.
—Mi encanto.
—Pichoncito.
—Vida mía.
—Alberto, ¡te quiero tanto!
—¡Te quiero tanto, María!...
—Eres mi único embeleso...
—Y tú el mío únicamente...
—Dame un beso...
—Toma un beso...
(Y así sucesivamente.)

Día segundo.

—Oye, Alberto, yo quisiera tener un turno en el Real.
—No, de ninguna manera; eso cuesta un capital.
—Otros años lo he tenido.
—Pues ahora no puede ser.
(¡Cielo santo, qué marido!)
(¡Santo cielo, qué mujer!)

Día tercero.

—Te he dicho que no y que no.
—Y yo te digo que sí.
—Aquí el que manda soy yo.
—Yo soy la que mando aquí.
—¡Eres muy simple é informal!
—¡Y tú muy intransigente!...
—¡Necia!
—¡Vil!
—¡Falsa!
—¡Animal!
(Y así sucesivamente.)

FÉLIX DE MONTERO.

LA HIGIENE MORAL

SUS PRINCIPIOS Y SUS REGLAS

I

Puede definirse la higiene moral diciendo que es la ciencia de conservar la salud del alma y mediante ella la salud del cuerpo. El gran estoico de los tiempos modernos, Kant, se había ocupado ya en un profundo escrito del poder que tiene el alma de sobreponerse al dolor por medio de la voluntad. El barón de Feuchtersleben en su excelente librito va más lejos (1). Se propone enseñar el arte de sobreponerse no solamente á la sensación del mal, sino en lo posible al mal mismo. «Quiero, nos dice, por medio de una alianza que puede parecer singular, entre la moral y la higiene, estudiar desde un punto de vista práctico la influencia del alma sobre el cuerpo humano.» El hombre tiene verdaderamente el poder de establecer el equilibrio en su alma. He aquí el fundamento de toda la higiene moral. Mas para llegar á este punto, es preciso trabajar mucho á fin de conocerse y alcanzar el dominio sobre nosotros mismos. No es bastante que regulemos nuestra nutrición ni que establezcamos una medida conveniente de reposo y de trabajo, ni practicar al pie de la letra *el arte de prolongar la vida*, de Hufeland; es preciso además hacerse violencia, aprender á conocerse, á desarrollar las fuerzas intelectuales ó morales; entonces podrá saberse qué cosa es la salud. Qué persona no dice para sí; soy incapaz de tal empresa; no me siento para ella bastante fuerte. Tal vez alguno de nuestros lectores nos conteste: «Tengo en el espíritu la fuerza y la aptitud necesarias para sujetar el cuerpo. Pero es preciso querer; que-

(1) *Higiene del alma*, por el barón de Feuchtersleben, profesor de la Facultad de Medicina de Viena; traducción de la vigésima edición alemana por el Doctor Schlenuger-Bahier.

rer es poder.» El epígrafe del libro resume todo el pensamiento de la obra: *Valere, aude*, ten valor para portarte bien; este es un valor que todo el mundo cree fácil. Se engaña. Se apetecen los resultados, pero no se emplean los medios; querer es raro y difícil.

¿Qué cosa más útil y generosa que la higiene moral definida de ese modo. Pero á decir verdad, ¿puede ser considerada como ciencia? ¿Es susceptible de estar comprendida en fórmulas exactas? Existen motivos para dudar y temer que esté condenada por su objeto móvil y complejo á errar en ese límite indeciso de la fisiología y de la psicología, entre el mundo físico, cuyos fenómenos están regulados por la materia misma de las ciencias exactas, y el mundo moral, en el que lo imprevisto se introduce bajo formas tan diversas en el camino de la libertad.

Ciertamente, el autor de ese curioso librito no ha podido imaginarse, á pesar de la popularidad de que goza en Alemania, que tantos problemas delicados indicados por el título mismo, estaban resueltos en unas cuantas páginas, y que la nueva ciencia quedaba hecha. No puede en este punto prescindirse de las innumerables lagunas de su obra, de la incertidumbre y lo vago de muchas de sus reflexiones y de sus preceptos, de lo indeciso de su método de exposición, el cual por sus anticipaciones y sus perpetuos retrocesos confunde las ideas del lector, y bajo el lujo de clasificaciones no oculta otra cosa que un sabio desorden. Todo ello no destruye el mérito moral de este opúsculo. El problema fundamental está expuesto en él, y en términos excelentes, y en el vario desarrollo que el autor nos da de sus principios, despliega una sagacidad, un conocimiento del corazón humano, una rectitud de sentido psicológico, que nos indemniza de cuanto pueda haber en él de desproporcionado entre el título de la obra y las soluciones prácticas que contiene.

Nuestra pretensión se reduce á recoger algunos de los hechos más curiosos que sirven de base á la higiene del alma y á indicar las reflexiones que nos sugieren. Es una simple excursión hacia las fronteras de la psicología con el auxilio de un médico filósofo.

No se puede recorrer este libro sin que nos asombre el mal que el hombre puede hacerse á sí mismo. No morimos —dice M. Flourens; —nos matamos. Axioma en forma de paradoja, en cuyo apoyo parece haber sido escrito todo el libro. La mayor parte de nuestros sufrimientos y de nuestras enfermedades —no son simples accidentes, sino las consecuencias, y como los castigos físicos de nuestra ignorancia, de nuestras debilidades y de nuestros desfallecimientos morales. La naturaleza, según M. de Feuchtersleben, es un tribunal secreto; su jurisdicción paciente, inadvertida, no deja escapar nada; conoce las faltas que se ocultan á los ojos de los hombres, y que no pueden tener en cuenta sus leyes. Sus decisiones soberanas, eternas, como todo lo que emana del primer principio, producen sobre las generaciones efectos inevita-

bles, y el niño que meditase con desesperación sobre el misterio de sus sufrimientos, podría encontrar la causa de ellos en los excesos que sus abuelos cometieron. Pero la naturaleza, no sólo castiga las faltas y los vicios; castiga, y muy severamente, diferentes disposiciones de espíritu que dejamos desarrollar en nosotros, la pereza de la voluntad, la falta de atención y de vigilancia en el gobierno de nuestra vida moral, el predominio exclusivo de ciertas facultades nacidas para obedecer y que llegan á ejercer sobre todo nuestro ser una autoridad despótica. Todo ello se espía; nada escapa á esta jurisdicción soberana. Todo desorden en la vida moral produce en la vida física el correspondiente desorden.

En rigor, no es esta una observación nueva, mas esta ley de correspondencia entre la armonía de las funciones que constituye la salud del cuerpo y el gobierno interior que produce la salud del alma, está perfectamente estudiada por el médico alemán. ¡Qué de enfermedades producidas por la debilidad de espíritu y la tiranía de las ideas fijas! Un mal imaginario, del cual nos creemos amenazados, se convierte pronto en realidad. La imaginación produce entonces una tensión nerviosa continua en un mismo órgano, el cual acaba por naturalizarse en su esfera vejetativa. Se cita á cierto criado inglés, que por haber leído en un periódico el relato de una muerte horrible causada por la mordedura de un perro rabioso, se sintió atacado él mismo de hidrofobia. Se habla también de un discípulo de Boerhave, en el cual todos los estados morbosos descritos por el profesor, se manifestaban sucesivamente, las fiebres y las inflamaciones durante el semestre de invierno, las neurosis durante el semestre de estío. Los desgraciados á quienes los desórdenes de su juventud causan remordimientos y que sufren las consecuencias de sus excesos, graban en su espíritu la imagen de los males de que se creen amenazados, y estos temores incesantes los conducen á la larga al estado caracterizado por Weikard con el nombre de *tisis imaginaria*, mezcla triste de dolores morales y de males físicos nacidos de aquellos terrores. Cuando se estudian las enfermedades de los ojos, ocurre á menudo que el temor al mal, embarga la imaginación, y acaba la vista por turbarse y debilitarse. La debilidad de la imaginación es, según Hippel, una especie de tisis moral. La imaginación—dice ingeniosamente—es el pulmón del alma.

Se envejece por el temor á envejecer; se muere por el temor á morir. Una voluntad firme sostiene la vida: en ciertos casos puede hacer esperar á la muerte, ante la cual acaba por ceder una voluntad indecisa y desfallecida. El doctor Herz relata un singular ejemplo. Uno de sus enfermos se encontraba en el último período de la fiebre hética. El médico había creído siempre de su deber darle esperanza; pero el enfermo tenía la conciencia de su estado desesperado; la lucha de estos dos sentimientos entretenía y redoblaba la fiebre. Entonces el médico tomó una

decisión bastante aventurada. Anunció al desgraciado que estaba perdido. Esta revelación produjo, como era natural, en el paciente una agitación excesiva seguida de gran abatimiento. Por la tarde el pulso era regular; por la noche más tranquilo que en las precedentes. La fiebre disminuyó de día en día, y al cabo de tres semanas, se le daba de alta. El medico tuvo en cuenta la noción exacta de la naturaleza humana. La inducción no trae su origen de esta idea funesta; es demasiado tarde, no hay más que hacer. Esta idea es la que da la resolución. Si realmente es demasiado tarde, la resolución es bien sencilla; si, por el contrario, deja tiempo para obrar, os decidís á ello.

Nada es indiferente en la vida moral. El mal humor convertido en estado crónico, no sólo corrompe el carácter, sino que predispone al cuerpo á un estado morboso. Es menor, como lo demuestra nuestro médico novelista, el resultado de un vicio orgánico que el efecto de nuestros hábitos perversos. Si desde la infancia se nos acostumbra á no permanecer jamás ociosos, á consagrar cada hora que nos resta de los trabajos serios á trabajos agradables, hasta el momento en que el sueño nos dé reposo, tendremos sueños tranquilos y no nos encontraremos jamás mal dispuestos. Si desde la infancia se nos acostumbrara á no pasar en el lecho las horas de la mañana, no experimentaríamos esta pereza que produce generalmente la sensación desagradable de un sueño tardío; si desde la infancia nos acostumbramos á ver todo en orden en torno de nosotros, por una disposición armoniosa del alma, este orden exterior se reflejará dentro de nosotros mismos. En una habitación bien arreglada, el alma experimenta una sensación de bienestar. Si, por último, no desconociésemos jamás en el régimen de nuestra existencia, esa gran ley del cambio, de la variedad, si pudiésemos separarnos, cuando nos conviniera, de una soledad prolongada, cuyo efecto es permanecer inactivo, como de las impresiones que no deja de producir jamás el comercio exclusivo del mundo, cuyo resultado ordinario es el cansancio y el disgusto, si estuviésemos más atentos á no abusar de la una ni del otro y combinásemos ambas fases en la variada trama de nuestros días, no hay duda de que nuestro humor no se resentiría profundamente y que nos sería más fácil vivir, siendo menos pesados para nosotros y para los demás; no hay duda de que nuestro espíritu se pliega mejor á todo lo que es bueno; por esta práctica inteligente de las sanas costumbres, no se plegaría á soportar sin pena lo que en los demás nos parece malo? Nadie puede defenderse de la tristeza, pero todo el mundo puede desembarazarse del mal humor. A una condición se debe, sin embargo, que no nos veamos libres de una vanidad pueril que nos impulsa á usar nuestro mal humor como un signo de cordura y nuestro disgusto, como el privilegio de una naturaleza elevada. Nosotros nos atrevemos á considerar esta disposición de

alma bajo su verdadero aspecto, como una enfermedad.

«Hay dos especies de tristeza que Kant distingue con gran razón. Reina en las montañas de Bokshours una tristeza absurda. Sausure—dice—conoce otra tristeza diferente de ésta: una tristeza incesante, producida acaso por el aspecto de una soledad que el hombre ha sabido animar con su energía. Hay, por consiguiente, una tristeza que pertenece á la categoría de los afectos, y que es á los afectos tiernos lo que lo sublime es á lo bello.»

Sí; sin duda: hay una tristeza viril y generosa, aquella, por ejemplo, que concibe un alma fuerte, con ocasión de uno de esos golpes de fortuna, que destruyen en un instante la obra laboriosa de toda una vida que encerraba un plan sabiamente combinado y que arroja en un momento en la región de los sueños una idea largo tiempo acariciada. O bien, es el dolor que experimentamos por la muerte de un pariente, de un amigo, por la partida de una de esas almas queridas que se llevan con ellas la mejor mitad de la nuestra; noble dolor que eleva nuestra mirada más allá de la vida; protesta del hombre contra el ciego poder de la suerte, ó, mejor, sentimiento profundo de la moralidad de la prueba, confianza enérgica en el Señor, que la establece. Existe también una tristeza delicada, religiosa, poética, que nace en nosotros á la vista de los grandes espectáculos de la naturaleza, del infinito de la mar y de las montañas, ó del infinito estrellado de los cielos, el sentimiento agobiador de lo grande, la embriaguez casi dolorosa de la inmensidad. Esta tristeza dilata el horizonte del pensamiento humano, saca al alma fuera de ella misma y de sus mezquinas preocupaciones, no dejándole otra cosa que la saludable humildad de su nada profundamente sentida. Todas estas formas de la tristeza, recuerdos ó presentimientos de las cosas ideales y eternas, tienen su nobleza y su utilidad, puesto que ellas no llegan á abatir el corazón y á quitarle valor para la gran lucha humana, puesto que no absorben todas las fuerzas vivas del hombre y no degeneran tampoco en una especie de sueño prolongado que mata la vida.

Mas existe otro género de tristeza que la medicina y la moral combaten, y contra la cual M. de Feuchtersleben despliega toda la vivacidad mordaz de su buen sentido, hoy poco común: el mal humor, la hipocondría. Algunos espíritus distinguidos han tratado en nuestros días de poetizar esta enfermedad, y sintiéndose enfermos, han acusado á la crueldad de los tiempos, al egoísmo de la sociedad, á los tristes espectáculos que se les ofrecen de todas las partes del mundo, y han procurado explicar por qué viven en el aislamiento, sumidos en la amargura de sus desdenes y en el gozo casi desesperado de un mal implacable. Es preciso leer, para responder á estos poetas de la hipocondría, el análisis terrible que el médico hace de esta enfermedad del alma, de sus causas reales y de sus deplorables efectos sobre todo el organismo.

En el fondo, lo que en ella descubre, el verdadero nombre que le da, prescindiendo de los poéticos adornos con que se engalana, es el de egoísmo, egoísmo malsano, obstinado en buscar los más débiles indicios del más oscuro sufrimiento, los caprichos de la imaginación convirtiéndose en el más cruel enemigo de sí propio, y encontrando en sí mismo la fuente renaciente de su suplicio. La causa principal de este mal estriba en una atención exagerada á todo lo que al cuerpo concierne. El egoísta es sumamente sensible á cuanto con él se refiere.

No vive, ni piensa, no sufre más que para su miserable *yo*, expuesto siempre á mil invencibles enemigos. Apartado de los bellos y grandes espectáculos que el mundo y la naturaleza ofrecen á todo corazón expansivo, indiferente á las alegrías y sufrimientos de sus semejantes, expía con una perseverancia llena de tormentos, la menor sensación oculta en los más delicados pliegues de su ser: esa vida no es más que una larga agresión. Los otros hombres son objeto de su envidia; todo lo que es humano les parece extraño y hasta odioso. *Con la desesperación de Orestes se agarra, sin darse cuenta de ello, á este miserable clavo que llama su yo y se precipita con el en la tumba que él mismo se ha abierto.* Causa pena ver estos cerebros estrechos ocupados con un cuidado minucioso é incesante en su existencia física, que minaron lentamente con su intranquila inquietud. El médico á quien consultan no tiene para ellos más que desprecio. Estas gentes mueren por el deseo de vivir. Hay entre ellas también quienes recorren los libros ávidamente y los diccionarios de Medicina, buscando siempre, con ojo inquieto, los síntomas indicados, consultando dolorosamente cuanto pueden reconocer en ellos mismos, transcribiendo todas las fórmulas que encuentran. De uno de ellos decía ingeniosamente Herz. Amigo mío, es una falta de impresión lo que os matará. ¡Con qué desprecio hablaba ya Platón de estas ridículas enfermedades! Según se ve, en la hermosa sociedad de Atenas había también sus hipocondríacos, sus ataques de nervios y sus vahidos. «¿No es vergonzoso—dice Sócrates—verse obligado á recurrir al arte de curar males que se han adquirido no por heridas ó enfermedades inevitables, sino por la ociosidad y la disipación y para los cuales los Asclepiades tienen que inventar nombres?» Y con aquel buen sentido incisivo y familiar con que busca sus ejemplos en torno suyo, añade: «Un carpintero cae malo, consulta al médico que le purga, le sangra ó le cauteriza. Si se le quisiere someter á un régimen delicado y minucioso, contestaría que no tiene tiempo de cuidarse y de dejar su trabajo, diría adiós al médico, y volvería á sus quehaceres con la esperanza de vivir y de trabajar. ¿Sus fuerzas están demasiado quebrantadas? Se le acaba la vida y la muerte le libra de sufrimientos. Así hace el carpintero. ¿Vosotros los que vivís en una condición superior, habréis de tener menos energía teniendo más inteligencia? ¡Por Júpiter! Nada es más contrario á la dig-

nidad de la vida, que esta continua atención hacia el cuerpo. Ella impide ocuparse seriamente de los negocios, quita al soldado su valor, dificulta que el ciudadano cumpla con sus deberes y despoja al hombre de todas sus aptitudes para las artes y las ciencias, é impide al hombre comprender y meditar, ocupado como está siempre en soñar con males imaginarios. Es un obstáculo para el valor y la virtud. Esculapio curaba las heridas de los héroes, mas nadie dice que haya tratado de prolongar por medio de las maravillas de su arte la triste vida de los hombres condenados á un estado continuo de enfermedad y sufrimiento. No quería dar medios para dilatar una raza miserable. En cuanto al hombre de temperamento débil, arruinado por los excesos, pensaba que la existencia de semejante ser era inútil á sí mismo y á los otros; el arte no tenía para qué ocuparse de él aunque fuese más rico que Midas.

La hipocondría no consiste solamente en crerse afectado de un mal quimérico, sino en estudiar con cuidado minucioso los males que realmente experimenta. ¿Quién está libre de sufrir? ¿No ha podido decir Hipócrates que el hombre no es más que una enfermedad? Durante toda la vida sufrimos. Unos más, otros menos, todos somos enfermos á quienes los sufrimientos particulares empujan invenciblemente hasta la muerte. ¿Pero qué importa? Como dice M. de Feuchtersleben con viril buen sentido, en tanto que los sentidos basten para hacer nuestra jornada, ¿tenemos necesidad de ocuparnos tanto de nuestro cuerpo? El dolor es un nada presuntuoso que sólo tiene la importancia que nosotros queremos atribuirle. Deberíamos ruborizarnos de hacerle tanto honor, de adularle, de acariciarle, de levantarle así sobre un pedestal. Sólo nos parece grande porque nos inclinamos ante él. ¿Puede imaginarse un Temístocles ó un Régulo mirándose la lengua en el espejo ó tomándose el pulso? Existen enfermedades — decía Schtenberg de Gotinga — que sólo se distinguen con microscopio. Este microscopio es la hipocondría. Si los hombres quisieren tomarse el trabajo de estudiar las enfermedades con un cristal de aumento, tendrían la satisfacción de estar enfermos todos los días.

Esta enfermedad, fruto del egoísmo y del decaimiento, inspira tal cólera al doctor de Viena, que propone seriamente que se la trate como un crimen ó á lo menos como un delito. Querría inscribir la hipocondría en el Código penal. «Bien considerado — exclama — los hipocondríacos, no estando realmente malos, no merecen ninguna especie de piedad; deberíase, en nuestra opinión, declarárseles delincuentes, y como tales excluirles de la sociedad. Una medida de este género, aplicada en interés suyo, los curaría más prontamente que todas las disertaciones filosóficas posibles. Digo más: se debería hacerlos sufrir, y si la sociedad tuviese derecho para atormentar á uno de sus miembros, este sería uno de los casos.» Nos parece que es ir demasiado lejos. Hay, sin embargo, algo de verdad en esta exageración, y es que el mejor

remedio á la hipocondría estriba en los sufrimientos reales. Para hacer comprender á un hipocondríaco lo que es una enfermedad, haced que enferme de veras: entonces recobrará la salud.

En resumen y sin ahondar en el análisis de los estados morbosos y de otros análogos, veamos cuáles son las verdaderas causas de la mayor parte de esos sufrimientos que asaltan nuestra vida, ya de suyo tan precaria, y corrompen, por medio de una constante amargura, la secreta dulzura de la vida. Sin duda recela nuestro organismo desde el primer momento de la existencia el germen de nuestra muerte. ¡Mas con cuántas inquietudes nutrimos y desarrollamos ese funesto germen! ¡Por medio de muchas preocupaciones y miserables temores, precipitamos el triunfo de ese invisible enemigo que en nosotros habita! Es un lugar común de todas las filosofías escépticas quejarse amargamente del destino humano, y volver contra la Providencia todos los males acumulados y como amontonados en tan corto espacio de tiempo, y esta necesidad de sufrir, sin interrupción, más cruel todavía que la necesidad de morir. ¿Es un Dios bueno el que condena á un pobre ser que no solicitó vivir, á expiar tan cruelmente la desgracia de haber nacido? ¿Es un Dios justo el que no suspende esta terrible ley del sufrimiento ni ante la misma virtud? Conocemos esas recriminaciones y esas quejas. No data de ayer la época en que el escéptico ha dirigido contra la Providencia su formidable pregunta, formada con los gritos de dolor de la humanidad. No es tampoco de ayer cuando se ha tratado de resolver esta gran pregunta y buscado el enigma de este gran enigma de la vida. Existe una respuesta que se encuentra en el *poema* de Job, donde es preciso gran sutilidad para no entenderla claramente. Está en Platón, está en Séneca, está en el Cristianismo. Mas sin ir tan lejos en las vías *misteriosas* y providenciales de la prueba y ateniéndonos á nuestro asunto cuya misión no es tan alta, todas estas quejas, ¿no son en rigor exageradas? Cuántos males hay que deben sernos atribuidos y de los cuales ni Dios ni la naturaleza son responsables. Cuando esta cuenta se haga, quedará sin duda bastante motivo para que hoy, mañana y siempre, se pueda formular esta pregunta del sufrimiento humano que se revuelve y del esceptimismo que se subleva contra Dios. Pero de todos modos, es preciso restablecer las verdaderas proposiciones que el pavor da á las cosas, exagerándolas por el espíritu de sistema y encerrarlas en los límites de la verdad.

Es de todo punto oportuna la demostración de M. Feuchtersleben, demostración sustancial y nutrida de hechos y no de declamaciones. Después de haberla leído y meditado, se ve que parte corresponde á los males que sufrimos de las influencias perniciosas del medio social en que vivimos, á los abusos de una civilización artificial, á las inspiraciones del egoísmo, á los excesos de una personalidad enferma é inquieta, á las perversas costumbres

que nosotros mismos nos creamos, y cuyo yugo vergonzoso y funesto no acertamos á sacudir. Por un equivocado amor propio, falseamos nuestro temperamento y nos predisponemos á toda especie de influencias morbosas. O bien en lugar de aumentar por la tensión de la voluntad la intensidad de la vida, la debilitamos por una especie de desfallecimiento moral, y nuestra pusilanimidad gasta en nosotros el instinto vital; ó bien la consumimos en el ardor de nuestras pasiones; en estos dos casos extremos, la naturaleza es menos cruel para el hombre que su propio egoísmo. Una deplorable condescencia á todas nuestras inclinaciones, una especie de complicidad con esta fuerza de inercia que existe en el fondo de nosotros mismos, la inacción llenando nuestra existencia y desorganizándola por medio del fastidio; y otras veces la actividad febril, la precipitación convulsiva del deseo y del trabajo, la impaciencia de la ambición exasperada, la alegría del triunfo, las heridas del corazón que tanta parte tienen en esta lucha social de intereses, de vanidades y de pasiones... todo esto es lo que turba el curso, ó demasiado lento, ó demasiado precipitado de nuestra vida; he aquí lo que corrompe su origen ó le seca prematuramente.

Tal es la importante lección que sale del libro de M. Feuchtersleben. Mas no es ella sola. La enumeración de todos esos males que el hombre debe imputarse á sí mismo, no es más que la ocasión del libro, y, por decirlo así, la materia sobre la cual se ejerce la higiene moral; no es la higiene misma. Debemos, sin embargo, dar una idea de esta ciencia que, tan incompleta como es, ha permitido al autor desplegar una ingeniosa sagacidad, y descubrir los más delicados secretos del alma, y por medio del alma los del cuerpo.

II

El principio de la higiene moral estriba en la acción del alma sobre el cuerpo. Es una fuerza real nos dice M. Feuchtersleben, una fuerza cuya existencia no es apenas contestada, cuyas maravillas se admiran, pero cuyas leyes no se examinan y cuya aplicación práctica no se ha estudiado. Sin embargo, si esta fuerza existe, por su origen, por su naturaleza está sometida á la dirección de la voluntad; el hombre puede regular su empleo.

Así, pues, la primera condición para que el espíritu ejerza sobre el cuerpo un imperio saludable es la de creer en la posibilidad de tal imperio. M. Feuchtersleben hace los más grandes esfuerzos para llevar esta condición al ánimo de todos los lectores. Extraña pretensión—dirán quizá éstos—la de querer extender el poder del alma más allá de sus límites, como si pudiésemos componer á nuestro gusto el tejido de la vida. Cierto que tal pretensión nos parece singular, pero, ¡qué verdadera es!... Las imágenes más fuertemente

grabadas en el alma son las que causan la alegría ó el dolor de la vida. ¿Y quién se atrevería á decir que no depende de nosotros el hacerlas aparecer ó desaparecer? Nosotros somos, hasta cierto punto, señores de nuestras impresiones. Quizá dependen de nosotros más que de los objetos de que ellas proceden. Ved en Shakepeare, el rey Lear y su compañero perdidos en medio de la llanura bajo furiosa tempestad: el uno temblando de frío y encogido á causa de la lluvia; el otro impasible, sordo al huracán, porque suena en sus oídos la furiosa tempestad de la cólera. Una de las pruebas más convincentes del poder del espíritu se deduce precisamente de su impotencia. ¿Quién no sabe que los desgraciados á quienes la demencia ha privado de la dirección de de su pensamiento, están al abrigo de gran número de sufrimientos corporales que afligen á las demás personas? Su atención absorta por una idea fija se separa del cuerpo, y esta concentración de todas las fuerzas del espíritu sobre un solo punto, las hace inaccesibles á las influencias exteriores. Si esto es verdadero y nadie lo duda, ¿cómo una voluntad recta, firme y luminosa no habría de tener tanto poder y no producir los mismos efectos que una voluntad perturbada, inerte como la de un loco?

¿Qué es la vida, sino el trabajo de la voluntad que tiende á someter las fuerzas exteriores? El hombre está rodeado de mil influencias que le oprimen. El mundo entero pesa sobre él; pero nada es tan fuerte como su carácter. Los seres de la naturaleza no son más que fuerzas manifestadas; el hombre es la energía con que él se manifiesta. Si esta energía no se despierta en él espontáneamente es porque á causa de una sacudida violenta se coloca en un estado en que se ve forzado á querer.

Como modifica las formas exteriores modifica su propio organismo. Lo pliega á su deseo, á su pasión, á los caprichos de su fantasía y cuando quiere lo domina fuertemente. Una poderosa voluntad tiene no sé qué poder al menos indirecto, sobre la vida y sobre la muerte. Borshey llega hasta decir que un gran deseo de ver antes de morir á una persona querida puede hasta prolongar la vida. He aquí un hecho que prueba que no hay límites fijos para precisar la acción del alma sobre el cuerpo.

El doctor Cheyne nos asegura que el coronel Towinsend podía darse todas las apariencias de la muerte, se echaba de espaldas y no se movía. Un día, el doctor Cheyne le tomó una mano, sintió que el puiso se debilitaba poco á poco, le puso un espejo delante de la boca, ni un soplo, el más ligero, empañó el cristal. El médico, asustado, creyó que la broma se había cambiado en triste realidad; pero al cabo de media hora, el pulso y los latidos del corazón se hicieron sensibles y el coronel recobró el uso de la palabra. Existen, por consiguiente, hombres en quienes el mismo corazón, ese músculo no sometido á la voluntad se convierte en órgano voluntario. Se ha

observado en América que algunos salvajes, cuando creen que han cumplido su misión aquí abajo, aunque sea en la flor de su edad, se acuestan, cierran los ojos, toman la resolución de morir y mueren, en efecto. El poder de la voluntad, ejercido y dirigido por un constante esfuerzo, no parece que es menor en ciertos estados que por su origen se relacionan con el sistema nervioso. Se ha hablado muy á menudo de la acción que ejerce un querer enérgico sobre los fenómenos de la voluntad. El autor del libro afirma que logró, por medio de un enérgico esfuerzo, librarse de las *moscas volantes* que turbaban su vista. ¿No es también por una tensión enérgica de la voluntad por lo que se explica el rasgo famoso de aquel estoico, que tratando de demostrar en presencia de Pompeyo esta proposición, *que el dolor no es un mal*, unió el ejemplo á la teoría, triunfando de un violento ataque de gota? Cicerón refiere este rasgo, y ninguno de los ejemplos en que abunda el libro es más maravilloso que éste.

Por medio de la imaginación como intermediaria, el alma ejerce su acción sobre el cuerpo. ¿Quién ignora el prodigioso poder que tiene esta facultad para causar en el organismo las más profundas turbaciones? Debemos deducir que si tan fecunda es la imaginación para el hombre en males de todo género, no debe ser ineficaz para su bien. Si por creerme enfermo llego á enfermar realmente, ¿no puedo conservar mi salud por la firme persuasión de que me encuentro bien? No acabaríamos de enumerar los efectos maravillosos que producen en la curación de ciertas enfermedades la confianza, la esperanza, la simpatía, los ensueños mismos. Un enfermo pide ciertos píldoras que el médico se niega á administrarle. El enfermo insiste, y el médico, fingiendo ceder, le da píldoras de miga de pan doradas. Al día siguiente, alegría y gracias dadas por el enfermo; las píldoras han hecho el efecto deseado. Por haber sido producido este efecto por la imaginación, añade M. de Feuchtersleben, ¿deja de ser real? Nótese que el excelente doctor relata esto con la mayor seriedad y sin sombra de burla contra los médicos homeópatas. Un doctor inglés cuida durante largo tiempo á un hombre atacado de parálisis de la lengua y que no había podido ser curado por ningún género de tratamiento. Quiso al cabo ensayar en el enfermo un instrumento de su invención del cual se prometía excelente resultado. Antes de proceder á la operación le introdujo en la boca un termómetro de bolsillo. El enfermo se imaginó que era aquel el instrumento salvador. Al cabo de algunos minutos lanzó un grito de alegría, apresurándose á probar que podía mover libremente la lengua. La pasión produce á menudo efectos análogos. La historia antigua habla de aquel hijo de Creso, mudo de nacimiento, que viendo que una espada amenazaba la cabeza de su padre, recobró de repente la voz y gritó: «¡Soldado, respeta á mi padre!» Refiérese también la anécdota del cazador mudo que, creyéndose

embrujado por una mujer, la encontró, y al verla, presa de un acceso de cólera, recobró súbitamente el uso de la palabra.

Las emociones violentas obran en ciertos casos con fuerza extraordinaria sobre el organismo enfermo. Boerhave, en la casa de los pobres de Harlem, curaba la epilepsia por medio del pavor.

He aquí algunas de las influencias que el alma ejerce sobre el cuerpo, sea por un acto enérgico de la voluntad, sea por alguna sacudida de la sensibilidad. Como juiciosamente hace notar M. de Feuchtersleben, lo que tiene poder para curar los órganos enfermos ¿no ha de tener bastante eficacia para conservar sanos los órganos? ¿Y no podría deducirse de estos hechos y de otros muchos que se podrían citar, que hay fuerzas cuya existencia no se conoce, que duermen en la organización maravillosa del hombre? Una voluntad de hierro puede revelarlas de un modo evidente. ¿Pero la voluntad misma de un hombre cualquiera, por un esfuerzo perseverante no podría dominar esa sensibilidad flotante de su movible imaginación primero, para admirar ese poder sobre lo desconocido y el azar, después para aplicarlo á la buena dirección de las fuerzas secretas del organismo bajo la autoridad de la razón? En todo esto, sin embargo, hay un punto que no puede ser traspasado sin peligro, y más allá del cual sería temerario hacer induciones, á pesar de algunos casos singulares, demasiado ligeramente recogidos y poco nuevos para apoyár en ellos opiniones atrevidas. Nosotros no creemos engañarnos juzgando que este punto delicado, más allá del cual una razonable indución no puede extenderse, ha sido más de una vez superado por el doctor alemán. Es preciso dejar para los poetas tales exageraciones. Un ejemplo exclarecerá mi pensamiento. Gœthe está en lo cierto cuando nos refiere que durante una epidemia de fiebre pútrida, expuesto de continuo á un contagio inevitable, logró sustraerse por la acción sólo de una voluntad firme, y cuando añade, comentando este hecho. «La voluntad ejerce este poder; se reparte por decirlo así por todo el cuerpo, y lo pone en un estado de actividad que rechaza todas las influencias perjudiciales. El temor á un estado de debilidad indolente que nos entrega sin defensa á los ataques victoriosos del enemigo.» He aquí la verdad colocada en su término justo y en su verdadera proporción, y al mismo tiempo la verdad fisiológica y moral. Pero acaso no exagera Gœthe cuando nos dice en su *Egmont*, que el hombre no pertenece más que á sí mismo, y que tiene el poder de eliminar de su ser todos los elementos que son causa de enfermedad y de sufrimiento. Es en el fondo la misma verdad, pero bajo dos formas; la una precisa y científica, la otra práctica y sensiblemente exagerada. Abrigo el temor de que más de una vez M. de Feuchtersleben olvida que es médico y se convierte en poeta. En alguna ocasión su pensamiento traspasa aquella línea, más allá de la cual, la ciencia se aventura en las regiones de un idealismo

crepuscular. No citaré más que esta página, impregnada sin duda de cierta belleza poética, mas de la cual ha desaparecido el carácter científico.

«Estos fenómenos (de la voluntad ó de la imaginación), son símbolo de otros muchos hechos, de los hechos más importantes que se realizan en el mundo. Hay una especie de atmósfera moral que envuelve la tierra como la atmósfera exterior; en ella hay un flujo y y reflujo de pensamientos, de sentimientos, de ideas que flotan en el aire invisibles, y que el hombre respira, se asimila y comunica sin tener clara conciencia de ellos. Se podría llamar á esta atmósfera moral el alma exterior del mundo: el espíritu de los tiempos es su reflejo, y su consecuencia la moda. Ninguna esfera de la sociedad, escapa á los efectos de la influencia secreta que la opinión pública ejerce sobre las más libres inteligencias; pero el medio general que obra sobre los individuos puede á su vez ser modificado por la acción de una fuerza individual. El dolor del héroe se transmite como un fluido magnético, el temor tiene algo de contagio, la risa, la alegría, se comunican de una manera irresistible é influyen hasta en el hombre más indiferente. Del mismo modo, ¿el bostezo y el fastidio no son epidémicos? No hacen el efecto de una interrupción en un sociedad de amigos. Se rehusa comprender cómo hombres de buen entendimiento han podido sinceramente y de buena fe atestiguar la realidad de ciertos milagros, y ver á los aparecidos conjurados por el exorcismo. Sí; la fe es una fuerza poderosa, la fe realiza maravillas, la fe mueve las montañas. Mirad á vuestro hermano como un hombre de bien y él lo será. Tened confianza en el que no es bueno más que á medias y él lo será del todo. Suponed disposiciones en vuestro discípulo y se desarrollarán en él. Si le juzgais incapaz, incapaz se quedará. Persuadíos de que vuestra salud es buena y podrá llegarlo á ser porque la naturaleza no es más que un eco del espíritu y la ley suprema que la rige no es otra que la idea madre del hecho y construye el nudo gradualmente á su imagen.»

Sin duda habría manera de interpretar en un sentido exacto estas vagas y poéticas fórmulas, visiblemente inspiradas por el espíritu de Hegel. Hay en esta página muchas verdades de detalle que serán fácil presentarlas con toda claridad, despojándola de hipótesis é hipérboles. Es un grave peligro para un sabio fisiólogo hablar de esta manera: La naturaleza es el eco del espíritu... La idea es la madre del hecho: construye el mundo á su imagen. Ante muchos espíritus, este género de lo sublime comprometería el crédito del autor.

Vengamos á la higiene moral. Sustraerse á las influencias orgánicas ó exteriores, creer en el poder real del espíritu sobre el cuerpo; tal es la condición de esta ciencia. Educar el corazón y la inteligencia, cultivar las más altas y delicadas partes de su alma, tal es la obra. Usando el lenguaje del doctor alemán, diremos que *poseerse* es

la primera ley de la higiene moral; *hacerse superior*, el segundo precepto.

¡Hacerse superior! Es contrarrestar todas nuestras mezquindades, todas nuestras miserias y morales desfallecimientos; es educar y fortificar el hombre interior; es reemplazar por nobles amores las vulgares tentaciones de una sensibilidad perturbada, y por contemplaciones ideales las estrechas y menguadas preocupaciones del *yo;* es desdeñar el egoísmo interesándose en los destinos generales de la humanidad; es ensanchar el horizonte del pensamiento y la medida del infinito; es librarse de las mortales ansias de la duda para fijar en viriles condiciones, el punto de apoyo de la voluntad y de la vida. Ciertamente la frase no es tan expresiva como debiera ser para expresar lo que el autor quiere decir; y sólo cuando el hombre hubiese cumplido este trabajo de Hércules sobre sí mismo, se podría decir que sale de tan rudo esfuerzo engrandecido.

He aquí útiles consejos en este sentido. La voluntad y el sentimiento, se nos dice, y, por consiguiente, la alegría y la tristeza, dependen en nosotros del punto de vista desde el cual miramos el mundo ó nos contemplamos á nosotros mismos. Este punto de vista está determinado por la cultura de nuestro espíritu, ya sea que esté influido por el consuelo ó por el desfallecimiento, ya nos haga mirar hacia el paraíso ó hacia el infierno. Obran las ideas sobre nuestro humor, y aun sobre nuestro bienestar y nuestra salud. Una convicción fuerte y razonada viene á ser en el individuo que la posee como parte integrante de su persona. Para el hombre fatigado es un apoyo; para el que sufre, un endulzamiento de sus males. Representaos el mundo en su conjunto y en su encadenamiento, y se serenará vuestra mirada; no perdáis de vista el objeto final, y los males pasajeros os parecerán más ligeros y soportables. La causa principal de multitud de males es el egoísmo. Ensanchemos el círculo de nuestros sentimientos y de nuestras ideas. Comprendamos que la vida no es un don gratuito de la naturaleza, que es, ante todo, una senda, una misión que cumplir, y que, si concede derechos, impone también deberes. No hay mejor remedio que oponer al egoísmo, que disuelve el principio vital, las altas concepciones que se vigorizan con la voluntad, y por medio de la libertad, fortalecen la vida.

No es esto otra cosa que lo que Espinosa decía en uno de sus pensamientos morales: «Cuanto más se extienden los conceptos de nuestro espíritu, más nos acercamos á la felicidad.» M. Feuchertsleben no hace más que comentar este gran pensamiento. ¿Quiénes han llenado la medida extrema de la existencia fijada al hombre sobre la tierra, sino los espíritus graves, vueltos con ardor hacia las más altas ideas, desde Pitágoras hasta Goethe? Una contemplación serena del conjunto de las cosas es una condición necesaria de la salud, y la inteligencia solamente puede dar al hombre esta serenidad necesaria. Sólo entonces sabe llegar á comprenderse el hombre como una parte

del todo y relacionarse con las otras partes del mismo todo. Puede decirse que con esta concepción comienza la verdadera cultura intelectual, y al mismo tiempo un estado de satisfacción verdadera y de felicidad hasta física. La serenidad del alma, adquirida por la costumbre de estos altos pensamientos, aumenta la salud por medio de una influencia suave, pero continua, que el autor compara á la virtud bienhechora de un alimento exquisito y nutritivo. Es bueno, dice, poder mostrar estas individualidades brillantes, símbolos del poder del espíritu sobre la materia, que están colocadas en el templo de la historia como imágenes venerables. Platón enseñaba y estudiaba todavía á la edad de ochenta años. Sófocles estaba cargado de años cuando compuso el *Edipo en Colonna*. Catón, en los últimos linderos de la vejez, no sentía ningún disgusto por la vida. Isócrates brillaba como orador á los noventa y cuatro años. Kant, maltratado por la naturaleza, encontró en la magnitud de sus pensamientos la fuerza de vivir durante un largo período de tiempo, como esos pensadores de la India, esos brahamanes que viven más de un siglo, perdidos en un sueño sin fin. Wieland, cuya existencia fué un modelo de armonía, aunque fué poeta, disfrutó de una feliz vejez, llena de salud, debido menos á su imaginación que al desarrollo regular de sus facultades intelectuales. Goethe, el maestro supremo, el Júpiter de Weimar, en los últimos años de su larga vida, trataba aún de penetrar el secreto de la naturaleza en el primitivo tipo de sus creaciones.

Muchos medios tenemos para conservar la calma, preservativo inapreciable, y para reconquistar, cuando le hemos perdido, ese indispensable y primer remedio de todos nuestros males: la ciencia, el arte, la historia, la naturaleza. Dádonos es el escoger, mas guardémonos de elegir al azar y de abdicar nuestra razón en una prueba tan decisiva. Apliquemos nuestra más delicada atención á investigar cuál es el verdadero lugar que se nos ha marcado en el encadenamiento de los caracteres y destinos humanos, á fin de distinguir bien las funciones que hemos de llenar, esforzándonos en ser *puros y verdaderos como una palabra de Dios*. Seamos veraces con los demás y con nosotros mismos. Salgamos de todas las mentiras que componen nuestra extraña civilización, donde nadie tiene valor para ser lo que es. «Los filósofos han comprendido cuál es la enfermedad de nuestro tiempo, y han indicado también el remedio. Sólo—dicen—puede salvar el mundo la verdad. Lo que enseñan á toda nuestra generación, debe el médico enseñárselo á cada enfermo. Es, en efecto, un oficio fatigoso y que gasta muy de prisa las fuerzas humanas, el de estar continuamente en escena y de representar un papel durante toda la vida, teniendo derecho para gritar al fin de ella como Augusto: «la comedia ha terminado, aplaudidme.» Hufeland compara este estado á una espansión continua del alma, á una fiebre nerviosa latente. ¿Por

qué condenarnos? No es mejor ser veraces? ¿Son precisos tantos esfuerzos para seguir los impulsos de la naturaleza? Yo digo al hombre: no hay fuerza sin verdad; á la mujer: no hay verdad sin gracia.» Estimables palabras en que la calma de la expresión se iguala con la justicia del pensamiento.

Contra el hombre y las tentaciones de su egoísmo, contra la sociedad y la vasta mentira sobre la cual se funda, M. Fenchertsleben invoca evidentemente á la naturaleza. Prueba admirable de un misterioso y profundo pensador. La belleza y la grandeza del universo no pueden desarrollarse ante nuestras miradas más que cuando nuestro espíritu se encumbra y se eleva, y la calma física y moral se apodera de todos nosotros. Y es que, en el fondo, la salud del alma es el sentimiento de la armonía, y la armonía es la naturaleza misma. La naturaleza, con sus leyes inmutables, nos enseña justicia; es bienhechora hasta cuando nos destruye. Entre los sabios, los naturalistas son los que han tenido la vejez más larga y más serena. La naturaleza, en efecto, que para revelarse exige que se la interrogue con la candidez de niño, rejuvenece á los que á ella se consagran. Una observación delicada hace el autor, á saber, que ningún estudio, ni aun el de la historia, produce en el alma calma tan saludable y tan profunda como el estudio de la naturaleza. Y sin embargo, se citan ejemplos de hipocondríacos curados de sus tormentos á fuerza de estudiar la historia y de interesarse sin reserva por los destinos de la humanidad. Pero este remedio no es infalible. La historia se relaciona demasiado con nuestros intereses y personas. Está demasiado enamorada de lo variable y relativo, nos arrastra completamente fuera de nosotros mismos y nos eleva á la pura esfera en que comienza el entero desinterés. Hay almas particularmente sensibles sobre ciertos puntos, las cuales se irritan por las pasiones y los sufrimientos. Sólo en la naturaleza se encuentra la pasión sin fatiga, la verdad sin turbación, el reposo, la salud.

¡Volver á la verdad y á la naturaleza! Eso mismo quería también en los intervalos de sus grandes luchas un solitario, un pensador herido por la polémica, arrojado fuera de su camino por la extraña conspiración de sus enemigos y de su propio carácter, cansado de los hombres y quizá aburrido de sí mismo, cuando paseaba bajo los grandes árboles de la Chenne la tempestad de su pensamiento. ¡Volver á la naturaleza! Tal es el grito que hemos encontrado en una carta de M. Lamennais. Escribía á uno de sus amigos de Italia: «Vais á entrar en la primavera, mucho más temprano que en Francia, en el país en que habitáis; espero que causará en vuestra salud feliz influencia. Abandonaos á todo lo que de dulce tiene esa estación de renacimiento. Haceos flor como las flores. Perdemos por nuestra culpa una parte, y la más grande, de los beneficios del Creador. El nos rodea de sus dones, y nosotros

rehuimos el gozarlos por no sé qué triste obstinación en atormentarnos á nosotros mismos. En medio de la atmósfera de perfumes que El emana, nos creamos una artificial, compuesta de todos los vapores mortales, que se exhalan de nuestros cuidados, de nuestras inquietudes y de nuestros disgustos, fatal campana de buzo que nos aisla en el seno del inmenso Océano.» El pensamiento, el recuerdo vivo de la naturaleza está aquí. Pero en vano invita la naturaleza á este grande espíritu con sus secretas delicias. Su cólera le arrastra hacia el ruido, hacía el resplandor, hacia la confusión ardiente. Huye á la sombra tranquila de los bosques; pero jamás encuentra la paz apetecida.»

Como ha dicho en alguna parte el autor de *La Higiene del Alma*, existe un solo momento único para estas ecuaciones de las almas heridas. Pasado este momento, perdida la ocasión, es ya demasiado tarde.

No insistiremos sobre detalles que parecerían secundarios después de tan elevados puntos de vista de nuestro autor sobre la cultura intelectual y moral, sobre la *geórgica* del alma. Recordaremos solamente la insistencia con que nos recomienda no destruir en nosotros las pasiones, sino solamente mantenerlas en equilibrio y dominarlas. Guardémonos bien de destruirlas; ellas son los gérmenes vivos de la vida y de la salud. Sentaremos, por último, *la ley de oscilación*, á la que Mr. Fenchtersleben concede grandísima importancia, y que nos aconseja establecer en nosotros el equilibrio necesario entre todos los movimienios y los sentimientos contrarios, el trabajo y el reposo, la alegría y el dolor, *la razón austera y una dulce locura*. Del mismo modo que sabe el pintor oponer y combinar sus colores, el discreto debe realizar en su alma la armonía de los contrastes. El discreto es un gran artista; su obra de arte es su alma.

Tal es este libro lleno de ciencia y de gracia, al que hemos dedicado este estudio, aunque sin atenernos al orden en que el autor ha distribuido el asunto, y moviendonos en completa libertad al través de sus pensamientos esparcidos. La obra se contiene en un volumen muy pequeño, pero es grande su importancia. Se percibe al leerlo un perfume penetrante de alta moral que se desprende de cada página y de cada línea. La fe en la espiritualidad es la inspiración misma y la unidad viviente de este libro. Esta confianza en la autoridad del espíritu, esta enérgica afirmación de los maravillosos efectos que la inteligencia puede sacar del organismo, esclarecido y transformado por ella, la idea misma de esta ciencia y los fecundos desarrollos que el autor nos da de su principio, todo ello, ¿no es una demostración implícita más persuasiva que todos los argumentos de escuela? Mas lo que constituye la originalidad de tan precioso libro es la abundancia de impresiones morales que deposita en el alma de los lectores. No sé de ningún otro moralista contemporáneo que más vivamente nos excite á las nobles y grandes obligaciones de

la existencia, á la tarea de vivir, al rudo trabajo de ser hombre; quien nos recomiende por medio de razones más convincentes, más humanas, la actividad generosa del cuerpo y del espíritu, la consagración, el ejercicio asiduo del pensamiento y de la libertad, la fe en sí mismo, el amor de los otros; quien mejor haya hecho brotar ese gran deber, ser verdadero en su conciencia y en su vida, al mismo tiempo que esa felicidad de sentirse útil para los demás; quien, en fin, nos invite á más largo y saludable desarrollo de todas nuestras fuerzas intelectuales y morales. En el alma del médico alemán existe la elevación moral y la ternura del genio de un Chaning. No se vaya á creer sobre la fe de su profesión y del título de su libro que la moral esté subordinada á la higiene, de la cual en ese caso no sería aquélla más que un procedimiento práctico. Esta suposición sería entender mal la significación de este libro y el sentimiento de su autor. La enseñanza que de él se desprende es que la salud del cuerpo sólo tiene importancia como signo y síntoma de la salud del alma, que la armonía de las funciones no debe interesarnos sino en cuanto revela la armonía de los sentimientos y de las ideas. *La Higiene moral*, tal como el citado médico la concibe, es un gran arte, el arte de embellecer la vida, de ennoblecerla más que el de prolongarla. Desde este punto de vista, ¿cuantas objeciones serían posibles? No existe para vivir largo tiempo mejor remedio que la perversa receta del egoísmo que suprime los afectos, esa prudente economía de la pasión, esa aplicación incesante á reglamentar la sensibilidad y á calcular las dosis de la vida. Ilustres egoístas, Cornoso, Fontenelle y tantos otros son buenos ejemplos de la longevidad adquirida á este precio. Este código no es el de nuestro autor. Pero aun cuando los sabios preceptos de Mr. Feuchterstleben no nos diesen la seguridad de prolongar un sólo día nuestra existencia, ¿qué importaría? Se siente al leer el libro una casi sonrisa socrática que excitan las promesas del autor, y el cual puede consolarse fácilmente y decirnos: « No añado una hora á vuestra vida; pero si he logrado inspiraros un buen sentimiento, ¿de qué os quejáis?

E. Caro.

MADAMA DE SOUZA

(CONTINUACIÓN)

Si el viaje á Inglaterra, el cielo y el verdor de este país derramaron un tinte lechoso y vaporoso sobre esa novela de *Carlos y María*, en la de *Eugenia y Matilde* (que no apareció hasta 1811) encuéntranse reflejos no menos notables de la naturaleza del Norte, de las costas de Holanda y las radas del Báltico, donde por tanto tiempo se prolongó el destierro de madama Flahaut. «El verdor en los climas del Norte tiene un tinte particular, cuyo colorido igual y suave produce poco á poco descanso y tranquilidad... Es un aspecto que, por no producir ninguna sorpresa, deja el alma en la misma situación; estado que tiene sus encantos, y quizá mayores cuando se es desgraciado. Sentadas en el campo las dos hermanas, entregábanse á largas meditaciones, se perdían en vagos pensamientos, y sin haberse distraído, regresaban menos agitadas.» Y un poco más lejos: «El Sr. de Revel, con la mira de distraer á su familia, gustaba de hacerla admirar los ricos pastos del Holstein, los magníficos árboles de las costas del Báltico, ese mar cuyas pálidas aguas no difieren de las de los numerosos lagos que embellecen el país, y las praderas siempre verdes que se confunden con las olas. Estaban absortas con esa fisonomía extraña que cada cual encuentra que tiene la naturaleza en los climas distantes de aquel donde nació. La risueña perspectiva del lago de Ploen hacíales en cierto modo respirar más á sus anchas. No poseyendo nada suyo, aprendieron, como los pobres, á encontrar su esparcimiento en un paseo, su recompensa en un día espléndido; en una palabra, aprendieron á gozar de los bienes á todos concedidos.» Por lo común, madama de Souza se detiene poco en describir la naturaleza; si aquí lo hace con más complacencia, es porque con ello se mezcla un recuerdo profundo y consolador. La risueña Adela de Sénange, conocedora tan sólo de las calles de árboles de Neuilly y los álamos blancos de su isla, conviértese casi, á orillas de este mar Báltico, en hermana de la soñadora Valeria.

En efecto, en el orden de las concepciones novelescas que han llegado á alcanzar una realidad viva, Adela de Sénange es hermana de Valeria, como lo es también de Virginia, de la señorita de Clermont y de la princesa de Cléveris; como Eugenio de Rothelin es un noble hermano de Adolfo, de Eduardo, del Loproso, de ese caballero de Grieux tan frágil y tan perdonado; dejo aparte el gran René, en su soledad y con su predominio. ¡Feliz quien poderoso por sí mismo ó por su medio ambiente, y gracias al ideal ó á los recuerdos, dé á luz un ser digno compañero de los que he mencionado, añada un hermano ó una hermana inesperados á esta familia, aún menos admirada que querida; no morirá por completo!

Eugenio de Rothelin, publicado en 1808, parece á algunos buenos jueces la obra más exquisita de madama de Souza y superior hasta á la misma *Adela de Sénange*. Si hubiera que decidirse y elegir entre producciones casi igualmente encantadoras, nos veríamos en un verdadero apuro; porque si *Eugenio de Rothelim* nos representa el talento de madama de Souza en su más ingeniosa perfección, *Adela* nos lo hace ver en su brote más natural, más próxima á su fuente, y, por decirlo así, más manantial. Sin embargo, como arte perfecto, como poder de componer, de crear observando, de inventar y de pintar, *Eugenio* es una obra más grande. Aplicando aquí lo que tuve ocasión de decir en otra parte acerca del autor de *Indiana* y de *Valentina*, toda alma un poco delicada y sensible que se atreviese á escribir sin afeites tiene dentro de sí materia para una buena novela. Con una situación fundamental (la nuestra), situación que se disfraza y altera ligeramente en lo accesorio, hay medio para pintar con interés al modo de memorias confidenciales é interesar á los demás en nuestra propia emoción. Lo difícil es repetir cuando se han dicho ya esas frases tan queridas, cuando bajo una cubierta más ó menos traidora se ha exhalado ese secreto que perfuma al ocultarse. En *Adela de Sénange* la vida se divide en dos épocas: un convento, donde fué educada en la dicha durante años; y un matrimonio, feliz todavía, pero desigual por las edades. En *Eugenio de Rothelin*, el autor ya no tiene esos datos semipersonales y los más cercanos á su corazón; ya no se trata de una matutina y adolescente pintura, donde surgen de primeras y se fijan vivamente en el lienzo muchos de los rasgos de que se tiene plenitud. Aquí hay unos contornos más firmes y concluidos, sobre un asunto más impersonal; la observación del mundo ocupa allí más espacio, sin que falte el enternecimiento; el afecto y la ironía se contrapesan con medias tintas sabiamente acomodadas. La pasión ingenua, coqueta á veces, sin cesar atractiva, de Atenaida y de Eugenio, se destaca sobre un fondo inquietante de misterio; hasta cuando se expande á lo largo de esas terrazas del jardín ó en la galería acristalada en una mañana de sol, se teme al señor de Rieux ausente en cual-

quiera parte, se entrevé esa figura melancólica y severa del padre de Eugenio; y si se entra en el salón, aquella ternura de los dos amantes va á formar como una guirnalda insegura en torno del sillón amable y temible á la vez de la anciana Mariscala, que bromea y sonríe y propone cuestiones acerca de la felicidad, con un La Bruyère abierto á su lado.

José María Chenier ha escrito acerca de madama de Souza, con la elegante precisión que le caracteriza, algunas líneas de elogio aplicables en particular á *Eugenio:* «Es verdad que esas lindas novelas no presentan el desarrollo de las grandes pasiones; no hay que buscar en ellas el profundo estudio de los antojos de la especie humana. Pero por lo menos, se está seguro de encontrar por todas partes observaciones muy agudas acerca de la sociedad, cuadros verdaderos y bien concluidos, un estilo adornado con comedimiento, la corrección de un buen libro y la facilidad de una conversación florida... el ingenio que no dice nada vulgar, y el gusto que no dice nada de más.» Pero con independencia de estas alabanzas generales, que corresponden á una clase entera de maestros, preciso es decir de *Eugenio de Rothelin* que pinta un aspecto del siglo, aspecto brillante, casto y poético que no estábamos habituados á reconocer en él. Bajo este aspecto, la linda novela cesa de ser una obra individual y aislada, tiene una significación superior, ó, por lo menos, más extensa.

Mad. de Souza es un ingenio, un talento que se enlaza por completo con el siglo XVIII. Ha visto á las mil maravillas y ha amado la sociedad aquella, su tono, sus hábitos, su educación y su vida ordenadamente concertada. No se busque cuál fué la influencia de Juan-Jacobo ó de cualquier otro escritor célebre sobre ella, como pudiera hacerse acerca de Mad. de Staël ó de Krüdner, Cottin ó de Montolieu; madama de Flahaut era más del siglo XVIII que todo eso, menos vivamente arrebatada por el entusiasmo hacia regiones desconocidas. Instruyóse por medio de la sociedad, con el mundo; se ejercitó en ver y sentir dentro de un horizonte circunscrito. A mitad del reinado de Luis XIV, y, en particular, bajo la influencia de Mad. de Maintenón, se había formado una escuela de urbanidad, de circunspección y de prudencia decente hasta en las pasiones juveniles, de autoridad amable y mantenida sin desfallecimientos en la vejez. Eran piadosos, mundanos, ligeros; mas todo esto regulado y mitigado por las conveniencias. Puede seguirse esta serie ilustre desde Mad. Maintenón, Mad. de Lambert, Mad. Du Deffaud (después de que se reformó), madama de Caylus, hasta aquellas damiselas que representaban *Esther* en Saint-Cyr, hasta la mariscala de Beauvan (que parece haber sido el original de la mariscala de Estonteville en *Eugenio de Rothelin*, hasta esa marquesa de Créquy que murió centenaria, según dicen, y cuyas Memorias mucho me temo que las eche á perder un poco un

hombre de talento. Mad. de Flahaut, que era joven cuando expiró el siglo, guardó esta misma porción de herencia, modificándola con gusto y acomodándola á la nueva corte en que tenía que vivir.

Otros han pintado el siglo XVIII con aspectos burlones ó tempestuosos, en sus desigualdades ó en sus desórdenes. Voltaire lo ha denigrado; Juan-Jacobo lo ha exaltado y deprimido alternativamente; Diderot, en su *Correspondencia*, nos hace amarlo como una mezcla galante y brillante; Crébillon, hijo, nos desarrolla sus conversaciones alambicadas y sus licencias. El autor de *Eugenio de Rothelin* nos ha pintado ese siglo en sí mismo, con su flor exquisita, con su brillo ideal y armonioso; *Eugenio de Rothelin* es como la novela caballeresca del siglo XVIII, lo que *Tristán el Leonés* ó cualquiera otra novela del siglo XIII era á la caballería de entonces, lo que *El Juanito de Saintré ó Galaor* eran al siglo XV, es decir, algo poético y lisonjeado, pero bastante parecido. Eugenio es el modelo al cual debía aspirar á semejarse todo hombre bien nacido de ese tiempo, es un Grandisson sin insipidez y sin aburrimiento; aún no ha llegado á ser ese retrato un poco solemne que la mariscala le ha señalado de antemano para cuando llegue á la edad de veinticinco años, retrato por el estilo de los trazados por la señorita de Montpensier. Eugenio, en medio de esa sociedad de conveniencias y miramientos, tiene sus celos, sus alegrías, sus locuras de un instante. Un día estuvo á punto, en un arranque de despecho en el juego, de comprometer á su amiga Atenaida. «¡Cómo es eso, afligirme!—le dijo ésta al siguiente día.—Y, lo que es peor aún, ¡exponerse á perder bajo palabra! ¡Tener Eugenio una sinrazón! ¡No lo hubiera creído!» Así, pues, Eugenio no ha obrado bien una vez, Atenaida ha cometido imprudencias; pero no por eso dejan de ser más amados. La mariscala representa en la acción toda la parte moralista, y usa de ella con una oportunidad que nunca deja de alcanzar el fin propuesto; Atenaida y Eugenio son el capricho y la poesía, á quienes les cuesta algún trabajo dejarse regular, pero que acaban por obedecer, al mismo tiempo que saben enternecer á su señor. Cuando en la última escena, *por una de esas alamedas rectas donde se ve tan de lejos*, avanza con lentitud la señora de Estouteville, sostenida en el brazo de Eugenio, en esta imagen siento resumirse todo para mí. Si jamás autor alguno ha reunido en alguna parte la observación del moralista con la animación del pintor, elevando la novela hasta el poema, en *Eugenio de Rothelin* es donde se ha hecho. ¿Qué importa que, al pintar su amable protagonista, el autor haya creído acaso proponer á las generaciones presentes, que no están en ello, un ejemplo digno de seguirse? El hecho es que supo sacar de un pasado reciente un tipo aún no realizado ó previsto, un tipo que acaba y engalana el recuerdo de aquél. Mad. de Houdetot saludó con un cuarteto la aparición de *Eugenio*.

Después de *Eugenio de Rothelin*, tenemos todavía que hablar de dos novelas de Mad. de Souza, más extensas que sus dos anteriores obras maestras, y que, á su vez, también son dos obras excelentes: *Eugenia y Matilde* y *La Condesa de Fargy*. El convento representa un papel importantísimo en estas dos composiciones, según hemos visto ya en *Adela de Sénange*. En efecto, en la vida y en el pensamiento de Mad. de Souza hay alguna cosa más importante que haber leído á Juan-Jacobo ó á La Bruyère, que haber visto la Revolución francesa, que haber emigrado y sufrido, que haber visto las pompas del Imperio; y es, haber sido educada en un convento. Me atrevería á conjeturar que esta circunstancia ha continuado siendo el principal asunto de su vida y el fondo más inalterable de sus ensueños.

La moral y la religión de sus libros son exactas y puras; sin embargo, no mira el claustro por el prisma de los ardores y del misticismo; ve poco en él la contrita expiación de las Eloísas y las La Vallière. El autor de *Lelia*, que se educó también en un convento y recibió una profundísima impresión de él, ha reproducido con muy otro acento su tranquilidad ferviente en esas moradas. Pero he dicho que el autor de *La Condesa de Fargy*, de *Eugenia y Matilde*, pertenece por sus gustos en realidad al siglo XVIII. El convento para ella es algo alegre, simpático, sentimental, como Saint-Cyr; es una jaula de palomas amigas, son de ordinario las curiosidades y las bachillerías de una voltaria inocencia. «La parte del jardín denominada pomposamente *el bosque*, no era más que un macizo de árboles puestos delante de una casita pequeñísima separada por completo del convento, aunque dentro del recinto de sus tapias; pero es costumbre de las religiosas complacerse en dar grandes nombres á lo poco que poseen; acostumbradas á las privaciones, las menores cosas les parecen considerables.» El convento de Blanca, el de Eugenia, son así. Sin embargo, en el de Eugenia, en los instantes de la dispersión de las comunidades por la Revolución, hay escenas elocuentes, y aquella descarnada priora, que se aprovecha con júbilo del retiro de Eugenia para gobernar la casa, aunque no sea más que por un día, es una figura de una observación profunda.

La Condesa de Fargy consta de dos partes entremezcladas, la de observación, obstáculo y experiencia, conducida por Mad. de Nançay y por su viejo amigo M. de Entragne, y la historia sentimental del marqués de Fargy y de su padre. Esta última me gusta menos; en general, aparte de *Eugenio de Rothelin* y *Adela de Sénange*, el desarrollo sentimental es menos nuevo en las novelas de Mad. de Souza que las observaciones morales y los picantes discreteos. Esos tipos de jóvenes melancólicos, como el marqués de Fargy, como el español Alfonso, como en *Eugenia* y *Matilde* el polaco Ladislao, caen voluntariamente en lo novelesco, al paso que el resto es vida real sorprendida en su más aguda verdad.

En las relaciones del viejo M. de Entragne y Mad. de Nançay, ha querido Mad. de Souza pintar esas amistades de otros tiempos, que duraban cincuenta años y persistían hasta la muerte. Como en seguida de salir una joven del convento la casaban por conveniencia, sucedía que bien pronto se dejaba sentir la necesidad del corazón; entonces formaba con lentitud un vínculo electivo, un lazo único y duradero; esto ocurría por lo menos allí donde reinaban las conveniencias y dentro de este ideal del siglo XVIII, que, preciso es decirlo, no era universalmente adoptado. El simpático M. de Entragne, siempre reñido por Mad. de Nançay, halagado siempre por Blanca y que se encuentra con que sirve á todos los planes de ésta sin pretenderlo jamás, es un personaje á quien se le quiere y á quien hemos conocido, aun cuando ya no se ve ninguno de su especie. También ha existido Mad. de Nançay, contradictora y buena, y á quien con un poco de habilidad se la llevaba sin sentir: Mad. de Nançay volvió á su casa, dispuesta á regañar á todo el mundo; no ignoraba que era un poco susceptible, porque en la vida ha tenido uno más de una cuestión consigo mismo, y si no nos conocemos perfectamente, por lo menos sospecha uno algo de sí propio.

Eugenia y Matilde, que ya hemos citado mucho, es la más larga y sostenida ente las obras del autor, dejando siempre aparte *Eugenio y Adela*. El autor ha representado por completo en ella el hogar de una familia noble durante los años de la Revolución. Eugenia, que se ha visto obligada á abandonar el convento y llega á ser como el ángel tutelar de los suyos, atrae constantemente y descansa las miradas con su dulce figura, su larga falda negra, sus cabellos velados con gasas, su gran cruz de abadesa, tan noblemente llevada. Hay allí entrevisto un sentimiento muy admirable, cuando habiendo ido al parque á respirar el aire fresco de una mañana de otoño, teniendo entre sus brazos al pequeño Víctor, hijo de su hermana, el cual, agarrado á su cuello, acerca su carita para evitar el frío, siente ella vagas ternuras maternales henchirle el corazón; y el conde Ladislao la encuentra en ese momento. Lo que Eugenia ha sentido oscuramente palpitar, no hay palabras con que pueda explicarse; sólo la melodía pudiera expresarlo.

En *Eugenia y Matilde* se ha expansionado Mad. de Souza personalmente más quizá que en ninguna otra parte. Nunca he leído sin emoción una página, que pido permiso para citar con objeto de que resalte. Es el grito del alma de muchas madres bajo el Imperio, grito que Mad. de Souza no ha podido por menos de exhalar, pensando en ella misma y en su hijo. Mad. de Revel, desgraciada en lo íntimo de su hogar, se pone á condolerse de las madres que no tienen más que hijas, porque tan luego como se casan éstas, sus intereses y hasta su nuevo apellido las separan de su familia. Por vez primera, desde el nacimiento de Matilde, deplo-

raba no haber tenido un hijo. Y Mad. de Souza, interrumpiendo el relato, exclama:

«¡Insensata! ¡Cuánto más graves hubieran sido entonces sus penas y cuánto más vivas sus inquietudes! ¡Pobres madres! Vuestros hijos en la infancia absorben todos vuestros pensamientos, abarcan todo vuestro porvenir; y cuando creéis obtener la recompensa de tantos años, viéndoles felices, se os escapan. Su activa juventud, sus locas pasiones les arrebatan y extravían. De pronto os acometen angustias desconocidas hasta entonces.

»¡Pobres madres! No hay uno solo de los movimientos de su corazón que no haga palpitar el vuestro. Niño ayer, ese hijo se ha hecho hombre; quiere ser libre, se cree su señor, pretende andar solo por el mundo... ¡Hasta que haya adquirido experiencia, vuestros ojos no conciliarán el sueño en tanto que no le hayáis oído volver á casa! Estaréis despiertas mucho tiempo antes que él; y los tiernos cuidados de una afección infatigable, no los mostréis jamás. ¡Con cuántos rodeos y hechizos tendréis que ocultar vuestra vigilancia á esa cabeza joven é independiente!

»En adelante, todo os agitará. ¡Buscad en la fisonomía del personaje empingorotado la prueba de si vuestro hijo ha comprometido su adelantamiento á su fortuna; mirad en el rostro de esas mujeres ligeras que van á sonreirle, mirad si un amor falaz ó desdichado le arrebata!

»¡Pobres madres! Ya no os pertenecéis á vosotras mismas. Siempre preocupadas, respondiendo con aire distraído, vuestros oídos alerta reciben algunas frases que se le escapan á vuestro hijo en la estancia vecina. Su voz se eleva... La conversación se acalora.... Quizá se ha creado un enemigo implacable, un amigo peligroso, un desafío á muerte. Este primer año (vosotras lo sabéis, pero él lo ignora) su felicidad y su vida pueden depender de cada minuto, de cada paso. ¡Pobres madres, pobres madres, no avancéis sino temblando!

»Parte para el ejército... ¡Dolor inexpresable! ¡Inquietud sin descanso ni sosiego, inquietud que se apodera del corazón y lo desgarra!... Sin embargo, si después de su primera campaña regresa del tumulto de los campamentos, ávido de gloria y satisfecho á la vez, á vuestra apacible morada; si aún es dulce y atento con vuestra antigua servidumbre, respetuoso y alegre con vuestros viejos amigos; si su mirada serena, su risa todavía infantil, su ternura llena de atenciones y de sumisión os dejan comprender que está á gusto á vuestro lado... ¡oh feliz, venturosa madre!»

Esto se imprimía en 1811. Dícese que Bonaparte leyó algo del libro y quedó descontento.

Nada diremos acerca de los demás escritos de Mad. de Souza, *La señorita de Tournon*, *La Duquesa de Guisa;* no porque estén faltos en manera alguna de gracia y delicadeza, sino porque en ellos la observación moral se compli-

ca con la cuestión histórica, la cual se coloca entre el lector y el libro y nos impide el efecto. *La Señorita de Tournon* es el desarrollo de una conmovedora aventura referida en las Memorias de Margarita de Valois. Sólo el autor de *Cinc-Mars* ha sabido en nuestros días conciliar (aunque imperfectamente todavía) la verdad de las pinturas de una época con la emoción de un sentimiento novelesco. Eran de gusto menos difícil en tiempo de *La Princesa de Cléveris*, aún lo eran menos en los tiempos en que apareció *La Señorita de Clermont:* no nos quejamos de ello. Si esta encantadora novela no se hubiese hecho (felizmente) no podría intentarse, hoy que hemos leído en la perversa greguería de la princesa palatina: «La señora duquesa tenía las tres hijas más hermosas del mundo. La llamada señorita de Clermont es muy bella, pero encuentro más amable á su hermana la princesa de Conti. La señora duquesa puede beber mucho sin perder la razón: sus hijas quieren imitarla, pero bien pronto se ponen borrachas y no saben gobernarse como su madre.» ¡Oh bienaventurada ignorancia de la historia, inocencia de los novelistas primitivos! ¿Dónde estás?

Los que han tenido el honor de conocer á Mad. de Souza encuentran en ella toda esa suprema conveniencia que tan bien ha pintado, nunca esas palabras inútiles soltadas al azar, como se estila demasiado en nuestros días; unos giros de expresión limpios y precisos, un encadenamiento de ideas ingenioso y sencillo, selección sin pretensiones, frases que se graban en uno sin querer, algo en fin de lo distintivo del siglo XVIII desde Fontenelle hasta el abate Morellet, pero con un sello de sentimiento peculiar de las mujeres. Moralista de los repliegues del corazón, cree poco en los grandes progresos de hoy; sería severa con muchos de nuestros ruidosos caprichos juveniles, si su amable indulgencia pudiese ser severa. Concíbese que el autor de *Eugenio de Rothelin* gusta poco de los tiempos de agitación y de disputas violentas. Un amigo que en 1814 le interrogaba acerca del estado real de Francia, juzgada de otro modo que por los periódicos, recibió esta contestación: Que el estado de Francia se parecía á un libro abierto por en medio, que los ultramontanos leían retrocediendo de derecha á izquierda para tratar de llegar al principio, que los liberales recorrían de izquierda á derecha apresurándose hacia el fin, pero que nadie leía en la página donde estaba. ¿Podría hablar la mariscala de Estonteville de otra manera acerca de nuestros tiempos? Habiéndosele atribuido por error, en una obra bastante reciente, un epígrafe de un estilo injurioso, Mad. de Souza escribió este modelo de rectificación, en que se reconoce todo su carácter: «El Sr. *** (Janin) ha sido inducido á error: esta frase fué atribuida á un literato; pero, por más que ha muerto mucho tiempo ha, no me permitiré nombrarlo. En cuanto á mí, jamás he escrito ni dicho una sentencia muy

injusta que comprende á todos los siglos y que tan lejos está de esas conveniencias corteses que una mujer debe siempre respetar.» El escrupuloso aticismo de Mad. de Souza se asusta ante todo de que se haya podido suponer en ella una descortesía de lenguaje.

C.-A. Sainte-Beuve.

Á GONZALO BULNES

I

Yo era una niña pobre, pero honesta,
y, llena de ilusiones y de afanes,
iba de fiesta en fiesta,
sin llamar la atención de los galanes.

Era joven, sencilla, ruborosa,
no fea, y educada;
mas nadie me atendía,
y aun hubo baile en que pasé sentada.

¡Oh, triste suerte mía!
Esperando, esperando,
el tiempo iba pasando,
y yo más triste y mustia cada día!

Al fin di en el secreto;
eché al diablo el pudor, perdí el respeto,
me volví una atrevida,
me volví una coqueta, una zafada...
y he sido desde entonces atendida,
y he sido desde entonces celebrada.

II

Yo era un joven de bien, pundonoroso,
que amaba la verdad y la justicia,
en el estudio hallaba mi reposo,
y en hacer bien hallaba mi delicia.
Graduéme al fin de médico, y en vela
pasé en vano esperando la clientela.
¡Oh, triste suerte mía!
¡Esperando, esperando,
el tiempo iba pasando,
y yo de hambre y de pena me moría!
Y por más que esperaba
nadie á mí se confiaba,
nadie hasta mí venía. ¡Oh pena fuerte!
Siempre esquiva me fué la buena suerte!

Mas llegó á tal mi aprieto,
que á buscarla salí, y hallé el secreto:
Me volví un Dulcamara,
cerré libros é inútiles gacetas,
cambié por panaceas mis recetas,
toqué á mi puerta el bombo, y tuve cara
para llenar de curas prodigiosas
estupendos avisos...
y los clientes llenaron mis gavetas,
y tuve coche y casa de tres pisos.

¡Yo era probo y vivía despreciado,
yo era sabio y pasé por ignorante,
mas cuando fuí un farsante,
me sentí confortado,
enriquecido y como un rey tratado!

III

¡Oh ciega sociedad, y así, así quieres
formar santas mujeres
y varones virtuosos y de ciencia!
Si con tales ejemplos
tú sofocas la luz de la conciencia,
¿de qué sirven tus leyes y tus templos?

Eduardo de la Barra.

EL AMOR MORBOSO

En qué consiste el amor morboso.—Diferencia entre el amor ordinario y las aberraciones del amor.—Entre el amor normal y el amor morboso hay una diferencia, no de cantidad, sino de naturaleza.—El amor normal persigue dos fines; condiciones necesarias para que esos dos fines se cumplan.—El ideal de un amor normal determinado se parece al de cualquier otro amor normal; el amor morboso es provocado por diversos objetos.—En el amor morboso hay división de la individualidad, y uno de los fragmentos es instrumento pasivo del otro; hay *autosugestión*.—El amor normal exalta las cualidades del amante; no impulsa al crimen más que al criminal.—Responsabilidad de los autores de crímenes pasionales; una pasión patológica nunca produce un crimen pasional.—El amor morboso es impotente para fecundizar el arte.

El amor morboso! Pero ¿hay algún amor, quizá se diga, que no constituya una enfermedad? ¿No es siempre una fiebre que modifica los latidos de las arterias, acorta ó acelera la respiración, turba el espíritu? El amor nos encubre los defectos de la persona preferida, nos hace ver en ella perfecciones imaginarias, y por esa doble alucinación negativa y positiva, por ese delirio complicado de los sentidos y del cerebro, nos arrastra á la desesperación, á la ruina, al crimen, á la muerte; nos arrastra en ocasiones á esos males, si es que siempre no nos precipita en ellos. Por muy regular que sea, suponedlo joven, hermoso, correspondido, desarrollado bajo la influencia del lujo y del arte; aun así, después de todo, no será más que un voraz apetito de humana carne viva, una especie de antropofagia que va tomando incremento con la civilización, y que, en sus accesos, nunca hace más que oponer dificultades á todo trabajo, apagar todo deseo de saber, extinguir toda pasión noble, alimentar un monstruoso egoísmo de dos. El amante como el enfermo, es por necesidad perezoso, displicente, inactivo, indiferente para todo lo que no es su mal: y ¿no es el peor de los enfermos, aquel que á nada teme tanto como á curarse?

Pero á los que hagan esa especiosa y poco seria objeción al epígrafe de este artículo, recomiendo la lectura de la última obra de M. Laurent, que lleva igual título (1).

---

(1) *L'Amour morbide*, por el Dr. Emilio Laurent, antiguo interno en la Enfermería central de las prisiones de París. París, 1891. Pequeño volumen en que aparecen unidas la solidez de la ciencia y la amenidad del estilo.

Allí verán, si antes no la conocían, la distancia que separa á lo ordinario del amor de sus extraordinarias aberraciones. Claro es que entre esas anomalías amorosas, no coloco la pasión exagerada de un estudiante enloquecido por una prostituta de bajas cualidades, con la que pretende casarse, ni tampoco los varios excesos de prodigalidad, de credulidad y de docilidad en que suelen caer los amantes demasiado entusiastas. Pero cuando oficiales superiores de nuestra armada se dejan seducir por una vieja mediadora de las jóvenes galantes; cuando hombres de distinguida posición dan motivo para que la policía los sorprenda en actitud de cortar el cabello de las mujeres en una aglomeración de gentes porque hallan su mayor deleite en el contacto con las trenzas femeninas; cuando otros no conocen placer superior al que experimentan besando el pañuelo ó las botinas de algunas mujeres, ¿no surge la idea de que no es posible comparar esas extravagancias ni aun siquiera con las demostraciones menos razonables del amor de Leandro por Hero (1) ó de Romeo por Julieta? No sé por qué M. Laurent no ha hecho figurar en su lista de extravagantes á los pederastas, y ni siquiera, en su rápida reseña de las enfermedades del amor, ha mencionado el amor griego. ¿Ha procedido intencionadamente? ¿Se impresionaría, tal vez, al considerar la rápida difusión, el renacimiento frecuente y la notable extensión con que en distintas épocas y en las antiguas sociedades se muestran varias maneras de sofismo y del otro cambio sexual? ¿Deduciría de esa observación el principio de que muy bien pudiera haber en el fondo de esas cosas llamadas opuestas á la naturaleza, algo que sea, por lo contrario, muy natural y que solamente la moral pueda extinguir del corazón civilizado; ó juzgaría que esos casos pertenecen á la *Teratología* más bien que á la *Patología* mental y son monstruosidades y no enfermedades? Porque una monstruosidad no deja de serlo aunque haya logrado extenderse mucho, de igual modo que la cojera ó la joroba determinarán siempre desviaciones del tipo humano aun en aquel país cuyos habitantes fueran en su mayoría cojos ó corcovados.

Además, la habitual indiferencia del pederasta por las mujeres ó de la lesbiana por los hombres, denota que seguramente existe atrofia enfermiza de un sentido indispensable y quizá algunas otras circunstancias todas morbosas: se ha podido observar que los frenéticos enamorados de las estatuas colocadas en los jardines públicos y también los adoradores de ciertas bellezas ó de ciertas particularidades femeninas separadas del conjunto, son indiferentes con las mujeres. Esto aparte, necesario es que no se consideren como enfermedades todas las audacias temerarias y á veces grotescas á que la irritabilidad de los sentidos conduce á ciertos hombres, especialmente á aquellos que se entregan á maniobras atrevidas

(1) Hero, sacerdotisa de Venus, amada ciegamente por Leandro, joven griego de Abydos.—(N. DEL T.)

con las mujeres agradables en las reuniones tumultuosas. Durante una audiencia á la que yo asistía y que había atraído al local (era un día festivo y de lluvia) una concurrencia numerosa de aficionados, una muchacha campesina se volvió de repente apostrofando á gritos á un joven de unos veinte años que á toda prisa ponía pies en polvorosa; luego supimos que aquel individuo había intentado con ella *a tergo* y en aquel instante, tal vez con una media complicidad de la interesada, un acto muy extraño en tal ocasión y en tal momento: ¿estaba loco? A la manera que el héroe del *Inmortal* que con una joven viuda, profana de modo semejante la tumba del marido de ésta; había cogido la ocasión por los cabellos donde se le presentó.

Mientras tanto, ¿cuál es la diferencia precisa que hay entre el amor normal y el amor morboso? ¿Existe entre ellas solamente una diferencia de grados? No. He comparado el amor con el apetito; pero también hay hambre mórbida, y es aquella que, por ejemplo, impulsa á los histéricos y á los enajenados á comer papel empapado en agua de Colonia ó á engullir inmundicias; tal hambre, aunque sea muy débil, es muy dañina, en tanto que el hambre de un náufrago, por muy intensa que sea y aunque haya obligado al que la sufre á devorar carne cruda, nada tiene que no sea conforme con las necesidades del organismo y con los fines de la especie. También hay un odio mórbido, como el que se manifiesta por la aversión injustificada que inspiramos á ciertos *entes originales* que no nos conocen, pero que se ocupan en detestarnos á causa de la forma de nuestra nariz ó del timbre de nuestra voz ó de nuestros modales. Por muy débil que sea esta antipatía, denota, sin duda, un defecto mental.

De igual modo, entre lo normal y lo morboso en amor hay una diferencia que no es de cantidad sino de naturaleza.

¿Cuál es esa diferencia?—preguntaré una vez más. Según nuestro autor, el carácter distintivo del amor normal es la relación armónica de una necesidad y de un sentimiento, de una impulsión física y de una atracción moral: la ruptura de equilibrio es provocada unas veces por el amor platónico y la *erotomanía* que exaltan el sentimiento y comprimen la necesidad, y otras veces por el amor exclusivamente animal. El capítulo consagrado á este asunto es interesante, pero entiendo que no aclara suficientemente la cuestión. Esta es compleja. De hecho, la mayor parte de los asesinos urbanos y de sus mancebas se aman armónicamente, en el sentido que nuestro autor da á esa palabra: el objeto que les atrae responde á la vez y con toda precisión, por su lascivia y su robustez de formas, á sus necesidades de orgía, y por su perversidad y sus procaces vicios, á sus sentimientos inmorales: el concierto es perfecto en la música amorosa de esos ruines corazones; pero ¿se deduce de lo expuesto que sus pasiones sean normales, y que la extraordinaria aceptación que ciertas mujeres media-

namente lindas, aunque viciosas y precisamente porque son viciosas, obtienen cerca de algunos individuos desequilibrados ó degenerados, inferiores ó superiores, no se deba á una causa patológica?

Creo que es preciso distinguir aquí las condiciones fisiológicas y psicológicas y también las morales y sociales del amor correcto. Igualmente las enfermedades del amor son de dos clases: físicas las unas, y las otras sociales. Estas últimas aparecen en todas las sociedades decadentes, en las cuales todo lo que hay de antisocial en el alma de una persona, es lo que influye secretamente en las decisiones de ella, y los excéntricos se disputan la mano de las vitrioleras y de las envenenadoras absueltas. El amor verdaderamente normal, por desgracia muy raro, debo confesarlo, á lo menos en el estado de *normalidad* perfecta, es aquel que responde, no solamente á los fines vitales de la generación y de la pureza de las razas, sino conjuntamente á los fines sociales de engrandecimiento de la patria, de la conservación de la familia y de la pureza de las costumbres. Ahora bien; ¿bajo qué condición se conciertan esas dos series de fines? Se conciertan, primero, cuando el objeto amado es no un simple fragmento de una persona, su ojo, su mano, su oreja, ó bien toda su forma corporal con abstracción de su ser moral, sino toda una persona en su doble aspecto psíquico y físico, y segundo, cuando en esa persona se aman, no sus facultades antisociales ó sus funciones antifísicas, sino las formas y las condiciones propias para perpetuar y enriquecer la doble herencia del pasado y para aumentar la prosperidad de la familia y de la nación.

Sin duda, aun en el caso más normal, sucede con frecuencia que el amor se fija preferentemente, en tal ó cual detalle de la persona querida, ó, lo que es todavía más usual, gira en una especie de gravitación amorosa. La constancia en amor no es, después de todo, más que un viaje alrededor de la amiga, un viaje de exploración y de descubrimientos siempre nuevos; en suma: una inconstancia circular que vuelve sobre sí misma hasta el agotamiento de la fuerza. Es un hecho que el amante más fiel no ama dos días seguidos á la misma mujer de la misma manera. Pero en estos mismos cambios variables y continuos, se revela el atractivo central y total que las anima, y, por tanto, el equilibrio, aunque sea mórbido, no es menos real. Perfectamente sé que rara vez entra el amor en el corazón, mediante el deslumbramiento producido por un conjunto de perfecciones de las que ninguna sobresale; de ordinario nos tomamos un cierto tiempo, después de haber visto muchas veces á una mujer de la cual hemos de llegar un día á estar locamente enamorados, para borrar la impresión que nos producen las imperfecciones que nos disgustan en ella y hacer resaltar uno de sus detalles que nos encanta, nos seduce, nos persigue; ya es su oreja, por ejemplo, ya es la línea curva de sus cejas, ó bien la ondulación de su labio supe-

rior ó una ligera singularidad de su ingenio. «Ese rasgo de belleza nos fija, nos determina»; dice excelentemente La Bruyère. Pero no vayamos á asimilar ese hecho habitual á los fenómenos excepcionales presentados por los fetichistas de la oreja, de la nariz, de la mano ó del libertinaje. En efecto; ese «rasgo de belleza» á que nos asimos, no es más que el hilo por el cual nos ponemos á devanar inmediatamente una madeja completa de encantos imaginarios, ocultos, que se revelan á nuestros ojos; y bien pronto la persona, transfigurada, es digna de amor desde los pies á la cabeza. Ilusión, es verdad, pero ilusión tan necesaria como engañadora, más fecunda que todas las verdades; y si quiere llamársele delirio y locura, sea enhorabuena, pero á condición de que también se denominen delirio y locura las mentidas ilusiones no más profundas y mucho menos dulces que sirven de bases fundamentales á las sociedades.

Debe notarse, además, que en los juicios acerca de las mujeres inspiradas por el amor que llamo normal, ó más bien por la aptitud para sentir su amor, todos coincidimos, á lo menos en los límites de una misma condición social y de un mismo país. Aun siendo innumerables las combinaciones de líneas y de matices en que se muestra el genio interior de cada agrupación humana, hay un pequeño número que da el ideal de belleza latente en el corazón de los hombres; y la prueba de que este ideal no es de pura fantasía y de que tiene una razón de ser general y no simplemente individual, está en que dentro de cada grupo social las mismas mujeres son las que revuelven y vuelven todas las cabezas. En eso, pues, se parecen mucho los individuos de una misma clase social, sin duda por efecto de herencia combinada con la educación y por sugestión del medio. Por lo contrario, el amor que tiene carácter mórbido se origina por los más diversos objetos, hasta el punto de que lo excitante para un tal excéntrico deja totalmente insensibles á todos los otros; hay tantas extravagancias como extravagantes; lo que cada uno de ellos considera como una belleza, es mirado por sus colegas como una deformidad.

Otra observación. Por el hecho mismo de que el amor normal en su complejidad comprensiva abraza la plenitud de su objeto, se refiere al amante todo entero, alma y cuerpo, aspiraciones y apetitos. No sucede así en lo que atañe al amor morboso. Tomaré de M. Laurent, que á su vez lo ha tomado de los doctores Charcot y Magnan, el ejemplo de aquel perturbado que desde su infancia se vió de cuando en cuando acometido por la pasión erótica de los *clavos de zapato* de mujer, y que «á los diez y ocho años sentíase agitado por un estremecimiento voluptuoso, cuando, al pasar por delante de las tiendas de zapateros, veía poner clavos á un calzado de mujer».

A menudo «libre de la excitación *de sus ideas* como presentes á su imaginación; trata de combatirlas, pero ellas

le hostigan como furias». La excitación cerebral llega algunas veces á producirle alucinaciones: «*especialmente en los instantes en que lucha contra sus pensamientos y contra los arrebatos que les acompañan, le parece que un segundo ser se le yuxtapone* y le hace comprender por medio de palabras que le retumban en el cerebro, que toda resistencia es inútil... Cuando sucumbe y desesperado toma la resolución enérgica de no ceder más, cree oir siempre dentro de su cerebro como una voz que le marca el día en que cederá de nuevo. Cuando ese día se aproxima, el infeliz redobla las precauciones para evitar todo lo que pueda contribuir á su caída; pone en el asunto su amor propio; *es como un duelo entre él mismo, y el ser extraño*; pero llega el día, una sensación de languidez se apodera de toda su persona, su inteligencia se obscurece, y no puede evitarse la crisis...» Hay aquí una autosugestión tan evidente como irresistible; y lo mismo que en todos los casos de autosugestión, puede decirse que la persona se rompe en dos, y que uno de sus fragmentos se convierte en instrumento pasivo é irresponsable del otro. Irresponsable ¿por qué? Porque el autómata sugerido no es de ningún modo la persona habitual y verdadera, sino otra distinta; y digo que es otra, precisamente porque de ella no muestra más que restos. Es preciso, pues, compadecer y no censurar á ese desgraciado cuando se rinde; y si llegara á cometer un delito para la satisfacción de su insensato deseo, necesario sería absolverlo.

Pero nunca, lo repito, en las más violentas exaltaciones del amor normal se efectúa esa división, esa partición de la individualidad: ese amor despliega hasta en su más replegado fondo, toda la persona, sin desnaturalizarla; muestra, como abultado, todo aquello de que el hombre es capaz, todo aquello de que puede ser juzgado culpable con razón sobrada, porque así es como lo quiere, en el pleno desenvolvimiento de su voluntad y de su deseo; no lanza al homicidio más que al hombre cruel, y no lanza al robo más que al trapacero. De ahí resulta esta importante consecuencia: que los crímenes *pasionales* —que también pudieran decirse *que apasionan* por la acogida que el público les dispensa—implican de ordinario la responsabilidad moral de sus autores. Efectivamente, siempre los provoca un amor de la especie normal, nunca una pasión patológica; y el público no se interesa por los verdaderos enfermos, por los del amor lo mismo que por los otros: asimismo los artistas y los escritores que procuran halagar los gustos del público, se guardan muy bien de escoger sus modelos entre los extravagantes: ninguna aberración erótica ha dado motivo para una novela, un cuadro ó una obra teatral (1) ni siquiera para una comedia bufa. ¿Podemos imaginarnos una comedia basada en el amor inspirado por una botita virgi-

(1) No he olvidado las poesías consagradas al *amor griego;* pero éste era en su tiempo una aberración generalizada. La excepción confirma la regla.

nal, poseída, perdida, vuelta á encontrar, etc., ó en la pasión erótica de un anciano por una muchacha de siete á ocho años? A primera vista es posible sorprenderse de que los aficionados á lo nuevo hayan dejado en olvido ese recurso de renovación estética; pero, á decir verdad, ese recurso es menos fecundo cuanto menos lo parece, y es de creer que si por acaso se pretendiera utilizar, prontamente sería agotado. El amor normal ofrece muchas variaciones, merced á su unidad misma, aun sin contar con la pequeña partícula de delirio que muchas veces se le mezcla no sin gracia del resto.

G. TARDE.

EL IDEAL EN EL ARTE

SEÑORES:

Parece que el asunto de que os voy á hablar no puede ser tratado más que por la poesía. Cuando se habla del ideal, es con el corazón, se piensa en el bello y vago sueño mediante el cual se expresa el sentimiento íntimo; no se habla más que en voz baja con cierta especie de exaltación contenida: cuando de él se habla en voz alta, es en verso y en una cantata, no se le toca más que con la punta de un dedo ó con las manos juntas como cuando se trata de la felicidad, del cielo y del amor. Pero nosotros, según nuestra costumbre, le estudiaremos como naturalistas, metódicamente, por medio del análisis y trataremos de llegar, no á una oda, sino á una ley.

Es preciso, pues, comprender esta palabra, *el ideal*, la explicación gramatical no es difícil. Recordemos la definición de obra de arte que hemos hallado al principio de este curso (1). Dijimos que la obra de arte, tiene por objeto manifestar algún carácter esencial ó saliente, de un modo más completo y más claro de como lo hacen los objetos reales. Por esto el artista se forma la idea de dicho carácter y merced á esta idea transforma el objeto real. Este objeto así transformado, resulta *conforme á la idea*, ó en otros términos *ideal*. Así las cosas pasan de lo real á lo ideal cuando el artista las reproduce modificándolas según su idea; y las modifica según su idea, cuando concibiendo en ellas y separando algún carácter notable, altera sistemáticamente las relaciones naturales de sus demás partes, para hacer más visible este carácter y más dominador.

(1) *De la nature de l'œuvre d'art.*

CAPÍTULO PRIMERO

ESPECIES Y GRADOS DEL IDEAL

I

Entre las ideas que los artistas imprimen en su obra, ¿hay alguna que sea superior á las demás? ¿Puede indi-

carse un carácter que valga más que los otros? ¿Existe en cada objeto una forma ideal, de tal condición que fuera de ella todo sea desviación ó error? ¿Puede descubrirse un principio de subordinación que asigne categorías á las diversas obras de arte?

A la primer ojeada nos sentimos tentados á decir que no; la definición que hemos dado parece cerrar el camino á esta investigación; ella nos hace creer que todas las obras de arte están á nivel, y que el campo está abierto á lo arbitrario. En efecto; si el objeto se convierte en ideal solamente porque está conforme con la idea, poco importa la idea, es de elección del artista y toma esta ú otra á su gusto, y por ello no tenemos que hacerle ninguna reclamación. El mismo asunto puede ser tratado de tal manera ó de la manera opuesta ó de todas las maneras intermediarias. Parece por consiguiente, que la historia coincide con la lógica y que la teoría está confirmada por los hechos. Considerad los diversos siglos, las diversas naciones y las diversas escuelas. Siendo los artistas, diferentes en raza, en ingenio y educación, se sienten impresionados de manera distinta por el mismo objeto, cada uno encuentra un carácter diferente, cada uno se forma de él una idea original, y esta idea manifestada en la obra nueva, alza súbitamente en la galería de las formas ideales una nueva obra maestra, como un nuevo dios en un olimpo que se creía completo. Plauto llevó á la escena á Euclión, el avaro pobre; Moliére toma el mismo personaje y crea á Harpagón, el avaro rico. Dos siglos más tarde, ya no tonto y grotesco como en otro tiempo, sino terrible y triunfante, se nos presenta en la figura del tío Grandet, y el mismo avaro, sacado de su provincia, hecho parisiense, poeta, cosmopolita y poeta de salón, se nos presenta bajo la forma del usurero Gobseck del mismo Balzac. Una sola situación, la del padre maltratado por sus hijos ingratos ha sugerido en distintas épocas el *Ædipo en Colona* de Sóphocles, *El Rey Lear* de Shakespeare y *Papa Goriot* de Balzac. Todas las novelas y todas las obras teatrales representan un joven y una joven que se aman y quieren casarse. ¡Bajo cuántas formas no se nos ha presentado esta pareja en Shakespeare, en Manzoni, en Mad. de Lafayette, en Jorge Sand!... Los amantes, el padre, el avaro, todos los grandes tipos, pueden ser renovados: lo han sido incesantemente, lo serán todavía, y esta es precisamente la marca propia, la gloria única, la obligación hereditaria de los verdaderos genios, más que la de inventar fuera de la convención y de la tradición.

Si de las obras literarias pasamos á las artes del dibujo, parece mejor establecido el derecho de elegir á voluntad tal ó cual carácter. Una docena de personajes y de escenas evangélicas ó mitológicas, han hecho todo el gasto en la pintura; lo arbitrario del artista se manifiesta por la diversidad de las obras como por la plenitud de los resultados. No nos atrevemos á alabar á unos más que á otros, á poner una obra perfecta

sobre otra obra perfecta, á decir que es preciso seguir á Rembrandt más bien que á Veronese, ó á Veronese más bien que á Rembrandt. Y, sin embargo, ¡qué contraste!... En la *Comida de Emmaüs*, el Cristo de Rembrandt, es un resucitado, de rostro cadavérico, amarillento y doloroso, que ha sentido el frío de la tumba y cuya triste y misericordiosa mirada se detiene una vez más sobre las miserias humanas; cerca de él hay dos discípulos viejos, obreros fatigados de cabeza calva y canosa, están sentados á una mesa, un mozo de caballeriza mira con expresión estúpida; en torno de la cabeza del Crucificado luce la extraña claridad del otro mundo.

En el Cristo de los cien florines reaparece más fuerte la misma idea; es el Cristo del pueblo, el salvador de los pobres, en pie, en una de esas cuevas flamencas en las que en otro tiempo oraban y tejían los trabajadores; mendigos harapientos, pordioseros de los hospitales, tienden hacia él sus manos suplicantes; una campesina hincada de rodillas le contempla con los ojos fijos y embobados, manifestando su profunda fe; un paralítico se le acerca atravesado en unas parihuelas; por todas partes andrajos hechos girones, capas grasientas y desteñidas por la intemperie, miembros escrofulosos ó deformes, pálidos rostros ajados y embrutecidos, lamentable amasijo de fealdades y de males, especie de bajo fondo humano que los felices del siglo, un burgomaestre ventrudo y flamantes ciudadanos, miran con insolente indiferencia, pero sobre el cual el bondadoso Cristo extiende sus manos curadoras, en tanto que la claridad sobrenatural que de él emana agujerea la sombra y resplandece hasta en los muros rezumosos. Si la pobreza, la tristeza y el aire oscuro interrumpido por vagos resplandores han producido dos obras maestras, la riqueza, la alegría, la cálida y riente luz del pleno día han producido una obra también extraordinaria. Contemplad en Venecia y en el Louvre las tres comidas de Cristo por Veronese. Brilla el cielo por entre una balaustrada de columnatas y de estatuas; la luciente blancura y el variado veteado de los mármoles, sirven de fondo á una reunión de señores y de damas que celebran un festín; es una fiesta aparatosa, veneciana, del siglo XVI; Cristo está en el centro y en largas filas, en derredor suyo, nobles con corpiños de seda, princesas con trajes de brocado comen y ríen, mientras que los lebreles, los negrillos, los enanos y los músicos ocupan los ojos y los oídos. Los túnicos adornados de negro y de plata ondulan al lado de las faldas bordadas de oro; las golas de encaje hacen resaltar la blancura saturada de las nucas, lucen las perlas sobre las rubias trenzas, las florecientes encarnaciones dejan adivinar la fuerza de una sangre joven que corre fácilmente por las venas; las cabezas rebosando gracia y viveza parece que van á sonreir, y sobre el brillo argentado y rosado del tinte general, las palideces de oro, el azul turquí, el resplandor intenso, las verdes radiaciones, las

tonalidades interrumpidas y, al propio tiempo, relacionadas entre sí, producen con su armonía deliciosa y elegante el efecto de la poesía del lujo aristocrático y voluptuoso. Por otra parte, ¿qué cosa hay mejor determinada que el Olimpo pagano? La literatura y la estatuaria griegas han fijado todos los contornos. Parece que con ellos ha sido prohibida toda innovación, precisada toda forma, refrenada toda invención, y, sin embargo, cada pintor, al transportarlo á sus lienzos, hace dominar en ellos un carácter hasta entonces inadvertido. El *Parnaso* de Rafael presenta ante jóvenes bellas de una dulzura y de una gracia completamente humanas, un Apolo, que con los ojos fijos en el cielo se abstrae oyendo el son de su cítara, una arquitectura de formas rítmicas y apacibles; desnudeces castas que el tono sobrio y casi tierno del fresco hace más castas todavía. Con caracteres opuestos recomienza Rubens la misma obra. Nada menos antiguo que sus mitologías. En las manos del pintor flamenco las divinidades griegas se convierten en cuerpos flamencos, de pulpa linfática y sanguínea, y sus fiestas celestes recuerdan á las mascaradas que Ben-Jonson preparaba por entonces en la corte de Jacobo I; audaces desnudeces, realzadas todavía por el esplendor de las ropas caídas, Venus gruesas y blancas que retienen á sus amantes con abandono de cortesanas, malignas Ceres que ríen, espaldas gruesas y temblorosas de sirenas retorcidas, blandas y largas inflexiones de la carne viviente y apretada, furor del ímpetu, impetuosidad del apetito, magnífico alarde de la sensualidad desenfrenada, triunfante, que nutre el temperamento, que la conciencia no contiene, que sin dejar de ser animal resulta poética, y por un accidente único reune en sus alegrías toda la libertad de la naturaleza y las pompas todas de la civilización. Sobre todo esto domina el colosal buen humor: «El titán neerlandés tenía dos alas tan poderosas, que logró elevarse hasta el sol, aunque pendían de sus pies algunos quintales de queso de Holanda (1).» Si, en fin, en vez de comparar dos artistas de raza diferente, os circunscribís á una misma nación, recordad las obras italianas que os he descrito; Crucifijos, Natividades, Anunciaciaciones, Vírgenes con el niño, Júpiter, Apolos, Venus y Dianas, y para precisar vuestros recuerdos la misma escena tratada una vez y otra por los maestros, Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Corregio.

Hablo de sus *Ledas*, vosotros conocéis, por lo menos, las tres estampas. La Leda de Leonardo está en pie, púdica, con los ojos bajos; las líneas sinuosas y serpentinas de su hermoso cuerpo, ondulan con una elegancia soberana y refinada; con un ademán de esposo, el cisne, casi humano, la envuelve con sus alas, y los mellizos que están á su lado tienen el ojo oblícuo del pájaro; jamás el misterio de los antiguos días, el profundo parentesco del hombre y del animal, el vago sentimiento paga-

(1) H. Heine-Reiselbider, I, 154.

no y filosófico de la vida universal, se ha expresado con una investigación más exquisita, ni ha mostrado las adivinaciones de un genio más penetrante y comprensivo. Por el contrario, la Leda de Miguel Angel es una reina de la raza colosal y militante, una hermana de esas vírgenes sublimes que en la capilla de los Médicis duermen cansadas ó se despiertan dolorosamente para recomenzar el combate de la vida. Su largo cuerpo tiene iguales músculos y la misma estructura; son delicadas las mejillas y no hay en ella la menor señal de alegría ni de abandono; en tal momento está seria, casi sombría. El alma trágica de Miguel Angel levanta estos poderosos miembros, endereza este torso heroico y fija esta mirada bajo el ceño fruncido. El siglo cambia, y los sentimientos viriles ceden el puesto á los sentimientos femeninos. La escena en Corregio, es en un baño de mujeres jóvenes, bajo suaves y verdes reflejos de los árboles y entre los movimientos ágiles del agua que murmura y corre. No hay nada que no sea seducción y atractivo; el sueño feliz, la gracia suave, la voluptuosidad perfecta, no se han desarrollado jamás, no han turbado nunca el alma con un lenguaje más penetrante y más vivo. La belleza de los cuerpos y de las cabezas no es noble, pero sí sugestiva y acariciadora. Redondos y rientes, tienen el brillo saturado y primaveral de las flores iluminadas por el sol; el frescor de la más joven adolescencia, no aventaja á la blancura delicada de su carne impregnada de luz. Una rubia complaciente, con espalda y cabellera ambigua de muchacho, conduce al cisne; una pequeña, picaresca, maligna, sostiene la camisa para ponérsela á su compañera; el tejido aereo de la tela no velará los contornos de su hermoso cuerpo; otras, alocadas, de estrecha frente y labios y barbilla amplios, juegan en el agua con un abandono ruidoso ó tierno; más abandonada todavía y contenta de abandonarse, Leda sonríe, desfallece, y la sensación deliciosa, enervante, que se exhala de toda la escena, llega al colmo en su éxtasis y en su espasmo.

¿A cuál preferir? ¿Cuál de estos caracteres es el superior, la gracia encantadora de la felicidad desbordante, la grandeza trágica de la energía altanera ó la profundidad de la simpatía inteligente y refinada? Los tres corresponden á alguna porción esencial de la naturaleza humana, ó á algún momento esencial del desarrollo humano. La felicidad y la tristeza, la razón sana y el sueño místico, la fuerza activa ó la fina sensibilidad, las altas visiones del espíritu inquieto ó el amplio desarrollo de la alegría animal, todas las grandes preocupaciones acerca de la vida tienen su valor. Los siglos y los pueblos enteros se han empleado en producirlas á su tiempo. Lo que la historia manifiesta, el arte lo reune, y del mismo modo que las diversas criaturas naturales, sean cualesquiera su estructura y sus instintos, encuentran su puesto en el mundo y su explicación en la ciencia, así, también, las diversas obras de la imaginacion humana,

sea cualquiera el principio que las anima y la dirección que manifiesten, encuentran su justificación en la simpatía crítica, y su lugar en el arte.

II

Y, sin embargo, en el mundo imaginario, como en el mundo real, hay diversas categorías, porque hay valores diversos. El público y las personas conocedoras, señalan las unas y estiman los otros. No hemos hecho cosa distinta durante cinco años, recorriendo las escuelas de Italia, de los Países Bajos y de Grecia. Siempre y á cada paso, hemos podido aplicar nuestros juicios. Sin saberlo teníamos un instrumento de medida. Los demás hombres hacen como nosotros, y en crítica como en todo, hay verdades adquiridas. Todo el mundo reconoce actualmente que ciertos poetas, como Dante y Shakespeare, ciertos compositores, como Mozart y Beethoven, ocupan el primer puesto en su arte. Se señala á Goëthe como el primer escritor de nuestro siglo. Entre los flamencos, nadie disputa este primer puesto á Rubens; entre los holandeses, á Rembrandt; entre los alemanes, á Alberto Durero; entre los venecianos, á Ticiano. Tres artistas del renacimiento italiano, Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael sobresalen, merced á un consentimiento unánime, sobre todos los demás. Por otra parte, estos juicios definitivos que la posteridad pronuncia, justifican su autoridad por la manera cómo son concedidos. Primeramente, los contemporáneos del artista se han reunido para juzgarle, y esta opinión, á la cual tantos espíritus, temperamentos y educaciones diferentes han concurrido, es digna de ser tenida en consideración, porque las insuficiencias de cada gusto individual han sido subsanadas por la diversidad de los otros gustos.

Estos juicios, combatiéndose, se contrabalancean, y esta compensación mutua y continua, va conduciendo poco á poco la opinión hacia la verdad. Hecho esto, comienza otro siglo al cual suceden otros; cada uno de ellos lo revisa desde su punto de vista; entonces comienzan las rectificaciones profundas y las confirmaciones fuertes. Cuando la obra después de haber pasado de tribunal en tribunal, sale de ellos calificada de la misma manera, y los juicios escalonados en toda la línea de los siglos se fijan en un mismo punto, es probable que la sentencia sea verdadera, porque si la obra no fuese superior, no hubiese podido reunir simpatías tan diferentes en un sólo haz. Porque si la limitación del espíritu propio de las épocas y de los pueblos les lleva algunas veces, como á los individuos á juzgar mal y á comprender mal, aquí como entre los individuos, las divergencias enderezándose, y anuladas unas por otras las oscilaciones, concurren por grados á ese estado de fijeza y de certidumbre en que la opinión se encuentra sólida y

legítimamente establecida para que podamos acogerla con confianza y con razón. En fin, por encima del gusto instintivo, y los procedimientos modernos de la crítica, vienen á juntarse la autoridad de la ciencia y la autoridad del sentido común. Un crítico sabe, sin embargo, que su gusto personal no tiene valor, que debe hacer abstracción de su temperamento, de sus inclinaciones, de su partido, de sus intereses, que ante todo su talento es simpatía, que la primera operación en historia consiste en colocarse en el lugar de los hombres á quienes se trata de juzgar, en entrar, por decirlo así, en sus instintos y costumbres, en dominar sus sentimientos, en volver á pensar sus pensamientos, en reproducir en sí mismo su estado interior, en representarse minuciosamente y corporalmente su medio, en seguir valiéndose de la imaginación, las circunstancias y las impresiones que, añadidas á su carácter innato, han determinado la acción y conducido la vida del artista juzgado. Semejante trabajo, colocándonos en el mismo punto de vista en que se colocaron los artistas, nos permite comprenderlos mejor, y como ese trabajo se compone de análisis, es, lo mismo que toda operación científica, capaz de verificación y de perfeccionamiento. Siguiendo este método hemos podido aprobar y desaprobar á tal artista, censurar tal fragmento y alabar tal trozo en la misma obra, establecer valores, indicar progresos y desviaciones, reconocer florecimientos y decadencias, no arbitrariamente, sino en virtud de una regla común. Es esta regla secreta la que voy á intentar fijar, precisar y probar ante vosotros.

III

Consideremos para ello las diversas partes de la definición que hemos obtenido. Hacer que domine un carácter notable: este es el objeto de la obra de arte. Cuanto más se aproxime á este objeto una obra artística, será tanto más perfecta; en otros términos, cuanto más cumplan con exactitud las condiciones indicadas, más alta se colocará en la escala del mérito. Existen dos de estas condiciones; es preciso, pues, que el carácter sea lo más notable posible y el más dominador posible. Estudiemos de cerca estas dos obligaciones del artista. Para abreviar el trabajo, no examinaré más que las artes de imitación, la escultura, la música dramática, la pintura y la literatura, principalmente las dos últimas. Esto bastará, puesto que vosotros conocéis el lazo que une las artes que imitan y las artes que no imitan (1). Las unas y las otras se proponen hacer que domine un carácter notable. Las unas y las otras reunen y emplean un conjunto de partes unidas entre sí, cuyas relaciones combinan ó modifican. La sola diferencia es, que las ar-

(1) Véase el tomo 1 *De la naturaleza de la obra de arte.*

tes de imitación, la pintura, la escultura, la poesía, reproducen relaciones orgánicas y morales, y hacen obras correspondientes á los objetos reales, mientras que las otras artes, la música propiamente dicha y la arquitectura, combinan relaciones matemáticas, para crear obras que no corresponden á los objetos reales. Pero una sinfonía, un templo, así construidos, son seres vivientes, como un poema escrito ó una figura pintada, puesto que dichos templo y sinfonía son también seres organizados, cuyas partes están en mutua dependencia y regidos por un principio director; tienen también una fisonomía, manifiestan también una intención, hablan también valiéndose de medios expresivos y concurren á un efecto. A todos estos títulos hay que añadir que son criaturas ideales del mismo orden que las otras, sometidas á las mismas leyes de formación como á las mismas leyes de crítica; no son más que un grupo distinto en la clase total, y con una restricción conocida desde luego, las verdades que se encuentran al lado de ellas se aplican á ellas.

CAPÍTULO II

EL GRADO DE IMPORTANCIA DEL CARÁCTER

I

¿Cuál es, pues, este carácter notable, y cómo saber entre dos caracteres cual de ellos es el más importante? Esta cuestión nos lleva al terreno científico; puesto que si se trata de los seres en sí mismos, pertenece precisamente á la ciencia valuar los caracteres de que se componen. Es preciso hacer una excursión á la historia natural; no me excuso con vosotros; si la materia os parece seca y abstracta, no importa. El parentesco que relaciona al arte con la ciencia es un honor para él y para ella. Es una gloria para la ciencia suministrar á la belleza sus principales fundamentos; es una gloria para él apoyar en la verdad sus altas construcciones.

Cien años hace próximamente que las ciencias naturales han descubierto la regla de valuación que vamos á indicar; el *principio de la subordinación de caracteres;* todas las clasificaciones de la botánica y de la zoología han sido construidas después de él, y su importancia está demostrada por descubrimientos tan inesperados como profundos. Tanto en la planta como en el animal se reconocen ciertos caracteres como más importantes que los otros; estos son los *menos variables*; por esta razón poseen una fuerza más grande que la de los demás, y resisten mejor al ataque de todas las circunstancias interiores ó exteriores que pueden destruirlos ó alterarlos. Por ejemplo, en una planta, el tamaño es menos importante que la estructura, puesto que en lo interior ciertos caracteres accesorios, y en lo exterior ciertas condiciones accesorias, hacen variar la magnitud sin alterar la estructura; el guisante que se arrastra por tierra y la

acacia que se alza al aire son leguminosas muy vecinas; un tallo de trigo de tres pies de alto y un bambú de treinta pies de alto son gramíneas parientes; el helecho, tan pequeño en nuestros climas es un arbol grandísimo bajo los trópicos. Del mismo modo en los vertebrados, el número, la disposición y el empleo de los miembros son menos importantes que la posesión de las mamas. Podrá ser el vertebrado, acuático, terrestre, aéreo, sufrir todos los cambios que produce el cambio de habitación, sin que se altere ó destruya la estructura que le hace capaz de lactar. El murciélago y la ballena son mamíferos como el perro, el caballo y el hombre. Las fuerzas que han adelgazado los miembros del murciélago y cambiado sus manos en alas, que han soldado, acortado y casi borrado los miembros posteriores de la ballena, no han ejercido influencia ni en uno ni en otro sobre el órgano que da su alimento al hijuelo, y el mamífero volante como el nadador, son hermanos del mamífero que anda. Lo mismo acontece con toda la escala de los seres, y sobre toda la escala de los caracteres. Tal disposición orgánica es un peso más grave que las fuerzas capaces de perturbarla.

Por consiguiente, cuando una de esas masas se perturba, lleva consigo masas proporcionadas. En otros términos, un carácter concuerda y rige caracteres tanto más invariables é importantes cuanto él es más invariable é importante. Por ejemplo, la presencia del ala, siendo un carácter muy subordinado, no entraña consigo más que modificaciones ligeras y queda sin efecto con relación á la estructura general. Animales de clase diferente pueden tener alas. Al lado de los pájaros están los mamíferos alados como el murciélago, los lagartos alados, como el antiguo pterodáctilo, los peces alados como los exsocetos. La disposición que hace á un animal propio para el vuelo es de tan poca importancia, que suele encontrarse hasta en ramificaciones diferentes: no solamente muchos vertebrados, sino muchos articulados, tienen alas; y por otra parte, esta propiedad es tan poco importante, que se muestra ó falta en la misma clase: cinco familias de insectos vuelan, y la última, la de los ápteros, no vuela. Por el contrario, la presencia de las mamas, siendo un carácter muy importante, entraña modificaciones considerables y determina en sus principales rasgos la estructura del animal. Todos los mamíferos pertenecen á la misma rama: el que es mamífero es forzosamente vertebrado. Además, la presencia de las mamas presupone la circulación doble, la viviparidad, la circunscripción de los pulmones por medio de una pleura, cosas de que carecen todos los otros vertebrados, pájaros, reptiles, anfibios y peces. En general, leed el nombre de una clase, de una familia, de una división cualquiera de los seres naturales; este nombre, que expresa el carácter esencial, muestra la disposición orgánica que se ha elegido como signo. Leed ahora las dos ó tres líneas que siguen: encontraréis en ellas enume-

rada una serie de caracteres que son para el primero compañeros inseparables, y cuya importancia y número miden el grandor de las masas que vienen y se van con él.

Si se busca la razón que da á ciertos caracteres una importancia y una invariabilidad superiores, se la encuentra en la consideración siguiente: en un ser vivo hay dos partes, los elementos y la disposición de ellos: la disposición es ulterior, los elementos son primitivos; se puede trastornar su disposición sin alterar sus elementos; no se puede alterar los elementos sin trastornar su composición. Deben distinguirse dos especies de caracteres profundos los unos, íntimos, originales, fundamentales; estos son los elementos, los materiales; los otros superficiales, exteriores, derivados, superpuestos, y estos son los de la disposición y ordenación. Tal es el principio de la más fecunda teoría de las ciencias naturales, la de los análogos, en virtud de la cual Geoffroy Saint-Hilaire ha explicado la estructura de los animales, y Goethe la estructura de las plantas. En el esqueleto de un animal, es preciso separar dos mezclas de caracteres, la una que comprende las piezas anatómicas y sus conexiones, la otra que comprende su alargamiento, su acortamiento, sus soldaduras y su adaptación á tal ó cual empleo. La primera es primitiva, la segunda es derivada; las mismas articulaciones con las mismas relaciones se encuentran en el brazo del hombre, en el ala del murciélago y en el brazo del caballo, en la pata del gato y en la aleta natatoria de la ballena.

En el orveto y en la boa, estas partes, para ellos inútiles, subsisten en el estado de vestigios, y estos rudimentos conservados, mostrando una unidad de plan siempre mantenido, da testimonio de fuerzas elementales que todas las transformaciones ulteriores no han podido abolir. De la misma manera se ha comprobado que primitivamente y por su fondo todas las partes de la flor son hojas, y esta distinción de dos naturalezas, una esencial, otra accesoria, ha explicado los abortos, las monstruosidades, las analogías, tan numerosas como oscuras, en oposición á la trama interior del tejido viviente en los pliegues, en los sistemas, en las complicaciones que la diversifican y disfrazan. De estos descubrimientos parciales ha salido una regla general: para separar el carácter importante, es preciso considerar el ser en su origen ó en sus materiales, observar bajo la forma más sencilla cómo se produce su embriogenia y notar los caracteres distintivos que son comunes á sus elementos, como se hace en la anatomía y fisiología general. En efecto, esta regla está basada en los caracteres suministrados por el embrión, y en la manera del desarrollo común á todas las partes que se comprenden en el inmenso ejército de las plantas; estos dos caracteres son de una importancia tan alta, que ambos se compenetran mutuamente y contribuyen los dos á establecer la misma clasificación. Según que el embrión esté provisto ó no

de hojas pequeñas, según que posea una ó dos de estas hojas, entra en una de las tres ramas del reino vegetal. Si hay dos de estas hojas, su tallo está formado de capas concéntricas, más duras en el centro que en la circunferencia; su raíz está atravesada por el eje primario, sus verticilos florales se componen casi siempre de dos ó cinco piezas ó de sus múltiplos. Si no tiene más que una de estas hojas, el tallo está formado de haces diseminados y se encuentra más blando en el centro que en la circunferencia; su raíz está constituida por ejes secundarios, sus verticilos florales se componen casi siempre de tres piezas ó de sus múltiplos. Las mismas correspondencias tan generales y tan estables se encuentran en el reino animal, y la conclusión que al cabo de su trabajo legan las ciencias naturales á las ciencias morales, es que los caracteres son más ó menos importantes según que tienen fuerzas más ó menos grandes; que se encuentra la medida de su fuerza en el grado de su resistencia al ataque; que partiendo de aquí su invariabilidad más ó menos grande, les asigna puesto más ó menos alto; que su invariabilidad es tanto mayor cuanto que dichos caracteres constituyen en el ser un rasgo más profundo, y pertenecen, no á la disposición, sino á sus elementos.

II

Apliquemos este principio al hombre, en primer término al hombre moral y á las artes que le toman por objeto, es decir, á la música dramática, á la novela, al teatro, á la epopeya y en general á la literatura. ¿Cuál es aquí el orden de importancia de los caracteres y cómo comprobar sus diversos grados de variabilidad? La historia nos suministra un medio muy seguro y muy sencillo, puesto que los acontecimientos, trabajando sobre el hombre, alteran, en proporciones diversas, las diversas fuentes de sentimiento y de ideas que en él existen. El tiempo araña y agujerea en nosotros como un cantero el suelo, y manifiesta así nuestra genealogía moral; bajo su esfuerzo se presentan unos en pos de otros, unos más pronto y otros más lentamente, nuestros terrenos superpuestos. Sus primeros azadonazos levantan fácilmente un terreno movible, una especie de aluvión blando y exterior; siguen después las gredas más compactas, arenas más espesas, que para desaparecer exigen trabajo más largo. Más bajo están las calcáreas, los mármoles, los esquistos superpuestos, todos resistentes y unidos: son menester edades enteras de labor continua, de trabajos profundos, de explosiones multiplicadas, para llegar al fin. Más bajo todavía, se hunde á profundidades indefinidas el granito primitivo, soporte de todo lo demás, y por poderoso que sea el ataque de los siglos, no puede conseguirse el descubrirlo por completo.

En la superficie del hombre están las costumbres, las ideas, un género de ellas que dura tres ó cuatro años, son las de moda y del momento. Un

viajero que va á América ó á China no encuentra el mismo París que había dejado. Se siente al volver provinciano y como despistado; el placer ha cambiado de dirección, el vocabulario de los clubs y de los teatrillos es diferente; el elegante que figura en primera línea no tiene la misma especie de elegancia, usa otros chalecos y otras corbatas que antes; sus escándalos y sus tonterías brillan en otro sentido, su mismo nombre es nuevo; hemos tenido, uno después de otro, el petimetre, el increíble, el mirliflor, el dandy, el lión, el gandin, el corodés y el cangrejillo. Bastan algunos años para borrar el nombre y la cosa. Las variaciones de la *toilette* miden las variaciones de esta especie de costumbres; de todos los caracteres del hombre, éste es el más superficial y menos estable. Por debajo existe una capa de caracteres un poco más sólidos; éstos duran veinte, treinta, cuarenta años, próximamente un medio período histórico. Hemos visto acabar uno, el que tuvo su centro en las inmediaciones del año 1830. Encontraréis el personaje reinante en Antony, de Alejandro Dumas, en los primeros dramas del teatro de Víctor Hugo, en los recuerdos y los relatos de vuestros tíos y de vuestros padres. Se trata del hombre de grandes pasiones y de sueños sombríos, entusiasta y lírico, político y revelado, humanitario y renovador, de aparencia fatal con aquellos chalecos trágicos y aquellas cabelleras de gran efecto que muestran las estampas de Deveria; actualmente nos parece á la vez enfático y cándido; pero no podemos menos de encontrarle ardiente y generoso. En suma, es el plebeyo de raza nueva, ricamente dotado de facultades y de deseos, que por la primera vez llega á las cimas del mundo y expresa con estruendo la turbación de su espíritu y de su corazón. Sus sentimientos y sus ideas son los de una generación entera; por esta razón hay que dejar pasar una generación para verlos desaparecer. Tal es la segunda capa, y el tiempo que la historia tarda á llevársela, os muestra el grado de su importancia y el grado de su profundidad.

Y he aquí que llegamos á la tercera capa, muy extensa y muy espesa. Los caracteres que la determinan duran durante un período histórico completo, como la Edad Media, el Renacimiento ó la época clásica. Una misma forma de ingenio reina durante uno ó muchos siglos y resiste á los frotamientos sordos, á las destrucciones violentas, á todos los golpes y ruinas que durante todo este período la atacan incesantemente. Nuestros abuelos vieron desaparecer una de estas etapas, el período clásico terminado con la revolución de 1789, en literatura con Delille y M. de Fontanes, en religión con la aparición de José de Maistre y la caída del galicanismo. En política había comenzado con Richelieu, en literatura con Malherbe, en religión con aquella reforma pacífica y espontánea que en los comienzos del siglo VXII renovó el catolicismo francés. Cerca de dos siglos subsistió y puede reconocérsela en signos sensibles. Al traje de caballero y

bravucón que llevaban los hombres refinados del Renacimiento, sucede el traje verdadero de representación, tal y como era menester para los salones y para la corte, la peluca, los canutos, la rhingrave, el vestido á propósito que se acomoda á los movimientos menudos y variados del hombre de mundo; las telas de seda, bordadas, adornadas con oro y encajes, la apariencia agradable y majestuosa digna de los señores que quieren brillar y conservar al propio tiempo su rango. Al través de variaciones continuas y secundarias, este traje dura hasta el momento en que el pantalón, la bota republicana y el grave vestido negro utilitario, vienen á reemplazar los zapatos con lazos, las medias de seda, las pecheras de blonda, las chupas de flores, el vestido de color de rosa, azul pálido ó verde manzana de la antigua corte. En todo este intervalo domina un carácter que nos atribuye todavía Europa, el del francés cortés, galante, experto en el arte de manejar á los demás, decidor, modelado á distancia más ó menos grande, según el cortesano de Versalles, fiel al estilo noble y á todas las conveniencias monárquicas del leguaje y de modales. De aquí un grupo de sentimientos y doctrinas que aparece unido á dicho carácter ó que se deriva de él: la religión, el estado, el influjo del carácter reinante y este conjunto de disposiciones morales, constituye uno de los grandes tipos que conservará siempre la memoria humana, porque ella reconoce en él una de las principales formas del desarrollo humano.

Por firmes y estables que sean estos tipos, acaban al fin. Durante ochenta años venimos viendo al francés, dentro del régimen democrático, perder una porción de su cortesía, la mayor parte de su galantería, modificar, diversificar y alterar su estilo, entender de una manera nueva todos los grandes intereses de la sociedad y del espíritu. Un pueblo en el curso de su larga vida atraviesa muchas renovaciones semejantes, y, sin embargo, permanece él mismo, no solamente por la continuidad de las generaciones que le componen, sino por la persistencia de su carácter fundamental.

En éste resiste la capa ó lecho primitivo. Por debajo de los poderosos cimientos que se llevan consigo los períodos históricos, se extiende un cimiento más fuerte, que los períodos históricos no se llevan. Considerad los grandes pueblos desde su aparición hasta la época presente; encontraréis siempre en ellos un grupo de instintos y de aptitudes, sobre los cuales las revoluciones, las decadencias, la civilización, han pasado sin alterarlos. Estas aptitudes y estos instintos están en la sangre y con ella se transmiten; para alterarlas es preciso una alteración de la sangre, es decir, una invasión, una congénita decadencia, y, por tanto, cruzamientos de raza, ó, por lo menos, un cambio de medio físico, esto es, una emigración y la lenta impresión de un nuevo clima; en una palabra, una transformación del tempera-

mento y de la estructura corporal. Cuando en el mismo país la sangre queda pura, el mismo fondo del alma que se ha mostrado en los primeros abuelos se encuentra en los últimos niños. El aqueo de Homero, el héroe aislado y valiente que sobre el campo de batalla cuenta sus genealogías y su historia al adversario antes de emprenderla con él á lanzazos, es, en último extremo, el ateniense de Eurípides, filósofo, sofista, ergotista que ensarta en pleno teatro sentencias de la escuela y arengas de la Agora; más tarde se le vuelve á ver en el *Greculus dilettante*, complaciente, parásito de la dominación romana en el crítico bibliófilo de Alejandría, en el teólogo disputador del Bajo Imperio; los Juanes Cantacucenos y los discutidores que se engolfaban sobre la luz increada del monte Atlas, son los verdaderos hijos de Nestor y de Ulises; al través de veinticinco siglos de civilización y de decadencia, persiste el mismo don de palabra, de análisis, de dialéctica y de sutileza. Del mismo modo el anglo-sajón, si le consideramos separado de las costumbres, las leyes civiles y las viejas poesías de la época bárbara, especie de bruto rudo, carnívoro militante, pero heroico y dotado de nobles instintos morales y poéticos, reaparece después de quinientos años de conquista normanda y de importaciones francesas, en el teatro apasionado é imaginativo del Renacimiento, en la brutalidad de la Restauración, en el sombrío y austero puritanismo de la revolucion, en la fundación de la libertad política y el triunfo de la literatura moral, en la energía, el orgullo, la tristeza, la elevación de las costumbres y máximas que sostienen en Inglaterra actualmente al trabajador y al ciudadano. Contemplad al español que describen Strabón y los historiadores latinos, solitario, altanero, indomable, vestido de negro, y vedle más tarde en la Edad Media, el mismo en sus principales rasgos, aunque los visigodos hayan puesto algo de sangre nueva en sus venas, tan obstinado, tan intratable, tan soberbio, empujado hacia el mar por los moros y recobrando palmo á palmo todo su país por medio de una cruzada de ocho siglos, exaltado todavía por la duración y la monotonía de la lucha, fanático y limitado, encerrado en sus costumbres de inquisidor y de caballero, siempre el mismo en tiempo del Cid, bajo Felipe II, bajo Carlos II, en la guerra de 1700, en la de 1808 y en el caos de despotismos y de insurrecciones que viene soportando hasta hoy. Considerad, por último, á los galos, nuestros antesesores: los romanos decían á este propósito que se jactaban de dos cosas: de combatir bravamente y de hablar con finura (1). Tales son, en efecto, las grandes dotes naturales que brillan en la mayor parte de nuestras obras y en nuestra historia: de un lado el espíritu militar, el valor bullente y á veces loco; de otra parte el talento literario, el agrado en la conversación y la deli-

(1) Duas res industriosissime persequitur gens gallorum, rem militarem et argute loqui.

cadeza en el estilo. Tan pronto como se forma nuestro lenguaje en el siglo XII, aparece en la literatura y en las costumbres el francés alegre, maligno, que quiere divertirse y divertir á los otros, que habla con demasiada facilidad, que sabe hablar á las mujeres, que gusta de brillar, que se expone por bravata y por arrojo muy sensible á la idea del honor y no tanto á la idea del deber. Las canciones de gesta y los *Fabliaux*, la *Novela de la Rosa*, Carlos de Orleans, Joinville y Froissart, os le muestran, como le volvéis á ver más tarde en Villón, Brantome y Ravelais, tal y como después aparece en los tiempos de su más grande brillo, en tiempos de La Fontaine, Molière y Voltaire, en los encantadores salones del siglo XVIII y hasta en el siglo de Beranger. Lo mismo acontece en todos los demás pueblos; basta comparar una época de su historia á la época contemporánea para encontrar bajo alteraciones secundarias el fondo nacional siempre intacto y persistente.

He aquí el granito primitivo: dura lo que la vida de un pueblo y sirve de asiento á las capas sucesivas que cada período viene á depositar en la superficie. Si buscáis más abajo, todavía encontraréis fundamentos más profundos; allí están los estratos oscuros y gigantescos que la lingüística comienza á poner en claro. En lo hondo los caracteres de los pueblos son los caracteres de las razas. Ciertos rasgos generales acusan viejos parentescos entre naciones de genios diferentes; latinos, griegos, germanos, slavos, celtas, persas, hindos, son renuevos del mismo antiguo tronco; ni las emigraciones, ni los crecimientos, ni las transformaciones del temperamento no han podido despojarles de ciertas aptitudes filosóficas ó sociales, ciertas maneras de concebir la moral, de comprender la naturaleza, de expresar el pensamiento. De otra parte, estos rasgos fundamentales que les son comunes, no se encuentran en razas distintas como la semita ó la China. Estos tienen otras. Las diferentes razas son entre si, en lo relativo á la moral, como un vertebrado, un articulado, un molusco, son entre sí respecto de lo físico: son seres constituidos con arreglo á planes discordantes y que pertenecen á ramas diferentes. En fin, más hondos todavía, se encuentran los caracteres propios de toda raza superior y capaz de civilización espontánea, esto es, dotada de esa aptitud para las ideas generales que es el mayorazgo del hombre y le conduce á fundar sociedades, religiones, filosofías y arte; semejantes disposiciones subsisten al través de todas las diferencias de raza, y las diversidades fisiológicas que rigen el resto no pueden borrarlas.

Tal es el orden en que se superponen las capas de sentimientos, ideas, aptitudes é instintos que componen un alma humana. Ya veis cómo, descendiendo de las superiores á las inferiores, se las encuentra siempre más sólidas, y cómo se mide su importancia por su estabilidad. La regla que hemos aplicado á las ciencias naturales encuentra aquí todo su empleo y se ve-

rifica en todas sus consecuencias. Porque los caracteres más estables son en historia, como en historia natural, los más elementales, los más íntimos y los más generales. En el individuo psicológico, como en el individuo orgánico, es preciso distinguir los caracteres primitivos y los caracteres ulteriores, los elementos que son primordiales y los derivados. Así, pues, un carácter es elemental cuando es común á todas las determinaciones de la inteligencia; tal es la aptitud á pensar por medio de imágenes bruscas ó por largas series de ideas exactamente encadenadas: esta aptitud no es propia de ciertas direcciones de la inteligencia, sino que establece su imperio sobre todas las producciones del pensamiento humano y ejerce su acción sobre todas las producciones del espíritu humano; tan pronto como el hombre razona, imagina ó habla, esa aptitud está presente y gobernando, le impulsa en ciertos sentidos y le impide dirigirse en otros. Lo mismo acontece en las demás. Así, un carácter es tanto más elemental cuanto más se extiende su ascendiente, y cuanto más se extiende éste es más estable. Son situaciones ya generales y disposiciones no menos generales las que determinan los períodos históricos y su personaje reinante, el plebeyo ahito é insaciable de nuestro siglo, el señor cortesano y hombre de salón de la edad clásica, el barón solitario é independiente de la Edad Media. Son estos carácteres bien íntimos y todos relacionados con el temperamento físico y que constituyen los genios nacionales; en España, la necesidad de la sensación áspera y punzante y el impulso terrible de la imaginación exaltada y concentrada; en Francia, la necesidad de las ideas netas y contiguas y la dirección fácil de la razón ágil. Son las disposiciones más elementales, la lengua provista ó desprovista de gramática, la frase capaz ó incapaz de período, el pensamiento, tan pronto reducido á una seca notación algebráica, tan pronto flexible, poético y enlazado, tan pronto apareciendo áspero y de expresión violenta que constituyen las razas china, aria ó semita. Aquí, como en historia natural, es preciso mirar el embrión del espíritu naciente para separar de él los rayos distintivos del espíritu desarrollado y completo; los caracteres de la edad primitiva son los más significativos de todos; en las estrecheces de la lengua y en la especie de mitos se entrevé la forma futura de la religión, de la filosofía, de la sociedad del arte, como de la presencia, ausencia ó número de los cotiledones se deduce la rama á que pertenecen las plantas y los rasgos principales de su tipo. Bien veis que en el reino humano y en el vegetal y animal, el principio de la subordinación de los caracteres establece la misma jerarquía; el rango superior y la importancia primera pertenecen á los caracteres más estables, y si estos son más estables, es porque siendo elementales, se hallan presentes en una más grande superficie y no son arrebatados más que por una grande revolución.

III

A esta escala de los valores morales corresponde, escalón por escalón, la escala de los valores literarios. Según que el carácter puesto en relieve por un libro es más ó menos importante, es decir, más ó menos elemental ó estable, este libro es más ó menos bueno y vais á ver cómo los diversas etapas de geología moral comunican á las obras literarias que las expresan su grado propio de poder y duración.

Existe, en primer lugar, una literatura de moda que expresa el carácter á la moda; dura, como ella, tres ó cuatro años, á veces menos; de ordinario brota y cae con las hojas del año; es la canción, la farsa, el folleto, el chiste en boga. Leed, si tenéis paciencia para ello, un *vaudeville* ó una facecia de 1835: la pieza se os caerá de las manos. A menudo se trata de ponerla nuevamente en escena; hace veinte años hacía furor, actualmente los espetadores bostezan y desaparece al punto. Tal canción, que se cantaba en todas partes, se ha hecho ridícula, se la encuentra tonta ó falsa; cuando más, la oiréis cantar en alguna provincia alejada ó atrasada; expresaba alguno de esos sentimientos efímeros que una débil variación de costumbres basta para arrebatarlos; he aquí que ha pasado de moda, y nos asombramos de haber experimentado placer con semejantes tonterías. Así desaparece la multitud de escritos que brotan al día. Con los caracteres superficiales y poco tenaces el tiempo arrebata las obras que los expresan.

Otras obras corresponden á caracteres un poco más durables y parecen obras maestras á la generación que las lee. Tal fué la célebre *Astrea*, compuesta por Urfé en los comienzos del siglo XVII, novela pastoral, infinitamente larga, tonta, montón de hojas y de flores en que los hombres, fatigados por las matanzas y bandidajes de las guerras religiosas, gozaban escuchando los suspiros y las delicadezas de Celadón. Tales fueron las novelas de la señorita de Scudery, *El gran Ciro* y la *Clelia*, en que la galantería exagerada, refinada y acompasada, introducida en Francia por las reinas españolas, las nobles disertaciones de la lengua nueva, las sutilezas del corazón y el ceremonial de la cortesía, aparecieron como las ropas majestuosas y las reverencias del hotel de Rambouillet. Multitud de obras han tenido esta especie de mérito y hoy no son más que documentos históricos: por ejemplo, *El Euphine* de Lily, *El Adonis* de Marini, el *Hudibras* de Butler, las pastorales bíblicas de Gesner. No carecemos actualmente de semejantes escritos, pero prefiero no citarlos; notad solamente que, hacia el año 1806, «M. Esmenard gozaba en París la fama de grande hombre (1)», y contad tantas obras que han parecido sublimes al

(1) Fine de Stendhal.

principio de la revolución literaria á cuyo fin estamos asistiendo: *Atala*, *El último abencerraje*, los *Natchez* y muchos personajes de Mad. de Staël y de lord Byron. Al presente, el primer estadio de la carrera ha sido franqueado, y á la distancia en que nos encontramos reparamos sin pena el énfasis y la afectación que no ven los contemporáneos. La célebre elegía de Millevoye sobre la *Caída de las hojas*, nos deja tan fríos como las *Menesianas* de Casimiro Delavigne; las dos obras, semiclásicas y semirománticas, convenían por su carácter mixto á una generación colocada sobre la frontera de dos períodos, y su éxito ha correspondido precisamente al carácter moral que ellas manifestaban.

Muchos casos muy notables muestran, con perfecta evidencia, como el valor de la obra crece ó decrece, según el valor del carácter expresado. Dijérase que en este punto tiene la naturaleza con designio premeditado instituida la experiencia y la contraexperiencia. Escritores pueden citarse que entre veinte obras secundarias, han dejado una obra de primer orden. En el uno y en el otro caso, el talento, la educación, la preparación, el esfuerzo, todo era parecido; sin embargo, en el primero ha resultado una obra ordinaria, en el segundo una obra maestra. Es que en el primer caso, el escritor no había expresado más que caracteres superficiales ó efímeros, mientras que en el segundo, ha trazado caracteres durables y profundos. Lesage ha escrito doce volúmenes de novelas imitadas del español, y el abate Prevost veinte volúmenes de novelas trágicas ó conmovedoras: sólo los curiosos las buscan, pero todo el mundo ha leído *El Gil Blas* y *Manon Lescaut*. Dos veces una casualidad feliz ha puesto en manos del artista un tipo estable, en el cual cada uno encuentra los rasgos de la sociedad que le rodea ó los sentimientos de su propio corazón. Gil Blas es un burgués nutrido de educación clásica, que habiendo atravesado las diferentes condiciones sociales, ha logrado hacer fortuna, de conciencia bastante ancha, un poco lacayo durante toda su vida «un poco pícaro» durante su juventud, acomodándose á la moral del mundo, nada estoico, menos patriota, atrapando su parte de pastel y dando bocados en el pastel público; pero alegre, simpático, nada hipócrita, con sus cabos de probidad, con cierto fondo de honor y de bondad y acabando por hacer vida ordenada y honrada.

Semejante carácter, medio en todo, tan vario y accidentado destino se encuentra actualmente, se encontrará mañana como en el siglo XVII. Del mismo modo en Manon Lescaut, la cortesana que es buena hija, inmoral por la necesidad del lujo, pero afectuosa por instinto, capaz al fin de pagar con un amor igual el amor absoluto que ha hecho por ella toda especie de sacrificios, es un tipo tan visiblemente durable, que Jorge Sand en *León Leoni* y Víctor Hugo en *Marion Delorme* los han tomado para ponerlos en escena, volviendo los papeles ó cambiando

el momento. De Foe escribió doscientos volúmenes, y Cervantes no sé cuantos dramas y novelas; el uno con la verdad en los pormenores, la mímica, la seca exactitud de un puritano, hombre de negocios; el otro, con la invención, la brillantez, la generosidad de un español, aventurero y caballero; queda del uno *Robinsón Crusoé*, del otro *Don Quijote*. Depende esto de que Robinsón es ante todo el verdadero inglés, todo imbuido en los instintos de su raza, visibles todavía en el marinero y el *squater* de su país, violento y rápido en sus decisiones, protestante y bíblico en su corazón, con esas sordas fermentaciones de imaginación y de conciencia que producen la crisis de la conversión y de la gracia; enérgico, obstinado, paciente infatigable, nacido para el trabajo, capaz de roturar y colonizar los continentes; este mismo personaje, además del carácter nacional, ofrece á los ojos la más grande prueba de la vida humana y el esfuerzo de su invención, mostrando al individuo apartado de la sociedad civilizada, y obligado á reconquistar por su esfuerzo solitario todas las artes, todas las industrias, cuyos beneficios nos rodean como el agua rodea al pez. Del mismo modo en Don Quijote veis, en primer lugar, el español caballeresco y enfermo de espíritu tal y como ocho siglos de cruzadas y de sueños exagerados le habían hecho; pero es, por otra parte, uno de los personajes eternos de la historia humana, el idealista heróico, sublime, delgado y maltratado, y á su lado, para fortificar la impresión, el sensato positivista, vulgar y gordo. Todavía os citaré uno de esos personajes inmortales, en los que se reconoce una raza ó una época, y cuyo nombre ha venido á ser una de las palabras corrientes de la lengua; el Fígaro de Beaumarchais, especie de Gil Blas, más nervioso y revolucionario que el otro. Y sin embargo, el autor no era más que un hombre de talento; era demasiado endeble de espíritu para crear, como Molière, almas vivientes; pero un día se pintó á sí mismo, con su alegría, sus expedientes, sus irreverencias, sus recursos, su valor, su bondad, su palabra inagotable, y así pintó sin quererlo el retrato del verdadero francés, y su talento se elevó hasta el genio. La contraprueba está hecha; hay cosas en que el genio ha descendido hasta el talento. Tal escritor que sabe mantener de pie y hacer mover los más grandes personajes, deja con su pueblo de figuras, un grupo de criaturas no visibles, que al cabo de un siglo parecen muertas ó extravagantes, tocadas del ridículo, y cuyo interés es para los anticuarios y los historiadores. Por ejemplo, los enamorados de Racine son marqueses; todo su carácter consiste en tener buenos modales; el autor compone sus sentimientos para no desagradar á los *petimetres*; les hace galantes; entre sus manos se convierten en muñecos de corte; todavía actualmente los extranjeros, aun los instruídos, no pueden soportar á Hipolito y á Xiphares. Del mismo modo, en Shakespeare, los clowns no divierten y los gentiles hombres parecen extravagantes; es preciso ser crítico y curioso

de profesión para colocarse en el verdadero punto de vista; sus juegos de palabras disgustan, sus metáforas son ininteligibles, sus galimatías pretenciosos son una convención del siglo XVI, como lo son los largos y pulidos parlamentos del siglo XVII. Eran estos los personajes á la moda; lo exterior y el efecto del momento son en ellos tan predominantes que todo lo demás desaparece. Merced á esta doble experiencia veis la importancia de los caracteres profundos y durables, puesto que su falta, rebaja á la segunda fila una obra de grande hombre, y que su presencia eleva la obra de un talento menor á primera fila.

Por esta razón, si se recorren las grandes obras literarias, se encontrará que todas manifiestan un carácter profundo y durable, y que su lugar es tanto más alto cuanto que su carácter es más duradero y más profundo.

Son como los resúmenes que presentan ante el espíritu, bajo una forma sensible, tan pronto los rasgos principales de un período histórico, tan pronto los instintos y facultades primordiales de una raza, ya, por último, gún fragmento del hombre universal, y de sus fuerzas psicológicas elementales que son las razones últimas de los acontecimientos humanos. No tenemos necesidad para convencernos de pasar revista á las diversas literaturas. Os bastará notar el empleo que actualmente se hace de las obras literarias en historia. Con ellas se suple la falta de las memorias, de las constituciones y piezas diplomáticas; nos muestran con una claridad y precisión asombrosas, los sentimientos de las diversas épocas, los instintos y las aptitudes de las diversas razas, todos los grandes resortes ocultos, cuyo equilibrio mantiene las sociedades y cuyo desacuerdo dirige las revoluciones. La historia positiva y la cronología de la India antigua son casi nulas, pero sus poemas heroicos y sagrados nos quedan y vemos su alma al desnudo, quiero decir, la especie y el estado de su imaginación, la enormidad y la relación de sus sueños, la profundidad y la turbación de sus adivinaciones filosóficas, el principio interior de su religión y de sus instituciones. Considerad á España á fines del siglo XVI y en el comienzo del XVII. Si leeis á Lazarillo de Tormes y las novelas picarescas, si estudiais el teatro de Lope, de Calderón y de otros dramáticos, veréis surgir ante vosotros figuras vivientes, el mendigo y el caballero que os mostrarán todas las miserias, todas las grandezas y toda la locura de esta extraña civilización. Tanto más bella es la obra cuanto son más íntimos los caracteres que manifiesta. De Racine podría extraerse todo el sistema de sentimientos monárquicos de nuestro siglo XVII, el retrato del rey, de la reina, de los príncipes de Francia, de los cortesanos nobles, de las damas de honor y de los prelados, todas las ideas maestras del tiempo, fidelidad feudal, honor caballeresco, sujeción de antecámara, cortesía de palacio, fidelidad de súbdito y de doméstico, perfección de las maneras,

imperio y tiranía de las formas ceremoniosas, delicadezas artificiales y naturales del lenguaje, de corazón, de cristianismo y de moral, en una palabra, las costumbres y los sentimientos que componen los principales rasgos del antiguo régimen. Nuestras dos grandes epopeyas modernas, *La Divina Comedia* y *El Fausto*, son el compendio de las dos grandes épocas de la historia europea. Muestra la una la manera como la consideramos nosotros. La una y la otra expresan la más alta verdad que dos espíritus soberanos, cada uno en su tiempo, han sabido alcanzar. El poema de Dante es la pintura del hombre que, transportado fuera de este mundo efímero, recorre el mundo sobrenatural sólo definitivo y subsistente; sube allí, y conducido por dos poderes, el amor exaltado que es el rey de la vida humana, y la teología exacta que es entonces la reina del pensamiento especulativo; su sueño, á un mismo tiempo horrible y sublime, es la alucinación mística que semeja el estado perfecto del espíritu humano. El poema de Gœthe es la pintura del hombre que, paseado al través de la ciencia de la vida, se martiriza, se disgusta, yerra y tantea, y se establece, en fin, con resignación en la acción práctica, sin que jamás, entre las experiencias dolorosas y curiosidades insaciables, cese de entrever, bajo su velo legendario ese reino superior de las formas ideales y de las fuerzas incorporales, en cuyo umbral se detiene el pensamiento y donde sólo penetran las adivinaciones del corazón.

Entre todas las obras realizadas que manifiestan el carácter esencial de una época y de una raza, suele acontecer que por rara coincidencia expresen además algún sentimiento, algún tipo común á casi todos los grupos de la humanidad, tales son los *Salmos hebreos* que ponen al hombre monoteísta en frente de Dios todopoderoso, rey y justiciero; *La Imitación*, que muestra la comunicación del alma tierna con Dios afectuoso y consolador; los poemas de Homero y los *Diálogos* de Platón que representan la juventud heroica del hombre en acción ó la encantadora adolescencia del hombre pensante; casi toda esta literatura griega que tuvo el privilegio de representar los sentimientos sanos y sencillos; Shakespeare, en fin, el más grande de los creadores de almas, el más profundo de los observadores del hombre, el más clarividente de todos los que han comprendido el mecanismo de las pasiones humanas, las fermentaciones sordas y las explosiones violentas del cerebro imaginativo, los rompimientos imprevistos del equilibrio interior, las tiranías de la carne y de la sangre, las fatalidades del carácter y las causas oscuras de nuestra locura y de nuestra razón. *Don Quijote*, *Cándido*, *Robinsón Crusoé*, son libros de esta especie. Tales obras sobreviven al siglo y al pueblo que las ha producido. Traspasan los límites ordinarios del tiempo y del espacio; en donde se encuentra un espíritu que piensa son comprendidas; su popularidad es indestructible é infinita su duración.

Ultima prueba de la correspondencia que relaciona los valores morales á los valores literarios y del principio que ordena las obras de arte por debajo las unas de las otras, siguiendo la importancia; la estabilidad, la profundidad del carácter histórico ó psicológico que ellas han expresado.

IV

Nos queda por construir una escala semejante para el hombre físico y para las artes que le representan; hablo de la escultura, y principalmente de la pintura; según el mismo método, buscaremos en un principio cuáles son en el hombre físico los caracteres más estables, puesto que son los más importantes.

Es claro, en primer lugar, que el traje á la moda es un carácter muy secundario, cambia todos los años, ó, cuando más, cada diez años. Lo mismo acontece con el vestido tomado en general; es una cosa exterior y un adorno, se le puede quitar fácilmente; lo esencial en el cuerpo viviente es el mismo cuerpo viviente, lo demás es accesorio y artificial. Otros caracteres que pertenecen al cuerpo mismo son también de importancia mediocre, son las particularidades de la profesión y del oficio. Un herrero tiene otros brazos que un abogado, un oficial marcha de otra manera que un clérigo, un labriego que trabaja todo el día tiene otros músculos, otro color de piel, otra inclinación de espinazo, otro pliegue de frente, otro aire que un hombre de ciudad, encerrado en sus salones ó en sus oficinas. Sin duda estos caracteres tienen cierta solidez; el hombre los guarda durante toda su vida; una vez contraído el pliegue persiste; pero un accidente muy ligero hubiese bastado para hacerle desaparecer. Han tenido por única causa un azar de nacimiento y de educación; haced que el hombre cambie de medio y de educación; encontraréis en él particularidades contrarias; el ciudadano convertido en campesino tendrá el aspecto del campesino, y el campesino convertido en ciudadano el aspecto de ciudadano. La marca de origen, que subsistirá después de treinta años de educación, no será visible si aquélla subsiste más que para el psicólogo y el moralista; el cuerpo no guardará más que trazas imperceptibles, y los caracteres íntimos y estables, que son su esencia, componen un lecho tan profundo, que estas causas pasajeras no lo modifican.

Otras influencias que son preponderantes sobre el alma, no dejan más que una debil marca en el cuerpo; hablo de épocas históricas. El sistema de las ideas y de los sentimientos que ocupaban una cabeza humana en tiempos de Luis XIV, era otro que actualmente; pero la estructura corporal apenas difiere; consultando los retratos, las estatuas y las estampas, podéis descubrir un hábito más marcado de actitudes mesuradas y nobles. Lo que

más varía es el semblante; una cara del Renacimiento, tal como la vemos en los retratos de Bronzino ó de Van Dyck, es más enérgica y más sencilla que un rostro moderno; después de tres siglos la multitud de ideas complicadas y cambiantes, de las cuales estamos llenos, la complicación de nuestros gustos, la inquietud febril del pensamiento, la exageración de la vida cerebral, la tiranía del trabajo continuo, han afinado, turbado y atormentado la expresión y la mirada. En fin, si se examinan largos períodos, se podrá descubrir una cierta alteración de la cabeza; los fisiólogos que han medido los cráneos del siglo XII han encontrado una capacidad menor que la de los nuestros. Pero la historia, que conserva un registro tan exacto de las variaciones morales, no atestigua más que, por decirlo así, en bloque las variaciones físicas. La misma alteración del animal humano, enorme en lo moral, es muy leve en lo físico; una imperceptible modificación del cerebro hace un loco, un imbécil ó un hombre de genio; una revolución social que al cabo de dos ó tres siglos renueva todos los resortes del espíritu y de la voluntad, no hace más que desflorar los órganos, y la historia que nos suministra los medios de subordinar los unos á los otros los caracteres del alma, no nos suministra los medios de subordinar los unos á los otros los caracteres del cuerpo.

Es, pues, preciso tomar otra vía, y aquí también es esta, el principio de subordinación de los caracteres, la que nos conduce. Habéis visto que cuando un carácter es más estable es también el más elemental; su duración tiene por causa su profundidad. Busquemos, pues, en el cuerpo viviente los caracteres propios á los elementos, y para esto recordad un modelo tal como lo tenéis ante los ojos en las salas de estudio. He aquí un hombre desnudo; ¿qué hay de común en todas las porciones de esta superficie animada? ¿Cuál es el elemento que repetido y diversificado se encuentra en cada fragmento del conjunto? Desde el punto de vista de la forma, hay un esqueleto cubierto de tendones y revestido de músculos; aquí el omoplato y la clavícula, allí el fémur y los huesos de las caderas; más allá la columna de las vértebras y del cráneo; cada uno con sus articulaciones, sus hendiduras, sus prominencias, su aptitud para servir de punto de apoyo ó de palanca, y las guarniciones de carne retráctiles, que tan pronto se contraen como extienden, para comunicarle sus diferentes posiciones y sus diversos movimientos. Un esqueleto articulado y un revestimento de músculos, todos lógicamente encadenados, soberbia y sabia máquina de acción y de esfuerzo; he aquí el fondo del hombre visible. Si consideráis después las modificaciones que la raza, el clima y el temperamento introducen en el hombre, blandura ó dureza de músculos, proporciones diversas de las partes, grandor ó pequeñez de la talla y de los miembros, tendréis á la mano toda la estructra íntima del cuerpo, tal como la presenta la escultura ó el dibujo.

Sobre el cuerpo desollado se extiende una segunda envoltura, común también á todas las partes, la piel, con las papillas temblorosas, vagamente azuladas por los surcos de las venas pequeñas, vagamente amarilleada por las vainas de los tendones, enrojecida por la afluencia de la sangre, nacarada con el contacto de los aponeurosis, tan pronto lisa, tan pronto estirada, de una riqueza y variedad incomparable de tonos, luminosa en la sombra, palpitante en la luz, descubriendo por su sensibilidad nerviosa las delicadezas de la pulpa blanda y la renovación en la carne, de la cual ella es el velo transparente. Si además de esto notáis las diversidades que establecen la raza, el clima y el temperamento; si echáis de ver cómo en el linfático, el bilioso ó él sanguíneo, se encuentra aquélla, ya blanda, floja, rosada, blanca, pálida; ya firme, consistente, ambarina, ferruginosa, tendréis el segundo elemento de la vida visible, aquel que es del dominio del pintor y que el colorista sólo puede expresar. Tales son los caracteres íntimos y profundos del hombre físico; no tengo necesidad de mostrar que son estables, puesto que son inseparables del individuo viviente.

V

A esta escala de valores físicos corresponde, escalón por escalón, una escala de valores plásticos. En circunstancias iguales, según que un cuadro ó una estatua ponga como de relieve un carácter más ó menos importante, tanto más ó menos bellos serán dichos cuadro ó estatua. Por esta razón en el más bajo rango encontráis dibujos, acuarelas, pasteles que en el hombre pintan, no el hombre sino el vestido, sobre todo el vestido del día. Las revistas ilustradas están llenas de tal clase de dibujos, casi siempre son estos grabados á la moda; el traje se presenta allí con todas sus exageraciones, talles de avispa, faldas monstruosas, peinados recargados y fantásticos; el artista no se cuida de la deformación del cuerpo humano, lo que le preocupa es la elegancia del momento, lo luciente de las botas, la corrección de los guantes, la perfección del moño. Al lado de los periodistas de la pluma, es el periodista del lápiz; puede tener mucho talento é ingenio, más no se dirige á otra cosa que á un gusto pasajero, al cabo de veinte años sus vestidos estarán pasados de moda. Muchos bosquejos de este género que en 1830 estaban vivos, no son hoy más que históricos y grotescos. Muchos retratos, en nuestras exposiciones anuales, no son más que el retrato de un vestido y al lado de los pintores del hombre hay los pintores del *moiré antique* y del *satín*.

Otros pintores, aunque superiores á éstos, quedan todavía en los grados inferiores del arte; tienen, es cierto talento, pero son observadores superficiales, nacidos para hacer novelas ó estudios de costumbres, y que en lugar de la pluma manejan el pincel. Lo que les preocupa son las particularidades de

taller, de profesión, de oficio, de educación, la marca del vicio ó de la virtud, de la pasión ó del hábito: Hogard, Wilkie, Mulready, muchos pintores ingleses han tenido este don tan poco pictórico y tan literario. En el hombre físico no ven más que el hombre moral; para ellos el color del dibujo, la verdad y la belleza del cuerpo viviente, son cosas subordinadas. Tratan de representar por medio de formas, actitudes y colores, tan pronto la frivolidad de una dama á la moda, tan pronto el dolor honrado de un viejo intendente, tan pronto el envilecimiento de un jugador, veinte dramas pequeños ó comedias de la vida real, instructivos ó divertidos, dedicados casi todos á inspirar buenos sentimientos ó á corregir defectos. Hablando con propiedad no pintan más que las almas, los espíritus, las emociones: emplean tanto su cuidado en este punto, que descuidan la forma: no pocas veces sus cuadros son caricaturas y siempre ilustraciones, ilustraciones de un idilio de aldea ó de una novela de interior que Burns, Fielding ó Dickens hubieran debido escribir. Las mismas preocupaciones les siguen cuando tratan de asuntos históricos; los tratan no como pintores sino como historiadores, para mostrar los sentimientos morales de un personaje ó de una época, la mirada de lady Russel que ve á su marido condenado á muerte recibir piadosamente la hostia, la desesperación de Edith de cuello de cisne que encuentra á Haroldo entre los muertos de Hastings.

Compuesta de enseñanzas arqueológicas y de documentos psicológicos, su obra no se dirige más que á los arqueólogos y á los psicólogos, ó por lo menos, á los curiosos y á los filósofos. Todo lo más, hace el oficio de una sátira ó de un drama, el espectador se siente tentado á reir ó á llorar, como en el quinto acto de una obra teatral. Pero, visiblemente, no hay aquí más que un género excéntrico, un entronizamiento de la pintura en la literatura, ó más bien, una invasión de la literatura en la pintura. Nuestros artistas de 1830, Delaroche en primer término, cayeron, aunque menos gravemente en el mismo error. La belleza de una obra plástica es, ante todo, plástica, y siempre se abate un arte cuando dejando á un lado los medios de interesar que le son propios, usurpa los de otro arte.

Llego al grande ejemplo que reune en sí á todos los otros: se trata de la historia general de la pintura y, en primer término, de la pintura italiana. Una continuación de pruebas y de contrapruebas muestran durante quinientos años la importancia pictórica de este carácter, que la teoría considera como la esencia del hombre físico. En un cierto momento, el animal humano, el armazón huesoso revestido de músculos con la carne y la piel coloreadas y sensibles, han sido comprendidos y amados por sí mismos y por encima de todo lo demás; es esta la grande época; las obras que nos ha dejado pasan, á juicio de todos, por las más bellas; todas las escuelas van á buscar allí modelos y enseñanzas. En

otras épocas, el sentimiento del cuerpo es, ó insuficiente ó mezclado con otras preocupaciones, subordinado á otras preferencias. Son las épocas de infancia, de alteración ó de decadencia. Por bien dotados que estén los artistas, no hacen más que obras inferiores ó secundarias; su talento se aplica mal; no han comprendido ó han comprendido poco el carácter fundamental del hombre visible. Siempre es el valor de la obra, proporcional á la dominación de este carácter; ante todo para el escritor se trata de hacer almas vivientes; ante todo para el escultor y el pintor se trata de hacer cuerpos vivientes. En virtud de este principio habéis visto clasificar los períodos sucesivos del arte. De Cimabúe á Masaccio, el pintor ignora la perspectiva, el modelado, la anatomía; no entrevé el cuerpo palpable y sólido más que al través de un velo; la consistencia, la vitalidad, la extructura activa, los músculos activos del tronco y de los miembros no le interesan, los personajes son para él contornos de sombras de hombres, á veces almas glorificadas ó incorpóreas.

El sentimiento religioso oprime al instinto plástico; presenta ante los ojos símbolos teológicos en las obras de Taddeo Gaddi, moralidades en las de Orcagna, visiones seráficas en las de Beato Angélico. El pintor detenido por el espíritu de la Edad Media se estaciona y tantea la puerta del arte grande. Cuando entra, es merced al descubrimiento de la perspectiva, por el hallazgo del relieve, por el estudio de la anatomía, por el empleo del aceite con Paolo Uccello, Masaccio, Fra Filippo Lippi, Antonio, Pollaiolo, Verrocchio, Ghirlandajo, Antonello de Messina, educados casi todos en una tienda de platero, amigos ó sucesores de Donatello, Ghiberti y otros grandes escultores de la época, apasionados todos por el estudio del cuerpo humano, todos admiradores, paganos de los músculos y de la energía animal, tan penetrados por el sentimiento de la vida física, que sus obras, aunque frustradas, amenazadas y tachadas de imitación literal, les señalan un puesto único, y, actualmente, guardan todo su valor. Los maestros que los sobrepujaron no hicieron otra cosa que desarrollar el principio que los informaba; la gloriosa escuela del Renacimiento florentino, los reconoce por sus fundadores. Andrea del Sarto, Fra Bartolomeo, Miguel Angel, son sus discípulos; Rafael estudió con ellos, y la mitad de su genio les pertenece. Aquí está el centro del arte italiano y del gran arte. La idea maestra de todos estos maestros y la del cuerpo viviente, sano, enérgico, activo, dotado de todas las aptitudes atléticas y animales. «El punto importante en el arte del dibujo, dice Cellini, es hacer bien un hombre y una mujer desnudos.» Y habla con entusiasmo «de los admirables huesos de la cabeza, de los omoplatos que, cuando el brazo hace un esfuerzo, dibujan rasgos de magnífico efecto; de los cinco falsos lados que cuando el torso se inclina hacia adelante ó hacia atrás, forman alrededor del ombligo, hoyos y relieves ma-

ravillosos.» «Dibujarás, dice también, el hueso que está colocado entre las dos caderas, es muy bello y se llama crupión ó sacro.» Uno de los discípulos de Verocchio, Nanni Grosso, al morir en un hospital, rehusó un crucifijo ordinario que se le presentaba y se hizo llevar uno de Donatello, diciendo, «que si no moriría desesperado», tanto le desagradaban las obras mal hechas de su arte. Habiendo perdido Luca Signorelli un hijo muy querido, hizo desnudar el cadáver y dibujó minuciosamente todos los músculos; éstos eran para él lo esencial en el hombre, é imprimía en su memoria los de su hijo. En este momento resta solamente dar un paso para acabar el hombre físico; es preciso insistir sobre el envoltorio exterior, sobre la blandura y el tono de la piel viviente, sobre la vitalidad delicada y variada de la carne sensible; Correggio y los venecianos dan este último paso, y el arte se detiene. En adelante, su floración es completa; el sentimiento del cuerpo humano ha encontrado toda su expresión. Se debilita poco á poco, se le ve aminorar, perder una porción de su sinceridad y de su seriedad, bajo Julio Romano, el Rosso, el Primatrico, degenerar después en convención de escuela, en tradición de academia, en receta de taller. A partir de este momento, á pesar de la buena voluntad estudiosa de los Carracho, el arte se altera; se hace menos plástico y más literario. Los tres Carrachos, sus discípulos ó sus sucesores, Dominiquino, Guido, Guerchin, el Barocho, buscan los efectos dramáticos, los martirios sangrientos, las escenas tiernas, las expresiones sentimentales. Las insipideces del sigisbeísmo y de la devoción, se mezclan á las reminiscencias del estilo heroico. Sobre cuerpos atléticos y musculaturas agitadas, veis cabezas graciosas y sonrisas beatas. El aire y la influencia mundana se descubren en las Madonas soñadoras, en las lindas Herodíades, en las seductoras Magdalenas que impone el gusto del día. La pintura que declina, trata de expresar. El Albano es un pintor de *boudoir*; Dolci, Cigoli, Sassoferrato, son almas delicadas, casi modernas. Con Pietro de Cortona y Luca Giordano, las grandes escenas de la leyenda cristiana ó pagana, se cambian en agradables mascaradas de salón; el artista no es más que un improvisador brillante, divertido, á la moda, y la pintura acaba al mismo tiempo que la música comienza, cuando la atención humana cesa de considerar las energías del cuerpo para volverse hacia las emociones del corazón.

Si contempláis ahora las grandes escuelas extranjeras, encontraréis que su florecimiento y su excelencia han tenido por condiciones la dominación del mismo carácter, y que el mismo sentimiento de la vida física ha suscitado más allá de los montes de Italia las obras maestras del arte. Lo que entre sí distingue á las escuelas es que cada una representa un temperamento: el temperamento de su clima, de su país. El genio de los maestros consiste en hacer una raza de cuerpos; á este títu-

lo, son fisiólogos como los escritores son psicólogos; muestran todas las consecuencias y todas las variedades del temperamento bilioso, linfático, nervioso ó sanguíneo como los grandes novelistas y los grandes dramaturgos, muestran todos los fenómenos y todas las diversidades del alma imaginativa, razonadora, civilizada é inculta.. Habéis visto entre los artistas florentinos, el tipo alargado, arrojado, musculoso, de instintos nobles, de aptitudes gimnásticas, tal como puede resultar en una raza sóbria, elegante, activa, de espiritu fino y en un país seco. Os he mostrado en los artistas venecianos, las formas redondeadas, ondulosas y regularmente desarrolladas, la carne amplia y blanca, los cabellos rojos ó rubios, el tipo sensual, espiritual, feliz, tal como puede ofrecerse en un país luminoso y húmedo entre los italianos, cuyo clima se parece al de los flamencos y que son poetas en punto al placer. Podéis ver en Rubens, el germano blanco ó pálido, rosado ó rojizo, linfático, sanguíneo, carnoso, gran comedor, el hombre de la comarca septentrional y acuática grandemente tallado, no adelgazado, de forma irregular y desbordante, abundante de carnes, brutal y sin freno en sus instintos, cuya pulpa florida se enrojece súbitamente por el influjo de las emociones, se altera fácilmente al contacto de las intemperies y se deshace horriblemente bajo lo mano de la muerte. Los pintores españoles os pondrán delante de los ojos el tipo de su raza, el animal seco, nervioso, músculos firmes, endurecido por el cierzo de sus mares y el ardor de su sol, tenaz é indomable, todo él rebosando de pasiones comprimidas, todo ardiendo en fuego interior, negro, austero y seco, entre las líneas contrapuestas de telas sombrías y de oscuridades de carbón, que de repente se entreabren para dejar ver un rosado delicioso, una púrpura viva de juventud, de belleza, de amor, de entusiasmo brotado en mejillas en flor. Tanto más grande es el artista, cuanto más manifiesta profundamente el temperamento de su raza; sin duda alguna, suministra como el poeta los más fructuosos documentos á la historia; extrae y amplifica lo esencial del ser físico, como el otro extrae y amplifica lo esencial del ser moral; y el historiador entresaca gracias á los cuadros, la estructura y los instintos corporales de un pueblo, como entresaca, por medio de las letras, la estructura y las aptitudes espirituales de una civilización.

VI

La concordancia es, pues, completa y los caracteres llevan consigo en la obra de arte el valor que tienen ya en la naturaleza. Según que poseen por sí mismos un valor más ó menos grande, comunican á la obra un valor más ó menos grande también. Cuando atraviesan la inteligencia del escritor ó del artista, para pasar del mundo real al mundo ideal, no pierden nada de lo

que son; se encuentran después del viaje lo mismo que antes del viaje; son como en otro tiempo, fuerzas más ó menos grandes, más ó menos resistentes al ataque, capaces de efectos más ó menos vastos ó profundos. Se comprende, por tanto, por qué la jerarquía de las obras de arte repite su jerarquía. En la cumbre de la naturaleza están los poderes soberanos que dirigen á los otros; en la cumbre del arte están las obras maestras que sobrepujan á las otras; las dos cimas son del mismo nivel y los poderes soberanos de la naturaleza se expresan por medio de las obras maestras del arte.

CAPÍTULO III

EL GRADO BIENHECHOR DEL CARÁCTER

I

Existe un segundo punto de vista desde el cual se deben estudiar los caracteres, puesto que son fuerzas naturales, y á este título pueden ser evaluados de dos maneras; una fuerza puede ser considerada, primero, en relación con las otras; segundo, en relación consigo misma. Considerada en relación con las otras es tanto más fuerte, cuanto las resiste ó las anula. Considerada en relación consigo misma, es más de gran cuanto el curso de sus efectos la conduce no á anularse, sino á acrecentarse. Encuentra también dos medidas, porque está sometida á dos pruebas, sufriendo primero el efecto de otras fuerzas; sufriendo en seguida su propio efecto. Un primer examen nos ha mostrado la primera prueba y la categoría más ó menos alta que reciben los caracteres, según que son más ó menos durables y que, entregados al ataque de las mismas causas destructivas, subsisten más intactos y por más largo tiempo. Un segundo examen va á mostrarnos la segunda prueba y el lugar más ó menos elevado que obtienen los caracteres, según que entregados á sí mismos caminan más ó menos completamente á su anulación ó á su desarrollo propio, por la anulación ó desarrollo del individuo y del grupo en que se encuentran. En el primer caso, descendemos grado por grado hacia esos poderes elementales, que son el principio de la naturaleza y donde habéis visto el parentesco del arte con la ciencia. En el segundo caso, subiremos grado por grado hacia esas formas superiores que son el fin de la naturaleza y veréis el parentesco del arte con la moral. Hemos considerado los caracteres según que son más ó menos *importantes*, vamos á considerar los caracteres según que son más ó menos bienhechores.

II

Comencemos por el hombre moral y por las pruebas de arte que le expresan. Es cosa manifiesta que los carac-

teres de que está dotado, son más ó menos bienhechores ó malhechores ó mixtos. Vemos todos los días individuos y sociedades prosperar, acrecentar en poder, fracasar en sus empresas, arruinarse, perecer; y cada vez si se toma la vida en bloque, se encuentra que su caída se explica por algún vicio de estructura general, por la exageración de una tendencia, por la desproporción de una situación y de una aptitud, del mismo modo que su éxito tiene por causa la estabilidad del equilibrio íntimo la moderación de un deseo ó la energía de una facultad. En la corriente tempestuosa de la vida, los caracteres son pesados ó flotantes, que ya nos arrastran al fondo, ya nos mantienen en la superficie. Así se establece una segunda escala; los caracteres se clasifican aquí según que nos son más ó menos perjudiciales ó saludables, por el grandor de la dificultad ó de la ayuda que introducen en nuestra vida, para destruirla ó conservarla.

Se trata, pues, de vivir, y para el individuo la vida tiene dos direcciones principales: ó conoce ú obra; por esto pueden distinguirse en el hombre dos facultades principales, la inteligencia y la voluntad. De donde se sigue que todos los caracteres de la voluntad y de la inteligencia que ayudan al hombre en la acción y el conocimiento, son bienhechores, y malhechores los contrarios. En el filósofo y el sabio son bienhechores la observación y la memoria exactas de detalle, juntamente á la propia adivinación de las leyes generales y á la prudencia meticulosa que somete toda suposición al contraste de las verificaciones prolongadas y metódicas. En el hombre de Estado y en el hombre de negocios, lo bienhechor es un tacto de piloto, siempre alerta y siempre seguro, es la tenacidad del buen sentido, es la acomodación incesante del espíritu á las variaciones de las cosas, es una especie de balanza interior pronta á medir todas las fuerzas circunvecinas, es una imaginación limitada y reducida á las invenciones prácticas, es el instinto imperturbable de lo posible y de lo real. En el artista es la sensibilidad delicada, la simpatía vibrante, la reproducción interior é involuntaria de las cosas, la súbita y original comprensión de su carácter dominante y de todas las armonías que le rodean. Encontraréis para cada grupo de obra intelectual un grupo de disposiciones análogas y distintas. Son muchas las fuerzas que conducen al hombre á su objeto, y es claro que cada una en su dominio es bienhechora, puesto que su alteración, su insuficiencia ó su ausencia imponen á este dominio la sequedad ó la esterilidad. Del mismo modo y en el mismo sentido la voluntad es un poder, y considerada en sí, es un bien. Se admira la fijeza de la resolución que, una vez tomada, persiste invencible al choque agudo del dolor físico, á la larga obsesión del dolor moral ó á la turbación de los trastornos súbitos, al atractivo de las seducciones á todas las diversidades de la prueba, que por la violencia ó la dulzura, por las rebeliones del espíritu ó por la debilidad del cuerpo

trabajan por contrarrestarla. Cualquiera que sea su sostén, éxtasis de los mártires, razón de los estóicos, insensibilidad de los salvajes, obstinación nativa ú orgullo adquirido es bella, y no solamente todas las porciones de la inteligencia, lucidez, genio, ingenio, razón, tacto, fineza, sino todas las porciones de la voluntad, valor, iniciativa, actividad, firmeza, sangre fría son los fragmentos del hombre ideal que buscamos, porque son líneas de ese carácter bienhechor que hemos en un principio trazado.

Es preciso ver al presente este hombre en su grupo. ¿Qué disposición bienhechora proporcionará á la sociedad en que está comprendido? Conocemos los instrumentos interiores que les son útiles, ¿dónde está el resorte interior que le hará útil á los demás?

Uno existe único, la facultad de amar, porque amar es tener por objeto la felicidad de otro, subordinarse á él, emplearse y consagrarse á su bien. Reconocéis aquí el carácter bienhechor por excelencia; es visiblemente el primero de todos en la escala de que estamos hablando. Nos sentimos impresionados con su aspecto; cualquiera que sea su forma, generosidad, humanidad, dulzor, ternura, bondad nativa, nuestra simpatía se despierta en su presencia, cualquiera que sea su objeto; sea que constituya el amor propiamente dicho la donación completa de una persona humana á una persona de otro sexo y la unión de dos vidas confundidas en una sola, sea que tenga por objeto diversas afecciones de familia, la de los padres y de los hijos, la del hermano y de la hermana, sea que produzca la firme amistad, la perfecta confianza, la fidelidad mutua de dos hombres que no están ligados entre sí por la sangre. Cuanto más vasto es un objeto más bello lo encontramos. Es que su bondad se extiende con el grupo á que se aplica; por esto en la historia y en la vida reservamos nuestra admiración más alta para aquellos impulsos que se consagran al servicio de los intereses generales, para el patriotismo, tal como se le vió en Roma en los tiempos de Aníbal, en Atenas en los tiempos de Temístocles, en Francia en 1792, en Alemania en 1813; para el gran sentimiento de caridad universal que condujo á los misioneros budistas ó cristianos hacia los pueblos bárbaros; por ese celo apasionado que ha sostenido á tantos inventores desinteresados y suscitado en el arte, en la ciencia, en la filosofía, en la vida práctica, todas las instituciones bellas ó saludables; por todas estas virtudes superiores que bajo el nombre de probidad, justicia, honor, capacidad de sacrificio, subordinación de sí mismo á alguna alta idea de conjunto, desarrollan la civilización humana y de las cuales ideas los estoicos, Marco Aurelio en primera fila, han dado á la vez el precepto y el ejemplo. No tengo necesidad de mostraros cómo en la escala así construida, los caracteres inversos ocupan el lugar inverso. Largo tiempo hace que este orden ha sido encontrado. Los nobles moralistas de la filosofía antigua lo han establecido con una

serenidad de juicio y una simplicidad de método incomparables; con un buen sentido completamente romano lo resumió Cicerón en su tratado *De Officiis*. Si las edades posteriores han añadido algunos desarrollos, han introducido en cambio muchos errores, y la moral, como el arte, es siempre entre los antiguos entre quienes es preciso buscar los preceptos. Decían los filósofos de esta época que el estoico conformaba su razón y su alma con la razón y el alma de Júpiter; los hombres de entonces hubieran podido desear que Júpiter conformase su razón y su alma con las del estoico.

III

A esta clasificación de los valores morales corresponde grado por grado una clasificación de los valores literarios. En igualdad de circunstancias, la obra que expresa un carácter bienhechor es superior á la obra que expresa un carácter malhechor. Dadas dos obras, si ambas ponen en escena, con el mismo talento de ejecución, fuerzas naturales de la misma grandeza, aquella que representa á un héroe vale más que la que nos representa á un malvado, y en esta galería de obras de arte que forman el museo definitivo del pensamiento humano, vais á ver establecido según nuestro nuevo principio, un nuevo orden de categorías. En los grados más bajos están los tipos que prefieren la literatura realista y el teatro cómico: hablo de los personajes limitados, tontos, egoístas, débiles y comunes. En efecto, son éstos los que ofrece la vida ordinaria y los que más se prestan al ridículo. En ninguna parte encontraréis más completo conjunto que en *Las Escenas de la vida burguesa* de Enrique Monnier. Casi todas las buenas novelas buscan en este grado sus figuras secundarias; el Sancho de *Don Quijote*, los petardistas de las novelas picarescas, los *squires*, los teólogos y los sirvientes de Fielding, los ecónomos y los agrios predicadores de Walter Scott, toda la población inferior que pulula en *La Comedia humana* de Balzac y en la novela inglesa contemporánea, nos muestran buen número de estos tipos. Dichos escritores se habían propuesto pintar á los hombres tales como son y se han visto obligados á pintarlos incompletos, con mezcla de cualidades, inferiores, la mayor parte abortados en su carácter ó restringidos por su condición. En cuanto al teatro cómico, basta citar á Turcaret, Basilio, Orgón, Arnolfo, Harpagón, Tartuffe, Jorge Dandín, todos los marqueses, todos los criados, todos los pedantes, todos los médicos de Molière; es propio del escritor cómico hacer brillar ante los ojos del público la insuficiencia humana. Pero los grandes artistas, á los cuales las exigencias de su género ó el amor á la verdad desnuda han impuesto el estudio de esta triste especie, han cubierto con dos artificios la mediocridad y la fealdad de los caracteres que habían imaginado. O bien se han valido de ellos como de

accesorios que sirven para poner en relieve alguna figura principal; este es el procedimiento más usado por los novelistas, y podéis estudiarlo en el *Don Quijote* de Cervantes, en *Eugenia Grandet* de Balzac, en *Madama Bovary* de Gustavo Flaubert. Otras veces inclinan nuestras antipatías hacia el personaje, haciéndole caer de desventura en desventura, excitando contra él la risa desaprobadora y vengadora y mostrando con intención las consecuencias desgraciadas de su insuficencia, procurando expulsar de la vida el defecto que en él domina. El espectador, al sentirse hostil, se encuentra satisfecho, experimenta, al ver analizados la tontería y el egoísmo, idéntico placer que al ver desplegarse la bondad ó la fuerza: el destierro de un mal vale por el triunfo de un bien. Es el gran procedimiento de los escritores cómicos, también lo utilizan los novelistas, y veréis el mismo resultado, no solamente en *Las Preciosas*, *La Escuela de las mujeres*, *Las mujeres sabias* y otras obras de Molière, sino en el *Tom Jones* de Fielding, en el *Martín Chuzzlewit* de Dickens, y en *La Solterona* de Balzac. En rigor, el espectáculo de estas almas raquíticas ó cojas acaba por dejar en el lector un vago sentimiento de fatiga, de disgusto, y aun de irritación y de amargura; si son muy numerosas y ocupan el puesto principal, el lector ó el espectador se sienten descorazonados. Sterne, Swift, los cómicos ingleses de la Restauración, muchas de las comedias y novelas contemporáneas, las escenas de Enrique Monnier acaban por desagradar; la admiración ó aprobación del lector están mezcladas de repugnancia; desagrada ver gusanos, aunque sea para aplastarles, y pedimos que se nos muestren criaturas de un empuje más fuerte y de un carácter más alto.

En este puesto de la escala hay que colocar una familia de tipos potentes, pero incompletos, y, en general, desprovistos de equilibrio. Una pasión, una facultad, una disposición cualquiera de espíritu ó de carácter, se ha desarrollado en ellos con un acrecentamiento enorme, como un órgano hipertrofiado, en detrimento del resto del organismo, entre toda especie de despechos y dolores. Tal es el tema ordinario de las literaturas dramáticas ó filosóficas; porque, de una parte, los personajes así construidos son los más propios para suministrar al escritor los acontecimientos conmovedores ó terribles, las luchas y trastornos de los sentimientos, los desgarramientos interiores de que tiene necesidad para su teatro; y de otra parte, son los más propios para manifestar á los ojos del pensador los mecanismos del pensamiento, las fatalidades de estructura, todos los poderes oscuros que obran en nosotros sin que de ellos tengamos conciencia y que son los ciegos soberanos de nuestra vida. Los encontraréis entre los trágicos griegos, españoles y franceses, en lord Byron y Víctor Hugo, en la mayor parte de las grandes novelas, desde *Don Quijote* hasta *Werter* y *Madama Bovary*. Todos han mostrado la desproporción del hombre

consigo mismo y con el mundo, la dominación de una pasión ó de una idea madre: en Grecia, el orgullo, el rencor, el furor guerrero, la ambición atormentadora, la venganza filial, todos los sentimientos naturales ó espontáneos; en España y en Francia, el amor caballeresco, el amor exaltado, el fervor religioso, todos los sentimientos monárquicos y cultivados; en la Europa de nuestros días, la enfermedad interior del hombre descontento de sí mismo y de la sociedad. Pero en ninguna parte esta raza de hombres vehementes y agobiados por el sufrimiento se ha propagado en especies más vigorosas, más completas y más distintas que en los dos grandes conocedores del hombre, en Shakespeare y Balzac. Diez veces por cada doce, el principal personaje es en ellos un maníaco ó un criminal; está dotado de las más finas facultades y las más fuertes, á veces de los sentimientos más generosos y más delicados; pero por una falta de dirección superior, estos poderes le conducen á su pérdida ó se desencadenan á expensas de otros. La soberbia máquina estalla y destruye á los que encuentra en su camino. Ved los héroes de Shakespeare, Coriolano, Hotspur, Hamlet, Lear, Timon, Leontes, Macbeth, Otello, Antonio, Cleopatra, Romeo, Julieta, Desdémona, Ofelia, los más heroicos y los más puros, todos arrebatados por la fuga de la imaginación ciega, por el estremecimiento de la sensibilidad enloquecida, por la tiranía de la carne y de la sangre, por el influjo irresistible de la cólera y del amor. Juzgad ahora las almas desnaturalizadas y carniceras que se lanzan como leones sobre el rebaño humano. Yago, Ricardo III, lady Macbeth, todos los que han hecho salir de sus venas «la última gota de leche de la naturaleza humana». En Balzac encontraréis los dos grupos de figuras correspondientes, de un lado los monomaniacos Hulot, Claës, Goriot, el primo Pons, Luis Lambert, Grandet, Gobseck, Sarrazine, Frauenhofer, Gambara, coleccionadores, enamorados, artistas, avaros; del otro, las fieras de presa Nucingen, Vautrin, de Tillet, Felipe, Bridau, Rastignac, Marsay, los Marneffe, macho y hembra, usureros, petardistas, cortesanas, ambiciosos, hombres de negocios, por todas partes especies potentes y monstruosas nacidas de la misma concepción que las de Shakespeare, más por un trabajo de crianza más laborioso, en un aire ya respirado y viciado por demasiadas generaciones humanas, con una sangre menos joven y con todas las deformaciones, enfermedades y macas de una civilización vieja. Estas son las obras literarias más profundas; ellas manifiestan mejor que las otras los caracteres importantes, las fuerzas elementales, las fuentes profundas de la naturaleza humana. Se experimenta al leerlas una especie de emoción grandiosa, la que sentiría un hombre introducido en el secreto de las cosas, admitido á contemplar las leyes que gobiernan el alma, la sociedad y la historia. No obstante, es penosa la impresión que nos dejan; se han visto de-

masiadas miserias y demasiados crímenes; las pasiones desarrolladas y en trechocando entre sí han estallado con demasiada rabia. Antes de entrar en el libro, mirábamos los objetos por fuera pasivamente; maquinalmente, como el burgués que asiste á un desfile monótono de tropas. El escritor nos ha cogido por la mano y nos ha conducido al campo de batalla; vemos entonces los ejércitos barridos por la metralla y cubierto el suelo con sus muertos.

Subamos un grado más y nos encontraremos con los personajes perfectos, con los héroes verdaderos. Se encuentran algunos en la literatura dramática y filosófica de que acabo de hablaros. Shakespeare y sus contemporáneos han multiplicado las mujeres perfectas, la inocencia, la bondad, la virtud, la delicadeza femenina; al través de toda la continuidad de los siglos, sus concepciones han reaparecido bajo diversas formas en la novela ó en el drama inglés, y veréis las últimas hijas de Miranda y de Imogene en las Esther y las Agnes de Dickens. Los caracteres nobles y puros no faltan en el mismo Balzac: Margarita Claës, Eugenia Grandet, el marqués de Espars, el médico de aldea son modelos en su género. Lo mismo puede encontrarse en el vasto campo de las literaturas: muchos escritores que de antemano han puesto en escena los sentimientos y las almas superiores, Corneille, Richardson, Jorge Sand; el uno en *Polieucto*, el *Cid*, *Los Horacios*, representando el heroismo razonador; el otro en *Pamela*, *Clarisa* y *Grandison*, haciendo hablar la virtud protestante; la otra en *Mauprat*, *Francisco el Champi*, *El Pantano del diablo*, *Juan de la Roca* y tantas otras obras recientes que pintan la generosidad nativa. Algunas veces, en fin, un artista superior, Goethe en su *Herman* y *Dorotea*, y sobre todo en su *Ifigenia*, Tennyson en los idilios del *Rey y la princesa*, han tratado de remontarse á lo más alto del cielo ideal. Pero nosotros hemos caído de allí y ellos no vuelven á nosotros más que merced á la curiosidad á las abstracciones de solitario, ó á las investigaciones de arqueólogo. Cuando los demás ponen en escena personajes perfectos, es, ó como moralistas ú observadores; en el primer caso, para presentar una tesis con una mezcla sensible de frialdad y prejuicio; en el segundo, caso con una mezcolanza de rasgos humanos, de imperfecciones, de preocupaciones locales, de faltas antiguas, probables ó posibles que relacionan la figura ideal con las figuras reales, pero que oscurecen el esplendor de su belleza. El ambiente de las civilizaciones avanzadas no es bueno para ella; por esto aparece en las literaturas épicas y populares, cuando la inexperiencia y la ignorancia dejan á la imaginación todo su vuelo. Hay una época para cada uno de los tres grupos de tipos y para cada uno de los tres grupos de literaturas; tienden á producirse, el uno al declinar, el otro durante la madurez, el otro en la primera juventud de una civilización. En las épocas muy cultivadas y refinadas, en las naciones un poco envejecidas, en el siglo de las hetarias

en Grecia, en los salones de Luis XIV y en los nuestros aparecen los tipos más bajos y los más verdaderos, las literaturas cómicas y realistas. En las épocas adultas, cuando la sociedad está en su pleno desarrollo, cuando el hombre está en el medio de alguna grande empresa, en Grecia en el siglo v, en España é Inglaterra á fines del xvi, en Francia en el xvii, y en la actualidad aparecen los tipos poderosos y agobiados por el sufrimiento, las literaturas dramáticas ó filosóficas. En épocas intermediarias, que son de una parte madurez y de la otra decadencia, ahora por ejemplo, las dos edades se mezclan por una usurpación recíproca, y cada una de ellas prohija las creaciones de la otra al lado de las suyas. Pero las criaturas verdaderamente ideales no nacen abundantemente más que en las épocas primitivas y cándidas, y éstas son aquellas remotas de los orígenes de los pueblos, entre los sueños de la infancia humana. Hasta ella es preciso remontarse para encontrar los héroes y los dioses. Cada pueblo tiene los suyos; los ha sacado de su corazón y nutrido con sus leyendas; á medida que se avanza en la soledad inexplorada de las edades nuevas y de la historia futura, sus imágenes inmortales lucen ante los ojos como otros tantos genios bienhechores, encargados de guiar al hombre y protegerle.

Tales son los héroes en las verdaderas epopeyas, Sigifrido en los Niebelungos, Rolando en nuestras viejas canciones de Gesta, el Cid en el Romancero, Rostán en el *Libro de los reyes*, Antar en Arabia, Ulises y Aquiles en Grecia. Más altos todavía, en un cielo superior, están los reveladores, los salvadores y los dioses; los de Grecia pintados en los poemas de Homero, los de la India entrevistos en los himnos védicos, en las antiguas epopeyas y en las leyendas búdicas, los de Judea y los del cristianismo representados en los salmos, en los Evangelios, en el Apocalipsis, en esa cadena continua de confidencias poéticas de las cuales los últimos y más finos anillos son los *Fioretti* y *La Imitación*. Aquí el hombre transfigurado y engrandecido consigue toda su amplitud; divinizado ó divino, nada le falta: si tienen límites su espíritu, su fuerza ó su bondad, es á causa de nuestros ojos y de nuestro punto de vista. Su siglo y su raza no tienen ojos para él; su creencia le ha dado todo lo que la imaginación había concebido. A su lado y en sus obras de arte están las obras sublimes y sinceras que han llevado su idea sin inclinarse bajo su peso.

IV

Consideremos ahora al hombre físico con las artes que le manifiestan, y busquemos cuáles son sus caracteres bienhechores. El primero de todos, sin contestación, es la salud intacta, la salud floreciente. Un cuerpo maltratado por el sufrimiento, lánguido, extenuado, es muy débil; lo que se llama animal viviente es un conjunto de órga-

nos con un conjunto de funciones; toda detención parcial es un paso hacia la detención total; la enfermedad es una destrucción comenzada, una aproximación hacia la muerte. Por la misma razón, es preciso colocar entre la primera fila de los caracteres bienhechores la integridad del tipo natural, y esta observación nos conduce muy lejos en la concepción del cuerpo perfecto; porque ella excluye, no solamente las gruesas deformidades, las desviaciones de la columna vertebral y de los miembros y todas las fealdades que puede presentar un museo patológico, sino todavía las alteraciones más ligeras que el oficio, la profesión, la vida social, introducen en las perfecciones y en las exterioridades del individuo. Un herrero tiene los brazos demasiado gruesos, un picapedrero tiene la columna vertebral encorvada, un pianista tiene las manos surcadas por tendones y venas alargadas hasta el exceso y terminadas por dedos aplastados; un abogado, un médico, un hombre de oficina y de negocios lleva en sus músculos flácidos y en su semblante estirado, la marca universal de su vida cerebral y sedentaria. Los efectos del traje, sobre todo del traje moderno, no son menos perturbadores. Sólo los vestidos anchos, flotantes, fácilmente y á menudo quitados, la sandalia, la clámide, el peplum antiguo, no perjudican al cuerpo natural. Nuestros calzados colocan juntos los dedos de los pies y los deforman, los corsés y los cuerpos del vestido de nuestras mujeres les estropean el talle. Ved un baño de hombres en estío y notaréis multitud de deformaciones tristes ó grotescas, entre otras el color pálido de la piel; ha perdido el hábito de la luz y su tejido no es nada firme; tiembla y se eriza al menor soplo de aire; está fuera de su centro, no está en armonía con las cosas que le rodean; difiere tanto de la carne sana como una piedra recién sacada de la cantera difiere de un pedruño que ha vivido largo tiempo bajo la lluvia y el sol: ambas han perdido su tono natural. Seguid hasta el cabo este principio: á fuerza de descontar todas las alteraciones que la civilización impone al cuerpo natural, veréis aparecer los primeros lineamientos del cuerpo perfecto.

Veámosle ahora en la obra: su acción, esto es, su movimiento. Contaremos, pues, entre los caracteres bienhechores todas las capacidades de movimiento físico: es preciso que sea apto y que esté preparado para todos los ejercicios y empleos de su fuerza, que tenga la estructura de armazón, las proporciones de miembros, la amplitud de pecho, el buen juego de las articulaciones, la resistencia de músculos necesaria para correr, saltar, llevar, golpear, combatir, resistir al esfuerzo y la fatiga. Le daremos todas estas perfecciones corporales sin que predomine la una en detrimento de la otra; estarán todas en él en el más alto grado, pero con equilibrio y armonía. Cón que falte una fuerza, con que exista una debilidad, el cuerpo, en vez de ser desarrollado será entorpecido. No es esto todo. A las disposiciones atléti-

cas y á la preparación gimnástica, añadiremos un alma, es decir, una voluntad, una inteligencia y un corazón. El ser moral es el término y como la flor del animal físico: si falta el primero, el segundo no es completo; parecería abortada la planta, no tendría su corona suprema si un cuerpo tan perfecto no acabase con un alma perfecta (1). Mostraremos esta alma en toda la economía del cuerpo, en la actitud, en la forma de la cabeza, en la expresión del rostro; se sentirá que es libre y sana ó superior y grande. Se adivinará su inteligencia, su energía, su nobleza, mas no se hará más que adivinarla. No haremos más que indicarlas, no las pondremos en relieve; si lo intentásemos, perjudicaríamos al cuerpo perfecto que queremos representar. Porque la vida espiritual se opone en el hombre á la vida corporal: cuando sube alto en la primera, desatiende ó subordina la segunda, y el alma parece embarazada por el cuerpo; entonces convierte la máquina corporal en un accesorio: para pensar más libremente la sacrifica, la encierra en un gabinete de trabajo y la deja hincharse ó ablandarse; le da vergüenza de su cuerpo, y su pudor exagerado lo cubre y lo oculta casi todo entero; cesa de conocerle, y no ve más que los órganos pensantes ó expresivos, el cráneo, envoltura del cerebro; la fisonomía, intérprete de las emociones; lo demás es un apéndice disimulado por la ropa. La alta civilización, el completo desarrollo, la profunda elaboración no pueden encontrarse en un cuerpo atlético, desnudo, formado en la vida gimnástica. La frente pensativa, la finura de las facciones, la complicación de la fisonomía, resultarían un contraste disparatado con los miembros de luchador y corredor. Por esta razón, cuando queremos imaginar un cuerpo perfecto tomamos al hombre en la época y situación intermediarias en que el alma no ha relegado el cuerpo al segundo lugar, en que el pensamiento es una función y nó una tiranía, en que no es el espíritu un órgano desproporcionado y monstruoso, en que el equilibrio subsiste en todas las partes de la acción humana, en que la vida corre amplia y mesurada, como un hermoso río, entre la insuficiencia del pasado y los desbordamientos del porvenir.

(1) *ψυχη εντελεχεια σωματος φυσικου οργανικου.* Esta definición de Aristóteles, tan profanada, pudiera haber sido escrita por todos los escultores griegos: es la idea madre de la civilización helénica.

V

A partir de este orden de valores físicos, se pueden clasificar las obras de arte que representan al hombre físico, y demuestran que, en igualdad de circunstancias, las obras serán más ó menos bellas según que expresen más ó menos completamente los caracteres cuya presencia es un beneficio para el cuerpo. En el más bajo escalón se encuentra el arte que *a priori* los suprime todos.

Comienza este arte con la caída del paganismo antiguo y dura hasta el Renacimiento. Desde la época de Commodo y de Diocleciano veis á la escultura alterarse profundamente: los bustos imperiales ó consulares pierden su serenidad y su nobleza; el disgusto, la seriedad y la fatiga, la hinchazón de los carrillos y el estiramiento del cuello, los tics del individuo y las particularidades del oficio reemplazan á la salud armoniosa y á la energía activa. Poco á poco llegáis á los mosaicos y á las pinturas del arte bizantino, á los Cristos y Panogias demacrados, rígidos, paralizados, simples maniquíes, verdaderos esqueletos á veces, cuyos cóncavos ojos de córneas blancas, los delgados labios, el rostro afilado, la frente estrecha, las manos endebles é inertes, dan la idea de un asceta tísico é idiota. En grado menor, la misma enfermedad permanece al través de todo el arte de la Edad Media; parece, cuando se contemplan las vidrieras, las estatuas de las catedrales, las pinturas primitivas, que la raza humana ha degenerado y que la sangre humana se ha empobrecido; santos tísicos, mártires dislocados, vírgenes con el pecho plano, de pies demasiado largos y manos nudosas, solitarios desecados y como vacíos de substancia, Cristos que parecen lombrices de tierra aplastadas y sangrientas, procesiones de personajes sombríos, paralizados, tristes, y en los que están impresas todas las deformaciones de la miseria y todos los temores de la opresión. Cuando á la proximidad del Renacimiento, la planta humana toda secada y contrahecha comienza á vejetar, no se endereza del primer golpe; todavía no está pura su sabia. La salud y la energía no entran por completo en el cuerpo humano; hace falta un siglo para que se cure de sus escrófulas inveteradas.

Entre los maestros del siglo xv encontraréis signos numerosos que denotan la consunción antigua y la juventud inmemorial: en Memling, en el hospital de Brujas, rostros de una imposibilidad monacal, cabezas demasiado grandes, frentes abultadas por la exageración del sueño místico, brazos débiles, la placidez monótona de una vida inmóvil, conservada como una pálida flor en la sombra del claustro; en Beato Angélico, los cuerpos atenuados, disimulados bajo las capas y ropas resplandecientes, reducidos al estado de fantasmas gloriosos, de pechos hundidos, de cabezas alargadas, de frentes prominentes; en Alberto Durero, los muslos y los brazos demasiado delgados, los vientres demasiado gruesos, los pies poco graciosos, los semblantes ansiosos, arrugados y fatigados, las Evas y los Adanes pálidos y entorpecidos, á los cuales dan ganas de vestirlos; en casi todos ellos esa forma de cráneo que recuerda los de los fakires ó los hidrocéfalos, y esos niños raquíticos apenas viables, especie de cardos cuya cabeza enorme está sostenida por un tronco blanducho, acompañados de miembros miserables, replegados y tortuosos. Los primeros maestros del Renacimiento ita-

liano, los verdaderos restauradores del antiguo paganismo, los anatómicos de Florencia, Antonio Pollaiolo, Verocchio, Luca Signorelli, todos los predecesores de Leonardo de Vinci, guardan un resto de la marca original: en sus figuras, la vulgaridad de las cabezas, la fealdad de los pies, lo saliente de rodillas y clavículas, las abolladuras de los músculos, la actitud penosa, muestran que la fuerza y la salud, restablecidas sobre su trono, no han podido reunir sus naturales compañeras, y que faltan todavía dos miras, las de la felicidad y de la serenidad. Cuando, en fin, los dioses de la antigua belleza, llamados del destierro, recobran sobre el arte su legítimo imperio, no se encuentran soberanos más que en Italia; más allá de los montes, su autoridad es intermitente ó incompleta.

Las naciones germánicas no la aceptan más que á medias; es preciso que, como Flandes, sean católicas; las protestantes, como la Holanda, se emancipan de esta influencia. Estas sienten mejor la verdad que la belleza; prefieren los caracteres importantes á los caracteres bienhechores, la vida del alma á la vida del cuerpo, las profundidades de la persona individual á la regularidad del tipo general, el sueño interno y turbado á la contemplación clara y armoniosa, la poesía del sentimiento íntimo á la alegría exterior de los sentidos. Rembrandt, el pintor más grande de esta raza, no ha retrocedido ante ninguna de las fealdades y las deformidades físicas; hocicos afeitados de usureros y de judíos, espinazos encorvados y piernas zambas, mendigos y desharrapados, cocineras medio desnudas, cuya carne deformada muestra todavía la señal del corsé; rodillas abultadas y vientres flácidos, caras de hospital y pingajos de trapería, historias judías que parecen copiadas en una zahurda de Rotterdam, escenas de tentación, en que la mujer de Putifar, arrojándose del lecho, hace comprender al espectador la huida de Josef; audaces y dolorosas conflagraciones de lo real, todo entero, todo lo repugnante que puede ser. Tal pintura, cuando resulta, va más allá de la pintura, como la de Beato Angélico, de Alberto Durero, de Memling; es una verdadera poesía: el artista trata de manifestar su emoción religiosa, sus adivinaciones filosóficas, una concepción general de la vida; el objeto propio de las artes plásticas, el cuerpo humano, resulta sacrificado; está subordinado á una idea ó á cualquier otro elemento del arte. En efecto, en Rembrandt, el principal interés del cuadro no es el hombre, sino la tragedia de la luz moribunda, esparcida, palpitante, combatida incesantemente por la invasión de la sombra. Pero si dejando estos genios extraordinarios ó excéntricos, consideramos el cuerpo humano como el verdadero objeto de la imitación pintoresca, nos será preciso reconocer que las figuras pintadas ó esculpidas á las que faltan la fuerza, la salud y las demás perfecciones corporales, descienden á lo más bajo del arte.

En torno á Rembrandt aparecen pin-

tores de un genio menor, á quienes se llama los pequeños flamencos Van Ostade, Teniers, Gerardo Dow, Adriano Bronwer, Juan Steen, Pedro de Hoogh, Terburg, Metzu y muchos otros. Sus personajes son, por lo general, burgueses ó gentes del pueblo; los copiaron tales como los vieron en los mercados y en las calles, burgomaestres gordos y ricachones, damas decentes y linfáticas, maestros de escuela con anteojos, cocineros en el fogón, hosteleros ventrudos, bebedores en día de fiesta, palurdos regordetes y pesados, gentes de tenducho, de cortijo, de taller y de taberna. Luis XIV, viéndolos en su galería, decía: «Quitadme de aquí esos macacos.»

En efecto; el personaje que ellos han pintado es un cuerpo de especie inferior, de sangre fría, de color pálido ó rojizo, de talle desproporcionado, de facciones irregulares, vulgar, grosero á menudo, propio para la vida sedentaria y maquinal, desprovisto de la actividad y de la ligereza que son cualidades del atleta y del corredor. Por otra parte, le han dejado todas las marcas de la vida social, todas las señales del oficio, de la condición y del vestido, todas las deformaciones que el trabajo mecánico del obrero, la vida ceremoniosa del burgués imponen á la estructura del cuerpo y á la expresión del rostro. Pero su obra se levanta por otras cualidades: la una, que hemos examinado más arriba, hablo de la representación de los caracteres importantes y el arte de manifestar lo esencial de una raza y de un siglo; la otra, que ahora examinaremos, se refiere á la armonía del color y á la habilidad de la disposición. De otra parte, considerados en sí mismos los personajes, causan placer al que los ve, no son exaltados ni enfermos de espíritu, agobiados de sufrimiento, comprimidos como los precedentes; son tranquilos y están contentos de vivir, están á gusto en sus tiendas ó en sus hogares; una pipa y un vaso de cerveza bastan para su felicidad, no obran, no están inquietos, ríen á mandíbula batiente ó miran ante ellos sin cuidarse de nada más. Burgueses y gentileshombres se sienten felices con sus trajes nuevos, sus pisos encerados, sus vidrios lucientes. Criados, campesinos, zapateros, hasta mendigos están contentos en sus chiribitiles, se encuentran bien sentados en sus escaños, se ve que les gusta manejar sus herramientas ó pelar sus zanahorias. Sus sentidos obtusos y su imaginación menguada no les llevan más allá; el semblante es reposado ó tranquilo, paternal ó bonachón: tal es la felicidad del temperamento flemático, y la felicidad, es decir, la salud moral y física es siempre bella hasta en este caso.

Llegamos, en fin, á las figuras grandiosas, en las cuales el animal humano alcanza toda su fuerza y toda su talla. Son las de los maestros de Amberes, Crayer, Gerard Zeghers, Jacques Van Oost, Van Roose, Van Thulden, Abraham Jansens, Theodoro Rombouts, Jordaens y Rubens en primera fila. He aquí, en fin, cuerpos libres de todas las presiones sociales y de las cuales nada

fastidia, estén desnudos ó vestidos flojamente; si están vestidos, sus trajes son fantásticos y magníficos, y son para sus miembros no una traba, sino una decoración. No se han visto actitudes más libres, gestos más impetuosos, músculos más vigorosos y más amplios. En Rubens, los mártires son personas fogosas y luchadores vencidos. Los santos tienen troncos de faunos y caderas de bacantes. El vino espumoso de la salud y de la alegría corre impetuosamente por su cuerpo demasiado nutrido, desborda como una savia rebosante en carnaciones espléndidas, en gestos abandonados, en alegrías colosales, en furores soberbios, la roja onda de sangre sube y desciende en sus venas é impulsa la vida con un movimiento tan opulento y tan libre, que toda criatura humana parece débil y contenida al lado suyo. Es un mundo ideal, y cuando nos hacemos cargo de él sentimos en nosotros como un gran aletazo que nos coloca por debajo de nosotros mismos. Pero no es este grado el más alto de todos. Los apetitos son aquí soberanos; apenas si traspasan la vida gruesa del estómago y de los sentidos. Los apetitos alumbran los ojos con una llama demasiado salvaje, la risa sensual habita asiduamente en sus labios carnosos; el cuerpo grueso, lujuriosamente desarrollado, no es adecuado á toda la diversidad de las acciones viriles, sólo es capaz de un ímpetu bestial y de una ansiedad glotona; la carne demasiado sanguínea y demasiado blanda, desborda en formas exageradas é irregulares: el hombre ha sido construido en grande pero á fuertes golpes. Es limitado, violento, á veces cínico y burlón, le faltan los altas partes del espíritu, no es noble. Los Hércules no son héroes sino matarifes. Tienen musculatura y alma de toro, y el hombre tal como lo ha concebido Rubens, parece un floreciente bruto que sus instintos condenan á la hartura del pasto ó á los mugidos del combate.

Nos queda por encontrar un tipo humano en el cual la nobleza moral corone la perfección física. Dejaremos para esto Flandes é iremos á la patria de lo bello. Atravesemos los Países Bajos italianos, quiero decir, Venecia, y veremos en su pintura una aproximación del tipo perfecto: carnes amplias, pero contenidas en una forma más mesurada, una felicidad floreciente pero de especie mas fina, un placer extenso y franco, más exquisito y adornado; cabezas enérgicas y almas limitadas á la vida presente, frentes inteligentes, fisonomías reflexivas y dignas, espíritus aristocráticos y abiertos. Iremos á Florencia y contemplaremos esta escuela, de donde salió Leonardo ó entró Rafael, y que con Ghiberti, Donatello, Andrea del Sarto, Fra Bartolomeo, Miguel Angel, descubrió el tipo más perfecto, al cual está atenido el arte moderno. Contemplad el *San Vicente*, de Bartolomeo, la *Madonna al sacco*, de Andrea del Sarto, la *Escuela de Atenas*, de Rafael, la tumba de los Médicis y la bóveda de la Sixtina, de Miguel Angel; he aquí los cuerpos que nosotros deberíamos tener:

después de esta raza de hombres, los otros son débiles ó groseros ó mal equilibrados. No solamente sus figuras tienen la firme salud que permanece invencible á los ataques de la vida; no solamente están exentos de todas las tachas y limitaciones que las exigencias de la sociedad humana y el conflicto del mundo que nos rodea nos imponen; no solamente el ritmo de su estructura y la libertad de su actitud manifiestan en ellos todas las facultades de la acción y del movimiento; pero todavía su cabeza, su rostro y el conjunto de todas sus formas atestiguan, unas veces como en Miguel Angel, la energía y sublimidad de la voluntad, otras como en Rafael, la dulzura y la paz inmortal del alma, otras, como en Leonardo, la elevación y la finura exquisita de la inteligencia, sin que, sin embargo, en el uno ó en el otro, el refinamiento de la expresión moral haga contraste con la desnudez del cuerpo ó con la perfección de los miembros, sin que jamás el ascendiente demasiado fuerte del pensamiento ó de los órganos retire á la persona humana de este cielo ideal en que todos los poderes se juntan en un concierto superior. Sus personajes pueden luchar é indignarse como los héroes de Miguel Angel, soñar y sonreir como las mujeres de Vinci, vivir y contentarse de vivir como las madonas de Rafael; lo que importa no es la acción momentánea en la cual se ocupan, es su estructura entera. La cabeza no es más que una porción, el pecho, los brazos, las relaciones, las proporciones, toda la forma habla y conspira á fin de poner ante nuestros ojos una criatura de otra especie que la nuestra; nos encontramos ante ellos como los monos ó los papous delante de nosotros.

No podemos situarlos en ningún punto de la historia positiva; tenemos necesidad, para encontrar su mundo, de hacerlos retroceder hasta las lejanías vaporosas de la leyenda. La poesía de la distancia ó la majestad de las teogonías pueden tan sólo suministrar un suelo digno de sostenerlos. Ante las Sibilas y las Virtudes de Rafael, ante los Adanes y las Evas de Miguel Angel, pensamos en las figuras heroicas ó serenas de la humanidad primitiva, en las vírgenes, hijas de la tierra y de los ríos, cuyos grandes ojos reflejaron por primera vez el azul del cielo paternal, á los combatientes desnudos que descendían de sus montañas para ahogar á los leones entre sus brazos. Al separarnos de tal espectáculo, creemos que nuestra obra está hecha y que no podemos ir más allá. Y, sin embargo, Florencia no es más que la segunda patria de lo bello. Atenas es la primera. Algunas cabezas y algunas estatuas, escapadas del naufragio de la antigüedad, la Venus de Milo, los mármoles del Partenón, la cabeza de Juno reina en Ludovisi, os muestran una raza todavía más alta y más pura; os atreveréis á sentir por comparación que en las figuras de Rafael la dulzura es á veces un poco amanerada (1), y que la

(1) La Virgen de San Sixto, la Bella Jardinera.

tructura del cuerpo es en ocasiones un poco maciza (1); que en las figuras de Miguel Angel, la tragedia del alma se anuncia demasiado visiblemente por la dilatación de los músculos y el exceso del esfuerzo. Los verdaderos dioses visibles nacieron en un aire más puro. Una civilización más espontánea y más sencilla, una raza mejor equilibrada y más fina, una religión mejor apropiada, una cultura de cuerpo mejor entendida, han, en otro tiempo, presentado un tipo más noble, de una calma más orgullosa, de una serenidad más augusta, de un movimiento más unido y más libre, de una perfección más fácil y más natural; ha servido de modelo á los artistas del Renacimiento, y el arte que admiramos en Italia no es más que una dirección menos recta y menos alta del laurel jónico trasplantado en otro suelo.

VI

Tal es la doble escala en la cual se clasifican á la vez los caracteres de las cosas y los valores de las obras de arte. Según que los caracteres son más importantes ó bienhechores, están en un lugar más alto y ponen también en rango más elevado las obras de arte, por medio de las cuales son expresados. Notad que la importancia y la cualidad bienhechora son dos fases de una propiedad única, *la fuerza* considerada en relación con las demás y en relación consigo misma. En el primer caso es más ó menos importante, según que resiste á fuerzas más ó menos grandes; en el segundo caso es bienhechora ó perjudicial, según que propende á su propia debilidad ó á su crecimiento. Estos dos puntos de vista son los más elevados con relación á los que se puede considerar la naturaleza; ellos encaminan nuestros ojos, tanto hacia su esencia como á su dirección. Por su esencia es la naturaleza un conjunto de fuerzas brutas desiguales en magnitud, cuyo conflicto es eterno, mas cuya suma y trabajo total permanecen siempre los mismos. Por su dirección, es una serie de formas donde la fuerza almacenada tiene el privilegio de una renovación y aun de un crecimiento continuo. Unas veces, el carácter es uno de estos poderes primitivos y mecánicos que constituye la esencia de las cosas; otras es uno de los poderes ulteriores y capaces de crecer que marcan la dirección del mundo; y por esto se comprende, que el arte es superior cuando, tomando por objeto la naturaleza, manifiesta, ya una porción profunda de su fondo íntimo, ya algún momento superior de su desarrollo.

(1) Las Venus, las Psiquis, las Gracias, los Júpiter, los Amores de la Farnesina.

CAPÍTULO IV

EL GRADO DE CONVERGENCIA DE LOS EFECTOS

I

Después de haber considerado los caracteres en sí mismos, nos resta examinarlos cuando se transportan á la obra de arte. No solamente es preciso que tengan en ella un gran valor, sino que además es necesario que en la obra de arte dominen cuanto sea posible. De ese modo recibirá todo su brillo y todo su relieve; y solamente de esta manera serán aquellos más visibles que en la naturaleza. Por esto es preciso evidentemente que todas las partes de la obra contribuyan á manifestarlos. Ningún elemento debe quedar inactivo ó atraer la atención hacia otro lado; sería esto una fuerza empleada en sentido contrario. En otros términos, en un cuadro, una estatua, un poema, un edificio, una sinfonía, todos los efectos deben ser *convergentes*. El grado de esta convergencia marca el lugar de la obra, y vais á ver una tercera escala alzarse al lado de las dos primeras para medir el valor de las obras de arte.

II

Ocupémonos, en primer lugar, de las que manifiestan al hombre moral, y principalmente de la literatura. Empezaremos por distinguir los diversos elementos que constituyen un drama, una epopeya, una novela; en una palabra, una obra que pone en escena almas en acción. En primer lugar, hay almas de personajes dotados todos de carácter distinto; y en un carácter se pueden reconocer muchas partes. En el momento en que un niño, como dice Homero, «cae por primera vez entre las rodillas de su madre», posee, al menos en germen, facultades é instintos de cierta especie y de cierto grado. Tiene algo de su padre, de su madre, de su familia, y, en general, de su raza; además estas cualidades hereditarias transmitidas con la sangre, tienen en él dimensiones y proporciones por las cuales se le distingue de sus compatriotas y de sus parientes. Este fondo, moral innato, está unido á un temperamento físico, y ambos juntos forman el elemento primitivo que la educación, los ejemplos, el aprendizaje, todos los acontecimientos y todas las acciones ulteriores de la infancia y de la juventud, van á contrariar ó á completar. Cuando estas diferentes fuerzas, en vez de anularse unas contra otras se suman entre sí, su convergencia produce en el hombre un carácter profundo, y de este modo veis aparecer los caracteres enérgicos y fuertes. Esta convergencia falta á menudo en la naturaleza; jamás falta en la obra de los grandes artistas; así es que sus caracteres, aunque compuestos de los mismos elementos que los caracteres reales, son más poderosos que los caracteres reales. Pre-

paran su personaje de lejos y minuciosamente; cuando nos los presentan sentimos que no puede ser de otra manera que como es. Una vasta armazón le sostiene, una lógica profunda le ha construido. Nadie ha tenido este don en grado tan alto como Shakespeare. Si leéis con atención cada uno de sus papeles, encontraréis á cada instante, en una palabra, en un gesto, en una salida de imaginación, en una incoherencia de ideas, en el giro de una frase, un recuerdo y un índice que os mostrarán todo el interior, todo el pasado, todo el porvenir del personaje (1). Estos son sus *cimientos*. El temperamento corporal, las aptitudes y las tendencias originales ó adquiridas, la vejetación complicada de las ideas y de las costumbres lejanas ó recientes, toda la savia de la naturaleza humana infinitamente transformada desde sus más antiguas raíces hasta sus últimos impulsos, ha contribuido á producir las acciones y las palabras, que son el brote postrero.

(1) En Otelo, en el último momento, la reminiscencia de sus viajes y de su infancia, fenómeno frecuente en el suicida.

«...of one whose hand
Like the base Judean, threw á pearl awoy
Richer thau all his tribe; of one whose subdú'd eyes
Albeit unused to the melting mood
Drop tears as fart as the Arabian trees
Their medicinal gum.»

En Macbeth, la invasión súbita en la primera palabra de la alucinación ambiciosa y homicida, fenómeno frecuente en los monomaniacos.

«My thought whose murder jet is but fantastical
Shakes so my single state of man that function
Is smother'd in surmise, and nothing is
But what is not.»

Esta multitud de fuerzas y esta concordancia de efectos concentrados han sido menester para animar figuras como Coriolano, Macbeth, Hamlet, Otelo, para componer, nutrir, exaltar la pasión maestra que va á sostenerlos y á lanzarlos. Al lado de Shakespeare me atrevo á nombrar á un moderno, casi un contemporáneo, Balzac, el más rico entre todos los que, en nuestro tiempo, han manejado los tesoros de la naturaleza moral. Nadie ha mostrado mejor la formación del hombre y el enlace sucesivo de sus diversas etapas, los efectos superpuestos y entrecruzados del parentesco, las primeras impresiones de la conversación, de las lecturas, de las amistades, de la profesión, de la habitación, de las innumerables circunstancias que de día en día vienen á aplicarse sobre nuestra alma para darle su consistencia y su forma. Pero es novelista y sabio, en lugar de ser, como Shakespeare, dramaturgo y poeta; por esta razón, en vez de ocultar los *cimientos,* los enseña; los encontraréis largamente enumerados en sus descripciones y disertaciones infinitas, en sus retratos circunstanciados de una casa, de un rostro ó de un vestido, en los relatos preparatorios de un niño y de una educación, en sus explicaciones técnicas de una invención y de un procedimiento. Sin embargo, en suma, su arte es la misma, y cuando construye sus personajes, Hulot, el tío Grandet, Felipe Bridau, *La Solterona*, un espía, una cortesana, un grande hombre de negocios, su talento consiste siempre en reunir una cantidad enorme

de elementos formadores y de influencias morales en un solo lecho y sobre una sola pendiente, como tantos otros que vendrán á aumentar y precipitar la misma corriente.

Un segundo grupo de elementos en la obra literaria, son las situaciones y los acontecimientos. Concebido el carácter, hace falta que el conflicto en que se le coloca sea propio para que él se manifieste. En esto, el arte es todavía superior á la naturaleza, porque en la naturaleza las cosas no pasan siempre así. Tal carácter, grande y poderoso, queda oscurecido é inerte, falto de ocasión ó de tentación. Si Cromwel no se hubiese encontrado en medio de la revolución de Inglaterra, probablemente hubiese continuado la vida que llevó hasta los cuarenta años con su familia y en su distrito; propietario arrendador, magistrado municipal, puritano severo, ocupado en sus abonos, en sus bestias, en sus hijos y en sus escrúpulos de conciencia. Retardad tres años la revolución francesa, y Mirabeau no hubiese sido más que un gentilhombre degradado, aventurero y vividor. De otra parte, tal carácter mediocre ó débil, que no ha tenido capacidad bastante para los acontecimientos trágicos, ha sido apto para los acontecimientos ordinarios. Suponed nacido en una familia burguesa á Luis XVI, con una fortuna pequeña, empleado ó rentista, hubiera vivido considerado y tranquilo, hubiera llenado honradamente su tarea cotidiana, se le habría visto asiduamente en su oficina, dócil con su mujer, paternal con sus hijos; por la noche, bajo la lámpara, les hubiese dado lecciones de geografía, y el domingo, después de comer, se hubiese entretenido con sus útiles de cerrajero. El personaje construido que la naturaleza entrega á la vida, es como un navío que desde el astillero es lanzado á la mar; tiene necesidad de un poco de viento ó de un verdadero vendaval, según que es un barquichuelo ó una fragata: el huracán que acelera la marcha de la fragata, sumerge al barquichuelo, y el débil soplo de aire que hace bogar al barquichuelo, deja inmóvil á la fragata en medio del puerto. Es menester que el artista apropie las situaciones á los caracteres. —He aquí una segunda concordancia que no tengo necesidad de añadir, que los grandes artistas han tenido siempre cuidado de establecer. Lo que en ellos se llama intriga ó acción, es precisamente un encadenamiento de acontecimientos en un orden de situaciones arregladas para manifestar caracteres, para remover las almas hasta el fondo, para hacer que aparezcan en la superficie los instintos profundos y las facultades ignoradas que el flujo monótono de la costumbre impide que salgan en un momento dado, para medir, como en Corneille, la fuerza de su voluntad y el grandor de su heroísmo, para desprender, como en Shakespeare, las codicias, las locuras, los furores, los monstruos extraños, devoradores y mugientes que se arrastran ciegos en el fondo de nuestro corazón.

Para el mismo personaje son diversas estas pruebas, se puede disponerlas

de manera que resulten siempre fuertes, es este el *crescendo* de todos los escritores, lo emplean en cada fragmento de la acción como en el conjunto, y concurren así, ó al ennoblecimiento ó alguna caída suprema. Veis, pues, que la ley es tan aplicable á los pormenores como á las masas. Se agrupan las porciones de una escena en vista de cierto efecto, se agrupan todos los efectos en vista del desenlace, se construye la historia entera en vista de las almas que se quiere poner en escena. La convergencia del carácter total y de las situaciones sucesivas manifiesta el carácter hasta el fondo ó hasta el término, conduciéndole al triunfo definitivo ó á la catástrofe final (1). Queda un último elemento, el estilo. A decir verdad, éste es sólo el elemento visible; los otros dos no son más que sus cimientos; el estilo los reviste y queda él solo en la superficie. Un libro no es más que una continuación de frases que el autor pronuncia ó hace pronunciar á sus personajes; los ojos y las orejas no perciben otra cosa, y todo lo que el oído y la vista interiores podrán notar de más, no le será manifestado más que por la combinación de estos mismos fines. He aquí, pues, un tercer elemento de importancia superior y cuyo efecto debe concordar con el efecto de las otras para que la impresión total sea lo más grande posible. Una frase tomada en sí misma es capaz de diversas formas, y, por tanto, de diversos efectos. Puede ser un verso seguido de otros versos, puede comprender versos de la misma extensión ó de extensión desigual, ritmos y rimas diversamente dispuestos, todas las riquezas de la métrica. De otra parte, puede formar una línea de prosa seguida de otras líneas de prosa, y estas líneas tan pronto se encadenan en un período, tan pronto componen períodos y frases cortas, todas las riquezas de la sintaxis. En fin, las palabras que componen las frases tienen por sí mismas un carácter; según su origen y su uso ordinario, son generales y nobles, ó técnicas y secas, ó abstractas y sin color, ó brillantes y coloreadas. En una palabra, una frase pronunciada es un conjunto de poderes que remueve á la vez en el lector el instinto lógico, las aptitudes musicales, las adquisiciones de la memoria, los secretos de la imaginación, y que por medio de los nervios, los sentidos, los hábitos, comprende á todo el hombre. Es menester que el estilo se acomode á todo lo demás de la obra; hay aquí una última convergencia, y sobre este terreno el arte de los grandes escritores es infinito; su tacto es de una delicadeza extraordinaria y su invención de una fertilidad inagotable; no se encuentra en ellos un ritmo, un giro, una construcción, una palabra, un sonido, un enlace de vocablos de sonidos y de frases, cuyo valor no sea sentido y cuyo empleo no sea querido. Aquí también el arte es superior á la naturaleza, porque para

(1) Véase sobre el principio de las convergencias, *La Fontaine y sus fábulas*, por H. Taine, tercera parte.

esta elección, esta transformación, esta apropiación del estilo, el personaje imaginario habla mejor y más conformemente á su carácter que el personaje real. Sin penetrar aquí en las formas del arte y sin entrar tampoco en el detalle de los procedimientos, veremos fácilmente que los versos son una especie de canto y la prosa una especie de conversación, que el gran verso alejandrino levanta la voz hasta el acento sostenido y noble, y que la estrofa corta lírica es más musical y más exaltada; que la pequeña frase neta tiene el tono imperioso, que la larga frase periódica tiene el aparato oratorio y el énfasis majestuoso, en una palabra, que toda forma de estilo determina un estado del alma, la flojedad ó la tensión, el arrebato ó la tranquilidad, la lucidez ó la turbación, y que, por tanto, los efectos de la situación y de los caracteres son disminuidos ó aumentados, según que los efectos de estilo van en sentido contrario ó en el mismo sentido. Suponed que Racine toma el estilo de Shakespeare y Shakespeare el estilo de Racine: su obra será ridícula, ó, mejor dicho, no podrán escribir. La frase del siglo XVII, tan clara, tan menuda, tan precisa, tan bien enlazada, tan bien apropiada á los casos palaciegos, es incapaz de expresar las pasiones crudas, los relámpagos de la imaginación, la tempestad interior ó irresistible que se desencadena en el drama inglés. De otra parte, la frase del siglo XVI, tan pronto familiar y tan pronto lírica, carnal, excesiva, atropellada, descosida, resultaría defectuosa si se la pusiese en boca de los personajes corteses, bien educados y cumplidos de la tragedia francesa. En lugar de un Racine y de un Shakespeare, tendréis los Dryden, los Otway, los Ducis y los Casimiro Delavigne. Tales el poder y tales las condiciones de estilo. Los caracteres que las situaciones manifestaban al espíritu no se manifiestan á los sentidos más que por medio del lenguaje, y la convergencia de las tres fuerzas da al carácter todo su ímpetu. Cuanto más ha separado y hecho converger el artista en su obra elementos numerosos y sorpresas de efecto, tanto más dominador se hace el carácter que quiere sacar á luz; el arte todo entero puede reducirse á dos palabras: manifestar concentrando.

III

Según este principio, se puede clasificar una vez más las diversas obras literarias. En igualdad de circunstancias, las obras artísticas serán más ó menos bellas según que la convergencia de los efectos sea en ellas más ó menos completa y por una coincidencia curiosa, esta regla, aplicada á las escuelas, establece entre los momentos sucesivos del mismo arte las divisiones que ya introducían la historia y la experiencia.

En los comienzos de toda edad literaria se nota un período de bosquejo, el arte es débil é infantil; porque la

convergencia de los efectos es entonces insuficiente, y la falta de ella estriba en la ignorancia del escritor. No es la inspiración lo que le falta, la tiene, y franca y fuerte á menudo; en ese momento el talento abunda, grandes figuras se agitan abusivamente en el fondo de las almas, pero los procedimientos no son conocidos, no se sabe apenas escribir, distribuir las partes de de un asunto, usar de los recursos literarios. Tal es el defecto de la primera literatura francesa en la Edad Media. Cuando leéis la *Chanson de Roland*, *Renaud de Montauban*, *Ogier le Danois*, veréis bien claramente que los hombres de este siglo tenían sentimientos originales y grandes: se había fundado una sociedad nueva, se estaban verificando las cruzadas, la orgullosa independencia del barón, la indomable fidelidad del vasallo, las costumbres militares y heroicas, la fuerza de los cuerpos y la simplicidad de los corazones suministraban á la poesía caracteres iguales á los de Homero. La literatura no se aprovechó de aquello más que á medias; sintió su belleza sin poderla realizar. El trovador era laico y francés, es decir, nacido en una raza que fué siempre prosaica y en una condición á la cual el monopolio del clero quitaba entonces la cultura superior. Narra secamente y de una manera desnuda; no tiene las amplias y brillantes imágenes de Homero y de la antigua Grecia, el relato es oscuro, su verso monorrítmico repite treinta veces seguidas el mismo golpe de campana. No es dueño de su asunto, no sabe cortar, desarrollar y proporcionar, preparar una escena, fortificar un efecto. Su obra no tiene puesto en la literatura eterna, desaparece del mundo y no ocupa más que á los anticuarios. Si alguna vez consigue su objeto es en obras aisladas, con los Niebelungen, en Alemania, donde el viejo fondo nacional no ha sido aplastado por el establecimiento eclesiástico: por la *Divina Comedia*, en Italia donde Dante, por un supremo esfuerzo de trabajo, de exaltación y de genio, encuentra en un poema místico y sabio la alianza inesperada de los sentimientos laicos y de las teorías teológicas. Cuando el arte renace en el siglo XVI, otros ejemplos nos muestran la misma falta de convergencia produciendo la misma insuficiencia. El primer dramático inglés, Marlowe, es un hombre de genio, ha sentido como Shakespeare, el furor de las pasiones desenfrenadas, el sombrío grandor de la melancolía septentrional, la sangrienta poesía de la historia contemporánea: pero no sabe conducir el diálogo, variar los acontecimientos, relacionar las situaciones, oponer los caracteres; su procedimiento no es más que el asesinato continuo y la muerte sin frases, su teatro potente, pero frustrado, no es conocido más que de los curiosos. Para que su trágica idea de la vida estalle al fin á los ojos de todos y en plena luz, es preciso que después de él un genio más grande, provisto de la experiencia adquirida, empolle una segunda vez las mismas almas, es necesario que Shakespeare, después de haber él mismo tanteado

más de una vez, haga entrar en los esbozos de su precursor la vida variada, llena y profunda para la cual no había bastado el arte primitivo.

Por otra parte, al fin de toda edad literaria se nota un período de decadencia; el arte es pobre, viejecillo helado por la rutina y la conveniencia. También aquí falta la convergencia de los efectos; pero la falta no depende de la ignorancia. Por el contrario, jamás ha sido tan sabia; todos los procedimientos han sido perfeccionados y refinados; hasta han llegado al dominio común; el que quiere, puede tomarlos. La lengua poética está hecha; el escritor más insignificante sabe cómo se construye una frase, cómo se conciertan dos rimas, cómo se prepara un desenlace. Lo que rebaja el arte es la debilidad del sentimiento. La concepción grande que había formado y sostenido las obras de los maestros languidece y se desordena, no se conserva más que por reminiscencia y por tradición. Se persigue el fin, pero se la altera y se introduce en ella otro espíritu; se cree perfeccionarla por medio de disparates. Tal fué la situación del teatro griego en tiempo de Eurípides y del teatro francés en tiempo de Voltaire. La forma exterior subsistía la misma que en otro tiempo; pero el alma que la habitaba había cambiado, y este contraste nos llama la atención. Eurípides guarda las apariencias, las caras, el metro, los personajes heroicos y divinos de Esquilo y Sófocles; pero los rebaja hasta á los sentimientos y á las astucias de la vida ordinaria, les presta discursos de abogado y sofista, se complace en mostrar sus tretas, sus debilidades, sus lamentaciones. Voltaire acepta ó se impone todas las conveniencias y todos los procedimientos de Racine y Corneille los confidentes, los grandes sacerdotes, los príncipes, las princesas, el amor elegante y caballeresco, el alejandrino, el estilo general y noble, los sueños, los oráculos y los dioses; pero introduce una intriga conmovedora, tomada del teatro inglés; trata de añadirles barniz histórico, y hace entrar intenciones filosóficas y humanitarias; insinúa ataques contra los reyes y los clérigos; es innovador y pensador á contrasentido, á contratiempo. En uno y en otro, los diversos elementos de la obra no concurren al mismo efecto. El ropaje antiguo perjudica á los sentimientos recientes, los sentimientos recientes echan á perder el ropaje antiguo. Los personajes quedan inciertos entre dos papeles; los de Voltaire son príncipes ilustrados por la *Enciclopedia;* los de Eurípides son héroes afinados por la escuela del retórico. Bajo esta doble careta flota su rostro; no se le ve, ó, más bien, no viven sino por acceso y de tarde en tarde. El lector deja este mundo, que se destruye por sí mismo, y va á buscar las obras, en las que, al ejemplo de las criaturas vivientes, todas las partes son órganos que conspiran á un mismo efecto.

Se las encuentra en el centro de las edades literarias. Es el momento en que un arte florece: antes estaba en germen; un poco más tarde está marchito. En este instante, la convergen-

cia de los efectos es completa y existe una armonía admirable y equilibrada entre ellos, los caracteres, el estilo y la acción. A este momento pertenecen en Grecia los tiempos de Sófocles, y, si no me engaño, mejor todavía los tiempos de Schilo, cuando la tragedia, fiel á sus orígenes, es un canto ditirámbico; cuando el sentimiento religioso del iniciado le penetra por completo; cuando las figuras gigantescas de la leyenda heroica ó divina tienen toda su altura; cuando la fatalidad, directora de la vida humana, y la justicia, guardiana de la vida social, tejen y cortan los destinos al son de una poesía oscura como un oráculo, terrible como una profecía, sublime como una visión.

Podéis ver en Racine la concordancia perfecta de las habilidades oratorias de la dicción pura y noble, de la sabia composición, de los desenlaces preparados, de la decencia teatral, de la cortesía palaciega, de las delicadezas y conveniencias propias de la corte y de los salones. Encontraréis una concordancia semejante en la obra compleja de Shakespeare, si notáis que, pintando al hombre intacto y completo, tuvo que emplear unos junto á otros los versos más completos, la prosa más familiar, todos los contrastes del estilo, para manifestar convenientemente los altos y bajos de la naturaleza humana, la delicadeza exquisita de los caracteres femeninos y la violencia intratable de los caracteres viriles, la cruda rudeza de las costumbres populares y el refinamiento alambicado de los usos mundanos; la charlatanería de la conversación corriente y la exaltación de las emociones extremas, lo imprevisto de los pequeños incidentes vulgares y la fatalidad de las pasiones desmesuradas. Por diferentes que sean los procedimientos, siempre convergen en las obras de los grandes escritores; en las fábulas de La Fontaine, como en las oraciones fúnebres de Bossuet, en los cuentos de Voltaire como en las estancias de Dante, en el *Don Juan* de lord Byron como en los diálogos de Platón; en los escritores antiguos como en los modernos; en los románticos como en los clásicos. El ejemplo de los maestros no impone á sus sucesores ningún estilo, ninguna disposición, ninguna forma fija. Si tal ha resultado por un camino, tal pudo resultar por el camino contrario; una sola cosa es menester, que su obra entre toda entera en la misma vía; es menester que marche con todas sus fuerzas hacia un solo objeto. El arte, como la naturaleza, vacia sus criaturas en todos los moldes; únicamente para que la criatura sea viable, es preciso en el arte, como en la naturaleza, que los trozos constituyan un conjunto, y que la menor partícula del menor elemento sea un sirviente del todo.

IV

Nos quedan por considerar las artes que manifiestan al hombre físico y se-

parar sus diversos elementos, sobre todo los de la pintura, la más rica de todas ellas. Lo que se echa de ver, en primer lugar, en un cuadro, son los cuerpos vivientes que lo llenan, y en estos cuerpos hemos distinguido dos partes principales: la estructura general huesosa y muscular y el revestimiento exterior que cubre el cuerpo, es decir, la piel sensible y coloreada. A primera vista se ve que estos dos elementos deben estar en armonía. La piel blanca y femenina del Correggio no puede encontrarse sobre las musculaturas heroicas de Miguel Angel. Entra aquí un tercer elemento, la actitud y la fisonomía; ciertas sonrisas no pertenecen más que á ciertos cuerpos; jamás un luchador bien nutrido, una Susana resplandeciente, una Magdalena carnosa de Rubens, tendrá la expresión pensativa, delicada y profunda que Vinci da á sus semblantes. Estas no son más que las concordancias más groseras y más exteriores; hay otras más profundas y no menos necesarias. Todos los músculos, todos los huesos, todas las articulaciones, todos los detalles del hombre físico, tienen una virtud significativa, cada uno de ellos puede expresar diversos caracteres. La clavícula y el dedo grande del pie de un doctor no son los de un combatiente; el menor fragmento del cuerpo contribuye por su amplitud, su forma, su color, su dimensión y su consistencia á colocar al animal humano en tal ó cual especie. Hay aquí un número enorme de elementos cuyos efectos deben converger; si el artista ignora algunos, disminuye su fuerza; si los hace obrar en sentidos contrarios, destruye parcialmente los efectos: he aquí por qué los maestros del Renacimiento han estudiado tan tenazmente el cuerpo humano y por qué Miguel Angel disecó durante doce años. No era esto pedantería, minucia de observación literaria. El detalle exterior del cuerpo humano es el tesoro del escultor y del pintor, como el alma es el tesoro del dramaturgo y del novelista. Los salientes de un tendón son tan importantes para el uno, como el predominio de un hábito para el otro; no solamente es preciso que lo tenga en cuenta para hacer un cuerpo viable, sino que de ello puede hacer un cuerpo enérgico ó encantador. Cuanto más imprima en el espíritu la forma, las diversidades, las dependencias y el uso, más dueño es de emplearlos elocuentemente en su obra; y si estudiamos de cerca las figuras del gran siglo, veremos que desde el talón hasta el cráneo, desde la curvatura del pie arqueado hasta los pliegues de la faz, no hay una dimensión, una forma, un tono de carnes que no contribuya á poner de relieve el carácter que el artista quiso expresar.

Aquí se presentan elementos nuevos, ó más bien los mismos elementos se presentan desde otros puntos de vista. Las líneas que trazan el contorno del cuerpo, y que en este contorno marcan las hendeduras y prominencias, según que sean rectas, curvas, sinuosas, quebrantadas ó irregulares, causan sobre nosotros efectos diferentes. Hay en ellas masas que componen el cuerpo.

Sus proporciones tienen por sí mismas un poder significativo; según las diversas relaciones de grandor que unen la cabeza al tronco, el tronco á los miembros y los miembros entre sí, experimentamos emociones diversas. Hay una arquitectura del cuerpo, y á las relaciones orgánicas que asocian sus partes vivientes es preciso añadir las relaciones matemáticas que determinan sus masas geométricas. A este propósito puede compararse el cuerpo á una columna; tal proporción del diámetro y la altura la hace jónica ó dórica, elegante ó desairada. Del mismo modo, tal proporción en el tamaño de la cabeza y la magnitud del conjunto hace al cuerpo florentino ó romano. El fuste de la columna no puede ser más grande que su espesor multiplicado un cierto número de veces por sí mismo; del mismo modo el conjunto del cuerpo debe llegar y no traspasar cierto múltiplo de que es unidad la cabeza. Todas las partes del cuerpo deben tener su medida matemática, sin estar fijadas rigurosamente; oscilan, y los diversos grados de esta oscilación expresan todos un carácter diferente. El artista entra con esto en posesión de un nuevo recurso; puede elegir cabezas pequeñas y cuerpos alargados, como Miguel Angel; líneas sencillas y monumentales, como Fra Bartolomeo; contornos ondulantes é inflexiones variadas, como Correggio. Los grupos equilibrados ó desordenados, las actitudes rectas ú oblicuas, los diversos planos ó diversos pisos del cuadro les suministrarán dimensiones diferentes. Un fresco ó un cuadro es un cuadrado, un rectángulo, un arco de bóveda, en una palabra, una porción de espacio en el cual el conjunto humano constituye un edificio. Considerad en las estampas el *Martirio de San Sebastián* por Baccio Baudinelli ó la *Escuela de Atenas* por Rafael, y sentiréis ese género de belleza que los griegos, con un nombre completamente musical, llamaban euritmia. Mirad el mismo asunto tratado por dos pintores, el *Antiope* de Ticiano y el *Antiope* de Correggio, y sentiréis los efectos diferentes de la geometría de las líneas. Nuevas potencias que es preciso dirigir en el mismo sentido que las otras, y que descuidadas ó mal dirigidas, impiden que el carácter tenga toda su expresión.

Llegamos al último elemento que es capital: al color. Por sí mismos y fuera de su empleo imitativo, los colores como las líneas tienen un sentido. Una gamma de colores que no representase ningún objeto real, como un arabesco de líneas que no imitan ningún objeto natural, puede ser rica ó pobre, elegante ó pesada. Nuestra impresión varía según el conjunto que ofrece, su conjunto tiene, por consiguiente, una expresión. Un cuadro es una superficie coloreada en la cual los diversos tonos y los diversos grados de luz, están repartidos con cierta elección; de aquí su ser íntimo; que estos tonos y estos grados de luz formen figuras, ropajes, arquitecturas, todo esto es para ellos una propiedad ulterior que no impide á su propiedad primitiva tener toda su importancia y todos sus derechos. El va-

lor propio del color es, pues, enorme, y el partido que los pintores toman en su empleo determina el resto de su obra. Pero en este elemento hay muchos elementos. En primer lugar el grado general de claridad ú oscuridad. Guido hace blanco, gris argentado, gris pizarroso, azul pálido; pinta todo en plena luz. Correggio hace negro, moreno carbonoso, intenso, terroso; pinta todo en sombra opaca. De otra parte, la oposición del claro oscuro es en el mismo cuadro más ó menos fuerte y más ó menos preparado. Conocéis la gradación delicada que en las obras de Vinci hace surgir insensiblemente la forma del medio de la sombra, la gradación deliciosa que en las de Correggio hace salir la claridad más fuerte de la claridad universal, la aparición violenta por la cual en los cuadros de Ribera un tono claro brilla súbitamente en la oscuridad lúgubre, el aire húmedo y amarillento en que Rembrandt lanza llamaradas de sol ó hace filtrar un rayo perdido. En fin, además de su grado de luz, los tonos, según que son ó no complementarios el uno del otro (1), tienen sus disonancias y sus consonancias, se llaman ó se excluyen. El anaranjado, el violeta, el rojo, el verde y todos los otros simples ó mezclados, forman así por su proximidad como las notas musicales por su sucesión, una armonía llena y fuerte, ó áspera y ruda, ó dulce y blanda. Considerad en el Louvre, en la Esther de Veronesi, la encantadora sucesión de los amarillos que vagamente pálidos, argentados, rojos, verdes del color de amatista y siempre atemperados y relacionados, se funden los unos en los otros, desde el junquillo pálido y la paja luciente, hasta la hoja muerta y el ardiente topacio; ó en la santa familia de Giorgione, los colores rojos que desde la púrpura casi negra de los ropajes, van diversificándose y esclareciéndose, se manchan de ocre sobre las carnes sólidas palpitan y brillan en los intersticios de los dedos, se extienden y se broncean sobre un pecho viril y unas veces impregnados de sombra y otras de luz, derraman, al fin en un rostro de joven un efluvio de sol poniente; comprenderéis el poder expresivo de semejante elemento. Es á las figuras lo que el acompañamiento al canto, ó más bien, á veces, es el canto, y el acompañamiento lo forman las figuras: de accesorio se convierte en principal. Pero que su valor sea accesorio, principal ó sencillamente igual á lo demás, es evidente que es un poder distinto y que para expresar el carácter su efecto, debe ponerse de acuerdo con los otros efectos.

(1) Chevreull: *Traité du contraste des couleurs.*

V

Merced á este principio vamos á clasificar por última vez las obras de los pintores. En igualdad de circunstancias se ve que serán más ó menos bellas, según que la convergencia de los

efectos sea para ellos más ó menos completa; y esta regla, que aplicada á la historia de la literatura ha distinguido los momentos sucesivos de una edad literaria, nos da el medio, si lo aplicamos á la historia de la pintura, para distinguir los estados sucesivos de una escuela de arte.

En el período primitivo, la obra es todavía imperfecta. El arte es insuficiente, y el artista ignorante no sabe hacer que converjan todos los efectos. Maneja algunos, á menudo bien y con genio; pero no sospecha la existencia de los otros, la falta de experiencia le impide verlos ó el espíritu de la civilización en la cual está encerrado extravía sus ojos. Tal es el estado del arte durante as dos primeras edades de la pintura italiana. Por el genio y el alma; Giotto se parece á Rafael; tenía la misma abundancia, la misma facilidad, la misma originalidad, la misma belleza de invención; no era menor su sentimiento de la armonía y de la nobleza; pero la lengua no estaba hecha, y él balbuceaba mientras que el otro habló. No había estudiado bajo Perugino ni en Florencia; no conocía las estatuas antiguas; sólo había echado una ojeada sobre el cuerpo viviente. Se ignoraban entonces los músculos, y no se veía en ellos la potencia expresiva; no se había llegado á comprender y amar al bello animal humano, esto trascendía á paganismo; el ascendiente de la teología y del misticismo era demasiado fuerte. La pintura hierática y simbólica dura así durante siglo y medio, sin emplear su principal elemento. Comienza la segunda edad, y los plateros anatomistas, convertidos en pintores, modelan por la primera vez en sus cuadros y en sus frísos cuerpos sólidos y miembros bien proporcionados; pero les faltan todavía otras partes del arte. Ignoran esa arquitectura de líneas y de masas que buscando curvas y proporcionales ideales, transforman el cuerpo real en un bello cuerpo. Verrochio, Pollaiolo, Castagni hacen personajes angulosos, desgraciados, con abolladuras en vez de músculos, y siguiendo la frase de Leonardo de Vinci «semejantes á sacos de nueces». Ignorando las variedades del movimiento y de la fisonomía, y en Perugino, en Fra Filippo, en Ghirlandajo, en los antiguos frescos de la Sixtina, las figuras inmóviles y fijas ó colocadas en filas monótonas, parecen esperar para vivir un último soplo que no viene. Ignoran las riquezas ó las delicadezas del color y los personajes de Signorelli, de Filippo Lippi, de Montegna, de Boticelli, senos oscuros se destacan con un relieve brusco sobre un fondo sin aire. Es menester que Antonello de Mesina importe en Italia la pintura al aceite, para que el brillo y la unión de los tonos lustrosos y derretidos hagan correr una sangre caliente en sus venas. Es preciso que Leonardo descubra la gradación insensible de la luz, para que el retroceso aéreo haga brotar sus redondeces turgentes y envuelva sus contornos en la dulzura del claro-oscuro. Solamente al final del siglo xv todos los elementos del arte separados uno por uno, pueden reunir sus fuerzas bajo la mano del

maestro, para manifestar por medio de su concordia el carácter que el artista ha concebido.

De otra parte, en la segunda mitad del siglo XVI, cuando la pintura declina, la convergencia momentánea que había producido las obras maestras se deshace y no vuelve á restablecerse. Antes había faltado porque el artista no era bastante sabio; después falta porque no es bastante cándido. En vano estudian los Carrachios con una paciencia infatigable, y van á tomar en todas las escuelas los procedimientos más variados y más fecundos. Precisamente es este conjunto de efectos disparatados, la causa que rebaja su obra á un lugar inferior. Su sentimiento es demasiado débil para engendrar un conjunto. Toman ya una ya otra, y se arruinan. Su ciencia les perjudica al procurar reunir en su obra efectos que no pueden estar reunidos. El *Céfalo* de Anníbal Carrachio en el palacio Farnesio, tiene los músculos de un luchador de Miguel Angel, una estructura y una abundancia de carnes tomadas de los venecianos, una sonrisa y unas mejillas tomadas de Correggio; se siente disgusto de ver un atleta gracioso y gordo. El San Sebastián de Guido en el Louvre, es un torso de Antinoo antiguo, bañado de una luz que por su brillo recuerda la de Correggio, y por su tono azulado recuerda el de Prudhon; se siente disgusto al ver un efecto de paleta sentimental y amable. En esta decadencia, la expresión de la cabeza contradice la del cuerpo; veis aspectos de beata, de devoto, de dama mundana, de sigisbeo, de griseta, de joven paje, de doméstico, sobre musculaturas agitadas y cuerpos vigorosos: el conjunto resulta compuesto de dioses y santos que son declamadores insípidos, ninfas y madonas que son diosas de salón, más á menudo todavía personajes que flotan entre dos papeles sin realizar ninguno, no siendo nada de todo.

Disparates semejantes han detenido largo tiempo la pintura flamenca en medio de su carrera, cuando con Bernardo Van Orley, Miguel Coxie, Martín Heemskerk, Ferry, Franz Floris, Martín de Vos y Otto Vernus, quiso hacerse italiana. Para que el arte flamenco vuelve á tomar su impulso y consiga su objeto, es menester que con nuevo flujo de inspiración nacional, cubra las importaciones extranjeras y devuelva su resorte á los instintos de raza. Con Rubens y sus contemporáneos reapareció la idea original del conjunto, los elementos del arte que no se agrupaban más que para contradecirse se asociaron para completarse, y las obras viables fueron reemplazadas por abortos.

Entre los períodos de declive y los períodos de infancia se coloca de ordinario un período de floración. Pero sea que se le encuentre, como acontece á menudo, en el centro del período total y en el leve intervalo que separa la ignorancia del gusto falso, sea que se le encuentre como sucede algunas veces cuando se trata de un hombre ó de una obra aislada, en un punto escéntrico, siempre la obra maestra, tiene

por cuna una convergencia universal de efectos. En apoyo de esta verdad, la historia de la pintura italiana nos ha suministrado los ejemplos más variados ó decisivos. A perseguir esta verdad se aplica todo el arte de los maestros, y la delicadeza de percepción que constituye su genio se revela toda entera por la oposición de sus procedimientos como por la coherencia de su concepción. Habéis visto en Vinci la elegancia suprema y casi femenina de las figuras, la sonrisa indefinible, la expresión profunda de las almas, la superioridad melancólica ó la fineza exquisita de sus almas, las actitudes rebuscadas ú originales, armonizarse con la ligera ondulación de los contornos, con la suavidad misteriosa del claro oscuro, con las vagas invasiones de sombra creciente, con la gradación movible del modelado, con la belleza extraña de las perspectivas vaporosas. Habéis visto en los Venecianos la amplia y rica luz, la consonancia alegre y rica de tonos relacionados y opuestos, el brillo sensual del color, armonizarse con el esplendor de la decoración, con la libertad y magnificencia de la vida, con la franca energía ó con la nobleza patricia de las cabezas, con el voluptuoso atractivo de la carne llena y viva, con el movimiento vivo y fácil de los grupos, con el desarrollo universal de la felicidad. En un fresco de Rafael, la sobriedad del color conviene con la fuerza y la solidez escultural de las figuras, con la arquitectura turgente de las ordenaciones, con la seriedad y simplicidad de las cabezas, con el movimiento moderado de las actitudes, con la serenidad y elevación moral de las expresiones. Un cuadro del Correggio es una especie de jardín encantado de Alcina en que la seducción de la luz casada con la luz, la gracia caprichosa y acariciante de las líneas ondulantes ó rotas, la blancura deslumbrante y las blandas redondeces de los cuerpos femeninos, la irregularidad picante de las figuras ó la vivacidad, la ternura, el abandono de expresiones y gestos, se unen para formar el ensueño de felicidad deliciosa y delicada que la magia de un hada y el amor de una mujer proporcion á su amante.

La obra entera sale de una raíz principal, una sensación dominante y primitiva, impulsa y ramifica hasta lo infinito la vejetación complicada de los efectos; en Beato Angélico es la visión de la iluminación sobrenatural y la concepción mística de la felicidad celeste; en Rembrandt es la idea de la luz muriente en la oscuridad húmeda y el doloroso sentimiento de lo real pintado. Encontraréis una idea del mismo orden que determina y organiza la especie de líneas, la elección de los tipos, la ordenación de los grupos, las expresiones, los gestos, el colorido en Rubens y Ruisdael, en Pousin y Lesueur, en Prudhon y Delacroix. La crítica ha hecho bastante; no analiza todas las consecuencias, que son innumerables y demasiado profundas, la vida es lo mismo en las obras de genio y en las obras de la naturaleza; penetra hasta lo infinitamente pequeño: ningún análisis puede agotarla. Pero

en las unas como en las otras, la observación manifiesta las concordancias esenciales, las dependencias recíprocas, la dirección final y las armonías de conjunto, del cual no es posible deslindar hasta el último detalle.

VI

Ahora podemos, señores, abrazar de una mirada el arte completo y comprender el principio que asigna á cada obra su rango en la escala. Hemos establecido, con nuestros estudios precedentes, que la obra de arte es un sistema de partes ya formadas con varias piezas, como sucede en la música y la arquitectura, ya reproduciendo algún objeto real como acontece en la literatura, en la escultura, en la pintura, y hemos visto que el fin del arte es manifestar por medio de este conjunto algún carácter notable. Hemos deducido en consecuencia, que la obra sería tanto mejor cuanto más noble y más dominador á la vez fuese el carácter expresado. Hemos distinguido en el carácter notable dos puntos de vista, según que es más elemental y según que es más bienhechor, es decir, más capaz de contribuir á la conservación y desarrollo del individuo y del grupo que le precede. Hemos apreciado que desde estos dos puntos de vista, se puede estimar el valor de los caracteres, correspondiendo á dos cualidades, con las cuales se pueden evaluar las obras de arte. Hemos notado que estos dos puntos de vista se reunen en uno solo, y que en suma, el carácter importante ó bienhechor no es jamás más que una fuerza mesurada, tanto por sus efectos sobre los demás, como por sus efectos sobre sí misma, de donde se sigue que el carácter, teniendo dos especies de poder, tiene dos especies de valor. Hemos buscado también cómo en la obra de arte puede manifestarse más claramente que en la naturaleza, y hemos visto que toma un relieve más fuerte, cuando el artista, empleando todos los elementos de su obra hace converger todos sus efectos. Ante nosotros se ha alzado una tercera escala y hemos visto que las obras de arte son tanto más bellas cuanto que el carácter se imprime y se exprese en ellas con un ascendiente más universalmente dominador. La obra maestra es aquella en la cual el más grande poder recibe más grande desarrollo. En lenguaje de pintura, la obra superior es aquella que tiene en la naturaleza el más grande valor posible, y recibe del arte todo el aumento posible de valor. Dejadme decir la misma cosa en estilo menos técnico. Los griegos, nuestros maestros, nos enseñan la teoría del arte como lo demás. Mirad las transformaciones sucesivas que poco á poco han levantado en sus templos, su *Júpiter mansuetus*, una *Venus de Milo*, una *Diana cazadora*, una *Juno* como la de Ludovisi, las *Parcas* del Partenón, y todas estas imágenes perfectas, cuyos restos mutilados bastan todavía para mostrarnos actualmente

las exageraciones é insuficiencias de nuestro arte. Los tres pasos de su concepción son justamente los tres pasos que nos han conducido á nuestra doctrina. En los comienzos, sus dioses no son más que las formas elementales y profundas del Universo, la Tierra maternal, los Titanes subterráneos, los ríos corrientes, el Júpiter lluvioso, el Hércules sol. Un poco más tarde, esos mismos dioses separan su humanidad enterrada en las energías brutales de la naturaleza, y la Pallas guerrera, la casta Artemisa, el Apolo libertador, el Hércules domador de monstruos, todos los poderes bienhechores forman el noble coro de las figuras perfectas que los poemas de Homero van á sentar sobre sus tronos de oro. Los siglos se deslizan antes que ellas desciendan á la tierra; es menester que las líneas y proporciones, largo tiempo manejadas, revelen sus recursos y puedan sostener el fondo de la idea divina que tiene que llevar. Al fin los dedos del hombre imprimen en el bronce y en el mármol la forma inmortal; la concepción primitiva elaborada en un principio en los misterios de los templos, transformada después por los sueños de los cantores, consigue su acabamiento definitivo bajo la mano del escultor.

H. Taine.

NAMUNA

CUENTO ORIENTAL

CANTO PRIMERO

La mujer es como la sombra:
se aleja cuando la seguimos y nos
sigue cuando nos alejamos.

I

Hassán estaba á su placer echado
en un sofá de mérito exquisito,
pues fué de un oso con la piel forrado,
de un oso que escogieron lechoncito,
semejando una gata en lo pujado
y una rosa en lo fresco. En él, repito,
se hallaba Hassán, desnudo y sonrïente
lo mismo que Eva mientras fué inocente.

II

—¡Desnudo!—me diréis.—¡Cuánta indecencia!
Si está desnudo en el primer momento,
¿qué será al fin?—Perdón por mi licencia.
Al empezar, el héroe de mi cuento
sale del baño y pídoos indulgencia
para seguir mi relación atento.
Desnudo estaba, pues, como se sabe
que está la palma de la mano suave.

III

Desnudo, sí, como argentino plato,
cual la pared altísima de un templo
ó el discurso académico más lato:
mas yo, lectora, tu rubor contemplo,

sin comprender la ofensa á tu recato,
pues al citarse como vivo ejemplo
de perfección tu seno y pantorrilla,
¿quién, si nunca los vió, se maravilla?

IV

¡Ah! Tal vez ella á disculparse acierte
diciendo que ha subido á una berlina,
que un viaducto cruzó con aire fuerte,
que al verle el pie su pierna se adivina,
y el mundo todo, cuando pasa, advierte
su lindo pie; mas yo que en la rutina
de ese mundo no estoy, diré, en secreto,
que ha querido á un galán poco discreto.

V

¿Es algún crimen que la ley castiga
el buscar una cómoda postura
cuando nos aman y el calor fatiga?
¡Qué bien se está desnudo y con qué holgura
sobre un amplio sofá! Lectora amiga,
si yo fuese el señor de tu hermosura,
(no te enojes) allí fueras de un salto
gritando, al verme, pero no muy alto.

VI

En la mujer amada, ¿qué nos gusta?
¿Qué nos seduce más? ¿La chaquetilla
de vivo raso que á su cuerpo ajusta?
¿El brazalete de oro ó la peinilla?
No, á ti sólo se quiere, dama injusta:
tu compostura espléndida ó sencilla
es un arma, y el goce más cumplido
es desarmar al adalid vencido.

VII

Todo está en las regiones terrenales
desnudo, sin contar la hipocresía;
y lo está en los espacios celestiales;
y desnudos se muestran á porfía
tumbas, niños y dioses inmortales,
y el noble corazón que se espacía:
por tanto, mi héroe quedará desnudo,
sin oponerte, ¡oh dama! á quien aludo.

VIII

Callado el joven á mirar se mueve
los verdes ojos y actitud lasciva
con que en sus manos y en sus pies de nieve
llora al partir la náyade cautiva;
y el baño, en tanto, con murmullo leve
deja escaparse el agua fugitiva
y á cada instante con pausadas notas
caen de los grifos de metal las gotas.

IX

Ocultábase el sol: el mes corría
de Setiembre, ese mes pálido y triste,
mas no en los climas donde el sol envía
los rayos de oro y luz con que los viste;
y del cuarto á salir se disponía
Hassán, el hombre más feliz que existe,
pues en su pipa de ámbar fuma el opio,
vive tranquilo y duérmese lo propio.

X

Era su cuerpo de pequeña talla,
pero se alzaba á superior altura
su carácter, capaz de una batalla
si precisase demostrar bravura;
descubría buen cuño su medalla
y fué muy bien trazada su figura:
tal vez su madre con prolijo empeño,
para hacerlo mejor, lo hizo pequeño.

XI

Era flojo, tenaz, desmadejado,
limpio en exceso, de color cetrino,
con manos de patricio delicado
y aire rudo, nervioso y repentino;
barba y cejas de un negro pronunciado;
su breve cuerpo de alabastro fino;
sus ojos, sobre todo, eran muy bellos,
y no hablo nada aquí de sus cabellos.

XII

Porque es señal de orgullo y petulancia
afeitarse en Tartaria la cabeza,

y si bien no es de allí sino de Francia,
hízose renegado. Su riqueza
le dejaba vivir en la abundancia,
aunque un trápala fué de gran destreza
que como andrajo vil echó en los mares,
familia, escudo, religión y altares.

XIII

Era bastante alegre, aunque muy soso;
un vecino insufrible y aburrido
y un camarada noble y generoso:
muy cándido, y no obstante, muy corrido;
muy voluble y á un tiempo muy calmoso,
ingenuo, como pocos lo habrán sido,
y artero, como nadie á quien se trata:
¿Recuerdas, oh lector, la serenata

XIV

que improvisa Don Juan enmascarado
bajo el balcón de su gentil belleza?
Es un lánguido y triste recitado,
mezcla de amor, de angustia y de tristeza;
mas al lanzar su voz, por otro lado
va el acompañamiento: ¡qué viveza
tienen sus notas llenas de alegría!
Parece acariciar la melodía

XV

con languidez al pérfido instrumento,
mientras el son burlesco que produce
la mano que acompaña, da un acento
festivo á la canción y se traduce
en risa el amoroso sufrimiento.
Esto cautiva al público y seduce,
y es porque un fondo de verdad entraña.
El hombre sin cesar, ama y engaña;

XVI

llora y se rie; á un tiempo es inocente
y culpable; creyendo que perjura,
engañado se ve; sangre doliente
brota del golpe de una mano pura,

y contiene amasados toscamente
el bien y el mal la humana crïatura.
Así es del mundo la infeliz morada,
y Hassán era su imagen compendiada.

XVII

A buen chico no habrá quien le aventaje,
pues en lo bueno y chico era uno mismo;
mas al decir: —¡Tal quiero!—su lenguaje
tomaba la inflexión de un silogismo;
y cambiando más veces que de traje
de deseo, al gozar con fanatismo
del último que ansió, quedaba inerte,
cual mar que en tierra firme se convierte.

XVIII

¡Contraste singular! El, que era listo,
y variaba de gustos, al acaso,
no podía sufrir nada imprevisto:
y aunque una mosca vil no holló á su paso,
si en el agua, al comer, la hubiese visto,
machucara feroz, rompiendo el vaso,
á cuatro ó cinco esclavos por lo menos:
distinguid, pues, los malos de los buenos.

XIX

Decid, luego, con aire soberano,
que debe el escritor que por tal pase
conocer bien el corazón humano,
sin más ley ni modelo en que se base.
¡El corazón humano! Oculto arcano.
¿De quién? ¿De cuál? Lo tiene de su clase
mi vecino y ¡qué diantre! yo sostengo
que un corazón humano también tengo.

XX

La existencia por todos se conquista
y aunque el diablo á mi vida preste arrojo,
es bien humana, como está á la vista.
—Entonces—me dirás—¿es que á tu antojo
vas á pintarte y ser protagonista?—
Hay de todo, lector: del uno cojo
la nariz, de otro gústame el talón,
de otro elijo... adivina mi elección.

XXI

—Así sólo se engendra un monstruo informe
ó una quimera—añadirás;—un hijo
sin padre.—¡Santo Dios! no estoy conforme,
pues hoy me acometió en el escondrijo
de mi editor, el parto más deforme.
Y en este caso, con razón colijo
que *es pater es quem nuptiae*... no concluyo,
y perdona el latín con que te arguyo.

XXII

Cualquier sabio, de la época que sea,
dirá que un hijo siempre es engendrado;
y aunque haga el padre al hijo que desea,
rubio ó moreno, enclenque ó jorobado,
paralítico ó bizco, se recrea
tan sólo por haberlo fabricado:
en cuanto al mío, de índole especial,
tiene una gran ventaja: no ser real.

XXIII

Piensa, también, lector, que hasta el presente
no robé nada en biblioteca alguna,
y aunque mi narración pasa en Oriente
no hablo de esa comarca por fortuna:
verdad que tan lejano continente
no he visitado en época oportuna;
mas la memoria de cien partes coge,
y el que, sin ver, me crea, no se enoje.

XXIV

Si bajo azules cúpulas hubiera
fingido una ciudad vistosa y grata,
una blanca mezquita, alguna hilera
de versos esmaltados de oro y plata;
un minarete con su guardia fiera,
y todo sobre un fondo de escarlata
y entre vivos celajes refulgentes,
me hubieras dicho sin piedad: ¡Tú mientes!

XXV

Si te soy franco al exponer mi tema
es porque busco tu favor y amparo,

pues el héroe descrito en mi poema
no resulta quizás bastante raro,
cuando es lo raro su pasión extrema.
Mas no soy ningún ángel, lo declaro,
ni aquí lo fué ninguno todavía,
como Tartufo con razón decía.

XXVI

Su descripción de lo difícil pasa;
á ningún medio de atracción se presta;
su corazón seméjase á una casa
sin escalera en lo interior dispuesta;
ni pueden la noticia más escasa
dar sus amigos, aunque hablar no cuesta
lo que escribir; ni menos hay quien sonde
los pensamientos que en la almohada esconde.

XXVII

Sin parientes, ni mona, ni querida,
ni nada usual de lo que forma el trato
y el común de los mártires olvida;
sin un perro siquiera, sin un gato,
te suplico, lector, con voz sentida,
que no te muestres con Hassán ingrato.
Decir que es un pachá, nombre corriente,
torpeza indica en la ocasión presente.

XXVIII

Decir que gruñe y es su faz adusta,
no es muy exacto y además es viejo;
decir hasta qué límite me gusta,
no importa; pero en mí que le protejo,
y soy su padre, mi pasión es justa:
decir que su semblante es el espejo
que copia el corazón, no es más que un ripio:
ya de sus ojos me ocupé al principio.

XXIX

Decir que nunca su alma valerosa
temió á Dios ni al demonio, es censurable,
aunque tiene su parte ventajosa:
decir que agradará no es muy probable;

no decir nada, es una misma cosa:
usaré, pues, el término pasable,
único que conozco, y con el cual
se disculpe; es un ser original.

XXX

Ojalá con tal frase consiguiera
justificar lo que diré bien presto:
si no ¿qué importa? La verdad austera
es la norma que en todo me he propuesto.
Si él se conduce mal, sabe cualquiera
que hay mil que le aventajen; por supuesto,
que de todas las cosas que de él hable,
no me harán los lectores responsable.

XXXI

El que conozca un poco mis acciones
notará de seguro la distancia
que hay entre Hassán y yo; tengo aficiones
de exquisita finura y elegancia,
y en todas las diversas ocasiones
que tuve una querida, sin jactancia
puedo afirmar que revelé gran juicio.
Y, por Dios, que no sé bajo qué auspicio

XXXII

he comenzado esta difusa historia
tan recargada de espantosas tintas,
y ya quisiera en pos de mayor gloria
escribir otras páginas distintas
y dejar en obsequio á mi memoria
estas octavas en el fuego extintas,
si no temiese dirigir un reto
á la posteridad, á quien respeto.

XXXIII

He dicho, pues, que Hassán era de Francia;
mas no sé por qué extraño sentimiento,
ó, por mejor decir, extravagancia,
imaginó en sus años de contento
que la mujer no tiene otra importancia
que servir de juguete en un momento:
así es, que al conquistar á una doncella,
más de ocho días no pensaba en ella.

XXXIV

Esta conducta de segura fama
es el mayor absurdo de la mente,
pues sabido es de todos que quien ama,
repite que ha de amar eternamente:
jamás un rey ni un bardo ante su dama
juró amarla ocho días solamente;
mas el niño feliz de mi poema,
siempre vivió escogiendo de la crema.

XXXV

—Bien sé—decía en ratos de amargura—
que me brinda esa crema en su conjunto
agrio sabor más veces que dulzura.
El siglo es de vinagre en este punto,
y es difícil hallar la leche pura.
Mas cambiarme en esclavo y vivir junto
con alguna mujer, nunca podría:
ser el perro de un negro desearía,

XXXVI

ó á los golpes del látigo salvaje
morir, como un corcel, antes que fuera
á prestar á una falda vasallaje
ó buscase una linda carcelera
que con su lento andar luciendo el traje,
en sus azules ojos me tuviera
cautivo de su amor: esto es horrible
y el palo para ahorcar es preferible.

XXXVII

Este exige labores muy sencillas
y se traza y coloca en un momento:
mas no sé comprender las maravillas
del que vive en dorado encantamiento;
lo lactan como á un niño entre mantillas,
y tiene tan ruinoso el aposento
que quizá no pudiera sujetarse
en la pared un garfio para ahorcarse.

XXXVIII

Y hay que añadir, para colmar lo horrendo,
que la mujer más áspera ó de un fondo

más reservado, al irse concluyendo
los ocho días de que amar respondo,
siente que en su cabeza está bullendo
ó surge de su pecho en lo más hondo
algún amante de época más tierna,
un corazón más vivo, mejor pierna,

XXXIX

un alma de más dulce simpatía;
algún robusto y musculoso brazo...
(Debo advertir que mi héroe es todavía
quien habla, y esta sátira que trazo
de vergüenza y horror me llenaría
si dudase el lector que la rechazo.)
— Por eso — continuaba — no soy tonto
al romper todo vínculo bien pronto.

XL

Así más lucidez la mente alcanza:
la saciedad á calcular obliga;
pues en tanto que pese en la balanza
un grano de amistad, buscará liga
el recuerdo infeliz con la esperanza,
cual niño presa de mortal fatiga
busca en los labios de su hermana amparo:
¡Ay, tan sólo el espíritu ve claro!

XLI

El odio nace siempre del hastío:
mas, ¿podré sin motivo ser odiado?
¿me han de querer acaso, á pesar mío?
Si dice alguna joven que ha llorado,
yo también lloro y me convierto en río,
necesitando ¡oh mísero! á mi lado
quien me sostenga si la planta muevo,
y ni perdón á demandar me atrevo.

XLII

Yo reservo mi cuerpo y de este modo
el alma se conserva inmaculada.
Quizá digan algunos que acomodo
mi plan á una teoría equivocada,

cuando hay mujer que nos destruye todo,
sin que á su lado conservemos nada:
mas esto es vil mentira que se estrella
contra un buen hombre sin causarle mella.

XLIII

De esta manera Hassán se defendía
cuando en Francia sus planes meditaba,
y echado hacia la oreja se ponía
aquel gorro que entonces se estilaba,
el cual la viva danza presidía
que en todos los molinos se bailaba.
Sin duda alguna tal razonamiento
lo vería muy claro su talento.

XLIV

Mas aunque el tema del amor tratase
como el que sigue fiel un catecismo
y en dorar el absurdo se empeñase,
era de precisión que en su organismo
de sus sensibles nervios se acordase,
y el placer le causara un paroxismo
de indefinible horror: cuyo destrozo
no le arrancaba un grito ni un sollozo.

XLV

Un ligero temblor, una extremada
palidez, un anhelo sofocante,
una blasfemia, alguna entrecortada
palabra incomprensible y delirante,
esto á lo más se percibía, y nada
llegaba entonces á sentir su amante,
sino el cansancio de su cuerpo rudo
entre sus brazos desmayado y mudo.

XLVI

Mas al cesar su estúpido transporte,
sucedían encantos ideales
y á su querida le formaba corte
haciéndole infinitos madrigales
de los que no hay paciencia que soporte;
y á la vez transformábase en raudales
de azúcar, miel y halagos, hasta el punto
de poder comulgar con ella junto.

XLVII

Ni íntimo anhelo, ni secreta historia
guardábanse en aquellas ocasiones:
todo brotaba en ráfaga ilusoria:
de la vida las múltiples pasiones
iban cruzando: la inquietud, la gloria,
la esperanza, el amor, las ilusiones;
y jamás tan larguísimo rosario
desfiló por ningún confesonario.

XLVIII

¡Cuántos jóvenes tristes y abatidos
reniegan de los lazos terrenales
con que el cuerpo y el alma están unidos,
esos hermanos, sin cesar rivales!
Lo extraño es que en los siglos transcurridos
Dios permite esos vínculos fatales:
he aquí el nudo gordiano que debía
cortar la espada de Alejandro un día.

XLIX

¡Ay! El cuerpo y el alma reprimiéndose
y formando parejas siempre juntas,
mientras que ruede el mundo irán moviéndose,
cual los clásicos versos ó las yuntas:
y—"Obras mal„ — "Eso tú„ — dirán riñéndose.
¡Ah! hospedero, que admites sin preguntas,
y tú, infeliz, á quien aquél hospeda:
¡cuán falso es que el mejor todo lo pueda!

L

La prueba de esto, y prueba irrefutable
de que el mundo es muy malo, se está viendo
en que forjar ha sido indispensable
otro mejor para seguir viviendo;
un mundo absurdo, aéreo, inhabitable,
que hizo al hombre sin término sufriendo,
que al mundo real lo prefiriese en todo,
cuando le vió surgir libre del lodo.

LI

¡Oh, sí! Un placer funesto se procura
el que su alma adormece sin decoro

y en la embriaguez del cuerpo la satura;
el que un beso purísimo y sonoro
deposita en la sien de una hermosura,
y de su corazón la llave de oro
arroja á los torrentes como Elfrida.
¡Feliz el que así viéndose en la vida,

LII

como aquel viejo emir que custodiaba
á su linda sultana, llega airado
y entre él y una mujer su acero clava:
¡feliz el torpe altar no profanado:
feliz aquel para quien todo acaba
cuando el fugaz placer está agotado,
y al cual no vió la meretriz sumisa
llorar después que concluyó su risa!

LIII

¡Es tan hondo el abismo! ¡Va tan llana
la pendiente! ¡Tan leve diferencia
separa á la querida de la hermana!
¡Nos busca el corazón con tal frecuencia
posándose quejosa y charlatana!
¡Tiene el hombre tan poca resistencia!
¡Es la mujer tan fuerte! ¡Y el camino
del placer á la dicha es tan divino!

LIV

¡Mísera humanidad, y el que hace alarde
persiguiendo un antojo cuyo precio
ha de ser el dolor temprano ó tarde!
La copa es bella y quien la apura necio;
si no quiere temblar como un cobarde,
que ría con sarcástico desprecio.
Tal es el mundo y debe convenirse
que en esta vida es lo mejor dormirse.

LV

Sí; dormir y soñar. ¡Qué seductora
es la vida infeliz cuando algún sueño
su desnudez con los destellos dora
de su cristal fantástico y risueño!

Hijo también del cielo donde mora,
viene cual ave entre el sutil beleño
y, sin mojar sus alas, cruza y juega
sobre el mar del dolor que nos anega.

LVI

¡Ay, si un sueño tenaz se consieguiese!
¡Si al tender el sonámbulo su mano
en mitad de la frente no se diese
contra un pilar un golpe soberano!
¡Si hacer una armadura se pudiese
impenetrable al sentimiento humano!
¡Si el amor viera alguno satisfecho
igual que el hambre que devora el pecho!

LVII

¿Por qué Manón Lescaut se nos ofrece
tan verdadera y de tan vivo trato
desde el primer capítulo y parece
que se ha visto y se tiene su retrato?
Y Eloísa, ¿por qué se desvanece
como sombra que adora un insensato,
sin conocerla nadie? ¡Ah, soñadores!
¿Por qué nos presentáis esos amores?

LVIII

¿Por qué me hacéis en la pared oscura
que sus espectros luminosos vea
en las noches de insomnio y calentura,
si cada sueño que al mortal recrea
un miserable despertar augura,
y atado al mundo ve cuanto desea,
cual águila que mueve y sobre el suelo
abre las alas contemplando el cielo?

LIX

Manón, soberbia esfinge, apasionada
sirena, corazón inagotable,
Cleopatra en las galeras desterrada:
por más de que tu historia inimitable
lectura de porteros fué juzgada
en Santa Elena, tu eres real, palpable,
mujer envilecida, y ni Cleomenes
es digno de besar los pies que tienes.

LX

Cual me enoja Tibergo, me seduces
y me entretienes tú. ¡Cómo te creo!
¡Cuánto cariño y odio me produces!
¡qué perversión la tuya! ¡qué deseo
de oro y placer! ¡qué exacta reproduces
tu vida en cada frase que ahora leo!
¡Con qué pasión, por desleal que fueras,
yo te querría si otra vez nacieras!

LXI

Me parece lector, que estoy ya chocho:
mas si debe ajustar como una bota
cuanto diga, lo bueno que derrocho
no te causara el goce que te enjota.
(Salió este verso indigno y lo reprocho
como pienso explicar en una nota.)
Iba diciendo, pues... ¿Qué diablo digo
y dónde estoy, cuando mi cuento sigo?

LXII

Ya lo recuerdo. Que era Hassán, decía,
muy expresivo hablándole á una dama
y de ella todo ó nada pretendía:
y en verdad que no sé cómo quien ama
el cuerpo sin el alma entregaría,
cuando el humo es aquél y ésta la llama.
Además, como en todo es un arcano,
no puedo asegurar si era cristiano;

LXIII

ni si llegó otro dogma á interesarle;
ni qué secreto suyo de importancia
reveló acaso quien debió guardarle;
ni cómo consiguieron allí en Francia
sus amantes de un día transformarle;
ni qué pensaba él mismo á otra distancia;
ni qué locura le hizo con extremo
ser del amor y la amistad blasfemo.

LXIV

Lo cierto es que una noche que se hallaba
mal humorado y sin saber que hacerse,

tras varias libaciones hojeaba
los cuentos de Galland por distraerse;
y leyó que á una esclava estrangulaba
cada día el sultán, sin conmoverse,
siendo ese libro de feroz realismo
la causa de abrazar el mahometismo.

LXV

Un rabino de manos muy huesudas
el primero de mes, año por año,
le traía dos jóvenes desnudas;
y el último de mes les daba un baño,
un desayuno que aceptaban mudas,
y un velo y un zequí para su apaño,
plantándolas en medio del arroyo,
después de un noble proceder que apoyo.

LXVI

Y así en cuatro ocasiones por semana
del amor se entregaba á la alegría,
é ignorando la lengua musulmana
fácilmente de aquel se deshacía;
mas charlaba en francés de mejor gana
quedándose rendido, y ya de día,
una egipcia encargada en el asunto,
la puerta abría y la cerraba al punto.

LXVII

Quizá pase por fábula inaudita
y una sonrisa del lector merezca
su sistema especial de sibarita;
mas sin temer lo que á otros le parezca
es el ser más feliz que el mundo habita;
y tal cual es dejando que aparezca,
veámosle reposar mudo y risueño
sin conseguir que lo visite el sueño.

LXVIII

Pero se queda en la embriaguez sumido
que es su hermana á su amante silenciosa,
que abre al alma las puertas del olvido
sin entornar los párpados de rosa;

que del amor y el ocio alegra el nido,
y parece al marcharse vagorosa
que nos durmió, brindándose al deseo
más pálida y más bella que Morfeo.

LXIX

En esa situación encantadora
se duerme el alma y, aunque el sueño prive,
se fuma, se bosteza y se enamora;
se está muerto y la vida se percibe;
no se le hace el amor á una señora,
más con un leve esfuerzo se concibe
que uno pueda... Se engaña quien presuma
va á escaparse algo impúdico á mi pluma.

LXX

¿Visteis en una rambla algún orondo
y soberbio faisán de hinchada pella;
que al sol se rasca, pónese redondo
y parece un sochantre que resuella,
y por un agujero estrecho y hondo
se siente respirar la bola aquella,
cual si rumiase en la embriaguez del vino?
He aquí un estado para mí divino.

LXXI

Si vas de Tierra Santa á los lugares
mira á tus pies, lector: allí hay dichosos:
son los viejos dispersos á millares
que se duermen fumando en los ruinosos
sitios donde Judá construyó altares:
allí viven y mueren silenciosos,
y pudieran tomarlos sus testigos
por unos dioses, aunque son mendigos.

LXXII

En el suelo, desnudas ó cubiertas
las carnes con andrajos y apoyada
su frente en un sillar, las horas muertas
están, sin bolsa y sin pensar en nada:
perros te llamarán si los despiertas;
sufrirán que les des una pisada;
mas no los hieras con ningún ultraje
si piensas que te sirvan en tu viaje.

LXXIII

El que nace un estúpido, sostiene
como un dogma el sensual mahometanismo
es el mortal que la ventura obtiene.
¡Que no suceda así en el cristianismo
donde tan bien ganada hay quien la tiene
y hasta muere orgulloso de sí mismo!
Mas ¡qué demonio! estoy desacertado:
otra barbaridad se me ha escapado.

LXXIV

Se dice mahometismo. Ya me abruma
tanto disparatar: á un diccionario
debí acudir con diligencia suma
antes de hacer un verso estrafalario.
Ya lo he visto, me vuelvo, hallo la pluma
caída, y con furor atrabiliario
de un enérgico soplo, apago presto
mi bujía y mi numen y me acuesto.

LXXV

Lector, es la franqueza mi divisa
como deben mis versos convencerte:
está mi héroe desnudo, yo en camisa,
y mi candor me lleva á entretenerte
con un lance trivial digno de risa.
Mas ¿dónde á parar voy? Sólo la suerte
lo sabe, y tú cuando el final divises:
soy como Eneas conduciendo á Anquises.

LXXVI

Veloz y soportando su fatiga
iba Eneas: en cambio se quedaba
su esposa atrás, aunque á marchar la obliga.
—Creusa, ¿por qué no vienes?—exclamaba;
y ella: —¡Si estoy atándome una liga!—
Átala, pues —Eneas contestaba—
Si á mi lado no muestras mayor celo,
rodará el cuerpo de mi padre al suelo.

LXXVII

A ver, lector, si entiendes lo que digo,
ó está mi explicación algo confusa:

es Anquises el cuento que ahora sigo,
y Creusa, deteniéndose, mi Musa:
cuando pienso que marcha y va conmigo,
se encuentra lejos: sírvenla de excusa,
una piedra, el insecto con que juega,
y caminando así, nunca se llega.

LXXVIII

Por una parte, con su esposa cuenta
el noble Eneas, que sin ella al lado
es un cuerpo sin alma que no alienta;
de otra parte es Anquises muy pesado;
luego un tercer peligro se presenta
y es que arde Troya, y al sentir, cargado,
que el uno gruñe y la otra se entretiene
á descansar un rato se detiene,

CANTO SEGUNDO

¿Qué es el amor? El cambio
de dos fantasías y el contacto
de dos epidermis.

(CAMFORT.)

I

Dicen los tontos, bien, que el verse alguno
exhausto de dinero, es un suplicio
que se calma escribiendo algo oportuno;
si es por matar el tiempo, sin perjuicio
de nadie, hasta que llega el desayuno,
bien vale la partida; y si es oficio,
no me parece el de mujer galante,
abogado ó portero, más boyante.

II

La poesía es lo que más aprecio,
esa lengua inmortal de oculta clave;
(quizá es un crimen el decirlo recio)
más yo la adoro como un loco y sabe
que jamás la ha querido ningún necio,
que la hizo Dios para que nunca acabe,
que flota limpia, esplendorosa y leda
y la oye el mundo sin que hablarla pueda.

III

Sabed los que pensáis con el cuchillo
de abrir hojas, hacer un escalpelo,
y ver queréis al escritor sencillo
de algún pasaje desgarrando el velo,
como un amante á quien ofusca el brillo
de una carta de amor, busca en su anhelo,
el llanto de su amada y se figura
oir su voz mientras le da lectura;

IV

sabedlo bien: al escribir la mano,
tan solo el corazón habla y suspira;
él se consume con el duelo humano;
él se ensancha, descúbrese y respira,
como el viajero al ascender del llano
á la montaña donde el fresco aspira:
ahora, arrancadnos, si queréis, perversos,
el placer que nos dejan nuestros versos.

V

Valgan ó no, la musa que acompaña
al más loco infeliz, es siembre bella,
pues su hermosura espléndida la baña
la luz de nuestro amor que irradia en ella.
Cuervos, graznad, cebándose con saña:
el vate surca el cielo en rauda huella
y hasta él subís con vuestra rabia impura
cuando él ya baja de la inmensa altura.

VI

Antes dadle á una rueca, si os halaga
ó en buey trocad la rana juguetona,
que en el libro que más os satisfaga
como cierto admitir cuanto emociona,
y luego del autor sondead la llaga,
porque siempre el incrédulo ambiciona
tocarla bien, para decir que ha visto
las huellas que la cruz dejó en su Cristo

VII

Mas un libro, en verdad, sólo refleja
un sueño breve relatado al vuelo;

es un ave que trina y que se aleja;
una fragante rosa que en el suelo
apenas se aspiró, secar se deja;
un buen amigo que con noble celo
nos proporciona un diálogo que instruye,
en el cual se le escucha ó se le arguye.

VIII

Hoy, por ejemplo, me ocurrió la idea
de escribir en octavas este cuento;
y por eso ¿va nadie que lo lea
á maltratarlo con feroz intento?
Escribiéndolo yo, ¿cabe que él sea
responsable de tal atrevimiento?
Diréis que en pos de Byron va mi musa:
mas él, que imitó á Pulci, ¿tiene excusa?

IX

Y á los vates que halló por su carrera
robó en Italia á diestro y á siniestro:
nada es de nadie y todo es de cualquiera:
y algún zote será como un maestro
de escuela, el que un vocablo pretendiera
que á él solamente se lo inspire el estro.
No imitar á ninguno es verse aislado
y en un rincón del mundo desterrado.

X

¡Ah, Laforet (1), mujer de fantasía,
aunque á leer no aprendiste! ¡Qué tremendo
bofetón con tu nombre todavía
están los charlatanes recibiendo!
Te escuchaba Molière cuando escribía
y el mundo desdeñabas sonriendo
al presentarte con los nombres fijos
que ibas á dar á sus soberbios hijos.

XI

Dicen que nunca te leyó la *Alcestes*,
y yo hubiese al contrario procedido,
pues si llegaban á sonar agrestes
las palabras sublimes en tu oído,

(1) Cocinera de Molière.

de su laúd las notas más celestes
el corazón te hubiesen conmovido
y á los parlantes que tu siglo aclama
entregárale el resto de su drama.

XII

¿Por qué los que se adoran con encanto
se observan intranquilos noche y día?
¿Por qué goza el poeta en su quebranto?
¿Qué piden juntos con tenaz porfía?
¡El premio de una lágrima, Dios santo!
En ella están su cielo, su alegría,
su numen y sus lauros inmortales,
pues el amor y el genio son iguales.

XIII

Mi primer canto terminóse, y veo
que no hay quien lo comprenda ni resuma:
verdad que de las frases que ahora empleo
escribiera poquísimas en suma,
si hubiese un plan trazado sin rodeo,
momentos antes de coger la pluma,
por lo cual rabio y sufro, más al cabo
me conduje en la empresa como un bravo.

XIV

Dos especies se ven de libertinos:
el de una es bello, cual Satán; helado,
como un reptil; siguiendo los caminos
que otros recorren; altanero, osado;
sin transportes humanos ni divinos
que hagan latir su corazón gastado,
cuyas pasiones en el mundo tapa
de la ambición con la dorada capa.

XV

Seductor y egoísta impenitente
que al dulce amor de la mujer aspira,
buscando á su amor propio un aliciente;
que observa al sol su sombra cuando gira;
y apenas ve una linfa trasparente,
como Narciso en su cristal se mira,
y hace causando el mal con su reflejo.
de aquella fuente del dolor su espejo.

XVI

Su ideal es su persona. En cuanto él hace
ó habla se ve su espíritu latente.
Después de alguna hazaña le complace
que al mirarlo pasar diga la gente:
—"Ese que ahí va es Roberto Lovelace„—
Puede en torno á su nombre omnipotente
rodar el mundo: es su eje de granito
y él le manda que cruce el infinito.

XVII

Ni á un escándalo teme, ni á un proceso:
le pone á su buen padre que agoniza
algún paño mojado, y después de eso
de puntillas gruñendo se desliza.
Algún amante al dar con embeleso,
la mano á la mujer que más lo hechiza
le aprieta, ocasionándole un suplicio;
mas ésto aquél lo tuvo por oficio.

XVIII

¿Quién sorprende su espíritu, si vela
con precaución el fondo de su vida?
Hable, ría ó solloce, ¿qué revela?
Algún lance de honor que pronto olvida;
quejas de amor de alguna damisela;
una joya riquísima prendida
en el seno lascivo de una hermosa,
ó una cruz negra en ignorada fosa.

XIX

Mas todo calla cuando el joven llega.
Lo ve Clarisa y la inquietud le asalta.
¡Qué hermoso está! ¡Qué brillantez despliega!
Y ¡con qué tono de señor se exalta!
Si ella se enoja y duda y no se entrega,
que va á matarse dice con voz alta:
será posible; mas su amante bella
prefiere que él se salve y morir ella.

XX

Es un curtido seductor liviano,
monstruo de doble faz, hidra que emplea

patas de tigre y garras de milano:
no tiene del amor ninguna idea;
muestra al dolor y al pueblo desdén vano;
quiere que el mundo sus conquistas vea,
y si el papel de César no le place,
es porque ya se llama Lovelace.

XXI

No le lleguéis á preguntar si ha sido
desdichado ó feliz, pues no está cierto.
Es lo que debe ser. Nació sin ruido
y silencio también le cercó muerto.
El antílope siempre ha parecido
más dulce que el monarca del desierto;
más éste exclamará con ronco son
que eso nada le importa al que es león.

XXII

He aquí de un siglo el burlador brillante;
la estrella que en el polo solitario
extático divisa el estudiante;
de quien Richardson hizo el comentario
que nuestros hijos leen: vida infamante,
cuyos crímenes forman un breviario
que abrasa con sus páginas febriles
las manos y los pechos juveniles.

XXIII

Hay un tipo francés de libertino,
un Don Juan, rico, audaz, de baja estofa,
que bebe en donde llega el mejor vino,
habla al hombre de piedra en son de mofa,
mantea al buen Domingo como á un chino,
y á su padre que llega y le apostrofa
dice que puede sermonear sentado:
éste es un mal Tenorio disfrazado.

XXIV

El de más numen y de más alientos
es el que halló Mozart mientras soñaba
y Hoffmann vió entre músicos acentos,
á la vez que un relámpago surcaba

la fantástica noche de sus cuentos:
retrato cuyo mérito se alaba,
pero que está incompleto y en el día
sólo un Shakespeare tal vez lo acabaría.

XXV

Sobre la hierba de frondoso huerto,
por el amor y el genio circundada
la noble sien y en íntimo concierto
se halla un joven al pie de su adorada:
tiene al placer su corazón abierto
y parece una rama desgajada
del árbol de la vida, en cuyo nombre
amará y sufrirá como el Dios-Hombre.

XXVI

Vedlo: allí está las lágrimas secando
de una hermosa mujer, entre el fecundo
esplendor de los bosques, estrechando
contra su débil corazón el mundo,
como la yedra á su alredor buscando
algún apoyo en su éxtasis profundo
y abandonada el alma á su embeleso
cual arpa eolia de la noche al beso.

XXVII

Allí está, preguntando por qué gime,
si con lágrimas jura que no aguarda
ni anhela más placer mientras la oprime;
meciendo como el angel de la guarda
su sueño fiel con el laúd sublime
y su áurea copa que en vaciar no tarda,
brindando á quien el júbilo enagena,
pues él se goza en la ventura ajena.

XXVIII

Allí está: bajo el cielo de la Francia,
joven y rico y de gentil figura,
rebosando entusiasmo y arrogancia,
amando y siendo amado con locura,
como una flor vertiendo su fragancia
y henchido de tan cándida hermosura
que bien pudiera el ángel inocente
besarle el corazón sobre la frente.

XXIX

Allí está: ¡qué magnífico destino
á su hijo encantador el cielo envía!
El amor se le acerca en su camino
jurando hacer eterna su alegría;
viene el azar á proteger su sino
y derrama la Virgen poesía
el néctar de su copa en sus cabellos,
como la dulce miel, rubios y bellos.

XXX

Tiene allí de un palacio el señorío;
persigue el ciervo oculto en la floresta;
en el monte, en el soto y en el río
suena su nombre con rumor de fiesta;
es suyo el pueblo y el convento umbrío
al que suben los monjes por la cuesta,
y siempre que atraviesa un lugarejo
va el santo tutelar en su cortejo.

XXXI

Cuatro princesas de beldad radiante
lo han ido á prentender; mas él tuviera
si quisiese á la reina por amante
y tres palacios más que le pidiera:
contando su riqueza deslumbrante
un israelita calvo se volviera,
y echaría á los pájaros dañinos
su trigo, sin mermarse, en los caminos.

GUILLERMO BELMONTE MÜLLER.

(Continuará.)

CRÓNICA INTERNACIONAL

Estado general europeo.—Las resistencias á los nuevos tributos en España.—Los federales y los carlistas.—Identidad en lo fundamental de ambos programas.—Las elecciones francesas.—Diferencia entre la dignidad majestuosa en las emisiones del voto y los tumultos en las asambleas públicas.—Continuidad de la indefinición y de la indeterminación en Francia.—La Cámara de los lores y la reforma de Irlanda.—Explosiones democráticas antiguas contra los lores.—Causas de que no hayan estallado en esta ocasión.—Maniobras militares de Alemania.—Exaltación del duque de Edimburgo.—Bismarck.—Conclusión.

El estado general en la Europa contemporánea estos últimos días no adolece de la exacerbación encarecida por el pesimismo al uso; antes anuncia la persistencia de una paz, amenazada por alardeos militares á la continua, y subsistente, también á la continua, en su inalterable serenidad. La conclusión y acabamiento de la reforma constitucional en Bélgica y sus comienzos en Holanda; las elecciones francesas, definidas un poco ya y con grandes tendencias conservadoras; el ocaso de toda pretensión monárquica y el desconcierto de todo grupo radical en el Parlamento francés; ese previsto veto de los lores al proyecto de la emancipación del celta debida por Inglaterra de antiguo á su isla hermana; las discordias exteriores entre Italia y Francia, recrudecidas por la increíble presencia del príncipe de Nápoles en Metz y las discordias interiores de Suecia y Noruega, que van llegando hasta borrar los signos de vida común en sus banderas, traen un tan largo precedente de antiguo y entran como levadura natural por tal modo en la vida ordinaria nuestra, que si merecen estudio, no merecen pasmo, ni extrañeza, ni menos miedo. Continúan los errores mezclados á los aciertos y los males á los bienes. Nos consumimos en armamentos ruinosos para no empeñar nunca el conflicto continental; nos peleamos entre nosotros con tarifas mercantiles horribles, cuando debíamos dejar á los productos del trabajo la franquicia y espacio que tienen los vientos del cielo; en varias alturas suéñase hoy con la reacción, y en varios abismos con la dinamita: prevalecen hasta en los ánimos y en los espíritus más conservadores las ideas más socialistas; privan los dominios coloniales nuevos en los hombres de mayor seso y de más antigua experiencia; el déficit crece por doquier en proporciones alarmantes y la sangre, que debía vivificar el cerebro

de la humanidad, se aglomera en sus guerreros brazos: pero así vamos tirando, y á la postre llegará el término de los ejércitos conquistadores como á la postre de un gran movimiento en la opinión impelida por la conciencia universal llega el término de la esclavitud negra, pues marchará el progreso en espirales y sufrirá los reflujos que el mar, mas concluyen al cabo todos los teoremas verdaderos y todas las teorías progresivas por encarnar su Verbo en la sociedad y cristalizarlo dentro de instituciones liberales y humanas. El principio progresivo se patentiza de suyo en la constante ascensión de los pueblos al derecho y en las difusiones cada vez mayores y más activas de este justísimo principio en los abismos donde sólo penetraba la palidez del hambre y la cadena del siervo. Como no se conoce á la vista diaria el crecimiento de los vegetales ni á la percepción vulgar el traslado continuo del globo á puntos nuevos y nunca por él recorridos en el espacio, no se conocen los lentísimos crecimientos continuos del humano progreso; mas no cabe dudarlo, no, su marcha continua es tarda, pero segura, y á cada nuevo paso la tierra se alza brillante con mayor luz como el espíritu crece á cada minuto en hermosura y en bondad.

Pero podría dudarse de tal aserto cuando se observan síntomas de perturbación mental, como los observados en España durante los meses últimos con motivo del presupuesto novísimo. Unas resistencias en la Coruña, que remedaran la comunidad revolucionaria de París, aunque por motivos opuestos, por quitarle, creyéndose capital nata de Galicia, su corte y su capitanía militar; un motín de añoranzas en Vitoria, con grave desacato al ministro de la Guerra, tratado al paso por la estación del ferrocarril, no como huésped, como enemigo, á impulsos idénticos con los determinantes de la revolución coruñesa; una infinidad de tumultos en cada pueblo despojado de sus jueces y de sus corchetes; el asalto de la vivienda estival del Presidente del Consejo en San Sebastián, que ha costado á tres donostiarras la vida; los obstáculos opuestos por Bilbao á la salida de los buques recién construidos en su astillero particular, cuando iban á otro astillero; el disgusto de los productores de vino tumultuados también y de los mercaderes no menos nerviosos; la fiebre regionalista, cada día más alta, y el respeto á las disposiciones del gobierno, cada día más bajo; amén de un gran movimiento en Valencia, muertes en Montblanch, atentado al general Martínez Campos en Barcelona; todo cuanto pasa parecería uno de esos asaltos de colectiva demencia generada por los excesos de la temperatura, ó por lo terrible del malestar general, si no supiéramos cuán de la superficie todo ello es y cómo en el fondo de nuestra vida queda la serenidad inalterable de este gran océano que se llama espíritu español, en cuyo seno reinan los oleajes y los vientos á la continua, pero también un reposo y una gravedad muy demostrativos de su magnitud

y de su fuerza. Uno solo, entre tantos males, más escandalosos que agudos, me desasosiega é inquieta; el espíritu regional, que quiere transmitir á cada pueblo, con riesgo de hacerlo estallar, el Estado, convirtiendo cada individuo dentro del bárbaro atomismo, connatural á las terribles anarquías, en una cifra matemática, por completo inasimilable á la vida nacional y fuera de su maravillosa unidad. Yo siento y deploro todo esto, no por lo que pueda significar de aumento en las imposibles aspiraciones federales, por lo que significa de aumento en las eternas esperanzas carlistas. No hay sino recordar el programa novísimo de éstos para persuadirse á una coparticipación de mis temores; pues viendo con excelente penetración cómo la ciencia del centro capital de nuestra cultura y de las demás grandes capitalidades aviva el alma de los pueblos y aguza su entendimiento, quieren trasladar el gobierno á los campos, en la esperanza de que renacerán en sus surcos y bajo sus estiércoles el absolutismo con la teocracia, y retrocederemos así á los extintos tiempos, que doran todos los días con esmaltes de una felicidad continua esas locas esperanzas reaccionarias, cuyo espíritu quiere hacer de la sociedad, donde se halla el rey absoluto en la cúspide y el siervo en la base, un verdadero edén. Y así, el programa carlista quiere un municipio autónomo, cual pudiera quererlo Pi y Margall; quiere un Parlamento en cada región, como pudiera quererlo Vallés y Ribot; quiere un organismo de federación más armónica que la salmeroniana; y para no engañar á nadie sobre su radicalismo, propio de cualquier comunero, quiere aquel mandato imperativo, no aceptado ni siquiera por los publicistas más rojos en Europa y puesto como un gorro colorado bajo la vieja corona real de nuestra España, en prueba evidente de que se identifican el federalismo y el carlismo por aquella identidad de los contrarios, tan criticada en el sistema de Hegel como verdadera en la realidad de nuestra vida y en el pensamiento y en la razón de nuestro espíritu.

Pero dejemos este interno asunto, que ya se ampliará en mejor ocasión, y vamos á los asuntos exteriores. Pocos fenómenos sociales han llamado con tanta viveza mi atención, como la disparidad en Francia entre los comicios para el nombramiento de diputados y las reuniones públicas preparatorias de estos comicios y de estos nombramientos. Mientras un día de elecciones en todo aquel territorio maravilla por su solemnidad al extranjero, una reunión lo espanta y lo retrae, no ya del régimen republicano, del régimen liberal y democrático. Parecen los franceses, cuando van á los comicios y en los comicios votan, verdaderos patricios antiguos, por la majestad de su porte y por la conciencia de su acto, mientras parecen esos mismos hombres, cuando van á las reuniones públicas y en las reuniones públicas hablan, verdaderos energúmenos. Si vais á los comicios, creéis ver una página de antiguos historiadores en acción, y si vais

á los reuniones, creéis oir un aquelarre de sábado infernal concebido en asquerosa borrachera. Todo en aquellos recogimiento, silencio, reflexión, verdaderas concentraciones sobre la trascendencia del acto, mientras todo en las asambleas preparatorias escándalo, garrulidad, ceguera, desate de pasiones desapoderadas, estallido de blasfemias políticas. Un ciudadano que habla delante de inmenso público, gesticula, patalea, grita, muerde, á guisa de perro hidrófobo, mientras ese mismo ciudadano, si vota, no se meté con nadie, no veja ni ofende á nadie, practica su deber político cual pudiera practicar un sacerdote su consagrada liturgia. Las mismas personas parecen transmutadas en una y otra ocasión, en uno y en otro sitio. No les pidáis mesura cuando se reunen á discutir sus asuntos, ni aguardéis destemplanzas ó desórdenes cuando acuden á realizar sus resoluciones. Todo al revés de nosotros los españoles, tan ordenados en las asamblas públicas y tan desordenados y tan violentos y tan guerreros en los comicios electorales.

Ahora, en este período electoral, se han acreditado como nunca de verdaderas y exactas mis observaciones respecto de las asambleas populares y de los comicios soberanos en Francia. No ha habido reunión alguna sin vociferaciones y sin golpes. A un publicista y pensador como Ives-Guyot le han cortado la palabra sin escrúpulo en interrupciones insultantes sin número y sin nombre; á un radical de pelo en pecho, como Mangean, le han puesto hecho un San Lázaro y le han tenido durante algunos cuartos de hora en trances mortales; á todo un Lokroy, cuyo nombre significa y contiene un programa, le han disparado un tiro al pecho que le trae aún enfermo; al sincero y entusiasta Floquet le han escupido toda clase de insultos y luego le han roto á balazos el sombrero, sin que se haya podido sacar en limpio aspiración alguna en aquel diluvio de palabras, pues como hablaban todos al mismo tiempo, no habia medio de comprender á ninguno. ¡Cuál diferencia entre los excesos de palabra y la confusión de ideas en el tiempo nuestro, que cosecha la siembra del último siglo, y aquellas peticiones de las asambleas primarias en los días del sublime 89, cuando todos los pensamientos de la ciencia tomaban cuerpo en fórmulas sublimes y pasaban á las leyes primero y á las costumbres y á la vida luego en corrientes eléctricas de un espíritu teórico y práctico al mismo tiempo, abstracto en sus conceptos, y vital, ó más bien dicho, vivificador en sus actos! Y no tienen los radicales amotinados en las reuniones públicas nada que decir, porque no tienen tampoco nada que desear en punto al problema político, ya resuelto, y al bien material, completo en lo posible, tanto cuanto lo permite la humana contingencia. No se puede pedir nada más allende la República, la libertad, el gobierno de la nación por si misma, el sufragio universal, el reinado práctico de una democracia progresiva, el bien social conseguido al ejercicio libérrimo del

trabajo, que permite tener los valores públicos sobre la par y promete un largo período de verdadera paz. Quien más desee, recordaríame por su insensatez aquello del español que, estando bueno, quiso estar mejor, y con efecto, se murió. Nada trae tantos retrocesos y retrogradaciones como una inmoderada impaciencia por el mejoramiento y el progreso.

Querer, como Lokroy, nuevas reformas en la Constitución; período nuevo de políticos debates y teorías sociales cual en los tiempos de Maricastaña; congresos constituyentes inaplicables é imposibles; un Senado elegido como la cámara popular y que fuese la Asamblea única fraccionada en dos; los comicios compuestos de grandes aglomeraciones; la soberanía inmanente del pueblo practicada en una serie de actos que no darían el referendum helvético por resultado, darían el plebiscito cesarista; querer todo esto paréceme tan grande antigualla, como si quisiéramos á estas horas el combate de clásicos y románticos en el arte, y de nominalistas y realistas en la ciencia. Mas al fin Lokroy tiene un programa. Pero ¿qué programa tienen los Ministros? Nadie lo sabe, ni ellos mismos. Las elecciones se han hecho, pero no en el combate natural de un gobierno que lleva sus enseñas, y de una oposición que lleva las suyas; se han hecho en la indeterminación y en la indefinición antiguas, cuyos estragos hubieran ya mil veces perdido á Francia, si Francia pudiera perderse. Ni el ministerio ni las oposiciones han presentado los sendos programas, bajo cuyos cánones empeñan sus grandes combates parlamentarios los expertos partidos ingleses. Una sola ventaja se ha patentizado, ventaja de importancia considerable: la ventaja de que la forma democrática quede fuera del diario litigio y consagrada por todos como el organismo indiscutible y perenne de la nación francesa. Pero esta ventaja no la deben mis amigos y correligionarios, los republicanos franceses, al propio esfuerzo, la deben á una intervención milagrosa del Papa, quien, comprendiendo que la Iglesia debe hallarse, por su celestial ministerio, sobre todos los partidos, no la disminuye y achica, como algunos de sus predecesores hasta someter eternos intereses religiosos á los transitorios de un partido monárquico petrificado y de una monarquía orleanista imposible. Fuera de esto, que ya es mucho, pero que no se debe al Gobierno, se debe al Pontífice, yo quisiera saber dónde se halla la orientación en la futura política; yo quisiera saber dónde se halla el Norte, pues veo una desviación en el imán, tan grande, que no encuentro, navegando por un mar de confusiones, ni en la bitácora el necesario cálculo de rumbo, ni la conductora é indispensable brújula delante del timón que todo lo rige, ni el objeto y término de tan incierto viaje. Así puede darse caso bien grave: que todo un M. Peytral, ministro de Hacienda, proclame cosa tan difícil cual un impuesto sobre la renta en solemne discurso y en numerosa reunión pública,

sin que sus compañeros sepan una palabra y por ende hayan de llegar hasta el extremo de desautorizarle en sus periódicos oficiosos. Por fortuna es tanta la vitalidad antigua del pueblo francés, y tantos sus resortes de resistencia como sus máquinas de impulsión, que puede vivir tranquilo y libre sin mayoría parlamentaria y sin definido Gobierno.

Pero confesemos que debe intruirse mucho, tanto él como los demás pueblos latinos, en las enseñanzas y en los ejemplos de Inglaterra. Tras el conocido y admirado porfiar de Gladstone se ha venido á tierra el plan reformador de Irlanda en un santiamén; y no hay liberal de aquellos que lo sostenían, capaz del error nuestro, del error consistente de antiguo entre nosotros, en llamar la era revolucionaria para que impulse y vengue al contenido progreso. Tras tantos años de prolijos estudios, tras tantas fórmulas de solución, tras tantos esbozos informes y planes abortivos, después de haber roto á los liberales y agrandado el viejo partido wigh, después de haber costado una larga dominación conservadora y una increible espera de cinco años, precisa nuevamente ponerse á empezar; y se ponen á empezar los reformadores, sin desesperación y sin jactancia, reedificando el demolido edificio con la misma fe ardiente y la misma constancia inquebrantable que si lo fundaran ahora. No había que aguardar otra cosa. Todos estábamos á una en el secreto. Cámara como la Cámara patricia, donde hay sesenta liberales y seiscientos conservadores, no podía sino rechazar un bill de reforma, un bill de progreso, un bill de emancipación, un bill de humanidad. Sobre sus mullidas alfombras, bajo sus áureos artesonados; en aquel salón espléndido semejante á un áureo santuario; servidos por una especie de corte y saludados con retumbantes nombres en una liturgia social complicadísima; los lores de Inglaterra no son en esencia otra cosa que dioses sin sacerdocio y sin culto, conservados dentro de aquel palacio de Westminster, como los momificados Faraones se conservan dentro de las pirámides sublimes del antiguo Egipto. Así, el más amplio sitio del Parlamento está reservado á sus personas sacerdotales y augustas; del más bello decorado revestida la sala donde celebran sus aparatosas sesiones; ropajes semejantes á los usados en la República veneciana cuando más brillaba ésta, y reproducidos casi de los personajes puestos en las viñetas y pergaminos medioevales, realzan á sus altos dignatarios, dándoles aspecto de soberanos en activo ejercicio; la Reina, que tan rara vez aparece por las calles de Londres, recibe la carga del manto en sus hombros y en su cabeza la de la corona, sólo para visitarlos: á su barra se presentan humildes los comunes, y su historia se confunde con la historia del pueblo inglés, y se dilatan sus timbres desde las entrañas de aquel viejo secular suelo hasta las alturas del aire, pues parece como que los llevan impresos en sí hasta las nubes de sus oscuros y cerrados horizontes. Allí concluye

todo; en el honor aparatoso y en la vanagloria inútil. Cuando ha querido subirse á mayores y contender con cualquiera de los progresos efectivos; tal cúmulo de amenazas se han desplomado sobre su frente y han amagado á su vida, que, impulsada por el empuje de un terror pánico, ha tenido que rendirse y adorar como ídolos suyos los mismos principios que hubiera ella destruido y quemado. No hay sino recordar cómo Gladstone prescindió de su sanción en las reformas democráticas sobre los ascensos militares, y como Bright dijo en una de sus más sublimes y más resonantes oraciones, que, despuntado y concluido el veto en manos de la reina Victoria, no podía consentirse tratara de conservarlo contra la nación y sus derechos la Cámara de los lores, parapetada tras viejos y ruinosos privilegios. Está en la tradición inglesa que la Cámara de los lores siempre resista de suyo á toda benéfica innovación; pero también está en las tradiciones inglesas que nadie le haga caso. A cada uno de sus vetos, más intentados por ella que cumplidos, una erupción democrática, enorme, ha estallado, y una imposición soberana del pueblo ha concluido con todos los esfuerzos y todos los aparatos de aquella fantasmagoría reaccionaria. ¿Cómo ahora no ha sucedido así? ¿Cómo ahora el alto cuerpo legislador, tan tímido de suyo, ha llegado sin terror hasta el veto, é ido á Roma por todo? Pues por tener en su pro lo que nunca jamás tuvo antes, por tener en su pro la opinión de todos los ingleses. Y habrá que volver al principio y que comenzar nuevamente la reforma de Irlanda.

¡Extraño país Alemania, extrañísimo! Habiéndose adelantado á todos en la revolución espiritual, queda tras de todos en la revolución política. Cuando compara uno su emperador, y su imperio, y su régimen, y sus instituciones con el régimen de Italia, y de Francia y de España, parécele tan alejado de nosotros como puede estarlo el celeste imperio chino. Y no se hurta con facilidad el pecho á un afecto de admiración, viendo la distancia mediante allí entre las cumbres del ideal y los abismos donde yacen todas las clases sociales. Ahora, por estos días, acaba de celebrarse una ceremonia, en la cual pocos han caído, y que demuestra como no se han desligado todavía los germanos de las ligaduras feudales. El emperador Guillermo, cuatrocientos años después de haber nacido Lutero y setecientos años después de haberse inventado la pólvora; inviste á un soberanillo de restricta marca y escasa población hoy con las insignias reales, como pudiera cualquier Federico Barbarroja y cualquier Othón, ya magno, ya chico, en los siglos medios, instalar sobre sus dominios de horca y y cuchillo y siervos, cualquiera de sus reyezuelos feudatarios. Aman los alemanes con tal amor las instituciones monárquicas, que no se contentan, como los demás pueblos monárquicos de nuestro continente, con un solo rey, han de tener muchísimos, aunque algunos presenten, por todo territorio, su nido de aguiluchos, marcado con

algunas torres, y por todo ejército sus pinches de cocina. Y hay, entre todos estos príncipes, uno que acaba de morir, y que, teniendo tan solo trescientos mil súbditos y el territorio proporcionado á este número, ha visto sentados innumerables deudos suyos en los primeros tronos de la culta Europa. Llámase este príncipe, y por las señas que les he dado, le habrán ya conocido mis lectores, llámase príncipe Coburgo, que reina por los suyos, por sus afines, en Portugal, en Inglaterra, en Bélgica, en Bulgaria. Pues bien, este príncipe soberano, el que acaba de reinar en los últimos lustros, ha muerto ahora y traído á colación por su muerte los más delicados asuntos de una monarquía, los relativos á sucesiones, porque su corona le ha tocado en suerte, según los caprichos del derecho hereditario, nada menos que al príncipe de Gales, agasajado con esta martingala de trescientos mil vasallos actuales, añadidos á sus trescientos millones interiores. La casa constitucional y parlamentaria, ó sea la dinastía extraña que reemplazó á los Estuardos en el trono de Inglaterra, fué holandesa primero por la reina María, unida en matrimonio con los Oranges, y luego germánica, por la reina Ana, que dejó á los Hannover, su corona, si no estoy transcordado. Pues bien, á pesar del gran reino, que les tocara en suerte, los monarcas ingleses de cepa germánica no han podido nunca jamás olvidar su casa solariega, y siempre han estado gobernando Hannover desde Inglaterra é Inglaterra desde Hannover. Este difícil trabajo ha seguido hasta nuestros días, en que, teniendo más definidos los Estados su naturaleza y carácter, así como teniendo más ideas los pueblos de su personalidad, se diferencian unos de otros y no se consienten monarcas extranjeros en parte ninguna. Un príncipe sentado en el trono de Inglaterra, no puede sentarse ya en trono alguno alemán, como antes se asentaban, y un príncipe sentado en un trono de Alemania, no puede sentarse ya en el trono inglés. Así, puesto el príncipe de Gales en la cruel alternativa de optar entre la corona de Inglaterra y la corona de Coburgo, ha optado por la corona de Inglaterra, entrando á reinar sobre Coburgo, su hermano, almirante de la escuadra inglesa, hijo segundo de la reina Victoria, esposo de una hermana del Czar, tío del emperador de Alemania y conocido en el Almanaque de Gotha y en la prensa europea, por su título de duque de Edimburgo. Y al entrar él y su mujer, á familias de tan extrardinario poderío pertenecientes, han tenido mil obstáculos que vencer, por su origen extranjero, no obstante circular en sus venas tanta sangre germánica. Dados el carácter extraño y particularísimo de Alemania, no debe maravillarnos que sobre aquella tierra, tan removida por las revoluciones intelectuales y tan empapada en el éter de la ciencia moderna, todavía quede un emperador semi-absoluto por las altas cimas y en los peldaños de la escala conducente á esta cima todavía se asienten varios magnates con su ce-

tro y corona como si estuviéramos en la edad del más crudo feudalismo.

Pasaríamos por esto con la mayor conformidad, si á esto no fuese unido lo que más á los espíritus humanitarios duele de seguro en Alemania, su régimen de conquista. Me tocó atravesar los espacios meridionales del territorio germánico, desde Landau hasta Lorena, por Munich y por Nuremberg y por Stutgart durante las maniobras últimas, y, en realidad, me pareció un campamento. Cuerpos de ejército á un lado y otro de los caminos; cañones y baterías en incalculable número por campos inmensos; entrada de tropas en las ciudades y salida de furgones en los trenes; movilización, ejercicio, maniobras; estados mayores lucidísimos; reyes semejantes á edecanes; pueblos muy pagados de sus victorias antiguas y muy resueltos á intentarlas y recogerlas nuevamente si les provocan las gentes enemigas: he ahí lo que á cada paso hemos visto, cual si estuviéramos en vísperas de guerra. El suelo ingrato, el aire inclemente, la producción agrícola escasa, el cielo cruel, se compensan en las tierras germánicas con adelantos de la industria tales y tan grande actividad en el comercio, que parece una Inglaterra continental, con grande gusto mío; porque aquella raza, bonachona de pasta y pacífica de carácter, prosperada por cierta satisfacción material, y gozando riquezas como las ganadas por sus vecinos de allende los Vosgos, con seguridad no acariciaría la guerra ni soñaría con la conquista, penetrada de que las maniobras militares continuas y los cuerpos armados numerosos la esterilizan y empobrecen. Pero estas maniobras tenían un carácter especialísimo: la presencia en ellas de un huésped tan significativo como el príncipe de Nápoles, festejada por iluminaciones y gallardetes, mucho más numerosos que las acostumbradas allí en casos semejantes. Y tenían razón los alemanes en festejarla. El representante segundo de una dinastía, cuya corona, por los austriacos amenazada, se amplió y doró en Solferino, añadiéndole á Génova y el Piamonte y la Cerdeña toda Lombardía, con lo cual pudo más tarde sumar las demás regiones italianas; ha ido con los enemigos de Francia, cuando tan fácil era la excusa ¡oh! á sancionar con su presencia una conquista, como la de Metz y Estrasburgo, en su fondo y esencia tan repugnante al humano espíritu como el acaparamiento de Milán y de Venecia por el Austria y por los autriacos, que nunca hubiera concluido sin las innumerables protestas lanzadas sobre aquellos actos de barbarie por el verbo de la civilización y del progreso. Recuerdo haber leído en otro tiempo una biografía de Crispi, cuyos datos él mismo diera, donde se ufanaba tan célebre repúblico y estadista, con razón, de haber impedido contra todas las sugestiones de Bismark y todo el influjo ejercido entonces por Guillermo I, la visita del rey Humberto á Strasburgo, pedida y reclamada casi por el gobierno alemán en aquel tiempo, como una sanción pública y solemne á la

triple alianza. Pues hubiera hecho perfectamente ahora el gobierno italiano, impidiendo al príncipe de Nápoles un acto de flaqueza y debilidad tan grande como su asistencia personal á maniobras militares, hechas sobre la tierra conquistada, no sólo con el propósito de sancionar la desmembración aquella en lo pasado, con el propósito de recortar todavía más los restos del magnífico territorio francés y suprimir, si fuese posible, tan grande y luminosa nación del mapa europeo. Yo nunca fuí partidario de que Francia se quedase con Túnez. Creí que tal acto patriótico de Ferry estaba en sus provechos muy disminuído por la pérdida irreparable de la necesaria inteligencia con Italia en las eventualidades futuras de Francia. Y como no aprobé, no, el proceder de Ferry, tampoco aprobé los esfuerzos hechos por Cairoli para reunir á Italia Túnez, siquier demuestre una historia de veinticuatro siglos, lo esencial que es tal región africana en todo tiempo al suelo itálico, por comprender yo entonces, como había en todo esto una intriga cortesana y dinástica, encaminada con arte, ó bien á lograr nuevos prestigios y engrandecimientos á la casa de Saboya, muy considerables, ó bien á indisponer para siempre la joven y gloriosa nación italiana con la república francesa. Convengamos en que los cálculos diplomáticos no han marrado; y la mala inteligencia entre Francia é Italia llega hoy á extremos tan grandes como la enemiga eternal entre Francia y Alemania.

Entre tantas cuestiones generales gravísimas, parece imposible que tengan todavía las gentes humor y los periódicos espacio para las cuestiones y los asuntos de pura importancia personal, como la reconciliación casi hecha del emperador Guillermo, cada día más activo, y el príncipe Bismark, cada día más decrépito. Llegó éste la última quincena, según dicen, á trance de muerte. Cargado con el peso de sus numerosos años y de su propia historia, terminada por una desgracia inmerecida y por un apartamiento penoso del gobierno, decae de ánimo y de voluntad á cada minuto, apagándose y extinguiéndose continuamente la vida, sobre cuyos restos aún resplandecen las últimas llamaradas de su luminoso pensamiento. No satisfecho con todo cuanto hiciera por su patria en el período larguísimo de su fortuna y de su poder, quería continuar sirviéndola en su vejez hasta el fin, y los desengaños producidos por el espectáculo de una Germania gobernándose sin él, hánle acelerado el fin último y puéstole, como he dicho, en los dolores y en los trances de una próxima muerte. Mas precisa observar ahora cómo Bismark, entre los asaltos del recuerdo de lo pasado y los vértigos que le causa el abismo de la eternidad bostezando á sus pies, no ha sabido conservar aquel equilibrio entre todas las facultades altísimas de su espíritu y aquella serenidad interna del carácter y del temperamento que constituyen las características de los grandes hombres, agigantados en su desgracia. ¡Ay! Ha mucho hablado; y como

quien mucho habla, mucho yerra; no cabe dudarlo, ha errado innumerables veces. La garrulidad extrema en vejez tan alta expone los ancianos á cosa tan grave y para ellos tan ridícula, como que los tomen por verdaderamente chochos y les digan á cada paso que chochean. Con efecto; chochez y máxima, lo dicho hace dos meses, en el término de su vida y de su historia, por este gran unitario, alentando mucho y muy torcidamente las diferencias y discordias regionales germánicas, contra las que y sobre las que puso él con aquella su mano de titán el remate y corona de la unidad germánica. Los príncipes minúsculos, mantenidos en sus propensiones de aislamiento estos días por el gran iniciador de la unidad nacional, hanle pagado su retroceso retórico á los tiempos feudales con un profundo agradecimiento, y han caído sobre Guillermo II á rogarle no dejara morir al primer ministro de tres Emperadores sin decirle una palabra de consuelo en su agonía, y sin pagarle un tributo de reconocimiento á su gloria. Si muere pronto; como ha pertenecido á los dioses mayores de la historia y ha prestado innumerables servicios á la patria, no podrá menos que estallar un gran duelo por su muerte; y en este gran duelo, no podrá menos que aparecer maldecida y reprobada la ingratitud imperial.

El rey de Watemberg, que acaba de llegar al trono; y el rey de Sajonia que lleva en el trono tanto tiempo; los grandes duques de Baden, tíos de Guillermo II, han rodeado en Sttugart á éste, y le han dicho cuánto bien merecería de sus súbditos coronados, reconciliándose, no política, pero sí personalmente, con el férreo Canciller, próximo á presentarse ya, con todos sus errores y todos sus aciertos, ante los inapelables juicios de Dios y de la Historia. Mucha mella le han debido hacer en el alma estos ruegos al joven Emperador, cuando, consultada su madre primero y consultados luego sus ministros, ha dirigido un telegrama de reconciliación al maltrecho coloso, y le ha abierto, para que pueda morir sin duda en los templos de la vieja religión autoritaria, uno de sus palacios más salubres, donde acaso hallaría en el cambio de aguas y de aires un restablecimiento de su perdida salud, que le permitiese vivir muchos años todavía, no en el goce de su antiguo poder, en el ocaso de su merecida gloria, y con un tinte de majestuosa influencia, por cuyo relogro tanto desvariara en sus últimas arengas, y cuyas apariencias podía conservar como sabrosísimo pasto á sus seniles ambiciones. Quizá todo esto ha pasado por la cabeza del Emperador, al dictar, y por la cabeza del Canciller, al recibir, el telegrama. Pero haya pasado lo que haya pasado, Bismarck responde con una franca negativa, muy altanera, dado el respeto de los alemanes al Emperador, y vuelve á sus antiguas residencias, en cuyos senos quiere vivir y morir. Bismarck morirá en su desgracia y en su destierro, como Napoleón murió en Santa Elena. ¡Tales intensos martirios traen siempre aparejadas todas las grandezas!

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

Fuerza es hablar otra vez del teatro Español. En el momento en que escribo estas líneas, no se sabe si se arrendará por fin ó no se arrendará, ó, lo que es lo mismo, se ignora aún si el Ayuntamiento considerará aceptables las proposiciones hechas hasta ahora ó si dará á todas carpetazo, dejando cerrado por este año el clásico coliseo. En rigor, justo es reconocer que la comisión de espectáculos de la corporación municipal ha obrado por esta vez con gran modestia y no poca cordura, al buscar apoyo y fianzas de acierto en la opinión de autores de justa nombradía y críticos de reconocida competencia. Mas por desgracia, las personas designadas por la comisión, siguiendo el ejemplo del Sr. Tamayo, no han querido arrostrar las responsabilidades que podía acarrearles la intervención que en el asunto del arriendo se les pedía. La conducta seguida por estas distinguidas personas es hábil, pero no responde al amor que en otras ocasiones han demostrado por el arte.

Mas dejando esto á un lado, de lamentar sería que por la timidez de unos ó el desdén de otros, se viese privado el público de Madrid de poder admirar por este año las obras de nuestro repertorio nacional. Por esto creo que sería del mal el menos, que el Ayuntamiento con ó sin Cirineo, se decidiese á aceptar las condiciones menos malas de las compañías que se hayan presentado al concurso. Quizá el esfuerzo de los actores que en la empresa comprometan sus intereses, y la virtualidad misma de nuestras buenas comedias, puedan ir sosteniendo la afición del público hacia el teatro nacional. Porque conviene advertir que la misión del Español, no es precisamente la de estrenar obras españolas; que esto al fin y

al cabo en todos los teatros se hace; sino la de conservar vivas las que constituyen nuestra gloriosa galería escénica. Teniendo como tenemos el primer teatro de Europa justo es que tengamos también un local en donde poder admirar á Lope, Tirso y Calderón y con ellos á todos los grandes dramaturgos nacionales. El teatro Español debe ser como el museo de nuestras buenas comedias.

Na hay razón, ó por lo menos, á mí no se me alcanza, para que el Estado gaste cuantiosas sumas en museos, academias y conservatorios y desatienda lo que vale tanto ó más que todo eso. A nadie cedo en entusiasmo por las obras de nuestros pintores. Horas muertas me paso ante los lienzos de Ribera, Murillo, Velázquez y Goya; emociones inefables experimento cuando contemplo las dos vírgenes de Murillo, niña la una asombrada ante el misterio de la concepción con las manos juntas y los hermosos ojos impregnados de ignorante inocencia, y la otra arrobada en éxtasis al sentirse virgen y madre al mismo tiempo. Otras veces evoco toda la vida del siglo XVII mirando aquel marqués de Spínola tan noble y tan gentil, dando los brazos al vencido de Bredá y que parece repetir los versos de un personaje de Alarcón:

> La victoria el matador
> abrevia, y el que ha sabido
> perdonar lo hace mejor,
> pues mientras vive el vencido
> venciendo está el vencedor.

Los retratos del Españoleto, los de Pantoja, los cuadros de Berruguete, los lienzos de Goya, todo este tesoro, que es uno de los timbres más preciados de nuestras pasadas glorias, justo es que se guarde y se conserve con el esmero con que hoy se custodia en el palacio del Prado. Mas ¿por ventura los apuestos caballeros, las discretas damas, los regocijados graciosos, los reyes, príncipes, cortesanos y plebeyos que pueblan nuestros dramas no valen tanto como las figuras eternizadas por nuestros pintores? ¿Y cual es el único medio para que el pueblo pueda recrearse con ellos y nutrir su espíritu con los sentimientos é ideales de la raza que están encarnados en esos personajes y en las acciones por ellos desarrolladas, sino es darles vida presente por medio de la representación?

Entre las muchas personas que en estos días han hablado acerca del Español, no ha faltado quien dijese con toda la frescura del mundo, que nuestro teatro no tenía caracteres, añadiendo que nada había en él que pudiera competir con los dos principales personajes de *La loca de la casa*. Dislates de este

jaez no merecen la pena de ser rebatidos; por sí mismos se alaban; más por si pudieran influir en la comisión de espectáculos, bueno será recordar que desde *El Cid* de Guillén de Castro, al *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, nuestro teatro ha presentado mayor y más variado número de caracteres que todos los teatros modernos juntos, si se exceptúa el de Shakespeare, autor que está por encima casi de lo humano. A nuestro teatro pertenecen Segismundo, el Hamlet del Mediodía; Sancho Ortiz el prototipo de la lealtad española, como Estrella lo es de las nobles mujeres de nuestra tierra, el Príncipe constante, una de las más delicadas creaciones de la musa cristiana, el mágico Cipriano que tal vez inspirara á Goethe la idea del *Fausto,* el Eusebio de *La Devoción de la Cruz*, el Diego y la Isabel de *Los Amantes de Teruel,* el embustero de *La Verdad sospechosa,* la Diana de *El Desdén con el desdén,* la Marta hipócrita de Tirso, el Avaro de *El Castigo de la miseria*... Si hubiera de seguir citando esta enumeración, no se acabaría nunca. Quien haya leído nuestro teatro, claro es que no podrá menos de reconocer su abundancia y riqueza.

Siendo esto así, constituyendo el teatro una de nuestras glorias más legítimas, ¿será esperar un imposible, confiar en que el actual ministro de Fomento, el Sr. Moret, cuyo talento y cultura literaria elogian sus amigos y no niegan sus adversarios, dedique su atención al estudio de los medios que pueden dar vida al teatro español? El señor Moret sabe perfectamente que no sólo de pan viven los hombres y los pueblos, ó, lo que es lo mismo, que no constituyen solamente la civilización las carreteras, los ferrocarriles y los canales, que no consiste únicamente la prosperidad de las naciones en el desarrollo de su agricultura ó de sus industrias, que al lado de todo esto, ó mejor dicho, por encima de todo esto, está el arte, reflejo en el hombre de la fuerza creadora de Dios, y que, por último, como dijo un gran pensador: «lo bello vale tanto como lo útil... acaso más».

Si el actual ministro de Fomento, contando, como cuenta, con el concurso de persona de tanto entusiasmo como el Sr. Vincenti, acometiese la empresa de crear el teatro nacional, bien podía decir, al abandonar el ministerio, que había levantado un monumento perdurable á la gloria de su patria y á su propia gloria.

* * *

Es una regla, que rara vez ó ninguna falla, la de atender, para juz-

gar del mérito de un escritor, á la propiedad de las voces por él empleadas y ver si su estilo es ó no preciso. Cuando estas dos cualidades se reunen, bien puede asegurarse que el que las posee tiene un entendimiento claro y una gran fuerza de expresión. Hacer que la idea se ajuste á la palabra, y el juicio á la oración, y el razonamiento á la cláusula, como el bronce fundido se ajusta al molde, propiedad es tan sólo de los grandes ingenios. En España son contadísimos los que poseen esas cualidades: la riqueza de nuestra lengua, en la que existen palabras diversas hasta para las casi inapreciables modificaciones de una misma idea fundamental, y lo aficionados que somos á la rotundidad y cadencia de la frase y á la abundancia de los epítetos, son causas, entre otras muchas, de que, amontonando redundancias y falsos oropeles, dejemos como ahogado entre ellos el pensamiento. Si, como dice Taine, son necesarios quince años por lo menos de continua y fatigosa labor para emplear con acierto el idioma francés, para manejar hábilmente y con exactitud el castellano, mucho más abundante que el de nuestros vecinos, hace falta, y no es hipérbole, la vida entera de un hombre.

El Sr. Campión es uno de esos pocos escritores que dicen lo que quieren, sin que en sus escritos haya más palabras que las necesarias ni falte ninguna de las indispensables. Tengo á la vista su *Ensayo apologético histórico crítico* acerca del P. Moret, historiador de las cosas de Navarra, y en verdad digo que pocos libros he leído entre los modernos de mejor y más labrado estilo, tanto, que algunas veces pudiera parecer afectación lo que en rigor es lima y esmero cuidadoso. Y no se crea que la precisión y la sobriedad, las dos cualidades fundamentales del estilo del Sr. Campión, hacen, como suele acontecer en algún buen hablista, áspera y dura la dicción. El autor del ensayo crítico descubre, por entre el bien tramado tejido de la frase, su viva imaginación y su acendrado patriotismo... un poco regional.

Armado con estas armas y pertrechado con un inmenso bagaje de conocimientos, no sólo del asunto particular que estudia en su folleto, sino de todas las ciencias que con la histórica tienen relación, ha acometido la ardua empresa de esclarecer los orígenes de Navarra, siguiendo para ello las huellas del profundo crítico José Moret, religioso de la Compañía de Jesús, y al cual, el año de 1654, le fué confiado el cargo de cronista de aquel reino.

«Nacido en tiempos de encendida fe—dice el Sr. Campión—hijo de un pueblo fervorosamente creyente, y en cuanto á su propia persona dedicado al estado religioso, no por esto el P. Moret dejó de mostrar en relatos piadosos cierto escepticismo de buena ley, que es la prudencia de los historiadores.»

Con este mismo criterio, y recorriendo el mismo camino seguido por el sabio jesuíta, el Sr. Campión va verificando y reforzando con sólidos razonamientos las investigaciones de aquél, y al mismo tiempo ensalzándole y haciendo notar sus adivinaciones y aciertos. Así presentada la historia de los orígenes de la Navarra, no hay cuestión oscura que no aparezca dilucidada, ni acontecimiento consignado por las crónicas que no se nos presente con el género de veracidad que le corresponde, ni hecho fabuloso que no quede desechado, ni tradición ó leyenda cuyo sentido verdadero no se muestre aquilatado en su justo valer. No es mi ánimo, ni podría, aunque quisiera, desentrañar la complicada exégesis, empleada por el Sr. Campión, para reducir á los límites estrictos de la verdad la complicada y complejísima historia de los comienzos del reino de Navarra. Para calcular cuánto trabajo y erudición representa el trabajo del notable escritor, no hay más que pensar en la escasez de noticias de aquella época, en la falta casi total de documentos, en lo defectuoso de los pocos que subsisten y en la perturbación que en los datos existentes hubo de introducir la leyenda, transmitida de boca en boca y adulterada unas veces por el exceso de piedad, otras por la exageración del patriotismo, otras por la ignorancia y todas por lo fantástico del sentir de las muchedumbres. Con harto fundamento escribe el Sr. Campión: «El de los orígenes es problema enmarañado, oscuro, confuso como pocos, y á la postre probablemente insoluble.»

A aumentar todavía esta confusión contribuye en mucho la repetición de los nombres de los reyes que vivieron en el espacio de breve período, cosa que, como es fácil comprender, hace muy trabajoso lo que podremos llamar la identificación de las personas, y que, como indica con frase feliz el Sr. Campión, tiene algo de parecido con las permutaciones algebraicas.

Para el autor del *Ensayo crítico* la leyenda referente á la proclamación del primer monarca navarro en el monte Pano, no es más que un símbolo sin valor histórico, en el verdadero sentido de la palabra: «El personaje que llega á ostentar en la historia el carácter indubitado de rey, tuvo otros predecesores que

permanecen desconocidos. Vemos el arbolillo que se levanta sobre la tierra, pero la semilla que lo produjo permanece oculta á nuestros ojos. La primera piedra del edificio monárquico de Navarra es la ocupación de Pamplona, y el primer rey de derecho Iñigo Arista ó Aritza.» Todo lo demás que narra la leyenda, y la historia ha solido repetir con poca crítica, no tiene otro valor, según el Sr. Campión, que el de fábulas más ó menos poéticas. Para probar este aserto, así como todos los demás que constituyen a lógica trabazón de sus razonamientos, ha consultado, desentrañado y sometido á riguroso análisis cuantos fragmentarios despojos históricos ó legendarios se conservan de aquella remota y confusa edad. Del detenido estudio de documentos borrosos ó mutilados, como la carta de San Eulogio al obispo de Pamplona, Guillesindo, del *Memorial de los Santos,* del libro de la regla del monasterio de Leyre, del códice de Meya, de todas las crónicas é historias que tratan más ó menos directamente de las cosas de Navarra, ha sabido escoger el señor Campión los menudos granos de oro de la verdad para formar con ellos su *Ensayo,* libro pequeño, si se atiende al número de sus páginas, grande si se mira á su contenido.

Entre las afirmaciones que consigna el autor navarro hay una que tal vez peque de extremo radicalismo. Me refiero á lo relativo á la imparcialidad histórica. El autor, coincidiendo en esto con el señor Menéndez y Pelayo, opina que la susodicha cualidad no debe exigírsele al historiador. Sobre este punto el Sr. Campión escribe lo siguiente: «La suprema imparcialidad supone la suprema indiferencia... Los hechos históricos excitan la facultad emocional, y cuanto más profunda sea por su intensidad, y alta por sus causas, y general por sus fines sea la excitación, tanto más grandes serán la potencia de la historia y el influjo del historiador, el cual asentará su dominio sobre los corazones.»

Sin sacar á relucir aquí textos de Cicerón ó Quintiliano y sin recordar siquiera las máximas de otros preceptistas, basta con lo transcrito para comprender que el autor da en la obra histórica un valor exagerado á la persuasión, y menos del que realmente tiene á la convicción. No es fácil ciertamente que el historiador carezca de pasiones, de preocupaciones, de nervios y de un temperamento especial, pero todo su esfuerzo debe ir encaminado á despojarse de cuanto pueda alterar la verdad de los hechos y su recta interpretación. Me parece que es

Thiers el que dice—aunque no lo practique—que la historia debe ser como un espejo de tan purísimos alindes como esas lunas producto de la industria moderna, que á la vista parecen cristales transparentes y no vidrios azogados. La historia que realizase este ideal sería la mejor historia: no debe ser escrita para halagar vanidades sino para ilustrar el entendimiento, no tiene por objeto darnos á conocer el carácter del historiador, sino la realidad objetiva, lo que nos interesa en ella es el pasado, no la manera de sentirlo ó interpretarlo tal ó cual historiador. Válgase la elocuencia de la pasión histórica, conmueva el orador á las muchedumbres con esas *grandes síntesis* que tienen algo del canto épico, pero procure el escritor, cuando coge en la mano el buril severo de la historia, despojarse en lo posible de todo lo personal para grabar en el bronce eterno la santa verdad.

Algo se me ocurre también, acerca del exceso de regionalismo que palpita en todas las páginas del folleto del Sr. Campión. Si esta aspiración que con tanto calor defiende el escritor navarro, fuese general en las demás regiones de España, no tardaría mucho nuestra patria en verse fraccionada en tantos cantones como comarcas tiene, y Cataluña, Valencia, León, Castilla, Asturias, Galicia, acabarían por olvidar la unidad nacional á tanta costa y con tantos sacrificios conquistada. En verdad digo que he leído con pena las siguientes frases con que el Sr. Campión lamenta la sustitución del bascuence por el idioma castellano, ni más ni menos que si Castilla fuese una nación enemiga de Navarra. «¡Ah, si el padre Moret la contemplase (la lengua basca) desterrada de las Merindades de Estella y Olite, raída de la cuenca de Pamplona, si oyese resonar el castellano como lengua habitual de los niños en los pueblos de Burunda, Araquil, Olaibor, Anué, Esteribar, Arce, Roncal, si lo viese encaramado en Burguete sobre las cumbres mismas del Pirineo, enturbiando las puras linfas de la fuente de Roldán, agostando las praderas de Andresoro y marcando con el sello de *extraño dominio* las rocas invictas de Ibañeta, ¡cuántas lágrimas escaldarían sus mejillas y cuántos indignados latidos harían trepidar su corazón.»

No lamentaban con mayor tristeza la pérdida de la patria y el propio cautiverio los hebreos desterrados junto á las orillas del río de Babilonia.

*
* *

El patriotismo es también el carácter distintivo de los versos del

Sr. D. Hermilio de Olóriz, navarro como el Sr. Campión y entusiasta como él por las glorias de su país. La rota de Roncesvalles, el combate de Olast, la hazaña de Sancho *Abarca*, el esfuerzo de Sancho *el Fuerte* en las Navas de Tolosa, el arrojo indomable de los navarros, su constancia en la adversidad y su amor á la patria, son objeto de las composiciones, en romance casi todas, que componen la colección *Laureles* y *Siempreviva*s.

El Sr. Olóriz se ha inspirado en nuestro Romancero, como lo prueban entre otros rasgos los siguientes versos:

«Si eres tan diestro y sereno
que á nada temes ni á nadie,
y en la lid como en las zambras
tu esforzado seno late...»

los cuales versos parecen reflejo fiel del conocidísimo romance *El desafío de Tarfe*.

En general el poeta navarro es más correcto que inspirado, y da pruebas de más talento que de virtud poética. Sus composiciones se parecen á las de Aguilera, aunque las del autor castellano son superiores en sentimiento.

***

Nada entiendo de zonas militares, ni de cuerpos de ejército, ni de táctica y estratégica; y, sin embargo, he leído con verdadero deleite las *Cartas del coronel Santiponce*, publicadas por D. Juan Lapoulide. Hay en estas epístolas un patriotismo de tan buena ley y tan libre de ridículas exageraciones, tanta amenidad para presentar las cuestiones más áridas y una tan noble franqueza y simpática sinceridad, que hasta á los más profanos en la ciencia militar, como yo lo soy, agradan y contentan.

Seguro estoy de que las opiniones del bravo coronel han de ser muy leídas y comentadas por cuantos visten el honroso uniforme de nuestro ejército. ¡Quiera Dios que fijen en ellas su atención los superiores del coronel y se decidan á hacer en pro de nuestras tropas algo más que resucitar las bandas de tambores!

F. F. Villegas.

ÍNDICE

Páginas.

Venganza de una mujer, por J. Barbey d'Aurevilly..... 5
Las estrellas, Narración de un pastor provenzal, por Alfonso Daudet..... 33
Sganarelle (cuento), por Teodoro de Banville..... 38
La Máquina de metafísica, por Juan Richepin..... 42
Joyas del corazón (traducción de Shakespeare), por M. A. Caro..... 48
Los trabajos de la vida, por John Lubbock. 49
El trabajo y el descanso..... 54
La religión..... 59
La paz del hogar (poesía), por Félix de Montero..... 68
La higiene moral, sus principios y sus reglas, por E. Caro..... 69
Madama de Souza (continuación), por C.-A. Sainte Beuve..... 87
Á Gonzalo Bulnes (poesía), por Eduardo de la Barra..... 95
El amor morboso, por G. Tarde..... 96
El ideal en el arte, por H. Taine..... 103
Namuna (cuento oriental de Alfredo de Musset) por Guillermo Belmonte Müller..... 163
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 189
Impresiones literarias, por F. F. Villegas..... 200

España moderna

AÑO V NÚM. LIX

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

NOVIEMBRE—1893

AGUSTÍN AVRIAL, IMPRESOR
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA CORTINA CARMESÍ

Hace un montón de años iba yo á caza de aves acuáticas en los pantanos del Oeste, y como entonces no había ferrocarriles en las comarcas por donde me era preciso viajar, tomé la diligencia de *** que pasaba por la pata de ganso del castillo de Rueil; á la sazón sólo iba en el cupé una persona. Esa persona, muy notable desde todos los puntos de vista, y á quien conocía por haberla encontrado mucho en sociedad, era un hombre á quien ruego me permitan Vds. llamar el vizconde de Brassard. Inutil precaución, probablemente. Los pocos centenares de personas que se llaman la buena sociedad en París, son muy capaces de poner aquí su verdadero apellido. Sería como cosa de las cinco de la tarde. El sol iluminaba con su luz poniente un camino polvoroso, orillado de álamos y praderas, por el cual nos lanzamos á todo galope de cuatro fornidos caballos cuyas grupas musculosas veíamos levantarse pesadamente á cada latigazo del postillón, que, á imagen de la vida, hace siempre restallar demasiado el látigo al partir.

El vizconde de Brassard hallábase en aquel punto de la existencia en que ya no se hace restallar el propio. Pero es uno de esos temperamentos dignos de ser ingleses (se ha educado en Inglaterra), que heridos de muerte, jamás convendrían en ello y morirían sosteniendo que viven. En sociedad y hasta en los libros hay la costumbre de burlarse de las pretensiones de juventud de los que han pasado de esa dichosa edad de la experiencia y de la sandez, y hay razón para hacerlo cuando es ridícula la forma de esas pretensiones; pero cuando no lo es, cuando, por el contrario, es imponente como la altivez que no quiere abdicar y que le inspira, no digo que eso no sea insensato, puesto que es inútil, pero es hermoso como tantas otras cosas insensatas... Si es heroico en Waterloo el sentimiento de la Guardia que *muere y no se rinde*, no lo es menos en frente de la vejez, que no tiene la poesía de las bayonetas para incitarnos. Pues bien,

para cabezas organizadas á lo militar, el no rendirse nunca es siempre *toda la cuestión*, á propósito de todo, como en Waterloo.

El vizconde de Brassard, que no se ha rendido (aún vive, y más tarde diré cómo, pues merece la pena de saberse), el vizconde de Brassard era, en los momentos en que subía yo á la diligencia de ***, lo que la sociedad, feroz como una mujer joven, llama inicuamente «un viejo verde». La verdad es, que para quien no se paga de palabras ó de cifras en esto de la edad, pues nunca se tiene sino la que se representa, el vizconde de Brassard podía pasar por «verde» á secas. Por lo menos, en aquella época, la marquesa de V..., inteligente en materia de hombres jóvenes y que hubiera esquilado á una docena, como esquiló Dalila á Sansón, hacía gala de llevar sobre fondo azul, en un brazalete muy ancho, jaquelado de oro y esmalte negro, una guía del bigote del vizconde, más envejecido por el diablo que por el tiempo. Sólo que, viejo ó no viejo, no se figuren Vds. bajo ese epíteto de «verde» inventado por la sociedad, nada de lo frívolo, ruin y mezquino que se le atribuye, porque no tendrían Vds. la noción exacta de mi vizconde de Brassard, en quien, ingenio, maneras, fisonomía, todo era amplio, vistoso, opulento, lleno de lentitud patricia, como convenía al más magnífico *dandy* que he conocido, ¡yo que he visto volverse loco á Brummel y morir á Orsay!

En efecto, el vizconde de Brassard era un *dandy*. Si lo hubiese sido menos, de seguro que hubiera llegado á mariscal de Francia. Desde su juventud fué uno de los más brillantes oficiales de fines del segundo imperio. He oído muchas veces á sus camaradas de regimiento que se distinguía por un arrojo mezcla de á lo Murat y á lo Marmont. Con esto y con una cabeza muy firme y muy fría cuando no redoblaban los tambores, en poquísimo tiempo hubiera podido ascender á las primeras gerarquías militares, pero ¡el dandismo!... Si combinan Vds. el dandismo con las cualidades que constituyen el oficial—sentimiento de la disciplina, regularidad en el servicio, etc.—verán lo que queda del oficial en la combinación, y si no salta como un frasco de pólvora. Para no haber estallado veinte veces en su vida el oficial Brassard, es que era dichoso, como todos los *dandys*. Mazarino le hubiera empleado,—sus sobrinas también, pero por otro motivo:—era un real mozo.

Había tenido esa hermosura más necesaria que á nadie al soldado, porque no hay juventud sin belleza, y el ejército es la juventud de Francia. Por de contado, aquella hermosura, que no es lo que seduce á las mujeres, sino las pícaras circunstancias, no había sido la única protección que se cernió sobre la cabeza del capitán Brassard. Según creo, era de raza normanda, de la raza de Guillermo el Conquistador, y dícese que había hecho muchas conquistas... Después de abdicar el Emperador, naturalmente se había pasado á los Borbones; y, durante los Cien Días, sobrenaturalmente les había continuado

siendo fiel. Por eso, cuando los Borbones volvieron por segunda vez, el vizconde fué armado caballero de San Luis por la propia mano del futuro Carlos X, á la sazón Príncipe heredero. Durante todo el tiempo de la Restauración, el guapo Brassard no entraba ni una vez de guardia en las Tullerías sin que la duquesa de Angulema no le dirigiese algunas palabras afectuosas, al pasar junto á él. Ella, á quien la desgracia le había hecho perder la gracia, sabía recobrarla para él. Al ver este favor, el ministro hubiera dado cualquier cosa por ascender al hombre á quien así distinguía la Señora; pero, aun con la mejor voluntad del mundo, ¿qué hacer en pro de ese furibundo *dandy* que en un día de revista echó mano á la espada, al frente de las banderas de su regimiento, contra su Inspector general, por una observación acerca de un asunto del servicio?... Bastante hizo con librarle de los rigores del consejo de guerra. El vizconde de Brassard había extendido á todas las cosas ese negligente menosprecio de la disciplina. Excepto en campaña, donde reaparecía de cuerpo entero el oficial, jamás se había ceñido á las obligaciones militares. Por ejemplo, á riesgo de que le arrestasen por largo tiempo, muchas veces se le había visto abandonar furtivamente su guarnición para ir á divertirse á una ciudad próxima y no regresar sino los días de parada ó de revista, advertido por algún soldado que le quería; porque si á sus jefes no les hacía gracia tener á sus órdenes un hombre á cuyo natural repugnaba toda clase de disciplina y de rutina, en cambio adorábanle sus soldados. Era excelente con ellos. No los exigía sino que fuesen muy valientes, muy quisquillosos y muy mujeriegos, en una palabra: que realizasen el tipo del antiguo soldado francés, del cual nos han conservado una imagen tan exacta y hechicera *El permiso de las diez* y tres ó cuatro canciones antiguas, que son unas obras maestras. Tal vez los inducía demasiado al duelo, pero pretendía que éste era el mejor medio que conocía de desarrollar en ellos el espíritu militar. «No soy un gobierno, decía, y no tengo condecoraciones que darles cuando se baten valientes entre sí; pero las condecoraciones de que soy gran maestre (era personalmente muy rico), son guantes, correajes de repuesto y todo lo que pueda engalanarlos, sin que se oponga la ordenanza.» Por eso, la compañía que mandaba dejaba chiquitas, por la hermosura de los arreos, á todas las demás compañías de granaderos de los regimientos de la Guardia, con ser ésta ya tan brillante. Así es cómo exaltaba hasta lo sumo la personalidad del soldado, siempre dispuesto en Francia á la fatuidad y á la coquetería, esas dos provocaciones permanentes, una por el tono que toma y otra por la envidia que da. Dicho esto, compréndese que las demás compañías de su regimiento estuviesen celosas de la suya. Se hubieran batido por entrar en ella y vuelto á batirse por no salir.

Tal había sido durante la Restaura-

ción la situación excepcional del capitán vizconde de Brassard. Y no habiendo entonces todas las mañanas, como bajo el Imperio, el recurso del heroísmo en acción que hace perdonarlo todo, nadie hubiera ciertamente podido prever ó adivinar cuanto tiempo hubiera durado aquella martingala de insubordinación, asombro de sus camaradas, que jugaba contra sus jefes con la misma audacia que se hubiera jugado la vida si hubiese ido al fuego, cuando la revolución de 1830 quitó á estos el cuidado, si lo tenían, y al imprudente capitán la humillación que más le amenazaba cada día de ser dado de baja en el ejército. Herido gravemente en las jornadas de los tres días, había desdeñado seguir al servicio de la nueva dinastía de los Orleans, á la cual despreciaba. Cuando la revolución de Julio les hizo dueños de un país que no supieron conservar, encontró al capitan en cama, con una herida hecha en el pie al bailar, como si hubiera dado una carga, en el último baile de la duquesa de Berry. Pero, al primer redoble de tambor, no por eso había dejado de levantarse para ponerse al frente de su compañía; y como no le fué posible ponerse las botas á causa de la herida, se fué en busca del motín como hubiera ido al baile, con zapato de charol y media de seda, poniéndose así á la cabeza de sus granaderos en la Plaza de la Bastilla, con el encargo de barrer en toda su longitud el bulevar. París, donde aún no se habían levantado barricadas, tenía un aspecto siniestro y temible. Estaba desierto. Caía el sol á plomo, cual una lluvia de fuego á la que pronto seguiría otra, puesto que todos esos balcones, con las persianas corridas, iban en breve á vomitar la muerte... El capitán Brassard formó sus soldados en dos filas á lo largo y lo más cerca posible de las casas, de modo que cada fila de soldados no estuviese expuesta sino á los disparos de la acera de en frente, y él, mas *dandy* que nunca, fué por medio del arroyo. Apuntándole por los dos lados millares de fusiles, pistolas y carabinas, desde la Bastilla hasta la calle de Richelieu, no le habían herido, á pesar de su anchura de pecho de que quizá estaba un si es no es orgulloso, porque el capitán Brassard sacaba el pecho en el combate como una mujer guapa en el baile con el propósito de alardear de buena pechuga, cuando al llegar delante de Frascati, esquina á la calle de Richelieu, y en el momento en que mandaba á su tropa replegarse detrás de él para tomar la primera barricada que halló en su camino, recibió una bala en su magnífico pecho dos veces provocador, por su anchura y por los largos alamares de plata que en él relucían de hombro á hombro, y le rompieron un brazo de una pedrada, lo que no le impidió apoderarse de la barricada y llegar hasta la Magdalena al frente de sus hombres entusiasmados. Allí, dos mujeres que huían en carretela del París insurrecto, al ver herido á un oficial de la Guardia, cubierto de sangre y echado encima de los sillares de piedra que en aquella época rodeaban á la iglesia de la Magdalena, en la cual aún se tra-

bajaba, pusieron el coche á su disposición y se hizo conducir por ellas al Gros-Caillou, donde á la sazón se hallaba el Mariscal de Ragusa, á quien dijo militarmente: «Mariscal, tengo cuerda para un par de horas; pero durante esas dos horas póngame V. donde quiera.» Sólo que se engañaba... Tenía para más de dos horas. La bala que le había atravesado no le mató. Quince años después fué cuando le conocí; y, con desprecio de la medicina y de su médico, que terminantemente le había prohibido beber en todo el tiempo que le duró la fiebre de la herida, pretendía que si se salvó de una muerte cierta fué bebiendo vino de Burdeos.

Y en cuanto á beber, ¡cómo bebía! Porque, *dandy* en todo, lo era en su manera de beber, igual que en todo lo demás... Bebía como un polaco. Habíase mandado fabricar una espléndida copa de cristal de Bohemia, en que cabía ¡Dios me perdone! una botella de Burdeos entera... ¡y se la bebía de un sorbo! Y hasta agregaba, después de haber bebido, que todo lo hacía en esas proporciones... ¡y era verdad! Pero en un tiempo en que la fuerza va disminuyendo en todas sus formas, acaso se juzga que no había de qué ser presumido. Lo era por el estilo de Bassompierre, y resistía el vino como él. Le he visto embocarse doce veces su copa de Bohemia, ¡y como si tal cosa! A menudo le he visto aún, en esas comidas que las personas decentes tratan de orgías, y después de las más copiosas libaciones nunca pasaba de ese asomo de chispa que con gracia ligeramente soldadesca, llamaba «*estar de gala con uniforme*» haciendo el ademán militar de ponerse la bombilla en la gorra. Queriendo yo dar á conocer bien qué clase de hombre era, para que se comprenda el interés de la historia que voy á narrar, ¿por qué no he de decir á ustedes que le he conocido siete queridas de hecho y á la vez, á ese buen *braguetero* del siglo XIX, como le hubiera llamado el siglo XVI en su pintoresco lenguaje? Las llamaba poéticamente «las siete cuerdas de mi lira» y en verdad que no apruebo esta manera musical y frívola de hablar de su propia inmoralidad. Pero, ¿qué quieren ustedes? Si el capitán vizconde de Brassard no hubiera sido todo lo que acabo de tener el honor de decirles, mi historia sería menos picante y es muy probable que no hubiera pensado en contarla.

Lo cierto es que no me esperaba de ningún modo encontrarlo allí, cuando monté en la diligencia de *** en la pata de ganso del castillo de Rueil. Hacía mucho tiempo que no nos habíamos visto; y, con la perspectiva de pasar algunas horas juntos, tuve sumo gusto al encontrar á un hombre que aún era de nuestros días y que tan diferente era ya de los hombres de nuestros días. El vizconde de Brassard que hubiera podido entrar en la armadura de Francisco I y moverse en ella con tanto desembarazo como con la esbelta casaca azul de oficial de la Guardia Real, no se asemejaba en talante ni en proporciones á los más cacareados jóvenes de ahora. Ese sol poniente, de

elegancia grandiosa y que irradió por tan largo tiempo, hubiera hecho parecer muy esmirriados y paliduchos á todas esas lunillas de moda, que en la actualidad asoman por el horizonte. Hermoso con la belleza del emperador Nicolás, á quien recordaba por el torso, aunque menos ideal de cara y menos griego de perfil, llevaba corta la barba que, como los cabellos, había permanecido negra por un impenetrable misterio de organización ó de tocador; y esa barba invadía hasta muy arriba las mejillas, con un colorido animado y masculino. Bajo una frente de la mayor nobleza,—abombada, sin una arruga, blanca como el brazo de una mujer,—y que la gorra de pelo propia del granadero, que al hacer caer el cabello como el casco, aclarándoselo un poco por delante, la había hecho más espaciosa y más altiva, el vizconde de Brassard casi escondía—tan hundidos estaban debajo del arco superciliar — un par de ojos centelleantes, de un azul muy oscuro pero brillantísimos en su profundidad, y que punzaban como dos záfiros labrados en punta. Aquellos ojos no se tomaban la molestia de registrar, sino que penetraban con sus miradas. Nos dimos la mano y hablamos. El capitán Brassard hablaba despacio, con una voz vibrante que se comprendía ser capaz de llenar un Campo de Marte con sus voces de mando. Educado desde su infancia en Inglaterra, como ya he dicho, tal vez pensase en inglés; pero esa lentitud, sin torpeza, daba un giro muy particular á lo que decía, incluso á sus bromas; porque al capitán le gustaban los chistes y hasta le agradaban un poco subidos de color. Tenía lo que se llama dichos agudos. El capitán Brassard iba siempre *demasiado lejos*, decía la condesa de F..., esa linda viuda que no lleva más que tres colores desde su viudez: negro, violeta y blanco. Menester era que le encontrasen de buena sociedad, para no encontrársele á menudo de la mala. Pero cuando se pertenece realmente á la primera, ya saben ustedes que todo se permite en el Faubourg Saint-Germain.

Una de las ventajas de la conversación en coche es la de que puede cesar cuando ya no hay nada que decir, y eso sin apuro para nadie. En un salón no hay esa libertad. La cortesía obliga á hablar á despecho de todo, y á menudo se sufre la penitencia de esa hipocresía inocente, con lo vacío y aburrido de esas conversaciones en que los necios, aunque silenciosos de nacimiento (los hay), se afanan y se regodean por decir algo y ser amables. En carruaje público, todo el mundo está en su propia casa como en la de otro, y sin cometer por eso ninguna inconveniencia se puede quedar en el silencio que guste y hacer que á la conversación siga la meditación... Por desgracia, los azares de la vida son horriblemente ramplones, y antaño (porque esto ya es de antaño) se subía veinte veces á un coche de servicio público—como hoy veinte veces á un vagón—sin topar con persona de conversación animada é interesante... El

vizconde de Brassard cruzó al principio conmigo algunas ideas que nos habían sugerido las particularidades del camino, los detalles del paisaje y algunos recuerdos de la sociedad en que nos habíamos encontrado en otro tiempo; luego, la terminación del día nos comunicó su silencio con su crepúsculo. La noche, que en otoño parece caer á plomo del cielo—¡tan deprisa llega!—nos pasmó con su fresco y nos arrebujamos en nuestros abrigos, buscando con la sien el duro rincón que sirve de almohada á los que viajan. No sé si mi compañero se durmió en su rinconada del cupé, pero yo permanecí despierto en la mía. Estaba tan harto del camino que seguíamos y que tantas veces había recorrido, que apenas hacía caso de los objetos exteriores, los cuales desaparecían con el movimiento del carruaje y parecían correr en las tinieblas en dirección opuesta á la que llevábamos. Atravesamos por muchos pueblecillos diseminados acá y acullá por aquella larga carretera que los postillones aún llamaban una soberbia «cinta de coleta» en memoria de la suya, cortada desde tanto tiempo atrás. La noche se puso oscura como un horno apagado; y entre esa oscuridad, aquellos pueblos desconocidos por donde pasábamos tenían extraño aspecto y producían la ilusión de que estábamos al fin del mundo... Esta clase de sensaciones que anoto aquí, como recuerdo de las impresiones últimas de cosas que pasaron, ya no existen y no volverán á existir nunca para nadie. Ahora, los caminos de hierro, con sus estaciones á la entrada de las ciudades y villas, ya no permiten al viajero abarcar con rápida ojeada el fugitivo panorama de sus calles, al galope de los caballos de una diligencia que en seguida muda de tiro para proseguir el viaje. En la mayor parte de esas pequeñas poblaciones por donde cruzábamos, escaseaban los reverberos, ese lujo tardío, y veíase allí ciertamente mucho peor que en las carreteras que acabábamos de dejar. En éstas, á lo menos, el cielo tenía toda su anchura y la inmensidad del espacio emitía una luz vaga; mientras que en aquéllas, lo junto de las casas que parecían besarse, sus sombras arrojadas en esas calles estrechas, la poquedad de cielo y de estrellas que se veía por entre las dos filas de aleros, todo aumentaba el misterio de esas ciudades dormidas, donde el único hombre que se encontraba, á la puerta de alguna posada, era un mozo de cuadra con su farol, quien conducía los caballos de refresco y abrochaba las hebillas de sus jaeces, silbando ó jurando contra sus caballos rehacios ó demasiado vivos... Fuera de esto y la eterna pregunta, siempre la misma, de algún viajero aturdido por el sueño, que bajaba un cristal y gritaba de noche, con voz más sonora cuanto más silenciosa: «¿Dónde estamos, postillón?» Ningún ser viviente se oía ni se veía alrededor ni dentro de ese coche lleno de gente adormilada, en aquella ciudad adormecida, donde acaso algún soñador, como yo, trataba de divisar á través del vidrio

de su compartimento la fachada de las casas esfumadas por las tinieblas, ó dirigía la vista y el pensamiento á alguna ventana con luz aún en aquella hora tan intempestiva en esas poblaciones pequeñas, de costumbres cronométricas y sencillas, para quienes la noche se ha hecho sobre todo para dormir. Siempre tiene algo de imponente la vigilia de un ser humano, aunque no sea más que un centinela, cuando todos los demás seres están sumidos en ese amodorramiento de la animalidad fatigada. Pero la ignorancia de lo que hace velar detrás de una ventana con las cortinillas bajas, donde la luz indica vida y pensamiento, añade la poesía del ensueño á la poesía de la realidad. A lo menos, en cuanto á mí, jamás he podido ver una ventana iluminada por la noche en una ciudad dormida por donde pasaba, sin atribuir á ese cuadro de luz un mundo de ideas, sin imaginar detrás de esas cortinas intimidades y dramas... Sí, y ahora, al cabo de tantos años, aún tengo en la cabeza el recuerdo de esas ventanas, que han permanecido eterna y melancólicamente luminosas y que me hacen decir á menudo, cuando al pensar en ellas vuelvo á verlas en mis ensueños:

«¿Qué habría detrás de aquellas cortinas?»

Pues bien, una de las que se me han quedado más impresas en la memoria (y pronto comprenderán Vds. la razón), es una ventana de una de las calles de la ciudad de ***, por la cual pasábamos aquella noche. Para que vean Vds. si mi recuerdo es preciso, estaba en la tercera casa más allá de la fonda en que mudábamos de tiro; pero tuve más espacio para contemplar aquella ventana que el tiempo de una sencilla parada. Acababa de ocurrir un percance en una de las ruedas de nuestro carruaje, y habían enviado en busca del maestro carretero, á quien fué preciso despertar. Y despertar á un carretero en una ciudad de provincia dormida, y hacerle que se levante para apretar una tuerca á una diligencia que no tenía *competidora* en aquel trayecto no era asunto de poca monta y de unos cuantos minutos... Si el maestro carretero dormía tan á pierna suelta en la cama como los viajeros en el coche, no debía ser fácil despertarle... A través del tabique del cupé oía yo los ronquidos de los viajeros de la berlina; pero no había bajado ninguno de los viajeros de la baca, quienes ya se sabe que tienen la manía de apearse siempre en cuanto para la diligencia (porque la vanidad en Francia se cuela en todas partes, hasta en la baca de los coches), probablemente para mostrar su agilidad en subir de nuevo... La fonda ante la cual nos habíamos detenido estaba cerrada. No se cenaba en ella. Habíamos cenado en la anterior muda de tiro. La fonda dormía, como nosotros. Nada revelaba en ella vida. Ningún ruido turbaba su profundo silencio... á no ser los escobazos monótonos y fatigados del hombre ó mujer (estaba muy oscuro para distinguirlo

bien), que barría entonces el gran patio de esa fonda muda, cuya puerta cochera solía quedarse abierta. Esa escobada perezosa por el enlosado, también tenía aspecto de dormir, ó por lo menos de tener unos deseos de mil demonios de hacerlo así. La fachada de la fonda estaba oscura como las demás casas de la calle, donde no había luz más que en una sola ventana... ¡precisamente la ventana que se me quedó grabada en la memoria y que tengo siempre aquí entre ceja y ceja!... La casa en la cual no podía decirme que brillaba aquella luz, porque se cernía misteriosamente á través de una doble cortina carmesí, era un caserón de un solo piso, pero con el techo de la planta baja sumamente alto.

—¡Qué cosa tan extraña! ¡Parece la misma cortina!—dijo el vizconde de Brassard, como si hablase consigo mismo.

Me volví hacia él, como si hubiese podido verle en nuestro oscuro compartimento del coche; pero el farol puesto debajo del pescante y destinado á alumbrar los caballos y el camino, acababa precisamente de apagarse..: Creí que estaba dormido, y no dormía, sino que chocábale como á mi el aspecto de aquella ventana; pero, más adelantado de noticias que yo, sabía él por qué le chocaba.

Pues bien, el tono que empleó para eso (¡una cosa tan sencilla!) era tan impropio de la voz del vizconde y me asombró tanto, que tuve empeño en satisfacer la curiosidad que me asaltó de pronto de verle la cara, y largué un fósforo como si hubiese querido encender el cigarro. El azulado resplandor del fósforo disipó un momento la oscuridad.

Estaba pálido, no como un muerto... sino como la misma muerte.

¿Por qué palidecía? Aquella ventana, de un aspecto tan particular; esa reflexión y esa palidez de un hombre que solía palidecer poquísimo, porque era sanguíneo y, cuando se conmovía, la emoción poníale como la púrpura hasta el craneo; el temblor que sentí correr por los músculos de su fuerte biceps, que tocaba entonces mi brazo en las estrechuras del coche: todo eso me producía el afecto de ocultar alguna cosa, que yo, cazador de historias, podría saber quizá dándome buena maña para ello.

—¿Conque tambien V. miraba aquella ventana, capitán, y hasta la reconocía V.?—le dije, con ese tono indiferente que parece no interesarse gran cosa por la respuesta, y que es la hipocresía de la curiosidad.

—¡Caramba; si la reconozco!—exclamó con su voz habitual, sonoramante timbrada y que recalcaba las palabras.

Había vuelto la serenidad al ánimo de ese *dandy*, el más firme y majestuoso de los *dandys*, los cuales ya saben ustedes que menosprecian toda emoción, como un sentimiento inferior, y que no creen, como ese necio de Gœthe, que el asombro pueda ser jamás un respetable estado de ánimo del espíritu humano.

—No paso por aquí á menudo, pro-

siguió muy tranquilo el vizconde de Brassard, y hasta evito pasar. Pero hay cosas que nunca se olvidan. No son muchas, pero las hay. Conozco tres: el primer uniforme puesto, la primera batalla dada, y la primera mujer poseída. Pues bien; para mí, esa ventana es la cuarta cosa que no puedo olvidar.

Detúvose y bajó el vidrio que tenía delante... ¿Era para ver mejor aquella ventana de que me hablaba?... El conductor había ido en busca del maestro carretero y no regresaba. Los caballos de relevo, retardándose, no habían llegado aún de la parada. Los que nos habían conducido, inmóviles de fatiga, molidos, sin desenganchar, con la cabeza colgando, ni siquiera daban sobre el silencioso empedrado la patada de la impaciencia, soñando con su cuadra. Nuestra diligencia dormida asemejábase á un coche encantado, detenido por la varilla de las hadas en alguna encrucijada de un claro de la selva de «La Hermosa dormida en el bosque.»

—El hecho es—dije—que para un hombre de imaginación, esa ventana tiene fisonomía propia.

—No sé lo que tendrá para V.—replicó el vizconde de Brassard—pero sé lo que tiene para mí. Es la ventana del dormitorio que tuve en mi primer servicio de guarnición. Ahí he vivido... ¡demonio, hace ya treinta y cinco años!... detrás de esa cortina... que parece no haber cambiado en tantísimo tiempo, y que encuentro iluminada enteramente igual que cuando...

Se detuvo otra vez, reprimiendo el pensamiento; pero yo tenía empeño en hacérselo soltar.

—¿Cuando estudiaba V. la táctica, capitán, en sus primeras vigilias de subteniente?

—Me dispensa V. demasiado honor, respondió. Es verdad que era subteniente en aquel entonces; pero no me pasaba las noches encima de la táctica; y si tenía encendida la lámpara á esas horas indebidas, como dicen las personas arregladas, no era para leer el Mariscal de Sajonia.

—Pero—repliqué, rápido como un golpe de raqueta—¿acaso, de todas maneras, para imitarle?

Me devolvió la pelota, diciendo:

—¡Oh! Entonces no imitaba al Mariscal de Sajonia, en el sentido que dice V... Eso no fué hasta más tarde. Entonces no era sino un mocoso de subteniente, muy paquete con el uniforme, pero muy torpe y muy tímido con las mujeres, aunque nunca lo han querido creer, probablemente á causa de este demonio de cara que tengo... Jamás he sacado partido con ellas de mi timidez. Por supuesto, en aquellos buenos tiempos no tenía más que diez y siete años. Acababa de salir del Colegio militar. Se salía á la edad en que ahora se entra; porque el Emperador, ese terrible consumidor de hombres, de haber durado en el trono, hubiera concluido por tener soldados de doce años, como los sultanes de Asia tienen odaliscas de nueve.

«Como se ponga á hablar del Emperador y de las odaliscas, pensé, me quedo sin saber nada.»

Y repliqué en voz alta:

—Sin embargo, vizconde, apostaría á que si conserva V. tan presente el recuerdo de esa ventana que luce allá arriba, sólo es porque detrás de su cortina ha tenido para V. una mujer.

—Y ganaría V. la apuesta, caballero —dijo con gravedad.

—¡Ah! ¡Caramba, estaba bien seguro de eso—proseguí.—Para un hombre como V. y en una pequeña ciudad de provincia por donde no habrá pasado V. diez veces desde la primera guarnición en ella, sólo un sitio que haya sostenido y una mujer que haya V. tomado por asalto, pueden consagrar en su memoria con tanta intensidad la ventana de una casa que vuelve V. á encontrar hoy, iluminada de cierto modo, en la oscuridad.

—Sin embargo, no he sostenido un sitio... á lo menos militarmente—contestó, siempre con gravedad, siendo á menudo en él una manera de bromear el estar serio—y, por otra parte, cuando se rinden tan pronto, puede llamarse un asedio...? En cuanto á tomar más ó menos por asalto á una mujer, ya le he dicho á V. que por entonces era yo absolutamente incapaz de hacerlo... Por eso, aquí no fué una mujer la tomada: ¡lo fuí yo!

Le saludé. ¿Lo vió en aquel cupé oscuro?

—También fué tomado Berg-op-Zoom—le dije.

—¡Y los subtenientes de diez y siete años—añadió—no suelen ser unos Berg-op-Zoom intomables de juicio y de castidad!

—Vamos—exclamé alegremente—otra señora ó señorita Putifar...

—Era una señorita—interrumpió con una candidez harto cómica.

—...Qué agregar al rimero de todas las demás, capitán. Sólo que aquí, el José era militar... un José que no habrá huido...

—Al contrario, que huyó en toda regla—contestó cada vez con mayor sangre fría—aunque demasiado tarde ¡y con un miedo! Con un miedo capaz de hacerme comprender la frase del mariscal Ney que escuché con mis propios oídos y que viniendo de semejante hombre me alivió un poco, lo confieso: «¡Quisiera yo saber quién es el calzonazos (otra frase dijo con todas sus letras) que dice no haber tenido nunca miedo!»

—Capitán, una historia en la cual ha tenido V. esa sensación debe de ser interesantísima.

—¡Pardiez!—dijo bruscamente.—Si tiene V. curiosidad, puedo contarle esa historia, que ha sido en mi vida un acontecimiento mordiente como un ácido en el acero, y que ha dejado para siempre una mancha negra en todos mis placeres de mal sujeto... ¡Ah, no siempre es provechoso ser un mal sujeto!—añadió, con una melancolía que me chocó en ese buzón formidable á quien creía yo aforrado en cobre como un *brick* griego.

Y volvió á levantar el vidrio que había bajado, sea por temor de que por allí saliesen los sonidos de su voz y se oyese lo que iba á contar, aunque nadie había alrededor de aquel coche in-

móvil y como abandonado; sea porque aquel regular ir y venir de la escoba, que con tanta pesadez rascaba el enlosado del gran patio de la fonda, le pareciese un importuno acompañamiento de su historia. Y escuchábale yo, atento á su voz nada más, á los menores matices de su voz, puesto que no podía verle la cara en aquel oscuro compartimento cerrado; y con los ojos más fijos que nunca en aquella ventana, en la cortina carmesí que lucía siempre con la misma claridad fascinadora, y de la cual iba él á hablarme así:

«Tenía diez y siete años y acababa de salir del colegio militar. Nombrado subteniente de un simple regimiento de infantería que esperaba, con la impaciencia acostumbrada por aquel tiempo, la orden de partir para Alemania, donde el Emperador realizaba esa campaña que la historia ha llamado campaña de 1813», no tuve tiempo más que para abrazar á mi anciano padre en el fondo de su provincia antes de reunirme, en la ciudad donde estamos esta noche, con el batallón de que formaba parte. Porque esta pequeña ciudad, de unos cuantos miles de habitantes nada más, sólo tenía de guarnición nuestros dos primeros batallones; los otros dos habíanse distribuido entre los pueblecillos inmediatos. V. que probablemente no ha hecho más que pasar por esta ciudad cuando se dirige V. al Oeste, no puede figurarse lo que es, ó por lo menos lo que era hace treinta años, para quien se ve obligado á residir en ella, como lo estaba yo entonces. Ciertamente era la peor guarnición adonde pudo haberme enviado en mis comienzos el azar (que siempre creo que es el diablo, y entonces fué el ministro de la Guerra). ¡Trueno del cielo, que ramplonería! No recuerdo haber tenido en ninguna parte, de entonces acá, ninguna residencia más desagradable y aburrida. Sólo que á mi edad y con la primera embriaguez del uniforme — una sensación que V. no conece pero que es conocida por todos los que lo han llevado—no sufría nada por lo que más tarde me hubiera parecido insoportable. En el fondo, ¿que se me daba á mí de esta tétrica ciudad de provincia? Después de todo, habitaba mucho menos en ella que en mi uniforme— obra maestra de «Thomassin y Pied» que me tenía embebecido. Ese uniforme, por el cual estaba chiflado, me ocultaba y me embellecía todas las cosas; y (le va á parecer á V. muy fuerte cosa, pero es la pura verdad), aquel uniforme era al pie de la letra mi verdadera guarnición. Cuando me aburría en extremo en esta ciudad sin movimiento, sin interés y sin vida, vestíame de gala y el aburrimiento huía delante de mi alzacuello. Era como esas mujeres que no dejan de emperejilarse lo mismo aunque estén solas y no esperen á nadie. Yo me vestía... para mí. Gozaba á solas de mis charreteras y de la dragona del sable, brillante al sol, en cualquier rincón del paseo desierto, donde á eso de las cuatro, acostumbraba á pasearme sin buscar á nadie para ser feliz; y engallaba el pecho allí, tanto como más

tarde en el bulevar de Gante, cuando oía decir detrás de mí al dar el brazo á alguna mujer: «Hay que convenir en que es un magnífico tipo de oficial.» Por supuesto, en esta ciudad pequeña, de escasísima riqueza, sin comercio y sin actividad de ningún género, no existían sino antiguas familias casi arruinadas, que se mofaban del Emperador porque, como ellas decían, no había hecho vomitar lo robado á los ladrones de la revolución; y por ese motivo no festejaban á sus oficiales. Por tanto, nada de reuniones, de bailes, de veladas, ni tertulias. A lo sumo, los domingos una vueltecilla por el paseo, donde después de misa de doce, cuando hacía buen tiempo, las madres iban á pasear y exhibir á sus hijas hasta las dos, hora de vísperas; y al dar la primera campanada, volaban las faldas y quedábase vacío aquel ruín paseo. Aquella misa de doce, á la que no asistíamos, por supuesto, la he visto convertirse en tiempo de la Restauración en misa militar, á la cual estaba obligada á asistir la plana mayor y la oficialidad de los regimientos; y, á lo menos, eso era un signo de vida en el anonadamiento de las guarniciones muertas. Para unos mozos como nosotros, en la edad de la vida en que el amor, la pasión por las mujeres, ocupa tan gran lugar, aquella misa de tropa era un recurso. Excepto los que formaban parte del destacamento de servicio sobre las armas, toda la oficialidad se desparramaba y se situaba en la iglesia como era de su gusto bajo la nave. Casi siempre plantábamos nuestros reales detrás de las mujeres más guapas que acudían á esa misa, donde estaban seguras de ser miradas; y nosotros las distraíamos lo más posible, hablándonos á media voz, de modo que ellas lo oyesen, de los encantos que cada una tenía de cara ó de palmito. ¡Ah, la misa de tropa! He visto comenzar allí muchas novelas. He visto meter en los manguitos dejados en las sillas por las jóvenes, cuando se arrodillaban junto á sus mamás, muchas cartitas amorosas, las respuestas á las cuales nos traían el siguiente domingo en los mismos manguitos. Pero en tiempo del Emperador no había misa de tropa; y, por consiguiente ningún medio de aproximarse á las *pollas distinguidas* de esta pequeña ciudad, donde no eran para nosotros más que ensueños más ó menos ocultos bajo velos y entrevistos de lejos. No había indemnización ninguna de esta pérdida en redondo de lo más interesante de la población de la ciudad. Los burdeles que V. sabe, y de los cuales no se habla entre personas decentes, eran horrores. Los cafés, donde se anegan tantas nostalgias en esa terrible ociosidad de la vida de guarnición, eran tales, que ¡imposible poner en ellos los pies, á poco que respetase uno sus charreteras! En esta pequeña ciudad, donde ahora ha crecido el lujo como en todas partes, tampoco había entonces ninguna fonda donde pudiéramos tener una mesa de oficiales pasadera, sin que nos robasen como en un monte) tanto que muchos de nosotros habían renunciado á la vida colectiva y se

habían desperdigado hospedándose en casas particulares de vecinos poco acomodados, quienes les alquilaban habitaciones lo más caro posible, y añadían así alguna cosilla á la pobreza habitual de su mesa y á la pequeñez de sus ingresos.

En ese número me contaba yo. Uno de mis camaradas, que vivía aquí en la parada de los caballos de posta, donde tenía cuarto (porque la parada estaba en esta calle por aquel tiempo, unas puertas más atrás de nosotros, y si hubiese luz aún vería V. en la fachada el viejo sol de oro, á medio salir de su fondo de cerusa, justificando el rótulo de «*Al sol naciente*»), uno de mis camaradas había descubierto para mí una casa donde hospedarme cerca de él, ahí donde está esa ventana tan empingorotada, y que esta noche me produce el efecto de ser siempre la de mi cuarto, ¡como si fuese ayer! Dejé que me aposentase. Era de más edad que yo, llevaba más tiempo en el regimiento, y gustábale ayudar en esos primeros momentos y detalles de mi vida de oficial á mi inexperiencia, que era también indolencia. Ya se lo he dicho á V.: todo me era igual, excepto la sensación del uniforme, acerca de la cual insisto porque muy pronto no tendrá idea de ella esta generación de congresos de la paz y de mamarracherías filosóficas y humanitarias; y excepto también la esperanza de oir zumbar el cañón en la primera batalla donde hubiese de perder mi doncellez militar (y V. perdone esta expresión soldadesca). No vivía más que con estas dos ideas; sobre todo con la segunda, porque era una esperanza, y se vive más en la vida que no se tiene que en la vida que se tiene. Me quería á mí mismo para mañana, como el avaro; y comprendía muy bien á los devotos que se las arreglan en este mundo como en un mal paso donde sólo se ha de estar una noche. Nada se parece más á un fraile que un soldado, y yo era soldado. Así me las arreglé con mi guarnición. Fuera de las horas de comer, que lo hacía con mis patrones, de quienes ahora le hablaré á V., y de las de servicio y maniobras diarias, me pasaba la mayor parte del tiempo en mi cuarto, tendido en un gran diván de cuero azul oscuro, cuya frescura me producía el efecto de un baño frío después del ejercicio, y sólo me levantaba para ir á tirar á las armas y jugar unas partidas de imperial en casa de mi vecino de enfrente, Luis de Meung; quien estaba menos ocioso que yo, porque entre las modistillas de la ciudad había escogido una bonita jovenzuela, echándosela por querida, y le servía para matar el tiempo... Pero lo que sabía yo en materia de mujeres no me inclinaba mucho á imitar á mi amigo Luis. Lo que sabía acerca de ellas lo había aprendido vulgarmente, allí donde lo aprenden los cadetes de Saint-Cyr los días de salida... Y además, hay temperamentos que tardan en despertar... ¿No ha conocido V. á Saint-Rémy, el más calavera de una ciudad célebre por sus calaveras, á quien llamábamos «Minotauro» no desde el punto de vista de los cuernos (aunque los tenía, puesto que había muerto al

amante de su mujer), sino desde el punto de vista del consumo de virginidades?»

—Sí, le he conocido—respondí;—pero viejo, incorregible, cada vez más libertino á cada año que pasaba por él. ¡Vaya si he conocido á ese gran tronera de Saint-Rémy, como hubiera dicho Brantôme.

—En efecto, era un hombre á lo Brantôme—replicó el vizconde.—Pues bien; Saint-Rémy, á los veintisiete años cumplidos, no había tocado aún una copa ni unas faldas. El mismo se lo dirá, si V. quiere. A los veintisiete años, en materia de mujeres era tan inocente como el niño que acaba de nacer, y aunque yo no mamaba de su nodriza, sin embargo nunca había bebido más que leche y agua.

—¡Bien ha recobrado el tiempo perdido!—exclamé.

—¡Sí—dijo el vizconde;—y yo también! Pero á mí me costó menos trabajo el recobrarlo. Mi primer período de cordura no excedió del tiempo que pasé en esta ciudad. Y aunque no tenía la virginidad absoluta de que habla Saint-Rémy, sin embargo vivía como un verdadero caballero de Malta que era, en atención á que lo soy *de nacimiento*... ¿No lo sabía V.? Hasta hubiera sucedido á uno de mis tios en su encomienda, á no ser porque la revolución suprimió la orden, de la cual, por abolida que estuviese, me he permitido algunas veces llevar la cinta. ¡Una fatuidad!

En cuanto á los patrones que me alojaban, eran lo más burgueses que se pueda imaginar V. No eran más que dos, marido y mujer, ambos viejos y no de mal tono, antes al contrario. En sus relaciones conmigo hasta tenían esa cortesía que ya no se encuentra, sobre todo en su clase social, y que es como el perfume de un tiempo desvanecido. Yo no estaba en la edad en que se observa por observar y me interesaban harto poco para que pensase en penetrar en el pasado de aquellos dos viejos, en la vida de los cuales me mezclaba del modo más superficial dos horas diarias; á mediodía y por la noche, para comer y cenar con ellos. Nada se translucía de ese pasado en sus conversaciones delante de mí, las cuales versaban de ordinario acerca de cosas y personas de la ciudad, que me enseñaban á conocer y de quienes hablaban, el marido con sus puntas y ribetes de jocosa maledicencia, y la piadosísima mujer con más reserva pero con gusto no menor. Sin embargo, creo haber oído decir al marido que había viajado en su juventud por cuenta de no sé quién y por no sé qué, y que había tardado en regresar para casarse con su mujer... quien le había esperado. Por lo demás, eran gentes buenísimas, de costumbres muy dulces y de muy serenos destinos. La mujer se pasaba la vida haciendo calceta para su marido; y éste, aficionado á la música, rascando en el violín composiciones antiguas de Viotti, en un desván encima de mi cuarto. Acaso habían sido más ricos. Acaso alguna pérdida de intereses que deseaban ocultar les había obligado á tomar un huésped; pero, aparte de eso, en nada se notaba. En su hogar, todo era indicio

del bienestar de esas casas á la antigua, abundantes en bien oliente ropa blanca, en plata de mucho peso y cuyos muebles parecen inmuebles, según lo poco que se cuida de renovarlos. Encontrábame bien allí. La mesa era buena, y gozaba amplio permiso para abandonarla en cuanto, según frase de la vieja criada Oliva que nos servía, en cuanto me había *«restregado las barbas»;* harto honor el de llamar «barbas» á los cuatro pelos de gato del bigote de un mocosuelo de subteniente que aún no había concluido de crecer.

Llevaba allí como cosa de un semestre, tan tranquilo con mis patrones, á quienes jamás había oído decir ni una palabra referente á la existencia de la persona á quien iba á encontrarme en casa de ellos, cuando un día, al bajar á comer á la hora de costumbre, advertí en un rincón del comedor la presencia de una buena moza que empinada en la punta de los pies, colgaba por las cintas su sombrero de una pátera, como una mujer que está en su propia casa y acaba de regresar á ella. Arqueada hasta más no poder, como lo estaba para colgar el sombrero de aquella pátera puesta tan alta, ostentaba el magnífico talle de una bailarina que se echa hacia atrás, y aquél talle estaba aprisionado (es palabra exacta, por lo muy ceñido á las formas), dentro del brillante corpiño de un *spencer* de seda verde con flecos que caían sobre su vestido blanco, uno de esos vestidos de entonces, ajustadísimos por las caderas y que no temían señalarlas en redondo, cuando las había... Con los brazos aún al aire, volvióse al oirme entrar, dando á su nuca un movimiento de torsión que me hizo ver su cara; pero acabó su quehacer como si yo no hubiese estado allí, miró si no había arrugado las cintas del sombrero al colgarlo; y hecho esto pausada, atenta y casi impertinentemente (porque, después de todo, estaba yo allí, de pie, esperando á que hiciese caso de mí, para saludarla), por fin me dispensó el honor de mirarme con su par de ojos negos, muy fríos, á los cuales sus cabellos, cortados á lo Tito y reunidos en rizos encima de la frente, comunicaban la especie de profundidad que ese peinado da á la mirada... Yo no sabía quién pudiera ser á esa hora y en ese sitio. Nunca iba nadie á comer á casa de mis patrones... Sin embargo, probablemente venía ella á comer. Estaba puesta la mesa, con cuatro cubiertos... Pero mi asombro de verla allí fué con mucho superado por el asombro de saber quién era, cuando lo supe... cuando mis dos patrones, al entrar en el comedor me la presentaron como su hija recién salida del colegio y que viviría con ellos en lo sucesivo.

¡Su hija! ¡Era imposible ser menos hija de gentes así, de lo que era aquella joven! ¡Y no es porque las muchachas más guapas del mundo no puedan nacer de toda especie de personas. Yo las he conocido... y también V., ¿no es así? Fisiológicamente, el ser más feo puede producir el ser más hermoso. ¡Pero ella! Entre ella y ellos mediaba el abismo de una raza... Por

otra parte, fisiológicamente,—puesto que me permito usar este terminacho pedante de estos tiempos, pero no de los míos — no podía fijarse en ella sino por el aire que tenía, extraño en una muchacha tan joven como ella, porque era una especie de aire impasible, muy difícil de caracterizar. Sino lo hubiese tenido, sólo se hubiera dicho de ella «¡Vaya una chica guapa!» y no se hubiera pensado en ella más que en todas las chicas guapas que se encuentra uno por casualidad y de las cuales se dice eso, para no volver á pensar nunca más en ello después. Pero aquel aire... que la diferenciaba por completo no sólo de sus padres, sino de todos los demás, de quienes no parecía tener las pasiones ni los sentimientos, le dejaba á V. clavado de sorpresa... en el sitio... *La infanta del falderillo*, de Velázquez, si la conoce V., podría darle una idea de aquel aire, que no era altanero, ni despreciativo, ni desdeñoso, ¡no!, sino sencillamente impasible; puesto que el aire altanero, despreciativo, desdeñoso, dice á las gentes que existen, puesto que se toma la molestia de desdeñarlas ó menospreciarlas, al paso que ese aire dice tranquilamente: «Para mí, ni siquiera existe V.» Confieso que aquella fisonomía me hizo dirigirme, aquel primer día y otros muchos la pregunta, aún insoluble hoy para mí: ¿cómo aquella buena moza había salido de ese pobre hombre de gabán amarillo verdoso y chaleco blanco, gordo, con una cara del color de las compotas de su mujer, con un lobanillo en el cogote, desbordado por encima de su corbata de muselina, y que tartajeaba? Y si el marido no ponía en ningún aprieto, porque en esta clase de cuestiones nunca está la dificultad en el marido, también la madre me parecía tan imposible de explicar. La señorita Albertina (tal era el nombre de aquella archiduquesa de actitud, caída del cielo en casa de aquellos burgueses como si el cielo hubiera querido burlarse de ellos), la señorita Albertina, á quien sus padres llamaban Alberta, por abreviar, pero el cual nombre cuadraba mucho mejor á su cara y á toda su persona, tan poco parecía hija del uno como de la otra... En aquella primera comida, igual que en las sucesivas, me pareció una muchacha bien educada, sin afectación, habitualmente silenciosa y que, cuando hablaba, decía en buenos términos lo que tenía que decir, pero sin pasar nunca más allá de esa línea... Por supuesto, que aun cuando hubiera tenido todo el ingenio que ignoraba yo que tuviese, no hubiese encontrado de ninguna manera ocasión de manifestarlo en las comidas que hacíamos. La presencia de su hija había modificado forzosamente las chismografías de los dos viejos, quienes habían suprimido los pequeños escándalos de la ciudad. Así como suena, en aquella mesa ya no se hablaba sino de cosas tan interesantes como hablar del tiempo. Por eso, la señorita Albertina ó Alberta, que tanto me había chocado al principio por su aire impasible, no teniendo absolutamente nada más que ofrecerme, me cansó

muy pronto de aquel aire... Si la hubiese encontrado en la sociedad á que estaba yo llamado y que hubiera debido frecuentar, esa impasibilidad me habría herido en lo vivo. Mas, para mí, no era una joven á quien poder cortejar... ni aun con los ojos. Mi posición para con ella, encontrándome de huésped en casa de sus padres, era delicada y por la cosa más ínfima pudiera llegar á ser falsa... No estaba bastante cerca ó bastante lejos de mí en la vida para poder ser algo para mí... y bien pronto respondí naturalmente, y sin ninguna clase de intenciones, con la más completa indiferencia á su impasibilidad.

Y eso no se desmintió nunca, ni por su parte, ni por la mía. Entre nosotros no hubo sino la urbanidad más fría y sobria de palabras. No era para mí sino una imágen que apenas veía; ¿y qué era yo para ella?... En la mesa, —sólo allí nos encontrábamos—miraba más al tapón de la botella del agua ó al azucarero que á mi persona... Lo que decía, muy correcto, siempre muy bien dicho pero insignificante, no me daba ninguna clave del carácter que pudiera tener. Y además, por supuesto, ¿qué me importaba?... Hubiera pasado toda mi vida sin pensar siquiera en mirar á aquella serena é insolente muchacha, con un aire de infanta tan fuera de lugar. Era preciso para esto la circunstancia que voy á decir á V. y que me hirió como el rayo, como el rayo que cae sin tronar.

Una noche, hacía cosa de un mes que la sañorita Albertina había regresado á casa, y nos poníamos á la mesa para cenar. Estaba sentada junto á mí, y concedíala yo tan poca atención, que ni siquiera me había fijado aún en este detalle diario que hubiera debido chocarme, el de que en la mesa estuviese junto á mí, en vez de estar entre su madre y su padre; cuando, en el momento en que desdoblé la servilleta encima de las rodillas... ¡no, nunca podré darle á V. una idea de aquella sensación y de aquel asombro!... sentí una mano que atrevidamente cogía la mía por debajo de la mesa. Creía soñar... ó más bien, no creí nada... sólo tuve la increíble sensación de aquella mano audaz que venía en busca de la mía hasta debajo de mi servilleta. ¡Y fué tan inaudito como inesperado! Toda mi sangre, encendida por aquel asimiento, se precipitó desde mi corazón hasta aquella mano, como aspirada por ésta; y luego, como impelida por una bomba, volvió á subir furiosamente á mi corazón. Ví azul... me zumbaron los oídos. Debió de acometerme una palidez horrible. Creí que me iba á desmayar... que iba á disolverme en la indecible voluptuosidad producida por el montoncillo de carne de aquella mano, un poco grande y fuerte como la de un muchacho, la cual se había ceñido á la mía. Y como, según sabe V., en esas primeras edades de la vida tiene su espanto la voluptuosidad, hice un movimiento para retirar mi mano de aquella loca mano que la había cogido, pero que apretándomela entónces con el ascendiente del placer que tenía conciencia de produ-

cirme, la guardó autoritaria, vencida como mi voluntad, y con el más cálido apretón, deliciosamente reprimido... Hace ya de esto treinta y cinco años, y me dispensará V. el honor de creer que mi mano se ha estragado un poco respecto al apretón de mano de las mujeres; pero, cuando pienso en ello aún siento la impresión de aquella, oprimiendo la mía con un despotismo insensatamente apasionado. Presa de los mil escalofríos que aquella envolvente mano comunicaba á mi cuerpo entero, temí revelar lo que experimentaba delante de aquel padre y aquella madre, cuya hija atreviase á su vista á... Sin embargo, avergonzado de ser menos hombre que aquella audaz muchacha que se exponía á perderse y cuya increíble sangre fría disimulaba el extravío, me mordí el labio inferior hasta hacerme sangre, con un esfuerzo sobrehumano para contener el temblor del deseo, que podía revelárselo todo á esas pobres gentes confiadas; y entonces buscaron mis ojos la otra de esas dos manos en que aún no me había fijado y que en ese peligroso momento hacía girar friamente el botón de la lámpara que acababan de poner encima de la mesa, pues iba cerrando la noche... ¡La miré!... ¿Aquélla era, pues, la hermana de esa otra mano que sentía yo penetrar por la mía, como un foco de donde irradiaban y se extendían á lo largo de mis venas inmensas olas de fuego! Aquella mano, un poco gruesa, pero de dedos largos y bien torneados—en la punta de los cuales producía sonrosadas transparencias la luz de la lámpara que caía á plomo sobre ella—no temblaba y hacía su pequeño trabajo de arreglar la mecha, con una firmeza, una facilidad y una graciosa languidez de movimiento incomparables. Sin embargo, no podíamos continuar así... Necesitábamos nuestras manos para comer... Así, pues, la de la señorita Alberta abandonó la mía; pero en el momento de soltarla, su pie, tan expresivo como su mano, se apoyó con el mismo aplomo, la misma pasión y el mismo imperio en mi pie, y permaneció así todo el tiempo que duró aquella comida harto breve; lo cual me produjo la sensación de uno de esos baños insoportables de calientes al principio, pero á los cuales se acostumbra uno y acaba por hallarse tan á gusto, que no cuesta trabajo creer que algún día podrán los condenados encontrarse frescos y suaves entre las llamas del infierno, como el pez en el agua... Dejo á la consideración de V. si cenaría yo aquella noche y si metería baza en los dicharachos de mis honrados patrones, que en su placidez no sospechaban el drama misterioso y terrible que entonces se representaba debajo de la mesa. De nada se percataron; pero podían advertir alguna cosa, y positivamente me inquietaba por ellos... mucho más por ellos que por mí y por ella. Tenía la honradez y la conmiseración de mis diez y siete años... Decíame: «¿Es una sin vergüenza ó una loca?» Y miraba con el rabillo del ojo á aquella loca que durante la cena no perdió ni

una sola vez su aire ceremonioso de princesa, y cuya cara permaneció tan serena como si su pie no hubiese dicho y hecho encima del mío todas las locuras que puede decir y hacer un pie.

Confieso que aún me dejaba más atónito su aplomo que su locura. Había yo leído muchos de esos libros ligeros donde no sale bien parada la mujer. Me había educado en un colegio militar. Utópicamente, por lo menos, era un Lovelace de fatuidad, como lo son más ó menos todos los jovenzuelos que se creen guapos chicos y han recibido besos á montones, detrás de las puertas y en las escaleras, dados por los labios de las doncellas de sus mamás. Pero esto desconcertaba mi pequeño aplomo de Lovelace de diez y siete años. Esto me parecía más gordo que cuanto había leído y oído decir acerca de la naturalidad en la mentira que se atribuye á las mujeres, acerca del intenso disimulo con que pueden ocultar sus más violentas ó profundas emociones. Figúrese V.; ¡tenía ella diez y ocho años! ¿Los tenía siquiera?... Acababa de salir de un colegio del cual no tenía yo ningún motivo para sospechar, con la moralidad y la piedad de la madre que lo había elegido para su hija. Aquella carencia total de empacho—digámoslo con todas sus letras—aquella falta absoluta de pudor, aquel fácil dominio de sí misma, al hacer las cosas más imprudentes y peligrosas para una joven, con la cual no se había anticipado por ningún ademán y con ninguna mirada el hombre á quien se entregaba ella con tan monstruoso adelanto, todo eso se me subía á la cabeza y aparecíase con claridad á mi mente, á pesar del desplomo de mis sensaciones.... Pero ni en ese momento ni más tarde me detuve en filosofar acerca de ello.. No sentí un falso horror por la conducta de aquella joven tan horriblemente precoz para el mal. Por supuesto, ni á mi edad de entonces, ni aún mucho más tarde, es cuando se cree depravada á la mujer que de buenas á primeras se arroja á nuestros brazos. Casi hasta nos hallamos dispuestos á encontrarlo sencillísimo, por el contrario; y si se exclama «¡pobre mujer!» es ya mucha modestia esa lástima. En fin, si yo era tímido, no quería pasar por tonto: la gran razón francesa para hacer sin remordimiento lo peor que haya. Sabía de cierto, sin asomo de duda, que lo que por mí sentía aquella joven no era amor. El amor no procede con ese impudor y esa impudencia; y también me constaba que tampoco lo era lo que ella me hacía sentir. Pero amor ó no... lo que fuese... ¡lo quería yo! Cuando me levanté de la mesa, estaba resuelto... La mano de aquella Alberta en quien no pensaba un minuto antes de que se hubiese apoderado de la mía, habíame dejado hasta en lo más recóndito de mi ser el deseo de entrelazarme todo entero con ella toda entera, como se habían enlazado su mano y la mía.

Subí á mi cuarto como un loco; y cuando la reflexión hubo enfriado algo

mis ardores, me preguntó que iba á hacer para enredarme en toda regla en una *intriga*, como se dice en provincias, con una joven tan diabólicamente provocativa. Sabía al poco más ó menos, como hombre que no puso los medios para enterarse mejor, que nunca se apartaba de su madre; que solía trabajar junto á ésta en el mismo cuarto de labor, en el alféizar de aquél comedor que hacía de gabinete; que no tenía en la ciudad ninguna amiga que viniese á verla; y que nunca salía sino los domingos, para ir á misa y á vísperas con sus padres. ¡Todo eso no era para animar..! Comencé á arrepentirme de no haber intimado un poco más con esas dos sencillas personas, á quienes había tratado sin altivez, pero con la cortesía desapegada y á veces distraída que se usa con quienes son de un interés muy secundario en la vida; pero caí en la cuenta de que no podía modificar mis relaciones con ellos sin revelarles ó hacerles sospechar lo que yo quería ocultarles... Para hablar en secreto con la señorita Alberta, no tenía más que los encuentros en la escalera al subir á mi cuarto ó bajar de él; pero, en la escalera, podían vernos y oirnos... El único recurso á mi alcance en aquella casa tan metódica y pequeña, donde todo el mundo se codeaba, consistía en escribir; y puesto que la mano de aquella muchacha atrevida sabía buscar tan bien la mía por debajo de la mesa, no cabe duda de que aquella mano no haría muchos remilgos para coger la cartita que yo le diese; y la escribí. Fué la esquela de circunstancias, la carta suplicante, imperiosa y embriagada, de un hombre que ha bebido ya el primer sorbo de felicidad y pide otro... Sólo que, para entregársela, no había más remedio que esperar á la comida del día siguiente, y eso me pareció largo; mas, al fin llegó esa comida. La tentadora mano, cuyo contacto llevaba yo veinticuatro horas de sentirlo en la mía, no dejó de volver á buscármela por debajo de la mesa, como la víspera. La señorita Alberta notó mi carta y la cogió muy bien, según lo tenía yo previsto. Pero lo que no previ es que, con aquel aire de infanta que lo desafiaba todo con su altivez de indiferencia, metió la esquela por la abertura del corpiño con rápido movimiento, levantando un encaje replegado; y todo eso con una naturalidad y tal presteza que nada notó su madre, quien, con los ojos puestos en lo que estaba haciendo, servía la sopa; y el imbécil de su padre, que se pasaba la vida pensando en su violín, no vió más que fuego.

—Nunca vemos más que eso, capitán, interrumpí alegremente, porque su historia me producía el efecto de ir á parar un poco deprisa á ser una aventurilla de guarnición, pero no me sospechaba lo que iba á seguir. Mire V., hace unos días, sin ir más lejos, había en un palco de la Opera inmediato al mío, una mujer, probablemente por el estilo de su señorita Alberta. Por supuesto, tenía más de dieciocho años, pero le doy á V. palabra de honor de que rara vez he visto una mujer de una decencia más majestuosa.

Mientras duró toda la obra, permaneció sentada é inmóvil como sobre una base de granito. No se volvió ni á derecha ni á izquierda una sola vez, pero sin duda veía por los hombros, que tenía desnudos y muy hermosos, porque en mi palco y detrás de nosotros dos había tambien un hombre joven, al parecer tan indiferente como ella para todo cuanto no fuese la ópera que se cantaba entonces. Puedo dar fe de que aquel joven no hizo ni una de las cucamonas usuales que los hombres hacen á las mujeres en los sitios públicos, y que pueden llamarse declaraciones á distancia. Sólo cuando se concluyó la función, y en esa especie de tumulto general de los palcos que se desocupan, púsose de pie la dama en el suyo, para abrocharse el albornoz, y la oí decir á su marido con la voz más conyugalmente imperiosa y clara: «Enrique, recógeme el capuchón.» Y entonces, por encima de la espalda de Enrique, que se había precipitado con la cabeza abajo, alargó ella el brazo y la mano y cogió una carta del joven, con la misma sencillez que hubiera tomado de manos de su marido el abanico y el ramo. El pobre hombre se levantó, sosteniendo el capuchón, un capuchón de color de fuego, pero menos encendido que su cara, y que, á riesgo de una apoplejía, había pescado como pudo debajo de las banquetas... ¡A fe mía! después de haber visto aquello me marché, pensando que en lugar de entregar ese capuchón á su mujer, hubiera hecho mejor en guardarlo para él, con el fin de ocultar lo que acababa de salirle de pronto en la cabeza.

—Es buena esa historia—dijo el vizconde de Brassard bastante fríamente; —en otros momentos quizá me hubiese hecho más gracia; pero, déjeme V. acabar la mía. Confieso que con semejante muchacha no estuve intranquilo dos minutos acerca del destino de mi carta. Aunque hubiese estado colgada del cinturón de su madre, encontraría el medio de leerla y contestarme. Para una temporadilla de conversación por escrito, hasta contaba con aquel pequeño correo que acabábamos de inaugurar debajo de la mesa, cuando el día siguiente, al entrar en el comedor con la certidumbre, muy acariciada en el fondo de mi persona, de obtener en el acto una respuesta muy categórica á mi carta de la víspera, creí que me daba un torozón al ver que habían cambiado el cubierto y que la señorita Alberta estaba colocada donde siempre hubiera debido estarlo, entre su padre y su madre... ¿Y por qué ese cambio?... ¿Qué había pasado, sin saberlo yo? ¿Habían notado alguna cosa el padre ó la madre? Tenía frente á mí á la señorita Alberta, y la miraba con esa intención fija que desea ser comprendida. Había en mis ojos veinticinco signos interrogantes; pero los suyos estaban tan tranquilos, tan mudos, tan indiferentes como de costumbre. Me miraban cual si no me viesen. Nunca he visto un mirar que impacientase tanto como aquellas largas miradas tranquilas que caían sobre uno como si fuese una cosa. Estaba hir-

viendo en curiosidad, contrariedad, inquietud, un montón de sentimientos agitados y decaídos... y no comprendía cómo aquella mujer, tan segura de sí misma que pudiera creerse que en lugar de nervios tuviera debajo de su fina piel casi tantos músculos como yo, pudiese no atreverse á hacerme una seña de inteligencia que me advirtiese, que me hiciese pensar, que me dijese con la rapidez posible que nos entendíamos, que estábamos en connivencia y éramos cómplices en el mismo misterio, fuese ó no fuese amor... Había para preguntarse si verdaderamente era la mujer de la mano y del pie debajo de la mesa, de la carta cogida la víspera y guardada con tanta naturalidad en el corpiño, delante de sus padres, como quien se pone una flor. Tanto había hecho que no debiera apurarle echarme una mirada. Pero, no; nada conseguí. Transcurrió toda la comida sin esa mirada que acechaba yo, qus esperaba, que quería encender en la mía y que no se encendió. «Habrá encontrado algún medio de contestarme» decía para mí al dejar la mesa y subir á mi cuarto, no pensando que tal persona pudiese retroceder después de haberse adelantado tan increíblemente; no admitiendo que pudiera temer nada, ni importársele de nada en tratándose de sus caprichos, y no pudiendo creer, francamente, que por lo menos no lo tuviese por mí.

«Si sus padres no tienen sospechas, pensaba también, si la casualidad es lo que ha sido causa de ese cambio de cubierto en la mesa, mañana volveré á encontrarme junto á ella...» Pero ni al día siguiente, ni en los demás, ya no me vi junto á la señorita Alberta, quien continuó con la misma incomprensible fisonomía y el mismo tono suelto para decir las nonadas y los lugares comunes de que había costumbre de hablar en aquella mesa de gente de poco fuste. Comprenderá V. que yo la observaba como hombre á quien le interesa la cosa. Tenía un aire lo menos contrariado posible, cuando yo lo estaba horriblemente, hasta la ira; una ira capaz de partirme por el eje, y que era preciso disimular. Y aquel aire que jamás perdía, poníame aún más lejos de ella que la mesa redonda interpuesta entre nosotros. Y tan violentamente desesperado me encontraba, que concluí por no temer comprometerla mirándola, apoyando en sus grandes ojos impenetrables, y que permanecían helados, el peso amenazador y ardoroso de los míos. ¿Era una añagaza su conducta? ¿Era coquetería? ¿No era sino un capricho en pos de otro capricho? ¿O era simplemente estupidez? De entonces acá he llegado á conocer mujeres de esa clase: al pronto insurrección de los sentidos, y luego estupidez. «¡Si los hombres conociesen el momento preciso!» decía Ninón. ¿Había pasado ya el momento de Ninón? Sin embargo, continuaba yo esperando siempre... ¿qué?... una palabra, una seña, cualquiera cosa arriesgada en voz baja, al levantarnos de la mesa, entre el ruido de las sillas al moverlas; y como eso no sucedía, quebrábame los cascos, con las ideas más estrambóticas, con todo

lo más absurdo que imaginarse pueda. Se me puso en la cabeza que, con todas las imposibilidades que en casa nos rodeaban, me escribiría por el correo interior; que sería lo suficiente astuta, cuando saliese con su madre, para colar una carta en el buzón. Y bajo el imperio de esta idea, requemábame la sangre dos veces diarias, una hora antes de que pasara el cartero por delante de casa... En aquella hora decía diez veces á la vieja Oliva, con voz ahogada: «¿Hay carta para mí, Oliva?» Y siempre me contestaba ella: «No, señor, no la hay.» ¡Ah, la dentera concluyó por ser harto aguda. El deseo burlado trocóse en odio. Me puse á odiar á aquella Alberta; y, por odio de deseo burlado, á explicar su conducta conmigo por los móviles que más pudieran hacérmela despreciar, porque el aborrecimiento tiene sed de menosprecio. El desprecio es el néctar del odio. «¡Pícara cobarde, que tiene miedo de una carta!» decía para mí. Como ve V., llegaba á los improperios. Insultábala con el pensamiento, sin creer que al injuriarla la calumniase. Hasta me esforzaba en no pensar más en ella, á quien acribillaba con los epítetos más soldadescos, cuando hablaba de ella con Luis de Meung; pues le hablé de ella porque el empeño á que me había arrojado había extinguido en mí todo género de caballerosidad; y había narrado toda mi aventura á mi buen Luis, quien se retorcía los rubios bigotes al oirme, y me decía sin ambajes, porque no éramos moralistas en el regimiento número 27:

—¡Haz lo que yo! Un clavo saca otro clavo. Toma por querida á una costurerilla de la ciudad, y no pienses más en ese demonio de chica.

Pero no seguí el consejo de Luis. Estaba harto interesado en el juego, para eso. Si hubiese podido saber ella que yo me echaba una querida, quizá hubiera tomado una para azotarla con los celos el corazón ó la vanidad. Pero no lo sabría. ¿Cómo había de llegar á saberlo? De llevarme una querida á casa, como Luis á su *Fonda de Postas*, eso era romper con las gentes buenas con quienes vivía y que inmediatamente me hubieran rogado que buscase otro alojamiento; y yo no quería renunciar, si no podía conseguir más que eso, á la posibilidad de encontrar de nuevo la mano ó el pie de aquella tentadora Alberta, quien, después de lo á que se había atrevido, continuaba siendo siempre la gran princesa Impasible.

—Di, más bien Imposible—replicábame Luis, burlándose de mí.

Pasó un mes completo, y á pesar de mi resolución de mostrarme tan olvidadizo é indiferente como ella, de contraponer mármol á mármol y frialdad á frialdad, no viví sino con la tensión del acecho, que aborrezco hasta en la caza. ¡Sí, mis días fueron un acechar perpetuo! Acecho, cuando bajaba á comer y esperaba encontrarla sola en el comedor, como la primera vez. Acecho al comer, cuando mi vista buscaba de frente y de lado á la suya, encontrándola limpia é infernalmente serena, y que ni se apartaba de la mía ni contestaba á ella. Acecho despues de co-

mer, porque me quedaba después un rato á la sazón para ver á ambas damas reanudar su labor junto al alféizar de la ventana, espiando si dejaría caer *ella* alguna cosa, el dedal, las tijeras, un trapo, que pudiese recoger yo, y al entregárselos tocar su mano, aquella mano que entonces tenía yo atravesada en el cerebro. Acecho en mi cuarto, creyendo siempre oir á lo largo del pasillo aquel pie que se había puesto encima del mío con una voluntad tan absoluta. Acecho hasta en la escalera, donde creía poder encontrarla, y donde la vieja Oliva me sorprendió una vez de centinela, con gran confusión mía. Acecho en mi ventana, esa ventana que vé V., donde me plantaba cuando ella tenía que salir con su madre, y de donde no me movía antes de que regresase, tan en vano para mí como todo lo demás. Cuando salía, envuelta en su chal de polluela, un chal de rayas rojas y blancas, ¡nada se me olvida!, sembrado de flores negras y amarillas en ambas rayas, no volvía su torso insolente ni una sola vez; y de regreso, siempre pegada á su madre, no alzaba la cabeza ni los ojos hacia la ventana donde la esperaba yo. ¡Tales eran los miserables manejos á que me había condenado! Bien sé que las mujeres nos obligan á todos á hacer más ó menos el oso, ¡pero en esas proporciones! Aún se me subleva la antigua fatuidad que debiera estar muerta en mí. ¡Ah, ya no pensaba en la dicha de mi uniforme! En cuanto terminaba el servicio del día, después del ejercicio ó la revista, regresaba á escape á casa; pero no para leer rimeros de memorias ó de novelas, mis únicas lecturas por aquel tiempo. Ya no iba á casa de Luis de Meung, ni cogía el florete. No tenía el recurso del tabaco, que adormece la actividad cuando es devoradora, y del cual disponen Vds. los jóvenes que me han sucedido en la vida. Entonces no se fumaba en el regimiento número veintisiete, á no ser entre soldados, en el cuerpo de guardia, al jugar á la brisca encima del tambor... Permanecía pues ocioso de cuerpo destrozándome... no sé si era el corazón... sobre aquel diván que ya no me daba el grato frescor tan gustoso para mí en aquellos seis pies en cuadro de mi cuarto, donde me agitaba cual un leoncillo dentro de su jaula, al oler la carne fresca próxima á él.

Y si eso pasaba de día, lo mismo era en una gran parte de la noche. Me acostaba tarde; no dormía. Teníame despierto aquella Alberta del infierno, que lo había encendido en mis venas, y luego se había alejado como el incendiario que ni siquiera vuelve la cabeza para ver llamear el fuego detrás de él. Lo mismo que la ve V. esta noche, y aquí el vizconde pasó el guante por el cristal del coche situado delante de él, para enjugar el vapor que empezaba á formar gotitas, bajé esa misma cortina en esa misma ventana, que entonces igual que ahora no tenía persianas, con el fin de que los vecinos, más curiosos en provincias que en ninguna otra parte, no fisgoneasen el fondo de mi cuarto. Era este un aposento de la época, un aposento á es-

tilo de los del Imperio, entarimado en punto de Hungría, sin alfombra, en que el bronce veíase por todas partes destacándose de la madera de cerezo, primero en forma de cabezas de esfinge en los cuatro ángulos de la cama y de garras de león en sus cuatro pies; luego en todos los cajones de la cómoda y de la gaveta, en forma de camafeos con cara de león y con anillas colgantes de sus fauces verdosas, y de las cuales se tiraba para abrir esos muebles. Una mesa cuadrada, de un cerezo más rojizo que el del resto del mueblaje, con tabla de mármol gris y rebordes de cobre calados, estaba enfrente de la cama, contra la pared, entre la ventana y la puerta de un gran cuarto tocador; y frente á la chimenea el gran diván de tafilete azul de que tanto le tengo hablado ya... En todos los ángulos de aquella estancia elevada y espaciosa había rinconeras de falsa laca de China, y en una de ellas veíase misterioso y blanco entre la oscuridad del rincón, un antiguo busto reproducido de la Níobe clásica, que asombraba encontrar allá, en casa de esos vulgares miembros de la clase media. Pero, ¿no pasmaba mucho más esa incomprensible Alberta? Las paredes, revestidas de madera y pintadas al óleo con un color blanco amarillento, no tenían cuadros ni grabados. En ellas había puesto mis armas, tendidas sobre largas grapas de cobre dorado. Cuando tomé esa gran calabaza de habitación, como decía con elegancia el teniente Luis de Meung, que no poetizaba las cosas, hice poner en medio una gran mesa redonda que cubrí de mapas militares, de libros y papeles: era mi escritorio. Allí escribía, cuando tenía que escribir... Pues bien, una tarde, ó, mejor dicho, una noche, había llevado el diván junto á esa gran mesa y dibujaba allí á la luz de la lámpara, no para distraerme del único pensamiento que me absorbía desde un mes atrás, sino para sumergirme aún más en él; porque lo que dibujaba era la cabeza de aquella enigmática Alberta, era el rostro de aquella diablesa de mujer, de la cual estaba poseso, como dicen los devotos que se está del diablo. Era tarde. La calle, por donde pasaban todas las noches dos diligencias en dirección opuesta (como hoy), una á las doce y tres cuartos y otra á las dos y media de la madrugada, parando ambas en la *Fonda de Postas* para mudar de tiro, la calle estaba silenciosa como el fondo de un pozo. Hubiera oído el vuelo de una mosca; pero, si acaso había alguna en mi aposento, debía de dormir en algún rincón de la vidriera ó en uno de los pliegues acanalados de esa cortina, de fuerte tela de seda cruzada, que había soltado de sus alzapaños y caía recta é inmóvil delante de la ventana. El único ruido que había entonces en torno mío lo hacía yo con el lápiz y el difumino. Sí, *ella* era lo que yo dibujaba; y sólo Dios sabe con qué caricias de mano y con qué ardiente preocupación. De pronto, sin ningún ruido de cerradura que me lo advirtiese, entreabióse mi puerta, emitiendo ese sonido aflautado de las puertas que tienen secos los goznes, y

se quedó entornada como si tuviese miedo del sonido que acaba de lanzar. Alcé los ojos creyendo haber cerrado mal aquella puerta que se abría ella sola, impensadamente, filando aquellas notas quejumbrosas, capaces de hacer estremecerse de noche á los que velan y despertarse á los que duermen. Me levanté de la mesa para ir á cerrarla; pero la entornada puerta se abrió cada vez más y con mayor suavidad, pero renovando el agudo chillido, que sonó como un gemido en la casa silenciosa; y cuando se hubo abierto de par en par, vi á Alberta... ¡Alberta, que á despecho de las precauciones de un miedo que debía de ser inmenso, no había logrado impedir que chillase aquella puerta maldita!

¡Ira de Dios! hablan de visiones los que creen en ellas, pero la visión más sobrenatural no me hubiera causado la sorpresa, la especie de puñalada en el corazón que sentí y que se repitió con insensatas palpitaciones, cuando ví venir hacia mí aquella Alberta, despavorida por el ruido que acababa de hacer al abrirse aquella puerta, y que empezaría de nuevo si la cerraba. No se olvide V. de que yo no tenía diez y cho años. Vió tal vez mi terror por el suyo. Con enérgico ademán reprimió el grito de sorpresa que podía escapárseme, y que de seguro se me hubiera escapado, sin ese ademán, y volvió á cerrar la puerta, no ya con lentitud, puesto que la lentitud la había hecho rechinar, sino con rapidez, para evitar ese chillido de los goznes (que no soló no evitó, sino que se repitió más claro, más franco, de un tirón y sobreagudo), y cerrada la puerta, puesto el oído contra ella, escuchó para observar si respondía á aquél algún otro ruido, que hubiera sido más intranquilizador y más terrible... Creí verla tambalearse... Me lancé hacia ella, y bien pronto la tuve entre mis brazos...

—¡Su Alberta de V. tenía agallas!—dije al capitán.

—Acaso crea V.—prosiguió, como si no hubiese oído mi burlesca observación—que cayó en mis brazos, de espanto, de pasión, perdida la cabeza, como una joven perseguida ó á quien se puede perseguir, que no sabe ya lo que hace al entregarse á la última de las locuras, cuando se abandona á ese demonio que todas las mujeres tienen —según se dice— metido en alguna parte, y que sería siempre dueño absoluto de ellas, si no tuviesen también otros dos para contrariar á aquél, la cobardía y la vergüenza. Pues bien, ¡no, no fué así! Se engañaría V., si tal creyese... Ella no tenía ninguno de esos miedos vulgares y atrevidos... Más bien fué ella quien me estrechó en sus brazos, que yo á ella en los míos... Su primer impulso había sido esconder la frente contra mi pecho; pero la levantó y me miró con los ojos abiertos de par en par—¡unos ojos inmensos!—como para ver si en efecto era yo á quien tenía de ese modo entre sus brazos. Estaba horriblemente pálida, como nunca la había visto yo de pálida; pero no se habían alterado sus facciones de princesa. Tenían como siempre la inmovilidad y la firmeza de

una medalla. Sólo que por su boca, de labios ligeramente regordetillos, vagaba no sé que extravío, que no era el de la pasión satisfecha ó que va á serlo enseguida. Y ese extravío tenía en aquel momento un no sé qué tan sombrío, que, para no verlo; planté en aquellos hermosos labios rojos y eréctiles el robusto y fulminante beso del deseo triunfante y soberano. La boca se entreabrió... pero los negros ojos, de una negrura profunda, y cuyos largos párpados casi tocaban á mis párpados, no se cerraron, ni palpitaron siquiera; pero en el fondo de ellos, como en su boca, vi pasar la demencia. Enganchada por ese beso de fuego y como cogida por los labios que se adherían á los suyos, aspirada por el aliento que la respiraba, pegada siempre á mí, la llevé hasta encima de aquel diván de tafilete azul—mi parrilla de San Lorenzo desde hacía un mes que me revolcaba en él, pensando en ella—y cuyo tafilete azul se puso á crugir voluptuosamente debajo de su dorso desnudo, porque estaba casi en cueros. Acababa de salir de su cama, y para venir, se había visto obligada... ¿lo creera V?... á cruzar el aposento donde dormían su padre y su madre. Lo había atravesado á tientas, con las manos hacia adelante, para no tropezar con algún mueble que hubiera resonado con su choque y hubiera podido despertarlos.

—¡Ah!—exclamé.—No, se es más valiente en las trincheras. ¡Era digna de ser la querida de un soldado!

—Y lo fué desde aquella primera noche—replicó el vizconde.—Lo fué, con tanto ímpetu como yo, ¡y cuidado si tenía yo ímpetu, se lo juro á V.! Pero igual da... ¡vea V. el desquite! En nuestros más vivos transportes de placer, ni ella ni yo pudimos olvidar la espantosa situación que Alberta nos creaba á los dos. En el seno de esos goces que venía á buscar y á ofrecerme, estaba entonces como absorta por el acto que ejecutaba con una voluntad tan firme, con un empeño tan tenaz. Yo no me asombraba: ¡estaba estupefacto! Sin decírselo ni manifestárselo, tenía la más horrible angustia en el corazón, mientras ella me apretaba contra el suyo hasta dejarme sin aliento. A través de sus suspiros de placer, á través de sus besos, á través del aterrador silencio que reinaba en aquella casa dormida y confiada, escuchaba yo una cosa horrible: ¡Si se despertaría su madre, si se levantaría su padre! Y hasta por encima de su hombro miraba yo detrás de ella si la puerta, á la cual no había echado la llave por temor al ruido que pudiera hacer, no iba á abrirse de nuevo y mostrarme pálidas é indignadas, las dos cabezas de Medusa de aquellos dos viejos á quienes burlábamos con una cobardía tan audaz, surgiendo de pronto en medio de la noche como imágenes de la hospitalidad violada y de la justicia. Hasta esos voluptuosos crujidos del tafilete azul de nuestro diván, que me habían tocado la diana del amor, me hacían estremecer de espanto... Mi corazón palpitaba encima del suyo, que parecía golpearme con sus

latidos... Aquello era embriagador y desembriagador á la vez, ¡pero era terrible! Más tarde me fuí acostumbrando á todo eso. A fuerza de renovar impunemente aquella imprudencia sin nombre, me volví tranquilo en tal imprudencia. A fuerza de vivir en aquel riesgo de ser sorprendidos, me avecé á él. Ya no pensaba en eso. No pensaba más que en ser feliz. Desde aquella primera noche formidable, que hubiera debido espantarla de las otras que siguieron, había decidido que vendría á mi cuarto una noche sí y otra no, puesto que yo no podía ir al suyo — á su alcoba de solterita, sin más salida que por las habitaciones de sus padres; — y vino con regularidad cada dos noches, pero sin perder nunca la sensación, el estupor, de la primera vez. El tiempo no produjo en ella el efecto que en mí producía. No se endureció para el peligro, afrontado cada noche. Siempre permanecía silenciosa, hasta junto á mi corazón, hablándome apenas con la voz—pues, por supuesto, ya comprenderá V. que era elocuente; —y cuando más tarde adquirí serenidad, á fuerza de peligros arrostrados y vencidos, y la hablé como se habla con la querida, de lo que constituía ya el pasado entre nosotros y de aquella frialdad que había sucedido á sus primeras audacias, inexplicable y desmentida por el hecho de tenerla en mis brazos; cuando, en fin, la dirigí todos esos porqués insaciables del amor, que en el fondo quizá no es más que una curiosidad, nunca me respondió sino con largos abrazos. Su triste boca permanecía muda del todo... ¡excepto de besos! Hay mujeres que nos dicen: «Me pierdo por tí» ó «Bien me vas á despreciar» y esas son diferentes maneras de expresar la fatalidad del amor. Pero, ella no. No decía una palabra... ¡Cosa extraña, y aún más extraña persona! Producíame el efecto de una gruesa y dura tapa de mármol, que abrasaba, con lumbre por debajo... Creí que llegaría un momento en que por fin se rajase el mármol con el calor ardiente; pero el mármol no perdió nunca su rígida tersura. Las noches en que iba á entregarse á mí, no tenía más abandono ni más palabras; y, me permito esta frase eclesiástica, siempre fué tan *difícil de confesar* como la primera noche que entró en mi cuarto. Nada más pude sacar en limpio... A lo sumo, un monosílabo arrancado por obsesión de aquellos hermosos labios por los cuales estaba tanto más enloquecido cuanto más fríos é indiferentes los había visto durante el día; y aun así, un monosílabo que no daba gran luz acerca de la naturaleza de aquella joven, que me parecía ella sola más esfinge que todas las esfinges cuya imagen se multiplicaba en torno mío, en aquel aposento de estilo del Imperio.

— Pero, capitán — interrumpí de nuevo; —sin embargo, ¿tuvo término todo aquello? V. es un hombre de temple, y todas las esfinges son animales fabulosos. No los hay en la vida; y ¡qué diablo! acabaría V. por encontrar lo que escondía en su regazo aquella buena pieza.

—¡Término! Sí, tuvo término,—ex-

clamó el vizconde de Brassard bajando bruscamente el vidrio del cupé, como si hubiese faltado la respiración á su pecho monumental y necesitase aire para concluir lo que tenía que contar. —Pero, como dice V., el regazo de aquella joven singular no se abrió para eso. Nuestros amores, nuestras relaciones, nuestra intriga,—llámelo V. como guste,—nos dieron, ó más bien *me* dieron, sensaciones que no creo haber experimentado nunca desde entonces con mujeres más amadas que aquella Alberta que quizá no me amaba, á quien tal vez no amaba yo. Nunca he comprendido bien lo que yo sentía por ella y ella sentía por mí, ¡y eso duró más de seis meses! Durante esos seis meses, todo lo que comprendí fué un género de goce del que no se tiene idea en la juventud. Comprendí el goce de los que se ocultan. Comprendí el placer del misterio en la complicidad que, aun sin la esperanza del triunfo, aún formaría conspiradores incorregibles. En la mesa de sus padres como en todas partes, Alberta era siempre la señora infanta que tanto me había chocado el primer día que la vi. Sobre su frente neroniana, sus cabellos azules en fuerza de ser negros, que formaban fuertes sortijillas hasta tocar á las cejas, no dejaban transpirar nada de la noche pecadora que no producía en ella ningun rubor. Y yo que trataba de ser tan impenetrable como Alberta, pero que estoy seguro de que me hubiera hecho diez veces traición á mí mismo si me hubiese tratado con personas observadoras, me ahitaba orgulloso y casi sensualmente en lo más recóndito de mi ser con la idea de que toda aquella soberbia indiferencia era mía, y tenía para mí todas las bajezas de la pasión, si es que la pasión puede ser baja nunca. Nadie más que nosotros sabía eso en la tierra... ¡y era deliciosa esta idea! Nadie; ni siquiera mi amigo Luis de Meung, con quien era discreto desde que era feliz. Sin duda lo había adivinado todo, puesto que él también era tan discreto como yo: no me hacía preguntas. Había reanudado con él sin esfuerzo mis hábitos de intimidad, los paseos con uniforme de gala ó de diario, las partidas de imperial, los asaltos de esgrima y los vasos de ponche. ¡Pardiez! cuando se sabe que el placer vendrá, en forma de una joven hermosa que tiene como una especie de *furor*... en el corazón, á visitarle á uno con regularidad en noches alternas, eso simplifica lindamente los días.

—Pero los padres de esa Alberta, ¿dormían como los Siete Durmientes? —exclamé de burlas, cortando por lo sano las reflexiones del antiguo *dandy* con una broma, y para no parecer interesado en extremo por su historia, que me interesaba; porque con los *dandys* no hay más que la broma para ser tenido un poco en serio.

—¿Con qué cree V. que busco fuera de la realidad efectos de narrador?— dijo el vizconde.—Pero, ¡si yo no soy novelista! Algunas veces no acudía Albertina. En toda una noche no se abría la puerta, cuyos accitados goznes estaban ahora suaves como el al-

godón en rama; y era porque su madre la había oído y llamado, ó porque su padre la había visto deslizarse á tientas á través del cuarto. Sólo que Alberta, con su cabeza de acero, encontraba cada vez un pretexto: le había dado una indisposición... iba en busca del azucarero sin llevar luz, por temor á despertar á nadie.

—Esas cabezas de acero, capitán, no son tan escasas como aparenta V. creerlo,—interrumpí otra vez, por contrariarle. — Después de todo, su Alberta no era de más temple que la mocita que en la alcoba de su abuela, dormida detrás de sus colgaduras, recibía todas las noches á un amante que entraba por el balcón; y la cual, no teniendo un diván de tafilete azul, se acomodaba para eso encima de la alfombra, á la pata la llana... Conoce V. esa historia lo mismo que yo. Cierta noche, exhalado al parecer por la joven en el colmo del placer, un suspiro más fuerte que los anteriores despertó á la abuela, quien desde dentro de las colgaduras gritó un «¿Qué tienes, niña?» capaz de hacerla desmayarse bajo el pecho de su amante. Mas no por eso dejó de responder desde su sitio: «Abuelita, es que se me clava la varilla del corsé al buscar la aguja que se me ha caído en la alfombra, y no la encuentro.»

—Si, conozco esa historia—replicó el vizconde de Brassard, á quien había querido humillar en la persona de su Alberta, con una comparación. — Si mal no recuerdo, la joven de quien habla V. era de la familia de los Guisa, y salió del apuro como una joven digna de su apellido; pero se calla V. que á partir de aquella noche no volvió á abrir más el balcón á su amante, que según creo lo era el señor de Noirmontier; al paso que Alberta volvía á la noche siguiente de esos terribles apuros, y se exponía con más afán al peligro arrostrado, como si no se tratase de nada. A la sazón, yo no era más que un subteniente bastante mediano en matemáticas y que se ocupaba de ellas muy poco; más, para quien sabe hacer el menor cálculo de las probabilidades, era evidente que un día... mejor dicho, una noche... aquello tendría un desenlace...

—¡Ah, sí!—exclamé, recordando sus palabras anteriores á su historia;—el desenlace que había de darle á conocer á V. la sensación del miedo, capitán.

—¡Precisamente!—respondió con un tono más grave y que contrastaba con el tono ligero en que yo me expresé.—Ya lo ha visto V., ¿no es así?; desde el día en que me agarró la mano por debajo de la mesa, hasta la noche en que surgió como un fantasma en el marco de mi puerta, Albertina no me había escatimado las emociones. Había hecho pasar por mi alma más de un genero de escalofrío; más de una especie de terror; pero eso no era aún sino la impresión de las balas de fusil que silban en torno de uno y de las balas de cañón cuyo viento se siente: se tiembla, pero se sigue adelante siempre. Pues bien, no fué ya eso. ¡Fué miedo, completo y verdadero miedo; y no ya

para Alberta, sino para mí, y sólo para mí! Lo que tuve fué positivamente esa sensación que debe de poner tan pálido el corazón como la cara; fué aquel pánico que hace emprender la huída á regimientos en masa. El que habla en este momento con V. ha visto huir á todo el regimiento entero de Chamboran, al heroico Chamboran, sueltas las bridas, á galope tendido, arrebatando en su oleada despavorida á su coronel y á sus oficiales. Pero en aquella época aún no había yo visto nada, y aprendí... lo que me parecía imposible llegar á saber.

Oiga V.... Era una noche... con la vida que llevábamos, no podia ser más que una noche... Era una larga noche de invierno y no diré que una de las más tranquilas para nosotros, porque ya lo eran todas, y habían llegado á serlo en fuerza de ser dichosas. Dormíamos en la boca de aquel cañón cargado; no teníamos la menor inquietud en entregarnos á los placeres del amor encima de aquella hoja de sable puesta al través de un abismo, como el puente del infierno de los turcos; Alberta había venido más pronto que de costumbre, para estar mucho más tiempo. Cuando venía así, mi primera caricia, mi primer movimiento de amor era para sus pies, no calzados entonces con botitos verdes ó de color de hortensia, esas dos coqueterías suyas y delicias mías, sino que desnudos para no meter ruido, llegaban hasta mí yertos por el frío de las baldosas sobre las cuales había andado, á lo largo del corredor que desde el cuarto de sus padres conducía á mi cuarto, sito al otro extremo de la casa. Yo le calentaba esos pies helados por mí; que, al salir de una cama caliente, tal vez le acarreasen por mí alguna horrible enfermedad del pecho... Sabía el medio de templárselos, y dar tonos de rosa ó de bermellón á esos pies pálidos y fríos; pero aquella noche fracasó mi recurso... Mi boca fué impotente para atraer hacia aquel empeine combado y hechicero la placa de sangre que á menudo placíame producir en él, como una roseta de color de fuego... Aquella noche, Alberta estaba más silenciosamente amorosa que nunca. Sus apretones tenían esa languidez y esa fuerza que eran para mí un lenguaje; y un lenguaje tan expresivo, que si yo seguía hablándola y la decía todas mis locuras y todas mis embriagueces, ya no la pedía que me respondiese y hablase. La comprendía por lo prieto de sus abrazos. De pronto, ya no la comprendí. Sus brazos dejaron de oprimirme sobre su pecho, y creí en uno de esos casi desmayos como le daban con frecuencia, aunque por lo común conservaba en sus deliquios la crispada fuerza del aprietamiento... Todo puede decirse entre nosotros; somos dos hombres, y podemos hablar como dos hombres... Sabía yo por experiencia los espasmos voluptuosos de Alberta; y cuando se apoderaban de ella, no interrumpían mis caricias. Continuaba yo en mi postura, encima de su corazón, esperando que recobrase la vida consciente, con la orgullosa certidumbre de que recobra-

ría los sentidos debajo de los míos, y que el rayo que la había herido la resucitaría volviéndola á herir otra vez... Pero se engañó mi experiencia. Mirábala yo tal como estaba ella, entrelazada conmigo encima del diván azúl, espiando el momento en que sus ojos, ocultos bajos sus anchos párpados, me volviesen á mostrar sus hermosos globos de terciopelo negro y de fuego; en que sus dientes, que se apretaban y rechinaban casi hasta romper su esmalte al menor beso dado de pronto en su cuello y corrido á lo largo por sus hombros, se entreabriesen y dejasen paso á su aliento. Pero ni volvieron en sí los ojos, ni se separaron los dientes... El frío de los pies de Alberta había ido subiendo hasta sus labios y debajo de los míos... Cuando sentí aquella horrible frialdad me incorporé de medio cuerpo arriba para mirarla mejor, desprendí de mí cintura con sobresalto sus brazos, uno de los cuales cayó sobre ella y el otro quedó colgando hasta el suelo desde el diván donde estaba tendida boca arriba. Despavorido, pero lúcido aún, le puse la mano en el corazón... ¡Nada! ¡No había nada en el pulso, nada en la sienes, nada en las arterias carótidas, nada en ninguna parte de su cuerpo... nada más que la muerte en todas ellas y con su espantosa rigidez!

¡Estaba segnro de la muerte... y no lo quería creer! El cerebro humano tiene esas estúpidas voluntades, contra la claridad misma de la evidencia y del destino. Alberta había muerto. ¿De qué?... Yo no lo sabía: no era médico. Pero estaba muerta; y aunque vi con la claridad de la luz del mediodía que era inútil cuanto pudiese hacer, sin embargo, hice todo cuanto me parecía tan desesperadamente inútil. En mi absoluta carencia de todo, de conocimientos, de instrumentos, de recursos á qué apelar, vertí sobre su frente todos los frascos de mi tocador. Le pegué resueltamente en las manos, á riesgo de despertar los ruidos de aquella casa donde el más leve rumor nos hacía temblar. A uno de mis tíos, comandante del 4.° de dragones, le había oído decir que un día salvó á un amigo suyo de una apoplejía, sangrándole á escape con una de esas lancetas que se usan para sangrar á los caballos. Tenía mi cuarto lleno de armas. Cogí un puñal y pinché con él en la sangría el brazo de Alberta. Destrocé aquel espléndido brazo de donde no corrió sangre. Algunas gotas se coagularon allí: estaba cuajada. Ni besos, ni chupones, ni mordeduras pudieron galvanizar aquel rígido cadáver, aquel cuerpo que se volvió cadáver bajo mis labios. No sabiendo ya lo que me hacía, concluí por echarme encima de ella, medio que según dicen añejas historias emplean los taumaturgos para hacer resucitar, no esperando volver á encender allí la vida, pero conduciéndome como si lo esperase. Y encima de aquel cuerpo helado fué donde se me apareció con claridad una idea, que no se había desprendido del caos en que me sumió la horripilante muerte repentina de Alberta... ¡y tuve miedo!

¡Oh!... ¡pero un miedo!... ¡un miedo inmenso! Alberta había muerto en mi cuarto, y su muerte lo pregonaba todo. ¿Qué iba á ser de mí? ¿Qué era preciso hacer?... ¡Con ese pensamiento sentí la mano, la mano física de aquel terror tremendo, entre mis cabellos erizados como agujas! Mi columna vertebral se derritió en un fango helado y quise luchar, pero en vano, contra aquella deshonrosa sensación... Me dije que era preciso tener sangre fría... que, después de todo, era yo un hombre... que era militar. Me puse las manos en la cabeza, y, cuando el cerebro me daba vueltas dentro del cráneo, me esforcé en razonar la situación horrible en que estaba metido... y en detener, para fijarlas y examinarlas, todas las ideas que me azotaban el cerebro como una cruel peonza, y todas las cuales, á cada vuelta iban á chocar contra ese cadáver que estaba en mi aposento, contra ese cuerpo inanimado de Alberta que yo no podía volver á su alcoba y que su madre tendría que encontrar á la mañana siguiente en el *dormitorio del oficial* ¡muerta y deshonrada! La idea de aquella madre, á la cual habría yo tal vez muerto al deshonrarla, pesábame en el corazón más que el mismo cadáver de Alberta... No se podía ocultar la muerte; pero el deshonor, probado por el cadáver en mí cuarto, ¿no había medio de ocultarlo?... Tal era la pregunta que me hacía á mí mismo, el punto fijo que miraba dentro de mi cabeza. Dificultad creciente á medida que la miraba, y que adquiría las proporciones de una imposibilidad adsoluta. ¡Alucinación horrible! Parecíame por momentos que el cadáver de Alberta llenaba toda mi estancia y ya no podía salir de allí. ¡Ah! Si la suya no hubiese estado situada detrás de las habitaciones de sus padres, á riesgo de todo, la hubiera vuelto á llevar á su cama. ¿Pero podía yo hacer con su cuerpo muerto en brazos, lo que viva hacía ella ya con tanta imprudencia, y aventurarme así á atravesar un cuarto para mí desconocido, donde no había entrado nunca, y en el cual descansaban durmiendo con el sueño ligero de la vejez el padre y la madre de la infeliz?... Y sin embargo, tal era el estado de mi cabeza, impelíanme con tanta furia el miedo al mañana y á aquel cadáver en mi aposento, que se apoderó de mí esa idea, esa temeridad, esa locura de llevar á Alberta á su alcoba, como único medio de salvar la honra de la pobre muchacha y de ahorrarme la vergüenza de las acusaciones del padre y de la madre, en una palabra, de librarme de aquella ignominia. ¿Lo creerá V.? ¡Apenas puedo creerlo yo mismo cuando pienso en ello!

Tuve fuerzas para coger el cadáver de Alberta, y levantándola por los brazos, cargar con ella en hombros. ¡Horrible losa de plomo, más pesada, mucho más, que la de los condenados en el infierno del Dante! Hay que haber llevado como yo aquella carga de una carne que una hora antes hacíame hervir de deseos la sangre, y que á la sazón me dejaba yerto... ¡Hay que ha-

berla llevado, para saber bien lo que era! Así cargado, abrí mi puerta y con los pies descalzos, como ella, para hacer menos ruido, me metí por el corredor que conducía á la alcoba de sus padres, y cuya puerta estaba en el fondo de él, deteniéndome á cada paso con las piernas desfallecidas, para escuchar el silencio nocturno de la casa, sin oir más que las palpitaciones de mi corazón. Aquello fué largo. Nada se movía... Iba paso á paso... Sólo, cuando llegué junto á la terrible puerta del cuarto de sus padres, la cual me era preciso trasponer y que al venir Alberta no había cerrado del todo para encontrarla entornada al regreso, y cuando oí las dos respiraciones lentas y tranquilas de esos dos pobres viejos dormidos con toda la confianza de la vida, ¡ya no me atreví!... No me atreví á pasar aquel umbral oscuro y abierto en las tinieblas... Retrocedí; huí casi con mi carga. Cada vez más despavorido, regresé á mi cuarto. Volví á poner el cuerpo de Alberta sobre el diván, y agachado de rodillas junto á ella, repetí las suplicantes preguntas: ¿Qué hacer? ¿Qué iba á ser de mí? En el derrumbamiento que en mí se efectuaba, pasó por mi mente la idea insensata y atroz de arrojar por la ventana el cuerpo de aquella hermosa joven, ¡mi querida por seis meses! ¡Desprécieme V.! Abrí la ventana... aparté la cortina que ve V. allá... y miré el tenebroso agujero en el fondo del cual estaba la calle, porque estaba muy oscura aquella noche. No se veía el empedrado. «Creerán en un suicidio» pensé; y cogiendo otra vez á Alberta, la levanté en vilo... Pero un relámpago de sentido común se cruzó con la locura. «¿Desde dónde se habrá matado, de dónde habrá caído, si mañana la encuentran debajo de mi ventana?...» me pregunté. La imposibilidad de lo que quería hacer me abofeteó. Cerré otra vez la ventana, que rechinó en su falleba. Volví á bajar la cortina de la ventana, más muerto que vivo con todo el ruido que hacía. Por supuesto, por la ventana, sobre la escalera, en el pasillo, por todas partes donde podía dejar ó arrojar el cadáver eternamente acusador, la profanacion era inútil. El exámen del cadáver lo revelaría todo; el ojo de una madre tan cruelmente advertida, vería todo lo que el médico ó el juez quisieran ocultarle... Era insoportable lo que sentía, y al ver relucir mis armas contra la pared de mi cuarto, cruzó por mí la idea de acabar de un pistoletazo, en el estado cobarde de mi alma *desmoralizada* (una palabra del Emperador, que más tarde comprendí). Pero, ¿qué quiere V.?... Seré franco: tenía diez y siete años, y amaba... á mi espada. Era soldado por gusto y sentimiento de raza. Jamás había entrado en fuego, y quería verlo. Tenía ambición militar. En el regimiento nos burlábamos de Werther, un héroe de aquellos tiempos, que nos daba lástima á los oficiales. El pensamiento que me impidió eximirme, matándome, del innoble miedo que seguía siendo dueño de mí, me condujo á otro que me pareció la salvación misma en el callejón sin salida

donde me retorcía. «¡Si fuese en busca del coronel!» dije para mí.—El coronel es la paternidad militar.—Y me vestí como se viste uno cuando tocan generala, en una sorpresa... Tomé mis pistolas, por precaución de soldado. ¿Quién sabe lo que podría suceder?... Besé por última vez, con el sentimiento propio de los pocos años,—siempre se es sentimental á la edad de diez y siete,—la boca muda, y que siempre lo había estado, de aquella hermosa Alberta finada y que me colmaba desde seis meses atrás de sus más voluptuosos favores... Bajé de puntillas la escalera de aquella casa donde dejaba la muerte... Jadeando como un hombre que se fuga, empleé una hora (¡me pareció una hora!) en descorrer el cerrojo de la puerta de la calle y en hacer girar la gruesa llave dentro de su enorme cerradura; y después de haber vuelto á cerrar, con las precauciones de un ladrón, corrí como un fugitivo á casa de mi coronel.

Llamé allí cual si hubiese fuego. Resoné como una trompeta, cual si el enemigo hubiese estado á punto de arrebatar la bandera al regimiento. Lo eché todo á rodar, incluso al ordenanza que quiso oponerse á que entrase á semejante hora en el cuarto de su amo; y una vez despierto el coronel por la tempestad de estrépito que armaba yo, se lo dije todo. Me confesé de un tirón y en toda regla, con rapidez y descaro, porque apremiaban los momentos, suplicándole que me salvase...

¡Era un hombre el coronel! De una ojeada, vió el horrible remolino dentro del cual forcejeaba yo... Tuvo lástima del más joven de *sus hijos*, como me llamó; ¡y creo que entonces me hallaba en estado de inspirar lástima! Con el juramento más francés, me dijo que era preciso comenzar por levantar el campo inmediatamente, yéndome de la ciudad, y que él se encargaría de todo... que vería á los padres en cuanto me hubiese marchado; pero que era menester largarme de aquí, tomar la diligencia que dentro de diez minutos cambiaría de tiro en la *Fonda de Postas*, y llegar á una ciudad que me designó y adonde él me escribiría... Me dió dinero, porque se me había olvidado cogerlo, me estampó cordialmente en las mejillas sus veteranos bigotes grises; y diez minutos después de aquella entrevista, trepé á la baca de la diligencia (no había otro sitio), que recorría el mismo trayecto que esta donde nos hallamos ahora, y pasé á golope debajo de la ventana (¡figúrese qué miradas la echaría!) del fúnebre aposento donde había dejado muerta á Albertina y que estaba iluminado como esta noche.»

El vizconde de Brassard se detuvo, con su fuerte voz un poco alterada. Ya no pensé en burlarme más. No fué largo el silencio entre nosotros.

—¿Y después?—le dije.

—Pues bien, velo ahí: ¡no hay después!—respondió.—Durante larguísimo tiempo, aquello atormentó mi curiosidad exacerbada. Seguí á ciegas las instrucciones del coronel. Aguardé con impaciencia una carta que me hiciese saber lo que había hecho y lo

que había sucedido después de mi partida. Aguardé un mes; al cabo del cual recibí, no una carta del coronel, quien sólo escribía con el sable en el rostro del enemigo, sino la orden de cambiar de cuerpo. Se me mandaba presentarme en el regimiento número 35, que iba á entrar en campaña; y era preciso que en el término de 24 horas quedase incorporado al nuevo regimiento á que pertenecía. Las inmensas distracciones de una campaña (¡y de la primera!), las batallas á que asistí, las fatigas y también las aventuras de mujeres que tuve después de aquella, me hicieron descuidar el escribir al coronal, y me apartaron del cruel recuerdo de la historia de Alberta, sin poder borrarlo no obstante. Lo tengo dentro, como una bala que no se puede extraer... Pensaba que un día ú otro me encontraría con el coronel. quien por fin me pondría al corriente de lo que deseaba saber; pero el coronel se hizo matar á la cabeza de su regimiento en Leipzig... Luis de Meung también se había hecho matar un mes antes... Esto es bastante despreciable; pero todo se adormece en el ánimo más robusto, y acaso por ser el más robusto... La devoradora curiosidad por saber lo que había pasado después de mi marcha concluyó por dejarme tranquilo. Habiendo transcurrido tantos años de entonces acá, y cambiado como estaba yo, hubiera podido venir sin que me conociesen á esta pequeña ciudad, é informarme por lo menos de lo que se supiese, de lo que se hubiese traslucido de mi trágica aventura. Pero siempre me lo ha impedido algo que ciertamente no es el respeto á la opinión, de la cual me he burlado toda la vida, sino algo análogo á aquel miedo que no querría sentir por segunda vez.»

Ese *dandy*, que sin el menor *dandismo* me había contado una historia de tan triste realidad, se calló. Me quedé pensativo, bajo la impresión de aquella historia, y comprendí que ese brillante vizconde de Brassard, la flor de los más altivos *dandys*, el grandioso bebedor de *clarete*, al estilo inglés, era, como cualquier otro, un hombre más profundo de lo que parecía. Me acordaba de la frase que me había dicho al principio, acerca de la *mancha negra* que durante toda su vida había estropeado sus placeres de calavera... cuando de pronto, me cogió bruscamente del brazo y me dijo:

—¡Calla, mire V. la cortina!

La sombra esbelta del talle de una mujer acababa de pasar por allí, dibujándose en ella.

—¡La sombra de Alberta!—exclamó el capitán, añadiendo con amargura: —La casualidad es harto burlona esta noche.

La cortina había vuelto á ser un cuadrilongo vacío, rojo y luminoso. Pero el maestro carretero, que había estado trabajando en su tuerca mientras hablaba el vizconde, acababa de terminar su tarea. Los caballos de relevo estaban dispuestos y pateaban, sacando chispas con los cascos. El conductor de la diligencia, con el gorro de astracán encasquetado hasta las orejas

y con el registro, cogió las riendas y se encaramó en el pescante; y así que estuvo en la banqueta de la baca, gritó con voz clara la voz de mando, en medio de las tienieblas de la noche:

—¡Arre!

Y arreamos á andar; y bien pronto dejamos atrás la misteriosa ventana, que aún veo siempre en mis meditaciones, con su *cortina carmesí*.

J. Barbey D'Aurevilly.

AMOR DE MUJER

Traducción de Shakespeare.

Si osada mano su corriente enfrena,
encréspase el arroyo cristalino;
mas dejándole libre en su camino,
entre las guijas melodioso suena.

Los lirios besa de su orilla amena,
vueltas dando y revueltas peregrino,
hasta sumir, cumpliendo su destino,
en el inmenso mar su onda serena.

Si estorbáis mi pasión, yo me rebelo;
dejad en paz mi enamorada vida,
é iré, débil mujer, cual fuente mansa,

hasta llegar al solo bien que anhelo,
y descansar allí, como alma herida
que en la gloriosa eternidad descansa.

M. A. Caro.

LA CARTERA DE BIXION

Una mañana del mes de Octubre, pocos días antes de ambandonar París, presentóseme en casa, durante el almuerzo, un hombre con traje mugriento, cascarrioso, patizambo, cargado de espaldas, tiritando sobre sus largas piernas como un ave zancuda desplumada. Era Bixion. Sí, parisienses, vuestro Bixion, el fiero y encantador Bixion, ese guasón empedernido que tanto os ha regocijado de quince años á la fecha con sus folletos satíricos y sus caricaturas... ¡Ah, qué penuria la del infeliz! Sin una mueca que hizo al entrar, nunca le hubiese conocido.

Con la cabeza inclinada sobre el hombro y el bastón entre los labios como un clarinete, el ilustre y célebre chusco adelantóse hasta enmedio de la habitación, y vino á tropezar con mi mesa, diciendo con voz doliente:

—¡Tengan lástima de este pobre ciego!...

Estaba tan bien imitado, que no pude por menos de echarme á reir. Pero él me dijo muy fríamente:

—Si cree V. que me chungueo, mire mis ojos.

Y volvió hacia mí dos grandes niñetas blancas, sin mirada.

—Estoy ciego, querido, ciego para toda la vida... Véase lo que es escribir con vitriolo. Me he abrasado los ojos con este bonito oficio; vamos, quemado hasta el fondo... ¡hasta las arandelas!—añadió, enseñándome los calcinados ojos donde no quedaba ni sombra de una pestaña.

Sentí tal emoción, que nada encontraba que decirle. Mi silencio le inquietó:

—¿Está V. trabajando?

—No, Bixion, estoy almorzando. ¿Quiere V. hacer lo mismo?

No contestó; pero, por el estremecimiento de las ventanillas de su nariz, comprendí que se moría de ganas de aceptar. Le cogí de la mano y le hice tomar asiento al lado mío.

Mientras le servían, el pobre diablo husmeaba la mesa con una risita:

—Bien huele todo esto. Voy á regalarme. ¡Hace tanto tiempo ya que no almuerzo! Un panecillo de diez céntimos todas las mañanas mientras recorro los ministerios... porque, ya sabe V., ahora recorro los ministerios; es mi única profesión. Trato de agenciarme un estanco de tabacos... ¿Qué quiere V.? Hay que llevar á casa para el puchero. Ya no puedo dibujar; ya no puedo escribir... ¿Dictar?... Pero, ¿qué?... Yo no tengo nada en la cabeza; yo no invento nada. Mi oficio era ver las muecas de París y hacerlas; ahora ya no hay medio... Entonces he pensado en una expendeduría de tabaco; por supuesto, no en los bulevares. No tengo derecho á ese beneficio, por no ser madre de bailarina, ni viuda de oficial de alta graduación. ¡No! Sencillamente un estanquito de provincias, en cualquiera parte remota, en un rincón de los Vosgos. Tendré una gran pipa de porcelana, me llamaré Hans ó Zebedeo como en Erckmann-Chatrian, y me consolaré de no escribir ya haciendo cucuruchos de picadura con las obras de mis contemporáneos.

He ahí todo cuanto pido. No es gran cosa, ¿verdad?... Pues bien; el diablo que lo consiga... Sin embargo, protecciones no me debían faltar. En otro tiempo estaba yo muy bien relacionado. Comía en casa de Mariscal, en casa del príncipe, en casa de los ministros; todas esas gentes ambicionaban tenerme á su mesa, porque los divertía ó porque me tenían miedo. Ahora ya no soy el coco para nadie. ¡Ojos míos, mis pobres ojos! Y no me convidan en ninguna parte. Es una cosa tan triste una cabeza de ciego á la mesa... Hágame V. el favor de darme el pan... ¡Ah, bandidos, caro me harán pagar ese maldecido estanco! Llevo seis meses paseándome por todos los ministerios con mi petición. Llego por la mañana, cuando encienden las estufas ó se da una vueltecita á los caballos de su excelencia por la arena del patio; no me voy hasta la noche, cuando llevan los quinqués y comienzan á oler bien los guisos...

Toda la vida me la paso sentado en los arcones de leña de las antecámaras. ¡Vaya, y que no me conocen los ujieres! En Gobernación me llaman «Ese buen señor». Y yo, para conquistar su apoyo, hago equívocos ó dibujo de un trazo en un rincón de su papel secante unos

bigotazos que les hacen reir... ¡He ahí á lo que he llegado después de veinte años de escandalosos triunfos, he ahí el final de la vida de un artista!... ¡Y decir que hay en Francia cuarenta mil galopos á quienes la boca se les hace agua con nuestra profesión! ¡Decir que todos los días hay en provincias una locomotora haciendo vapor para traernos banastas de imbéciles ávidos de literatura y de ruido impreso!... ¡Ah, novelesca provincia, si pudiera servirte de enseñanza la miseria de Bixion!

En seguida, metió la nariz en el plato y se puso á comer con glotonería, sin decir una palabra... Daba lástima verle. A cada minuto perdía el pan, el tenedor, buscaba á tientas el vaso... ¡Pobre hombre! Aún no tenía costumbre.

Al cabo de un momento continuó:

—¿Sabe V. lo que hay más horrible para mí? Es no poder ya leer mis periódicos. Hay que ser del oficio para comprender esto... Algunas veces, al volver á casa por la noche, compro uno, nada más que por aspirar aquel olor á papel húmedo y á noticias frescas... ¡Es tan bueno! ¡Y no hay nadie para leérmelas! Mi mujer podría, pero no quiere; pretende que en la sección de sucesos hay cosas poco decentes... ¡Ah! Esas antiguas querindangas, en cuanto se casan, ni Dios que las aguante sus impertinencias. Desde que la he convertido en la señora de Bixion, se ha creído obligada á hacerse beata; pero, ¡hasta qué punto!... ¡Pues no quería darme colirios con agua de la Saleta! Y luego el pan bendito, los petitorios, la Santa Infancia, los niños chinos, ¿qué sé yo qué más?... Estoy de buenas obras hasta el cogote... Y, sin embargo, sería una buena obra leerme los periódicos. Pues bien; no le da la gana. Si mi hija estuviese con nosotros, ella me los leería; pero desde que estoy ciego, la he hecho entrar en Nuestra Señora de las Artes, para tener una boca menos que alimentar...

Esta es otra que tal, para divertirme. No hace nueve años que vino al mundo, y ya ha tenido todas las enfermedades... ¿Y triste? Pues, ¿y fea? Más fea que yo, si es posible... ¡Un monstruo!... ¿Qué quiere V.? Nunca he sabido hacer sino caricaturas... ¡Ah, qué necio soy en contarle á V. mis interioridades de familia. ¿Qué pueden importarle á V. esas cosas?... Vamos, deme V. otro poquito de anisado. Necesito ponerme en marcha. Al salir de aquí, voy á Instrucción pública, y los ujieres son allí difíciles de desarru-

gar el ceño. Son antiguos profesores de colegios todos ellos.

Le eché aguardiente. Comenzó á saborearlo á sorbitos, con aire enternecido... De pronto, entrándole no sé qué capricho, se levantó copa en mano, paseó un instante en torno suyo su viperina cabeza ciega, con la amable sonrisa de un señor que va á hablar; y luego, con voz estridente, como para arengar en un banquete de doscientos cubiertos, brindó así:

—¡Por las artes! ¡Por las letras! ¡Por la prensa!

Y salió con un *toast* de diez minutos, la improvisación más loca y asombrosa que jamás haya salido de aquella cabeza volcánica.

Figuraos una revista de fin de año, titulada *Las letras en el arroyo en* 186...; nuestras corporaciones sedicentes literarias, nuestras quisquillas, nuestras disputas, todas las zumbas de una sociedad excéntrica, estercolero de tinta, infierno sin grandeza, donde nos tiramos á degüello, donde nos sacamos las tripas, donde nos quitamos el pellejo, donde hablamos de intereses y grandes ganancias más que entre los mercachifles, lo cual no impide (por supuesto) morirse de hambre, todas nuestras cobardías, todas nuestras miserias; el viejo barón T. de la Tómbola yéndose á hacer «*ñam, ñam*» á las Tullerías con su chistera y su traje flamante; luego, nuestros muertos en el año, los entierros de reclamo, la oración fúnebre del señor delegado, siempre la misma: «¡Nuestro querido y malogrado! ¡Pobre querido X.!» á un infeliz á quien se niegan á pagarle la sepultura; y los que se han suicidado, y los que se han vuelto locos; figuraos todo esto referido, detallado, gesticulado por un genio de la mueca, y entonces tendréis idea de lo que fué la improvisación de Bixion.

Acabado su *toast*, bebida su copa, me preguntó la hora y se fué con aire feroz, sin decirme siquiera adiós... Ignoro qué tal les iría á los ujieres del señor Duruy con su visita aquella mañana; en cuanto á mí, sé que en toda mi vida jamás he estado tan triste, tan tétrico como después de marcharse aquel terrible ciego. El tintero me descorazonaba, la pluma me daba horror. Hubiera querido irme lejos, correr, ver árboles, oler algo bueno... ¡Qué odio, santo Dios! ¡Qué hiel! ¡Qué necesidad de babearlo todo, de mancharlo todo! ¡Ah, miserable!...

Y daba grandes zancadas por mi cuarto con furor, creyendo siempre oir la asquerosa risita falsa que soltaba al hablarme de su hija.

De repente, junto á la silla donde había estado sentado el ciego, sentí rodar una cosa bajo mis pies. Al bajarme, conocí su cartera, una gran cartera reluciente, rozada por las esquinas, que no abandona nunca, y á la cual denomina, riéndose, su bolsa de veneno. En nuestra tertulia, aquella cartera tenía tanto renombre como los famosos cartapacios del señor de Girardin. Decíase que allí dentro había cosas horribles... La ocasión era de perillas para convencerse de ello. La vieja cartera, demasiado abultada, habíase roto al caer, y todos los papeles rodaban por la alfombra; tuve que recogerlos uno por uno...

Un paquete de cartas escritas en papel con flores. Todas empezaban: *Mi querido papá;* y llevaban la firma de: *Celina Bixion, de las Hijas de María.*

Antiguas recetas para enfermedades de niños: crup, convulsiones, escarlatina, sarampión... (¡la pobre criatura no se había librado de una sola!)

Por último, un gran sobre cerrado, de donde salían, como de un gorro de niñita pequeña, dos ó tres pelos rubios rizados; y en el sobre, con letra gorda y temblona, letra de ciego:

Cabellos de Celina, cortados el 13 *de Mayo, día de su entrada allá abajo.*

He ahí lo que había dentro de la cartera de Bixion.

Vaya, parisienses, todos sois iguales. Muchos ascos, ironía, risa infernal, bromas feroces; y luego, para concluir: *Cabellos de Celina, cortados el* 13 *de Mayo.*

Alfonso Daudet.

EL DESTINO DEL HOMBRE

Aunque tenemos firme esperanza en los progresos de la raza humana, sin embargo, individualmente, al avanzar en edad, nos desprendemos de muchas cosas que en nuestra juventud nos proporcionaban el más intenso placer. Pero, por otra parte, si hemos empleado bien el tiempo, si nos hemos calentado las manos cuerdamente «en el hogar de la vida», puede ser que la edad nos dé más de lo que perdemos. A medida que disminuyen nuestras fuerzas, también sentimos menos la necesidad de ejercicio; poco á poco, la esperanza ocupa el lugar de la memoria. ¿Aumentará ésta ó no nuestra felicidad? Eso depende de lo que haya sido nuestra vida acá abajo.

Hay vidas que pierden de valor conforme se acerca la vejez; cada placer se marchita, uno tras otro; y los mismos que subsisten, pierden poco á poco su sabor. Otros, por el contrario, ganan en riqueza y en paz mucho más de lo que les ha arrebatado el tiempo.

Los goces de la juventud pueden superar en intensidad y en sabor, pero van siempre mezclados con la ansiedad y la agitación; y no pueden igualar en plenitud y en profundidad á los consuelos que trae la edad, como la más hermosa recompensa de una vida exenta de egoísmo.

Sucede con el fin de la vida como con el fin del día; puede ocurrir que haya nubes, y sin embargo, si el horizonte permanece claro será hermoso el atardecer.

La vejez acumula amplia provisión de recuerdos. La vida está llena de «alegrías demasiado exquisitas para durar; y, no obstante, más exquisitas aún cuando han pasado». (Montgomery.)

Supone Swedenborg que en el cielo los ángeles avanzan de continuo hacia la primavera de su vida,

tanto que cuanto más largo tiempo han vivido, más jóvenes son en realidad. ¿No tenemos amigos que parecen realizar este ideal; que han conservado, por lo menos en el espíritu, toda la frescura de la infancia y de quienes, con más exactitud, se puede decir lo que se ha dicho de Cleopatra: «la edad no puede marchitar, ni el hábito desgastar, la variedad infinita de sus hechizos?»

«Cuando considero la vejez—dice Cicerón—veo que hay cuatro razones para diputarla por miserable: la primera, es que nos mantiene apartados de los negocios; la segunda, que debilita el cuerpo; la tercera, que nos priva de casi todos nuestros goces; la cuarta, que nos aproxima á la muerte.» Veamos si estas razones tienen verdaderamente tanta importancia y si son razonables.

Verse libre de los absorbentes negocios de la vida, comprender que se ha merecido el vagar y el reposo, no es una desgracia.

Ya he contestado á la segunda queja, relativa á la edad, en el capítulo acerca de la *Salud*.

En cuanto á la ausencia de las pasiones, «¡oh noble privilegio de la edad, si verdaderamente nos liberta de lo que constituye el gran afán de la juventud! Pero los sentimientos más elevados de nuestra naturaleza no se debilitan por eso; antes al contrario, purifícanse á medida que se desembarazan de sus elementos más groseros.»

«Cada hombre—dice Manú—viene solo al mundo, solo muere, solo recibe la recompensa de sus buenas acciones, y solo el castigo por sus pecados. Cuando el hombre muere, su cuerpo yace sobre la tierra como un árbol caído, pero su mérito acompaña á su alma. Coseche virtud el hombre y haga provisión de ella, de modo que tenga una inseparable compañera entre las tinieblas por las cuales hemos de pasar todos y que es tan duro haber de atravesar.»

También puede con toda verdad afirmarse que «el hombre es el sol del mundo, más que el verdadero sol. El fuego de ese corazón admirable es la única luz y el único calor que valen la pena de calentarse y medirse». (Emerson.)

¿No es extraordinario ver cuántas personas toman voluntariamente, y lo saben, un camino que dista mucho de ser el de la dicha, y que prefieren hacer desgraciados á los demás antes que hacerse felices á sí mismos?

Platón, en *Fedra*, explica esto diciendo que el hombre es un ser compuesto, con tres naturalezas; y hasta le compara á un par de caballos alados, con su conductor. «Uno de los dos caballos es noble y de

raza pura; el otro es feo y de raza bastarda; como puede esperarse de ello, no es fácil guiarlos.» El noble corcel trata de llevar el carro hacia las regiones superiores; el otro se esfuerza de continuo por volverlo á la tierra. A medida que pasa el tiempo, si el conductor es prudente y firme, la parte noble de nuestra naturaleza nos elevará cada vez más.

«El hombre—dice Shelley—es un instrumento, que recibe sin cesar impresiones exteriores é interiores y que resuena como un arpa eólica puesta en vibración por todos los vientos y que produce con su soplo diverso melodías siempre cambiantes.»

Cicerón cita la proximidad de la muerte como el cuarto inconveniente de la vejez. La sombra de la muerte está siempre presente en muchos espíritus, como el féretro en las fiestas egipcias, y oscurece el sol de la vida. Pero ¿debemos considerar la muerte como un mal?

Estos admirables versos de Shelley: «La vida, semejante á una cúpula de vidrio de mil matices, mancha el puro esplendor de la eternidad, hasta que la muerte la rompe en pedazos á sus pies», parecen contener un doble error. La vida no ensucia necesariamente el puro esplendor de la eternidad, y no puede ser hecha pedazos por la muerte.

«El hombre — dice Coleridge— tiene tres tesoros: el amor, la luz y los dulces pensamientos, regulares como el aliento de un niño. Tiene también tres fieles amigos, más seguros que el día y la noche: él mismo, el Creador y el ángel de la muerte.»

La muerte es el fin de todo, el remedio para muchos, el deseo de gran número de personas; y merece sobre todo la gratitud de aquellos hacia quienes va, antes de ser llamada (Séneca). Después de una vida tempestuosa, la muerte es la paz.

«Duncan descansa en su tumba; después de la agitada fiebre de la vida, duerme bien. La traición ha cometido su acto más perverso; ni el hierro, ni el veneno, ni las conspiraciones domésticas, ni los ejércitos extranjeros, nada puede tocarle de ahora en adelante.» (Shakespeare.)

Si la muerte es el fin de todo, nadie sabrá entonces que está muerto. Sin embargo, supónese á menudo que el viaje hasta «la región desconocida de donde no vuelve ningún viajero» debe de ser un viaje penoso y doloroso, pero no es así. Con frecuencia, la muerte es apacible y casi sin sufrimientos.

Durante su última enfermedad, Beda traducía el Evangelio de San Juan al anglosajón; y la mañana de

su muerte, notando su debilidad el secretario, le dijo: «Ya no falta más que un capítulo, pero parece que os cuesta trabajo hablar.»—Puedo hablar muy bien, respondió Beda; tomad la pluma y escribid tan deprisa como podáis:» Al fin del capítulo, dijo el amanuense: «Acabóse.»—Bien dijiste—le fué respondido;—*consummatum est.* Pidió que le pusieran frente al sitio donde acostumbraba á orar, y dijo: «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo». Y, al pronunciar esta última palabra, expiró.

Goëthe murió sin apariencia de sufrimiento, cuando se preparaba á escribir, expresando su dicha de ver la primavera de regreso.

Refiérese que, á la muerte de Mozart, «el no acabado *Requiem,* estaba puesto encima de la cama; casi hasta el fin, trató de imitar los efectos particulares de ciertos instrumentos, y exhaló el último suspiro en brazos de su mujer y de Sussmayer, su común amigo.»

Platón estaba en vías de escribir cuando murió; Lucano recitaba un fragmento de su poema sobre la batalla de Farsalia; Blake murió cantando; Wagner se adormeció, con la cabeza sobre el hombro de su mujer. El tránsito de muchas personas ha sido durante el sueño. Diversas altas autoridades médicas han expresado su sorpresa de que los moribundos sientan tan raras veces espanto ó penas. Hasta los mismos que perecen de muerte violenta, como por ejemplo, los soldados muertos en el campo de batalla, sufren muy poco, probablemente.

Pero, ¿qué es la vida futura? En los actuales momentos puede decirse que hay dos puntos de vista muy diferentes. Algunos, aun creyendo en la inmortalidad del alma, no creen en la inmortalidad del alma individual, y pudiera deducirse que nuestra vida continúa en nuestros hijos, según la comparación que hace san Pablo entre nuestra resurrección y el grano de trigo que revive en la planta del año siguiente.

En cuanto á la realidad de la felicidad futura, sería egoísta el insistir demasiado en la parte que nos corresponde. Si aun admitiendo la inmortalidad del alma, se piensa que en la vida futura hay una solución de continuidad en la memoria y un completo olvido de la vida terrena, ¿qué importa saber cuál será la suerte del alma que habita en nuestro cuerpo, más bien que lo que haya de ocurrir á otra alma cualquiera?

Desde este punto de vista, la importancia de la identidad, ¿no depende de la continuidad de la memoria? Sea como fuere, créese generalmente que el alma desprendida del cuerpo conserva la con-

ciencia de su identidad y se despertará de la muerte como se sale de un sueño. De suerte que, si no podemos afirmar que, «millones de criaturas espirituales marchan invisibles sobre la tierra, cuando estamos despiertos y cuando dormimos» (Cicerón), en todo caso existen en alguna parte del espacio, y aunque sean invisibles para nosotros, las miramos de seguro cuando contemplamos las estrellas.

Sin embargo, ni en este caso ni en el otro, la muerte no puede mirarse como un mal. Desear que la salud y la fuerza resistan todos los ataques del tiempo, es otro asunto enteramente diferente.

«Pero, si no estamos destinados á la inmortalidad, es una cosa deseable, sin embargo, que expire el hombre cuando llega su hora; porque como la naturaleza prescribe límites á todas las cosas, también los prescribe á la vida. La vejez viene á terminar la vida como concluye una representación escénica; debemos evitar la fatiga que de ella resulta, sobre todo cuando se añade á ello la saciedad.» (Cicerón.)

Desde este punto de vista, es inútil «llorar al aproximarse la muerte; no es más que una fiebre pronto calmada, un breve sufrimiento, un temor que se apacigua con rapidez, una solemne esperanza realizada. Un rayo de luz de la luna sobre el Océano dormido no es más sereno. ¿Por qué llorar? ¡No llores al acercarse la muerte! El manantial de las lágrimas está cerrado. ¿Quién sabe con qué brillo refulge la luz interior ante esos ojos eternamente cerrados? ¡Quién sabe qué santo amor llena ese corazón que parece frío é inmovil!»

Muchas almas fatigadas han hallado consuelo pensando que «algunos años más que pasar, algunas estaciones por ver venir, y estaremos con los que descansan dormidos en el sepulcro. Algunas luchas aún, algunas separaciones todavía, otras pocas penas, otras cuantas lágrimas, y ya no lloraremos más.»

Nadie ha expresado esta idea con más grandiosidad que Shelley.

«¡Paz, paz! no está muerto, no duerme, se ha despertado del sueño de la vida. Nosotros somos quienes, extraviados entre tempestuosas visiones, continuamos una vana lucha con los fantasmas. Alzó el vuelo sobre las tinieblas de nuestra noche. La envidia y la calumnia, el odio y el sufrimiento, y esta agitación que los hombres llaman locamente placer, ya no tienen ningún imperio sobre él y no podrán atormentarle más. Hállase al abrigo del contagio de la lenta inmundicia del mundo; y no habrá que llorar inútilmente ni sobre una materia fría ni sobre una cabeza que encanece.»

La mayoría de la gente se resiste á creer que «estamos hechos de la misma sustancia de los ensueños, y que nuestra corta vida no es sino un largo sueño». (Shakespeare.)

Según la idea más generalizada, la muerte desata al alma de las trabas del cuerpo y nos conduce al tribunal de Dios.

De hecho, «no hay muerte; lo que parece así, no es más que una transición. Esta vida mortal no es más que la antesala de aquella elísea vida, cuyo pórtico se llama la muerte». (Longfellow.)

Tenemos cuerpo, «somos espíritus.»—«Yo soy una alma que arrastra un cadáver»—dice Epicteto. El cuerpo es simplemente la forma perecedera de la esencia inmortal. Platón inducía que, para justificar las miras de Dios, debe haber una vida futura. Sea lo que fuere, para las gentes de edad, la muerte es un descanso. La Biblia insiste acerca del beneficio del reposo: «Mi paz os doy, pero no como os la da el mundo.» Descríbese el cielo como un lugar donde no pueden hacer daño los malos, y donde las gentes fatigadas descansan.

Pero supongo que cada cual se habrá preguntado en qué consisten los goces del cielo, «porque todo cuanto sabemos acerca de lo que hacen allá arriba los bienaventurados es que cantan y aman». (Waller.)

La idea de una *lucha por la vida* en el cielo, estaría conforme con el ideal de muy pocas personas. No seríamos más felices de lo que ahora somos. Este mundo es muy hermoso; no hay más sino que sería preciso poder disfrutar de él apaciblemente. Sin embargo, una vida del todo pasiva, puramente vegetativa, nos ofrecería muy poca seducción; sería casi intolerable.

El temor al cambio parece incompatible con la dicha perfecta; y, sin embargo, una monotonía fatigosa y sin término, la incesante repetición de las mismas cosas, sin descanso y sin variedad, inspiran tedio y no regocijo.

«Una duda cruza de nuevo por nuestro espíritu: ¿puede dar Dios al gran corazón del hombre una dicha sin saciedad y que, á través de la marea sin fin de los siglos eternos, no llegue á hastiar á las almas? Pero el hombre responde: si Dios ha ornado tan bien un mundo fugitivo y que desaparecerá muy pronto; si lo ha provisto de una tan rica provisión de goces para todo ojo humano, ¿qué verán los de quienes le aguardan, cuando aparezca rodeado de gloria entre mundos que no han sido creados para un dia, sino para la eternidad?» (Trench.)

Aquí, la ciencia puede sugerir una respuesta. La felicidad eterna estribará en la solución de los pro-

blemas que nos han tenido confusos; en la adquisición de nuevas ideas, en el conocimiento de la historia de lo pasado, del mundo de los animales y plantas, de los secretos del espacio, de las maravillas estelares y de las regiones más allá de las estrellas. Aprender á conocer todo lo que es bello é interesante en nuestro globo: he ahí un objetivo digno de nosotros. Y nuestro globo no es más que uno de los millares de mundos que ruedan por el espacio. Algunas veces, por la noche, cuando contemplo las estrellas, me pregunto si, libre mi espíritu de su envoltura carnal, tendrá alguna vez el privilegio de visitarlas y explorarlas. Cuando las hayamos visitado, nuevo interés se despertará en nosotros y nos dará el alimento de una nueva vida.

Libres de toda inquietud, hay allí innumerables asuntos de interés; tanto, que lo único de que aún se dudará es de «si podrá bastar una eternidad para medir la extensión y la grandeza de los encantos siempre nuevos que nos reserva el Paraíso». (Trench.)

«A mi parecer—decía Greg—el cielo que Dios nos ha prometido no es el cielo del asceta ó del teólogo dogmático, el del místico sutil ó del indomable mártir tan presto á perseguir como á sufrir, sino un cielo de afecciones puras y permanentes; tendremos ilimitada capacidad para leer el libro de la ciencia, de páginas eternas; aquellos á quienes hemos amado estarán todos reunidos en torno nuestro; nunca seremos desconocidos ni importunos, y podremos trabajar en obras magníficas, con todas las fuerzas necesarias para realizarlas: tal será ese mundo de problemas resueltos y de ideales cumplidos.»

Ciertamente, no exagera Cicerón cuando dice:

«¡Oh día glorioso aquel en que yo también parta á reunirme con aquella divina compañía y asamblea de espíritus, en que abandone la agitada é inmunda escena de este mundo! Porque, no sólo iré junto á esos grandes personajes de quienes he hablado, sino también junto á mi caro Catón, el mejor hombre que ha habido, el más notable por la fidelidad de su afecto; él, cuyo cadáver he quemado yo, mientras hubiera sido más natural que él quemase el mío. Pero su alma, que nunca me ha abandonado y que á menudo mira atrás, ha partido sin duda á esas regiones donde ha visto que yo también estaba destinado á dirigirme. Aunque trastornado por esta separación, parecía soportarla con paciencia; y no porque me fuese indiferente, sino que me consolaba al pensar que la separación y la ausencia no durarán lago tiem-

po. ¡Oh Escipión! has dicho haberte á menudo extrañado con Lelio de que la vejez fuera soportable: he aquí las razones por las cuales la acepto, no sólo sin enojo, antes con regocijo. Si yerro en creer que las almas de los hombres son inmortales, prefiero conservar mi ilusión, y deseo que nadie del mundo me arranque este error en que me complazco. Pero si después de la muerte pierdo toda conciencia de mí mismo, como se lo imaginan ciertos filósofos de espíritu estrecho, no tengo que temer que los filósofos desaparecidos se burlen de mi ilusión.

Tampoco puedo omitir este conmovedor pasaje de la *Apología*, donde, defendiéndose á sí mismo Sócrates ante el pueblo ateniense, dice: «Reflexionemos más, y veremos que hay mayores razones para creer que la muerte es un bien; porque, una de dos, ó la muerte es un estado de anonadamiento y de completa inconsciencia, ó, como dicen, es un tránsito, una emigración del alma de un mundo á otro. Sí, según el primer supuesto, la muerte fuera como el sueño de un hombre á quien no perturbe ningún ensueño, sería para nosotros un bien inestimable. Porque si alguien tomase como punto de comparación, una noche no turbada por ningún ensueño, pienso que ni el mismo gran rey hubiera podido hallar en su vida muchos días ni noches de que pueda afirmar haberlos pasado más agradablemente. Si tal es la muerte, repito que se gana con morir; porque la eternidad entonces no es más que una noche sin fin. Pero si la muerte es un viaje que nos transporta á otro lugar donde, según dicen los hombres, se encuentran todos cuantos murieron, qué mayor beneficio, ¡oh amigos míos y jueces! puede imaginarse?

»Porque si, cuando el peregrino llega á los infiernos se libra de los que administran justicia aquí abajo y encuentra allí los verdaderos jueces que, á lo que se dice, hacen justicia, Minos, Radamanto, Eaco, Triptolemo y otros hijos de Dios que fueron justos en vida, la peregrinación es digna de efectuarse. ¿Qué no daríamos por hablar con Orfeo, Museo, Hesiodo y Homero? Si eso es verdad, dejadme morir y morir cuanto antes. Sería para mí de prodigioso interés encontrarme con Palamedes, Ayax, hijo de Telamón y otros héroes de antiguas edades, muertos víctimas de injustas condenas. ¡Qué placer el de hablar con ellos, y comparar mis sufrimientos con los suyos! Pero sobre todo, podría continuar mis estudios acerca de la verdadera y la falsa ciencia en este mundo como en el otro, y aprendería á distinguir

los que son sabios de los que pretenden serlo y no lo son. ¡Qué no daría un hombre, ¡oh jueces!, por poder contemplar al jefe de la gran expedición de Troya, ó á Ulises, ó á Sísifo y tantos otros hombres y mujeres! ¡Qué infinito gozo el de hablar con ellos y plantearles cuestiones! En el otro mundo no condenan á muerte á un hombre por haber discutido (1); de seguro que no, porque los moradores de aquel lugar, no sólo serán más felices que aquí abajo, sino que son inmortales, de ser cierto lo que se dice.

»Por eso, ¡oh jueces!, regocijaos ante la muerte y estad seguros de que ningún mal puede acontecerle á un hombre de bien; ni durante esta vida, ni después de la muerte, los dioses no le abandonan nunca, ni á los suyos. Mi próximo fin tampoco es un efecto del acaso, y veo claramente que para mí vale más morir ahora y quedar libre; por eso se ha callado hoy el oráculo, y así, pues, no tengo resentimiento alguno contra los que me han condenado ó contra mis acusadores; no me han hecho ningún mal, aunque no hayan tenido intención de hacerme bien, y por eso tengo derecho á vituperarles un poco. Ha llegado la hora de marchar, y vamos á separarnos, yo para morir y vosotros para vivir. ¿Qué vale más? Sólo Dios lo sabe.»

En la *Sabiduría* de Salomón se nos asegura que:

«Las almas de los justos están en manos de Dios, y ningún tormento las alcanzará.

»A los ojos de los necios, parece que han muerto y su partida se ha estimado como una desgracia.

»Parecía que su separación de nosotros era una completa desaparición, pero están en paz.

»Porque, aun cuando hayan sido castigados á los ojos de los hombres, sin embargo, su esperanza está llena de inmortalidad.

»Y después de su ligero castigo, serán ampliamente recompensados; porque Dios los ha puesto á prueba y los ha encontrado dignos de El.»

De seguro, si á la hora de la muerte la conciencia está en paz, el espíritu no debe hallarse turbado. Lo verdadero está lleno de incertidumbre, es verdad; pero aún más de esperanza.

Si después de las luchas de la vida entramos en el descanso «donde los malos dejan de hacer daño y donde las gentes fatigadas reposan» (Job), y donde más de un alma cansada halla puerto de salvación, entonces podremos decir: «¡Oh muerte! ¿Dónde está tu aguijón? ¡Oh sepulcro! ¿Dónde está tu victoria?»

(1) Alude á la causa de su propia condena.

Por otra parte, si confiándonos humildemente, pero con fe, en la bondad de un Padre amoroso y omnipotente, entramos en una nueva esfera de existencia donde podemos esperar encontrar, no sólo á los hombres de quienes hemos oído hablar tan á menudo, aquellos cuyas obras hemos leído y apreciado, sino también á las personas amadas que perdimos; un mundo superior donde, dejando detrás de nosotros los lazos de la carne y los límites de nuestra existencia terrena, nos reunimos con los ángeles, los arcángeles y todos los habitantes de los cielos, entonces, de seguro podremos esperar, ó más bien estaremos ciertos, que los intereses y placeres de este mundo no son aún nada en comparación de la vida que nos espera en nuestra patria eternal.

EL PROGRESO

¡Qué perspectiva se abre cuando el espíritu de investigación científica se halla difundido por esas vastas regiónes donde la civilización, su verdadero precursor, ha comenzado ya su obra y continúa progresando! ¿Qué no tenemos derecho á esperar de potentes ingenios ejercitándose en condiciones en un todo diferentes de las que han existido hasta hoy, y en una extensión territorial que excede con mucho á la que hasta aquí había sido la única en producir toda la mies del espíritu humano?

(HERSCHEL.)

Hay dos vías que abren ante nosotros perspectivas de progreso. De una parte, el conocimiento más profundo de la naturaleza, de las propiedades de la materia y de los fenómenos que nos rodean, dará á nuestros hijos ventajas mucho mayores que aquellas de las cuales disfrutamos nosotros mismos; de otra parte, la extensión y el perfeccionamiento de la educación, el influjo cada vez más grande de la

ciencia, del arte, de la poesía, de la música, de la literatura, de la religión y de todas las potencias que tienden al bien, elevarán al hombre (tenemos lugar de esperarlo), le harán cada vez más y más apto para apreciar y gozar sus privilegios, y para comprender la verdad de este proverbio italiano. «Donde hay luz, hay alegría.»

Una cosa que ha contribuido mucho á retrasar el progreso, es la idea generalmente difundida, de que es una especie de ingratitud y hasta de impiedad el pretender perfeccionar lo que la divina Providencia ha ordenado para nosotros. Así, refiérese que Prometeo incurrió en la cólera de Júpiter por haber revelado á los mortales el uso del fuego; si otros progresos no han provocado análogos castigos, es porque la habilidad de los sacerdotes lo atribuyeron al favor de alguna divinidad particular. Este sentimiento no ha desaparecido por completo. Hasta puedo recordar el tiempo en que muchas gentes sencillas tenían preocupaciones contra el cloroformo y escrúpulos de emplearlo, porque se imaginaban que hay circunstancias en las cuales el sufrimiento es un deber.

En tiempo de los antiguos sajones, Edwin, rey de Northumbria, dícese que llamó junto á sí á sus nobles y sacerdotes para discutir si se concedería ó negaría á cierto misionero el permiso para predicar. No se sabía qué partido tomar, cuando un anciano jefe se levantó y dijo: «Acordáos, ¡oh rey!, de las noches de invierno en que coméis en vuestro salón, con vuestros compañeros en torno; la noche es oscura y lúgubre, la nieve y la lluvia descargan fuera sus furores, al paso que en el interior la sala está caldeada y alegre por un fuego ardiente; ocurre entonces á veces que un gorrión vagabundo entre la oscura noche vuela por la cámara iluminada, la atraviesa de un extremo al otro y luego desaparece en la oscuridad. Le vemos durante algunos momentos, pero no sabemos de dónde viene ni á dónde va, entre las tinieblas de la tempestad exterior. Tal es la vida del hombre: una breve aparición entre la cálida luz de este mundo. Nada sabemos de lo que la precede y de lo que la sigue. Por tanto, si esos nuevos predicadores pueden ilustrarnos acerca de esas tinieblas que nos rodean, escuchemos lo que tengan que enseñarnos.»

Dícese á menudo que, á pesar de la importancia y lo imprevisto de los descubrimientos recientes, hay ciertos problemas que nunca podrán ser en definitiva resueltos. En cuanto á mí, prefiero abstenerme, á poner ningún límite de este género.

Cuando Park preguntó á los árabes qué era del sol durante la noche, si era siempre el mismo ó si se renovaba á diario, respondieron que tal pregunta era absurda y estaba por encima de toda investigación humana.

Aun en una fecha tan reciente como la de 1842, Comte, en su *Curso de filosofía positiva,* hablando de los cuerpos celestes, ponía por axioma «que podemos esperar determinar sus formas, distancias, magnitudes y movimientos, pero que nunca lograremos estudiar por ningún medio, su composición química y su estructura mineralógica».

Y cátate que en pocos años desapareció aquella pretensa imposibilidad, mostrando cuán imprudente es limitar las posibilidades de la ciencia

En nuestros días, como en tiempos de Newton, puede decirse que el gran Océano de lo verdadero queda aún por explorar. Muchas veces deseo que algún presidente de la Sociedad Real ó de la Asociación Británica tome por tema de su discurso anual: *Las cosas que ignoramos.* ¿Quién puede decir qué descubrimiento está á punto de hacer la humanidad? Es extraordinario el ver durante cuántos años puede vivir el hombre junto á un descubrimiento importante sin realizarlo. Tomad por ejemplo la luz eléctrica. Sabíase desde muchos años atrás, que si se hacía pasar una corriente eléctrica por una varilla de carbón, puesta dentro de un recipiente de vidrio donde se hubiera hecho el vacío, el carbón arrojaba una luz intensa, pero calentábase de tal suerte que hacía estallar al vidrio. Por consiguiente, la luz se inutilizaba, puesto que estallaba la lámpara en cuanto se encendía. Se le ocurrió á Edison la idea de que disminuyendo el espesor de la varilla de carbón podría llegarse á suprimir el calor, obteniendo á la vez una intensa luz. Precisamente en este punto se le negó su derecho á un privilegio de invención, pretendiendo que sólo el reemplazo de un tenue vástago por un simple filamento no constituye un cambio bastante importante para merecer que se le privilegiase. Los perfeccionamientos introducidos por Swan, Lane, Fox y otros, tan importantes en su conjunto, no se han hecho sino poco á poco.

Véase también el descubrimiento de los anestésicos. A comienzos de este siglo, Sir Humphrey Davy descubrió el gas hilarante; descubrió también que producía una insensibilidad completa, sin causar perjuicio á la salud. En efecto, una muela arrancada estando bajo su influencia, se extraía sin dolor. Estos hechos, conocidos por nuestros

químicos, eran expuestos á los estudiantes de nuestros grandes hospitales; y, sin embargo, durante medio siglo nadie pensó en aplicarlos. Continuóse operando como en pasados tiempos, y los pacientes sufrieron las mismas horribles torturas; sin embargo, teníase entre manos este elemento bienhechor, cuyas maravillosas propiedades se conocían, pero de las cuales no se pensaba en hacer uso.

He aquí otro ejemplo. Dícese generalmente que la imprenta fué descubierta en el siglo XVI; y, en efecto, entonces se encontró un medio práctico de valerse de ella. Pero, en realidad, la imprenta era conocida mucho antes. Los romanos se valian de sellos, y en los monumentos de los reyes de Asiria se encuentra debidamente impreso el nombre del monarca reinante. ¿Qué faltaba? Un detalle, pero de la mayor importancia. El verdadero inventor de la imprenta fué aquel que tuvo la luminosa y fecunda idea de hacer matrices separadas para cada letra, en lugar de abrir una para cada palabra. Parece que eso era poca cosa; y, sin embargo, durante tres mil años, nadie había pensado en ello. ¿Quién puede decir cuántos otros descubrimientos tan sencillos y tan importantes están quizá en este momento á nuestra vista?

Arquímedes decía, «que si le daban un punto de apoyo, levantaría el mundo». Una verdad conduce á otra, cada descubrimiento hace posible otro descubrimiemto más elevado que el anterior.

Tenemos lugar á esperar que los futuros trabajos arrojen viva luz sobre estas interesantes estructuras animales. Sin duda, podemos esperar mucho del perfeccionamiento de los microscopios, del uso de los reactivos y de ciertos procedimientos mecánicos; pero los átomos que constituyen la materia son tan infinitamente pequeños, que es difícil prever de qué manera podemos esperar conseguir una solución definitiva de esos problemas.

Loschmidt, cuyos descubrimientos han sido confirmados por Stoney y por Sir W. Thomson, calcula que cada uno de los más pequeños átomos de la materia tiene á lo sumo $\frac{1}{50.000.000}$ de pulgada de diámetro. Así, pues, no es imposible aspirar por ahora á hacer grandes progresos en el conocimiento de los átomos por el perfeccionamiento del microscopio. Con nuestros instrumentos actuales podemos percibir, trazado en vidrio, líneas que sólo tienen cada una $\frac{1}{90.000}$ de pulgada; pero, según las mismas propiedades de la luz, parece ser que no podemos prometernos percibir objetos que tengan mucho menos de $\frac{1}{100.000}$ de pulgada de diámetro. Sin duda,

podrán perfeccionarse nuestros microscopios; pero nuestros conocimientos, no sólo están limitados por la imperfección de nuestros instrumentos de óptica, sino también por la misma naturaleza de la luz.

Se ha calculado que una partícula de albúmina de $\frac{1}{80.000}$ de pulgada de diámetro no contiene menos de 125.000.000 de moléculas. En los cuerpos más sencillos, su número sería más grande; por ejemplo, en el agua no hay menos de 8.000.000.000. En ese caso, aunque fabricásemos microscopios mucho más potentes que ninguno de los que en la actualidad poseemos, sin embargo, no podrían permitirnos obtener por percepción directa, ninguna idea de la organización primordial de la materia. Las más pequeñas esferas de materia orgánica cuya forma podemos determinar claramente con nuestros instrumentos, es probable que sean en extremo complejas. Esas esferas se componen de varios millones de moléculas y de ello resulta que en la estructura de los tejidos orgánicos debe de haber un número infinito de caracteres diversos, que se eximen de todos nuestros medios de análisis y que, según podemos preverlo, se eximirán siempre. También se ha demostrado que los animales oyen sonidos que nosotros no podemos apreciar, y he probado que pueden percibir rayos ultravioletas invisibles para nuestros ojos.

Ahora bien, como cada rayo de luz homogénea perceptible á nuestra vista se nos aparece como un color distinto, es probable que estos rayos ultravioletas deben de parecer á los animales un color aparte, del cual no podemos formarnos ninguna idea; tan diferente de los otros como el rojo lo es del amarillo y el verde del violeta. También se pregunta uno si la luz blanca difiere para esas criaturas de nuestra luz blanca, merced á la adición de ese color.

Según estas observaciones, no podemos por menos de decirnos que el mundo debe de parecerles á esos animales con seguridad, muy diferente de lo que nos parece á nosotros mismos. El sonido es la sensación que experimentamos cuando las vibraciones del aire hieren nuestro tímpano. Cuando las vibraciones son poco numerosas, el sonido es grave; á medida que aumentan de número, se hace cada vez más agudo; pero cesa de ser perceptible antes de llegar á cuarenta mil vibraciones por segundo. La luz es la sensación que experimentamos cuando las ondas luminosas hieren nuestro ojo. Cuando cuatrocientos millones de millones de vibraciones del éter hieren nuestra retina en un segundo, nos dan la sensación

del rojo, y á medida que aumenta su numero, pasa al anaranjado, al amarillo, al verde, al azul, al violeta. Pero no tenemos ningún órgano capaz de recibir una impresión de las vibraciones del éter superiores á cuarenta mil é inferiores á cuatrocientos billones (1) de vibraciones por segundo. Sin embargo, entre estos dos extremos, pueden existir un número ilimitado de sensaciones. Tenemos cinco sentidos, y algunas veces nos imaginamos que no es posible tener más; pero es evidente que no podemos medir lo infinito con nuestros medios tan limitados.

Por otra parte, examinando la cuestión desde otro punto de vista, encontramos en los animales órganos muy complejos, provistos de suma riqueza de nervios, y de los cuales no se han podido explicar las funciones, hasta ahora. Hay quizá cincuenta sentidos tan diferentes de los nuestros como el sonido es diferente de la vista, y, aun en los límites de nuestros propios sentidos, puede que haya multitud de sonidos que nosotros no podemos percibir, colores tan diferentes como el rojo lo es del verde, y de los cuales no podemos tener concepto alguno. Estas cuestiones y otras mil y mil quedan por resolver. Es posible que el mundo con que estamos familiarizados y enmedio del cual vivimos, sea muy otro para los animales. Para ellos quizá esté lleno de armonías que no podemos oir, de colores que no podemos ver, de sensaciones que no podemos concebir. Poner aves y mamíferos rellenos de paja dentro de estanterías con cristales, clasificar insectos en una colección, secar plantas en herbarios, no es más que ocuparse de detalles enojosos y en los preliminares de la ciencia. Observar sus costumbres, comprender sus mutuas relaciones, estudiar su instinto y su inteligencia, comprobar cuáles son sus capacidades y sus vínculos con las leyes de la naturaleza, darse cuenta de cómo debe de aparecérseles el mundo: he aquí, por lo menos así me lo figuro, lo que constituye el verdadero interés de la historia natural y lo que puede ponernos en camino acerca de sensaciones y percepciones de las cuales no podemos tener hoy ninguna idea.

Desde este punto de vista, me parecen ilimitados los progresos que faltan por hacer.

En cuanto á la condición actual del hombre, creo que es imposible negar que hay verdadero progreso.

En la Edad Media, por ejemplo, la instrucción y los buenos modales, apenas existían más que en la corte

(1) Entiéndase que aquí contamos los billones según la numeración española. — (N DEL T.)

de los reyes, y aun no en todas ellas. La vida en los castillos de Francia, Inglaterra y Alemania era ruda, casi bárbara. Mr. Galton ha expresado una opinión, que no tengo medios de comprobar. Dice que, en conjunto, la población de Atenas era tan superior á nosotros, como la nuestra lo es á los salvajes de la Australia. Pero aunque así sea, tal como es nuestra civilización, está más universalmente difundida; por eso el nivel general europeo es, sin disputa, mucho más alto que en otros tiempos.

Sin duda, en mucha parte lo debemos á que la literatura de nuestro país está cada vez más al alcance de todos, esta literatura que, según Macaulay, es «la más brillante, la más pura, la más duradera de todas las glorias de nuestro país; esta literatura tan rica en preciosas verdades y ficciones preciosas; esta literatura que puede gloriarse de poseer el príncipe de los poetas y el príncipe de los filósofos; esta literatura, en fin, que ha ejercido una influencia más extensa que nuestro comercio, más poderosa que nuestras armas.

Entre nosotros, muy pocos sacan de sus facultades todo el partido que podrían. El cuerpo deja de crecer al cabo de cierto número de años; pero el espíritu, si le dejáis libre, puede desarrollarse durante toda la vida.

El progreso en lo venidero no se limitará ciertamente á descubrimientos materiales, presentimos que la potencia de las facultades intelectuales del hombre va creciendo; y que problemas que nos parecen fuera del alcance del espíritu humano, tendrán solución y abrirán camino á nuevos progresos. Tenemos lugar á esperar que estos progresos, no sólo serán materiales é intelectuales, sino también morales.

Es natural que estemos orgullosos de la hermosura de Inglaterra, de la grandiosidad de nuestras ciudades, de la extensión de nuestro comercio, de la riqueza de nuestro país, de lo inmenso de nuestro imperio. Sin embargo, la verdadera gloria de una nación consiste, no en la extensión de su poderío, en la fertilidad de su suelo ó la belleza de su país, sino más bien en su superioridad moral é intelectual.

Y, sin embargo, ¡cuán pocos de nosotros, ricos ó pobres, han realizado lo que eran capaces de hacer! «¡Cuando obra todo lo que puede—exclama Shakespeare,—qué obra maestra es el hombre! ¡Qué noble es por la razón, qué infinito en sus facultades! ¡Qué admirable expresión hay en su rostro y en sus ademanes! «Por ahora, de cierto, bien pocos pueden alcanzar un ideal tan elevado.»

Los indios tienen una teoría, que

pretende que los animales, después de morir, reviven con una forma diferente: más noble, si se ha conducido bien, más vil en el caso contrario; encuentran que esta creencia es un poderoso acicate para obrar bien. Sea verdadera ó falsa respecto á la vida futura, esta teoría es de cierto verdadera para la vida presente. Si nos esforzamos por obrar bien durante un día, nuestra vida será mejor en el de mañana; si cedemos á nuestras pasiones y tentaciones, nos acercamos infaliblemente á una naturaleza inferior.

Es un interesante ejemplo de la solidaridad humana y un estímulo para los que no tienen pretensión alguna de ser genios, el pensar que, en resumen y con cortas excepciones, los períodos de progreso han sido generalmente aquellos en que todos los hombres de una nación han trabajado en común, unidos en un mismo sentimiento. El progreso, no sólo se debe á las tentativas de algunos espíritus superiores, sino también á los esfuerzos de millares de hombres ordinarios; no al genio de uno solo, sino al trabajo de todo un pueblo.

Reflexionad, en efecto, lo que pudiera ser:

«¡Ah! ¿Cuándo será la norma de cada hombre el bien de la humanidad? ¿Cuándo se extenderá la paz universal como un rayo de luz sobre la tierra, como una vía luminosa á través del mar, durante todo el curso del año de oro?» (Tennyson.)

Nuestra vida está rodeada de misterios, nuestro mundo es como una mancha en el espacio sin límites; y no sólo nuestra vida, sino la de la raza humana entera, no es más que un momento en la eternidad del tiempo. No podemos imaginarnos cual ha sido su origen y cual será su fin.

Aunque hasta el presente no podemos descubrir ningún género de investigaciones capaz de conducirnos á una solución, sin embargo, debemos considerar todo conocimiento nuevo como un paso adelante hacia la gran revelación.

El progreso es más lento ó más rápido; puede ser patrimonio de los demás hombres y no nuestro. No vendrá para nosotros más que si luchamos para merecerlo, pero de seguro vendrá.

«Sin embargo, hay una cosa que no destruiréis: el pensamiento, á quien el fuego y el hierro no pueden amedrentar.» (Swinburne.)

JOHN LUBBOCK.

LA OBRA MAESTRA DEL CRIMEN

CUENTO

I

El ojo del público es un aguijón de gloria.

(STENDHAL.)

¡Pícara suerte! Su nombre de pila era Oscar y su apellido Lapissotte; era pobre, sin talento, y se creía un genio.

Al entrar en la vida, su primer cuidado fué adoptar un seudónimo; su segundo cuidado, adoptar otro; y así sucesivamente, por espacio de diez años, usó todos los vocablos de capricho que pudo imaginarse para despertar la curiosidad de sus contemporáneos.

Por supuesto, esa curiosidad, que aparentaba temer apeteciéndola con todas sus fuerzas, no intentaba rasgar las densas tinieblas de su existencia. Con todos los rótulos prestados, ya se hiciera llamar Jacobo de la Mole, Antonio Guirland, Tildy Bob, Gregorius Hanpska, ya se revistiese de desinencias nobles, plebeyas, extranjeras, románticas ó modernas, no por eso dejaba de ser el más desconocido de los hombres de pluma, el más oscuro de los incomprendidos y el más pobre de los literatos. La gloria no quería nada con él.

—*E pur, si muove!* ¡Aquí dentro tengo algo!—decíase convencido, golpeando con el dedo la caja ósea de su cráneo, que le parecía profundo porque sonaba á hueco.

Es increíble á qué aberraciones puede conducir la vanidad literaria. Hay hombres de verdadero talento á quienes ha hecho cometer inconcebibles ridiculeces, induciéndoles hasta á ejecutar actos vergonzosos ú odiosos. ¿Qué será, pues, cuando atormenta á un miserable, nulo de marca mayor? La paciencia agotada, el orgullo agriado, la impotencia adquirida, una vida encenagada por una esperanza inútil y tenaz: no se necesita ni aun tanto para concebir la idea de acabar por un suicidio ó por un crimen.

Oscar Lapissotte no era bastante va-

liente para elegir su propia muerte. Por otra parte, sus pretensiones de superioridad intelectual hallaron pasto en la resolución de un delito. Y, en efecto, pensó que su genio había seguido hasta entonces mal camino al dedicarse á los ensueños del arte, y que estaba destinado á las violencias de la acción. Además, el delito le produciría una fortuna, y la riqueza pondría al fin de manifiesto á la luz del día ese espíritu trascendente que se marchitaba en la pobreza. Artística y moralmente probóse, pues, á sí mismo que era necesario cometer un crimen.

Lo cometió. Y, como si la realidad quisiera darle la razón, por la vez primera de su vida hizo una obra maestra.

II

Unos diez años antes del día en que se convirtió en un malvado, Oscar Lapissotte había vivido en el sexto piso de una casa de la calle de San Dionisio. Perdido entre una treintena de inquilinos, conocido tan sólo por uno de sus numerosos seudónimos, había sido amante de una antigua criada parlanchina, que le contaba todas sus menudencias. Servía á una viuda muy anciana, enferma y bastante rica. Por cierto que sólo permaneció él en aquella casa apenas un mes.

Una noche en que acababa de dejar á uno de sus amigos, interno en el hospital de la *Pitié*, al pasar por una sala para irse, reconoció á la criada, que se hallaba moribunda. Díjole ésta que sólo hacía tres semanas que no estaba en casa de la viuda, que por el momento la había reemplazado una asistenta, que su señora estaba demasiado valetudinaria para ir á visitarla y que esto era muy desconsolador.

—Comprendo—dijo Oscar.—Quisieras verla, ¿no es así?

—¡Oh! no es por eso. Es que, si muero aquí, tengo miedo de que la señora lea todas las cartas que he dejado en su casa y me desprecie después de mi muerte.

—¿Y por qué te había de despreciar?

—¡Escuche V., voy á decirle la verdad entera! V. ha sido mi amante, pero hace mucho que pasó eso. Puedo confiarle que he tenido otros amores. No lo llevará V. á mal, ¿eh? Y luego, bien sabe V. que yo no era lo que á V. le corresponde. V. es un artista, un hombre de buena sociedad; me consiguió de paso, sin darle importancia. Pero en la casa tengo una especie de hombre que es de mi clase, un cochero; y si lo supiese la señora, sería mi perdición. ¡He hecho tantas cosas malas por él! ¡Ah, tunante, me tenía loca! Es el padre de mi hijo; por eso he hecho cuanto ha querido. Siempre me prometía reconocerle y casarse conmigo. Hoy bien veo que era decir por decir; ¡pero, no importa! Mi hijito no será desdichado del todo con lo que le dejo, y la señora es bastante buena para cuidar de él también; porque he escrito á la señora que tengo un hijo. Aquí está la carta, debajo de la almohada; y quiero que se

la entreguen cuando ya no exista yo, pero sólo si antes queman mis papeles. Sin eso, primero me trago la carta. No quiero que la señora sepa todo lo que he hecho. No tendría compasión del niño, si supiera que es hijo de una andorra y de una ladrona.

—Veamos, veamos, mi querida amiga—dijo bruscamente Oscar—explícame mejor tu situación. Hablas demasiado deprisa, todo lo embrollas; y es preciso que me pongas al corriente con claridad, si quieres que te preste algún servicio. No pretendo otra cosa, si es posible; pero, necesito comprender bien.

En ese momento, Oscar Lapissotte no pensaba de ningún modo en el crimen. Dejábase llevar sencillamente de su curiosidad de literato, husmeaba una novela y se disponía á obtener *original*.

—¡Pues bien—prosiguió la criada—he aquí de lo que se trata! Me propongo hablar claro. He caído enferma de repente, con un ataque de apoplejía, en la calle, y me han traído al hospital. La señora me ha dejado aquí, porque no se me podía transportar. La he escrito y me ha contestado. Ha venido de su parte á verme la asistenta. Pero ni á ésta, ni á la señora he podido hablarles de lo que me aflige. Tengo un paquete de cartas del cochero, ya sabe V., del padre de la criatura. En las cartas hay un montón de cosas malas, robos que me aconseja y gracias que me enviaba cuando yo los cometía. Porque he robado, sí; he robado para él, robado á mi ama. Debí haber quemado esas malditas cartas. Pero tenían muchos «amor mío» y promesas de matrimonio y seguridades de que reconocería al pequeño. Entonces las guardé. Un día me amenazó el bribón con cogérmelas para comprometerme. Yo le negaba dinero, y me dió á entender que una vez dueño de mis papeles haría de mí cuanto se le antojara. Me entró un miedo de mil diablos. A pesar de todo, no quise desprenderme de las cartas. Para ponerlas en sitio seguro, dije á la señora que deseaba confiarla papeles de familia que me interesaban mucho, y así he logrado guardar mis cartas en su gaveta. La señora me ha cedido un cajón, con llave y todo. Bien sé que pudiera decirla que necesito esos papeles. Pero desconfío de la asistenta, que me los traería. Por palabras que se le han escapado, creo adivinar que también está enredada ahora con el cochero. Es un engañador, se lo digo á V. Y si la engaña es por conseguir el paquete, cuyo escondite conoce. Ya comprenderá V. mis apuros. ¡Oh, si fuera V. lo suficiente bueno! Verdad es que no lo merezco; pero por parte de V., sería una buena obra prestarme ese servicio.

—¿Qué servicio?

—Traerme mis cartas.

—Pero, ¿cómo quieres que yo las obtenga?

—¡Es muy sencillo, yendo por ellas! Por la noche, á las diez, la señora ha tomado ya el cloral para dormir; y en ese momento duerme como un tronco. Durante ese tiempo no está allí la asistenta, puesto que se marcha á las siete, después de comer. Ya comprenderá V.

que la señora no la ha dicho que tomaba cloral, por temor á un robo. No se lo ha dicho más que á mí, en quien la pobre tenía plena confianza. Pues bien; entra V. entonces, que ella no le oirá, y puede V. salir y traerme las cartas. Ya sabe V. que la casa tiene dos entradas. Por la escalera de servicio, el portero nada notaría. ¡Oh! ¿Hará V. eso por mí, diga?

—¡Estás loca! ¿Y cómo abrir la gaveta? ¿Y cómo pasar de la puerta de la habitación?

—Tengo doble llave de la gaveta: para vergüenza mía, la hice fabricar con el objeto de robar á la señora. Aquí está, con la de mi cajón. Aquí tiene V. también la llave para entrar por la cocina, por la escalera de la servidumbre. Se lo suplico. Sin embargo, nada sé; pero tengo fe en V., estoy segura de que lo hará para que muera yo en paz.

Oscar Lapissótte tomó las llaves. Tenía fijos los ojos. Una repentina palidez inundó su rostro. Nerviosas contracciones tiraban de las comisuras de sus delgados labios. Bruscamente se le había presentado la posibilidad del crimen. Muerta aquella mujer, era fácil de ejecutar la cosa.

—¡Oh, me ahogo, me ahogo—dijo la enferma, á quien la larga confidencia había agotado las fuerzas.—¡Beber! ¡Deme V. de beber!

El dormitorio estaba á oscuras, vagamente iluminado por una lamparilla. Todo el mundo dormía en las camas próximas. Oscar levantó la cabeza de la enferma, sacó la almohada y se la puso encima de la boca, donde la mantuvo con puños de hierro durante lo menos diez minutos. Tuvo el horrible valor de esperar, reloj en mano.

Cuando la destapó la cara, la enferma estaba asfixiada. No había podido hacer un movimiento, ni dar un grito. Parecía haber sucumbido de un derrame de sangre. Volvió á poner la almohada debajo de la cabeza y el cobertor debajo de la barba. El cadáver parecía una persona dormida.

Como la cama de la criada estaba bastante cerca de la puerta, el asesino salió sin hacer ruido. Pasó de largo el corredor de los internos, atravesó por una puertecilla de la calle de la Pitié y se encontró fuera sin haber sido visto.

Eran las nueve y veinte minutos.

Sin perder tiempo, con la fiebre de la ejecución, el miserable fué á paso largo á la calle de San Diniosio. Entró en la casa antes de las diez.

En el camino había madurado todo su plan.

Penetró primero en la cuadra, donde debían de estar los objetos del cochero. Cogió allí una corbata, desgarró un pedacito de ella y se lo metió en el bolsillo.

Luego subió por la escalera de servicio de cuatro en cuatro peldaños. Era en el primer piso, y se podían subir á zancadas los diez y ocho escalones sin riesgo de ser visto.

Abrió la puerta, entró sin ruido, llegó á la alcoba, y de un solo esfuerzo estranguló á la anciana, que dormía. También allí tuvo la sangre fría de

continuar apretando la garganta durante un cuarto de hora largo.

En seguida abrió la gaveta. En el cajón grande de en medio había acciones y obligaciones; en el de la izquierda, billetes de Banco; y en el de la derecha, rollos de luises. Apartó los títulos al portador y dejó los otros. En total, títulos, oro y billetes, había ciento cuarenta mil francos, con los cuales llenóse los bolsillos.

En seguida se ocupó de las cartas. Las encontró fácilmente en el rinconcito, arriba, donde la criada le había dicho que estaban.

Las quemó en la chimenea, pero cuidando de dejar intactos los párrafos más comprometedores para la criada y el cochero. Sólo con algunos bien escogidos, bastaba para reconstituir toda la historia del niño, de las provocaciones al robo, de los robos cometidos. Las puso en evidencia junto al guardafuego, admirablemente colocadas para hacer creer que las habían quemado de prisa y corriendo, y que se había huido antes de que se consumieran por completo.

Arrugó y desgarró el trozo de corbata dentro de la mano derecha del cadáver, cerrada y rígida.

Salióse entonces y se deslizó como un relámpago hasta la calle; é inmediatamente se puso á andar con el paso tranquilo y distraído de un soñador.

Decididamente, Oscar Lapissotte no se había engañado al creerse un hombre de genio: tenía el genio del crimen, y había trabajado de mano maestra.

III

En efecto; un crimen no es una verdadera obra maestra, sino cuando su autor queda impune. Y por otra parte, la impunidad no es completa sino cuando la justicia condena á un falso culpable.

Oscar Lapissotte obtuvo la impunidad completa.

La justicia no vaciló un solo instante para encontrar al asesino. Evidentemente, era el cochero. Los fragmentos de las cartas eran indicios infalibles. ¿Quién si no el cochero, amante de la criada, podía conocer tan bien las cosas favorables para el crimen? ¿Quién otro podía tener las llaves? ¿No había comenzado por robar á la viuda, de concierto con la criada? ¿No era lógico dar el paso que separa el robo del asesinato? Además, el acusador pedazo de corbata hablaba con claridad. Para colmo de desventuras, el cochero tenía malos antecedentes. Como última circunstancia abrumadora, no pudo justificar el empleo de su tiempo en la hora fatal. Por más que negó, protestando su inocencia, todo estaba en contra suya y nada abogaba en su favor.

Fué procesado, condenado á muerte, ejecutado; y los jueces, los jurados, el defensor, los periódicos, el público, estuvieron conformes en tener la conciencia tranquila acerca de

este punto. Sólo quedó un hecho oscuro en el asunto: la fortuna, que no se pudo encontrar. Creyóse que el criminal la había ocultado en sitio seguro, pero á nadie le cupo la menor duda de que la había robado.

En resumen: si hubo en el mundo delincuente á quien se le reconociese culpable de su crimen, lo fué él.

IV

Dícese que la conciencia de una buena acción da una paz profunda. Pero pocas personas han tenido el atrevimiento de decir que la impunidad de una mala acción proporciona también la felicidad. Barbey d'Aurevilly no ha temido escribir, entre sus admirables *Diabólicas*, una novelita rotulada *La Dicha en el crimen* (1), y no le ha faltado razón para ello; porque los malvados conocen la serenidad.

Oscar Lapissotte pudo gozar plenamente de su doble asesinato y saborear sus frutos con una serenidad absoluta. No experimentó remordimientos (2), ni terror. La única cosa trastornadora que sintió y fué acreciéndose más y más, era un orgullo inmenso.

Sobre todo, orgullo de artista. Lo que le hizo olvidar toda consideración moral, es precisamente la perfección de su obra y el convencimiento de que se había mostrado impecable de veras.

Pues bien; sólo con esto, su sed de superioridad tuvo con que hartarse hasta la embriaguez.

En todo lo demás continuó siendo un hombre mediano, oscuro, con razón desconocido. Por más que quiso aprovecharse de su nueva fortuna para forzar las puertas de los periódicos y revistas, por más que quiso agasajar á la crítica, no podía hacerse escuchar por el público. Sus versos, su prosa, sus ensayos teatrales estaban marcados con el sello de la nulidad. Las gentes del oficio conocían un poco á Anatolio Desroses, el literato de afición con más rentas que talentos; pero los lectores se burlaban de sus rentas, y todo el mundo estaba conforme en negarle la menor partícula de talento. Estaba en debida forma convicto de impotencia.

«¡Y, sin embargo—se decía á veces á sí propio con las miradas centelleantes;—sin embargo, si yo quisiera! ¡Si narrase mi obra maestra!... porque he hecho una obra maestra. En eso no caben dudas. Anatolio Desroses quizá sea un cretino, pase; pero Oscar Lapissotte es un hombre de genio. Es una lástima grande el pensar que una cosa tan bien maquinada, con tanta potencia concebida, con tamaño vigor de ejecución, de tan completo buen éxito, permanezca desconocida eternamente. ¡Ah, ese día tuve inspiración, la ver-

(1) Esta novela verá la luz en el próximo número de LA ESPAÑA MODERNA; es una verdadera joya literaria.—(N. DEL D.)

(2) Véase acerca del remordimiento en los delicuentes el admirable estudio de Enrique Ferry incluido en la «Colección de libros escogidos», tomos 42 y 73, *Estudios de Antropología criminal*.—(N. DEL D.)

dadera, aquella en virtud de la cual se hacen las cosas perfectas. ¡Dios mío! el abate Prévost ha emborronado más de cien detestables novelas, y sólo ha escrito una *Manon Lescaut*. Bernardino de Saint-Pierre no dejará más que *Pablo y Virginia*. Hay muchos de esos genios singulares que solamente producen una obra. Pero también, ¡qué obra! Queda como un monumento en una literatura. Yo pertenezco á esa familia de ingenios. No he hecho sino una sola cosa buena. ¿Por qué la he vivido, en lugar de escribirla? Si la hubiese escrito, sería yo célebre. No tendría más que un cuento que enseñar; pero todo el mundo querría leerlo, por ser único en su género. He hecho *La Obra maestra del crimen*.»

Esta idea convirtióse á la larga en una idea fija.

Durante diez años luchó contra ella. Se dejó devorar ante todo por la pena de no haber hecho el sueño en vez de la acción, y después por el deseo de contar la acción como un ensueño. Lo que de continuo le incitaba no era el demonio de la perversidad, aquella extraña fuerza que impelía á los personajes de Edgard Poe á pregonar su secreto; sino tan sólo una preocupación literaria, la necesidad de fama, el prurito de la gloria.

Como un sutil consejero que refuta una por una las objeciones y hace valer los argumentos capciosos, su idea fija perseguíale con mil razones.

«¿Por qué no has de escribir la verdad? ¿Qué temes? Anatolio Desroses está al abrigo de la justicia. El crimen es antiguo. Todo el mundo lo tiene en olvido. Conócese su autor: está muerto y enterrado con la cabeza entre las piernas. Parecerá como que has arreglado artísticamente una añeja historia judiciaria. Pondrás en ella todos tus pensamientos recónditos, todos los rencores que te han impelido al asesinato, todas las habilidades que has combinado por cometerlo, todas las circunstancias suministradas por ese asombroso inventor á quien llaman la casualidad. Tú sólo estás en el secreto de la obra, y nadie adivinará que la tomaste de lo real. En tu cuento no se verá nada más que el esfuerzo de una imaginación extraordinaria. Y entonces serás el hombre que apeteces ser, el gran escritor que se revela tarde, pero con un golpe de maestro. Gozarás de tu crimen como jamás criminal alguno ha podido gozar del suyo. Obtendrás con él, no sólo la fortuna, sino también lauros. ¿Y quién sabe? Después de este primer triunfo, cuando tengas nombradía, harás que se lean tus otras obras y no cabe duda de que cambiará por completo la injusta opinión que de ti se tiene. En el camino de la celebridad, sólo el primer paso es el que cuesta. ¡Animo! Recupera un poco de aquella pasmosa audacia que tuviste un día en tu existencia. Mira qué bien te salió. Supiste agarrar una vez por los cabellos á la ocasión. De nuevo la tienes hoy en tus manos. ¿La dejarás huir? Bien sabes que la obra es magnífica, ¿no es así? Pues bien; nárrala sin miedo, sin rodeos, con altivez, en su majestuoso horror. Y si quieres

creerme, llega hasta el fin de tu orgullo, ten abierto descaro y renuncia al seudónimo que parece ser ya tu nombre y apellido, para firmar con los tuyos propios que parecerán un seudónimo. No hay que hacer ilustres á Jacobo de la Mole, á Antonio Guirland, ni siquiera á Anatolio Desroses; no hay que hacer ilustre á ese montón de individuos sin talento, sino á ti solo, á Oscar Lapissotte.»

Y llegó un día en que Oscar Lapissotte sentóse ante las cuartillas en blanco, llena de fuego la cabeza y febriles las manos, como un gran poeta que se siente dispuesto á dar á luz una gran cosa; y de un tirón escribió la historia de su crimen.

Narraba los míseros comienzos de Oscar Lapissotte, su vida de bohemio, sus múltiples fracasos, su patente medianía, sus terribles rencores, las ideas de suicidio y de crimen que danzaban dentro de su cerebro, las sublevaciones de un corazón engañado por lo quimérico y que busca su venganza en lo real, toda una novela psicológica penetrante, la anatomía de su alma. Luego, con sobrios rasgos de una espantosa claridad, describía la escena de la *Pitié*, la escena de la calle de San Dionisio, la muerte del falso culpable, el triunfo del verdadero asesino. Entonces, con una curiosa y diabólica sutileza de detalles, analizaba las causas que habían decidido al autor á publicar su delito, y acababa por hacer la apoteosis de Oscar Lapissotte, que ponía su verdadera firma al pie de aquella confesión.

V

La Obra maestra del crimen apareció en la *Revista de Ambos Mundos*, y tuvo prodigioso buen éxito.

Puede formarse idea de él por los siguientes párrafos de los artículos de crítica que saludaron su aparición:

«Todo el mundo sabe que bajo el seudónimo de Oscar Lapissotte, de un capricho tal vez galo en demasía (1), se esconde un autor que se complace en este género de disfraces, el señor D. Anatolio Desroses. Después de haber malgastado por mucho tiempo su talento en el periodismo insignificante, D. Anatolio Desroses acaba de darnos cumplida muestra de él. La narración está tomada de un drama procesal acaecido unos diez años ha en la calle de San Dionisio. Pero la imaginación del cuentista ha sabido transformar un vulgar asesinato en una obra cuya combinación es asombrosa. El mismo pobre Gaboriau no hubiera encontrado las complicaciones inventadas por don Anatolio Desroses. Daremos *La Obra maestra del crimen* en nuestro número doble del domingo próximo.»—(Felipe Gille.—*Fígaro.)*

«Mientras hablo de la gallina con arroz, debo decir alguna cosa de la

(1) Por el jocoso contraste entre lo romántico del nombre Oscar y lo indecente del apellido Lapissotte (la meadita).—(N. del T.)

carne de gallina que me ha puesto *La Obra maestra del crimen.* En el análisis de los sentimientos hay su pizca de metafísica, que para mí desluce un poco la fantasía verdaderamente extraordinaria del relato. ¿Pero hay algún libro sin defectos? La misma extravagancia de esos detalles sutiles es como una salsa agradable. Primod de la Reynière y Restif de la Bretonne tienen esa clase de oscuridades regocijantes. Anatolio Desroses pertenece á la misma familia. Como ellos, ha escrito un fárrago de cosas desconocidas, entre las cuales destácanse cincuenta páginas notabilísimas. Será el más célebre entre los *olvidados* y los *desdeñados* de nuestros tiempos.» (Carlos Monselet.—*Evénement.)*

«El autor de este cuento no es un lírico, tal como nosotros lo entendemos; pero tampoco es un realista. Su genio fantástico tiene las alas de la oda. Sin embargo, preciso es confesar que Anatolio Desroses se ha amamantado á los pechos de las Euménides, de las perras sanguinarias que ladran tras la pista de Orestes, asesino de la gran Clytemnestra, más bien que á los de las Gracias, de seno hermoso. Mas, ¿qué importa el terreno, con tal de que en él se vean brotar los laureles?»— (Teodoro de Banville. — *National.)*

«¡No hay remordimientos! Así es el crimen de un ateo. Si por esas tinieblas cruzase un rayo de la fe cristiana, el Sr. Anatolio Desroses podría pasar por el Dante del infierno á la moderna. No es más que su Disderi. Pero eso es fotografía iluminada con colores. Hay toques. Escribe. Llega hasta á saber analizar. Tal vez sondee los riñones de su generación, que bien enfermos los tiene.» — (Luis Veuillot. — *Univers.)*

«¡Obra maestra es, en efecto, esta *Obra maestra del crimen!* ¡Y no hay crimen como él! Porque esta pluma tiene fulgores de espada y corte de escalpelo. Da estocadas terribles á la serenidad del delito y lo diseca como en anatomía, aunque le haga una aureola de molinetes flamígeros. Se ve allí más claro, ¡eso es todo! Por supuesto, es la sulfúrea claridad que despide el ojo del Diablo; y también es el dedo del Diablo ese rabioso dedo de Anatolio Desroses, que desgarra la túnica del crimen y muestra el corazón humano sin hoja de parra. Me gusta este Sr. Anatolio *de las Rosas*, quien debiera llamarse *de las Espinas* ó *de las Ortigas*. Me gusta como un vicio.» — (J. Barbey d'Aurevilly.— *Constitutionnel.)*

Sarcey dió en el bulevar de las Capuchinas una conferencia acerca de *La Obra maestra del crimen*. Hizo comparaciones con Hoffmann y Edgard Poe, dos frases sobre el arte dramático con motivo de las preparaciones psicológicas que conducían á las escenas de asesinato, una digresión sobre el género zarzuelero, otra sobre la Escuela normal, una tercera sobre la esencia de la digresión, y, finalmente, llamó «un cuarto de genio» al autor, á la vez que le daba familiares palmaditas en la barriga.

En resumen: hubo un concierto de

elogios, aparte de los indispensables graznidos de los envidiosos, de los necios, de los mojigatos y otros peces menudos del periodismo.

VI

Sin embargo, en todos los artículos, incluso en los más halagüeños, había dos cosas que irritaron mucho á Oscar Lapissotte.

La primera, ¡que se obstinaban en tomar su verdadero nombre por un seudónimo y en llamarle Anatolio Desroses!

La segunda, que se hablaba demasiado de su imaginación, y no se hacía resaltar bastante lo verosímil de su relato.

Estos dos *desiderata* le atormentaron hasta el punto de que olvidó toda la ventura de su gloria naciente. Los artistas son así: hasta cuando la crítica los acuesta sobre un lecho de rosas, sufren si alguna hoja hace el menor pliegue.

Por eso, cierto día, como un quídam felicitase al grande hombre que había escrito *La Obra maestra del crimen*, y le diera con el incensario en las narices á todo vuelo, el grande hombre le contestó á quemarropa:

—¡Eh, caballero, de otro modo me felicitaría V. si estuviese al tanto de las cosas. Mi novela no es un cuento, sino un sucedido. El crimen se cometió como lo he narrado. Y yo lo cometí. Firmo con mi verdadero nombre de Oscar Lapissotte.

Dijo esto fríamente, con un gran aspecto de convicción, recalcando bien sus frases como quien quiere que le crean.

—¡Ah! ¡Delicioso! ¡Encantador!—exclamó su interlocutor.—La jocosidad es de un carácter lúgubre que tira de espaldas. Es género Baudelaire puro.

Y el día siguiente, todos los periódicos contaban la anécdota. Encontraron deliciosa la tentativa de mixtificación, por la cual Anatolio Desroses quería hacerse pasar por un asesino. Decididamente, era original y digno de ocupar á París.

Oscar Lapissotte se puso furioso. Al hacer aquella terrible confesión, había obrado maquinalmente en cierto modo. Ahora tenía verdadera necesidad de ser creído por alguien.

Renovó su confidencia á todos los amigos á quienes halló en la calle. El primer día hizo mucha gracia. El segundo día parecióles monótona la farsa. El tercer día produjo aburrimiento. Al cabo de la semana, concluyó por pasar por un majadero en toda la extensión de la palabra.

No sabía sostenerse á la altura de su reputación de grande hombre. Sus más fervientes partidarios hicieron chacota de él.

Este comienzo de caída le exasperó.

—¡Ah! ¡Es mucha cosa ésta!—dijo á los incrédulos en pleno café:—¿Conque nadie quiere creer lo que es la pura verdad? ¡Nadie quiere reconocer que, no sólo he escrito, sino ejecutado

La Obra maestra del crimen! Pues bien; voy á descargar mi corazón. ¡Mañana sabrá todo París quién es Oscar Lapissotte!

VII

Fué en busca del juez de instrucción que había actuado en el proceso de la calle de San Dionisio.

—Señor—le dijo—vengo á entregarme como preso. Soy Oscar Lapissotte.

—Caballero, no siga V. adelante—le respondió el juez con amabilidad.—He leido la novelita de V. y le felicito por ella. También conozco la excentricidad con que se divierte V. desde hace ocho días. Quizá cualquiera otro se ofendiese al ver que la burla de V. alcanza á la magistratura. Pero me gustan las letras, y no le recrimino porque ensaye V. conmigo también su ingeniosa farsa, puesto que eso me proporciona el gusto de conocerle.

—¡Eh, señor—dijo Oscar, impaciente con tales cortesías—no se trata de burlas! Le juro á V. que soy Oscar Lapissotte, que he cometido el crimen y voy á probárselo.

—Pues bien, caballero—repuso el magistrado—verá V. como soy de buen arreglo. Por lo curioso del caso, no tengo inconveniente en seguir la broma. Y hasta confesaré á V. que de antemano me regodeo en ver cómo un ingenio tan sutil cual el suyo podrá amañárselas para probarme lo absurdo.

—¿Lo absurdo? ¡Pero si lo que he narrado es la verdad absoluta! El cochero no fué culpable. Yo fuí quien dispuse...

—Creo haber dicho á V., apreciable señor mío, que he leído su narración. Si le place volvérmela á contar V. mismo, tendré en ello sumo gusto. Pero eso no me probará nada más sino lo que ya tengo por bien probado, á saber: que tiene V. una imaginación asombrosamente fértil y extraña.

—No he tenido nunca ni pizca de imaginación, como no sea para cometer mi delito.

—No para cometer: para escribirlo, señor mío, para escribirlo. ¡Y permítame V. emitir con franqueza mi parecer sobre el asunto! Ha tenido V. excesiva imaginación, ha pasado de los límites trazados á la fantasía del escritor, ha inventado V. ciertas circunstancías que pecan contra la verosimilitud.

—Pero, ¿no le digo á V....?

—¡Permita, permítame V.! Me dispensará V. que me crea algo competente en materia de crímenes. Pues bien; le aseguro, con la mano en la conciencia, que el crimen de V. no está combinado con naturalidad. El encuentro con la criada en *la Pitié* es una cosa casual en demasía. El cloral (dispénseme el juego de palabras) es durillo de digerir. Y por el estilo otros muchos detalles. Como obra de arte, el cuento de V. es hechicero, original, bien urdido, lo que llaman Vds. interesantísimo; y admito que, como escritor, ha hecho V. perfectamente en disfrazar así la realidad. Pero su famo-

so crimen, en sí mismo, es imposible. Mi querido Sr. Desroses, harto deploro haber de causarle pena; pero si le admiro como literato, no puedo verdaderamente tomarle en serio como criminal.

—¡Ahora vas á verlo!—rugió Oscar Lapissotte, saltando al magistrado.

Tenía espuma en los labios, sangre en los ojos, y todo el cuerpo agitado por un acceso de ira. Hubiera estrangulado al juez si no hubiesen acudido á los gritos.

Apoderáronse de aquel furioso, le ataron é inmediatamente fué encerrado.

Cinco días después lo condujeron á Charenton, como loco.

«¡He aquí á dónde lleva la literatura!—dijo al siguiente día no recuerdo qué cronista de periódico.—Anatalio Desroses ha hecho una vez, por casualidad, una cosa buena. Eso le ha trastornado de tal modo, que acabó por creer en lo real de su ficción. Es la añeja fábula de Pigmaleón enamorado de su estatua. El pobre Murger me decía una vez..., etc..., etc....»

VIII

Y lo más espantoso es que Oscar Lapissotte no estaba loco, sino en su cabal juicio y cada vez más atormentado por ello.

—De manera—pensaba—que tengo todas las desventuras. No quieren creer en mi nombre ni en mi crimen. Cuando haya muerto, pasaré sencillamente por Anatalio Desroses, un *escribidor* que tuvo la suerte de estar en vena para escribir un solo cuento bonito; y se tomará por un protagonista de novela á este Oscar Lapissotte, de carne y hueso como soy, el hombre de sangre fría, resuelto, de acción, el héroe de la ferocidad, la viva negación del remordimiento. ¡Oh, que me guillotinen, pero que se sepa la verdad! Aunque sólo sea un minuto, antes de poner el cuello en la media luna; aunque sólo sea un segundo, mientras caiga la cuchilla; aunque sólo sea lo que dura un relámpago, quiero tener la certidumbre de mi gloria y la visión de mi inmortalidad.

Trataban con duchas esta exaltación.

Al cabo, en fuerza de vivir con su idea fija y en compañía de los locos, volvióse loco también.

Y precisamente entonces le dieron de alta por curado.

Oscar Lapissotte había concluido por creer que, en efecto, era Anatalio Desroses y que nunca había asesinado.

Ha muerto convencido de haber *imaginado* su obra y de no haberla *escrito*.

JUAN RICHEPIN.

NAMUNA

CUENTO ORIENTAL

(CONCLUSIÓN)

XXXII

Y á ese mismo veréis que en la taberna
entre dos carboneros toma asiento,
cerca de una sartén de mugre eterna,
con el cutis ahumado y polvoriento;
y alguna vez con la mirada tierna
penetrará embozado y macilento
y ante una luz lo dejaréis dormido,
puesto en la sucia manga el rostro herido.

XXXIII

Veréis que de una cámara lujosa
por la escala pendiente se retira
y va luego á una casa vergonzosa
donde la meretriz su aliento aspira,
mientras en el balcón donde llorosa
y á través de la noche doña Elvira
cree divisarlo con febril anhelo,
aún agita su luz y su pañuelo.

XXXIV

Le veréis con el traje del oficio
que toma á su lacayo, aunque tirita
conquistar á una moza de servicio;
y que al arroyo el cuerpo precipita

de su padre infeliz, sin más indicio
de vida que la fiebre con que agita
sus manos desgarradas contra el muro
que escaló audaz el seductor impuro.

XXXV

¿Qué efecto os causa el héroe que describo?
Quizá penséis que el mundo desgarrara
con un puñal su corazón altivo;
que el tedio le consume, como á Lara;
que el hombre fué con él duro y esquivo;
que la senda del bien divisa clara
y viendo que no sirve un cambio necio,
devuelve al mundo su odio y su desprecio.

XXXVI

¡Ah! No es así. Jamás persona alguna
se ocupó menos de cualquier desvío;
jamás le fué contraria la fortuna
en la menor pendencia ó desafío;
jamás del mar en la movible cuna
sufrió el choque de su ímpetu bravío;
jamás surgió á sus pies rápidamente
de la falsía la voraz serpiente.

XXXVII

Tal cual es en el mundo, se le adora;
aún conserva su rango y su bolsillo,
y ante Dios y ante el hombre, á cualquier hora,
se sienta imperturbable en el banquillo:
el daño que causó nadie lo ignora,
su genio luce con eterno brillo,
se le admira y elogia con afán:
éste ¿quién puede ser sino Don Juan?

XXXVIII

Sí, tan sólo Don Juan: mágico nombre
que el universo á su poder sujeta,
que lo pronuncia entusiasmado el hombre
sin explicarse su atracción secreta;
y de tan alto y singular renombre
que si animó su imágen un poeta,
por sólo bosquejarla en su memoria
se hizo más grande y aumentó su gloria.

XXXIX

Mas ¿qué hago aquí, insensato una y mil veces?
¿Te he de alabar, también, para que agrades,
oh sombra inmensa, que ante mí apareces de
no sé qué profundas soledades?
Si; pues si á algunos odio les mereces
por tus dudas, horrores é impiedades,
yo te profeso inquebrantable ley,
como el viejo Blondel tuvo á su rey.

XL

¡Quién tu caballo rápido me diera!
¡Quién pudiese volar á su albedrío
en el manto de Fausto y te siguiera
con llanto abrasador, ángel impío!
¡Quién sus muertos con júbilo leyera
en un papel tan lleno y tan vacío,
como esa larga lista que formaste
con los nombres de aquellas que olvidaste!

XLI

Tres mil nombres de amantes tiene en fila
y ninguno pronuncia satisfecho,
ni una lágrima arranca á su pupila;
y aquel fuego de amor que ardió en su pecho
y que á su muerte impávida y tranquila
se eleva al cielo en ráfagas deshecho,
como un ángel que busca otros fulgores,
no lo apagaron sus tres mil amores.

XLII

Y, ¡oh Don Juan! esas locas te adoraban
cuando tu férreo corazón ceñían,
á igual viento que tú se abandonaban,
y las más infelices que acudían
un cariño tan grande te mostraban,
que hasta la sombra de tu amor cubrían
de besos y era tuya su existencia,
teniéndolas un día en tu presencia.

XLIII

Mas tú, pálido espectro, ¿qué destino
á esas jóvenes dabas sin ventura?

¡Ay! amarlas, también, pobre asesino.
En cada nuevo tipo de hermosura
creyendo vislumbrar el sol divino
que disipase, al fin, tu noche oscura.
—¡Esta será!—exclamabas cada vez,
y esperándola vino tu vejez.

XLIV

Preguntábasle al bosque, al mar, al viento,
siempre y en todas partes por la hermosa
que adoraba tu oculto pensamiento:
soñaba tu capricho por esposa
el fantasma y el sueño de un momento,
y al arrojar tus muertos en la fosa,
cual fiero sacerdote desgarrabas
su corazón donde á tu dios buscabas.

XLV

¡Ah! ¿cuál fué tu ansiedad abrasadora?
La que á este mundo en silenciosa guerra
y después de tres siglos aún devora.
La esfinge colosal su boca cierra:
los años van contando hora tras hora,
conocen que es esférica la tierra
y en el cielo á compás miden los días,
pero no saben lo que tú querías.

XLVI

¿Quién es—se preguntaban—esa prenda,
la única, sin disputa, cuya mano
sujetaría á su corcel la rienda
y á la que llama con frecuencia en vano?
¿Dónde la halló? ¿dónde perdió su senda?
¿Qué lazo los unió desde temprano
para que él sin lograr ninguna cita
la lleve siempre en su memoria escrita?

XLVII

¿No encontró ni una sola, entre las miles
de hermosas que mostrara en sus facciones
y en sus vívidas gracias juveniles
de su vago ideal las perfecciones?

Al comparar con éste sus perfiles,
notaba que con leves distinciones
todas le parecían sin ser *ella,*
é iba Don Juan en busca de su huella.

XLVIII

Y el mundo á tu capricho recorriste
sin que al mandarte Dios esa quimera
que fué la sola esposa que tuviste,
tu planta la tocase y destruyera;
y luego como un águila subiste
que devoró su víctima ligera,
ó como el trueno que al zumbar desprende
el vivo rayo que la nube enciende.

XLIX

No llegó nunca á preocuparte nada
del estúpido mundo que, riendo,
te clavaba su atónita mirada:
viste su fondo miserable, horrendo,
y seguías trepando la escarpada
cima del monte y ávido exprimiendo
el duro seno que en la alegre edad
ofrece al soñador la Realidad.

L

Y la virgen feliz de azules ojos
te abrazaba en la cómoda otomana,
ahogando entre caricias tus enojos:
desde la alta princesa á la aldeana
ninguna se libró de tus antojos;
ni aun siquiera la abyecta cortesana
que disputabas á su pobre amante,
como el minero que encontró un diamante.

LI

Madrid, París, Italia, el mundo entero,
cruzaste, siendo un noble en los palacios
y en las caminos un ladrón artero:
jamás contaron tus sentidos lacios
los días, ni las noches, ni el dinero;
entonaba tu voz en los espacios
una canción, y sólo pretendías
largos amores é infinitos días.

LII

En vez de hallar cumplidos tus deseos
siempre encontrabas de terror cubierta,
la verdad con sus pálidos trofeos,
la hidra espantosa con la boca abierta:
y entregado á tus locos devaneos
ante ese mar que la ambición despierta
murmurabas con éxtasis muy hondo:
—¡La perla que yo busco está en el fondo!

LIII

Mueres con la esperanza no extinguida
de encontrarla á través del infinito,
siéndote igual dejar á tu partida
con llanto ó sangre tu recuerdo escrito.
Y más grande que el cielo y que la vida
viste tu encanto juvenil marchito
y agotóse tu genio que hoy asombra
estrechando en tus brazos una sombra.

LIV

Y el día en que aparece el Convidado
de Piedra y dejas que tu mano apriete,
con súbito pavor quedas helado
al celebrarse tu postrer banquete.
Tú eres del hombre el símbolo acabado;
mientras tu mano izquierda se promete
alzar alegre hasta tu labio el vino,
das la derecha al trágico destino.

LV

Ahora comprenderás, lector sensato,
en qué abismo tan áspero y siniestro,
se puede hundir el soñador novato
que pretenda seguir á tal maestro.
Sólo una frase añadiré al relato
que entenderás, pues te supongo diestro:
Hassán amaba lo que amó Don Juan:
lo que Don Juan buscó, no lo cree Hassán.

CANTO TERCERO

¿A dónde voy? ¿Dónde estoy?
(Clásicos franceses.)

I

Juro por Dios que fué mi único intento
referir una acción breve y seguida:
no faltaban dulzuras á este cuento
y acaso viera mi ambición cumplida
dejando mi héroe al público contento:
mas al vuelo lancé tras de su vida
mi pluma, á fin de sorprenderle vivos
sus románticos sueños fugitivos.

II

Mi incomparable táctica ha triunfado
y es un mérito triple haber sabido
ser muy corto, muy largo y muy truncado:
el poema, el asunto, el plan seguido
y los tipos que en él he dibujado,
todo está á medio hacer por mi descuido,
como nos sirve un plato un mozo rudo
de un lado frito y por el otro crudo.

III

El componer para la escena esquivo,
pues no sabría conquistar renombre
y me falta además el genio vivo
y el temple audaz que necesita un hombre,
hoy que miré estrellarse á quien altivo
veinte años conservó su ilustre nombre
y ni una sola vez, ni una siquiera,
lo arrojó su caballo en la carrera.

IV

Los amigos al ver mi devaneo
me aconsejan con risa inoportuna
que la cítara rompa, y á paseo
mande á Hassán de igual modo que á Namuna;

mas yo su historia relatar deseo,
y ya que no he tenido la fortuna
de escribirla, dejadme que la indique,
y otro después, la escriba y la publique.

V

Pues bien; un musulmán acostumbraba
comprar en el bazar donde acudía
dos esclavas por mes; las acostaba
tres veces en su lecho; al otro día
dábales un gran baño; les llenaba
la bolsa, y libertad les concedía
plantándolas en medio de la calle,
donde otro con su amor las avasalle.

VI

Entre las muchas que llegó á tener
hubo una gaditana que robó
de la casa de un rico mercader
un pirata de Grecia á quien gustó;
y que al hallarla sola, sin querer
de su amistad antigua se olvidó,
sacándola engañada con el fin
de embarcarla en su ráudo bergantín.

VII

Hassán la amó con fervoroso anhelo,
pues nunca estuvo en adorar remiso
á las beldades del hispano suelo:
mas ya que despedirla fué preciso,
con dulces frases le brindó consuelo,
le dió un bolsillo de oro y hasta quiso
devolverla á su patria en una nave
que á partir iba con el viento suave.

VIII

Pero llevaba la española hermosa
herido el corazón, y no entendía
su proceder, ni se explicó otra cosa,
sino que era muy guapa y lo quería.
—¿Por qué me lanzas?—preguntó angustiosa.
—¿Para qué me trajiste, si no había
de agradarte? ¡Ay de mí! ¿No ha trasmitido
mi corazón al tuyo ni un latido?

IX

Y al puerto dirigióse en el momento
con el saco que obtuvo en recompensa,
sentándose callada y sin aliento;
y cuando vió sobre la mar inmensa
partir la nave y levantarse el viento
acometióle una congoja intensa,
no halló esperanza á su dolor profuso
echóse el velo y á llorar se puso.

X

Y vió llegar cargadas de cadenas
seis africanas á un bazar impío,
poniéndose á enseñar sus formas buenas
sobre ricos tapices, un judío;
cual peces de oro entre las redes llenas
brillaban; agolpábase el gentío
al local y curtía el sol ingrato
la carne humana que se hallaba en trato.

XI

Aparecióse Hassán en el recinto
y alzándose Namuna huyó enseguida
hacia el hebreo con sagaz instinto.
—Soy rubia— dijo—y puedo ser vendida
tal vez algo más cara, con distinto
pelo, y á fin de estar desconocida
pásame los pinceles que manejas
por el rostro, los ojos y las cejas.

XII

Después con una acción de igual linaje
á la que usó Constancia con Camilo,
se desgarró con su puñal el traje,
diciendo:—Vaya, véndeme tranquilo
sin reparar que el precio suba ó baje.
Y su cadena descolgó del filo
de una verja de hierro y volvió á dar
su corazón al que la fué á buscar.

XIII

Y diré por ser cosa muy sagrada
la verdad, cuya voz me solicita,

que Hassán tuvo á Namuna en su morada,
que la llevó á su lecho el israelita,
que al fin reconoció su frente amada
y esa noche llegó dulce y bendita
que ella siempre y cual único consuelo
de sus desdichas esperó del cielo.

XIV

Sobre todo diré que en este caso
vió Hassán que la mujer guarda en su seno
armas para vencer, y que un fracaso
encuentra el amor propio en el ajeno.
Mas todo aquí depende del acaso,
y nos enseña su episodio ameno
que la ventura que el mortal ansía,
dura una noche, cual la gloria un día.

Guillermo Belmonte Müller.

MADAMA DE PONTIVY

No, no es cierto que el amor sólo tenga un tiempo más ó menos limitado para reinar en los corazones; que después de una época de esplendor y embriaguez deba extinguirse fatal é inevitablemente; que cinco años, como dicen, sea el término más largo concedido por la naturaleza á la pasión satisfecha, que lleva en sí misma el germen de la muerte. No, no es cierto que el amor en los grandes corazones sea algo incomprensible que un nada hace nacer y otro nada desvanece; que esta pasión, la más elevada y la más bella, sea como un precioso cristal que más ó menos pronto cualquier accidente destruye para siempre al quebrarse en el suelo. Algunas veces sucede así; pero cuando el pensamiento y el alma toman en el amor la parte que el amor merece, cuando los recuerdos felices se han apoderado de nuestro espíritu, ningún accidente, ninguna frialdad momentánea son irreparables. El amor, como todo lo que depende del pensamiento, no puede estar á merced de un capricho, de una falta involuntaria; ni tampoco como el cristal se quiebra. Esta clase de imágenes no tienen nada de común con él, porque el amor ni siquiera es un diamante que puede rayarse; es el alma misma, vive de una vida invisible, se cura con sus propios bálsamos, renace de sus cenizas, no ha cesado jamás, marcha hasta la tumba y se eterniza más allá. He aquí el amor que verdaderamente debe llamarse así y que nos ha dejado tiernos ejemplos. Más de uno, y quizá de los más hermosos, han quedado ocultos, porque al verdadero amor le encanta velarse con el misterio. Descubramos, sin embargo, con la delicadeza debida un modelo más, ya muy antiguo, del que por feliz coincidencia poseemos tantos datos, que sólo tenemos el trabajo de la elección. En él veremos todo el ardor y toda la sutileza de este sentimiento eterno; en él veremos, sobre todo, la fuerza de vida y de inmortalidad que

corresponde al verdadero amor; su imposibilidad de morir, su facultad para renacer, su eterna juventud brotando siempre con todas sus flores como nos cuentan de los rosales de Pœstum que florecen dos veces al año. Mad. de Pontivy, antes Mlle. d'Aulquier, huérfana, fué llamada por una tía suya á París y colocada por el favor de madama Maintenon en el colegio de Saint-Cyr. En medio de esta generación parlanchina, ligera y poco apasionada que debía formar la juventud selecta de principios de Luis XV, conservaba su sensibilidad concentrada y adormecida. Una especie de orgullo modesto ó de salvajismo tímido aislaba su alma y hacía que se la desconociese. Se la hubiera creído indiferente por naturaleza, cuando sólo lo era para las pequeñeces de la vida y esperaba algo grande y digno de excitar su sensibilidad. No conoció á Racine, que había muerto siendo ella pequeña, pero vió ejecutar sus obras sagradas y quizá lograron conmover su ánimo, aunque sin gran entusiasmo, como si se reservase para las afecciones serias. Un velo cubría su voz, un velo cubría su alma, y sus ojos, y todas sus bellezas. Su vida debía de ser como esos valles sombríos en los que no penetra el sol hasta el mediodía. Su personalidad no se fué formando por sucesivas gradaciones; de pronto resaltó con todo su relieve: su hora había llegado. Habría podido decirse de ella, cambiando alguna frase, el verso del poeta:

Et la grâce elle même attendit la beauté.

Cuando salió de Saint-Cyr, cuando la muerte de Luis XIV producía la caída de los poderes elevados con tanta complacencia por aquel rey, Mlle. d'Aulquier, que perdía el apoyo de Mad. de Maintenon, fué pedida en matrimonio por un caballero bretón, el cual, al verla, se enamoró repentinamente de ella. Su escaso patrimonio y el deseo vehemente de su tía de desembarazarse de una pupila de su edad, la decidieron á otorgársela. M. de Pontivy se la llevó en seguida á Bretaña, á un caserío de los más tristes. En aquella ocasión empezaron á estallar en la provincia disturbios que pronto se convirtieron en rebelión completa. El apoyo que España prestaba á los sediciosos envenenaba la situación.

La joven de Saint-Cyr, al vivir entre aquellos bretones juzgados demasiado poéticamente por Mad. de Sevigny desde su alameda de *las Rocas*, se dijo á sí misma que la realidad, observada á conciencia en el trato frecuente de la vida común, distaba mucho de lo que ella se había imaginado.

M. de Pontivy se encontraba en el número de los más ardientes y de los más comprometidos iniciadores de la rebelión. Mad. de Pontivy creía amarle, y le amaba quizá con un primer amor débil y poco profundo; entonces ni sospechaba que se pudiese querer de otro modo. Más adelante recordó que un día, una noche, seis meses después de su boda, ella, que generalmente estaba inquieta contando los minutos cuando tardaba su marido en volver, había dejado que diese la hora el gran

reloj sin poner atención en ello, ensimismada en sus pensamientos. Desde dicho día, aquel primer amor, como existencia prematuramente extinguida, había muerto en ella, pero no se dió cuenta de esto hasta más adelante; entonces estaba sencillamente resignada á aquella vida sin pensar siquiera en la protesta. La rebelión abortó como era de esperar. Muchos caballeros fueron detenidos. M. de Pontivy, con algunos más, consiguió escapar por mar y se refugió en España. Mad. de Pontivy marchó precipitadamente á París reclamada por su tía, á quien atemorizaba la sola idea de tener una parienta tildada de rebelde. Mad. de Pontivy no se ocupaba más que de obtener á fuerza de ruegos el perdón de su marido, ó al menos la posesión de los bienes, preocupada por el porvenir de su hija, porque en el primer año de matrimonio había tenido una hija que adoraba con una pasión singular, como nunca la había sentido por M. de Pontivy y dejaba comprender el tesoro de ternura que poseía aquel alma.

Al establecerse en casa de su tía se encontró en una sociedad muy diferente, pero casi tan belicosa como la que había dejado. El período de las intrigas molinistas estaba en su apogeo, y madama de Noyon, su tía, como aliada con los Tencin y los Rohan, enarboló bandera por este partido. Mientras se discutía sobre la Bula y en lo más vivo de sus propias inquietudes por obtener el perdón, cada vez más imposible, de su marido, Mad. de Pontivy encontró en casa de su tía á M. de Murçay.

M. de Murçay era un carácter excepcional, poco comunicativo, que quizá nunca habría tenido ocasión de apreciar Mad. de Pontivy, si con motivo de la angustia conmovedora en que se encontraba, no se hubiese acercado á ella deseoso de servirla y con más vehemencia de la que él acostumbraba. Aliado ó pariente lejano de Mad. de Maintenon, había nacido protestante, pero lo habían convertido, siendo aún niño, á la religión católica. Muy joven sirvió, distinguiéndose mucho en la última guerra de Luis XIV, y mereció en Denain un elocuente elogio de Villars. Su delicadeza, en extremo susceptible, le impidió aprovecharse del favor de su parienta y de las ventajas de su conversión, en la cual, por ser muy niño, no había tenido parte ni voluntad. Se ruborizaba á este solo recuerdo á pesar de no ser ardiente calvinista, como tampoco era ferviente católico; era lo que se llamó muy pronto hombre de buenos sentimientos, inclinado á la filosofía, pero disimulando todo esto bajo su laconismo estudiado. A lo cortés de sus maneras unía un carácter firme y un corazón generoso. Aunque al expirar el reinado de Luis XIV y la devoción reinante se le quitó un peso de encima al verse libre de aquel favor, al que difícilmente podía sustraerse y cuya idea le hería por la vergüenza secreta que le causaba su conversión, sin embargo, sólo veía en la regencia un desbordamiento deplorable y la ruina de todas las costumbres nobles, todo lo cual no impedía que echase de menos por una extraña con-

tradicción, que no es tan rara como parece, aquel régimen que desaparecía. En una palabra, sus costumbres y sus ideales estaban en contraposición con sus opiniones, ó, como se ha llamado después, con sus principios. Esta especie de oposición ha sido luego muy frecuente, pero nunca, según creo, en una naturaleza tan equilibrada, en un alma tan noble como la de M. de Murçay.

Por su clase social y su superioridad personal, había conservado influencia y crédito, un crédito siempre desinteresado. Cuando vió en casa de Mad. de Noyon aquella sobrina joven, bella y sencilla, algo agreste á pesar de haberse educado en Saint-Cyr, tan preocupada por la suerte de un marido que la había colocado en tan cruel situación, y demostrando una abnegación verdadera entre tantas agitaciones ficticias, se conmovió y pidió á la tía permiso para ofrecer á Mad. de Pontivy sus respetos, á la vez que el poco favor de que él podía disponer. Fué bien acogido, y desde luego puso en juego toda su influencia en un asunto cada vez más desesperado.

A fuerza de ver á Mad. de Pontivy interesarse por aquel marido fugitivo, de tratar, por lo menos, de conservar los bienes, utilizando toda su influencia, y de llevar las noticias del poco éxito de sus gestiones á la cliente que quería complacer, la amó, y no pudo dudar de ello una noche que su corazón por propio impulso le vendió. Mad. de Pontivy estaba más hermosa que nunca; la moda de los *pañiers* que adoptaba por primera vez, hacía resaltar, aunque de ello no tenía necesidad, la elegancia de su talle; una languidez más pronunciada que de costumbre suavizaba las líneas de su semblante; tal vez fuera la ligera capa de polvos que cubría sus negros cabellos, ó el amor que despertaba tímidamente en su alma. Acababa de ser motivo de animada conversación la caída del sistema, y los perjuicios que esto originaba á más de un interlocutor, habían animado la discusión. También se trató con no menor celo de la publicación de la Bula. Después llegó el turno á los negocios de Mad. de Pontivy. Cada cual daba su parecer y su consejo. Hay que añadir que la figura y la situación de Mad. de Pontivy empezaba á preocupar; que aquella abnegación tan natural y sencilla en ella, iban haciendo de ella, sin que se apercibiese, la mujer de moda, y que Mad. de Noyon, antes indiferente ó contrariada, se avenía mejor, en su vanidad de tía, con una sobrina que tenía reputación de Alceste. Así, pues, discutieron con detenimiento la mejor manera de obtener alguna ventaja en los asuntos de Mad. de Pontivy, cuando Mad. de Tencin, que acababa de felicitarla por su belleza realzada aquella noche, añadió de pronto como inspirada por una idea luminosa:

—«¿Por qué no ve Mad. de Pontivy al Regente? Al Regente es al que hay que ver.» Una sonrisa rápida y equívoca pasó por el semblante de las mujeres, pero casi todas se apresuraron á repetir: «Al Regente es á quien tenéis

que ver.» Mad. de Noyon, que vislumbraba una nueva perspectiva, acogió este parecer con una facilidad y una satisfacción tal, que parecía no comprender el peligro que podía ofrecer este paso, y hasta la misma Mad. de Pontivy, con toda su candidez, abría la boca para decir: «Pues bien, sí, veré si es necesario al Regente», cuando M. de Murçay, que hasta entonces había guardado silencio, se adelantó bruscamente hacia Mad. de Pontivy, y recogiendo su *bilboquet* (entonces de moda), que acababa muy oportunamente de caer al suelo, se lo entregó diciéndole en voz baja y estrechándole significativamente la mano: «Os guardaréis muy bien de hacer semejante cosa.» Mad. de Pontivy, que iba á consentir, se sonrojó repentinamente, y sin saber por qué, contestó llena de placer: «Me parece que no conviene que vea yo al Regente»; y la opinión de Mad. de Tencin, que iba á ser admitida por unanimidad, fué desechada en el acto. Al darse cuenta M. de Murçay de su acción y de la emoción que sentía, comprendió que amaba.

Mad. de Pontivy también sintió que se agitaba en ella algo desconocido, y cuando al encontrarse sola trató de dar nombre á lo que sentía, la palabra amor se ofreció á su imaginación. Entonces se estremeció, y arrodillándose en un reclinatorio, escondió el rostro entre las manos. Al día siguiente por la mañana, sin darse cuenta del motivo, abrazaba á su hija con más frecuencia y la niña aumentó sus temores diciéndola:

—¿Por qué hoy me quieres más?

Sin embargo, se tranquilizaba al pensar que todos los pasos y todas las conversaciones de aquellos últimos días habían tenido por objeto la libertad de M. de Pontivy, ó por lo menos la conservación de sus bienes y el honor de su casa. Pero resultaba que, empezando por ocuparse solamente de M. de Pontivy, concluía por admirar cuán delicada era la conducta de M. Murçay, que amándola (estaba segura de ello), trabajaba lealmente por la vuelta y por los intereses de su rival. La palabra rival era un dardo que la estremecia mostrándola el peligro. Esto no impedía que en la inmediata visita, queriendo hablar con M. de Murçay solamente de los medios de salvar y de traer al ausente, lo olvidaba sin darse cuenta de ello por completo, gozando con el encanto de aquella conversación tan fina, entretenida y variada, aunque versaba siempre sobre el mismo tema.

Luchaba en vano contra una pasión de la que no se habría creído capaz y que descubría cuando ya se había apoderado de su corazón. Su salud se alteraba, pero la misma languidez y palidez de sus facciones aumentaba su encanto.

Al llegar la primavera, se instaló con su tía en una casa de campo bastante lejana, y M. de Murçay, que se había quedado en París hasta la terminación del asunto, llegó una tarde del mes de Mayo para anunciarles el resultado. Las señoras estaban en el jardín y fué á buscarlas al cenador. No hizo más que saludar á Mad. de Noyon,

á quien habían avisado que la esperaba una visita en el salón, y se encontró frente á Mad. de Pontivy, que no le aguardaba. Estaba sentada, ó, mejor dicho, recostada sobre un banco al pie de una estatua del amor que parecía iluminarla con su antorcha, en una postura que hubiese envidiado una ninfa. Pudo contemplarla algunos instantes sin que ella se apercibiese. Al sentirle se levantó, adelantándose confusa.—«Acabo de llegar—la dijo;—el perdón completo ha sido desechado, sólo se ha podido conseguir el destierro perpetuo, y á este precio se conservan los bienes.»—«¡El destierro!»—dijo ella, y señaló una carta que acababa de recibir y que estaba entreabierta sobre el banco del cenador. M. de Murçay, animado por aquel signo, la tomó y la leyó, sabiendo por la lectura que M. de Pontivy era quien escribía diciendo que en caso de destierro definitivo esperaba que se reunirían en España. «¿Pensáis partir?»—exclamó él. Y la interrogación desaparecía ante el ruego.

—«¡Oh! Así debía de ser—respondió llorosa...—por él, por mí y hasta por mi hija, pero... no puedo... no puedo.» Y ocultaba su cara entre las manos sollozando. El se aproximó, puso una rodilla en tierra, la tomó una mano, estrechándola con respeto, y sin levantar los ojos, la dijo:

—¡Que partáis ó que os quedéis, mi vida es vuestra para siempre!

Mad. de Noyon, que no tardó en volver al cenador, interrumpió la escena. Los padecimientos de Mad. de Pontivy se trocaron gradualmente en una deliciosa melancolía, que por fin el amor hizo desaparecer. M. de Murçay tenía una posesión cerca de la de madama de Noyon. Tía y sobrina fueron á visitarle y pasaron en su casa una semana entera, durante la cual pudo gozar á cada momento, en sus jardines y en sus prados, del inefable placer de un amante rendido que recibe en su casa á la que ama. Respecto á ella, la sola idea de haber dormido bajo el mismo techo que él, bajo el techo de su amigo, le causaba gran alegría, enterneciéndola hasta derramar lágrimas.

El invierno en París les proporcionó muchas ocasiones de encontrarse, tanto en casa de Mad. de Noyon como en otras partes. Arreglaron su vida sin que pudiese llamar la atención. La asiduidad de M. de Murçay cambió poco la situación exterior de Mad. de Pontivy. Cierto que la más prudente discreción dirigía sus relaciones. Además, la sociedad se empeñó en ver una heroína conyugal en Mad. de Pontivy, y no varió en su opinión. Mad. de Deffand llegó á decir un día: «Respecto á Mad. de Pontivy, ya sabemos que no se ocupa más que de los ausentes.»

El amor, tal como puede estallar en un alma apasionada, iluminaba los días de Mad. de Pontivy. Todo lo demás había desaparecido á sus ojos; no vivía más que por él. Los artificios de la coquetería, sus prohibiciones seductoramente irritantes, eran desconocidas para ella. El alma sola le bastaba, ó al menos así lo creía; pero cuando su amigo la demostró cuánto padecía, no resistió

y se entregó por completo, no por ella, sino porque quería ver completamente feliz al que amaba. Los meses de invierno hacían más difíciles sus citas, por estar rodeados de una sociedad observadora; pero ella no sufría ni se quejaba de aquellas molestias con tal de verle. Era completamente dichosa cuando podía, durante alguna ausencia de Mad. de Noyon, pasar un día entero á su lado, bajo pretexto de ir á la Visitación de Chaillot para ver á una amiga de la niñez, y entonces deseaba con pasión días y noches como aquéllas. Tampoco era menos dichosa cuando le veía media hora en cualquier reunión rodeados de gentes que impedían toda confidencia, y esta felicidad, debida á la sola mirada ó á la presencia del ser amado, la satisfacía por completo, colmando sus deseos. Hay venenos tan violentos, que una sola gota mata como puede hacerlo una fuerte dosis. Su amor, en sentido contrario, era para ella uno de estos generosos venenos; la violencia del filtro inutilizaba la medida. Tanto gozaba con un cuarto de hora silencioso, como hubiese gozado con una eternidad compartida.

M. de Murçay también estaba satisfecho, pero la dicha tiene sus matices distintos en cada persona; en él eran pálidos. Pronto se mezclaba una especie de tristeza que quizá aumentaba el encanto, pero que ocultaba el resplandor. Este era el aspecto habitual de su amor; nada faltaba, pero cierto entusiasmo deseable no lo coronaba. Aquel espíritu tan delicado, aquella alma tan tierna, que tanto había sabido conseguir en los preliminares de la pasión, ahora reposaba con placer y se perdía ante la luz brillante de su amiga, como la estrella de la mañana en una magnífica aurora. Mad. de Pontivy, á veces notaba aquellas sombras de un corazón tan enamorado y daba sentidas quejas, muy pronto calmadas por convincentes palabras y aún más por ardientes suspiros. Además, el sol que en ella resplandecía todo lo iluminaba. Así, pues, eran felices sin que las gentes sospechasen ni los importunasen. Ni sombra de celos entre ellos, ninguna vanidad; ella toda entusiasmo, él confiado y tranquilo. La historia de los afortunados tiene poco que contar; así pasaron años.

Sin embargo, llegó el caso de que la diferencia de caracteres se manifestase. Para Mad. de Pontivy no existía más que la pasión; con tal que la pasión reinase, tuviese su día, su hora, ó sólo una palabra al descuido, ó una mirada, todos los sacrificios, todas las ausencias y todas las contrariedades eran nada para ella y las juzgaba de tal precio, que no había con qué pagarlas. M. de Murçay á pesar de creerlo así también, padecía con la pesadez de aquellas horas, solamente ocupadas por futilezas. Espíritu libre, brillante, concluyó por revelarse en aquella fábrica de intrigas molinistas, cuyo centro, cada vez más animado, era la casa de Mad. de Noyon. Antes se reía, pero ahora se irritaba, porque le era preciso adorar á Mad. de Pontivy en aquel marco, del que la separaba constantemente con el pensamiento. Su cri-

terio tan justo, exageraba algunas veces sobre este punto, y cuando se representaba á su querido ídolo en medio de aquella hoguera teológica y la recomendaba tuviese cuidado no fuese á quemarse en ella, Mad. de Pontivy, le demostraba su exageración nombrándole á las Deffand, las Caylus y las Parabere, sin contar con ella misma, que á veces iluminaban con un rayo de alegría aquella monotonía de Bulas y de Concilios.

La sociedad que él hubiera preferido era la de aquellas damas cuyos nombres Mad. de Pontivy le citaba, y aun mejor la de Mad. de Lambert y M. de Fontenelle. Se inclinaba decididamente por el modernismo, y en los círculos donde el modernismo imperaba hubiera deseado ver á Mad. de Pontivy.

De vez en cuando llegaba una carta del marido que turbaba la tranquilidad habitual, siendo á manera de punto negro en el horizonte de aquel amor; pero como el sol de verano rechaza las nieblas, la ternura de Mad. de Pontivy se sobreponía á estos temores. Su amante, menos ardiente, aunque tan sensible como ella, no ocultaba su preocupación. Por una delicadeza excepcional, así como en un principio se habían ocupado tanto de aquel marido, único asunto de que entonces trataban, después que se confesaron su amor jamás lo nombraban, como no fuese imprescindible. M. de Murçay, que era el que más presente lo tenía, evitaba hablar de él ó lo hacía sin nombrarle, y hasta creo, en verdad, que después de la declaración en el cenador, jamás le llamó por su nombre en las conversaciones íntimas. Sin embargo, esta idea era una verdadera espina clavada en su corazón.

Mad. de Pontivy no era exigente; pero como estaba apasionada, creía necesario y sencillo que M. de Murçay ocultase sus opiniones para no enojar á su tía que cada vez era más absolutista, dando ocasión á que sus relaciones se hiciesen más dificultosas.

Poseída por su única idea, en todo buscaba pretextos para sus fines, y no concebía que por afición á la filosofía, ó por una opinión cualquiera sobre los oráculos ó los milagros y á veces sobre el sombrero del abate Dubois, se originase un contratiempo en lo más esencial y sagrado. El contestaba á esto dándole mil explicaciones.

—Amiga mía, estoy tan apasionado como vos; entre nosotros sólo existe diferencia de naturalezas que tenemos que aceptar. Vos sois, bien lo sabéis, el sol que me ilumina; yo soy el astro que recibe vuestro reflejo, que oscurecéis y que no veis brillar. Pero aunque esta sea mi manera particular de ser, no olvidéis que el hombre posee diversas facultades, y que aun el amor más absoluto siempre deja lugar á un amante reflexivo para observar. Tratemos, pues, de hacerlo bajo el mismo punto de vista hasta de lo que no se relaciona con nosotros. No hablo solamente de lo concerniente á la honradez y á la justicia; pongámonos de acuerdo y hablemos de todo, incluso de obras del entendimiento, á fin de que nuestras almas se compenetren. Vea-

mos con claro juicio los sucesos más indiferentes para nuestro amor y así apreciaremos el nuestro en todo su valor. Cuando leéis á Mad. de Motteville ó á Retz que tanto os encantan, nos es muy grato encontrar unánimes nuestros pareceres y gozamos, como nos sucedía días pasados, cuando hablábamos paseándonos separados por el vallado de flores. Se descubre uno por entre algunos claros del follaje, se cambia una mirada, se estrecha la mano y se continúa oculto por la cortina de verdura.

Así la hablaba con frecuencia, tratando de ser elocuente para calmar por algún tiempo aquella exaltación constante, y cuando lo conseguía eran completamente felices. Pero como la ilusión de nuevas perspectivas es indispensable aun en el reinado del amor, cuando éste se prolonga, estas figuras, que de lejos bajo su elegante dosel y sus bóvedas floridas nos parece que realizan el ideal de toda una vida de amor, envidian á su vez á otras personas que á su entender han formado una unión más dichosa. Habrían querido vivir en tiempo de Ana de Austra, antes de la Fronda ó en la corte de Mad. Enriqueta durante sus viajes á Fontainebleau, y en los últimos encantadores años de Luis XIV en los laberintos todavía iluminados de Versalles; entre Mad. de Maintenon y de Montespan. Estaban completamente de acuerdo en estos deseos y trasladaban á aquella época su dicha presente. En esto consistía su novela, porque la novela no se forma nunca en el día en que se vive; en la juventud la constituye el día siguiente, más tarde la víspera y el pasado.

A los cariñosos argumentos de M. de Murçay, Mad. de Pontivy, encantada y sonriente, respondía que tenía razón, pero en el fondo no quedaba convencida; volvía siempre á su constante idea de que la pasión lo es todo y lo demás insignificante y secundario; ó bien concedía que las observaciones de M. Murçay eran justas y que ella debería de ser más juiciosa y menos exaltada, cosa que procuraría conseguir; pero con esto tampoco se conformaba M. de Murçay.

Resultaba que sobrevenían graciosos altercados, y á veces tiranteces y frialdades reales que terminaban en paces apasionadas. El entusiasmo de la reconciliación les hacía ser menos prudentes, cosa que pudo serles fatal. En aquellos momentos de verdadero delirio era capaz de descubrirlo todo. La muerte y la ruina le parecían insignificantes y ansiaba morir con él; llegó hasta desear un hijo, pero esta prenda tan peligrosa le estaba negada: una caída que había dado hacía pocos años sin dejarla dolor ni señal, produjo algún desarreglo en todo su ser.

Este amor contaba ya varios años de existencia y componía, á pesar de todo, un ejemplo de rara felicidad disfrutada sin infidelidades ni coqueterías y sin contrariedades sociales. Sólo por exceso de amor solía turbarse por breves momentos.

Una noche estaban en una gran fiesta que daba en Sceaux la duquesa de

Maine, cuando al volver de la prisión abrió nuevamente su corte. La fiesta era espléndida, la noche estrellada rechazaba con su claridad el brillo de las bujías que quería competir con ella. Los paseos por los jardines se habían prolongado hasta tarde, oyendo las músicas ocultas entre la verdura, y las parejas que se cruzaban, los reflejos del follaje, las extrañas y graciosas sombras sobre el césped completaban la magia del cuadro, en el que no podían faltar los dos amantes. M. de Murçay, después de mil tentativas y rodeos, se despidió de Mad. de Pontivy porque tenía que volver á París aquella misma noche llamado por un asunto urgente; prometía estar de vuelta en Sceaux á la hora de levantarse aquellas damas: ella le dijo sorprendida:

—¡Cómo! ¿no os quedáis?

—Es imposible—respondió—lo he prometido. Y volvió á repetir que estaría de vuelta cuando ella se levantase. Cometió M. de Murçay una torpeza indisculpable en un amante; no se le ocurrió la idea de poder dormir bajo el mismo techo, aun sin esperanzas de más tiernas caricias. Al siguiente día estaba allí; había vuelto á toda prisa, pero esto no disipó la mala impresión de ella. Aspiró tristemente la rosa y el reseda matinal que él la ofrecía, y le recordó la impresión deliciosa que la produjo dormir bajo el mismo techo en otra ocasión memorable para sus amores. «Oh, entonces no habríais hecho lo mismo», repetía. El comprendió que había faltado, se confesó culpable de no haber sabido apreciar desde el primer momento el placer de aquella impresión. La pasión de Mad. de Pontivy se resintió, y procuró calmarla, según decía, para ponerla al nivel de una ternura razonable.

Otras veces la decía «¡Creedme! el tiempo pasa, el corazón se marchita aun siendo dichoso; dentro de poco ya no tendré que esforzarme para extinguir en mí esto de que se queja vuestra tranquila afección, la llama imprudente en que se abrasa.» El la animaba rogándola que no variase, que por su manera de ser la amaba; que se creería para siempre desgraciado viéndose objeto de una pasión menos ardiente. Ella le creía un momento, pero al día siguiente volvía á su preocupación y le decía. «Antes, en mi amor de veinte años, creía que no había nada imposible para el hombre que amaba, tratándose del objeto amado; amigo mío, era pura ilusión. Al envejecer, reflexiono y conozco que me he equivocado; pero no tenéis que recibir mi perdón, de nada sois culpable.» Combatiendo aquella desaminación que creía injusta, obtenía M. de Murçay alguna tregua y renacía la esperanza de borrar para siempre aquellas melancolías, á impulso de un nuevo destello de la pasión. Al llegar un otoño seguía confiado y seguro de no haber desmerecido nada en la pasión que inspiraba á su amante.

Mad. de Pontivy acompañó á su tía al campo, donde no podía ver durante la temporada á M. de Murçay, á quien también alejaban de Mad. de Noyon

ciertas manifestaciones un poco vivas emitidas por él respecto á las ideas que aquella señora sustentaba. Se estableció él también en una casa aislada que no era la misma en que había recibido la primera vez á su amiga. En aquella ocasión, sin causa aparente y disfrutando de una tranquilidad triste y dulce, estuvo á punto de sobrevenir una revolución en aquellos amores. Las cartas de Mad. de Pontivy eran menos frecuentes y más tristes; se alimentaba de melancólicos recuerdos. Empezaba á sentir escrúpulos, á querer guardar las conveniencias sociales; pretextos involuntarios que la sugerían sus sentimientos lastimados. Pensaba en su hija, todavía en el convento, pero que no tardaría muchos años en salir; pensaba en su marido, que estaba entonces en América, probablemente desgraciado y quizá sin querer volver á Francia, pero que, sin embargo, después de la muerte del Regente se podía intentar algo hablando al duque. Todas estas ideas nacían y se desarrollaban en su imaginación, llenando el vacío que sentía. No luchaba, y se dejaba invadir por ellas, reservando únicamente en su seno una afección profunda. «¡Oh amigo mío, escribía ella, qué mujer tan amante y vehemente ha muerto en mí! No creáis que puedo dejar de amaros, siempre sois el ser necesario á mi existencia... pero vuestra Hermione no es ya más que una sentimental Aricia. ¡Amigo mío, he sufrido mucho!» El, sin dudar de ella, sin creer en la muerte de su amor, advertía un cambio notable. Se decía que ya no le amaba tanto, que no le amaba como en las anteriores ausencias, que alguna cosa le alejaba de él, y repitiéndose esto en las alamedas donde pasaba los días, tropezaba contra los árboles, aspiraba el suspiro del viento á través de las hojas levemente mecidas y se sorprendía deseando encontrarse en otros Elíseos fúnebres sin guardar pasiones ni recuerdos. La crisis fué grave; aquel amor sin infidelidades, sin temores, sin accidentes exteriores, moría irremisiblemente por consunción. Respecto á M. de Murçay, su pasión, algo eclipsada durante el esplendor de la de ella, empezaba á brillar en una de sus fases más tiernas, y aquella temporada solitaria le causaba una melancolía inexplicable que Mad. de Pontivy no podía apreciar en toda su extensión ni aun por las sentidas quejas que recibía en las cartas.

Todo era para él motivo de recuerdo. ¡Si lo supiese ella! ¡si le siguiese en sus paseos por el bosque! Una mañana salió según costumbre; los últimos días habían sido abrasadores; se dirigió á su sombría alameda, aunque aquel día era más fresco y cubría el cielo un velo de ligeras nubes. Por primera vez reparó en algunos árboles que ya habían cubierto la tierra con sus hojas amarillas, ¡oh! no, no ha llegado el otoño todavía, es que el sol ha abrasado á este pobre arbusto que se deshoja antes de tiempo. Por la tarde, cuando desaparecieron las nubes y vió hacia las colinas sobre un horizonte transparente y frío la luna naciente,

comprendió que, en efecto, llegaba el otoño aquel año más pronto, lo que tomó por presagio, y se preguntó y preguntaba al astro nocturno, al pálido cielo, á la noche, si había llegado también el otoño del amor.

Aún llegaban momentos más sombríos y desesperados cuando el silencio de Mad. de Pontivy se prolongaba demasiado después de una carta apasionada escrita por él. Entonces huía á los parajes más solitarios sin saber hacer otra cosa que repetirse á sí mismo estas palabras: *¡Ya todo huyó de mí, dejadme solo!*, y para continuar su queja y decirla por entero habría necesitado las lágrimas de Orfeo.

Los pensamientos conturbados que exponía á Mad. de Pontivy recibían contestación delicada y sentida pero cada vez más desanimada. Al terminar el otoño volvió á París, y esperaba para presentarse en casa de Mad. de Noyon, de quien se había separado con alguna frialdad, una palabra, una indicación de Mad. de Pontivy, que también había vuelto. No sabía qué hacer y trataba de dar un paso atrevido, cuando una noche, al entrar en casa de Mad. de Ferriol, donde se había reunido mucha gente, encontró á Mad. de Noyon y á su sobrina que ya habían llegado. Su vista descubrió desde la primer mirada á Mad. de Pontivy, y con trabajo pudo contener su emoción.

Estaba rodeada de mujeres, bastante próxima á la chimenea, de la que la separaba un solo sillón, ocupado. También parecía ella bastante emocionada, y seguramente estaba propicia á otorgarle una entrevista. Ella no se movió de su sitio. Después de una hora de espera, de palabras entrecortadas y frívolas, de las que se desprendía la ansiedad contenida, después de soportar algunos dardos de Mad. de Noyon y haber hecho unas paces que diesen tregua, M. de Murçay se dirigió á Mad. de Pontivy, que seguía rodeada de gente, y la dijo en alta voz, para que la vecina sentada junto á la chimenea le oyese, que deseaba hablarla un instante de lo que ella sabía, y que la rogaba fuese antes de marcharse. «Desde luego»—respondió Mad. de Pontivy. Y la vecina, que comprendió lo que deseaba, se levantó pasados algunos minutos. M. de Murçay se sentó apresuradamente al lado de la que no podía creer separada de él. La conversación empezó en términos tan apasionados, como lo permitía el lugar en que se encontraban; y con miradas que, á pesar suyo, velaban las lágrimas, la dijo: «¿Será posible que, en efecto, haya llegado el término de nuestro amor? Primero la tardanza en escribirme, después el silencio absoluto. Hoy, si no insisto, faltando quizá hasta á las conveniencias sociales, habría perdido la primera ocasión de hablaros. ¿Es posible que vuestro corazón no haya volado á mi encuentro? Cierto que he cometido faltas, que he tenido frialdades y negligencias, lo confieso y lo lamento, ¡pero qué implican, y cuánto me las he reprochado! Mucho me han hecho sufrir; las habría recogido apenas pronunciadas, pero la gente observadora que nos rodeaba me contenía, y, además,

mi fe en vos lo salvaba todo, creía en un fuego perpetuo y purificador; creía en un abismo sin fondo, donde ninguna de mis culpas se amontonaba. ¡Oh, señora—añadió levantando de vez en cuando la voz al pronunciar esta palabra (porque había que ocuparse de las gentes que les rodeaban)—esta amistad, esta afección eterna que me ofrecéis con fidelidad, con una fidelidad que creo en ella como siempre, no la desprecio, no la rechazo con desdén, pero esa afección no puede satisfacerme. Me deja huérfano y triste, comparándola con lo gozado. No quiero que me améis así, no, y si los obstáculos que separan nuestra existencia desapareciesen, si aquél que está en América muriese mañana en su destierro, no querría, al precio de esta ternura que me ofrecéis sin pasión, disfrutar de las dulzuras de una vida compartida. No; me amaréis como antes, ó seré desgraciado para siempre. El recuerdo de la pasión perdida es más hermoso que este tibio sentimiento. Partiré, haré largos viajes; volveré á aquel pedazo de tierra donde fuisteis mía; no os veré jamás, pero viviré en el pasado, y mi vida será una desolación eterna y fiel.» Al hablar así recobraba todo su poder en aquel corazón, que volvía á verle como en tiempo de los primeros encantos. Aquella naturaleza sensible, al lado de aquella otra más apasionada, pero cansada, le devolvía los ardorosos rayos que de ella había recibido durante tanto tiempo, y le miraba enternecida. «Basta—le dijo—mañana á las once, en Chaillot.» El se retiró, tan impaciente y emocionado, como en los primeros tiempos.

Al día siguiente, á las doce, bajo un cielo sonriente, paseaban juntos por una calle solitaria y todavía frondosa, de un vasto jardín sin cultivar en el que se encontraban solos. M. de Murçay, continuando el discurso de la víspera, resumía diciendo: «No es posible que todo esto desaparezca en un día... sin causa... por una palabra dicha ú omitida sin intención, por una falta indefinible que ni se puede señalar el momento en que se ha cometido. ¡El amor hecho pedazos como un sencillo mecanismo, como una porcelana que se cae de las manos! ¡No! ¡No es posible que lo creáis!... Dejadme obrar á mí, amiga mía, y olvidad, olvidad solamente. Prometedme que nada ha concluido, suponed que nada ha comenzado. Seréis Silvia; quiero conquistar de nuevo vuestro corazón. Quiero ganar paso á paso las escaleras de mi trono. Lo conseguiré, no me conoceréis, creeréis que amáis á otro, y sólo cuando triunfe y comparéis, veréis que soy el mismo. Dejadme, quiero resucitar en vos al amor, ese niño muerto según decís, y que sólo está dormido.» Ella escuchaba extasiada y silenciosa, levantando con el dedo el encaje negro que la velaba, y no perdiendo nada de lo que añadían las miradas. «¡Oh! permitid—la decía cogiendo su mano con el mayor respeto y cariño—decid que me permitís cobrar ánimo, decid que trataréis de amarme y que me concederéis hacer lo posible por convenceros.» «Pues bien, trataré—le respondió con

inefable gracia—y permitiré. Hasta esta noche en casa de mi tía.» Y se escapó corriendo hacia la puertecilla que daba al convento vecino, dejándole sorprendido con su repentina partida, y como si en esta nueva etapa que imploraba, empezase á ensayar las inocentes coqueterías de los primeros encuentros.

No tuvo que esforzarse mucho ni refinar los ardides; la llama brotó naturalmente, donde el fuego no había cesado. Los dos ponían más cuidado en complacerse mutuamente y no darse el menor motivo de queja. Reanudó sus visitas en casa de Mad. de Noyon, y á todas partes adonde iba aquel invierno Mad. de Pontivy, era el primero que encontraba á su llegada y el último que veía á la salida. La rodeaba de atenciones afectuosas, con una jovialidad y un entusiasmo que nunca había conocido en él, pero que, una vez observados, disfrutaba en todos sus detalles. Todo lo juzgaba con mejor criterio, y más agradecida que en la época de su ciego ardor. Había ocurrido un ligero cambio de papeles; se habían prestado uno á otro alguna cosa de ellos mismos que se amalgamaba en este segundo florecimiento de su pasión, ó, mejor dicho, llegaban á la verdadera y completa fusión de sus almas. Sin embargo, ella seguía retraída. En los primeros días de la primavera, fueron á pasar en Sceaux una semana. La pequeña corte se encontraba en todo su esplendor. Un día, después de la comida, giró la conversación, como solía suceder con frecuencia, sobre cuestiones del corazón, y se trató de las condiciones y duración del amor. Se nombraron competentes autoridades; se citó al gran Condé, que ya entonces era duque de Enghien, émulo de Voiture y de Mlle. de Scudery; se citó también al duque su hijo, á la casa de Gourville y á la de Saint-Maur, competidores por el ingenio de madamas de Coulanges y de Lafayette: Mad. de Maine, como verdadera Condé, poseía todas estas cualidades. Cuando se trató de la duración del amor, aun del más fiel, Mad. de Deffand, sin poder contener su espíritu burlón, dijo que la mayor eternidad, cuando de eternidad se trataba, era la de cinco años, y como algunos protestasen de aquel lustro medido con compás, M. de Malezieux, el oráculo que había conocido á La Bruyère, citó las siguientes palabras: «En amor, no existe más razón para dejar de amarse, que el haberse amado demasiado.» M. de Murçay y Mad. de Pontivy, se miraron sonrojándose; callaban, preocupados por un mismo pensamiento más grave que todas aquellas conversaciones. Se discutió todo lo imaginable, pero generalmente, se atenían á la máxima de La Bruyère y á la idea epigramática de Mad. de Deffand, cuando madama de Maine, dirigiéndose á Mlle. de Launay, la dijo: «Y vos, ¿qué decís de esto, Launay?» «Yo—respondió con aquel tono alegre y candoroso que tanto la distinguía:—En asuntos de amor, sólo sé una máxima: lo contrario de lo que se afirma es siempre posible.»

Pasado un rato, M. de Murçay y madame de Pontivy que sentían necesidad de verse, se encontraron por instinto en un sitio solitario del jardín. Se arrasaron sus ojos en lágrimas y cayeron uno en brazos del otro. Pasada la primera expansión y renovación confusa de promesas, M. de Murçay hizo reparar á su amiga que aquel cenador en que se encontraban era semejante al que ocupaban cuando se declararon la primera vez su amor. Lo mismo que en el otro, había una estatua del amor; pero el dios, efecto sin duda de las iluminaciones de la noche, levantaba y cruzaba sobre sus cabezas dos antorchas.

—He aquí nuestro segundo amor—dijo él.—¡Oh, no, no ha llegado todavía el otoño!

Así disfrutaron varias primaveras, y en aquella armonía restablecida hubiese sido imposible adivinar sus primeras diferencias. La pasión en ella era más tranquila, en él más fogosa. A los dos les poseía la embriaguez de la dicha, más razonadora, pero al fin, embriaguez. El marido, que seguía en América, murió; pero ya era tarde y se encontraban tan felices, tan enamorados del pasado, que temieron perturbar su felicidad, de la que desaparecía hasta el lejano temor. Además, su hija había crecido y á ella era á quien había que casar. En efecto, se casó, pero murió muy pronto, al tener el primer hijo. Fué una pena horrible que estrechó aún más el lazo que les unía, si posible era. Así avanzaron en los años que pueden llamarse crepusculares, y en los que un velo debe cubrirlo todo, hasta los sentimientos que cada día son más profundos y más sagrados.

C. A. Sainte-Beuve.

EL ATAVISMO MORAL

I

Hay verdadero placer en discutir con un espíritu sincero y reflexivo, de convicciones libres de apasionamientos y tan desinteresadas como firmes, cuya fijeza se despliega en una variedad inagotable de ingeniosos desenvolvimientos servidos por una vasta erudición. Tal es M. Colajanni, y ese es el motivo para que yo, aunque me felicite altamente de estar de acuerdo con él en muchos puntos y de poder apoyarme frecuentemente en el resultado de sus sólidas disquisiciones estadísticas, aproveche la ocasión que se me ofrece hoy para contradecirlo un poco á propósito de sus ideas sobre el *atavismo moral* de los delincuentes.

Pero antes de todo, comienzo dedicando á su hermoso libro acerca de la *Sociología criminal* (1) los elogios que merece. Nunca la cuestión del tipo físico de los criminales, ni la de las relaciones del crimen con la locura, la epilepsia, la degeneración y la herencia habían sido examinadas con tanta minuciosidad, ni desde tantos puntos de vista diferentes, ni aclarados por la luz de tantas cifras y de documentos tan varios, todos de buen origen, como ahora. De este examen concienzudo se deriva la prueba de que las causas sociales del delito arrancan muy frecuentemente de predisposiciones naturales. Pero con su tesis acerca del atavismo moral parece que el autor se pone en contradicción parcial con ese resultado general de sus trabajos. Hagamos patente en pocas palabras lo que la posición adoptada por él y por él defendida con ingenio tiene de singular.

A sus ojos, el delincuente ¿es un loco? No (pág. 407). ¿Es un loco moral especialmente? Tampoco. ¿Es un epiléptico? Menos. ¿Es un enfermo? ¡Extraña enfermedad que en otras latitudes constituiría una excelente salud! ¿Es un degenerado? Más bien un regenerado, en cierto sentido, si es

(1) *La Sociología criminal*, del Dr. Napoleón Colajanni (Catania, Filipo Tropea, 1889.)

verdad que la moralidad nos separa del tipo intelectual primitivo de la humanidad y que la inmoralidad nos vuelve á él. Un mapa de Italia por regiones, en el que figuran las cifras de la delincuencia comparadas con las de las licencias concedidas á quintos por defecto de talla y por diversos vicios corporales de naturaleza eminentemente degenerativa, nos hace ver que no existe ninguna dependencia entre la criminalidad y la degeneración. Aquellas minuciosas investigaciones (páginas 300-307) llevan á esta conclusión: las provincias italianas que se distinguen por la salud física y la perfecta conformación orgánica, también se señalan por la superioridad criminal, y en aquellas donde, por lo contrario, la degeneración cunde, la moralidad relativa reina. Entonces ¿qué es el criminal? M. Colajanni responde volviendo á tomar la primera tesis de Lombroso, pero no refiriéndose más que á la mitad. El criminal es un neosalvaje ó un neobárbaro, un aparecido del tiempo de nuestros remotos ascendientes. Solamente que hay que guardarse de ver en él un salvaje en el sentido físico de la palabra; no lo es más que en el sentido moral.

El atavismo físico es aquí una explicación doblemente ilusoria, tanto porque supone gratuitamente la existencia de un tipo físico propio de los delincuentes, como porque si ese tipo físico fuese real, compuesto de deformaciones y de vergonzosos estigmas, su semejanza con los caracteres corporales de nuestros primeros padres sería la hipótesis menos verosímil. Pero el atavismo moral puede y debe sostenerse; porque hay una grande analogía, moralmente, entre los salvajes que aún existen y nuestros criminales civilizados; y para corroborar esa asimilación podemos completarla con la analogía de los dos con los hijos, reproducción ligera del pasado moral de nuestras razas, y con las *gentes del pueblo*, retardadoras de la civilización. Entre paréntesis: esta última consideración, hecha por la pluma de un socialista demócrata, no deja de tener originalidad.

Pero ¿cómo—quizá se diga—puede ser el delincuente una reaparición atávica (1) del salvaje, ó del bárbaro moral, cuando no lo es también del salvaje ó del bárbaro físico? ¿De qué modo puede singularizarse, hasta ese punto, por la naturaleza de sus sentimientos y de sus actos, si nada, en las formas de sus órganos, y especialmente de su cerebro, ó, si se quiere, de su cráneo, le particulariza, á lo menos en la mayoría de los casos? ¿Por acaso todo carácter moral no está ligado necesariamente á un carácter corporal? ¿Por acaso toda variación intelectual no entraña, no implica una variación corporal? Véase lo que á este propósito nuestro autor contesta. Extiende, eleva el estudio del tipo criminal haciéndolo entrar, como un simple caso particular, en el estudio general de la correlación entre la función y el órgano. Para él

(1) Perdónese el neologismo, formado, como *atavismo*, de *atavus*, abuelo.—(N. DEL T.)

ninguna función está ligada á un órgano especial, á lo menos á un órgano que nuestros ojos y nuestros instrumentos de observación puedan alcanzar (1). Eso es verdad respecto de las funciones nerviosas, pues no están localizadas ni son localizables en compartimientos determinados del cerebro. Además, la relación entre el órgano y la función, cuando existe, proviene de que la función con el tiempo se ha creado su órgano y continúa creándoselo, pero no de que el órgano se haya hecho y se haga su función. Este punto de vista encuentra su aplicación y su confirmación en sociología, donde se demuestra evidentemente que la guerra ha dado origen al militarismo, pero no lo contrario, y donde se observa que la naturaleza de la actividad dominante, agrícola, comercial, industrial, da á las instituciones su carácter propio, de modo igual que la evolución de cada literatura imprime á las lenguas su sello.

Así, aun admitiendo que hubiese una filiación anatómica ligada á las anomalías psíquicas de los malhechores, no podría pedírsele el secreto de las inclinaciones de éstos. Pero ese lazo es imaginario; cuando más se habrá podido localizar cerebralmente las facultades de los sentidos y ciertas facultades más elevadas, pero elementales todavía, no es seguro que la del lenguaje merezca el lugar á que Broca la ha confinado; á lo menos es seguro que la inteligencia y la memoria están diseminadas en todo el cerebro, en vez de estar encerradas en una determinada parte; cuanto al sentido moral, al instinto moral, al carácter moral ó como quiera llamársele, es, de todas las funciones del alma, la menos susceptible de localización, y es una extraña idea la de querer situarla á derecha ó á izquierda, más próxima ó más separada de la frente. Tanto valdría colocar la tristeza ó la alegría, como se ha pretendido, en las regiones temporales ó esfenoidales, y quizá la idea de encerrar la moralidad en una cualquiera circunvolución sería aún más ridícula, porque el sentido moral es de fecha demasiado reciente para que pueda haber tenido tiempo de crearse un órgano especial... Además, nada hay más independiente de los cambios físicos experimentados por una raza que las variaciones de su moralidad. No debemos, pues, de admirarnos si con arreglo al testimonio de los sabios más autorizados, la constitución física y especialmente del cráneo de cada raza humana, permanece estacionaria desde hace muchos centenares ó mi-

(1) Con respecto á la falta de relación entre las perturbaciones de la función y la deformación del órgano, Colajanni hubiera podido citar á Feré, contradictor suyo, sin embargo, en todo lo que concierne á la criminalidad - degeneración: «Las histéricas, nos dice (*Degeneración y criminalidad*, página 72, nota), que tienen muchas condiciones fisiológicas de la criminalidad (perturbaciones de la sensibilidad y de la movilidad, excitabilidad excesiva, etc.), y que á menudo se dejan arrebatar por impulsos de delincuencia (ladronas de muestrarios, vitrioleras, etc.), *son notables muchas veces por la regularidad de su conformación física, y solamente un pequeño número ofrece estigmas anatómicos.*»

llares de siglos, á pesar de los progresos ó de la variabilidad extraordinaria de su capacidad intelectual y de sus cualidades morales. Broca nos enseña que «el hombre contemporáneo, por sus caracteres morfológicos fundamentales, no difiere del hombre prehistórico dentro de una misma raza», y concluye diciendo que «la evolución física no es paralela á la evolución psicomoral» (páginas 233 y siguientes).

II

Esa es la tesis de M. Colajanni. No pretendemos discutir todas las proposiciones que contiene, pero nos permitiremos exponer algunas reflexiones sueltas sobre varias, antes de entrar en el fondo de nuestro asunto. Para apreciar el juicio severo que á nuestro autor merecen las ideas antropológicas de los nuevos criminalistas, importa examinar si su escepticismo respecto á las localizaciones cerebrales es fundado ó no. La antropología criminal, con efecto, no es más que una frenología nueva; quizá haga de frenología sin que nadie lo haya intentado. Ahora bien; después de haber estudiado todas las objeciones sustentadas contra la teoría de las localizaciones, todas las hipótesis frecuentemente contradictorias emitidas acerca de este asunto por muchos sabios, M. Colajanni se pronuncia, no sin razón, en favor de la opinión que Brown-Sequard tiene del cerebro, al cual considera como una federación de células, cada una completa en sí misma, pero especializada cada vez más á medida que se estrecha el lazo federativo: de ese modo la teoría de la localización de las funciones cerebrales, sería sustituida por la de la especialización de las funciones celulares del sistema nervioso. Cierto es que esta interpretación completamente sociológica de un problema biológico es muy feliz, y no tenemos que hacer más que seguir la metáfora de Brown-Sequard para ver un poco más claro en esta oscuridad. Supongamos, pues, que sin distinguir aisladamente á los individuos humanos, ó á los productores humanos, un observador de la luna, ó, lo que viene á ser lo mismo, un estadista bien parapetado en sus cifras, observa en conjunto las manifestaciones de la actividad humana en un Estado, es decir, los diversos géneros de producción agrícola, industrial, literaria y otros; no dejará de notar que en una comarca determinada se localiza la industria del hierro, en tal otra la fabricación de la tela, del algodón, de la seda, del cultivo de la música wagneriana ó de la poesía decadente, y se apresurará á deducir, quizá con precipitación, que cada uno de aquellos artículos es de monopolio exclusivo de cada uno de aquellos pequeños territorios de límites no bien marcados; pero una más atenta observación no tardaría en probarle que cada una de aquellas comarcas, si en un momento se viera privada de los artículos de que la proveen sus vecinos,

los cuales hubieran sido víctimas de epidemias ó de calamidades cualesquiera, sería capaz de fabricar por sí misma, bien ó mal, la mayor parte, no digo la totalidad, de las mercancías que necesitara. De esto se deduce una observación importante: que hay algunas industrias esencialmente localizadas, y otras que también esencialmente no lo son, ya porque son muy primitivas, ya porque responden á necesidades muy urgentes, la panadería y la alfarería, por ejemplo. Aun cuando muy reciente, una industria que se hubiera hecho muy necesaria, se encontraría en el mismo caso; por ejemplo, la fabricación de locomotoras ó de los telégrafos eléctricos. Podemos estar seseguros de que si un pequeño Estado europeo, que recibe hoy del extranjero locomotoras y aparatos telegráficos, se viera de repente privado de esta importación, la supliría en el acto, fabricando desde luego esos artículos complicados, tan imperiosamente reclamados por las modernas exigencias, como la amasadera de la panadería ó la rueda del alfarero; pero en suma, y á pesar de esta excepción, las industrias más localizadas son las más nuevas. Ahora bien; si una distinción análoga se aplicase á las *industrias* del cerebro, á esas famosas *facultades* cuyo emplazamiento se ha buscado con tanto afán, para averiguar si las unas están ligadas á un territorio determinado y desaparecen cuando éste se destruye, en tanto que las otras vuelven á constituirse bien ó mal después de la lesión ó de la extirpación del territorio preferido, ¿no habría motivo para suponer que también esas últimas—dotadas del privilegio de la ubicuidad cerebral—la memoria, la inteligencia, la moralidad—son las más antiguas, las más primitivas, la tercera tanto como las otras dos, y quizá más porque es menos indispensable al individuo? Pero si se admite con M. Colajanni que la moralidad es de origen moderno, hay derecho para asombrarse, precisamente por esa razón, de que nuestro autor le niegue una residencia cerebral; porque si afirma que no la tiene hace probable su antigüedad. Pero no hay, lo reconozco, más que una ligera presunción acerca de un asunto superficialmente tratado, esperando mejor ocasión.

Yo me pregunto que cómo concilia nuestro autor su gran principio de la función causa del órgano, con el contraste supuesto por él entre la variabilidad moral é intelectual de la humanidad y la permanencia física del tipo humano, del cráneo y probablemente del cerebro humano desde los tiempos geológicos. ¿Cómo esa variabilidad, continuada durante tantos millares de años, no ha podido quebrantar sensiblemente esa permanencia? Creo que hay aquí una verdadera contradicción. Cuanto á la dificultad de conciliar la permanencia en cuestión con la ley de la evolución, puede explicarse ingeniosamente si se supone con Morselli y otros antropologistas, que, á partir de la aparición del lenguaje y del lanzamiento de la nave humana en el océano social, la fuerza germinadora de las transformaciones simplemente fisioló-

gicas debió extinguirse en nosotros, porque fué reemplazada con ventaja por la fuente surgidora de descubrimientos nacidos al contacto social, acumulados y difundidos por el lenguaje. Idea seductora y profunda en el fondo de la cual se puede ver—por el que se coloque en mi punto de vista teórico—la común naturaleza de las innovaciones vitales y de las invenciones sociales, y lo fácil de explicar aquéllas por la semejanza que tienen con éstas. En este sentido, pues, la fijeza física de nuestras razas civilizadas se debería precisamente á sus modificaciones intelectuales, y en general sería permitido creer que en una especie viva cualquiera la fijeza tan sorprendente de ciertos caracteres *típicos* se debe, en gran parte, á la mutabilidad de ciertos otros, en los que la necesidad de novedades, inherente en cada forma de la vida, ha obrado con libertad (1). El mundo social sería entonces un medio de exteriorización notable abierto á la necesidad de novedades propia de la especie humana y más intensa en ella que en alguna otra, porque siendo el volcán vivo más elevado por donde se escapan las fuerzas del planeta, da á conocer lo que hay en ellas de más profundo. Pero creo que debe evitarse el confundir aquí la variabilidad social, que no es dudosa, con la variabilidad moral que es muy hipotética, y la observación precedente ganaría si fuese comparada con una idea de Darwin que M. Colajanni cita en alguna parte. Los órganos y las funciones más complejos y más nobles son, según el ilustre naturalista, los menos variables. Este principio se aplica preferentemente al cerebro y á las funciones del cerebro. Cosa maravillosa es en verdad que lo que hay más sensible al menor soplo exterior, sea lo que más resiste á las grandes tormentas, que lo que un nada impresiona no sea quebrantado por nada. ¿No será, quién sabe, porque la riqueza misma de sus propias modulaciones asegura la duración á una posición orgánica ó funcional prolongando su razón de ser?

Mientras más complejidad y amplitud, es decir, *variabilidad*, alcanza un motivo musical, más puede repetirse indefinidamente. Cualquiera que sea la manera de ver en este asunto, es lo cierto que nada hay más variable individualmente que las formas del cráneo, y nada, sin embargo, más inmutable en el término medio de los casos. Nada más variable que las ideas del *espíritu* y las pasiones ó los impulsos del *corazón*, fuente necesaria de toda moralidad, y nada más inmutable en una raza dada que *su* espíritu y *su* corazón. Sin duda, el horizonte del espíritu se ha extendido incesantemente; sin duda, el dominio del corazón y de la moral, el círculo de los hombres considerados semejantes nuestros y como tales dignos de nuestras simpa-

(1) Así es como socialmente la fijeza (relativa) de la lengua es proporcional á la variabilidad de sus empleos y á los progresos de la literatura y de las ciencias. Las lenguas y las religiones salvajes cambian más que las lenguas y las religiones de los pueblos civilizados.

tías y de nuestros respetos, se ha ido ensanchando; pero la virtualidad intelectual ó cordial ha permanecido la misma, no importa si concentrada ó desplegada; y por muy alto que la lectura de viejos documentos literarios ó de los más antiguos documentos lingüísticos nos permita elevarnos con alguna seguridad hasta el alma de nuestros abuelos, no digo de salvajes que nunca han sido nuestros antecesores, nos sorprendemos al notar la facilidad con que, después de algún ejercicio, nos ponemos al compás de su inteligencia y quizá en el diapasón de sus sentimientos.

Seguramente el corazón, desde Homero hasta nosotros, desde los patriarcas hebreos hasta nosotros, ha variado menos que el espíritu, si bien el espíritu ha conservado en el fondo la misma constitución. Opino que hay prejuicio científico en lo que se piensa acerca de la inmoralidad, la insensibilidad y la falta de honradez nativas de nuestros primeros padres, hasta nosotros, que constituimos pueblos civilizados, como en la tentativa hecha, hace ya algunos años, para demostrar que el sentido de los colores y de los sonidos se había modificado desde los tiempos homéricos, y que Aquiles ó Héctor no descubrían dos ó tres matices, donde nuestro ojo percibe cinco ó seis. Ha sido necesario que el evolucionismo renunciase al fin á ese corolario aparente de sus teoremas ó de sus axiomas capitales; y éstos, con esa renuncia, no han perdido nada de su fuerza.

M. Colajanni apoya su hipótesis en hechos como los siguientes: conoce á un hidalgo siciliano, que siendo extraordinariamente sensible para las desgracias de las personas de su condición, es por completo insensible á los sufrimientos de la gente humilde. Pero yo también conozco á muchos campesinos muy honrados en su trato con otros campesinos, pero que no desean más que *hacer rodar* á los burgueses: también conozco á muchos individuos apasionados en política, que siendo muy delicados con sus correligionarios políticos, sin escrúpulo cometerían toda clase de indignidades contra sus adversarios. Esas gentes, con tal conducta, es verdad, se parecen á los pueblos primitivos por la concentración intensa de sus afectos y por su generosidad que gira en un campo muy estrecho. Pero en esos casos no hay atavismo; hay un defecto social, pero de ninguna manera vital; hay persistencia por costumbre y tradicional, muy frecuente en un medio insular y cerrado, como Sicilia y Córcega, de los sentimientos de otra edad.

III

Dicho esto, examinemos desde más cerca el atavismo moral concebido por M. Colajanni como la explicación única de toda criminalidad; porque, en efecto, el autor no se limita á interpretar, como hace Mantegazza, algunos crímenes extraños y arqueológicos de

aspecto, considerados «bloques erráticos morales», sino pretende esclarecer con el mismo criterio todos los géneros de delitos, hasta los más modernos, á pesar de la dificultad de retrotraer nuestra corrupción de ultracivilizados, nuestros abusos de confianza, nuestras refinadas estafas y nuestros atentados contra el pudor á la edad de la piedra hendida ó pulimentada. Además, Colajanni entiende el atavismo (pág. 476) en el sentido riguroso biológico de la palabra, y no quiere que nos contentemos con ver en el criminal, siguiendo las opiniones de M. Lacassagne, un simple retardado moralmente, un rezagado del ejército civilizado en marcha; y si bien admite que el criminal proviene generalmente de medios sociales retrasados, afirma que los que propenden á la criminalidad, aun en las clases más inferiores de nuestras sociedades, son la excepción y precisamente de esta excepción hay que darse cuenta desde el punto de vista de la herencia de remota fecha.

Así, pues, yo comprendería que se hubiese recurrido á esta interpretación de los hechos si no se presentase otra más natural y más verosímil, y con estas palabras aludo á la que suministra la Teratología moral. En su excelente obra destinada al estudio de la herencia psicológica, M. Ribot cita como ejemplo de hechos contrarios á la regla de la herencia, y por consiguiente del atavismo, la aparición repentina en una familia honrada y de vida regular, de ciertas anomalías morales, vicios y tendencias criminosas. De este modo, M. Ribot ve revelarse una fuerza innovadora, digamos revolucionaria, de inneidad, allí donde M. Colajanni no percibe en actividad más que la fuerza conservadora, ó más bien prodigiosamente retrógrada de la herencia más antigua. ¿Cuál de los dos ha dicho verdad? A *priori* pudiera darse la razón lo mismo al uno que al otro: ¡cuántas veces los innovadores no han hecho más que rehabilitar lo pasado! ¡cuántas invenciones han sido reinventadas en este mundo! Posible es que las causas teratológicas hayan servido simplemente para desprender la influencia atávica. Cuando por motivo de un dique, al cual puede compararse una causa teratológica, obstáculo opuesto al curso de la evolución, un río no puede correr por su cauce actual, vuelve alguna vez á su antiguo lecho aunque abandonado hace ya varios siglos. Cuando por exigencias de la necesidad ciertas clases pobres dejan de comer trigo, su alimento nuevo, se dedican á comer centeno ó maíz. Cuando después de una guerra todos los puentes de un río han sido inutilizados se vuelve á hacer uso de las antiguas barcas. En estos ejemplos y en todos los que de la misma especie pudieran citarse, hay alguna cosa que socialmente equivale al atavismo y es la *imitación á distancia*, como el atavismo es la *generación á distancia* (1). Pero otras veces en

(1) El error de Lombroso consiste en que toma frecuentemente hechos de imitación por hechos de atavismo; y no soy yo el único que ha reparado en esa confusión; la misma cen-

nada se parecen á pesar de sus vagas y engañadoras semejanzas. Cuando en la época de la decadencia del Imperio romano los estatuarios se fueron separando poco á poco de las tradiciones del arte en su apogeo, del arte adulto y perfecto, sus producciones cada vez más groseras, con las que cada vez imitaban menos, á pesar de sus afanes, los modelos de los maestros, llegaron á presentar frecuentemente un vago parecido con los esbozos informes de la escultura arcáica, ¿habrían pensado en imitarlas? Si la imitación no ha podido realizarse en ese caso, ¿no podremos creer también que en el caso en que ciertas monstruosidades anatómicas reflejan confusamente algún carácter propio de la animalidad inferior ó del pasado de la misma raza, tampoco ha podido realizarse la generación?

El problema consiste en averiguar si las semejanzas que se pretenden reconocer entre las deformidades morales de los malhechores y el estado moral de nuestros primitivos progenitores son, una vez que puedan ser probados, del primer género ó del segundo. Admitamos por un instante que sean del primero: entonces conviene recordar una observación, que me sugiere un pasaje de Darwin acerca de los caracteres latentes de los seres vivos. Debemos creer—nos dice este autor (1)—que muchos caracteres susceptibles de evolución duermen escondidos en cada ser organizado en una especie de panspermia interna que hace inútil, en verdad, la hipótesis de la *reinvención* explicada antes. Los *posibles* de que se trata se han realizado todos en épocas anteriores; pero es preciso que sobrevenga un accidente, una causa nueva, para determinar la reaparición de uno de ellos entre millares que no reaparecerán jamás. En otros términos: entre todos los atavismos posibles, que son innumerables, ¿por qué se ha de realizar éste y no aquél ó el otro? Importa precisar este punto. Un niño nace cruel, trapacero, imprevisor, perezoso; y alguien afirma que en todas esas cualidades se parece á salvajes supuestos antepasados suyos; admitámoslo, pero debe tenerse en cuenta que entre sus antepasados no solamente habrá habido salvajes feroces, pérfidos, incapaces de previsión y de laboriosidad, sino también, y quizá en mayor número, salvajes apacibles, inteligentes, francos, laboriosos, bárbaros navegantes intrépidos ó heroicos guerreros, y vasallos fieles, ó pacíficos labradores. ¿Por qué se parece á sus peores abuelos y no á los mejores? Por razones que seguramente nada tienen que ver con la herencia.

Pero, además de lo dicho, ¿con qué derecho, en una monstruosidad moral que convierte á una persona en criminal, es decir, en un ser insociable, hemos de ver un espectro de nuestras sociedades antiguas ó prehistóricas? La interpretación *teratológica* tiene sobre

---

sura le ha dirigido M. Manouvrier en una lección explicada en la Escuela de Antropología. (Véase la citada lección en la *Revista de la Escuela Antropológica*, Agosto de 1891.)

(1) *Variaciones de los animales y de las plantas*, t. II, pág. 64.

la interpretación atávica muchas ventajas, y, entre otras, la de explicar muy sencillamente por qué la criminalidad nativa es más frecuente en las clases pobres é incultas. Consideremos las condiciones desfavorables en que se produce entre ellas al embarazo de las mujeres. Las sabias investigaciones de Marro (1) le han llevado, según es sabido, á dar un origen intrauterino á la mayor parte de las anomalías que presentan los malhechores. Por otra parte, «Isidoro Godofredo Saint-Hilaire, nos dice M. Ribot, demuestra que las mujeres de las clases pobres, obligadas á dedicarse, aun cuando estén en cinta, á penosos trabajos, y las que no están casadas y tienen que disimular su estado, dan á luz monstruos con más frecuencia que las otras». Una objeción muy justa que M. Feré opone á la hipótesis del atavismo físico me parece muy aplicable, y quizá con más motivo, al atavismo moral. «Obsérvese — dice— que los vestigios de degeneración, tales como las manifestaciones neuropáticas ó vesánicas, escrófulas, etc., que se notan frecuentemente en los criminales, no tienen relación alguna con el atavismo al que parecen excluir porque son incompatibles con toda generación regular.» Por mi parte añadiré que la vileza, la crueldad, el cinismo, la cobardía, la pereza, la mala fe que se observan entre los criminales no pueden provenirles de la mayoría de nuestros comunes antecesores primitivos (2), porque esas cualidades son incompatibles con la existencia y la conservación durante siglos prolongada de una sociedad regular, tan incompatibles seguramente con esta salud y esta fecundidad sociales como las neurosis y las escrófulas pueden serlo con la salud y la fecundidad fisiológicas.

M. Colajanni hace descansar su hipótesis acerca del atavismo moral en otra hipótesis sostenida por M. Sergi acerca de la formación del carácter moral en cada uno de nosotros por una superposición de costumbres y de tendencias acumuladas á manera de aluviones sucesivos por las innumerables generaciones de nuestros antepasados, y además, después de nuestro nacimiento por los sucesos de nuestra vida. En esa teoría, las tendencias de más remota fecha son también las más fundamentales y las más fijas; estas últimas son, por consiguiente, remitidas en crudo cuando causas accidentales han adelgazado ó elevado, como acontece entre los grandes criminales, las capas superiores y relativamente crecientes. Se reconoce sin dificultad en esa *estratificación del carácter* el mismo espíritu que ha sugerido á

(1) Caracteres de los delincuentes.

(2) Distinguimos, sin embargo, entre la herencia ordinaria y el atavismo. El degenerado, moral ó físico, lo es generalmente por herencia (véase á este respecto la tesis de Dr. Legrain acerca de la locura hereditaria de los degenerados); al estudiar su ascendencia se descubre casi siempre la explicación de sus anomalías; y precisamente por este motivo es útil pasar por cima de sus padres y de no sé cuantas otras generaciones para preguntar á sus antecesores fabulosos el secreto de sus depravaciones.

M. Ribot su *estratificación de la memoria*, opinión, que, por lo demás, está fundada en hechos. Para apreciar en su valor verdadero y ciertamente real estos ensayos de estratigrafía psicológica y otros semejantes, conviene recordar ante todo una observación importante de Darwin. En la obra ya citada (1) prueba que la fijeza de los caracteres no tiene ninguna relación con su antigüedad. «Cuando un carácter surge—dice—puede en ocasiones fijarse muy fuertemente de un golpe.» Si esto es así, la ley de M. Sergi me parece atacada en su raíz. En segundo lugar, la geología del yo, por decirlo así, sería engañosa si no estuviera basada en un elemento esencial y preponderante; me refiero á esa armonía profunda que combina en nosotros los rasgos psicológicos, por otra parte muy numerosos y fortuitamente reunidos, que nos constituyen. Las capas sucesivas de la memoria no son yuxtapuestas de una manera estable como en los terrenos; son á cada instante levantadas y combinadas por la finalidad instintiva que las hace servir á nuestros deseos espirituales. De igual modo nuestros hábitos y nuestras tendencias, esos recuerdos orgánicos de antiguas acciones, no están reunidas en nosotros como en un libro las hojas, y nuestro carácter no es solamente el conjunto de aquellos recuerdos, sino es también el uso de ellos en una cierta medida caracterizada por la naturaleza de los fines congénitos ó adquiridos que predominan en nosotros, y secundariamente de las convicciones mayores que se asocian á aquellos fines para trazarles el camino. Ahora bien: la naturaleza de esos fines innatos ó adquiridos se determina por la naturaleza de nuestros placeres y nuestros dolores propios, es decir, de nuestras sensaciones *sui generis*; y en la especificación de nuestros placeres ó de nuestros dolores, nuestro temperamento individual, formado de una combinación de apostaciones hereditarias en que el elemento atávico queda absolutamente perdido, desempeña el principal papel. Entre paréntesis, lo que acabo de decir explica por qué la palabra *carácter* está bien escogida para designar nuestro *género de voluntad* más bien que nuestro *género de inteligencia*. Nuestro género de inteligencia está determinado, es verdad, por la naturaleza de nuestras creencias fundamentales, como nuestro género de voluntad principalmente por la de nuestros deseos. Pero el origen de nuestras creencias es casi enteramente objetivo, exterior á nosotros, y su naturaleza, por lo mismo, depende, en primer término, de las informaciones accidentalmente ofrecidas á nuestro espíritu, mientras que la fuente primitiva de nuestros deseos es subjetiva y brota de las profundidades de nuestro organismo particular. No hay, pues, nada que nos individualice y nos caracterice bajo aquel respecto.

(1) *Variaciones de los animales* y *de las plantas*, tom. II, pág. 65.

IV

M. Colajanni nos presenta, además, su tesis del atavismo moral como ligada á la pretendida ley general de un paralelismo entre la *filogenesia* y la *ontogenesia*, entre la serie de transformaciones de la especie ó de la raza á que un individuo pertenece, y la serie de fases embrionarias ó infantiles que está obligado á recorrer antes de alcanzar su forma definitiva. Efectivamente; se nos dice que por diversos rasgos psicológicos, y, sobre todo morales, el criminal se asemeja al niño; y si fuese verdad que el niño, en conformidad con la ley citada antes, fuera la reproducción abreviada, atenuada y temporal de nuestros primeros padres, habría que decir lo mismo del criminal. Pero ante todo, ¿qué valor tiene la ley de que se trata? Aunque Broca hizo de ella una crítica muy acerada, parece que ha venido apoyándose en un número considerable de hechos. Y esos hechos, ¿no serán susceptibles de otra explicación? La necesidad que obliga al óvulo fecundado para que se convierta en ser adulto, cualquiera que sea la especie á que pertenezca, vegetal ó animal, á atravesar un cierto número *mínimum* de fases intermedias, es comparable á la rutina de una memoria de escolar que no pudiera acordarse del décimo verso de una fábula, sin haber recitado previamente los nueve primeros; y ¿no podría también y mejor considerarse análoga á la razón geométrica y mecánica, imperiosa pero misteriosa en el fondo, que obliga á un cuerpo á *moverse* para *desplazarse*? Me explicaré. ¿Por qué un cuerpo que tiende á sustituir su emplazamiento A por otro emplazamiento M ó N, se halla en la imposibilidad de desaparecer bruscamente en A para aparecer inmediatamente en M ó N, y debe, por necesidad recorrer, á lo menos, todas las posiciones intermediarias B, C, D, etc., *mínimum* que se llama línea recta que une el punto A con el punto M ó N? No lo sé; pero sé que se da el nombre de *espacio* al conjunto completo y sistematizado de *mínima*, de esas series de posiciones racionalmente ligadas las unas á las otras por una especie de deducción rigurosa é inexplicable de lógica física. Como quiera que sea, cuando un cierto número de cuerpos en movimiento unos después de otros, á partir de un mismo punto A, propenden al mismo punto M, si con corta diferencia siguen el mismo camino, no es porque unos imiten á los precedentes ó porque sean influidos por el itinerario de éstos, es porque una necesidad común ó superior se impone á todos y los obliga á marchar siguiendo direcciones más ó menos paralelas. Todo lo que pueden hacer los subsecuentes si quieren utilizar la experiencia de los precedentes, es llegar al término por un camino cada vez más rectilíneo; y esto es precisamente lo que parece que hace la vida embrionaria en su evolución en que se repite

vagamente reduciéndose mucho la evolución de la especie. Pero después de un cierto grado marcado por la *rectilinealidad* completa, la reducción se hace imposible. ¿Quiere esto decir que habría también *rectilinealidades* evolutivas, por decirlo así, *mínima* de estados vivientes que atravesaron por fuerza, mediante una necesidad racional y de ningún modo por una simple imitación tradicional para pasar en línea recta desde el estado ovular al estado definitivo? ¿Por acaso la Vida concebida en su plenitud como la totalidad de todas las formas orgánicas reales y posibles y el sistema completo de sus relaciones necesarias, no sería en cierto modo un espacio invisible de Razón y de Lógica, disimulada como la Geometría y la Mecánica? Esta es una presunción, es verdad; pero la *repetición* pretendida de la fitogenesia por la ontogenesia, tampoco es más que una conjetura; y entre las dos, entre la que hace de la evolución viva un encadenamiento deductivo, y la que de ella hace un alambicamiento maquinal, ¿cuál justifica mejor la labor inmensa de la Vida? Viniendo ahora, pues, á nuestro asunto especial si se admite mi manera de ver, podría encontrarse perfecta semejanza moral entre el niño y el delincuente, y aun añadiremos entre el hombre del pueblo con nuestros remotos antepasados, sin que en estas relaciones apareciera el menor rastro de atavismo.

Pero ¿hay semejanza entre esos términos? No. Spencer se cree autorizado por sus estudios acerca de los salvajes aún subsistentes como desperdicio manifiesto de la humanidad á trazar del hombre prehistórico (este autor dice el *hombre* y no los hombres, como si todos los hombres se pareciesen entonces) un retrato que reproduce sin vacilación. Nos pinta á este hombre imaginario antecesor común hipotéticamente de todos los pueblos civilizados y de todas las tribus salvajes, como «perezoso, frívolo, imprevisor hasta el exceso, nervioso, voluble, variable en sus emociones, constante en sus hábitos, opuesto á todo cambio, atolondradamente cruel, y antes de todo impulsivo». Aceptemos esta aplicación por un instante. Pero ¿qué aplicación tiene á las clases más humildes de nuestra edad ó de otra época histórica cualquiera? En todas partes el verdadero pueblo es laborioso, modesto, económico (es decir muy previsor), musculoso y nada nervioso, taciturno, tan tenaz en sus sentimientos como en sus costumbres é inofensivo mientras no se le irrita. Si es como los salvajes religioso y respetuoso con las autoridades, doble reproche que M. Colajanni le dirige, no se le puede censurar como delincuente por esos dos motivos. El delincuente comparado con las gentes honradas de su clase y de su país es notablemente irreligioso é irrespetuoso. Pasemos al niño. Pasemos al niño en verdad: nuestros antropólogos criminalistas no son afectuosos para él, y el negro retrato que del niño nos pintan no se parece en nada á un cuadro de Greuze. Su pequeña alma es á los ojos de aquellos antropólogos como una

mezcla de todos los vicios y de todos los crímenes en ciernes. Si esta edad carece de compasión, como ha dicho el peor padre de todos los poetas, ellos se la conceden. Sin embargo, lo que más me llama la atención al observar á los niños es la extraordinaria semejanza de los caracteres: conozco á muchos que no tienen inclinación á la mentira ni al hurto, que son considerados con los animales, poco dados á la cólera, etc. Verdad es que son egoístas; pero su egoísmo irreflexivo, que tiene algún encanto natural, ¿no será la expresión de su primer deber vital de la verdadera moralidad en ellos que consiste en crecer á expensas de los otros? La explicación de su carácter revoltoso, de su ligereza, de su apatía, y si se quiere de su graciosa ingratitud habitual y de sus otros pretendidos defectos ordinarios, claramente nos parece que cumplen la utilidad funcional de sus condiciones psicológicas sin que haya necesidad de invocar para explicárselos la hipótesis del atavismo. Se puede admitir esta hipótesis cuando se trate de explicar la existencia de órganos ó caracteres útiles en una época, inutilizados luego y reproducidos maquinalmente más tarde por una reminiscencia servil de la vida pero no se puede traer á cuento á propósito de órdenes y caracteres necesarios é indispensables (1). Supongamos un niño pacífico, reposado, servicial, preocupado siempre en los intereses ajenos, cuidadoso de lo por venir, virtuoso y sensible, y veremos que tantas preocupaciones se opondrán á su desarrollo. Mediante el egoísmo del niño, ó mejor dicho, mediante la limitación estrecha del círculo de su simpatía, se explica y se satisface la necesidad de expansión vital, origen de toda acción fecunda y de toda obra generosa relacionada con el orden social que en el hombre ya formado tienen su base en la abnegación y en el patriotismo. En un organismo que se esté desarrollando, esta necesidad fundamental se satisface por su mismo crecimiento sin generación exterior; y este hecho se realiza también en los organismos sociales, en los pequeños Estados obligados á crecer para vivir, en las tribus salvajes ó bárbaras que manifiestan con el nombre de patriotismo un egoísmo colectivo (no digo individual), siempre necesario pero más necesario en sus comienzos que más tarde, y van perdiendo su intensidad ruda á medida que su acción exterior puede sustituirse por su elaboración interior y continua. Inversamente, el egoísmo de los ancianos se justifica de igual manera, puesto que en un organismo que se halle en vías de declinación, toda la energía subsistente debe emplearse en contenerse en el plano inclinado de la vida, conforme al mismo deseo de expansión vital, que se transforma aquí en deseo estéril de retroceso vital. Entre los dos términos opuestos de la infancia y de la vejez, la edad adulta, lo mismo para las sociedades que para

(1) Es digno de notarse que M. Pérez, con su competencia excepcional en estos asuntos, se pronuncia contra la explicación atávica del orden moral infantil.

los individuos, es la hora predestinada del desinterés en beneficio del prójimo de las colonizaciones y de las abnegaciones fecundas. Los lectores de Guyau reconocerán en la necesidad de expansión vital de que hablo, la idea principal de sus notables trabajos.

Para mejor comprender los rasgos morales é intelectuales del niño, será preciso compararlos con los rasgos similares que presentan los pequeñuelos de todos los animales, especialmente de los animales superiores. Lo que dice Agassiz en alguna de sus obras (en *La Especie)* respecto al sexo femenino, el cual en toda la escala del reino animal guarda cierta semejanza y hace sonar un mismo timbre psicológico, hasta el punto de que siempre se distinguen por su característica gracia las hembras de todos los animales, esa misma justa observación es perfectamente aplicable á los pequeñuelos de todos los animales. Al lado del «eterno femenino» universal está el *infantil* no menos eterno ni menos universal. Perritos, gatitos, monos pequeños, elefantes pequeños, pollos, buches, etc., todos tienen ó deben tener el mismo aturdimiento, la misma frivolidad, el mismo amor del juego, los mismos caprichos con que ejercitan sus fuerzas. Más bien que atavismo, ¿no hay profetismo, por decirlo así, en su género de vida? De igual modo que el gatito juega *al ratón* y el perrillo de caza *pára la pieza*, así el niño se dispone, mediante sus juegos, para las guerras, los casamientos, las marchas del hombre formado. Después de todo, ¿se dan mayores muestras de egoísmo en un patio de colegio que en una asamblea parlamentaria ó en un campo de maniobras? No lo sé; pero creo que el rasgo dominante en el niño civilizado es la sociabilidad, el horror á la soledad.

Su mayor placer es reunirse con sus camaradas, y formar con ellos grupos y asociaciones jerárquicas con cierto indicio de disciplina. Si se pretende que el niño refleje el pasado tiempo de la raza, sea enhorabuena; pero entonces resultará que nuestros antecesores eran extremadamente sociables, disciplinados, alegres, amigos de fiestas y nada feroces, ni ladrones (1). La criminalidad infantil es infinitamente débil; M. Colajanni se ve obligado á reconocerlo, y tropieza con muchas dificultades para explicarlo. Si los niños fuesen tan malos como Colajanni supone, podrían fácilmente, á pesar de su debilidad física, valiéndose de nuestras armas de fuego y de nuestros instrumentos de muchísimas clases, y no obstante su temor al castigo, que tal vez se exagera, aunque ese temor se compadece mal con su imprevisión considerada excesiva, matar á las personas que detestan ó robar con fractura y escalamiento aquello que codician. La prueba de que podrían hacerlo está en que positivamente hay niños, no más

(1) En su interesante obra sobre los *Criminales*, el doctor Corre observa que en las razas no civilizadas, el niño nace inteligente y bueno, muy superior á sus padres. La hipótesis del atavismo moral, según esta opinión, nos llevaría á creer en la bondad, la inteligencia y la moralidad de los primeros antecesores de esas razas.

ni menos inteligentes ó robustos que otros, los cuales han cometido audaces asesinatos y llevado á efecto incendios. Pero es muy cierto y digno de notarse, que esa precocidad criminal, cuando de ese modo se revela, tiene ordinariamente causas sociales y no fisiológicas. Efectivamente, en las poblaciones urbanas muy densas y muy civilizadas, no en las rurales y atrasadas, es donde va aumentando la criminalidad de los menores. En París crece de una manera alarmante.

V

Queda la parte principal del problema, que consiste en averiguar si mejor que las clases inferiores y los niños, los delincuentes se asemejan á los salvajes, supuestos antecesores nuestros. No se puede dudar que el delincuente rural por excelencia, el *bandolero*, tan poco parecido al delincuente de las grandes ciudades, recuerda en algunos caracteres al salvaje *spenceriano*. Antes de invocar el atavismo conviene preguntar si los rasgos morales que se notan en el bandolero y que son para éste virtudes profesionales, son innatos ó adquiridos. A este propósito, opondré á M. Colajanni la observación que él mismo presenta (pág. 227) en respuesta á Lombroso, relativamente á la *insensibilidad física y moral* de los malhechores, en la cual ve, como en la insensibilidad del cirujano á los dolores de sus pacientes, el efecto gradual de una larga *práctica* criminal, y no su causa. Pero antes de todo, importa comprobar si el esbozo que Spencer nos traza del *hombre* primitivo en general, conviene en particular á *esos hombres* primitivos que labraron la primera cuna de nuestras sociedades civilizadas.

Si queremos representarnos una idea de nuestros antecesores, desde el punto de vista moral é intelectual, ¿por qué hemos de tener necesidad de fundar nuestras inducciones en la depravación y en las supersticiones groseras de los salvajes actuales (1)? ¿Por qué esos seres estúpidos ó malvados, aun cuando sean los mejores entre ellos, cuya ineptitud para el progreso está de manifiesto en su persistencia secular en el salvajismo y en su enemistad hacia la civilización, han de ser considerados como los primeros promevedores del progreso que ha llegado hasta nosotros? Para conocer á esos promovedores, dirijámonos rectamente á esos gru-

(1) «Los hombres prehistóricos, según Bagehot, deberían tener sentimientos é impulsos de que los actuales salvajes carecen; ciertos restos de instintos que les ayudaban en la lucha por la existencia se han ido borrando á medida que la razón se desenvolvía. Hechos diarios nos muestran aún esta influencia de la Razón sobre el Instinto.» (Guyau: *Problemas de estética contemporánea*, pág. 138). Si es así, ¿por qué el instinto moral no ha de haber sido uno de los instintos necesarios en la colocación de los primeros fundamentos de las sociedades más tarde disueltos—no digo la causa, tratándose de salvajes—pero desenvueltos por cálculos de egoísmo, en la guerra perpetua y sin cuartel?

pos numerosos de sabios que estudian sus vestigios de todas clases que hallan su alma en sus tumbas y en sus templos arruinados, en las raíces de sus idiomas comparados, en sus mitos y en sus costumbres, confrontadas cuidadosamente. Consultemos á este propósito á los arqueólogos de la Lengua ó de la Religión, ó del Derecho ó del Arte: con unanimidad reconocen en nuestros remotos abuelos sentimientos de justicia, de mansedumbre y de actividad laboriosa, al mismo tiempo que valentía y firmeza. ¿Qué es lo más primitivo que M. de Laveleye y M. Sumner-Maine han hallado en el fondo de nuestras instituciones jurídicas europeas? Una organización completamente comunista de la propiedad, lo que supone esencialmente una mutua simpatía, una disposición á la confianza y á la fraternidad, condiciones indispensables de todo comunismo análogo. Igualmente M. Letourneau (1), testigo no sospechoso, ha encontrado en todas las tribus pastoriles ó agrícolas que viven ó han vivido en estado de comunidad, entre los pieles rojas, por ejemplo, y entre los gropas y los kupnis de Asia, «sentimientos altruistas, probidad instintiva y dulzura de costumbres». «Los kupnis—dice—á algunos pasos de sus aldeas, en una posición abrigada, tienen graneros comunes donde reunen todas las mercancías, provisiones, etc., que consideran de valor. Esos almacenes están desprovistos de protección, y, sin embargo, aún no se ha dado el caso de que en ellos se cometa un robo, ni siquiera en tiempos de escasez.» Y ¿qué ha encontrado M. Fustel de Coulanges en su viaje de investigaciones respecto á los orígenes de la familia en nuestras antiguas razas? Una intensidad de vida doméstica y religiosa, una energía de virtudes patriarcales, de piedad filial, de justicia primitiva, que han llamado su atención y sin las cuales nunca hubiera sido posible ni concebible el antiguo hogar ni más tarde la ciudad antigua: ¿no ha sido necesario el amor al padre llevado hasta la adoración para transformar su tumba en altar y su recuerdo en culto sagrado (1)? Pregúntese á los sinólogos lo que piensan de los antiguos chinos, á los egiptólogos lo que saben de los más antiguos egipcios, á M. de Arbois de Jubainville lo que ha averiguado referente á los primitivos celtas, á Tácito, á Homero, á la Biblia, lo que debe pensarse de los antiguos germanos, de los antiguos helenos, de los antiguos hebreos, desde el punto de vista de la moral, y todos contestarán citando ejemplos de actividad, de constancia, de lealtad, de dominio de sí mismo y de sacrificios personales que difícilmente podrán ser comparados con nada de lo que hoy su-

(1) Véase su *Evolución de la propiedad*, páginas 67, 134 y otras.

(1) Véase lo que dice M. Fustel de Coulanges en la *Ciudad antigua*, acerca de la *antigua moral de la familia*, teniendo en cuenta la opinión exclusivista del autor. Seguramente nuestros primeros antecesores, frecuentemente en guerra ó en *caza guerrera*, conocieron y practicaron otros deberes, á más de los de la familia.

cede entre nosotros. El testimonio de los filólogos en otro orden de ideas confirmará aquellas opiniones: entre otros muchos puede consultarse á Pictet, en sus *Orígenes indoeuropeos* (1).

En verdad, si se admitieran las teorías de Morgán y de Mac-Lennan, que por cierto son entre sí contradictorias, acerca de la familia primitiva; si se declarara, en conformidad con esos autores, y sin prueba alguna, que la promiscuidad más absoluta había reinado en un principio—cosa excepcional aun entre las bestias que viven en sociedad—y que el rapto fué la primera forma de casamiento entre nuestros padres, y el infanticidio de las niñas la primera forma del sentimiento maternal ó paternal; si todas esas monstruosidades se aceptaran gratuitamente, sería preciso creer en la inmoralidad nativa de nuestros antecesores. Pero esas teorías, en mi sentir, han sido completamente refutadas por M. Sumner-Maine en primer término, y más recientemente por Starcke en su *Familia primitiva*, y creo poder prescindir de ellas. Remito al lector á los *Estudios sobre la historia del Derecho*, del primero de esos dos autores, donde encontrará un capítulo magistral, consagrado á probar con abundancia de documentos autorizados, referentes á las razas superiores más diversas, que la «familia patriarcal» fué el punto de partida común y el único principio conocido de toda civilización—no digo de toda evolución social, y esta es una distinción importante cuyo olvido podría alterar la tesis de Maine. Ese poder amplio del *pater familias* antiguo indio, romano, griego, eslavo, celta, germano y añadamos chino—completado por la igualdad de todos sus súbditos y la demarcación precisa, especie de foso de fortificación abierto entre ellos y el resto del mundo por la idea de la agnación, coexistía con la *comunidad del lugar* y sus reglas complicadas. Esa comunidad era una asociación de familias entre las cuales reinaba el comunismo (aunque la afirmación sea discutible y discutida), si bien cada una de ellas era gobernada aparte patriarcalmente. Ahora bien; sea por ese comunismo, sea por aquella vida patriarcal, la condición previa é indispensable era una alta dosis de moralidad innata. Antes de acusar de duro el régimen de la *patria potestas* y de la agnación, se debe pensar que el padre de familia había comenzado siendo hijo de familia, y como tal, sujeto á los hábitos de respeto, de veneración, de afabilidad doméstica. Lo que aparentemente hay de duro y de cruel en la constitución de la familia patriarcal era efecto de su carácter defensivo y militar; la familia debía dar todo su poder á su general y cerrarse herméticamente como campo atrincherado. Pero ¡qué espíritu de solidaridad y de

(1) Cuanto á los arqueólogos de la Edad de piedra hendida ó pulimentada, nada preciso nos dicen acerca de la moralidad de los que *han podido* ser nuestros antepasados. No obstante, de los hechos que han reunido, pueden inferirse, como lo ha hecho M. Joly en su libro titulado *El Crimen*, algunas razones favorables á la creencia de que los hombres de aquellos períodos geológicos no vivieron desprovistos de piedad ni de equidad.

abnegación recíproca no supone la igualdad de los hijos! ¡Qué docilidad afectuosa y respetuosa no supone el poder supremo ejercido por el padre, por el más anciano, es decir, por el más débil ante el cual todos los fuertes debían inclinarse! Observemos que antes de todo, y desde los tiempos más remotos, el *pater familias* es juez, y juez muy justo, si pasaba lo mismo que sucede en China y en otras partes donde la equidad de los tribunales domésticos es objeto de unánimes elogios. Añadamos que la comunidad de lugar en todas partes donde aún subsiste, excluye esa anomalía monstruosa que llamamos «el indigente». Ese problema del «pauperismo» acerca del cual tantos libros estériles se han escrito, no ha recibido hasta ahora solución igual á aquella en eficacia. Y el hecho de que el hombre de lejanas edades la descubriera y practicara, me hace creer que ese hombre debía ser amante de la equidad y compasivo. Cuanto á las virtudes consistentes en el dominio de sí mismo, valor, constancia, heroísmo del asceta indio ó del salvaje torturado, no es posible negarlas á los hombres primitivos. Lo más que podemos hacer es atenuar su mérito con el pretexto de una impasibilidad física para el dolor, de la cual los dotamos arbitrariamente para dispensarnos de admirarlos.

Tal vez se diga que por medio de estos sondajes arqueológicos, no profundizamos bastante en las tinieblas de la Prehistoria. Si así es, apresurémonos á hundirnos hasta las más inferiores capas, y observemos de cerca al antropoide en su representación subsistente: el simio. M. Colajanni se ha visto obligado á reconocer, de conformidad con Du Chaillu, Brehm y otros observadores (pág. 463), «la piadosa cooperación, la abnegación heroica y el recíproco auxilio» de que las sociedades de simios dan admirables ejemplos (1). ¡Y se pretendía que las primeras sociedades humanas hubieran sido fundadas exclusivamente sobre instintos animales y viciosos!

Pero no solamente los simios, ni aun los mamíferos, ni siquiera los vertebrados, sino todos los animales cuando ensayan la vida social, las abejas, las hormigas, las termites, entre otras, practican *estoicamente*, heroicamente sus deberes, dictados por una moral tan rigurosa como extraordinaria, y despliegan en millares de ocasiones los más notables sentimientos de fraternidad, de ayuda recíproca, de valor en

(1) Podemos invocar un hecho muy significativo que M. Colajanni da á conocer en la nota de la pág. 388. El cerebro del feto humano se parece al de los jóvenes antropoides; y también el antropoide, en la primera fase de su vida, en la cual se parece físicamente al hombre, muestra «una inteligencia y una dulzura muy semejantes á las del hombre, cualidades que aquél pierde á medida que al desenvolverse su cerebro, por una especie de regresión, se va separando cada vez más de la forma humana. ¿Qué se puede inducir de esos hechos, desde el punto de vista del atavismo? Que el antecesor común del hombre y del simio tenía un grado de dulzura y de inteligencia, es decir, de moralidad innata, de que el mono se ha separado irremediablemente, y el hombre temporalmente, en algunas de sus fases salvajes.

las luchas de la vida y otras muchas virtudes conocidas solamente por los naturalistas. Que se lea la obra de *Sociedades animales*, de M. Espinas, y se encontrará en cada una de sus páginas la prueba de lo que acabo de indicar. M. Delbœuf, que tanto se ha ocupado en la psicología de las bestias y que trata continuamente con sapos, lagartos y culebras, reconoce en éstos una gran bondad y otras muchas cualidades. Cierto es que éstos pertenecen á especies no sociables, sino solamente *amansables*, porque, ¿hay alguna especie que no lo sea? Pero entre las especies sociables se halla el mismo resultado aplicado *a fortiori*. ¡Y cuántas cosas notables, después de todo, no se hallarán, aun sin previa sociabilidad, es decir, sin moralidad instintiva! En toda especie sociable, pues, el individuo nace bueno y moralizable desde el comienzo de su vida; y ¿qué especie no tiende, no aspira á vivir en sociedad? En su *Sistema de política positiva*, obra extravagante quizá, pero de genial extravagancia, Augusto Comte insiste repetidas veces en esta importante idea: que la aspiración á la vida social es el anhelo de toda vida orgánica, anhelo frecuentemente esterilizado cuando no está servido por condiciones enérgicas de bondad, espíritu de unión y de sacrificio, pero siempre renaciente desde un extremo á otro de la escala animal, hasta que se realiza plenamente en nosotros. Esta idea está por completo confirmada más allá de los límites de toda prevision por los trabajos contemporáneos, tales como las *Colonias animales*, de M. Perrier.

Demás de lo expuesto, me sorprende ver que uno de los más sagaces pensadores y más profundos moralistas de nuestro tiempo, Guyau (1), haya creído necesario buscar en el mundo viviente los gérmenes y los primeros ejemplos de la moral para dar á ésta una base objetiva suficiente. Nada más fácil si se coloca como fundamento el principio de que la vitalidad y sociabilidad es una misma cosa en el fondo, y si partiendo de esa idea se piensa en la propensión universal y eterna que anima á todos los seres vivientes, animales ó plantas, desde los vegetales ó los animales unicelulares hasta nosotros, á asociarse para formar organismos simples, propiamente dichos, y en seguida organismos de organismos, esos organismos de segundo grado que se llaman sociedades. Pero ese carácter esencialmente social de todo lo que tiene vida, nosotros no lo percibimos en todas las especies diferentes á las nuestras más que superficialmente y en lo exterior. Por analogía debemos creer que si pudiésemos penetrar en esos Estados herméticamente cerrados á nuestras observaciones, descubriríamos en ellos virtudes hermanas de nuestras virtudes. Juzgamos de las células vivas por sus actos, y no podremos dejar de enaltecer su *servicialidad* recíproca, su actividad, su carácter docil, su respeto á la regla común, á las tradiciones de su pasado,

(1) *Moral inglesa contemporánea*, in fine.

su profunda probidad, en una palabra. La nuestra es simplemente hija de la suya. ¡Y podrá suponerse gratuitamente después de esto, sin que haya sombra de prueba evidente, que el antecesor de las naciones más altamente colocadas en el pináculo de la civilización europea era egoísta, cruel, indisciplinable, perezoso, ladrón, incendiario y anarquista! ¡Y cuando un individuo notablemente perverso, insociable, nace entre nosotros, se invocará el atavismo para explicar el fenómeno! Por mi parte, comprendería precisamente lo contrario; comprendería que cuando en nuestras aglomeraciones urbanas de egoísmos y de utilitarismos en lucha, surgiese un corazón desinteresado, noblemente generoso, en él se viera la imagen de nuestros remotos antecesores, cuya sangre y sacrificios han creado nuestro presente bienestar. El heroísmo; ese es tal vez el verdadero atavismo moral.

G. Tarde.

LA GALLINA CHASQUEADA

(Traducción de Vaniere)

Huevos de pato á veces la gallina
calienta incauta en maternal desvelo,
y después, con la cría sin recelo,
tal vez á un claro lago se encamina.

Los polluelos al agua cristalina
corren, y abaten con placer el vuelo;
ella, llena de afán y desconsuelo,
gira, se acerca, y á mirar se empina.

Pero la acuátil turba alborozada,
sin escuchar su voz, hiende la ola
en fácil juego, ó silenciosa náda.

Desconoce su estirpe al fin; la cola
recoge la gallina fatigada,
y al corral vuelve pensativa y sola.

M. A. Caro.

RECUERDOS DE MI INFANCIA [1]

I

Nuestro preceptor Karl Ivanovitch.

El 12 de Agosto de 18..., precisamente el día siguiente al en que había cumplido diez años y recibido regalos muy bonitos, Karl Ivanovitch me despertó á las siete de la mañana, matando una mosca por encima de mi cabeza con un mosquero de papel de pilón de azúcar, atado á la punta de un palo. Se las había arreglado tan torpemente, que rompió la imagen del ángel de mi guarda, colgada á la cabecera de mi cama de roble, y que la mosca muerta cayó sobre mi cabeza. Saqué la nariz de debajo de la cubierta, paré con la mano la estampa que seguía balanceándose, tiré la mosca muerta al suelo y me puse á mirar á Karl Ivanovitch con ojos adormilados, pero irritados. Karl Ivanovitch, envuelto en su bata de bayeta á ramos, sujeta con un cinturón de la misma tela, tocado con un gorro de punto rojo con borla, y calzado con botas anchas de piel de carnero, seguía tranquilamente mirando y golpeando á lo largo de la pared.

«Es verdad, pensaba yo, que soy un niño; ¿pero por qué me molesta? ¿Por qué no va á matar moscas por encima de la cama de Volodia? ¡Sin embargo, no faltan allí! Pero Volodia es mayor que yo; yo soy el más pequeño de todos, y por eso me atormenta. Se pasa la vida, murmuré á media voz, buscando lo que pueda desagradarme. Ve muy bien que me ha despertado y que me ha asustado; pero hace como que no lo nota... ¡El mal hombre! ¡Y bien feo que está con su bata, y su gorro, y su borla!»

Mientras que yo desahogaba así interiormente mi despecho contra Karl

(1) Algunas páginas de este libro, catorce ó quince, vieron la luz en La España Moderna hace tres años, y desde entonces no cesamos de recibir cartas pidiendo su continuación, que hoy publicamos íntegra.—(N. del E.)

Ivanovitch, éste se acercó á mi cama, miró su reloj, que estaba colgado en una relojera bordada de perlas, colgó el mosquero de un clavo, y se volvió hacia nosotros con aire de buen humor.

—¡Vamos, niños, vamos! Ya es tiempo de levantarse. Mamá está ya en el salón — gritó con su acento alemán.

Se sentó á los pies de mi cama y sacó del bolsillo la tabaquera. Yo hacía como que dormía. Karl Ivanovitch comenzó por tomar un polvo, luego se limpió la nariz y sacudió los dedos, y sólo entonces se ocupó de mí. Se puso á hacerme cosquillas en la planta de los pies, riéndose y diciendo:

—¡Vamos, vamos, perezoso!

Me daban mucho miedo las cosquillas, y, sin embargo, ni salté de la cama ni contesté. Metí la cabeza bajo la almohada, di patadas con todas mis fuerzas, y me contuve para no reirme.

«¡Qué bueno es y cuánto nos quiere! ¿Cómo he podido pensar mal de él?»

Estaba disgustado conmigo y con Karl Ivanovitch; tenía á la vez ganas de reir y de llorar; estaba muy nervioso.

—¡Déjeme V., Karl Ivanovitch!— grité yo con los ojos llenos de lágrimas, sacando la cabeza de debajo de la almohada.

Karl Ivanovitch, sorprendido, dejó tranquilos mis pies y me preguntó con inquietud qué me pasaba, si había tenido algún mal sueño. Su bondadosa cara alemana, y la solicitud con que trataba de adivinar el motivo de mis lágrimas, hicieron correr éstas aún con más abundancia. Tenía yo remordimientos, y no comprendía cómo un minuto antes había podido no querer á Karl Ivanovitch y encontrar horribles su bata, su gorro y su borla. Al presente, al contrario, todo esto me parecía encantador, y la borla hasta me parecía una prueba evidente de la bondad de Karl Ivanovitch.

Le dije que lloraba porque había tenido un mal sueño: había soñado que mamá había muerto y que iban á enterrarla. Inventaba, porque no me acordaba nada de lo que había soñado aquella noche; pero cuando Karl Ivanovitch, conmovido por mi relato, se puso á consolarme y á tranquilizarme, me pareció que efectivamente había tenido aquel espantoso sueño, y esto fué un nuevo motivo de llanto.

Cuando se fué Karl Ivanovitch y me hube levantado, ocupado en ponerme las medias, se apaciguaron algo mis lágrimas, pero no me abandonaban los sombríos pensamientos despertados por el sueño que había inventado.

Entró Kolia. Era un hombrecillo muy limpio, siempre serio, puntual, respetuoso, gran amigo de Karl Ivanovitch. Traía nuestros trajes y nuestros calzados: botas para Volodia, y para mí zapatos nuevos con cintas. No me habría atrevido á

llorar delante de él. Además el sol de la mañana entraba alegremente por la ventana, y Volodia, delante de su jofaina, remedaba á María Ivanovna, el aya de nuestra hermana, riendo con tanta gana, que Kolia mismo, la toalla al hombro, el jabón en una mano y el jarro del agua en la otra sonreía diciendo:

—Vamos, Wladimiro Petrovitch ¿quiere V. lavarse?

Toda mi tristeza desapareció.

—¿Están Vds. dispuestos?—gritó Karl Ivanovitch desde el fondo de la clase.

Su voz era severa y no llegaba hasta la expresión de bondad que me había conmovido hasta el llanto. En clase, Karl Ivanovitch era otro hombre: ya no era más que preceptor. Me vestí de prisa, me lavé y acudí, llevando todavía el cepillo con que alisaba mis cabellos húmedos.

Karl Ivanovitch, con sus gafas sobre la nariz y un libro en la mano, estaba sentado en su sitio de costumbre, entre la puerta y la ventana. A la izquierda de la puerta había dos mesitas : la de los niños (la nuestra), y *la suya,* la de Karl Ivanovitch. Sobre la nuestra se encontraban todas especies de libros, de clase y no de clase, los unos de pie, los otros tendidos. Los únicos apoyados correctamente contra la pared eran dos gruesos volúmenes de la *Historia de los Viajes,* encuadernados en rojo. Venían después libros grandes y pequeños, gruesos y delgados, tapas sin libros y libros sin tapas, todo amontonado no importa cómo, cuando se nos ordenaba, antes del asueto, arreglar la «biblioteca»: así es cómo Karl Ivanovitch llamaba pomposamente á la mesita. En cuanto á los libros *suyos,* si la colección era menos numerosa que la nuestra, era aún más variada. Me acuerdo de tres: un folleto alemán, sin encuadernar, sobre el abono que conviene á las coles; un volumen encuadernado en pergamino (tenía una punta quemada), sobre la guerra de Siete Años, y un curso completo de hidrostática. Karl Ivanovitch pasaba una gran parte del tiempo en leer, hasta el punto de gastarse los ojos; pero fuera de los libros de la mesita y de *La Abeja del Norte,* no leía nada.

Uno de los objetos que había en la mesa de Karl Ivanovitch me ha quedado muy especialmente en la memoria. Era un redondel de cartón movible, montado sobre un pie de madera. En el redondel había pegada una caricatura representando á una señora y á un peluquero. Karl Ivanovitch era muy hábil para jugar, y él era el que había inventado y fabricado aquel redondel, con objeto de resguardar sus ojos malos de la luz.

Todavía veo delante de mí su larga figura, con la bata de bayeta y el gorro, de donde se escapaban escasos cabellos blancos. Está sentado al lado de una mesita sobre la cual está colocado el redondel de cartón con el peluquero: el redondel proyecta una sombra sobre su rostro; una de sus manos tiene un libro, la otra des-

cansa en el brazo del sillón; á su lado, su reloj en cuya esfera hay dibujado un cazador, su pañuelo á cuadros, su tabaquera negra y redonda, la caja verde de los anteojos y las despabiladeras en su platillo. Todo esto tan bien arreglado, tan bien ordenado, que basta verlo para adivinar que Karl Ivanovitch tiene la conciencia pura y el alma en paz.

A veces, cansados de correr abajo, por la sala, subíamos de puntillas y nos acercábamos dulcemente á mirar en la clase: Karl Ivanovitch estaba solo, sentado en su sillón y leyendo uno de sus libros favoritos con expresión apacible y solemne. Yo le sorprendía algunas veces no leyendo; sus anteojos se habían resbalado hacia la punta de su gran nariz; sus ojos, medio cerrados, miraban con una expresión particular y sus labios sonreían tristemente. En la habitación silenciosa no se oía más que el ruido desigual de su respiración y el tic-tac del reloj del cazador.

Sucedíale que no notaba que yo estaba allí, y yo seguía en la puerta y pensaba: ¡Pobre, pobre viejo! Nosotros somos numerosos, nosotros jugamos, nosotros nos divertimos, y él está completamente solo y nadie le mima. A la verdad, dice que es huérfano. ¡Y qué terrible es su historia! Recuerdo que un día se la contó á Kolia. ¡Es horrible estar en su situación! Me daba tanta lástima, que me acercaba á él y le cogía la mano, diciéndole: «¡Mi querido Karl Ivanovitch!» A él le gustaba esto; nunca dejaba de acariciarme y se veía que estaba conmovido.

En la segunda pared de la clase había colgados mapas, casi todos desgarrados, pero diestramente pegados por Karl Ivanovitch. En la tercera pared, aquella en que estaba la puerta, había colgadas, á un lado, dos reglas: una toda mellada, la nuestra; la otra completamente nueva, la suya, que servía menos para trazar líneas que para estimularnos. Al otro lado de la puerta había un cuadro negro, en el que eran señaladas nuestras grandes faltas con círculos y las pequeñas con cruces. A la izquierda del cuadro, el rincón donde se nos ponía en penitencia, de rodillas.

¡Cómo me acuerdo de aquel rincón! Recuerdo la puerta de la estufa y la puertecilla que había en la puerta, y el ruido que hacía cuando se la tocaba. A veces estaba en el rincón tanto tiempo, que me dolían la espalda y las rodillas. Y me decía: «Me ha olvidado Karl Ivanovitch. El está tranquilamente sentado en un buen sillón y lee su hidrostática... ¿y yo?» Entonces, para hacerle pensar en mí, abría y cerraba muy dulcemente la puertecilla de la estufa, ó hacía caer pedazos de yeso de la pared. Si por casualidad el pedazo era demasiado grande y hacía mucho ruido al caer, mi miedo era peor que toda mi penitencia. Miraba en seguida del lado de Karl Ivanovitch: no se movía; seguía con el libro y parecía no haber notado nada.

En medio de la habitación había una mesa cubierta con un hule negro,

cuyos agujeros dejaban ver los bordes llenos de cortes hechos con navaja. Alrededor de la mesa, algunos escabeles de madera sin pintar, pulimentados por un largo uso. La cuarta pared estaba ocupada por tres ventanas. He aquí lo que se veía por ellas. Abajo, en frente, un camino en el que no había un bache que yo no conociera, ni un guijarro que no amara. Al otro lado del camino, la calle de tilos recortados y su empalizada; después, la pradera, bardeada de un lado por la cerca, del otro por el bosque; á lo lejos, la casilla del guarda. Por la ventana de la derecha se veía un extremo de la terraza donde las personas mayores iban á sentarse esperando la comida. Me ocurría mirar de este lado, mientras que Karl Ivanovitch me corregía mi dictado, y ver los cabellos negros de mamá, después una espalda y oir un ruido confuso de voces y de rezos. Me disgustaba mucho no estar allá abajo, y pensaba: «Cuando sea grande, ya no daré lecciones; en vez de aprender diálogos alemanes, me pasaré todo el tiempo sentado con los que amo.» Mi despecho se cambiaba en tristeza, y me quedaba tan absorto (Dios sabe por qué y en qué pensaba), que no oía á Karl Ivanovitch reprenderme por mis faltas de ortografía.

Karl Ivanovitch se quitó la bata, se puso una levita azul llena de pliegues en los hombros, se arregló la corbata delante de un espejo y nos llevó abajo á dar los buenos días á mamá.

II

Mamá.

Mamá estaba sentada en el salón y hacía el té. Con una mano cogía la tetera, con la otra el grifo del samovar. La tetera desbordaba y el agua corría al platillo; pero aunque mamá mirase fijamente la tetera, no lo notaba, ni tampoco nos vió entrar.

Cuando se trata de representarse los rasgos de un ser amado, surgen á la vez tantos recuerdos, que turban la vista como lo harían las lágrimas. Son las lágrimas del alma. Cuando trato de recordar á mamá tal como era en aquel tiempo, no veo más que sus ojos oscuros, expresando invariablemente la bondad y el afecto, el lunar de su mejilla, un poco más abajo del sitio donde se rizaban algunos mechoncillos de pelos, su cuello blanco bordado, su mano delicada y delgada, que me acariciaba tan á menudo y que tan á menudo besaba yo: el conjunto se me escapa.

A la izquierda del diván había un viejo piano inglés de cola. Delante del piano, una niña morena, mi hermana Lioubotchka, estudiaba un ejercicio de Clemente con sus deditos rojos, recién lavados con agua fría. Tenía once años; llevaba una falda corta de guingan y pantalones bordados, y aún no alcanzaba la octava. Junto á ella,

un poco de lado, estaba sentada su aya. María Ivanovna, con su cofia con cintas de color de rosa, su casaca azul celeste y su rostro encarnado ó irritado, que tomó una expresión aún más agria desde que apareció Karl Ivanovitch. Le lanzó miradas amenazadoras, y sin contestar á su saludo, alzando la voz y acentuando el tono de mando, siguió marcando el compás con el pie: una, dos, tres; una, dos, tres.

Karl Ivanovitch, según su costumbre, no puso ninguna atención en ella y fué en derechura á besar la mano á mamá, á la alemana. Mamá salió de su meditación, sacudió la cabeza como para arrojar ideas tristes, dió la mano á Karl Ivanovitch y lo besó en su arrugada frente mientras que él la besaba en la mano.

—Gracias, mi querido Karl Ivanovitch—dijo en alemán.—¿Han dormido bien los niños?

Karl Ivanovitch era sordo de un oído, y en aquel momento no oía nada absolutamente á causa del piano. Se encorvó aún más hacia el diván, un pie en el aire y una mano apoyada en la mesa, se levantó el gorro y dijo con una sonrisa que en aquel tiempo me parecía la quintaesencia de las buenas maneras:

—¿Me permite V., Natalia Nicolaievna?

Karl Ivanovitch no se separaba nunca de su gorro por miedo á que se le enfriara la calva cabeza, pero nunca dejaba, al entrar en el salón, de pedir permiso para conservarlo.

—Consérvelo, consérvelo... Le pregunto á V.—dijo mamá, volviéndose hacia él y alzando la voz—si han dormido bien los niños.

Tampoco oyó, y sonrió aún más graciosamente, volviéndose á poner el gorro.

—Paren Vds. un instante, Mimí—dijo mamá á María Ivanovna con una sonrisa—no se oye.

Cuando mamá sonreía—era muy linda mamá—se ponía aún más linda, y se habría dicho que la alegría se esparcía en derredor suyo. Si yo pudiera entrever, solamente entrever, aquella sonrisa en los momentos difíciles de la vida, no sabría lo que son penas. Me parece que lo que se llama la belleza reside únicamente en la sonrisa. Si la sonrisa embellece, es que el rostro es bello; si no lo cambia, es que el rostro es ordinario; si lo afea, es que el rostro es feo.

Después de haberme dado los buenos días, mamá me cogió la cabeza con las dos manos, la echó á atrás y me miró atentamente.

—¿Has llorado?

—No contesté. Me besó en los ojos y dijo en alemán:

—¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba familiarmente con nosotros, se servía siempre del alemán, que sabía muy bien.

Me acordé del sueño que había inventado, con todos sus detalles, y me estremecí involuntariamente.

—He llorado soñando, mamá.

Karl Ivanovitch confirmó mi dicho, pero guardó silencio acerca de mi

sueño. Después de una ligera conversación sobre el tiempo, en la cual tomó parte Mimí, mamá puso en el platillo seis pedazos de azúcar destinados á los criados importantes, se levantó y se dirigió á su bastidor de bordar, colocado junto á la ventana.

—Niños, id á buscar á papá y decidle que no se olvide de venir á verme antes de irse al cercado.

Comenzaron otra vez el piano, los *una, dos, tres,* y las miradas amenazadoras. Cruzamos una habitación que había conservado desde el tiempo de mi abuelo el nombre de *sala de los oficiales,* y entramos en el despacho de papá.

III

Papá.

Estaba de pie junto á su mesa señalando con un gesto papeles y montoncitos de dinero y explicando algo, con mucho calor, á nuestro intendente Jacob Mikhaïlof. Este, de pie en su sitio ordinario, entre la puerta y el barómetro, tenía las manos á la espalda y movía los dedos con extrema rapidez.

Cuanto más se calentaba papá, más deprisa se movían los dedos, y cuando papá se callaba, los dedos se paraban; pero así que Jacob se ponía á hablar, había en sus manos movimientos desordenados y sobresaltos extraordinarios. Creo que se habría podido adivinar sus pensamientos mirando sus dedos. En cuanto á su rostro, estaba impasible. Se leía en él la conciencia de su valer, junto á ese aspecto de sumisión que parece decir: «Yo soy quien tiene razón; por lo demás, haré lo que V. quiera.»

Al vernos, papá se contentó con decir:

—Dentro de un instante... voy en seguida.

Y nos hizo señas con la cabeza, de cerrar la puerta.

—¡Buen Dios! ¿Qué tienes hoy, Jacob? —continuó.—Recibirás mil rublos del molino, ocho mil por las hipotecas; venderás por tres mil rublos de heno. ¿Te hará esto, sí ó no, doce mil rublos?

—Sí, ciertamente—respondió Jacob.

En la agitación de sus dedos vi que iba á hacer objeciones, pero papá no le dejó tiempo.

—Mira, aquí tienes un sobre con el dinero dentro. Envíalo á sus señas.

Yo estaba junto á la mesa. Eché una ojeada al sobre y leí: Para Karl Ivanovitch Mayer.

Papá notó, sin duda, que yo leía lo que no me importaba, porque me puso la mano en el hombro y me indicó con una ligera presión la dirección opuesta á la mesa. No estando seguro de que aquello no fuera una caricia, besé, por lo que pudiera ser, la gruesa mano surcada de venas que se apoyaba en mi hombro.

—Está bien—dijo Jacob.—¿Y del dinero de Khabarovka?

Khabarovka era la propiedad de mamá.

—No lo tocarás sin orden mía.

Jacob se calló algunos segundos. De pronto sus dedos se movieron con un redoble de rapidez; su aire de sumisión estúpida dejó lugar á una expresión de astucia y comenzó en estos términos:

—Permítame V., Pedro Alejandrovitch; temo que nuestros cálculos no sean justos.

Se calló un instante y miró á papá con aire profundo.

—¿Por qué?

—Permítame V. El molinero ha venido ya dos veces para pedirme tiempo. Jura que no tiene dinero. Ahí está; ¿quiere V. hablarle? (Papá hizo señal que no.) En cuanto á las hipotecas, no tomará V. nada antes de dos meses, como se lo había dicho. El heno... V. mismo acaba de decir que se sacaría de él acaso tres mil rublos...

Le interrumpió. Sus ojos decían: «V. mismo lo ve. ¿Qué son tres mil rublos?»

Era visible que tenía una multitud de argumentos en reserva; acaso por esto se apresuró papá á cortarle la palabra.

—Será como te he dicho. Sin embargo, si el dinero no ingresara en seguida, tomarás el de Khabarovka.

—Está bien.

El rostro y los dedos de Jacob expresaron una viva satisfacción.

Jacob era siervo. Era un hombre muy celoso y muy adicto. Como todos los buenos intendentes, tomaba con calor los intereses de su amo, sobre los cuales tenía las nociones más extrañas. Su idea fija era enriquecer al señor á expensas de la señora, demostrando la necesidad de gastar todas las rentas de la señora para Petrovska, la casa de campo que habitábamos. En aquel momento se le notaba la satisfacción de haberlo conseguido. Después de habernos saludado, papá nos declaró que llevábamos en el campo una vida de perezosos, que nos hacíamos grandes y que ya era tiempo de trabajar seriamente.

—Creo que sabéis ya que voy á Moscú y que os llevo conmigo—prosiguió. — Viviréis en casa de vuestra abuela, y mamá se quedará aquí con los pequeños. No olvidéis que su único consuelo será saber que trabajáis bien y que están contentos de vosotros.

Aunque esperáramos algo extraordinario á causa de los preparativos que veíamos hacía ya muchos días, aquella noticia fué un cañonazo. Volodia enrojeció, y su voz temblaba al hacer el encargo de mamá.

«¡He aquí lo que me anunciaba mi sueño! pensé. ¡Quiera Dios que no suceda algo peor!»

Yo tenía mucha, mucha pena por mamá, y al mismo tiempo el pensamiento de que comenzábamos realmente á ser grandes me halagaba.

«Si nos vamos esta noche, pensé, con seguridad que hoy no tendremos clase. ¡Qué felicidad! Sin embargo, estoy disgustado por Karl Ivanovitch; de otro modo, no habría aquí este sobre para él... Preferiría dar lecciones toda mi vida, no dejar á mamita y no

disgustar á ese pobre Karl Ivanovitch. ¡Es ya tan desgraciado!»

Todos estos pensamientos cruzaban por mi cabeza. No me movía y miraba fijamente las cintas de mis zapatos.

Papá cambió algunas palabras con Karl Ivanovitch sobre el barómetro, que había bajado. Recomendó á Jacob que no diera de comer á los perros, porque quería salir por última vez, después de comer, con los galguitos, y nos envió á trabajar, contra lo que yo esperaba; sin embargo, nos prometió, para consolarnos, llevarnos á la cacería.

Al tomar otra vez el camino del primer piso, me escapé un instante, corriendo por la terraza. Milka, el lebrel favorito de papá, estaba tendido al sol, delante de la puerta, entornados los ojos.

—Milkita—le dije acariciándolo y dándole un beso en el hocico — nos vamos. ¡Adiós! Ya no nos veremos más.

Me enternecí y eché á llorar.

IV

En clase.

Karl Ivanovitch estaba de muy mal humor. Se veía en sus cejas fruncidas, en la manera como echó su levita sobre la cómoda, en el aire furioso con que se ató el cinturón de su bata é hizo una profunda señal con la uña en el libro de los diálogos alemanes, para indicar hasta dónde debíamos estudiar. Volodia aprendió pasablemente la lección; yo estaba demasiado turbado para trabajar. Miraba mi libro de diálogos, pero mi espíritu estaba ausente, y las lágrimas que me llenaban los ojos á la idea de la partida me impedían leer. Llegó la hora de recitar mi lección á Karl Ivanovitch, que cerró los ojos para escuchar (esto era mala señal.) Cuando llegué al sitio donde uno dice: «¿De dónde viene V.? y el otro responde: «¡Del café!» me fué imposible contener más tiempo mis lágrimas, y los sollozos me impidieron decir: «¿Ha leído V. el periódico?» Hubo que escribir mi plana. Mis lágrimas produjeron tales huellas, que parecía que había escrito con agua en papel secante.

Karl Ivanovitch se incomodó, pretendió que aquello era terquedad, «una comedia de marionetas» (esta era su expresión favorita), me castigó poniéndome de rodillas, me amenazó con la regla y exigió que pidiera perdón cuando no podía pronunciar una palabra á fuerza de llorar. Al fin, comprendiendo probablemente su injusticia, se fué al cuarto de Kolia, dando un portazo.

Desde la clase oímos una conversación.

—¿Sabes, Kolia, que los niños se van á Moscú?—dijo Karl Ivanovitch al entrar en la habitación.

—Sí, lo sé.

Kolia quiso, sin duda, levantarse, porque Karl Ivanovitch le dijo:

—Sigue sentado.

Y después cerró la puerta.

—Dejé mi sitio y fuí á escuchar á ésta.

—Por muchos servicios que se preste á las gentes—comenzó Karl Ivanovitch con tono conmovido—por mucha adhesión que se les consagre, es claro que no hay que esperar reconocimiento; ¿verdad, Kolia?

Kolia estaba sentado junto á la ventana y cosía una bota. Hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—Hace doce años que estoy en esta casa—prosiguió Karl Ivanovitch—y, puedo decirlo ante Dios, Kolia (alzó los ojos y levantó su tabaquera hacia el techo) les he sido más adicto y me he tomado más interés por ellos que si hubieran sido mis propios hijos. ¿Te acuerdas, Kolia, de cuando Volodia tuvo calenturas? Pasé nueve días á su cabecera sin cerrar los ojos. Sí, en aquel tiempo yo era el buen Karl Ivanovitch, el querido Karl Ivanovitch; me necesitaban. Al presente (sonrió irónicamente), los niños se han *hecho grandes; es tiempo de trabajar seriamente*. Vamos, ¿que aquí no aprenden nada, Kolia?

—Como aprender mejor, con seguridad—dijo Kolia dejando la lezna y tirando con las dos manos del cabo.

—Sí, ahora que ya no tienen necesidad de mí me ponen á la puerta. ¿Qué se ha hecho de las promesas y del reconocimiento? Siento un profundo respeto y un gran afecto por Natalia Nicolaïevna (se puso la mano sobre el corazón); pero Kolia, ¿qué es ella aquí? No supone nada en la casa, esta es la verdad. (Al pronunciar estas palabras, tiró al suelo las recortaduras de cuero con un gesto expresivo). Sé quien me ha jugado esta partida y por qué soy ya inútil: es porque no soy un adulador y porque no digo amén á todo, como *ciertas personas*. Tengo la costumbre (tomó un tono digno) de decir siempre la verdad, y delante de todo el mundo. ¡Que Dios lo perdone! No los enriquecerá el no tenerme, y yo, gracias á Dios, encontraré siempre donde ganar un pedazo de pan; ¿verdad, Kolia?

Kolia levantó la cabeza y miró á Karl Ivanovitch como para asegurarle que encontraría realmente un pedazo de pan; pero no contestó.

Karl Ivanovitch habló durante largo tiempo en este tono. Contó cuánto mejor habían apreciado sus servicios en casa de un general donde había estado antes de venir á nuestra casa (me dió mucha pena saber esto); habló de Sajonia, de sus padres, de su amigo el sastre Schöuheit, etc., etc.

Yo compadecía su dolor, y me era penoso ver que papá y Karl Ivanovitch, á los que amaba tanto al uno como al otro, no se entendían. Volví á mi sitio, me senté sobre mis talones y me puse á pensar en los medios de reconciliarlos.

Al volver á la clase, Karl Ivanovitch me dijo que me levantara y que preparara mi cuaderno de dictado. Cuando todo estuvo dispuesto, se ins-

taló majestuosamente en su sillón, y con voz que parecía salir de un abismo, me dictó lo que sigue:

—*De todos los de-fectos, el más de-tes-ta-ble es...* ¿Estamos?

Se detuvo, aspiró largamente un polvo de tabaco, y continuó con mayor energía:

—*El más detestable es la In-gra-ti-tud*. I mayúscula.

Creyendo que iba á continuar, le miraba:

—Punto—dijo con una sonrisa apenas perceptible.

Me hizo señas de que le diera el cuaderno. Leyó muchas veces aquella máxima en voz alta, con entonaciones variadas y muestras de profunda satisfacción: expresaba bien el pensamiento que lo ahogaba. Nos dió luego á aprender una lección de historia y se sentó junto á una ventana. Su rostro no estaba ya irritado; expresaba la satisfacción del hombre que ha vengado con dignidad una afrenta.

Era la una menos cuarto; Karl Ivanovitch no tenía el aire de despedirnos y nos daba siempre nuevas lecciones. El fastidio y el hambre aumentaban. Yo vigilaba con extrema impaciencia todas las señales que anunciaban la comida. «Ahí está la criada con su paño que va á secar los platos. Remueven la vajilla en el aparador. Oigo empujar la mesa y colocar las sillas. Ahí está Mimí con Liubotchka y Catalina (la hija de Mimí, doce años) que vuelve del jardín; pero no veo á Foca (el mayordomo, el que anuncia que está servida la comida). Cuando vea á Foca, podremos tirar el libro y escapar sin ocuparse de Karl Ivanovitch, pero no antes.»

Al fin se oyeron pasos en la escalera.

¡No era Foca! Conocía yo bien el paso de Foca y el crujido de sus botas. Se abrió la puerta y vi aparecer una cara completamente desconocida.

V

El inocente.

Era un hombre de unos cincuenta años, de rostro pálido, señalado por la viruela, largos cabellos grises y algunos pelos de barba rojizos. Era tan alto, que tuvo literalmente que doblarse para pasar por la puerta. Su traje era de jirones y de una forma indefinible: era un término medio entre caftán y sotana. Llevaba en la mano un enorme bastón con el que golpeó el suelo con toda su fuerza al entrar; luego frunció las cejas, abrió una boca desmesurada y lanzó una carcajada espantosa. Era tuerto, y su ojo sin vista, siempre en movimiento, acababa de hacerlo horroroso.

—¡Ah, ah! ¿Atrapado?—gritó, acercándose á Volodia y cogiéndole la cabeza. Le examinó atentamente el cráneo, lo soltó, se acercó á la mesa y sopló con aire muy serio bajo el hule, haciendo cruces debajo.

—¡Oh, oh, oh! ¡Qué lástima!... ¡Oh, oh, oh!... ¡Mal hecho!. ¡Oh, oh, oh! ¡Pobrecitos!... ¡Ha volado!—continuó mirando á Volodia con aire enternecido.

Se echó á llorar y se secó los ojos con la manga.

Tenía la voz áspera y enronquecida, los movimientos precipitados y nerviosos; sus discursos eran descosidos y desprovistos de sentido (jamás se servía de pronombres), y con todo esto, el tono era tan conmovedor, su desdichada cara amarilla tomaba por momentos una expresión tan profundamente triste, que experimentaba uno á su pesar, escuchándole, una mezcla de lástima, de espanto y de melancolía.

Era Gricha, el inocente, el viajero perpetuo.

¿De dónde era? ¿Quiénes eran sus padres? Por qué había adoptado aquella vida errante? Nadie sabía nada. Todo lo que puedo decir, es que se le conocía en el país hacía más de treinta años y que siempre se le había visto en el estado de inocente. Iba miserablemente descalzo en invierno y en verano, frecuentaba los conventos, distribuía menudos objetos religiosos á las gentes que le agradaban y pronunciaba palabras enigmáticas en las que ciertas personas veían profecías. Jamás había sido más que el «inocente». Iba de cuando en cuando á casa de mi abuela. Según unos, sus padres eran ricos y era digno de lástima y de interés. Según otros, Gricha era un simple mujik y un holgazán.

Al fin apareció Foca, el exacto Foca, esperado con tanta impaciencia. Bajamos, y Gricha nos siguió, siempre sollozando y diciendo extravagancias. Golpeaba los escalones con su palo.

Papá y mamá se paseaban por el salón hablando á media voz. Mimí, en actitud digna, estaba sentada en un sillón colocado en ángulo recto con el diván. Las niñas estaban sentadas á su lado, y Mimí les daba sus instrucciones en voz baja, pero severa. Desde que entró Karl Ivanovitch, Mimí le lanzó una mirada, é inmediatamente le volvió la espalda, poniendo una cara que quería decir:

«No lo conozco á V., Karl Ivanovitch.»

Se veía en los ojos de las niñas que ardían en deseos de comunicarnos una gran noticia, pero que no había que pensar en acudir á hablarnos: esto habría sido infringir la regla de Mimí. La regla exigía que nosotros hiciéramos en primer lugar una reverencia, diciendo: «Buenos días, Mimí», después de lo que tendríamos el derecho de hablar.

¡Era insoportable aquella Mimí! Imposible hablar cuando ella estaba delante: todo lo encontraba inconveniente. Además, siempre os perseguía con su «hablen francés», precisamente en el momento, parecía que lo hacía exprofeso, en que teníais más ganas de charlar en ruso. En la mesa, si encontrabais un plato bueno y teníais gana de comer en paz sin ser molestado, indefectiblemente Mimí: «Coma V. con pan. ¿Cómo coge V. el tene-

dor?» «¿Qué le importa?—pensaba yo.—¡Que se ocupe de las niñas! Para eso está. De nosotros está encargado Karl Ivanovitch.» En el fondo de mi corazón yo compartía el odio de Karl Ivanovitch hacia las *ciertas personas*.

Pasamos al comedor, las personas mayores las primeras. Catalina me cogió por la manga, y me dijo en voz baja:

—Pide á tu mamá que nos deje ir con vosotros á la cacería.

—Bueno, lo intentaremos.

Gricha comía con nosotros, pero en una mesita aparte. No levantaba los ojos de su plato, lanzaba suspiros, hacía gestos horribles y se hablaba á sí mismo: «¡Qué lástima!... Ha volado... volado, pichón, cielo... ¡Ah, piedra sobre tumba!» Y otras frases por el mismo estilo.

Desde por la mañana, mamá parecía agitada, y la presencia de Gricha, con sus disparates y sus gestos, aumentaba violentamente su malestar.

—¡Ah! Se me olvidaba pedirte una cosa—dijo á papá alargándole un plato de sopa.

—¿Qué?

—Que encierres tus horribles perros. Poco ha faltado para que muesdan al pobre Gricha cuando ha entrado en el patio. Serían capaces de morder á los niños.

Gricha oyó que se trataba de él. Se volvió en la silla, y dijo con la boca llena, enseñando su ropa hecha jirones:

—Quería hacer morder... Dios no ha permitido. Cazar con perros, ¡pecado, gran pecado! No pegar *anciano*... (1), ¿por qué pegar? Dios perdona.

—¿Qué es lo qué dice?—preguntó papá mirándolo fijamente con aire de descontento.—No comprendo nada de ello.

—Yo sí lo comprendo—replicó mamá.—Me ha contado que uno de tus cazadores ha excitado expresamente á su perro á que se arrojase sobre él. Te dice: «Ha querido hacer que me muerda, pero Dios no lo ha permitido», y te pide que no castigues al cazador.

—¡Ah!—dijo papá.—¿Pero cómo sabe que quiero castigar al cazador? Mira—continuó en francés—en general, no me gustan esos hombres; pero éste me disgusta especialmente; y estoy seguro...

—¡Oh, no digas eso!—le interrumpió mamá con aire de susto.—¿Qué sabes tú?

—No me han faltado las ocasiones para estudiar esa casta de pájaros—siempre tienes la casa llena de ellos—todos están cortados por el mismo patrón. Eternamente la misma historia...

Se veía que mamá no era del todo de la opinión de papá y que no quería disputar.

—Pásame los pastelillos—dijo.—¿Están buenos hoy?

—¡No!—continuó papá, cogiendo el plato de los pastelillos y teniéndolo en el aire, fuera del alcance de mamá.—¡No! Me irrito cuando veo gen-

(1) Llamaba así á todos los hombres sin distinción.—(N. DEL A.)

tes inteligentes é instruídas dejarse engañar.

Y golpeó la mesa con el tenedor.

—Te he pedido los pastelillos—repitió mamá, alargando el brazo.

—Hace bien la policía en recoger á esas gentes— prosiguió papá, empujando su plato.—No sirven absolutamente más que para agitar á las personas nerviosas—añadió con una sonrisa, notando que aquella conversación disgustaba á mamá, y le dió los pastelillos.

—Te contestaré una solución—dijo mamá. — Es difícil admitir que un hombre que va descalzo en invierno y en verano á su edad, que lleva siempre bajo sus ropas una cadena que pesa más de sesenta libras, que ha rehusado siempre, cuando se le ofrecía una vida tranquila donde todo lo tuviera costeado, es difícil admitir que este hombre haya hecho todo esto únicamente por pereza. Por lo que hace á las predicciones (suspiró y se calló un instante), tengo motivo para creer en ellas. Me parece haberte contado que Kirincha había predicho á mi padre el día y la hora de su muerte.

—¿Qué has hecho?—dijo papá sonriendo y poniendo la mano á modo de pantalla en el extremo de su boca, del lado donde estaba Mimí (cuando papá hacía este gesto, yo escuchaba con todos mis oídos, convencido de que iba á decir algo muy chistoso)—¿Por qué me has hecho pensar en sus pies? Los he mirado, y ya no podré comer.

La comida tocaba á su fin. Liubotchka y Catalina no cesaban de hacernos señas; movíanse en sus sillas y daban todas las muestras de una violenta agitación. Sus señas querían decir: «¿Por qué no pedís que nos lleven á la cacería?» Yo daba á Volodia con el codo, y Volodia me devolvía el codazo. Al fin se decidió. Con voz al pronto tímida, luego bastante firme y bastante fuerte, explicó que estando en el momento de partir, querríamos llevar á las niñas á la caza con nosotros. Después de un corto conciliábulo entre las personas mayores, nos fué concedido lo que pedíamos, y corrimos á vestirnos para la cacería. Yo sentía una extrema impaciencia. Al fin se oyó el paso de papá en la escalera. Algunos minutos después estábamos en camino.

VI

Qué especie de hombre era mi padre.

Era un hombre del siglo pasado, y como toda la juventud de entonces, tenía un yo no sé qué de caballeresco, de emprendedor: de seguro, de amable y de libertino. Experimentaba un profundo desprecio por las gentes de nuestro siglo y su desprecio venía á la vez de una hostilidad orgullosa y del despecho de que no podía ya tener en nuestra época la influencia y los éxitos que había tenido en su tiempo. Sus dos grandes pasiones eran las cartas y las mujeres. Ganó ó perdió

al juego en el curso de la vida muchos millones, y amó á un número incalculable de mujeres de todas las clases de la sociedad.

Era alto y de hermosa presencia; andaba muy singularmente, á pasos cortos, y tenía una contracción nerviosa en un hombro. Ojillos siempre sonrientes, gran nariz aguileña, boca irregular, un poco gesticulante, y sin embargo agradable, un defecto de pronunciación (silbaba al hablar) y cabeza completamente calva; tal era mi padre en la época á que remontan mis recuerdos más antiguos. Con este exterior, no sólo supo pasar por un hombre de buenas fortunas y serlo en efecto, pero supo agradar á todo el mundo sin excepción, grandes y pequeños, en particular á los que quería agradar.

En todas sus relaciones se las arreglaba de modo que no estuviera nunca en situación de inferioridad. Sin haber pertenecido jamás al gran mundo, frecuentaba continuamente el trato de gentes que formaban parte de él, y se hacía respetar de ellas. Conocía el grado preciso de orgullo y de presunción que realza á un hombre en la opinión del mundo sin ofender al prójimo. Era original, pero á sus horas; se servía de la originalidad para suplir en ciertos casos las buenas maneras y la riqueza. Nada le asombraba en el mundo; en cualquier elevada situación que se hubiera encontrado habría parecido haber nacido para ella. Sabía tan perfectamente ocultar á los demás y alejar de sí mismo el lado enojoso de la vida, el de las pequeñas contrariedades y de las molestias, que era imposible no envidiarlo. Era inteligente en todo lo que procura al hombre comodidad y adorno, y sabía aprovecharlo. Tenía una idea fija: las brillantes relaciones que debía en parte á la familia de mi madre, y en parte á sus amistades de la juventud; no perdonaba á sus antiguos camaradas de haber llegado á elevadas posiciones, mientras que él seguía siendo teniente de la guardia retirado.

Como todos los antiguos militares, no sabía vestirse á la moda. En cambio lo hacía á su manera y con gusto. Llevaba siembre un traje muy ancho y muy ligero, de tela magnífica, un gran cuello y grandes puños remangados. Por lo demás, con su alta estatura, su aspecto de vigor, su cabeza calva y sus movimientos tranquilos y fáciles, todo le sentaba bien. Era sensible, y hasta lloraba á poca costa. A menudo, cuando leía en voz alta, su voz comenzaba á temblar al acercarse al pasaje patético, se humedecían sus ojos, y cerraba el libro con despecho. Le gustaba la música, y cantaba acompañándose al piano romanzas de su amigo A***, arias tziganas y motivos de ópera; pero no era aficionado á la música sabia, y decía francamente, sin cuidarse de la opinión pública, que las sonatas de Beethoven le daban sueño, y que no conocía nada en música superior al *No me despertéis,* cantado por Semenof, ó al *No estoy sola,* cantado por la tzigana Tanioucha.

Era de esas gentes á las cuales para hacer una buena acción es absolutamente indispensable tener un público. Por lo demás, no existía otro bien á sus ojos que lo que el público encontraba bien. ¿Tenía en moral algunos principios? Sólo Dios lo sabe; pero su vida había estado tan llena de seducciones de todo género, que no debía haberle quedado tiempo para tener principios; por lo demás, era demasiado dichoso para ver la necesidad de ellos.

Al avanzar en edad, se formó opiniones definidas y reglas fijas, pero únicamente desde el punto de vista práctico; todo lo que le proporcionaba placer y dicha estaba bien, y esto es lo que había que hacer siempre en el porvenir. Contaba de una manera encantadora, y creo que este talento contribuía á hacer sus principios elásticos; según el giro que daba á su relato, la misma acción era una broma graciosa ó la última de las villanías.

VII

En el despacho y en el salón.

Comenzaba ya á oscurecer cuando volvimos de la cacería. Mamá se puso al piano. Los niños fuimos á buscar papel, lapiceros y colores, y nos pusimos á dibujar en la mesa redonda. Yo no tenía más que azul; pero esto no me detuvo, y emprendí el dibujo de nuestra cacería de la tarde. Bien pronto tuve hecho un niño azul montado en un caballo azul, y corriendo detrás de perros azules; pero me acudieron escrúpulos en cuanto á la liebre; ¿se podía hacer una liebre azul? Corrí á preguntárselo á papá en su despacho.

—Papá, ¿hay liebres azules?

Papá leía. Me contestó sin levantar la cabeza:

—Las hay, hijo mío, las hay.

De vuelta en la mesa, hice una liebre azul, después de lo cual juzgué indispensable cambiarla en matorral. El matorral me desagradó también. Hice de él un árbol; el árbol se convirtió en un haz de heno, el haz en nube, de tal modo, que todo el papel fué azul. Lo rasgué con cólera, y me fuí á echar un sueño en un sillón.

Mamá tocaba el segundo concierto de Field, su profesor. Yo dormitaba, y desde el fondo de mi memoria subían recuerdos ligeros, luminosos, por decirlo así, transparentes. Comenzó la *Sonata patética*, de Beethoven, y me acudieron recuerdos tristes, penosos y sombríos. Mamá tocaba á menudo estas dos piezas; por eso me acuerdo tan bien del efecto que me producían. Aquello se asemejaba por completo á recuerdos; pero ¿recuerdos de qué? Parece que se acuerda uno de cosas que no han existido nunca.

Enfrente de mí estaba la puerta que conducía al despacho de papá. Entreví á Jacob que entraba seguido de muchos individuos de grandes barbas con caftanes. La puerta se cerró en segui-

da detrás de ellos. «¡Comienzan los negocios!» pensé. A mis ojos no había en todo el universo negocios más importantes que los que se trataban en el despacho de papá. Me había confirmado en mi idea la observación de que al acercarse á su puerta las gentes se ponían á hablar bajo y á andar de puntillas. Desde el salón se oía la voz sonora de papá, y se percibía el olor de su cigarro, que siempre me había encantado no sé por qué. De pronto oí por entre mi somnolencia un crujido de zapatos muy conocido; Karl Ivanovitch se dirigía al despacho de puntillas, pero con rostro sombrío y resuelto. Llamó ligeramente, le abrieron, y volvió á cerrarse la puerta.

«¡Con tal que no suceda una desgracia!, pensé. Karl Ivanovitch está encolerizado; es capaz de todo.»

Y volví á dormirme.

No sucedió ninguna desgracia. Al cabo de una hora fuí despertado por el mismo crujir de zapatos. Karl Ivanovitch pasó secándose con el pañuelo sus mejillas inundadas de lágrimas, y mascullando palabras ininteligibles. Papá le seguía y entró en el salón.

—¿Sabes lo que acabo de decidir?—dijo alegremente á mamá, poniéndole la mano en el hombro.

—¿Qué?

—Me llevo á Karl Ivanovich con los niños. Hay sitio en la britchka. Los niños están acostumbrados á él, él parece serles muy adicto. Setecientos rublos al año no son gran cosa, y además, en el fondo, es un pobre diablo.

Jamás pude comprender por qué papá injuriaba así á Karl Ivanovitch.

—Me alegro mucho por los niños y por él—dijo mamá.—Es un hombre excelente.

—¡Si hubieras visto qué conmovido estaba cuando le he dicho que se guardara los quinientos rublos, que eran un regalo!... Pero lo más gracioso de todo es la nota que me ha entregado. Vale la pena de verla—añadió con una sonriza, alargando á mamá un papel de letra de Karl Ivanovitch.—¡Es adorable!

La nota estaba concebida así:

«Para los niños: dos anzuelos, 70 kopeks.

Papel de flores, oropel, cola y armazón de cesta, para regalos, 6 rublos 55 kopeks.

Libro y arco, regalos para los niños, 8 rublos 16 kopeks.

Dado á Kolia un pantalón, 4 rublos.

Reloj de oro prometido en Moscú, en 18..., por Pedro Alejandrovitch, 140 rublos.

Se debe, pues, á Karl Ivanovitch, además de su sueldo, la suma de 159 rublos 41 kopeks.»

Al leer esta nota, en la que Karl Ivanovitch reclamaba el dinero de los regalos que había hecho y del regalo que se le había prometido, todos los lectores pensarán que Karl Ivanovitch era un hombre sin corazón y un alma interesada, y se engañarán todos los lectores.

Al entrar en el despacho con su pa-

pel en la mano, llevaba preparado en su cabeza un hermoso discurso sobre todas las injusticias que le habían sido hechas en nuestra casa. Cuando hubo comenzado á hablar con aquella misma voz conmovida y con aquellas mismas entonaciones, llenas de sentimiento, de que se servía para dictarnos, su elocuencia obró violentamente sobre él mismo; de suerte que llegado á un pasaje donde decía: «Cualquiera que sea la tristeza que yo experimente al separarme de los niños...», la emoción le apretó la garganta. Su voz temblaba, y se vió obligado á sacar el pañuelo de cuadros.

«Sí, Pedro Alejandrovitch — dijo entonces á través de sus lágrimas (no había una palabra de esto en el discurso preparado)—estoy de tal modo acostumbrado á los niños, que no sé qué será de mí sin ellos. «Preferiría servir á V. por nada»—añadió, secándose las lágrimas con una mano y presentando la nota con la otra.

»Afirmo que Karl Ivanovitch era sincero al pronunciar estas últimas palabras, porque conozco su buen corazón; en cuanto á poner de acuerdo la oferta de servir por nada y la nota, soy incapaz de ello: esto será siempre un misterio para mí.»

—Si le disgusta á V. dejarnos, todavía me disgustaría más á mí perderlo—dijo papá, dándole un golpecito en el hombro. He cambiado de opinión.

Un poco antes de la cena, Gricha entró en el salón. Desde el momento en que puso el pie en casa, no había dejado de lanzar suspiros y de llorar. Para los que le concedían el don de prever el porvenir, esto era señal de que amenazaba á nuestra casa una desgracia. Se despidió y declaró que partiría el día siguiente por la mañana. Hice señas á Volodia de que me siguiera, y salí.

—¿Qué?

—Si queréis ver las cadenas de Gricha, subamos pronto á los cuartos de los criados. Gricha duerme en el segundo, podemos sentarnos en el descanso y lo veremos todo.

—¡Buena idea! Espérame aquí; voy á buscar á las niñas.

Las niñas acudieron corriendo, y subimos. Después de habernos disputado quién entraría primero en el cuarto oscuro, nos sentamos y esperamos.

VIII

Gricha.

No estábamos muy seguros en el oscuro reducto. Nos apretábamos unos contra otros sin decir nada. Gricha nos siguió muy de cerca. Andaba sin ruido, llevando en una mano su cayado y en la otra una candela en un candelero de cobre. Conteníamos el aliento.

«¡Señor Jesucristo! ¡Virgen Santísima! ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!...»

Se interrumpió para respirar y comenzó de nuevo con las varias entonaciones y las abreviaturas usadas únicamente por las personas que repiten á menudo estas palabras.

Sin dejar de rezar dejó el cayado en un rincón, examinó la cama y comenzó á desnudarse. Soltóse el viejo cinturón negro, se quitó lentamente la blusa de nankin, la dobló cuidadosamente y la puso en el respaldo de una silla. Su rostro había perdido la expresión inquieta é idiota que le era habitual. Al contrario, estaba sereno, pensativo y hasta majestuoso. Sus movimientos eran lentos y reflexivos.

Cuando estuvo desnudo se sentó dulcemente en la cama, que cubrió de señales de la cruz, y arregló sus cadenas bajo la camisa, no sin esfuerzo; se vió el esfuerzo en la contracción de sus rasgos. Contempló un instante con aire preocupado los agujeros de la camisa; se levantó, comenzando otra vez á rezar; cogió la candela, que levantó á la altura de las imágenes; se persignó y volcó el candelero. La candela crepitó y se apagó.

La luna, entonces casi llena, daba en la ventana del cuarto. Sus rayos pálidos y argentados iluminaban de un lado el prolongado rostro blanco del inocente; el otro lado aparecía todo negro, y su sombra, mezclada con las sombras del marco de la ventana, caía sobre el pavimento, trepaba á lo largo de la pared y hasta el techo. En el patio, el vigilante golpeó en la plancha de cobre.

Gricha se callaba. De pie delante de las imágenes, las enormes manos juntas sobre el pecho, la cabeza inclinada hacia adelante, respiraba trabajosamente. Después se puso de rodillas con dificultad y rezó.

Recitó al principio muy bajo oraciones conocidas, dándose golpes de pecho en ciertas palabras; luego volvió á comenzar las mismas oraciones, más alto y animándose; por fin, se puso á improvisar. Trataba de expresarse en eslabón, y se comprendía que esto le costaba trabajo. Aquello era incoherente, pero conmovedor. Rogó por todos sus bienhechores (llamaba así á las gentes que lo recibían en su casa), entre otros, por mamá y por nosotros; rogó por sí mismo y pidió á Dios que le perdonara sus grandes pecados; se puso á repetir: «¡Dios mío, perdona á mis enemigos!» Se levantó gimiendo, se tendió á todo lo largo en tierra, repitiendo siempre las mismas palabras, y se volvió á levantar, á pesar del peso de las cadenas, que hacían un ruido seco y metálico al tocar en el suelo.

Volodia me pellizcó en la pierna y me hizo mucho daño, pero ni siquiera volví la cabeza. Me contenté con rascarme la pierna y seguí mirando y escuchando á Gricha con una mezcla de asombro infantil, de lástima y de veneración.

En vez de divertirme y de reirme, como había pensado al entrar en el cuarto oscuro, me sentía estremecer de espanto.

Gricha permaneció todavía mucho tiempo en una especie de éxtasis, siguiendo improvisando oraciones. En

tanto, repetía muchas veces: *¡Señor, ten piedad de nosotros!*, pero cada vez con más fuerza y con una entonación diferente; en tanto, decía: *¡Perdóname, Señor; enséñame lo que debo hacer..., enséñame lo que debo hacer, Señor!*, y se habría dicho, por su acento, que esperaba recibir en seguida una respuesta; en tanto, no se oía más que sollozos lastimeros... Se alzó sobre las rodillas, juntó las manos sobre el pecho y se calló.

Adelanté dulcemente la cabeza por la puerta, conteniendo la respiración. Gricha no se movió. Profundos suspiros se escapaban de su pecho. Su ojo tuerto, cuya turbia pupila iluminaba la luna, estaba lleno de lágrimas.

«¡Sí, cúmplase tu voluntad!» clamó de pronto con una expresión imposible de copiar, y dejándose tocar la frente con la tierra, sollozó como un niño.

Muchas cosas han pasado después; muchos recuerdos han perdido para mí su importancia y se han convertido en visiones confusas; Gricha el viajero ha terminado hace mucho tiempo su último viaje; pero jamás se borrará la impresión que produjo en mí; jamás olvidaré los sentimientos que despertó en mi alma.

¡Oh Gricha! ¡Oh gran cristiano! Tu fe era tan ardiente, que sentías la proximidad de Dios; tu amor era tan grande, que las palabras brotaban espontáneamente de tus labios; no pedías á la razón que las examinara... ¡Y con qué magnificencia loabas la grandeza del Omnipotente, cuando no encontrando palabras, te arrojabas á tierra llorando!...

El enternecimiento con que yo escuchaba á Gricha no podía prolongarse mucho tiempo; en primer lugar, porque mi curiosidad estaba saciada; después, porque tenía las piernas entumecidas á fuerza de estar sentado en el mismo sitio, y, en fin, porque oía moverse y cuchichear detrás de mí y sentía ganas de hacer como los demás. Alguno me cogió la mano y me dijo al oído: «¿De quién es esta mano?» Estaba muy oscuro, pero en el tacto y en el sonido de la voz reconocí á Catalina.

Instintivamente cogí su bracito, desnudo hasta más arriba del codo, y lo besé. Catalina, asombrada sin duda de mi proceder, retiró el brazo, y al hacerlo tropezó con una silla que allí había. Gricha levantó la cabeza, miró alrededor suyo y envió señales de la cruz á todos los rincones recitando una oración. Escapamos ruidosamente y cuchicheando.

IX

Natalia Savichna.

Hacia mediados del siglo último se veía correr por la alda de Kabarovka una niña groseramente vestida, descalza, pero fresca y alegre. Era Natachka, la hija de Sawa, el tocador de clarinete. Para recompensar los ser-

vicios de Sawa, y á petición suya, mi abuelo tomó á Natachka en su casa, y llegó á ser una de las criadas de mi abuela. Se distinguió por su dulzura y su celo, y cuando nació mi madre, Natachka fué escogida para ser su niñera. Mostró en estas nuevas funciones una actividad y un afecto á su joven ama, que le valieron elogios y recompensas. Los cabellos empolvados, los calzones cortos y los zapatos con hebillas del oficial de boca, Foca, entonces joven y galán, hicieron impresión en el corazón sencillo pero amante de Natachka. El servicio de ambos los ponía en relaciones continuas. Natachka fué subyugada y tomó por sí misma la resolución de ir á pedir á mi abuelo permiso para casarse con Foca. Mi abuelo se incomodó, la trató de ingrata, y la envió en penitencia á cuidar el corral en un caserío de la estepa. Al cabo de seis meses, como era imposible de reemplazar, se la hizo volver á la casa. Llegó del destierro con su traje de corral, fué á presentarse á mi abuelo, se echó á sus pies y le suplicó que la perdonara, que le devolviera su benevolencia y olvidara un momento de locura que no volvería más, lo juraba. Y mantuvo su palabra.

Desde aquel día, Natachka fué Natalia Savichna y usó el gorro de las doncellas. Dedicó á su amita los tesoros de ternura reunidos en su corazón.

Cuando llegó el momento de dar un aya á mi madre, Natalia recibió las llaves de la lencería y de las provisiones. En todas las cosas desplegaba el mismo celo y la misma adhesión. No vivía más que para los intereses de los amos, por todas partes veía derroche y trabajaba por todos los medios para impedirlo.

Cuando mamá se casó, quiso recompensar á Natalia sus veinte años de buenos servicios. La hizo venir, le expresó su cariño en los términos más halagüeños, le entregó un papel que contenía su acta de manumisión y añadió que unía á ello una pensión de trescientos rublos, quedara ó no Natalia en la casa. Natalia escuchó aquel discurso sin decir una palabra, luego cogió el papel, lo miró con aire furioso, refunfuñó algo entre dientes y se fué dando un portazo. Mamá no comprendía nada de aquello. Esperó algún tiempo: nadie. Entró entonces en el cuarto de Natalia, á la que encontró sentada en un baúl, enrojecidos los ojos, ocupada en desgarrar su pañuelo de bolsillo mirando fijamente los pedazos del acta de manumisión esparcidos por el suelo.

—¿Qué es lo que tienes, mi buena Natalia Savichna?—preguntó mamá cogiéndola la mano.

—Nada, madrecita. Aparentemente la he disgustado á V., puesto que me echa... Está bien; me voy.

Retiró su mano con fuerza tratando de contener sus lágrimas y quiso salir. Mamá se lo impidió, la abrazó, y las dos se echaron á llorar.

De lo más atrás á que alcanzan mis recuerdos, me acuerdo de las pruebas de ternura y las caricias de Natalia

Savichna, pero sólo ahora las sé apreciar; cuando era niño no tenía ninguna sospecha de lo que valía aquella anciana; no sospechaba que era una criatura adorable y como hay pocas. No sólo no hablaba nunca de sí, pero ni siquiera pensaba en ello: toda su vida no fué más que amor y abnegación. Estaba yo de tal modo acostumbrado á su afecto desinteresado por nosotros, que no imaginaba que pudiera ser de otro modo y no se lo agradecía del todo; jamás pensaba en preguntarme si era feliz y si estaba contenta.

A veces, en clase, pedía yo salir, pero era un pretexto y corría al cuarto de Natalia. Me sentaba y comenzaba á soñar en alta voz, sin que me embarazara su presencia. Jamás estaba ella sin hacer nada. En tanto hacía media, en tanto revolvía en los cofres de que estaba lleno su cuarto, en tanto apuntaba la ropa. Yo le contaba que cuando fuera general me casaría con una mujer de maravillosa belleza, me compraría un caballo alazán, me construiría una casa de cristal y escribiría á Sajonia para hacer venir á los padres de Karl Ivanovitch. Ella escuchaba todas mis tonterías, repitiendo de cuando en cuando: «Sí, padrecito mío, sí.» De ordinario, cuando me levantaba para irme, abría un cofre azul celeste, sobre cuya tapa (¡cómo lo recuerdo!) había pegados un húsar iluminado, una estampita procedente de un bote de pomada y un dibujo hecho por Volodia. Sacaba de aquel cofre un brasero, lo encendía y lo agitaba en el aire. «Esto, padrecito, procede de Otchakov. Cuando su difunto abuelo de V.—Dios tenga su alma—fué á batirse contra los turcos, lo trajo. No queda más que este pedacito. Se ha concluido»—añadía con un suspiro.

En los cofres, de que estaba lleno su cuarto, había de todo. Cuando faltaba no importa qué, se decía: «Vamos á pedir á Natalia Savichna», y, en efecto, ella revolvía en sus cofres, encontraba el objeto pedido y lo daba diciendo: «Es una felicidad que lo haya guardado.» Tenía así centenares de objetos de todas las variedades imaginables, de los que nadie, excepto ella, conocía la existencia ni se cuidaba.

Una vez me incomodé con ella. He aquí en qué ocasión:

Estábamos comiendo. Al echarme *kvas,* volqué mi copa é inundé el mantel.

—Llamad á Natalia Savichna—dijo mamá—es preciso que admire á su favorito.

Llegó Natalia Savichna. Al ver mi lago movió la cabeza. Mamá le dijo algo al oído y salió dirigiéndome un gesto de amenaza.

Después de la comida estaba yo muy alegre y me dirigía saltando hacia la sala, cuando de pronto Natalia Savichna salió de detrás de una puerta, con el mantel en la mano, me cogió, y á pesar de mi resistencia desesperada, me restregó por la cara el sitio mojado, repitiendo: «¡No manches los manteles, no manches los mante-

les!» Esta conducta me pareció de tal modo ofensiva, que aullé de rabia.

«¡Cómo!—me decía yo paseándome por la sala y ahogándome á fuerza de llorar.—¡Natalia me tutea y además me frota con un mantel mojado, como si yo fuera un siervo! ¡Esto es horrible!»

Cuando Natalia Savichna me vió babear de cólera, se escapó corriendo. Yo seguía paseando por la sala pensando en el medio de vengar la injuria que me había hecho aquella impudente Natalia.

Al cabo de algunos minutos reapareció Natalia Savichna. Se acercó á mí tímidamente:

—Basta, padrecito mío, no llore V.... perdón... he sido estúpida... perdón, pichoncito mío... Esto para V.

Sacó de debajo de su pañuelo un cucurucho de papel rojo, que me alargó con mano temblorosa. Dentro había dos caramelos y un higo seco. No tuve valor para mirar la cara de la buena vieja. Cogí el cucurucho volviéndome, y mis lágrimas corrieron con más abundancia, pero no era ya de cólera: era de ternura y de vergüenza.

CONDE LEÓN TOLSTOY.

(Se continuará.)

INCUMBENCIAS DE LA CRÍTICA EN LA ACTUALIDAD

En algunas observaciones que hice al traducir á Homero me aventuré á exponer una afirmación, á la que se han hecho muchas objeciones: una aseveracion acerca de la crítica y su importancia en los actuales días. Decía: «el mayor empeño en la literatura de Francia y Alemania, como en la de Europa inteligente en general, ha sido desde hace muchos años el tratar de hacer crítica; en todas las ramas del saber, teología, filosofía, historia, arte y ciencia, se pretende ver el objeto como en sí es.» Añadía: «que por obra de ciertas causas, lo último que en la literatura inglesa puede hallarse es precisamente lo que Europa anhela ahora más: la crítica; y que por eso se debilitó su preponderancia y valer. Más de un impugnador declaró que la importancia que yo asignaba á la crítica era excesiva, y sostuvo la inherente superioridad en el ingenio humano del poder creador sobre su facultad crítica. Y el otro día, inducido por un excelente estudio sobre Wordsworth escrito por Mr. Shairp (1) al volver de nuevo á su biografía, encontré en las palabras de este grande hombre, á quien yo, como cualquiera otro, debo escuchar siempre con el más profundo respeto, un aserto que había pasado por alto sobre el ejercicio de la crítica, que parece justificar todo el monosprecio que de ella se haga. Wordsworth dice en una de sus cartas:

«Los que escriben en estas publicaciones (las Revistas), al dedicarse con

---

(1) No puedo menos de pensar que la práctica común en Inglaterra en el último siglo, y todavía seguida en Francia, de insertar un estudio de este género—hecho por un crítico competente—como introducción á las obras de un autor eminente, podría renovarse entre nosotros con provecho. A mi parecer, el estudio de Mr. Shairp sería de gran utilidad puesto al frente de todas las subsiguientes ediciones de Wordsworth; está escrito desde el punto de vista de un admirador y discípulo, lo cual es justo; pero el discípulo debe ser al mismo tiempo un crítico, un literato, como lo es en este caso, y no ser, como sucede con demasiada frecuencia, algún pariente ó amigo sin otras condiciones ó aptitudes para desempeñar esta tarea que su afecto por el autor.

afán á su mezquina tarea, no es de suponer que estén en un estado de ánimo muy favorable para que les conmuevan las refinadas influencias de una cosa tan pura como la verdadera poesía.»

Y un fiel *reporter* de su conversación cita un juicio más acabado al mismo efecto.

«Wortsworth tiene en muy poco la facultad crítica, la pone muy por debajo de la inventiva; y hoy mismo decía, que si la cantidad de tiempo gastado en escribir críticas de las obras de otros, se invirtiera en la composición original de cualquier género que fuese, sería mejor empleado; haría que el hombre hallase más pronto su nivel y sería mucho menos perjudicial. Una crítica falsa ó maliciosa puede hacer mucho daño en el entendimiento de las gentes, mientras que una invención absurda, sea en prosa ó en verso, es enteramente inofensiva.»

Demasiado esperar es de la flaca naturaleza humana, pretender que un hombre capaz de producir algún efecto en un ramo de la literatura, se condene á la impotencia y oscuridad en otro por el mayor bien de la sociedad.

Esto es aún menos de esperar en los hombres inclinados á la composición de la crítica falseada ó maliciosa de que habla Wordsworth. Aunque cada uno convenga en que sería preferible que nunca se hubiese escrito, y como proposición general también todos convendrían voluntariamente en que la facultad crítica es inferior á la creadora. Pero ¿es cierto eso de que la crítica es por sí misma una ocupación venenosa é injuriosa? ¿Es cierto que el tiempo empleado en escribir críticas de las obras de otros, sería de mayor utilidad dedicándolo á la composición original de cualquier género? ¿Es verdad que Johnson hubiera hecho mejor en seguir produciendo más *Irenes* en vez de escribir sus *Vidas de los poetas;* y aún más, es indudable que el mismo Wordsworth se empleó mejor en componer sus Sonetos eclesiásticos, que al hacer su celebrado Prefacio, tan lleno de crítica de las obras de otros? Wordsworth fué un gran crítico, y es de sentir sinceramente que no nos haya dejado más crítica; Goethe fué uno de los críticos más eminentes, y podemos felicitarnos francamente de que dejase tanta. Sin pasar el tiempo meditando en la exageración que el juicio de Wordsworth á las claras contiene, ni tratar de investigar las causas—fáciles de descubrir, según creo—que le han inducido á hacerlo, puede el crítico aprovechar la ocasión propicia para ensayar su criterio, preguntándose qué servicio verdadero puede hacer en su entendimiento y gusto, así como en el de los demás, el ejercicio de la crítica en algún momento dado.

La facultad crítica es inferior á la creadora. Es verdad; pero al convenir en esto, hay que tener en cuenta una ó dos cosas. Es innegable que el ejercicio de un poder productor, de una ingénita actividad creadora, es la sublime función del hombre, y prueba serlo que encuentra en ese don su verdadera felicidad. Pero también es

innegable que los hombres pueden tener la impresión de ejercer esta privilegiada actividad de otros modos que produciendo grandes obras de literatura ó arte; si así no fuese, todos, excepto unos pocos, quedarían excluidos de la felicidad verdadera. Pueden ejercerla en la beneficencia, en la enseñanza y lo mismo en la crítica. Esta es una de las cosas con que hay que contar. La otra es, que el ejercicio del poder creador en la producción de grandes obras de literatura ó arte, por alto vuelo que se le dé, no es posible en todas las épocas y bajo todas las circunstancias; y por lo tanto, el intentarlo puede ser trabajo gastado en vano, que sería más fecundo aplicándolo á prepararlo y hacerlo posible. Esta facultad trabaja con elementos, con materiales; pero ¿y si no tiene dispuestos para su uso estos materiales ó elementos? En ese caso debe, con seguridad, esperar hasta tenerlos. Ahora bien; en la literatura—me limitaré á ella, pues de ella se trata—los elementos con que el cerebro trabaja, son las ideas, las más corrientes en el día sobre cuanto á eso atañe. Sea como fuere, podemos dar por cierto que ninguna manifestación de esa facultad, trabajando sin ellas, puede ser importante ni fértil en las letras modernas. Al decir las más corrientes, no es sólo las de fácil acceso; el ingenio creador no se manifiesta principalmente en el hallazgo de ideas nuevas, eso es más bien cuenta del filósofo. Su gran trabajo es de síntesis y exposición, no de análisis y reflexión; su don consiste en ser felizmente inspirado por cierto orden de ideas, dentro de cierta atmósfera intelectual, coordinándolas con perfección, presentándolas en combinaciones del mejor efecto y atractivo, y en una palabra, convirtiéndolas en hermosas obras. Pero necesita el medio ambiente y encontrarse en ese orden de ideas para trabajar con libertad; y no es muy fácil tenerlas á la mano. Por esto son tan raras en la literatura las épocas creadoras; por esto en las producciones de muchos hombre de verdadero ingenio hay tanto que no satisface; porque para la creación de una obra maestra es preciso que concurran dos poderes: el del hombre y el del momento; y no basta sólo el del hombre. Para ser bien ejercitada esa facultad, tiene determinados elementos, y éstos no están en su dominio.

Pero tampoco son patrimonio de la facultad crítica, como dije en las palabras ya citadas: «en todas las ramas del saber, teología, filosofía, historia, arte y ciencia, su tarea estriba en examinar el objeto como es en realidad.» De esta suerte contribuye, al menos, á formar una situación intelectual, de la que el poder creador puede utilizarse ventajosamente; tiende á establecer un orden de ideas, que si no del todo verdaderas, sonlo, sin embargo, en comparación de las que desecha, y hace que prevalezcan las mejores. Estas invaden ahora la sociedad, el influjo de la verdad arde en los espíritus, y hay vida y progreso por todas partes. De este movimiento y pro-

greso brotan en la literatura las épocas creadoras.

O por no extendernos tanto, y dejar estas consideraciones de la marcha general del genio y de la sociedad—que se prestan á llegar á ser demasiado abstractas é impalpables — todos pueden comprender que un poeta, por ejemplo, debe conocer la vida y el mundo antes de tratar de ellos en la poesía; y la vida y el mundo siendo en estos tiempos cosas muy complejas, para que valga mucho la creación de un poeta moderno, habrá de atesorar gran esfuerzo de observación; de otro modo, será en comparación estéril, mezquina y de corta vida. Por esta razón la poesía de Byron ha sido de poca duración y de tanta la de Goethe; Byron y Goethe tenían admirable potencia productiva, pero la de Goethe, nutrida por maravillosa observación, le suministraba los verdaderos materiales, y la de Byron carecía de ellos; Goethe conocía el mundo y la vida, temas necesarios para el poeta, mucho más á fondo y con más perspicacia que Byron. Los comprendía y discernía como son en realidad.

Se me ha ocurrido hace tiempo que la explosión de actividad creadora en nuestra literatura durante el primer cuarto de este siglo, ha sido algo prematura; y que por esta causa sus producciones, á despecho de las vehementes esperanzas que las acompañaban y aún acompañan, están sentenciadas en su mayor parte á no gozar de más larga vida que las producciones de épocas más remotas y menos liberales. Y esta falta de madurez dimana de adelantarse á trabajar sin tener los principios suficientes, sin materiales á propósito. Hablando claro, la poesía inglesa del primer cuarto de este siglo, con gran caudal de energía é impulsión creadora, carecía de la suficiente erudición y observación. Esto hace á Byron tan vacío en sus temas, á Shelley tan incoherente, y aun Wordsworth, profundo como es, carece, sin embargo, de perfección y variedad. Wordsworth tiene en poco los libros y se mofa de Goethe. Yo admiro á Wordsworth tal como es; tanto, que no puedo desearlo diferente, y sin duda un hombre así en vano se lo imaginaría uno diferente aunque *pudiese* serlo. Pero de seguro lo único que le faltó para ser un poeta más sublime de lo que es—para que su talento fuese más grandioso, y su influencia de más extensa aplicación—ha sido que hubiera leído más libros, entre ellos, sin duda, los de ese Goethe de quien se burlaba sin leerle.

Pero hablar de libros y de lectura puede con facilidad producir aquí una equivocación. No fueron en verdad libros y lectura lo que faltó á nuestra poesía en esta época; Shelley leyó con profusión, y Coleridge leyó infinito. Píndaro y Sófocles—según todos decimos con tanta ligereza, y á veces con tan poco discernimiento de la verdadera importancia de las palabras—no tuvieron muchos libros. Shakespeare no fué un lector asiduo. Es cierto; pero en la Grecia de Píndaro y Sófocles, en la Inglaterra de Shakespeare, el poeta vivía en una corriente de ideas que

alimentaba y elevaba á su más alto grado la facultad creadora. La sociedad, en su mayor parte, estaba impregnada de un espíritu independiente, inteligente y activo. Y este estado de cosas es la verdadera base para el ejercicio de esa facultad, que en ella encuentra sus principios y materiales dispuestos para la obra; todos los libros y estudio del mundo tan sólo valen cuando á esto se unen. Aun cuando en la actualidad esto no existe, los libros y el estudio pueden hacer á un hombre apto para formarse en su imaginación la apariencia de ello, una especie de mundo de erudición é inteligencia en el que pueda vivir y trabajar. De ningún modo equivale para el artista á la actividad y fusión del pensamiento nacional en las épocas de Sófocles ó de Shakespeare; pero además de que puede ser un medio de preparación para otros semejantes, hace que se forme, ó tiene gran parte en formarla, una atmósfera vivificante y protectora que es de gran precio. En Alemania, la ciencia en varios ramos y el esfuerzo de observación ampliamente combinados, formaron á Goethe ese medio ambiente. No había actividad ardorosa en los espíritus como en la Atenas de Pericles ó en la Inglaterra de Isabel. De ahí vino la debilidad del poeta. Pero había una suerte de equivalencia en la perfecta cultura y libertad de pensamiento de una gran masa de alemanes. Esa fué su fuerza. En la Inglaterra del principio de esta centuria no hubo ardor nacional en los espíritus como en el tiempo de Isabel, ni tampoco la cultura y fuerza científica y observadora de Alemania. Por esta razón, á la creación de la poesía le faltó, para un buen éxito en el más elevado sentido, materiales y base, y el mundo le negó necesariamente la perfecta interpretación.

A primera vista, parece extraño que del inmenso movimiento de la Revolución francesa y sus consecuencias, no haya surgido una colección de obras de genio semejante á la que salió á luz en el movimiento del productivo tiempo de Grecia, ó en el del Renacimiento, con su enérgico episodio de la Reforma. Pero la verdad es que la agitación francesa tomó un carácter que la distinguió esencialmente de estos movimientos. Fueron éstos, en lo principal, desinteresados movimientos intelectuales, en los que la mente humana remontando el vuelo de su actividad se satisfacía á sí misma. La Revolución francesa tomó un carácter político y positivo. El que progresó en Francia bajo el antiguo *régimen*, desde 1700 á 1789, fué más parecido al del Renacimiento que el de la Revolución; la Francia de Voltaire y de Rousseau influyó con mayor dominio en el espíritu de Europa que la Francia de la Revolución. Goethe ha reprochado á esta expresivamente el «haber hecho retroceder la pacífica cultura». Además de eso, ésta es la verdadera clave en cuanto á nuestro Byron, y aun á Wordsworth, que tuvieron su origen en un fuerte sacudimiento de exaltación apasionada, y no en uno importante del entendimiento. No obstante, la Revolu-

ción francesa, ese objeto de un amor tan ciego y de tan ciego odio, halló su fuerza motriz en la inteligencia de los hombres y no en su sentido práctico; esto es lo que la distingue de la revolución inglesa del tiempo de Carlos I. Esto es lo que le da un carácter más intelectual, más vigoroso y más extenso que nuestra Revolución, aunque de menos éxito positivo; porque apela á una serie de ideas universales, incontestables, eternas. 1789, pregunto, ¿es razonable? y 1642, pregunto, ¿es legal? ó cuando fué más allá, ¿está en acuerdo con la conciencia? Esta es la forma inglesa, amoldada á su patrón: ser tratada con el mayor miramiento; y dentro de su condición el éxito ha sido prodigioso. Pero lo que es ley en un lugar no lo es en otro; y lo que aquí impera hoy ni aún aquí imperará mañana; y en cuanto á la conciencia, lo que ata la de un hombre no sujeta la de otro. La vieja que lanzó su taburete á la cabeza del sacerdote revestido de sobrepelliz en la iglesia de San Gil de Edimburgo, obedeció á un impulso al que muchos millones de seres permanecerían extraños. Pero las reglas de la razón son absolutas, inmutables, de validez universal; *contar por diez es el modo más fácil de contar*, esa es una afirmación con la que cualquiera queda convencido, desde aquí á los antípodas; así al menos lo diría yo si no viviésemos en un país en que no es imposible leer una mañana en el *Times* una carta declarando que la acuñación de moneda decimal es un absurdo. Que toda una nación haya sido penetrada de entusiasmo por la pura razón, y de ardiente celo por hacer triunfar sus prescripciones, es caso muy notable, cuando consideramos cuán poco entendimiento, ó cosa que lo valga, entra en los motivos que, en lo general, impelen á grandes masas de hombres. A despecho de la extravagante dirección dada á ese entusiasmo, á pesar de los crímenes y locuras á que se entregó, de la fuerza de las ideas sinceras y generales que tomó por bandera la Revolución francesa, y de la pasión que inspiró por ellas á una multitud, se deriva un dominio sin igual que todavía subsiste; es—y probablemente será por largo tiempo—el acontecimiento más formidable y de mayor resonancia en la historia. Y como ninguna pasión sincera por las ideas, aunque llegue á malograrse en cualquier respecto, se desperdicia del todo, ni es estéril por completo para el bien, Francia ha logrado de ella un fruto, el fruto natural y legítimo, aunque no precisamente el magnífico que esperaba; es el país de Europa en que el *pueblo* es más activo.

Pero la manía de dar una inmediata aplicación política y práctica á todas estas lindas ideas de la razón ha sido fatal. En este punto un inglés está en su elemento; sobre este tema todos podemos continuar hablando horas y horas. Y todo lo que acostumbramos á decir tiene sin duda gran parte de verdad. Las ideas por sí mismas nunca son valuadas en demasía interiormente, ni se puede dejar de vivir con ellas; pero transportarlas de repente al terreno de

la política y de la práctica, poniendo todo á su orden en violenta revolución, eso es harina de otro costal. Una cosa es el mundo de las ideas y otra el en que vivimos. Los franceses quieren con frecuencia suprimir el uno, y los ingleses el otro; pero no se ha de suprimir ninguno de los dos. Un miembro del Parlamento me decía el otro día: «Que una cosa sea anómala, considero que no es una objeción para hacerla.» Me figuro que no tenía razón; siendo una anomalía, *es* una objeción absoluta en la esfera de las ideas, y no tiene dificultad en el terreno de la práctica, bajo tales ó cuales circunstancias y en un momento dado. Joubert lo ha dicho perfectamente: La fuerza y el derecho son los que todo lo gobiernan en este mundo; la fuerza mientras se apresta el derecho. *La fuerza mientras se apresta el derecho*, y mientras el derecho no está dispuesto, la fuerza, ó sea el órden de cosas existente, está justificada, es la gobernadora legítima. Pero el derecho es una entidad moral que implica examen interior, libre asenso de la voluntad; no estamos dispuestos para el derecho—el *derecho*, en cuanto á nosotros incumbe, *no está dispuesto*—hasta que hayamos alcanzado esta facultad de examinarlo y resolverlo. La manera en que por nosotros cambie y se transforme la fuerza, el orden de cosas actual, y llegue á mandar el derecho, depende del modo que lo miremos y resolvamos cuando nos toque la vez. Por esta razón, el que otro pueblo enamorado de su novísimo discernimiento del derecho tienda á imponérnoslo como juicio nuestro, y con violencia quiera sustituirlo á nuestra fuerza, es un acto de tiranía, y hay que resistirse. Es hacer caso omiso de la mejor parte de nuestra máxima, *la fuerza hasta que el derecho esté pronto*. Este fué el gran error de la Revolución francesa, y su movimiento de ideas, al dejar la esfera intelectual lanzándose con furioso arrebato al terreno de la política, corrió, en verdad, una carrera prodigiosa y memorables; pero no produjo un fruto intelectual semejante al del Renacimiento, y creó en su oposición lo que podemos llamar una *época de concentración*. Inglaterra era la principal fuerza de esa época, y su poderosa voz fué la de Burke. Está de moda el calificar los escritos de Burke sobre la Revolución francesa como anticuados y desprestigiados por los sucesos; como invectivas del fanatismo y preocupaciones, elocuentes pero sin filosofía. No negaré que los empaña á veces la violencia y la pasión del momento, y que el alcance de vista de Burke era limitado en algunas direcciones, y, por tanto, su observación defectuosa. Pero en conjunto, y para los que corrijan lo necesario, lo que distingue estos escritos es la profunda verdad, indudable, fecunda y filosófica. Contienen la verdadera filosofía de una época de concentración, disipa la cargazón que suele engendrar en su atmósfera, y hace su resistencia racional, en vez de mecánica.

Pero Burke es tan eminente, porque casi solo en Inglaterra lleva la opinión á sostener la política, y la satura de

reflexiones. Hizo la casualidad que sus ideas hayan estado al servicio de esa época en vez de una de expansión, y lo que le caracteriza es haber vivido con las ideas, teniendo en su interior tal marejada, que pudo flotar con ellas á pesar de la época y la política conservadora. No le injuria que el doctor Price y los liberales estuviesen encolerizados contra él, ni le daña que Jorge III y los tories quedasen encantados. Su grandeza estriba en que ha vivido en un mundo en el que ni el liberalismo ni el torismo inglés tienen idoneidad para entrar—el mundo de las ideas, no el de los reclamos y rutinas de partido.—Muy lejos de ser verdad lo de que entregó al partido cuanto había pretendido para el linaje humano, al fin y remate de su violenta lucha con la Revolución francesa, después de todas las andanadas contra sus pérfidas, falaces y extravagantes pretensiones, en la convicción sincera de su malignidad, terminó un memorandum sobre los mejores medios de combatirla—las *Reflexiones sobre los asuntos franceses*, Diciembre, 1791—(de las últimas páginas que escribió), con estas notables palabras:

«A mi juicio, el mal está presentado tal cual es. Espero que el remedio esté donde la autoridad; el juicio y la suficiencia se unan á las buenas intenciones más de lo que en mí pueden unirse. Creo haber concluido con esto para siempre. En los dos últimos años me ha dado muchos momentos de ansiedad. *Si ha de haber un cambio radical en los destinos humanos, el juicio de los hombres habrá de estar preparado; las opiniones é impresiones del vulgo lo retardará; cada temor y esperanza lo adelantarán, y entonces los que persistan en oponerse á esta poderosa corriente, se resistirán, no á los designios de los hombres, sino más bien á los decretos de la providencia. No serán resueltos y constantes, sino perversos y obstinados.*

Este retorno de Burke sobre sí mismo siempre me ha parecido una de las cosas más excelentes de la literatura inglesa ó de cualquiera otra. Eso es lo que yo llamo vivir por las ideas: cuando un lado de la cuestión ha tenido por largo tiempo vuestro más firme apoyo, y le habéis consagrado todos vuestros sentimientos, y no oís á vuestro alrededor más que un sólo lenguaje, que en vuestro partido resuena como máquina de vapor sin poder imaginar otro, ser todavía capaz de pensar, de ser, si puede decirse así, arrastrado irresistiblemente por la corriente del pensamiento al lado opuesto de la cuestión, y como la burra de Balaam, no poder decir sino *lo que el Señor os ha dictado*, no conozco nada más sorprendente y menos propio de un inglés. Pues el inglés en general es como mi amigo el miembro del Parlamento, y cree á pies juntillas, que porque una cosa es una anomalía no hay absoluta objeción á hacerla; es como el lord Auckland del tiempo de Burke, que en un memorandum sobre la Revolución francesa habla de «ciertos malvados que, tomando el nombre de filósofos, se han juzgado capaces de establecer un nuevo sistema en la sociedad». El inglés ha sido lla-

mado animal político, y da tanto valor á lo que es político y práctico que las ideas con facilidad llegan á ser á sus ojos objetos de aversión, y los pensadores «malvados», porque ideas y pensadores se atrevieron á mezclarse en la política y en la práctica. Todo esto sería muy bueno si la aversión y menosprecio se limitasen á las ideas transportadas fuera de su elemento interponiéndose oficiosamente á la práctica, pero se extiende á las ideas como tales y á toda la vida de la inteligencia; la práctica lo es todo, y el ejercicio independiente del entendimiento no es nada. La noción de que este ejercicio sobre todas las materias es en sí mismo un placer, un objeto de anhelo, un proveedor esencial de elementos sin los cuales el vigor de una nación, aunque tenga conpensaciones de cualquier género que sean, se debilita á la larga y muere de inanición, con dificultad entra en el magín de un inglés. Es de observar que la palabra *curiosidad*, usada en otros idiomas en buen sentido, para significar una cualidad noble y refinada de la naturaleza del hombre, precisamente esta afición desinteresada á ejercer la libertad de pensamiento sobre todas las materias por puro gusto, es de observar, repito, que esta palabra no tiene en nuestro idioma un sentido por el estilo, sino más bien uno malo y de injuria. Es así que la crítica, la verdadera crítica, es en su esencia el ejercicio de esta misma cualidad. Obedece al impulsivo instinto de tratar de conocer lo mejor que se ha discurrido y sabido en el mundo sin consideraciones á la política, á la práctica, ni á otra cosa por el estilo, y apreciar el conocimiento y saber según la altura de superioridad sin la intrusión de ningún género de miramientos. Esto es una aptitud para la cual hay, según creo, poca simpatía original en la positiva naturaleza inglesa, y por eso se ha sufrido un largo período de entorpecimiento, revisión y represión en la época de concentración que siguió á la Revolución francesa.

Pero esas épocas no pueden durar siempre; la corriente natural de las cosas trae las de expansión. Tal parece ser la que comienza en este país. En primer lugar, hace mucho tiempo que ha desaparecido todo peligro de una presión forzosa y hostil de las ideas contrarias á nuestra práctica; como el viajero de la fábula, empezamos á llevar nuestra capa con desenvoltura. Luego, con una larga faz, las ideas de Europa introdujéronse gradual y amigablemente, mezclándose á las nuestras aunque en dosis infinitesimales. Además de eso, á pesar de todo lo que se ha dicho de la influencia absorbente y brutal de nuestro apasionado progreso material, me parece, según todas las apariencias, irrefutable, aunque no claro, que este progreso ha de guiar al cabo á una nueva era de vida intelectual; y que el hombre, después de haberse hecho confortable en todo, tiene que determinar qué va luego á hacer consigo, y comenzar á recordar que tiene un entendimiento, y que éste puede hacerse manantial de gran placer. Doy

por supuesto, que al presente, la fe tiene el principal privilegio de discernir el fin de nuestros caminos de hierro, nuestros negocios y nuestro afán de enriquecernos; pero veremos si aquí, como en otras partes, la fe no es al cabo la verdadera profeta. Nuestras comodidades, viajes, é ilimitada inmunidad para asirnos con tanta fuerza como gustemos á lo positivo que originaron nuestras opiniones, tienden ahora á producir una afición á tratar con más libertad estas opiniones, examinándolas un poco para comprender su verdadera naturaleza. Agitaciones de curiosidad, en la acepción extranjera de la palabra, surgen entre nosotros, y con estas es con las que ha de contar la crítica. La crítica primero; cuando ésta haya hecho su obra, quizá venga después la actividad creadora, que según he dicho, debe ser precedida entre nosotros, inevitablemente, por una era de crítica.

Es de la mayor importancia que la crítica inglesa distinga con claridad el rumbo que debe tomar para aprovecharse del campo que se le abre y producir fruto en lo futuro. La norma puede resumirse en una palabra: *imparcialidad*. ¿Y cómo ha de mostrarse imparcial? Apartándose de lo que se llama el modo de ver las cosas prácticamente; siguiendo con resolución su ley natural, que es la manera de pensar independiente sobre todas las materias de que trata. Rehusando con firmeza prestarse á esas ulteriores consideraciones políticas y usuales acerca de las ideas que muchas gentes unirán á ellas, acaso con razón, y de cualquier modo es seguro que en este país se unen lo bastante, pero que la crítica no tiene por qué atenderlas. Su tarea es, como he dicho, conocer simplemente lo mejor que se ha hecho y pensado en el mundo, creando á su vez, por medio de este conocimiento, una corriente de ideas independientes y vigorosas. Su deber es hacer esto con inflexible rectitud y la aptitud necesaria, dejando á un lado todas las cuestiones de resultados y aplicaciones positivas, que no dejarán nunca de tener sus prerrogativas. De otro modo, además de ser, en realidad, contraria á su esencia, no hará más que seguir la antigua rutina que llevó hasta aquí en este país, y desperdiciará la oportunidad que se le presenta. Pues ¿cuál es ahora el mal de la crítica? Las consideraciones de costumbre que se le adhieren y la ahogan, subordinándola á intereses que no son los suyos. Nuestros órganos de crítica lo son de hombres y partidos que sirven á fines positivos, y para ellos esto es lo primero, y la representación de pensamiento lo segundo; lo que se necesita es tanta libertad de ideas como sea compatible con el empeño de llevar adelante sus fines. No tenemos un órgano como la *Revista de Ambos Mundos*, cuya principal atribución es conocer y publicar lo mejor que se discurre y hace en el mundo, ó sea un órgano para ejercitar la libertad del pensamiento. Pero tenemos la *Revista de Edimburgo*, que se publica como órgano de los antiguos *whigs* (liberales), y, por tanto, con el modo de pensar que

á ellos conviene; tenemos la *Revista Trimestral*, órgano de los *tories* (conservadores), con las inspiraciones de su partido; la *Revista Trimestral Británica*, órgano de los *disidentes*, y, por lo tanto, sujeto á sus influencias; el *Times*, órgano del inglés vulgar y satisfecho, con las ideas que le son propias. Y así en todas las diversas fracciones políticas y religiosas de nuestra sociedad: cada fracción tiene, como tal, su órgano de crítica; pero la idea de unir todas las fracciones en el placer común de un ejercicio del espíritu independiente é imparcial no encuentra favor. El juego de este resorte necesita primeramente más espacio y olvidar un poco la presión de los respetos á la práctica; está oxidado de no girar por tanto tiempo. La desaparición, tan de sentir, de la *Revista del Interior y del Extranjero*, nos hizo comprender esto el otro día. Quizá en ningún órgano de crítica hubo ideas de tan alto vuelo; pero esto no la salvó. La *Revista de Dublin* vive porque subordina el pensamiento á los asuntos del catolicismo inglés é irlandés. Debe ser necesario que los hombres se agrupen en sectas y partidos, y cada uno de éstos tenga su órgano que favorezca los intereses de su acción; pero también sería bueno que hubiese una crítica, no para servir esos intereses ni los contrarios, sino con absoluta independencia de ellos. Ninguna otra obtendrá verdadera autoridad ni hará algún camino hacia su objeto: la creación de una corriente de ideas verdaderas é innovadoras.

Por no haber sostenido la crítica como debiera en la pura atmósfera intelectual sin desligarse de lo positivo, y por haberse empeñado tanto en la polémica y controversia, es por lo que ha cumplido tan mezquinamente su obra espiritual, que consiste en apartar al hombre de la satisfacción de sí mismo que le atrasa y vulgariza, para guiarle hacia la perfección, haciendo que su entendimiento se fije en lo que es excelente de por sí, y en la absoluta belleza y propiedad de las cosas. Una crítica de polémica de partido hace á los hombres ciegos á la imperfección de su ideal positivo, les hace defender su perfección con tenacidad para sostenerlo contra el ataque; y esto es á todas luces innoble y perjudicial para ellos. Si estuviesen tranquilos en cuanto á sus intereses, podrían admitir gustosos las reflexiones teóricas de una perfección inteligente, y su horizonte espiritual se ensancharía poco á poco. Sir Carlos Adderley dice á los agricultores de Warwickshire:

«¡Se habla de mejorar la educación! La raza que hombres y mujeres representamos, la antigua raza anglo-sajona, es la mejor educada de todo el mundo..., nuestro clima fresco, la carencia de cielo despejado y naturaleza exuberante no enerva, y ha producido un pueblo de raza muy vigorosa, haciéndonos superiores á todo el mundo.»

Mr. Roebuck dice á los fabricantes de cuchillos de Sheffield:

«Yo miro á mi alrededor y me pre-

gunto; ¿cuál es el estado de Inglaterra? La propiedad, ¿no está segura? Cada hombre, ¿no puede decir lo que quiere? ¿No podéis recorrer la Inglaterra de un extremo al otro en completa seguridad? Decidme, ¿en qué sitio del mundo ó en la historia pasada hay algo como esto? No hay nada. Ruego á Dios que dure siempre nuestra felicidad sin rival.»

En tan satisfecho engreimiento, hay en palabras y pensamientos un peligro evidente para la pobre naturaleza humana mientras no estemos en salvo en las calles de la Ciudad Celestial.

«Lo poco que se ha hecho, parece nada cuando miramos adelante y vemos cuánto hay que hacer todavía», dice Goethe. Para la flaca humanidad, este es mejor punto de reflexión mientras permanezca en este campo terrenal de trabajos y pruebas.

Pero ni sir Carlos Adderley ni mister Roebuck son por naturaleza dados á consideraciones de este género. Las pierden de vista en la vida de controversia que todos llevamos y en la forma material que damos á toda teoría. Tienen enfrente antagonistas cuyas aspiraciones son menos positivistas, y en su celo por sostener las suyas contra estos innovadores, van demasiado lejos atribuyéndoles perfecciones ideales. Alguien ha querido introducir el sufragio universal, abolir derechos de iglesia, obligar á hacer estadísticas de agricultura y disminuir la administración local. En contestación á tales proposiciones impropias ó más bien inoportunas, cuán natural es extralimitarse y decir con voz estentórea: «¡Somos una raza superior á todas las demás! ¡La antigua raza sajona es la mejor educada en todo el globo terráqueo! ¡Ruego á Dios que dure nuestra felicidad sin rival! ¿En qué sitio del mundo hay algo igual á esto?» Y mientras la crítica responde á este ditirambo insistiendo en que la raza sajona sería más superior si no hubiese derechos de iglesia, ó que esa dicha sin rival duraría más tiempo con la libertad de votar, el estribillo de «¡la mejor educación del mundo!» seguirá en crescendo, y toda imagen mental y refinada se desvanecerá, y el agresor y sus críticos persistirán dentro de un círculo falto de vitalidad en que el progreso mental es imposible. Pero que la crítica deje á un lado derechos de iglesia y libre sufragio, y con la intención más cándida, sin un solo pensamiento oculto de innovación, confronte con nuestro ditirambo este párrafo de un periódico que cayó en mis manos en seguida de haber leído á Mr. Roebuck:

«Acaba de cometerse en Nottingham el horrible asesinato de un niño. Una muchacha llamada Wragg dejó el hospicio, el sábado por la mañana, con su hijo ilegítimo. Poco después apareció el niño muerto en Mapperly-Hills: había sido estrangulado. Wragg está en la cárcel.»

Nada más que eso; pero en contraposición á los grandes elogios de sir Carlos Adderley y Mr. Roebuck, ¡cuán elocuentes y claras son esas pocas líneas! «¡Nuestra educación anglo-

sajona, la mejor del universo!» ¡Qué áspero y feo suena el nombre de *Wragg* en este *mejor!* Si hablamos de la perfección ideal de ese «mejor en todo el mundo», cualquiera tiene que reflexionar qué pruebas de rudeza hay en nuestra raza, qué desdichada interpretación demuestra de las nociones más delicadas del espíritu con el natural desarrollo entre nosotros de nombres tan repugnantes, ¡Higginbottom, Stiggins, Bugg! En Jonia y Atica tuvieron más suerte en este respecto que «la mejor raza del mundo»; pero la Ilissus no era Wragg, ¡pobrecilla! Y «nuestra felicidad», ¡qué elemento de grima, de laceria y horror se mezcla con ella y la mancha, el hospicio, el horrible sitio de Mapperly Hills—los que lo hayan visto lo recordarán—la oscuridad, el humo, el frío, el niño ilegítimo estrangulado! «Os pregunto si en el mundo y en la historia pasada hay nada como eso.» Quizá no, está uno tentado é responder, pero en ese caso el mundo es muy de compadecer. Y el rasgo final, breve, helado é inhumano: *Wragg está en la cárcel.* El sexo, perdido en la confusión de nuestra felicidad sin rival, ó (¿lo diré?), ¡el supérfluo nombre de cristiana borrado al instante por la rectitud enérgica de nuestra educación anglo-sajona! La mente utiliza contrastes como éste, y por medio de la crítica sirve la causa de la perfección haciendo fijar la atención en ellos. Eludiendo estériles conflictos, rehusando permanecer en el terreno donde sólo tienen algún valor y aprecio las concepciones relativas y limitadas, la crítica puede disminuir su momentánea importancia, pero sólo de este modo tiene probabilidad de obtener admisión para esas concepciones más acabadas y de más vuelo á que sus deberes los obligan á atender. Mr. Roebuck tendrá una pobre opinión de un adversario que á su provocador canto de triunfo replique murmurando en voz baja: *Wragg está en la cárcel*; pero de ninguna otra manera se conseguirá que esos himnos exaltados afinen por grados las discordancias que en su tono hieren el timpano del oído y se bajen á un diapasón más suave y más natural.

Se dirá que es una acción muy sutil é indirecta la que estoy señalando á la crítica, y que adoptando de esta suerte la costumbre indiana de aislamiento y abandono en el terreno de la vida, se condena á una labor lenta y oscura. Puede ser lenta y oscura, pero es el único trabajo que le es propio. La multitud nunca tendrá un gran afán por ver las cosas como son; las ideas inadecuadas siempre le satisfarán. Sobre ellas reposa y debe reposar la práctica general del mundo. Que es tanto como decir que cualquiera que trate de ver las cosas como son se hallará en un círculo muy pequeño; pero sólo haciendo estos pocos su labor, las ideas adecuadas llegarán á formar corriente. La agitación y gritería de la vida tendrá siempre un efecto vertiginoso y atrayente sobre el espectador más sosegado y tenderá á arrastrarle á su vórtice: este caso tiene que ocurrir, sobre todo, en Inglaterra, donde la vida es

tan activa. Pero sólo permaneciendo sereno y rehusando prestarse al punto de vista del hombre positivo, puede el crítico hacerle algún servicio; y sólo siguiendo su senda con la mayor franqueza, puede convencerle de su sinceridad, para que evite las equivocaciones que de continuo le amenazan.

Pues el hombre práctico no está apto para distinciones sutiles, y sin embargo, en estas distinciones es principalmente donde la cultura más elevada y más noble halla su acomodo. Mas no es fácil guiar á un hombre práctico —á menos que le tranquilicéis; en cuanto á vuestras intenciones positivistas, no tendréis probalidad de guiarle—la cosa que está acostumbrado á mirar siempre por un lado, que aprecia en mucho, y mirada así merece quizá toda la estimación y admiración que le concede—es difícil hacerle ver que, mirada por otro lado, aparece menos beneficiosa y agradable, pero conserva, sin embargo, todos sus títulos á nuestro homenaje. ¿Dónde hallaremos un lenguaje bastante sencillo, como haremos evidente, la pureza inmaculada de nuestras intenciones para autorizarnos á decir al político inglés, que la constitución británica, que vista por el lado práctico parece un magnífico órgano de progreso y eficacia, observada por el lado teórico—con sus compromisos, su amor á los hechos, su horror á las teorías, su estudiada manera de evadir la libertad del pensamiento—¡perdóname, sombra del lord Somers!—parece una máquina colosal para la fabricación de filisteos? ¿Cómo Cobbett ha de decir esto y ha de ser comprendido, ennegrecido como está con el humo de una larga contienda en el campo de la política práctica? ¿Cómo Mr. Carlyle ha de decirlo y ha de ser atendido después de su furiosa invasión dentro de este campo, con su *Ultimo día de los folletos?* ¿Cómo mister-Ruskin después de su pelea en la economía política? Yo digo que el crítico debe sostenerse fuera de la región de la práctica inmediata y dentro de la esfera humanitaria, política y social, si quiere dar un paso hacia teorías más francas, que acaso un día hagan sentir sus beneficios en este terreno de una manera natural y por lo tanto irresistible.

Empero, haga lo que quiera, el crítico quedará expuesto á frecuentes equivocaciones, y en este país más que en ninguna parte. Pues aquí las gentes no están dispuestas á comprender que sin esta franca imparcialidad no se puede obtener una cultura elevada y verdadera. Están tan sumergidos en la vida práctica, tan acostumbrados con sus ideas y hechos, que están prontos á pensar que pueden alcanzarse con eso la verdad y la cultura, y que es una singularidad el pensar en obtenerlas de otro modo. «Todos somos *terre fillii*», exclama su elocuente abogado, «todos los filisteos estamos á una. Fuera toda idea de proceder de otra suerte que la grata á los filisteos; hagamos un movimiento social, organicemos y combinemos un partido para adoptar la verdad y la idea moderna, llamémosle *partido liberal* y unámonos unos á otros

apoyándonos mutuamente. Dejémonos de disparates acerca de la crítica y delicadezas intelectuales, y demás tonterías. No nos inquietemos por razonamientos extranjeros; inventaremos todo por nosotros mismos según vayamos andando. Si uno de nosotros habla bien, aplaudidle; si habla mal, aplaudidle también; todos hacemos el mismo movimiento, todos somos liberales, todos vamos en busca de la verdad». De esta manera la persecución de la verdad llega á ser un asunto agradable, social y práctico, requiriendo casi un presidente, un secretario, y carteles de bando; con la excitación de algún escándalo ocasional y un poco de resistencia para dar la apariencia de una dificultad vencida; pero en lo general mucho barullo y muy pocas ideas. Como dice Goethe, ¡obrar es tan fácil y pensar es tan difícil! Es verdad que el crítico tiene muchas tentaciones para ir con la corriente, para hacerse del partido de estas *terræ filii*, parece descortés rehusar el ser un *terræ filius* cuando lo son tantas gentes excelentes; pero el deber del crítico es resistirse, ó si la resistencia es en vano, gritar al menos con Obermann: *Périssons en résistant.*

He tenido buena oportunidad de experimentar cuán seria es la cuestión de resistirse cuando hace algún tiempo me atreví á criticar el celebrado primer volumen del obispo Colenso (1). El eco de la tormenta que entonces se levantó murmura todavía á mi alrededor. Esa tormenta se originó de un error de inteligencia casi inevitable. Alcanzar la percepción clara de que la ciencia y la religión son dos cosas enteramente diferentes, es el resultado de no poca cultura. La muchedumbre siempre las confundirá, pero por dicha no es de verdadera importancia, pues mientras la muchedumbre se imagina vivir con la engañosa ciencia, vive en realidad con la verdadera religión. No obstante, el doctor Colenso hizo todo lo que pudo por aumentar la confusión (2) en su primer volumen y hacerla peligrosa. Admito sin restricciones que hizo esto con las mejores intenciones y con la ignorancia más cándida del efecto que iba á causar; pero, dice Joubert, «la ignorancia, que en cuestiones morales atenúa el crimen, es en sí misma un crimen de primer orden en las cuestiones intelectuales». Yo

(1) Tan sincera es mi aversión á todo ataque personal y controversia, que después de haber transcurrido tanto tiempo de la ocasión que los produjo, me abstengo de reimprimir los ensayos en que critiqué el libro del doctor Colenso; no obstante, después de todo lo que ha pasado, me creo obligado á hacer aquí una declaración final de mi franca impenitencia en el pecado de haberlas publicado. Además, no puedo dejar de repetir una vez más, en beneficio suyo y de sus lectores, este párrafo de mis observaciones sobre él: *hay verdad de la ciencia y verdad de la religión; la de la ciencia no llega á ser verdad de la religión hasta que se hace religiosa.* Y añadiré: Tomemos toda la ciencia que haya de los hombres de ciencia; de los hombres de religión tomsm os la religión.

(2) Se ha dicho que hice «un crimen contra la crítica literaria y la cultura más elevada, intentando instruir á los ignorantes». ¿Necesito indicar que los ignorantes no se enteran por ser confirmados en una confusión?

critiqué la teórica confusión del obispo Colenso. Inmediatamente se levantó un grito; «¿qué es esto? ¿Hay aquí un liberal atacando á otro liberal? ¿No formáis parte del movimiento? ¿No sois amigo de la verdad? El obispo Colenso ¿no anda en busca de ella? Pues entonces hablad de su libro con el debido respecto. El doctor Stanley es otro amigo de la verdad y habláis de su libro con el respecto debido; ¿por qué hacer esas envidiosas diferencias? Ambos libros son excelentes, admirables, liberales; el del obispo Colenso quizá lo es más, porque es el más osado, y tendrá las mejores consecuencias positivas para la causa liberal. ¿Queréis animar á que ataquen á un liberal, colega suyo y vuestro, á nuestras implacables enemigas la *Revista de la Iglesia y del Estado* ó el *Registro*, á la alta Iglesia, tarda como un rinoceronte, y á la evangélica, feroz como una hiena? Callaos pues, ó, más bien, hablad, gritad tan alto como podáis, y extasiaos con los ochenta y tantos medrosos palomos.» Pero la crítica no puede seguir este método confuso y rastrero. Por desgracia, es posible que un hombre buscando la verdad escriba un libro fundado en un concepto erróneo. Ni aun los resultados positivos de un libro son recomendación para la crítica imparcial, si el libro es imprudente, en el sentido más lato. Observo que una señora que también anda en busca de la verdad, y escribe con admirable capacidad, aunque quizá algo de más, en su inspección del estado religioso de Europa, bajo la influencia del espíritu práctico del movimiento liberal inglés, clasifica el libro del obispo Colenso y el de M. Renán como hechos de un mismo orden, obras las dos de «suma importancia», de «gran poder, autoridad y habilidad»; más eficaz, acaso, el del obispo Colenso; miss Cobbe, al menos, expresa de una manera especial su gratitud porque al obispo Colenso «le hayan sido concedidos fortaleza y valor para enseñar verdades de tan honda importancia». Del mismo modo, más de un escritor popular le ha comparado á Lutero; y precisamente esta clase de criterio falseado es al que, á mi parecer, el talento crítico está obligado á resistirse. La prueba más contundente de la decadencia en que está la crítica en Inglaterra, es, que mientras el libro del doctor Strauss es el objeto de observación en la literatura religiosa de Alemania, y el libro de M. Renán en la de Francia, el del obispo Colenso sea el blanco de la de Inglaterra. La obra del obispo Colenso se funda en una equivocación completa de los elementos esenciales del problema religioso tal como está presentado para su solución. Por tanto, la crítica que anda investigando lo que mejor se ha discurrido y escrito sobre este problema, aunque lo haga de buena fe, no tiene ninguna importancia. El de M. Renán plantea una nueva síntesis de los fundamentos que los cuatro Evangelios nos demuestran. En mi opinión, ensaya una síntesis quizá prematura, imposible acaso, de seguro sin éxito. Sea como fuere, por ahora debemos someternos al dictamen de Fleury

sobre estas refundiciones de la narración del Evangelio: *Quiconque s'imagine la pouvoir mieux écrire, ne l'entend pas.* M. Renán pronunció con anticipación una especie de sentencia sobre su obra, al decir «si me ofreciesen una nueva demostración del carácter de Jesús, la rechazaría; su misma perspicacia sería á mi juicio la mejor prueba de su insuficiencia». Sus amigos pueden replicar con perfecta justicia, que á la vista de la Tierra Santa, y de la escena en que sucedió el relato evangélico, todas las ideas de M. Renán pueden haber variado de curso, siéndole sugerida irresistiblemente una nueva forma de esa historia; y que este es un caso para el que es aplicable la máxima de Cicerón: el cambio de opinión no es inconsecuencia—*nemo doctus unquam mutationem consilii inconstantiam dixit esse.*— De todas suertes, para la crítica, el primer pensamiento de M. Renán es el más cierto, en tanto que su nueva forma no acabe de recomendarse más en absoluto, para que (usando la feliz frase de Mr. Coleridge acerca de la Biblia) nos *decida* por completo. La empresa de M. Renán es, sin embargo, del mayor interés é importancia, puesto que con todos sus argumentos establece una síntesis nueva del Nuevo Testamento—sin hacer la guerra á datos anteriores, á la manera de Voltaire, sin excluirlos de la memoria, á la manera de las gentes, sino reedificando sobre ellos, tomándolos por convencional punto de vista, y colocándolos á la luz con otro nuevo prisma;—esta es la verdadera esencia del problema religioso, como se ha presentado; y sólo por los esfuerzos que se hagan en esta dirección puede dársele solución.

Por otra parte, miss Cobbe, como tantos otros vehementes liberales de nuestra generación, con el mismo ardor con que juzga al obispo Colenso se dedica activamente á la fundación de una religión positiva para lo futuro, ó por lo menos intenta formarla. No debemos descansar en lo que ella y ellos están siempre pensando y diciendo en la crítica negativa, debemos crear y construir; de aquí es que tengamos obras tales como su reciente *Deber religioso*, y obras acaso más notables de otros, que todos recordarán. Esos trabajos suelen tener mucha capacidad, suelen originarse de convicciones sinceras y puro deseo de hacer bien, y á veces lo hacen. Su falta (si se me permite decirlo así) es por el estilo de la del Colegio Británico de Salud, en el New Road. Todos conocen ese colegio; el edificio con el león y la estatua de la diosa Hejea delante; del león, por lo menos, estoy seguro, aunque no tanto de la diosa Hejea. Este edificio acredita, tal vez, los recursos del doctor Morrison y sus discípulos; pero deja mucho que desear cuanto á la idea de lo que debe ser un Colegio Británico de Salud. En Inglaterra, donde odiamos la intervención pública y gustamos de la empresa particular, tenemos gran número de edificios como ese colegio; el magnífico nombre sin la magnífica institución. Estimables como son para la empresa individual, tienden por desgracia á empeorar nuestro gusto haciéndonos

olvidar el carácter grandioso, noble y bello que una institución pública debe tener. Lo mismo puede decirse de las religiones del futuro de miss Cobbe y otros. Como el Colegio Británico de Salud, dando crédito á los recursos de sus autores, tiende, sin embargo, á hacernos olvidar el carácter grandioso, noble y hermoso, que pertenece á las interpretaciones religiosas. A pesar de todas sus faltas, las religiones históricas han tenido esto; que pertenece al sentimiento religioso, cuando florece sinceramente, y nosotros empobrecemos nuestro espíritu si aprobamos una religión del futuro que no lo tenga. ¿Cuál, es, pues, el deber de la crítica? ¿tomar el punto de vista positivo para aplaudir el movimiento liberal y todas sus obras incluso las religiones del futuro, su edificio de New Road, en atención á su utilidad general? De ningún modo; sino estar en perpetuo descontento con esas obras mientras no estén á la altura de un ideal perfecto.

Para la crítica estas son leyes elementales; pero nunca pueden ser populares, y en este país han sido muy poco atendidas, porque encuentran inmensos obstáculos para seguirlas. Esa es una razón para sostenerlas cada vez más. Debe separarse con independencia del espíritu práctico y sus conveniencias, y expresar su descontento hasta de los esfuerzos que se hagan de buena intención que no deben satisfacerle, si á la luz del entendimiento los ve infecundos y limitados. No debe apresurarse á llegar á la meta á causa de una importancia positiva. Debe tener paciencia y saber esperar, y tener la flexibilidad de apegarse á las cosas y desembarazarse de ellas. Debe tener aptitud para estudiar y aprobar elementos que faltan para la plenitud de la perfección mental, aun cuando pertenezcan á un poder que sea perjudicial en el terreno de la práctica; debe tener idoneidad para comprender los desaciertos ó ilusiones del espíritu y desaprobarlos. Y esto sin ninguna intención de favorecer ó injuriar á una facultad ó la otra, sin ninguna idea de poner en juego un poder contra el otro. Cuando uno considera, por ejemplo, el tribunal de divorcio inglés, institución que tal vez tiene sus conveniencias positivas, pero que en la esfera de las ideas es tan repugnante, una institución que ni hace imposible el divorcio ni lo hace decente, que permite á un hombre desembarazarse de su esposa, ó á una esposa de su marido pero arrastrando primero uno al otro, para edificación del público, por el lodazal de indecible infamia; cuando uno considera, digo, esta encantadora institución, con sus vistas y juicios tumultuosos, sus noticias detalladas en los periódicos y sus compensaciones de dinero; esta institución en la que el estúpido y atrasado filisteo británico ha estampado la imagen de sí mismo, puede uno permitirse hallar la teoría del catolicismo sobre el matrimonio consoladora y elevada. O cuando el protestantismo, en virtud de su supuesto origen razonable é intelectual, da ley á la crítica en tono demasiado magistral, ésta puede y debe recordar

que sus pretensiones en este punto son engañosas y causan daño; que la Reforma fué un acontecimiento más bien moral que intelectual, y la teoría de la gracia de Lutero no refleja con más exactitud el deseo del espíritu que la filosofía de la historia de Bossuet; y que no hay más antecedente probable de que el fondo de las ideas del obispo de Durham sean más agradables á la pura razón que las del Papa Pío IX. Pero no por eso ha de echar en olvido las hazañas del protestantismo en lo moral y práctico; y que, aun en lo tocante á la inteligencia, llevó adelante el Renacimiento, aunque á ciegas y á tropezones, mientras el Catolicismo lo apartó de su senda con violencia.

No ha mucho oí á un hombre de talento y energía comparar las faltas de ardor y actividad que hay entre los jóvenes de este país con lo que él recordaba de su juventud, hace viente años. «¡Qué reformadores éramos entonces!» exclamaba, «¡qué ardor teníamos! ¡cómo examinábamos cada institución de la Iglesia y el Estado, y nos preparábamos á rehacerlas todas sobre excelentes principios!» Al decirlo sentía cierta triste languidez por la calma presente. Yo la considero más bien como una pausa en la que se verifica un nuevo progreso espiritual.

Para los jóvenes y los vehementes de entre nosotros, todo está muy visto en inseparable consorcio con la política y la vida práctica; hemos agotado lo suficiente en beneficio de ver las cosas en esta relación, y hemos sacado todo el partido posible de considerarlas así. Ensayemos otro modo de contemplarlas más desinteresado; consagrémonos á la vida serena del entendimiento y el genio. Este puede tener también sus excesos y peligros, pero por ahora no los hay. Pensemos en ensanchar tranquilamente nuestro acopio de ideas modernas, y cuando tengamos una ó media, no echemos á correr con ella á la calle, tratando de que domine allí. Después de todo, nuestras ideas, sazonándose un poco, reformarán mejor el mundo. Acaso dentro de cincuenta años, en la Cámara de los Comunes, se hará objeción á alguna ley por ser una anomalía, y mi amigo, el individuo del Parlamento, se estremecerá en su sepultura. Pero entre tanto, esforcémonos en que dentro de veinte años, en la literatura inglesa, cuando se haga una proposición, sea objeción para aceptarla el que sea absurda. Eso será un cambio tan enorme, que la imaginación apenas puede abarcarlo. *Ab integro saeculorum nascitur ordo.*

Si he insistido tanto en el camino que la crítica debe tomar en lo que atañe á la política y á la religión, es porque cuando se trata de estas ardientes cuestiones, lo más probable es extraviarse. Deseaba, sobre todo, insistir en la actitud que la crítica debe adoptar en general para todas las cosas, con imparcialidad y templanza. Pero hay otra cuestión en cuanto al principal objeto á que debe atender la crítica literaria. Por lo regular, su senda está trazada por el principio, que es ley de su existencia: el principio de tener un empeño desinteresado en saber y pro-

pagar lo mejor que se ha sabido y pensado en el mundo, estableciendo de esta suerte una corriente de ideas modernas y verdaderas. Como es natural, no componiendo Inglaterra todo el universo, mucho de lo mejor que se discurre y sabe no es de procedencia inglesa. Como es natural, repito, esto es justamente lo que hay menos probabilidad que sepamos, mientras que lo que se piensa aquí llega á nuestros oídos por todos lados. Por lo cual, el crítico debe fijarse en la opinión y juicio extranjeros, prestando particular atención á lo que, además de ser en sí fecundo y significativo, puede pasársele inadvertido por alguna razón especial. Por otra parte, suele decirse que su tarea es formar opinión, y en cierto sentido, así es; pero el juicio que un criterio recto y sereno se forma casi insensiblemente unido á profundos conocimientos, es el que vale, y aumentar siempre estos conocimientos debe ser el mayor cuidado del crítico. Y propagándolos, dando al mismo tiempo su dictámen—pero insensiblemente y en segundo lugar, como una especie de sostén y guía, no como un legislador abstracto—es como el crítico hará el mayor bien á sus lectores. Algunas veces, sin duda, por el gusto de señalar la plaza de un autor en la literatura y su relación con la bandera central (y si esto no se hace, ¿cómo vamos á sostener nuestra *superioridad?*), puede tratarse de un asunto tan familiar, que los conocimientos modernos estén fuera de sazón, y entonces todo debe ser opinión y detallada aplicación de principios. La mejor salvaguardia para esto, es no llegar á ser nunca metafísico, escribir siempre con la conciencia íntima de la sinceridad de lo que uno dice, y en el momento que esta seguridad nos falte comprender que hay algún error. De todas suertes, esta opinión y aplicación de principios no es en todas las circunstancias labor satisfactoria; como en las matemáticas, es una circunlocución, y no puede darnos, como ciencia moderna, una sensación cabal de la actividad creadora. Pero deteneos, dirá alguno; esta conversación no nos es de ningún provecho; esta crítica vuestra no es la que tenemos en nuestras imaginaciones cuando hablamos de eso; al hablar de críticos y crítica, damos á entender la de la literatura inglesa que en el día corre; cuando ofrecisteis decir cuál era la incumbencia de la crítica, era á ésta á la que esperábamos os dirigiéseis. Lo siento, pero temo frustrar esas esperanzas. Me obliga á ello mi propia definición: *un empeño desinteresado e imparcial en saber y propagar lo mejor que se sabe y piensa en el mundo.* ¿Cuánto hay de esto mejor en la literatura inglesa del día? Temo que no mucho en la actualidad; de seguro, menos que en la de Francia ó Alemania. ¿Voy, pues, á alterar mi definición, para contrarrestar los cargos de un número de críticos ingleses que, después de todo, son libres en la elección de oficio? Eso sería hacer que la crítica se prestase precisamente á esas extrañas consideraciones positivas que dije serle tan fatales. Con verdad, puede decirse

á esos que tienen que tratar con la masa común de los escritores del día (mejor fuera desdeñarla), que á todo evento pueden animarse á ensayarla guiados por la regla de conocer lo mejor que se discurre y sabe; aproximándose á esta norma de que todo crítico debe poseer profunda erudición en la literatura general, además de la de su país, y cuanto más diferente á la suya, mejor. Pero después de todo, la crítica que en realidad me interesa—la crítica que puede ayudarnos para el porvenir, que por toda Europa se significa en el día, cuando tanto valor se da á la importancia del espíritu crítico—es la que se considera como una gran confederación para los propósitos intelectuales, obligada á unir acción y trabajo para un resultado común, cuyos individuos están dotados del conocimiento de la antigüedad griega, romana y oriental, y alguna otra. Dejando fuera de cuenta las ventajas especiales, locales y temporales, la nación moderna que hará más progresos intelectuales, habrá de ser la que más se ajuste á este programa. ¿Y qué es eso sino decir que también nosotros individualmente lo haremos por ese camino?

¡Nos invitan tantas sendas de progreso! ¿Cuál vamos á tomar? ¿Por cuál encontraremos fuerzas y alimento para desarrollarnos hasta la perfección? Esa es la pregunta á que el crítico tiene que responder por sí y por los demás, contemplando el dilatado campo que la vida y la literatura pone ante él.

Concluyo con lo que he dicho al principio: poseer la percepción de la actividad creadora es una felicidad sublime y la mayor prueba de vitalidad, y no le es negada á la crítica; pero tiene que ser sincera, franca, flexible, ardiente, y ensanchar siempre sus horizontes. Entonces puede tener esa gozosa sensación en medida no despreciable, sensación que un hombre de vasta erudición y justa conciencia preferirá á la que pudiera derivar de una inadecuada creación, pobre y ruin. Y en algunas épocas no es posible otra.

No obstante, la percepción de esa actividad sólo pertenece de lleno á la genuina creación; en literatura nunca debemos olvidar eso. ¿Pero qué literato verdadero puede olvidarlo? No es materia vulgar para una naturaleza bien dotada llegar á la posesión de una corriente de ideas activas y vitales, y producir inspirado por ellas eso á que hemos de dar infinito valor. Las épocas de Esquilo, de Shakespeare, nos hacen sentir su superioridad. En una era así está, sin duda, la verdadera vida de la literatura; allí está la tierra prometida, á la que la crítica sólo puede hacer un cortés saludo. No entraremos en esa tierra prometida, y moriremos en el desierto; pero haber deseado entrar y haberla saludado de lejos, es ya quizá el mayor honor entre los contemporáneos, y con certidumbre habrá de ser el mejor título á la estimación de la posteridad.

MATEO ARNOLD.

RESEÑA CRÍTICA DEL CENTENARIO

Fiesta nacional, fin de fiestas.—Datos de Chicago. — Imprenta americana. — Universidad de Hopkins.—Monumentos dedicados á Colón en los Estados Unidos.—Ciudadanos generosos.—Acaudalados de capricho.—Frase de un charro de Salamanca.—Obra laureada en Guatemala.—Poema traducido al portugués.—Prosigue la biblioteca italiana.—Condenación del Sig. Peragallo de una supuesta escuela española anticolombina.—Respuesta á sus apreciaciones.—Fin de las reseñas.—*Laus Deo*.

El día 12 de Octubre de 1893 que acaba de pasar, sorprendió á los madrugadores de esta villa la bandera nacional ondeando en los edificios públicos, las puertas de las oficinas cerradas, los soldados en paseo matinal con traje de gala. ¿Qué ocurre? preguntaban algunos: ¿se hace fiesta especial á la Virgen del Pilar de Zaragoza?—Fiesta se hace, respondían los informados, á la memoria del descubrimiento de las Indias; fiesta nacional acordada en la Rábida al celebrar el Centenario; solemnidad anua, primera que distingue este día de los otros y que seguirá distinguiéndole para que el suceso no se borre de la memoria de los vivos. Esta vez tendrá doble significación: con la gala y el descanso se cierra el período de las manifestaciones ideadas en honra de los que contribuyeron al grandioso acontecimiento, en glorificación de la patria á quien el mundo debe su duplicación; cesan las juntas gestoras; se acaban los espectáculos especiales con el de las estatuas de yeso de Recoletos y del Prado, llevadas en carretones al estudio de los artistas que las modelaron, con el paseo de los cuadros y objetos de varia especie que vuelven á sus puestos ordinarios dejando vacío el edificio con ellos adornado durante la Exposición histórica.

Y no es aquí sólo; al otro lado del Atlántico igualmente se conclu-

yen los alicientes de la convocatoria de asistencia á lo que los americanos llamaron *Feria del mundo,* abrigando esperanzas que no se han realizado por completo.

Ni todo el mundo, ni bastante menos, ha visitado la Exposición universal de Chicago; como negocio, un fracaso; como escuela de progresos, una decepción; como centro de aprendizaje científico, como museo de artes bellas ó utilitarias, una exposición más, sin influencia en la marcha presurosa de la humanidad.

El papel que allá ha desempeñado España acabó con la entrega solemne de las carabelas al gobierno de los Estados Unidos, y la venida de los marinos que tan dignamente han representado á la patria. El comandante de la escuadrilla, D. Víctor Concas, ha tomado parte en los Congresos científicos y anticipado noticia pública de sus cometidos (1).

Poca cosa aumentan el caudal de conocimientos los libros, opúsculos y revistas llegadas de aquel país á nuestras manos. Lo más notable es un trasunto de la Carta de Colón á Gabriel Sánchez, edición espléndida de pocos ejemplares y numerados, costeada por los testamentarios de la librería de Lenox con exacta reproducción de las figuras y adornos de la traducción latina de Cosco en Roma, año 1493, y copia de otras cuatro impresiones primeras (1).

Los catedráticos de la Universidad de Johns Hopkins de Baltimore han dedicado al Centenario un obsequio corporativo, reuniendo en volumen los discursos, monografías ó estudios con que solemnizaron la fecha del Descubrimiento (2). Los discursos son cuatro, luciendo en todos ellos la erudición poética más que la histórica (3); los apéndices dos: bibliografía del descubrimiento de América por Charles Weathers Bump,

---

(1) *Discurso leído en inglés en el Congreso geográfico de Chicago* por el capitán de fragata D. Víctor Concas. Habana, 1893.

Viaje de la nao Santa María, por D. Víctor Concas. Varios artículos publicados en la *Revista general de Marina*. Madrid, 1893. Es curioso el dato de haberse anotado días en que pasó de diez mil el número de personas que visitaron la nao.

(1) *The Letter of Columbus on the Discovery of America. A Facsimile of the Pictorial Edition, withe a New and Literal Translation, and a Complete Reprint of the Oldest Four Editions in Latin.* Printed by order of the Trustees of the Lenox Library. New York, 1892, 8.°, XI-20-61 p.

(2) *Columbus and his Discovery of America* by Herbert B. Adams, Ph. D., and Henry Wood, Ph. D. Professors in the Johns Hopkins University-Baltimore, 1892, 8.°

(3) *Oration* by Professor Herber B. Adams. —*Oration* by Professor Henry Wood. — *The First Jew in America*, by Professor M. Kayserting.—*Columbus in Oriental Literature*, by Dr. Cyrus Adler.

muy breve, y enumeración de monumentos erigidos á la memoria de Colón, artículo curioso y de novedad que voy á extractar (1).

Injusta estima el autor la censura de escritores del concepto de Flerieu, Humboldt, Cancellieri, que echaron en cara al pueblo de los Estados Unidos el olvido de la persona que inició su historia; pues sí, bastante han tardado por allí en erigir monumentos, á estas horas, exceptuando á Washington, ninguna persona se ha tenido en consideración cual la del navegante genovés, dedicadas ya sesenta y cinco memorias públicas; cuarenta y dos de ellas erigidas con anterioridad al Centenario en que el entusiasmo se ha desarrollado tanto, siendo de reparar que apenas habrá Estado de la Unión que no haya puesto el nombre del Almirante á alguna ciudad, territorio, río ó paraje notable, sin contar las asociaciones, colegios ó establecimientos que lo llevan.

El más antiguo de los monumentos de los Estados Unidos es el de Baltimore. Consiste en modesta pirámide de ladrillo de cuarenta y cuatro pies de altura, por seis y medio de lado en la base cuadrada. El ladrillo está rebocado, y en la cara del Oeste tiene lápida de mármol con esta inscripción:

SACRED
TO THE
MEMORY
OF
CHRIS
COLUMBUS
OCTOB. XII
MDCCVIIIC (1).

Está emplazado fuera de la ciudad, en terreno del Hospicio *(Samuel Ready Orphan Asylum)*, y según parece fué erigido para conmemorar el Centenario anterior ó tercero del Descubrimiento, en 1792, por Mr. d'Anmour, cónsul de Francia. Digo parece, por no estar bien averiguado todavía lo que conviene saber acerca de la edificación. Estas noticias han dado los periódicos al presente, contradiciendo la tradición vulgar y las creencias de los más ancianos, entre los cuales corría y sigue corriendo la especie de haber levantado la pirámide el excéntrico americano Zenos Barnum en recuerdo de un caballo favorito. Cosas más raras ó sorprendentes se han visto en aquel país; pero la inscripción y la fecha abonan la diligencia de los investigadores, ha-

(1) *Public Memorials of Columbus*, by Charles Weathers Bump.

(1) Dedicado á la memoria de Cristóbal Colón, 12 Octubre 1792.

biendo como hay, datos que ellos no han encontrado, de haberse ofrecido á Colón homenaje en el Centenario tercero, en Boston y alguna otra ciudad (1). Lo que la tradición popular indica es, que se borró el recuerdo de una fiesta privada, sin el eco de las que nosotros hemos presenciado; que el vulgo más que ella tenía en mientes la extravagancia de Barnum. Habrá de reconocerse, de todos modos, que el modesto monumento de ladrillo levantado por un caballero francés en Baltimore es el más antiguo de los que la honra del descubridor de América enaltecen.

Síguele en orden de los tiempos el cuadro representando *El Desembarco*, encargado por el Congreso de los Estados Unidos al pintor de Nueva York, John Vanderlyn, en 1836, concluido en 1842, y colocado en la rotonda del Capitolio de Washington. Pagó el gobierno 10.000 pesos por la pintura, que ha hecho popular haciéndola grabar en los billetes de Banco de cinco pesos, los de más circulación.

Adorna el Capitolio otra memoria del célebre navegante: el grupo escultórico de Luis Persico, artista napolitano. Colón, vestido arnés guerrero, presenta en la mano el globo en que ha grabado el nombre *América* (sic), teniendo á los pies una india con el ligero traje que las de su tierra gastaban. Persico empezó su trabajo en 1837 y lo terminó en 1846, siendo remunerado con 28.000 pesos.

Boston posee en Luisburg Square estatua de mármol esculpida en Liorna en 1849, que representa á Colón en la juventud. La regaló á la ciudad el comerciante griego José Iasigi, naturalizado en ella.

La fecha 1864 lleva otra vez al Capitolio al estudioso cronológico. La puerta monumental de bronce que abre acceso á la cámara de representantes compendia la vida de Colón en nueve escenas ó recuadros; la conferencia de Salamanca; salida de la Rábida para la corte; presentación á los reyes; salida de las carabelas de Palos; llegada á San Salvador; primera vista de los indios; entrada triunfal en Barcelona; el héroe encadenado; últimos momentos. Fué modelado por Randolfo Rogers, escultor americano, en Roma; fundido en Munich por F. von Miller; costó 28.000 pesos.

El señor O. Roberts donó á la ciudad de Nueva York, en 1869, una estatua de Colón de siete pies de altura, esculpida en granito, con destino al Parque Central; obra que hizo en Roma la artista miss Emma Stebbins, y que el municipio no ha

(1) La España Moderna, Mayo de 1892, página 184.

apreciado mucho, toda vez que la tiene almacenada.

Con otra estatua en mármol obsequió M. R. P. Chamberlaine á la ciudad de Boston en 1872, si bien con aceptación diferente, pues adorna el Museo de Bellas Artes. La modeló en Roma Giulio Monteverde, titulándola *Primera inspiración del niño Colón*. Obtuvo por ella medalla de oro en Parma.

Donación asimismo de la colonia italiana en Filadelfia con motivo de la Exposición que preparaba en 1875, es la estatua que exorna el Fairmount Park, esculpida en mármol, con artísticos accesorios en el pedestal.

Abundando las personas ricas, generosas y de buen gusto, no es difícil embellecer paseos, ni convertir en museos las ciudades. Así, en la rotonda del Capitolio, en Sacramento de California figura, lo mismo que en las ciudades mencionadas y en otras cuya enumeración seguirá, un grupo marmóreo del escultor Meade, en que la reina Isabel de Castilla escucha los planes del pretendiente, acompañada de un gracioso paje de su corte.

El parque de San Luis, agasajo regio hecho á la ciudad por su hijo predilecto Henry D. Shaw, ostenta por principal adorno una estatua semicolosal de bronce, fundida en Munich por Müller, mostrando al descubridor en el momento ansioso en que ve ó cree ver la luz de Guanahaní oscilando en el brumoso horizonte. Se erigió sobre pedestal de granito con relieves también de bronce, el año 1886.

A todos estos monumentos excede en importancia el ofrecido al municipio de Nueva York por los italianos residentes, inaugurado el 12 de Octubre de 1892 en el Parque Central en recuerdo del cuarto Centenario. Consiste en un basamento cuadrado de granito con relieves de bronce sobre el que se eleva una columna de sesenta pies de altura, del mismo material. Encima reposa la estatua de Colón, de mármol de Carrara, que da á la fábrica altura total de setenta y cinco pies. En el basamento hay dos grupos: uno de mármol, figurando el genio de la geografía; otro de bronce, el águila americana sosteniendo en las garras los escudos heráldicos de los Estados Unidos y de Génova. Seis espolones de galera *(rostra)* procuran á la columna el carácter naval de los triunfos romanos. Costeado por suscrición, se recolectaron para él 35.000 pesos. El autor de la obra es Gaetano Russo, de Roma.

Se reunen fondos ahora por suscrición nacional entre americanos, para erigir en la Quinta Avenida de Nueva York un arco de triunfo que sustituya al levantado provisional-

mente para las fiestas: tiene 160 pies de altura por 120 de ancho, asemejándose bastante al de Constantino, de Roma, salvo en los accesorios de fuentes en que el agua se combina con la luz eléctrica. Formó el proyecto Mr. Henry Herts, con presupuesto de 350.000 pesos.

Baltimore debe á los residentes italianos otra estatua de Colón colocada en el paseo, que modeló por encargo Aquiles Canessa, de Génova: Boston ha plantado la suya frente á la catedral católica de Santa Cruz, tras larga discusión que disputa el acierto del artista Alois Buyens; Harrisburg ha rasgado el velo de la erigida ante la catedral de San Patricio; Newark, Willimantic, Brooklyn, Nueva York y Washington han adquirido medallones, bustos ó relieves costeados por diferentes sociedades.

Los proyectos que no han podido realizarse por diversas circunstancias en la oportunidad de la fiesta universal, quedarán en parte relegados cuando pase el calor con que se acogieron: tal suerte tocará, probablemente, al arco de triunfo que había de levantarse sobre una colina en las inmediaciones de Washington, y al monumento nacional para el que votó el Senado 75.000 pesos en Abril de 1892, pero cuyo proyecto de ley quedó en las secciones del Congreso, en sueño que será eterno. En cambio llegarán á término la estatua ideada por la Junta directiva de la Exposición de Chicago, de que se encargó el escultor Howard Kretschmer, por precio de 40.000 pesos; la de Columbus, en Ohío, modelada por Alfonso Pelzer, fundida en los talleres de W. H. Mullius, de Salem, y la fuente española de Nueva York, pensamiento el más original y adecuado del Centenario, á mi juicio: el casquete esférico en que aparecerá Colón entre los dos Pinzones, sobre un recipiente de 100 pies de diámetro, siendo las figuras de bronce, de colosales dimensiones, según diseño del artista D. Fernando Miranda, valenciano (1).

Acabada por el Sr. Weathers Bump la descripción de los monumentos de los Estados Unidos, con minuciosa particularidad de cada escultura, actitud, representación, dimensiones, costo, prosigue con igual método la enumeración de los que se han alzado ó se proyectan en América y Europa, en número de treinta y siete. Incluye, como es de presumir, los de España y sus provincias de Ultramar, sin dejar de inscribir más que uno, el de Salamanca, lo que no es falta, pues se ha erigido con posterioridad á su escrito.

(1) *La España Moderna*, Julio de 1892, página 190.

Y por cierto esta última escultura de D. Eduardo Barrón, fundida en bronce estatuario, ha sido objeto de una frase popular graciosa.

En el monumento aparece el convencido proyectista sosteniendo con un brazo la esfera terrestre, provista de equinoccial y meridiano, mientras con la otra mano indica el camino que se propone seguir para alcanzar «El Levante por êl Poniente». En el momento de la inauguración, llena la plaza de charros campesinos, uno, á cuyos oídos no llegaba el discurso oficial, preguntó á los que tenía cerca. ¿Quién es ese hombre? No lo sé á punto cierto—dijo el más próximo—pero por lo visto, *debe de ser el tío de las sandías*.

Añadiendo al contingente literario y artístico de Baltimore una pieza musical (1), hay que descender por lo pronto á la América del centro para sentar en la bibliografía la obra titulada *Cristóbal Colón y el Nuevo Mundo*, por D. Antonio Batres Jáuregui, *obra premiada en el certamen abierto por el gobierno de Guatemala para celebrar el Cuarto centenario del descubrimiento de América*. El premio no sorprende; Batres es apellido de envidiable concepto en la república de las letras, y sirve de garantía á cualquier libro que lo tenga en la portada: dicho está con esto que *Cristóbal Colón* es trabajo que agradará mucho al que no busque apreciaciones históricas.

Por nuestro viejo mundo, honrando juntamente con el personaje eximio á dama que pasó tiempo ha de esta vida con reputación de *Bas-bleu*, el galante vizconde de Seabra, portugués, ha traducido á su idioma el poema de Mad. Du Boccage, *La Colombiade*, restaurando versos muy aplaudidos en su época (1).

Vayan algunos títulos de publicaciones recientes para registro de rebuscadores:

Féte scientifique en l'honeur de Christophe Colomb á la Mairie du Pantheon le 15 *avril* 1893 *jour anniversaire de sa reception solennelle á Barcelone par les rois Ferdinand et Isabelle*. París, 1893.

Les Dominicains et la Découverte de l'Amerique, par P. F. Mandonet. París, 1893, 8.°, 259 páginas.

Les Tombes de Colomb, por el

(1) *Columbus*, cantata composed by mister D. Melamet. Baltimore.

(1) Conozco dos ediciones en francés, con láminas. París, 1756 y 1758, y una traducción italiana. Milán, 1771; la presente se titula *A Colombiada ou á fe levada ao Novo Mundo. Epopea de Mme Du Boccage vertida em linguagem vernacula e offerecida á Sua majestade á Rainha Dona Amelia de Orleans é Bragança* pelo Visconde de Seabra. Lisboa, 1893, 8.°, 233 páginas.

Dr. Alejandro Llenas. Nantes, 1892, 8.°, 24 páginas.

Hamburgische Festschrift zur Erinnerung an die Entdeckung Amerikas. Hamburg, 1892, dos tomos 8.° con cartas y grabados.

The journal of Christopher Columbus (During his First Vogage), and documents relating to the voyages of John Cabot and Gaspar Corte Real. Translated, witte Notes and an Introduction, by Clements R. Markham, *President of the Hakluyt Society.* London, 1893, 8.° VIII-359 páginas.

Première décade du De Orbe Novo *de Pierre Martyr d'Anghiera, traduit par* Paul Gaffard. París, 1893, 8.°

L'exposition Historico - Européenne de Madrid par P. L. Castets *(Revue des Etudes religieuses,* etc.) París, 1893.

Christophe Colomb, par François Bouran. París, 1893, 8.° 194 páginas.

L'Alba della scoperta dell' America, da G. Uzielli. Roma, 1893.

I Documenti di Madrid in relazione alla patria di Cristoforo Colombo. Commenti ed altri accenni storici con appendice del Cav. G. A. Rocca. Savona, 1893, 8.°, 83 páginas (1).

Inno a Cristoforo Colombo de Cav. G. A. Rocca, *posto in musica del maestro* Efisio Aragno. Savona, 1893.

Memorias presentadas en Congresos internacionales que se reunieron en España durante las fiestas del IV *Centenario del descubrimiento de América, en* 1892, por Soledad Acosta de Samper, *delegada oficial de Colombia,* etc. Chartres, 1893, 4.°, 90 páginas.

Libros han salido de las prensas italianas de que no da la portada suficiente noticia, como sucede con la *Cronache della commemorazione del* IV *Centenario Colombiano edite a cura del Municipio,* Génova, 1893, remate digno de las fiestas celebradas por la ciudad *superva* y comprobación del apotegma que acuerda á los pueblos el gobierno que se merecen. La crónica compone un volumen en folio de 435 páginas, tiradas con todos los primores de las artes gráficas; una obra de las que se encomiendan á encuadernador maestro para colocarlas en el salón de espera. En la primera hoja se lee: «Il Municipio di Genova offrendo ai suoi cittadini questa storia delle commemorazione colombiane ne illustra la primer pagina colle auguste parole che principiando l'anno

(1) Segunda portada. *All' insigni letterato spagnuolo Francisco R. de Uhagon, ministro del Tribunale e del Consiglio degli Ordini, cav. professo di Calatrava, questa seconda nota colombiana intitula l'atore.*

MDCCCXCIII il re d'Italia dirigeva alla cittadinanza genovese»; frases regias de aplausos merecidos y de satisfacción justificada por el patriotismo patente de los descendientes de los Colones, de los Dorias, de los Spínolas, de tantos ilustres personajes de la historia universal.

La narración, abraza una primera parte de preparación y acuerdos; la de ejecución, en los diversos espectáculos públicos y privados; la descriptiva, de edificios y objetos, con auxilio de grabados; la intelectual, con actas de los Congresos; discursos notables, inscripciones, himnos, invocaciones al glorificado:

«O Padre, o Colombo, su questo tuo nido
Benigno tu veglia, del ligure lido
L'industre naviglio proteggi e l'onor.»

En la relación no se han olvidado los informes de los comisionados á Huelva y á Barcelona, representando á la ciudad januense: entre las ilustraciones hacen contraste notable una vista del puerto, cual era en el siglo xv, según pintura contemporánea, y otra de lo que es ahora, cuando naves de guerra de todas las naciones lo poblaron, ensordeciendo el aire con el saludo de los cañones.

La Comisión oficial colombiana prosigue el plan que se trazó, dando á luz, á medida que se terminan, los tomos de su biblioteca, iguales en las condiciones extrínsecas, componentes de su labor magnífica. Tres nuevos volúmenes he podido examinar despacio, á saber:

Parte IV, vol. único: *Bibliografia degli scritti italiani o stampati in Italia sopra Cristoforo Colombo, la scoperta del Nuovo Mondo e i viaggi degli italiani in America, compilata da Giuseppe Fumagalli con la collaborazione di Pietro Amat di San Filipo.* Roma, 1893, xx, 217 páginas.

Desde luego se entiende no haber querido los colaboradores extender la investigación fuera de Italia, en lo que me parece han estado acertados.

Por nuestras mayores aspiraciones, se critica á la bibliografía que formó la Academia de la Historia, por insuficiencias y erratas que difícilmente se pueden salvar no teniendo á la vista el libro que se cataloga, valiéndose de anuncios del comercio ó de papeletas de varias manos y letras. Pero con todas sus faltas, la española es biografía de Colón, mientras que la italiana abraza secciones completamente ajenas al personaje: las de geografía, arqueología, etnografía, lingüística y la de viajes de italianos por América. Todavía podría sustraerse la de *precursores*, con lo que se reduce lo á él concer-

niente á cuatro títulos: Escritos de Colón.—Elogios y biografías.—Juicios sobre la persona y la empresa.—Disquisiciones sobre la patria.

Dentro de estos cuatro, se parece mucho la subdivisión á la española: De la familia; De la patria; De las armas; Si estudió en Pavía; Matrimonio; Autenticidad de la Historia de D. Fernando; Sepultura; Cuestiones varias; Epica; Lírica; Teatro; Retratos; Monumentos; Canonización; Centenario.

Se parece también á la obra de nuestra Academia en la concisión de las noticias, que en general se constriñen á la portada del libro. Dos producciones he visto allí registradas que no conocíamos: la una anónima, española, de principios del siglo; la segunda moderna, de compositor que presumo brasilero; son estas:

Elogio de Cristóbal Colón, nacido en Génova en 1447, *muerto en Valladolid en* 1506. Génova, imp. Pagano, 1826, 16.°, con retrato y facsímile de la carta.

Cristoforo Colombo. Nueva ópera del maestro Carlos Gomes. Milano, 1.° Junio, 1892.

Otro tomo.

Parte III, vol. II. *Fonti italiane per la storia della scoperta del Nuovo Mondo. Raccolte* da Guglielmo Berchet.—II. *Narrazioni Sincrone*, 1493 á 1550, 494 páginas.

Encierra recopilación muy útil, por el traslado de piezas sueltas y raras, que trabajosamente se podrán consultar fuera de las bibliotecas en que se custodian; por ejemplo, el *Itinerario de la isla de Yucatán,* de Juan Díaz, capellán de la expedición de Grijalva en 1518. El original castellano se perdió; queda una traducción italiana, que es la inserta. En el mismo caso se halla la relación del viaje de Magallanes, escrita en portugués por Juan Bautista Poncevera, piloto de la nao *Trinidad,* á quien llamaban los camaradas Bautista genovés, y sobre todo las cartas de italianos que residían en Castilla ó en Indias, y confidencialmente comunicaban noticias á sus deudos.

Parte IV, vol. II, 221 páginas. Contiene dos obras distintas: primera, *La declinazione magnetica e la sua variazione nello spazio scoperta da Cristoforo Colombo*, per Timoteo Bertelli.

Como trabajo de reflexión y estudio relacionado con las ciencias físicas, me parece presentado en nivel inferior al que tienen los demás de la comisión oficial vistos, y con criterio que desciende también de la altura en que lo pusieron los Sres. De Lollis y D'Albertis. Comienza el autor asentando sus juicios en el error gravísimo de haber prohibido el gobierno de España la

publicación de la *Historia de Indias,* del P. Las Casas, porque censuraba este escritor las violencias de los conquistadores, y como quiera que al publicarla modernamente refirieron los editores la circunstancia de haber cerrado y lacrado el manuscrito su autor, mandando entre las últimas voluntades que no se abriera hasta pasar medio siglo, siendo además sabido que cuando se abrió estuvo la historia á disposición del cronista oficial Antonio de Herrera, que no poco tomó de ella para sus *Décadas,* acredita el señor Bertelli no ser muy escrupuloso en las averiguaciones, ni muy profundo tampoco en las de la navegación de los descubridores, ya que otro de sus fundamentos estriba en que *mientras los pilotos españoles regulaban el rumbo por la aguja, Colón dirigía el camino de la escuadra por medio de observaciones astronómicas.*

Sin embargo, contiende el señor Bertelli con los que niegan que entre tantos y merecidos lauros corresponda al Almirante de las Indias el de haber descubierto ú observado antes que otro la variación de la aguja, sin que le convenzan las razones de erudición científica de Peschel y de Gelcich, cuanto más las históricas ó de sentido común de Harrisse ó de D'Avezac. Sin necesidad de acudir á reflexiones originales, le basta para demostración de la tesis el Diario de Colón.

«Los marinos gobernaban mal, decayendo sobre la cuarta del Nordeste, y aun á la media partida; sobre lo cual les riñó el Almirante.»

Este acaecimiento, inscrito el domingo 9 de Setiembre de 1492, dice á los que han navegado, con toda claridad, que por no fatigarse mucho los timoneles, dejaban que la nao impulsada por viento largo, *guiñara,* es decir, oscilara la proa hacia la derecha hasta cuarta y media, separación que no debe consentirse al buen marinero, por lo que hace perder en el camino; mas el Sr. Bertelli lo entiende de otra manera; para él ofrece la reprensión del Almirante la primera prueba de que había observado ya el desvío del acero imantado.

Vuelve á anotar el Diario el lunes 17 de Setiembre que «tomaron los pilotos el Norte, marcándolo, y hallaron que las agujas noroesteaban una gran cuarta y temían los marineros. Conociólo el Almirante; mandó que tornasen á marcar el Norte en amaneciendo y hallaron que estaban buenas las agujas; *la causa fué, porque la estrella que parece hace movimiento y no las agujas*».

Segunda prueba, prueba concluyente en opinión del Sr. Bertelli, acaso influido por cierta nota sutil

que puso al Diario D. Martín Fernández de Navarrete; por lo demás, el texto indica lo contrario; en opinión de Colón, *las agujas estaban buenas*.

No hay para qué seguir señalando las demás pruebas.

El resto del volumen ocupa una *Notizia delle più antiche carta geografiche che si trovano in Italia riguardanti l'America,* per Vittore Bellio, enumeración limitada, lo mismo que la bibliografía, y que parece escasa comparándola con la recopilación general de Konrad Krestschmer, de Berlín, aunque de todos modos apreciable. Entre las cartas descritas y en parte reproducidas, hay varias portuguesas, de fecha inmediata á la de Juan de la Cosa, que mucho nos interesan. Castellanas, registra cuatro anónimas existentes en las bibliotecas Real de Turín, Archivo de Estado de Florencia, Marqués Catiglioni en Mantua y Laurenciana de Florencia. Agrega la de Diego Ribero, de 1529, guardada en en el archivo De Propaganda Fide, conocida por reproducción anterior, y una más, notable por el lugar de la data: *Vesconte Maiolo composuit hanc cartam in Neapoly anno Domini,* 1512, *die* x *Marcii*. Está en la Biblioteca nacional de Parma.

Una publicación que, sin salir de Italia, es, como las anteriores, italiana, ha llegado á última hora en oportunidad inestimable, para resumir y cerrar con esta reseña la serie contenida en La España Moderna. No hace más que empezar; no consienten todavía las páginas impresas presumir cuál sea su alcance, ni cuándo han de conocerlo los lectores, dejando suspensa la espectativa, la advertencia de continuación á intervalos indeterminados; lo que sí puede colegirse por la primera entrega es, que la obra aumentará el número de las escritas al calor del prejuicio. Sólo se han tirado doscientos ejemplares con destino privado; no se admiten suscriciones; no obstante, cincuenta se han puesto á la venta.

Título. *Disquisizioni colombine. Núm.* 1. *La nuova scuola spagnuola anticolombina. Studi di Prospero Peragallo*. Lisbona, tipografía nazionale, 1893, 8.°, 70 páginas, hermosa estampación.

El Sr. Peragallo es autor de varias otras obras históricas estimables, inspiradas en la vida y hechos de su compatriota el gran navegante, y no ha mucho sostuvo con el Sr. Henry Harrisse polémica un tanto viva. Por esas obras y por la que ahora comienza, parece pertenecer al círculo numerosísimo de los convencidos de que ante la gloria deslumbradora del descubridor de las Indias hay que cerrar los ojos;

hay que parar la cuerda del discernimiento, porque la gloria es tal, que no consiente al historiador, como al antropólogo, sino ditirambos ó apologías.

Leyendo con semejantes disposiciones lo que se ha escrito en España durante el período festival, no encuentra bien que, en discordancia con ellas, algunos, pocos en verdad, se hayan permitido rebuscar papeles trasnochados ó analizar hechos que pasan en autoridad de cosa juzgada; que digo bien, considera triste el espectáculo en una nación de espíritu caballeresco, que gozó y goza todavía de los beneficios y de la honra á Colón debidos. Deduce de lo conocido, que se ha formado aquí una escuela superlativamente patriótica, la cual, con propósito de corregir las exageraciones, y más todavía, las apreciaciones injustas de la otra escuela acaudillada en Francia por el conde Roselly de Lorgues, ha pasado al extremo opuesto, defendiendo y aprobando cuanto se piensa ó se hace con daño y descrédito de Colón, pintándolo con colores tenebrosos y con acrimonia tan envenenada, que será maravilla si moralmente se salva de la reputación de hombre perverso, mientras que bajo el concepto náutico, lo mismo que en el de iniciador del gran viaje á Occidente, es más que dudoso que tenga derecho á una centésima parte de la fama hasta ahora adjudicada. Esta escuela española anticolombina (piensa), esta *cruzada moderna* encubierta con la bandera nacional, ha querido arrancar una por una las hojas de la corona del genio, prosigiendo su labor demoledora hasta convertir en monstruo al hombre.

¿Habrá que extender el resumen para dar á entender que el Sr. Peragallo exajera no menos que los exajerados que censura?

No le falta razón, ciertamente, buscando el origen de la reacción notada sobre pocos estudios, en la acción depresiva, injuriosa, que ha herido sensibles cuerdas en la susceptibilidad española; acaso también le asiste al condenar extremos que cuerdamente no se tocan, más que por ley mecánica se explican y en ciencia se consagran con el aforismo *similia similibus curantur*. Frases y conceptos se han vertido al llevar los sucesos al campo de la polémica, que el tiempo dulcificará y que seguramente limarían los mismos que los produjeron, si ocasión se les presentara, sin arrepentimiento por eso de la primitiva inspiración, el vigor de la cual, lo mismo que la viveza picante de las réplicas, fijaran más la atención indiferente y conducirán al exclarecimiento de la verdad que todos encarecemos.

Pero yerra, á mi entender, el Sr. Peragallo, señalando como escuela española y como escuela anticolombina el conjunto de escritores que han coincidido en el empeño de sincerar personajes injustamente ultrajados ó arbitrariamente traídos á cuento para pedestal en que se encumbre el héroe, sin conformidad de opinión en otras cuestiones, sin doctrina común, sin las disciplinas que escuela constituyen. Yerra no menos descargando el peso de su indignación colombófila sobre todos y cada uno de los *cruzados modernos* que coloca en lucha con la fama del descubridor, semejante á la de la serpiente con la lima, y pierde además, y gasta su buen ingenio corrigiendo apreciaciones individuales, porque siendo, aunque en grupo se sumen, cifra inapreciable, excepción rarísima en la inmensa mayoría del pueblo español, que, como el impugnador piensa, tiene en verdadero santuario el respeto y la veneración del Almirante de las Indias, ó da importancia á lo que no la tiene, divulgando especies reprobadas, ó se entretiene en lancear á moros muertos.

Fácil me sería poner tachas en lo que el Sr. Peragallo sentencia injustamente por no conocer bastante lo escrito ó por no considerar con detención lo que ha leído. Con arreglo á su criterio, la señora duquesa de Alba, á quien elogia y aquí alabamos sin discrepancia, debería formar en el escuadrón de los cruzados modernos, toda vez que entre los preciosos documentos que ha sacado del olvido se encuentra el testimonio de haber desobedecido Colón los mandatos reales, con algunos más que contradicen sus ideas. Varias de las personalidades que supone contrarias ó enemigas de la reputación de su ilustre compatriota, la han mantenido, por el contrario, en el palenque abierto durante el concurso centenal; varias que juzga amorosas han descargado golpes harto más pesados que los aludidos, con lo que una vez más justifica la sentencia elegida para cerrar su opúsculo: *errare humanum est.*

Si el Sr. Peragallo hubiera honrado con su presencia nuestros congresos y reuniones, pulsando la opinión, como ahora se dice, y acopiando mayor caudal de escritos del que posee, modificaría tal vez sus juicios con la evidencia de haber cambiado de una manera radical, por efecto del trabajo literario del Centenario, el concepto público del que fijó en las Indias occidentales el estandarte de Castilla; no con menoscabo de su fama que á ella nadie ha atentado; no con diminución de su aprecio, que es general y equitativo; con el conocimiento sí de los

méritos reales; con la relegación de fábulas admitidas antes como sana verdad en esferas muy altas sobre el nivel del vulgo.

Dicho esto, siento en el alma entrar en terreno personal á que la cortesía del Sr. Peragallo me lleva con sus citas de cada plana y sus apreciaciones de cada tema. Habiendo negado la existencia de una escuela española anticolombina, dicho se está cuán ajeno me considero á la jefatura con que me honra el inventor. Por mucho que pudiera lisonjearme el papel de Pedro el Ermitaño, exaltando con mi humilde palabra á magnates y príncipes de la erudición clásica, no está reservada para mi pequeñez tamaña ambición; no he sido *capo de scuola* ni siquiera *capo di coro* en el concierto que cantó el descubrimiento de América. Sencillísimo será para el Sr. Peragallo comprobarlo. Su idea equivocada, sin duda procede de haber yo, por circunstancias obligatorias, precedido á otros escritores en el estudio de documentos concernientes á Martínez Alonso Pinzón, y de haberme encariñado el conocimiento de una personalidad desconocida, juzgada con malignidad, manchada calumniosamente con acusaciones de desertor á insubordinado, entre las menos deshonrosas. Rechazándolas enérgicamente, hube de examinar las relaciones del capitán con el Almirante, de hacer patentes los fundamentos de la acusación, de comparar las condiciones personales, descubriendo que Pinzón era un carácter y Colón no lo tenía; que el primero poseía el don de mando con que no favoreció la Providencia al segundo; que aquél excedía en el mecanismo que sirve para organizar una tripulación, sin llegar en la marinería general á la altura de Colón, hombre superior en tal concepto, no sólo á los pilotos españoles, sino á todos los de su tiempo. El Sr. Peragallo no ha comprendido mi apreciación en el particular, como tampoco en la de la tradición de Alonso Sánchez de Huelva, por querer con una parte sola abarcar el todo. Mi objeto, al examinar minuciosamente la recalada de la carabela *Niña* á la boca del Tajo, no era negar que el Almirante desconociera el peligro en que se ponía; al contrario, persuadido de que le era familiar, fuí más lejos de lo que el Sr. Peragallo penetra; pretendí probar que á ciencia cierta, contra toda prudencia, dejó lo fácil por lo difícil, dominado por el pensamiento de mortificar al rey D. Juan con la noticia de su triunfo; satisfacción de amor propio resentido que se proporcionó con alta inconveniencia, reprendida por los cronistas portugueses, sin

perjuicio de protestar luego en Castilla de las azarosas circunstancias *que le obligaron* á entrar en puerto extranjero.

Cito este particular, por ejemplo, entre los que el Sr. Peragallo aduce al gratificarme con toda consideración y miramiento, eso sí, con el título de cabeza de los que guardaban latente en el alma una aversión que sólo esperaba plausible pretexto para reventar. Pues que menciona la revista *El Centenario* en que he colaborado, y La España Moderna en que estas reseñas han visto la luz, cuenta con suficientes documentos para conocer mis juicios y estimar los fundamentos en que constantemente los he apoyado si los compulsa sin eliminaciones (1). Que en aquello que es discrecional los dos nos conformamos, es evidente; que haya razón en cuanto pensé ó dije, me guardaré muy bien de asegurar, al paso que sin reparo estoy dispuesto á reconocer sobra ó defecto de que se me convenza, con con la misma ingenuidad que reconozco la razón del Sr. Peragallo al recordarme que critiqué su acritud en cierta polémica y dejé posteriormente correr mi pluma en irónica alabanza *superata di molto*.

Otro ejemplar de nuestro desacuerdo.

En el delicado sentir del Sr. Peragallo, el comendador de Lares, Nicolás de Ovando, era una hiena: díscolo sin comparación, perverso en grado heroico, de ferocidad que no hay palabras en el lenguaje humano con que recrecer, probándolo: primero, la negativa de admisión en el puerto de Santo Domingo, á las carabelas de Colón, amagando temporal. Sin que valga la invocación de órdenes que alega *la escuela*, pues la suprema necesidad carece de ley. Segundo, la permanencia de siete meses en Jaragua sin que Mendez recabara el auxilio pedido con urgencia para el Almirante (1). Tercero, porque expidió nave gobernada por enemigo de Colón, llevando una carta y un regalo irrisorio, con orden de no permitir el embarco de ninguno de los que estaban en Jamaica. Cuarto, porque informado de la situación de los náufragos, consintió al fin que á costa de Colón fueran embarcacio-

(1) Dice el Sr. Peragallo: «Il peggior sordo è chi non vuole udire, come è il peggior critico chi leghicchia a metà, e per giunta nutre preoccupazioni... contro lo scritore.» Estoy conforme.—«L'odio dil sig. Duro á Colombo è tanto intenso, che gli fa dire cose straordinarie.» Este es otro cantar de que no me remuerde la conciencia.—«Voi finora faceste la parte dell'avvocato del diavolo contro Colombo.» No; este cargo importante está adjudicado por el postulador de la causa de beatificación á un italiano.—«L'opinione pubblica darà il suo verdetto.» Conforme.

(1) «En imminente e gravissimo pericolo.»

nes á buscarlos. Las atenuaciones de *la escuela* son típicas; hasta critican los términos de la carta en que el Almirante se manifestaba reconocido, procurando domesticar aquel animal, como quien arroja una piltrafa á la hiena para evitar el mordisco.

«Bastante le habéis hecho expiar el casi delito de haber llevado la bandera de España al Nuevo Mundo (exclama).

»Dejadle al menos la honra de haber procurado amansar una fiera en forma de hombre, honra que para vosotros es vicio (1).»

En mi sentir, nada poético, Ovando, gobernador prudente, ministro celoso, procedió como debía (2). Porque al llegar Colón á la isla, desobedecía el mandato expreso de los reyes y pretendía que lo desobedeciera también su lugarteniente, vaticinando por pretexto un temporal (lo que no es lo mismo que por temporal obligado), y porque al saber que el Almirante se hallaba en Jamaica, debió formar y formó sin duda juicio muy distinto del que la sensiblería inspira al historiador novísimo. Pensaría el Comendador que el Almirante contaba con gente, armas y elementos suficientes para imponerse á los indios de Jamaica, dominar la isla, construir población, edificar casas, fabricar embarcaciones, hacer plantíos; que allí no corría ningún peligro ni le faltaba lo necesario para vivir; que podía ser de utilidad al progreso y civilización de las Antillas. Todo le parecería hacedero menos lo que ocurrió; menos lo que todavía es inconcebible; menos que con tanta gente y más que llevaron expediciones de españoles á la conquista de regiones pobladas de gente belicosa, Colón se decidiera á estar encerrado en barcos inútiles, en lugar malsano, atenido á la contribución voluntaria de víveres con que le favorecían los indígenas, expuesto al incendio que con una flecha pudieran prenderle; gastando en la ociosidad el espíritu y la disciplina de los hombres activos de su mando, aptos para cualquier empresa; originando el descontento, las reconvenciones, el motín, los males todos que á la postre lamentaba en melancólicas quejas. Los sucesos acreditaron que ni peligros corrió ni hubo falta de alimentos en tanto tiempo como la inacción duraba; justifican por consiguiente la apreciación de Ovando al pensar que mejor estaba el Almi-

(1) «Gli avete fatto espiare abbastanza il quasi delitto di avere portato il vessillo della Spagna al Nuovo Mondo.»

«Dategli almeno l'onore di aver tentato di ammansare una fiera in forma d'uomo: onore che per voi è vizio,» pág. 60.

(2) Lo he sostenido antes. La España Moderna, Junio de 1892, pág. 136.

rante en Jamaica con aquellos poderosos elementos, que en Santo Domingo, donde cabía la posibilidad de que los empleara mal, comprometiendo el orden de la colonia, si á la gente de la expedición se juntaban los paniaguados y los partidarios que tenía en la isla. Discurriendo bien, no deja de encontrarse algo del zorro viejo en la conducta del gobernador; de la hiena, risible es pensarlo.

El Sr. Peragallo conoce, por los documentos que dió á luz la señora duquesa de Alba, las opiniones del Comendador. «Delante de Ervás y del contador, dijo que el Almirante se había querido alzar con la isla, y que así haría agora.» Esto es una calumnia (piensa el calificador de la fiera); mentía Ovando, y antes que él mintieron los cuatro frailes enviados como ejemplaridad por Fr. Francisco de Cisneros, Bobadilla, los testigos llamados al proceso, los investigadores reales. Es falsedad atroz. No lo discuto ahora: más ello es innegable que la especie corría en voz pública y que Ovando por cierta la tenía. ¿Cómo entonces el Sr. Peragallo, cuya buena fe y rectitud de sentimientos me complazco en reconocer, hace capítulo de cargos al ministro que se previene contra el que por enemigo de la paz está señalado? ¿Cómo extraña que antes de admitirle en la isla de Santo Domingo enviara á tomar informaciones y le exigiera por escrito seguridad de acatar las órdenes de los soberanos?

¿Pero qué mucho, si extraña este señor que se hayan comentado las frases de la carta en que el insigne navegante daba las garantías pedidas? Eso es honra, nos dice, honra que trastrocáis en vicio; es honroso domesticar á los animales dañinos.

Verdaderamente, nada hay más espinoso entre los hombres que estimar las cuestiones que al honor se refieren; si el Sr. Peragallo hace mérito de lamer la mano al que fustiga; si cree honrar á Cristóbal Colón reconociendo que él lo hizo, y que ensalza y sublima la personalidad del gran Almirante con libro en que estampa con tal juicio los análogos, ¿qué le hemos de hacer? Respetar sus creencias y consignar sencillamente nuestras reservas. Posible es que abrigue al mismo tiempo la convicción de haber escrito lecciones honrosas para España, galantes para los escritores del día y justas para la hiena de Ovando, haciéndolo presumir la hermosa declaración del poeta que se apropia,

«Parlo per ver dire
Non per odio d'altrui, nè per disprezzo.»

Recordará, sin embargo, que pensaba también dar culto á la verdad en otro libro en que negó la

existencia de Miguel Muliar ó Muliarte, concuñado de Colón, con la de Violante Muñiz, hermana de su mujer, y en que disertaba sobre el lema del escudo de armas y de otros particulares con poco conocimiento de causa; prueba de que todos solemos equivocarnos, de que nada más cierto que la sentencia *errare humanum est.*

De mi parte creo, que al haber defendido reputaciones de españoles maltratados en juicio; al negar á Colón condiciones que no tuvo, observaciones que no hizo, inventos que á otros pertenecen; al desconocer en él iniciativa de la idea más grande entre las suyas, de alcanzar por Occidente el país de las especias (en lo que no estoy solo); si le despojo de oropeles con que han cargado su figura entusiastas irreflexivos, respeto el oro de ley probado en la piedra de toque, y le admiro y reverencio como el marinero más grande de su siglo, como el hombre que osó poner en práctica lo que soñaban cuando más los otros. Más de una vez he manifestado que, sin tenerle por santo ni por bueno siquiera, sólo por ser autor del lazo que une á las dos partes del mundo, antes separadas y desconocidas entre sí, tiene bastante para gozar fama sin igual. Puedo asimismo errar habiendo recargado algún concepto; mas tengo derecho á sostener la sinceridad y la buena intención que me han guiado y espero me autorice el Sr. Peragallo para escribir

Anche io parlo per ver dire.

Ultima rectificación. Entre lo mucho que se ha escrito últimamente en España, contadas las producciones de los inscritos por el Sr. Peragallo en la escuela anticolombina, por otros calificados de detractores del Almirante, y aun de canes que ladran á la luna (1), no se halla frase parecida á esta. «El centenario del descubrimiento de América ha servido para descubrir que la fama de Colón es injustificada.» No pertenece á ninguno de los *cruzados nuevos;* es de autor francés (2).

Cuantos procuraron deshacer lo que yo he llamado con alguna razón leyenda poética, son contrarios á la novedad infiltrada en las brillantes páginas de Irving y Lamartine, y no innovadores como el señor Peragallo presume. Cuadrárales mejor el dictado de *cruzados viejos,* si alguno necesitan ó merecen, en concepto de que van derecheros á restablecer en su integridad las estimaciones, los conceptos antiguos, en mal hora alterados por

(1) La España Moderna, Setiembre de 1892, pág. 182.
(2) Idem, íd., pág. 184.

la novelería de la ingratitud *, la perfidia, la ignorancia, la envidia, el fanatismo, etc., etc., con que nos han obsequiado pensadores de fuera de casa. Se prueba con las opiniones, reinantes al cumplirse el primer Centenario, que conocemos por declaración del P. Fr. Luis de León y de Abrahám Ortelio (1) y por las que dominaban en el Centenario tercero, de que nos dió idea el Duque de Almodóvar (2). De las que predominaron en el segundo, no habíamos recogido apuntes; supliremos ahora la falta con mención de un autor no registrado en la bibliografía de la Academia de la Historia.

El doctor Gonzalo de Illescas, abad de San Frontes y beneficiado de Dueñas, autor de la *Historia pontifical y católica,* en la segunda parte (3), libro VI, fol. 130, tratando del descubrimiento de las Indias, después de referir la aventura del piloto náufrago (Alonso Sánchez de Huelva), cuenta que murió en casa de Cristóbal Colón, nacido en Nervi, aldea de pocas casas, junto á Génova. Comenzó éste á levantar los pensamientos, dice, porque era animosísimo, y habiendo dado pasos infructuosos (que refiere), vínose desesperado á Castilla; comunicó sus imaginaciones con Martín Hernández Pinzón, gran piloto, y de consejo de éste y de fray Juan Pérez de Marchena puso en plática su negocio... Para que armase los navíos que le pareciesen necesarios, diéronsele diez y seis mil ducados, que se tomaron prestados de Luis de Santángel. En Palos de Moguer tomó compañía con Martín Hernández Pinzón y con Alonso Pinzón, su hermano, los cuales armaron tres carabelas, y de cada una de ellas fué capitán uno de los Pinzones, de las dos, y Bartolomé Colón de la otra *(sic)* y Cristóbal Colón tomó el título de capitán general de la flota... Descubrió tierra Rodrigo de Terrazas *(sic)* con el regocijo posible... Llamamos Indias, continúa, á todas las tierras que entonces y después se descubrieron, porque no supimos otros nombres que les dar, aunque en la verdad, no había por qué se llamasen ansí. Honraron los reyes á Colón muy mucho... diéronles armas como á caballeros y *puso Colón en ellas esta letra por orla*... En otro viaje... hizo ásperos castigos, ahorcando y azotando con crueldad, de donde nacieron entre Cristóbal y fray Buil grandes pasiones... los reyes se contentaron con reprender de palabra, y le hi-

---

* *Felina*, según el Sr. Peragallo.

(1) La España Moderna, Junio de 1893, página 158.

(2) Idem, Marzo de 1893, pág. 184.

(3) Barcelona, por Sebastián de Cormellas, 1622.

cieron nuevas mercedes... Enviado por Bobadilla con grillos, por mandado del rey se le quitaron para que fuese á la corte. Oyéronse sus disculpas, pero todavía le quitaron la gobernación, de que no fué poca la tristeza y afrenta que recibió... Estando en Valladolid, en el año de 1506, murió de su enfermedad y fué llevado su cuerpo á sepultar á las Cuevas de Sevilla.

»Merece, cierto, Cristóval Colon eterno loor y fama, por haber emprendido la más hazañosa cosa que jamás vimos ni leímos. Que si bien se considera, él dió principio á la más importantísima cosa de cuantas hombre en el mundo imaginó. Era hombre bien dispuesto, recio de condición y muy iracundo, como suelen por la mayor parte ser los hombres que de baja fortuna suben á más de lo que pensaron. Su grandísimo ánimo no es menester encarecerle más de ver lo que hizo, que aun osarlo pensar pareció locura, cuanto más aventurarse á navegar por donde nunca ningún hombre navegó. Es tan inmensurable la multitud de gentes que por su causa se han convertido, que más se puede admirar el hombre que encarecer un negocio tan grande.»

Corrigiendo los lapsos, en este epítome se encierra el concepto colombino de los españoles en tres siglos. Esperemos que tanto como el moderno del Sr. Peragallo ha de estudiarse cuando se escriba la historia definitiva de Cristóbal Colón.

Cesáreo Fernández Duro.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Africa y Asia.—Conflicto hispano con el Riff.—Nuestros enemigos.—Lejanos ideales hispánicos respecto de Marruecos.—Imprescindible necesidad de aplazar su cumplimiento.—Rusia.—Los rusos en Francia.—Causas ocasionales de la inteligencia entre rusos y franceses.—Paz en Oriente y paz en Occidente.—Los partidos de Grecia y el rey Jorge.—Concentración del pensamiento heleno en las economías.—Estado angustioso de Italia.—Discurso del primer ministro.—La muerte del duque de Magenta.—La escuadra inglesa en aguas italianas.—Austria y el sufragio universal.—Adhesiones á la reforma ideada por Taafe.—Alemania y sus armamentos.—Quejas de Baviera.—Monarquías del Norte.—Comicios de Suiza.—Conclusión.

Gravísimos acontecimientos cambian hoy la faz política de nuestra Europa. Por la recepción de los rusos en París, el Oriente y Asia se llevan tras de sí una parte magna del público interés; por el combate de los españoles con los marroquíes, otra parte magna se la llevan el Occidente y Africa. Ocultaría mis afectos más profundos si ocultara el inmenso dolor con que veo mi patria hoy comprometida en una terrible guerra. No hay que guardar más ilusiones. Las escaramuzas, los tiroteos, las defensas, los ataques rápidos; todo cuanto de consuetudinario hacíamos en Melilla, sin gravedad alguna y sin trascendencia de ningún género á la política general, hase trocado en una campaña formidable, donde se mostrará una vez más el valor de nuestra raza, valor sin igual, y los empujes de un ejército, audaz como los viejos galos y paciente como los fuertes alemanes, pero donde perderemos, por la sangría suelta de una guerra inacabable y por los dispendios de unos gastos enormes, las fuerzas que necesitábamos para la organización de nuestra democracia en la paz y en la libertad. No faltará sentimiento unánime del pueblo, fulguración sublime de nuestro espíritu nacional, suma de todas las clases

y de todos los partidos en iguales afectos, rasgos de verdadero heroísmo como los mayores de nuestra historia, empuje incontrastable del ejército, hazañas y milagros dignos todos de ser puestos en épicas estrofas, añadiendo una página de gloria inmarcesible más á tantas como componen el poema de nuestros anales; y no cabe duda que saldremos victoriosos de la empresa por nuestro esfuerzo; pero tampoco cabe dudar que retrocederemos en la obra de nuestra restauración económica y al término del sacrificio y del martirio casi religiosos, nos encontraremos con cosa tan prosaica y tan triste como una retrogradación en las saludables combinaciones del bien calculado presupuesto. Pero ¿qué hacer? La fatalidad se ha levantado sobre todo, con sus soberanas imposiciones; y no queda otro recurso que pelear con las virtudes antiguas y mantener, cuantos por nuestra pluma y nuestra palabra influimos en la opinión el ánimo de los que combaten y mueren. El enemigo es de lo más formidable que puede imaginarse. Descendiente de los antiguos árabes hispánicos, educado por una religión de disciplina y de combate, desde su niñez hecho á la pelea, curtido en guerras sin fin y encuentros sin número, con toda clase de armas asistido, semejantes á órganos propios de su natural organismo, no tiene más rivales que los españoles en pelear cuerpo á cuerpo, pues parece unido y desposado con la muerte.

Así, no debe maravillarnos lo que pasa en Melilla, y donde quiera tropiezan los árabes con algún recuerdo vivo de su perdida soberanía y de su vasto imperio. Compuesta la gente del Mogreb, amén del viejo indigenato, perdurable casi, cuya historia y origen se desconocen, por los reflujos de los árabes hispanos al Africa desde sus paraísos del Andalus, no puede jamás conjurar el mesiánico ensueño de un próximo regreso á donde tan felices fueron y de un recobro súbito de aquellos esplendores con que brillaban en otro mejor tiempo. Junto al corazón llevan el alfanje ó gumía, y junto á la gumía del combate perpetuo llevan la llave que debe abrirles las puertas de los hogares abandonados por sus padres en Córdoba y Sevilla y Granada, donde aún suenan las guzlas acompañando con sus rasgueos á los romances y difundiendo notas en el aire tan melancólicas y dulces como el susurro de las brisas aromadas por los jazmines y como los balanceos del cogollo de las

palmas en los altos cielos. ¡Ah! Ceuta, Melilla, Chafarinas, Alhucemas, los puntos hispanos de Africa representan los jalones puestos por nosotros, como contrafuertes detentores de la inundación perdurable con que sueñan aquellos, y de aquí encuentros y conflictos sin tregua, los cuales no tendrán más término que una imposición forzosa en Marruecos del dominio cristiano como en Egipto, como en Argel, como en Túnez. Y este dominio pertenece de suyo á las naciones que la geografía y la historia designan para tal fin; por las cuales designaciones nos pertenece á nosotros el imperio de Marruecos, de cuya integridad debemos curarnos con celo hasta que suene la hora de cumplir y realizar nuestros antiquísimos derechos.

Los recuerdos de Africa en Occidente nos traen á la memoria recuerdos de Asia, recuerdos de Oriente, y los recuerdos de Asia y de Oriente nos traen á la memoria Rusia, invasora cada día mayor del mundo asiático y protagonista hoy del continente europeo. Imposible decir cómo los franceses han recibido á la marina rusa en Tolón y cómo luego han festejado en París y en toda Francia los amados huéspedes. Ha rayado el entusiasmo en delirio, y el delirio en frenesí. La nación del progreso unida con el imperio de la inmovilidad ofrecen un tan extraño espectáculo, que atrae y fija naturalmente la universal atención, como todo cuanto es singularísimo. Ríense mucho los alemanes de este matrimonio parecido al de la serenísima República veneciana con el Gran Turco; pero, fuerza es decirlo, si hay una contradicción patente de los afectos del pueblo francés respecto de Rusia con sus ministerios providenciales ó históricos, hay otra contradicción mayor en el pueblo italiano al aliarse con aquellos bárbaros, como les llamaban ellos á los alemanes, que tuvieron puesto el pie tanto tiempo sobre la garganta de Italia. Los dos pueblos latinos hanselo arreglado de modo, allá en la sirte de sus emulaciones y rivalidades, que, si triunfa uno de los contendientes, desaparece Italia, y si triunfa otro de los contendientes, Francia, mientras á los dos monstruosos imperios, que han de luchar tras estos hermanos en guerra, nada puede sobrevenirles y quedarán íntegros é incólumes en sus respectivos territorios, perdiendo en el caso más nefasto para ella, Prusia su Alsacia y su Lorena, mientras que nada perderá en caso alguno Rusia.

Seamos justos. Hubo un momento, en el cual Francia, por todos los pueblos abandonada sin compasión á su infortunio, no tuvo más que un amigo en Europa y en América: el czar Alejandro II. Por ese apego de los espíritus débiles á la conquista y á la fuerza, todos se iban á una con los alemanes y se reían de los franceses. Hasta un historiador tan eminente como el anglo-americano Bancroffth, egregio ministro de los Estados Unidos, osó comparar la confederación germánica, fundada por la fuerza y la conquista, con la confederación sajona, fundada por la libertad y por el derecho. Si Dios no pone tiento en su pluma, hubiese ido hasta confundir al férreo Moltke, de roja sangre manchado, con el dulce Washington, esclarecido por las más progresivas y luminosas ideas. Así, Víctor Hugo fustigó al historiador diplomático en fulminantes versos dantescos, clavando su memoria sobre la picota, donde se penan las grandes ingratitudes colectivas y seculares. Lafayette sirvió al poeta contra semejante cortesano de Bismarck. Imperaba una tan extraordinaria enemiga entonces contra Francia, que, sin haber pasado un lustro siquiera de su derrota, Bismarck intentó exterminarla y se apercibió á nueva guerra, en fines del 74, para perpetrar esta obra de radical exterminio. Pero, sabedor de ello Alejandro II, opúsose con todas sus fuerzas, evitando así un atentado que hubiera sido verdadera catástrofe, no sólo del pueblo francés, de toda la humanidad y de toda la tierra. Ahí está el antecedente verdadero y casi único, en torno del cual, como en torno de un solo núcleo, se ha condensado esta especie de amistad entre Francia y Rusia, que precede á las grandes y definitivas alianzas.

Con estas alianzas entre Rusia y Francia, como con esos alardeos del Riff ante Melilla, no nos llega hoy la camisa al cuerpo, en el amor inextinguible nuestro á la paz universal, que deseamos con vivísimo deseo así en Oriente como en Occidente. Los cambios en el gobierno helénico, efectuados por el rey de Grecia contra la voluntad y la idea de los partidos en esta nación militantes, dentro de sus asambleas y de sus ministerios enseñan cómo á los viejos ideales de reconquistas y de ambiciones, hoy se anteponen y sobreponen, por una fatalidad invencible, los problemas económicos en toda su desnudez y en toda su fuerza. Mientras los sendos

jefes enemigos del partido nacional, roto en dos fracciones capitales, pugnaban entre sí por extensiones de territorios y engrandecimientos futuros que debían llegar desde Creta y Chipre hasta Salónica y Bizancio, el rey, viendo venírsele una irreparable bancarrota encima, nombró un Ministerio de Negocios, presidido por el patriota Estiripoulos, y encargado de consagrarse pura y simplemente al presupuesto. En otro tiempo hubiérale costado una salida de tal género á este monarca su corona; pero en el estado presente de los negocios públicos, la salud general del pueblo priva sobre todo y el arreglo económico se impone á todos con una soberana imposición. Muchísimos obstáculos ha tenido que remover el rey para un arreglo así. Durante largos períodos no se permitía Grecia hora de reposo en la reconstitución de su nacionalidad, tan querida de los pensadores como de los poetas, ni en la difusión de sus ideales y de sus esperanzas entre todas las regiones, donde se practicó un tiempo la religión del helenismo. Excitábanla de continuo á ello, no solamente los impulsos de su corazón y de su voluntad naturales, el cuadro de perspectivas trazadas ante sus ojos por los profetas del humano progreso. Así, todo se lo imaginaba permitido á su deseo y todo realizado en sus esperanzas. Si la extensión de su dominio hasta Macedonia la indisponía con Servia y Bulgaria y Austria; si la suma de Creta y los cretenses á su Estado la exponía de seguro á un choque tremendo con Turquía; si el regreso de Chipre á su seno molestaba con punzantes molestias á la misma Inglaterra que tan generosa estuvo al devolver el archipiélago jonio; si el sueño con Bizancio iba cargado de una guerra con Rusia y quizá del conflicto universal europeo, nada le importaba; lo esencial para ella consistía en rehacer su nacionalidad histórica y defender el helenismo desde Sicilia y Egipto hasta Siria y Judea y Mongolia y las Indias. El empuje fué tan fuerte y el deseo llegó tan lejos, que un día, las mismas naciones protectoras suyas, las que le prestaran sus armadas en el momento y ocasión de sus combates, contribuyendo en una guerra heroica con mil esfuerzos á su reconstitución y restablecimiento, al ver cómo suscitaba dificultades do quier en su inquieta impaciencia, mandáronle sus barcos, no para sostenerla y auxiliarla cual en otros tiempos, para con empeño á razón reducirla y meterla en cintura por temor de que ardiese

todo el planeta nuestro al incendio prendido por las desatentadas y perdurables aspiraciones suyas. Grecia en redondo ha virado ahora y sólo piensa en sus economías.

Todo esto, considerado en el orden general de las causas primeras, dice cómo reina en Oriente la misma necesidad que reina en Occidente, y cómo, por verdadera conjuración de las circunstancias, ajena de suyo á cada voluntad individual, y aun á las voluntades colectivas, poco á poco pasamos del tipo social guerrero y de combate al tipo social trabajador y de industria, cual pasáramos en el siglo último por la revolución francesa del tipo feudal á este parlamentario que ha determinado los hechos y compuesto los organismos en el corriente siglo. Necesita renunciar Grecia, por ineludible ley, á los ensueños de superior engrandecimiento que avivaron su imaginación en otros días; necesita renunciar Italia, sin tardanza ni reparo, á los armamentos pedidos por la triple alianza y á los dispendios ocasionados por la megalomanía de sus partidarios; y nosotros, nuestra nación, á la manera de Italia y Grecia, necesitamos divertir el pensamiento de aquello que no toque al arreglo de nuestra cuestión económica y no lleve á la nivelación de los presupuestos, destinada, en último término, á robustecer nuestra complexión y á vigorizar nuestras fuerzas para el cumplimiento lejano, pero seguro, de nuestras múltiples finalidades históricas. Nada de cruentos combates inútiles; nada de bélicas empresas; nada de costosos engrandecimientos territoriales; nada de conquista: lo que necesita Europa en Oriente y en Occidente, dentro de la libertad aquistada y para bien de la democracia recién advenida tras costosísimos esfuerzos, es paz y trabajo, desarme pronto y progreso continuo. En este camino ha entrado Grecia con grande gloria suya.

Ojalá pudiéramos decir de Italia lo mismo que de Grecia decimos. Ojalá pudiéramos verla divertirse de la triple alianza y encerrarse dentro del problema de su reconstitución económica. Todo le señala en esta hora suprema tal vía de procedimiento en su política: el presupuesto enorme, la cuestión monetaria en que necesita por completo el auxilio de Francia, los cambios por su triste ascenso, las rentas por su baja, el clamoreo de los pueblos amenazados del hambre, la invasión del socialismo en los campos, la im-

posibilidad absoluta de continuar con los armamentos marítimos y terrestres, la guerra social de Sicilia, donde brota en cada piedra una revolución catilinaria tan fragorosa y terrible como los estallidos del Etna, la sublevación del sentimiento público, unánime contra los escándalos del Banco y del Tesoro, así como contra los gastos horribles de aquella malherida Hacienda. Y lo peor de todo es que, hallándose conformes los estadistas italianos en la intensidad del mal, ninguno se arresta con decisión á proponer el remedio que se halla en la economía sistematizada y en el desarme inmediato. Todo lo contrario; parece haber empeño arriba en recrudecer la llaga de abajo. El primer ministro, Giolitti, se recluye y encierra dentro de un socialismo germano, que llega, en su desvarío, hasta proponer el devastador impuesto progresivo, en el cual van los gérmenes de un despojo cierto; y su competidor, el célebre Rudini, declama con vigorosa elocuencia contra quien le ha sucedido, y no propone cosa ninguna práctica en sustitución y reemplazo de tan funesta política. Dado todo esto, no puede maravillarnos la formación lenta y segura de un partido que, comprendiendo la imposibilidad completa de mejorar el estado económico en Italia, si el estado político no se mejora primero, proponga el rompimiento con la triple alianza y el presupuesto de la paz y de la libertad. Bien es cierto que la presencia de los rusos en París parece que aprieta los lazos diplomáticos de la Italia con las potencias centrales y el cambio de cumplimientos con los ingleses que los sujeta por necesidad á una política exterior activa, y por ende incompatible con la economía y con el recogimiento. Pero mientras en el gobierno de Inglaterra se hallen los liberales, no corre la paz europea riesgo ninguno, si acontecimientos extraños á su voluntad, no despertasen, como en la cuestión de Egipto, el espíritu público, y no impusiesen á Gladstone soluciones contrarias á su opinión y á su conciencia. Cuando ve uno juntarse para honrar á Mac-Mahon en sus funerales, la Rusia de Sebastopol y la Germania de Sedán y el Austria de Magenta con Francia é Italia, obligadas naturalmente á esos mismos honores por los servicios directos que les prestara el ilustre difunto, no puede menos de dolerse del imperio de la guerra, cuando se necesita llorar á los mismos con quienes se ha combatido, y convenir

en que los diversos espíritus de raza y de nación, á primera vista enemigos y contradictorios, se juntan en la vida universal por armonías tan necesarias como las de lo claro con lo oscuro en la pintura, y la del tono grave con el tono agudo en la música.

El Austria, por su parte, le vuelve á la guerra sus espaldas y á la democracia su cara. En vano los rusos amontonan fuerzas y más fuerzas sobre la frontera de Galitzia; en vano los serbios por un lado y los turcos por otro, conspiran contra la dominación austriaca sobre Bosnia y Herzegovina; en vano los griegos piden Salónica en Macedonia requerida por el Imperio, y los italianos el Trentino y Trieste por el Imperio de antiguo poseídas; en vano combaten á muerte los tcheques con los alemanes en Bohemia y los transylbanos con los magyares en Hungría; en vano el panslavismo entra dentro de Riga y de Dalmacia; ni la declaración del estado de sitio puesto á Praga, ni las prisiones de rumanos últimamente decretadas, ni la grande agitación del clero húngaro por una reforma tan indispensable como el matrimonio civil, ni las conjuras de Belgrado para contrastar la tutela en la vecindad, logran desconcertarla, y como quien no quiere la cosa, sin advertencias inútiles ni augurios, presenta en las Cámaras el sufragio universal, desconcertador de tantas oligarquías como allí asedian la superior unidad del Estado y consagrador autorizadísimo de ese espíritu moderno, en cuyo vivaz oxígeno habrán de vivir, quieran ó no, de hoy en adelante, sin excepción alguna, todos los pueblos europeos. Mucho se ha dicho de la destreza del ministro Taafe, un equilibrista de primer orden, cuya ciencia y experiencia sumas mantienen un equilibrio tan inestable como el equilibrio austriaco, y conciertan y concuerdan unos factores tan desconcertados y tan discordes como los que hay en aquella confederación: el proyecto de ahora prevalecerá con seguridad por contrario así al feudalismo de los grandes caciques acostumbrados á una triste y arqueológica soberanía, como á las tendencias separatistas de los muñidores y de los oligarcas que detestan el estado moderno y habrán por tanto de ahogarse dentro del derecho de todos, como esos monstruos que, nacidos para una inferior atmósfera de hidrógeno, se ahogan los infelices cuando se les cierra el acceso al agua y tienen que respirar en el aire. La opinión de cuantos amamos la democra-

cia está con el conde Taafe ahora en comunión completa, y no cree posible pierda su influencia, ni aun saliendo del gobierno.

En Alemania, por lo contrario, empieza hoy á sentirse la falta cometida con la triste aceptación de los proyectos militares votados en el Parlamento central, que traen aparejadas insufribles contribuciones, bajo cuyo peso todo trabajo y toda industria sucumben. El pueblo de mejor pasta en la confederación germánica es el pueblo de Baviera. Ninguno tan adicto á sus reyes, por malos que sean, y ninguno tan solícito en el cumplimiento de sus deberes, por penosos que le parezcan. Y, sin embargo, se han reunido estos días las Cámaras y ha estallado en ellas una oposición formidable á la política militar vigente. Las cargas impuestas sobre materia de tan primer necesidad para los alemanes como el tabaco, les parecen á las gentes aquellas insufribles y se proponen sacudirlas en cuanto puedan, ó por lo menos mermarlas con una fuerza de voluntad y un arrebato de sentimiento casi meridionales. Orador se ha levantado en el Congreso, que ha dicho cómo no puede sufrirse ya el impuesto sobre los tabacos, cuya percepción promueve muchísimas protestas; pero que, siendo de temer con el aumento de gastos impuestos abrumadores también sobre las cervezas, podrían llegar los disgustos de las clases trabajadoras, y sus naturales malquerenciar de un régimen económico tan odioso, hasta el extremo de promover una revolución. Convengamos en que no llegarán á tanto nunca; pero confesemos que la organización militar y de impuestos, dada con tan escasa reflexión por los más fuertes imperios á su presupuesto y á su Estado, trae un malestar tan profundo consigo, que podremos caer todos aplastados á una bajo su inmensa pesadumbre, pues nos agobia con esfuerzos superiores á las fuerzas de nuestra resistencia.

Muchas dificultades existen de antiguo entre los monarcas de Alemania y sus pueblos, entre los emperadores de Austria y sus pueblos, entre los reyes, así de Dinamarca como de Suecia y sus pueblos; pero nunca llega la sangre al río. Adulan menos en el Norte á sus monarcas que en el Mediodía, y los conservan más tiempo. El rey de Dinamarca lleva diez y siete ó más años de mala inteligencia con su Cámara popular y no le sucede por eso cosa ninguna de importancia. Los diputados no se cansan de dar al primer ministro votos de censura,

ni el rey muestras de confianza. En Alemania sucede un tanto de lo mismo. Dotado Guillermo de numerosa prole, necesita vivienda mayor que la recibida de sus abuelos para familia tan copiosa; por lo menos, necesita jardines donde puedan correr y explayarse los pequeñuelos en la inquietud natural á los dificilísimos crecimientos de la infancia. Pidió humilde al burgomaestre la cesión por el Municipio á su palacio de un jardín público abierto á sus puertas; y no lo ha consentido el Municipio, votando unánime contra el regalo. No así en Austria. Lo mismo el primer ministro de Pesth, que el primer ministro de Viena, el uno para sostener su matrimonio civil, y el otro para sostener su sufragio universal, reformas tan radicales, hanse parapetado tras la voluntad omnipotente del Emperador : á consecuencia de ambos proyectos, han caído sobre los dos estadistas las sendas oposiciones en un ataque sin piedad, y del Emperador no han dicho ni una sola palabra. Pero lo más extraño es lo sucedido en Cristianía últimamente. No conozco pueblo alguno donde haya tomado el disentimiento entre la monarquía y la nación el aspecto casi revolucionario que acaba de tomar en la Noruega de los radicales casi separatistas. La mayoría del Parlamento aquel no ceja en sus protestas y en sus votaciones contra el ministerio designado por la regia voluntad del monarca. Se han decretado recompensas á los ministros despedidos por el rey; se ha propuesto en plena Cámara quitar de las banderas las signos comunes á la dinastía única que reina en los dos pueblos ; se ha querido hasta borrar la lista civil del monarca, y negar el pago de los tributos, negándose á votarlos en las Cortes. Y, sin embargo, hace pocos días el rey se ha trasladado de la capital de Suecia, Stokolmo, á la capital de Noruega, Cristianía; y les ha faltado tiempo á los medio insurrectos de esta democrática ilustre ciudad para ofrecer toda clase de obsequios y darle los más clamorosos vivas que hayan allí nunca llenado los aires con sus acentos y con sus ecos. Iba el rey acompañado de la reina, como para que le sirviera de natural escudo contra cualquier irreverencia, imposible de todo punto en pueblo tan varonil, y, por lo mismo, tan cortés con las damas, como este pueblo escandinavo. Además, habíase vestido Oscar con uniforme de la marina noruega, el arma en aquel pueblo de mareantes más popular y más amada, y que, por lo mismo, le prometía mayores

muestras de adhesión y más ruidosos aplausos. En verdad no marró su esperanza. El pueblo estuvo en consonancia y concordia con el rey, esmerándose unánime y de suyo en hacer el recibimiento lo más agradable que pudiera ser, dadas tan contrarias circunstancias. Cierto que circuló un artículo del inspirado patriota Biöronson, escrito con el calor de estilo y la copia de pensamientos que todos admiramos en sus obras inmortales, y consagrado á recordar al monarca las grandes aspiraciones del pueblo, y á decirle con lisura cómo este rasgaría el pacto sinalagmático que con él y con Suecia tiene firmado, si sus derechos no se respetaban y no se satisfacían sus aspiraciones constantes. Pero, por casualidad, se daba en la noche misma de su llegada uno de los dramas antiguos más brillantes de quien tiene con Ibsen dividido el imperio de un teatro, que tanto lustre ha dado á Noruega en el corriente siglo, poniendo su nombre allá en el templo de las naciones europeas progresivas y reveladoras. Los reyes, como si del artículo de su gran súbdito radical no se hubiesen enterado, acudieron á la fiesta, y tomando hábil iniciativa en el señalamiento y subrayación de los aplausos, dieron una muestra maquiavélica de su asociación á esta gloria nacional. Así los litigios entre las monarquías todas del Norte y sus pueblos continúan en forma legal y cortés, pero sin exposición de caer en las revoluciones. Dios lo quiera. Nosotros aborrecemos la guerra con la revolución y deseamos la paz con la libertad.

Mientras todo esto pasa entre reyes y naciones; á la callada, y sin que nadie fije su atención en ello, reúnense unos modestos comicios en el pueblo más libre de Europa, y ejercen su incontestada soberanía con plena voluntad y conciencia. Me refiero á Suiza. Bien dijo quien dijo que son los mejores pueblos aquellos de quienes como de las mujeres honradas, no se dice ni se cuenta cosa ninguna. Mientras las elecciones últimas de Alemania levantaban un ruido tan fragoroso, y los congresos de Austria no se dieron punto de descanso en materia de riñas inverosímiles; todo un pueblo se reune, sin violencias y sin desórdenes, movido por desinteresados móviles, á designar los por él preferidos para representarle y dirigirle con la calma inspirada por la convinción íntima de que guarda su indispensable dominio sobre sí mismo, y nó tiene más rey que su Dios, protector eterno de

la patria. Jamás acostumbró Suiza, en sus porfías electorales, á emplear los instrumentos de combate que suelen esgrimirse por regla general en Francia. Nada de aquellos juicios contradictorios en que los contendientes se ponen unos á otros como no digan dueñas; nada de aquellas asambleas públicas en que se pegan y se hieren entre sí los electores después del calumnioso insulto recíproco; nada de aquellos abigarrados carteles que mezclan á los nombres resonantes los programas absurdos en llamativos colorines y recortes multiformes; nada de aquellas mutuas biografías libelescas por las cuales unos refieren la vida y milagros de los otros en abultamientos muy hostiles: entre los helvecios comienza el combate electoral desde los primeros años y se inicia el político en los misterios de su arte por los grados inferiores de las carreras respectivas, por el Municipio, por el cantón, por el comité, sin penetrar en el Estado federal ó nacional, en los grandes Consejos centrales, si no tras una especie de sucesivas laminaciones que lo afinan para la representación parlamentaria superior y para el gobierno, en una enseñanza práctica donde se conocen, y se prueban, y se calan los grandes ciudanos. Allí el comicio de la Cámara nacional es muy numeroso y puede votar una larga lista de diputados, en la cual cabe con holgura esa representación de las minorías, entre nosotros expuesta de suyo á innumerables abusos, y en Suiza tan favorable á la verdad moral y real del voto y del pensamiento colectivo. Circunscripciones hay, como la circunscripción de Zurich, en que los partidos todos, de común acuerdo, conociendo matemáticamente, por una larga experiencia y por una sabia estadística, las fuerzas respectivas de cada grupo y el número de adeptos inscritos en cada bandera, señalan de antemano los candidatos á elegir, hasta entre sus mismos contrarios, y los votan á una, con tal conciencia de lo propuesto y con tal seguridad del resultado, que debe maravillarnos y servirnos de luminoso ejemplo, á nosotros los españoles, tan infelices en nuestras costumbres electorales, cada día más perversas. Dos fenómenos se han en estos comicios últimos señalado al observador: primero, la inclinación de los católicos á un socialismo vago, como el mantenido en reuniones públicas y asambleas parlamentarias por el célebre orador Mun, y una eliminación cada día mayor del antiguo

socialismo clásico, muy militante y muy combatiente. Las elecciones del cantón de Ginebra, interesantísimas de suyo por el carácter latino de sus pobladores y por la lengua francesa, han dado el triunfo á las agrupaciones de nuestras preferencias, al partido liberal contra los radicales, y han desairado mucho el viejo socialismo disminuido en importancia y falto de adherentes. Holguémonos con este maravillosísimo espectáculo presentado por un pueblo donde los ideales de toda nuestra vida se cumplen y realizan de suyo, sin esos estremecimientos que la libertad entera y absoluta suele prestar á pueblos donde no alcanza la consistencia dada por el tiempo á todo cuanto conserva con su asistencia casi divina. Mas, lo que principalmente nos complace á nosotros es la unanimidad en su política exterior de tan experto pueblo. No hay un solo elector allí que, al depositar en la urna su voto, no deposite un redondo *sí* á la neutralidad consagrada en los tratados y defendida por un ejército compuesto de la nación entera y armada para defender su voluntad y cumplirla. El ejercicio de la diplomacia por las muchedumbres, tan poco diplomáticas de suyo, asombra el ánimo en las elecciones helvecias, donde ha quedado confirmada la neutralidad por todos, así como lo asombra en la recepción dispensada por los franceses á los rusos, donde no ha habido una voz discrepante ni temeraria, en millones de personas, que haya desconcertado el tácito convenio entre todos. De tal suerte demostramos los iniciadores en la juventud del movimiento democrático español, cómo no erramos promoviéndolo, y aun bien dirigido por nuestros herederos y sucesores ha de darles, con un progreso continuo, la paz y la libertad.

EMILIO CASTELAR.

IMPRESIONES LITERARIAS

En rigor, pocas líneas bastarían para dar cuenta de los libros españoles publicados durante los últimos treinta días. Y no es de extrañar que así suceda. Los contados escritores que tienen todavía la abnegación de publicar sus obras las ven amarillear, tras los vidrios de las librerías, sin que parezca un lector caritativo decidido á sacarlas de su cautiverio. La crisis del libro que tanto dió que hablar en Francia, hace en España verdaderos estragos. El periódico, con su literatura fragmentaria y con el interés que siempre despiertan las cuestiones del momento, basta por sí solo para entretener la efímera curiosidad del gran público. La obra meditada, el estudio concienzudo, que al mismo tiempo que hace sentir hace pensar, en una palabra, la literatura grande y grave, no tiene lectores. El cuento ha sustituido á la novela, el folleto al *infolio*, el epítome á la historia, las *chispas* al poema. En medio del torbellino que nos arrastra, no tenemos tiempo ni de meditar ni de contemplar; buscamos impresiones vivas y continuadas, no la emoción lenta y tranqnila que produce la belleza. Por otra parte, la sociedad presente es una especie de Liliput. Todo ha menguado, todo se achica y empequeñece. En arquitectura, el ladrillo ha sustituido al sillar; en pintura, la acuarela, la manchita de color, los *caprichos* de plato, de abanico ó de pandereta, reemplazan á los grandes lienzos en que el artista agotaba todo el raudal de su inspiración; en escultura, el *bibelot* y el barro cocido, son preferibles á la estatua, y, en el teatro, el sainete vence al drama y á la comedia.

Esta misma pequeñez se echa de

ver en todo, en las ruindades de la política como en las costumbres privadas, en la esfera del pensar como en la del sentir, en las acciones como en los caracteres. Ha pasado el tiempo de las grandes ideas y de los grandes entusiasmos, y la fe de nuestros mayores, su arrebatadora elocuencia, sus temerarias empresas, cuanto constituye la historia del pasado, antójasenos á nosotros, hijos de una sociedad enteca y raquítica, algo parecido á lo que sería, para un pueblo de enanos, un museo en donde se guardasen armaduras de gigantes.

Siendo esto así, se incurriría en injusticia echando al artista culpas que en rigor no son exclusivamente suyas. En toda obra de arte, el público pone en ella tanto por lo menos como el autor. El artista se encuentra siempre hecha una gran parte de su trabajo. En el *Quijote,* por ejemplo, al par que la inspiración personal de Cervantes, entran, como elementos creadores, el ideal colectivo de la España del siglo XVI, la lozana fantasía de aquel siglo, la tendencia que dominaba entonces hacia las concepciones sintéticas, el vigor de los caracteres, la rica savia que rebosaba por todas las partes de la sociedad española. Cuando todos los hombres piensan alto y sienten hondo, ¿qué mucho que el artista sienta y piense como ellos? El lenguaje de Cervantes, que tanto nos encanta y maravilla, era el lenguaje corriente: las obras más insignificantes del siglo XVI están bien escritas. El modelo artístico aparecía en todas partes, en el historiador que narraba gravemente los hechos, en el comediante que recitaba sus farsas al aire libre, en el teólogo y en el hombre de Estado, en el soldado y en el poeta. El libro de rezo y el romance popular, el sermón y la arenga, hasta la conversación familiar (testigo, Santa Teresa), hasta los documentos públicos, hasta las cartas privadas, eran como otros tantos maestros cuyas lecciones no interrumpidas labraban el ingenio del escritor. El artista apenas si tenía que hacer otra cosa que copiar, y su obra era grande y hermosa porque grande y hermoso era todo lo que sus ojos veían. De esta suerte se explica, fácilmente, por qué en un período brevísimo brillan en las diversas esferas del arte y de la ciencia, y, en general de la vida, tantos hombres extraordinarios como florecieron en el llamado siglo de oro. Los grandes artistas son como los grandes generales: vencen, no sólo por su genio, sino por los soldados que acaudillan. Sin los tercios españoles, ni Gonzalo de Córdoba, ni Antonio de Leiva, ni Hernán Cortés, ni don

Juan de Austria..., hubiesen dado cima á sus gloriosas hazañas. Sin los grandes elementos que colaboraron en las obras de Lope, de Fray Luis, de Cervantes, no hubieran producido estos egregios escritores las maravillas que legaron á la posteridad.

Hoy, cuando queremos producir algo artístico, tenemos por fuerza que apartarnos de lo presente para buscarlo en aquellas sociedades muertas. En la obras de los autores pasados vamos á perfeccionar nuestro lenguaje, en ellas tratamos de formar nuestro estilo, y allí, en una palabra, buscamos nuestros modelos. De aquí cierto sello de afectación que se advierte hasta en los escritos de los más renombrados autores de nuestros días, de aquí también la diferencia que al presente separa el lenguaje literario del lenguaje usual, hasta el punto de que ambos parecen dialectos de una misma lengua...

Dejando á un lado estas consideraciones y otras que fácilmente se desprenden de las apuntadas, y volviendo al asunto que las ha motivado, es evidente que la escasa talla de nuestros escritores (salvo, por su puesto, excepciones honrorísimas,) depende muy principalmente de la esterilidad y pequeñez del medio social en que viven. En el teatro aún más que en los libros, es donde se muestra visiblemente esta ley de que acabo de hablar.

El género que hoy domina es el que ha dado en llamarse género chico. El sainete, la pieza, el juguete, el disparate, la revista, etc., etc., atraen al público sin distinción de clases. El aplauso, el favor popular y las ventajas materiales, son para los que al cultivo de este ramo de la dramática se dedican. Líbreme Dios de incurrir en el error—por lo menos tal lo creo—de aquellos que desdeñan estas obras, considerándolas como muy por bajo de aquellas otras en que eminentes dramaturgos la emprenden con los problemas sociales. Creo firmemente que muchas de las tales obrillas valen más que gran número de las *altas comedias* que ahora se estilan. Aquéllas son más sinceras, más espontáneas y por consiguiente más bellas que todas esas afectadas psicologías con que en vano se intenta atraer la atención de los espectadores.

Bien sé que el *género grande* es superior al *género chico,* y no ignoro que es más difícil escribir un buen drama que un buen sainete; pero entre dramas soporíferos y sainetes regocijados, ¿quién no optará por los últimos? Las comedias *famosas* de los Comellas y Valladares eran el género grande de principios de siglo; de ellas no existe ni el recuerdo de sus títulos, y en cambio

los sainetes de D. Ramón de la Cruz viven y vivirán siempre. ¡Cuántas altas comedias modernas irán á hacer compañía á las de Valladares, mientras que serán aplaudidas y estimadas muchas de las *obrillas ligeras* que se representan en los teatros de á real y medio!

***

Estos están siendo en el presente año, como lo fueron en la última temporada, los más favorecidos del público. En cuanto á los otros, es decir, los teatros *grandes*, el de la Comedia y el Español han abierto sus puertas. En el primero no se ha verificado más que un solo estreno, y á decir verdad, con escasísima fortuna. Las otras obras desempeñadas por la compañía del Sr. Mario han sido *La Dolores*, tan aplaudida siempre como el primer día, con lo cual el público ha venido á confirmar lo que dije cuando su estreno desde este mismo sitio, y *El Café*, cuyas bellezas no se pierden ni palidecen con el tiempo.

Una y otra comedia han servido para presentar al público la compañía de aquel coliseo, en la cual no hay innovación alguna de importancia si se exceptúa la ausencia de Julia Martínez y la presencia de algún autor nuevo como el Sr. Cirera, que ha venido á ocupar el puesto desempeñado durante largo tiempo por Montenegro, muerto recientemente. El cuadro que componen todos los artistas es bastante completo; pero entre ellos descuella, además del Sr. Mario, la señorita Guerrero. Esta actriz no es ya una esperanza de la escena sino una verdera realidad. Sus progresos en el difícil arte de la declamación son cada vez mayores, y sin género alguno de hipérbole puede asegurarse que son muy pocos los actores que puedan competir con ella en talento artístico, en intención dramática y en el difícil arte de identificarse con el carácter creado por el poeta.

Los actores del Español, cuya temporada acaba de inaugurarse, son, si se exceptúan las Sras. Argüelles y Rodriguez y los Sres. Mata, Bueno y Rubio, desconocidos del público. Cualquier censura que se les dirigiese ahora sería prematura. En rigor, todos ellos merecen aplausos por el intento de defender, con el mayor tino posible, las glorias de nuestro teatro.

***

Los libros nuevos que han llegado á mis manos en estos últimos

días, apenas si merecen otra cosa que una nota bibliográfica semejante á las que insertan los periódicos para dar cuenta de las publicaciones nuevas. Entre éstas, una de las de mayor interés es la *Historia de Santa Teresa de Jesús,* escrita por una señora sevillana llamada doña Isabel de Cheix. Del asunto de esta obra da cabal idea el título, y su tendencia claramente se manifiesta en las siguientes palabras del P. José Fernández Montaña en el prólogo que precede á la biografía de la santa. «Acertada cosa y muy laudable hace la muy laboriosa señora doña Isabel Cheix en ofrecer al mundo actual é introducir en el seno mismo de nuestra patria las sentencias, los ejemplos y las virtudes heroicas de *Santa Teresa de Jesús*. Nunca quizá como hoy fué tan necesario hablar á los pueblos el lenguaje tradicional, sublime y á la vez sencillísimo de la santa Reformadora, llamando y dirigiendo á las almas hacia las olvidadas regiones de lo sobrenatural y divino.» Nada, en efecto, tan elevado y noble como este propósito de la escritora sevillana, tanto más que, como dice también el P. Montaña, «la dolorosa y triste situación de las modernas sociedades está pidiendo esta clase de escritos con voces lastimeras que ponen horror en el ánimo y quebrantan el corazón». Pero si la intención es grande y digna de todo elogio, el procedimiento es, con perdón sea dicho del P. Montaña, un poco inadecuado. La señora Cheix ha querido poetizar la historia de la doctora del Carmelo, y aunque ajustándose en todo lo esencial á la verdad histórica consignada en la autobiografía de la santa y en sus libros de *Las Fundaciones,* de *Las Constituciones,* del *Camino de la perfección,* de *Las Moradas,* en las *Cartas,* en todas sus demás obras en prosa y en sus poesías, aunque la autenticidad de la mayor parte de éstas es dudosa, y teniendo también á la vista la historia escrita por el P. Yepes, es lo cierto que el libro de la literata sevillana tiene más de novela que de historia, no porque no sea verdadero en lo esencial, sino por la parte de *reconstrucción* intentada por la piadosa escritora.

No sé hasta qué punto podrá ser elogiable este embellecimiento; bien sé que desde el poema de Santa María Egipciaca, hasta tiempos bien recientes, se han escrito poemas, historias y romances y hasta comedias de santos; pero en rigor, en todas estas obras, la tendencia poética era casi siempre la principal mira del autor.

En la *Historia de Santa Teresa* el propósito nada tiene que ver con

el fin artístico; por esto, á decir verdad, y tal vez porque los atavíos novelescos se oponen á la gravedad de la historia; la de la insigne abulense, escrita por la señora Cheix, resulta bastante afectada. Quien desea leer la vida de un personaje célebre, desdeña todos los pormenores inventados, aunque sean rigurosamente verosímiles, y pasa por alto las descripciones de lugares, paísajes, etc.... que no son absolutamente precisos para explicar una fase del carácter ó una acción del personaje biografiado. Una página del P. Yepes ó una sola carta de Santa Teresa, son más elocuentes y dicen más que cuantas pinturas y retóricos adornos pueda inventar la fantasía piadosa de un autor moderno, siquiera sea éste tan distinguido y de tan claro ingenio como la escritora sevillana.

***

Romancero filipino es el título de un elegante tomo publicado en Manila por D. Manuel Romero. Los romances que forman la colección, narran las aventuras y hazañas de Magallanes y de sus valientes compañeros. El autor se ha inspirado en nuestro clásico romancero, logrando á veces imitar con la posible perfección la manera encantadora con que narraban y describían los anónimos autores de nuestros viejos romances.

El Sr. Romero se deja llevar á veces de cierto lirismo moderno impropio del tono de la composición; pero en general, sus versos salvan casi siempre el escollo del prosaísmo á que tan propenso suele ser el metro de romance y producen grata impresión en el lector.

***

No abundan, ciertamente, los autores que escriben versos latinos. Sin embargo, no faltan, como lo prueba el Sr. D. Miguel de Robles, quien en sus *Poesías latinas* muestra conocer á fondo la lengua del Lacio y manejar hábilmente su complicada prosodia poética. La elegía *In solimae nefas,* escrita como es consiguiente en dísticos, está desarrollada con elevada entonación y contiene hermosas imágenes, algunas, como el mismo autor advierte, tomadas de Ojeda y Lista. A esta composición, como á las demás del libro, acompaña una traducción literal.

Completa la obra del Sr. Robles un estudio muy completo acerca de la métrica latina. En ambas partes

del libro muestra el autor que es un inteligente latinista, cualidad que no le ha servido, como el Sr. Isern refiere en un bien escrito prólogo, para obtener una cátedra de latín, aunque mediante oposición se ha acercado cuatro veces á ella.

*
* *

Un tomo de versos muy bien impreso y excelentemente encuadernado, del general Riva Palacios, *Sinfonía,* por D. Federico Sancho, *Un matrimonio por amor,* novela original del Sr. Martín Arrué, y algún otro libro de escasísima importancia forman el total de obras nuevas que durante el último mes han venido á mis manos. Lo cual comprueba lo que al principio de este artículo dije, á saber: que bastaría con muy escasas líneas para dar cuenta del *movimiento* literario de los últimos treinta días.

F. F. Villegas.

ÍNDICE

	Páginas.
La Cortina carmesí, novela, por J. Barbey d'Aurevilly	5
Amor de mujer (soneto), traducción de Shakespeare, por M. A. Caro	42
La Cartera de Bixión, cuento, por Alfonso Daudet	43
El Destino del hombre, El Progreso, por John Lubbock	48
La Obra maestra del crimen (cuento), por Juan Richepin	65
Namuna (cuento oriental), por Guillermo Belmonte Müller	77
Madama de Pontivy, por C.-A. Sainte-Beuve	87
El Atavismo moral, por G. Tarde	102
La Gallina chasqueada (soneto), traducción de Vaniere, por M. A. Caro	122
Recuerdos de mi infancia, por el C. León Tolstoy	123
Incumbencias de la crítica en la actualidad, por Mateo Arnold	146
Reseña crítica del centenario, por Cesáreo Fernández Duro	167
Crónica internacional, por Emilio Castelar	189
Impresiones literarias, por F. F. Villegas	201

España moderna

AÑO V NÚM. LX

LA

ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LAZARO

DICIEMBRE—1893

AGUSTÍN AVRIAL, IMPRESOR
SAN BERNARDO, 92.—Teléfono núm. 3.074
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LA DICHA EN EL CRIMEN

En estos deliciosos tiempos, cuando se cuenta una historia verdadera, es cosa de creer que el diablo la ha dictado...

Una de las mañanas del otoño último estaba paseándome en el Jardín Botánico, en compañía del doctor Torty, uno de mis conocidos más antiguos. Era yo un chiquillo, cuando el doctor Torty ejercía la medicina en la ciudad de V.... Pero al cabo de unos treinta años de este agradable ejercicio, y habiendo muerto *sus* enfermos, sus *arrendatarios*, como los llamaba, los cuales le habían proporcionado más renta que muchos arrendatarios proporcionan á los dueños de las mejores tierras de Normandía, no había vuelto á tomar otros. Entrado en años y locamente ansioso de independencia, como un animal que ha ido siempre llevado por la brida y logra romperla, había venido á sepultarse en París (allí mismo, próximo al Jardín Botánico, creo que en la calle de Cuvier), y no ejercía ya la medicina sino para su recreo personal, que era muy grande, siendo médico en la masa de la sangre y hasta las uñas, y muy buen médico; y, además, gran observador de otros muchos casos que no son simplemente fisiológicos y patológicos...

¿Han encontrado Vds. alguna vez al doctor Torty? Era uno de esos ingenios audaces y vigorosos que no se ponen mitones por la buenísima y proverbial razón de que «gato con guantes no caza» y había cazado de veras y aún quería seguir cazando aquel marrullero de pura y fuerte raza; un hombre que me gustaba, y creo (me conozco bien) que por las mismas cualidades, sobre todo, que más disgustaban á los

demás. Ese brusco ente original del doctor Torty desagradaba á la generalidad, cuando estaban sanos; pero así que caían enfermos, aquellos á quienes más desagradaba le hacían muchas zalemas, como los salvajes al fusil de Robinsón que podía matarlos; pero no por los mismos motivos que los salvajes, sino en especial por los motivos opuestos: ¡podía salvarlos! Sin esta consideración, el doctor nunca hubiera ganado veinte mil libras de renta en una pequeña ciudad aristocrática, devota y con escrúpulos monjiles, que le hubiera puesto á la puerta de sus palacios, si no hubiese atendido más que á sus opiniones y antipatías. Por supuesto, el estaba al cabo de la calle de eso, y con mucha sangre fría burlábase de ello. Durante el *arrendamiento* que había tenido treinta años en la ciudad de V..., decía con guasa: «Tenían que optar por mí ó por la Extrema-Unción, y por devotos que fuesen, me elegían de preferencia al Santo Oleo. «Como ven Vds., el doctor no se quedaba corto. Sus zumbas eran un tantico sacrílegas. Resuelto discípulo de Cabanis en filosofía médica, lo mismo que su veterano camarada Chaussier, pertenecía á la escuela de esos médicos terribles por su materialismo, y como Dubois—el primero de los Dubois—por un cinismo que rebaja todas las cosas y tutearía á las duquesas y á las damas de honor de una emperatriz, ni más ni menos que á unas pescaderas. Para dar á Vds, idea del cinismo de Torty, él mismo me lo dijo una noche en el círculo de los «*Ganaches*» abarcando ostentosamente con una mirada de propietario el cuadrilátero deslumbrador de la mesa adornada con sus ciento veinte convidados: «¡Yo soy quien los hace á todos!...» No hubiera estado más orgulloso Moisés, enseñando la varita con que trocaba las peñas en fuentes. ¿Qué quiere V., señora? No tenía la protuberancia del respeto; y hasta pretendía que en el sitio correspondiente á ella en el cráneo de los demás hombres, tenía él un hoyo en el suyo. Viejo, más que setentón, pero cuadrado, robusto y nudoso como su apellido, de rostro sardónico bajo su peluca de color castaño claro, muy lisa, muy reluciente y de cabellos muy cortos, de penetrantes ojos, vírgenes de espejuelos, vestido casi siempre de gris ó de ese color pardo que en mis tiempos se llamaba *humo de Moscú*, no se asemejaba en el vestir ni en el andar á los señores médicos de París, correctos, de corbata blanca ¡como el sudario de sus muertos! Era otra clase de hombre. Con sus guantes de gamuza, sus botas de suela fuerte y tacón recio que hacía resonar con su paso muy firme, tenía algo de ágil y de jinete; y así era en verdad, pues (¡cuántos años de los treinta!) había andado con el *charivari* abrochado sobre el muslo y ginete á caballo por caminos capaces de hacer pedazos á Centauros, y adivinábase todo eso en la manera de combar aún su ancho pecho, puesto encima de unos lomos que no se habían derrengado, y que se cimbreaba sobre fuertes piernas arqueadas como las de un antiguo postillón. El doctor Torty

había sido una especie de «Calzas-de-Cuero» ecuestre que había vivido en las tierras pantanosas del Cotentin, como el «Calzas-de-Cuero» de Cooper en los bosques de América. Naturalista que, como el héroe de Fenimore Cooper, se burlaba de las leyes sociales pero que no las había reemplazado por la idea de Dios, como el hombre de Fenimore, habíase hecho uno de esos empedernidos observadores que no pueden menos de ser misántropos. Esto es fatal; y por eso lo era él. Sólo que mientras hacía llenarse de barro por los malos caminos hasta la cincha á su caballo, había tenido tiempo de hastiarse de los otros fangos de la vida. No era de ningún modo un misántropo á lo Alcestes: no se indignaba virtuosamente; no se encolerizaba. ¡No! despreciaba al hombre tan tranquilo como sorbía un polvo de rapé, y hasta tenía igual gusto en despreciar que en sorber.

Tal era exactamente ese doctor Torty con el cual me paseaba.

Reinaba aquel día uno de esos tiempos de otoño, alegres y claros, capaces de detener la emigración de las golondrinas. Daban las doce en el reloj de Nuestra Señora, y su grave campana parecía despedir largos estremecimientos por encima del verde y onduloso río hasta los pilares de los puentes, y hasta por encima de nuestras cabezas: tan puro estaba el aire removido! El rojo follaje de los árboles del jardín habíase poco á poco secado de la niebla azul que los envuelve, en esas vaporosas mañanas de Octubre; y un bello sol de veranillo nos calentaba al doctor y á mí gratamente las espaldas con su guata de oro, mientras nos habíamos parado á mirar la famosa pantera negra que murió, el siguiente invierno, tísica como una muchacha. A nuestro alrededor había el público de costumbre en el Jardín Botánico, ese público especial de gente del pueblo, soldados y niñeras, que gustan de quedarse boquiabiertos delante de la verja de las jaulas, y á quienes divierte mucho echar cáscaras de nueces y mondaduras de castañas á los animales adormilados ó dormidos detrás de los barrotes. La pantera frente á la cual habíamos llegado paseando, era, ya lo recordarán ustedes, de ese especie peculiar de la isla de Java, el país del mundo en que es más intensa la naturaleza, y hasta ella misma parece un inmenso tigre indomable por el hombre, á quien fascina y muerde con todas las producciones de su suelo terrible y espléndido. En Java, las flores tienen más brillo y más aroma, los frutos más sabor, los animales más hermosura y más fuerza que en ningun otro país de la tierra; y no hay nada que pueda dar idea de aquella violencia de vida á quien no haya recibido las penetrantes y mortales sensaciones de una región hechicera y envenenadora á la vez, ¡Armida y Locusta, todo en una pieza! Tendida con indolencia sobre sus elegantes patas alargadas ante ella, con la cabeza erguida, inmóviles sus ojos de esmeralda, venía á ser la pantera una magnífica muestra de las temibles producciones de su país. Ninguna mancha leonada constelaba su

piel de negro terciopelo, de una negrura tan profunda y tan mate que al deslizarse por ella la luz ni siquiera la abrillanta sino que queda absorbida, como el agua por la esponja que la embebe... Cuando de aquella forma ideal de belleza ágil, de terrible fuerza en sosiego, de desdén impasible y regio, convertíamos la vista hacia las criaturas humanas que la miraban con timidez, que la contemplaban con ojos y boca abiertos, el mejor papel no era el de la humanidad sino el de la fiera. ¡Y parecía ésta tan superior, que casi resultaba humillante! Estaba dirigiendo en voz baja esta observación al doctor, cuando dos personas se abrieron paso de pronto por el grupo hacinado delante de la pantera y se plantaron en frente de ella. «Sí—me respondió el doctor:—pero mire V. ahora. Se restableció el equilibrio entre las especies.»

Eran un hombre y una mujer, ambos de elevada estatura; y desde el primer vistazo que les eché me produjeron el efecto de pertenecer á las categorías altas de la sociedad parisiense. No eran jóvenes uno ni otro, pero, sin embargo, eran hermosos. El hombre tendría unos cuarenta y siete años ó más, y la mujer unos cuarenta ó poco más... Como dicen los marinos que regresan de la Tierra del Fuego, habían *pasado la línea*, la línea fatal; más tremenda que la del ecuador, y que una vez pasada no vuelve á pasarse ya en los mares de la vida. Pero no parecía preocuparles esta circunstancia. No revelaban melancolía en la frente ni en ninguna otra parte.

El hombre, esbelto y tan patricio con su levita ceñida, por el estilo de la de un oficial de caballería, como si hubiese llevado uno de esos trajes con que representa el Tiziano á sus retratos, asemejábase á un paje del tiempo de Enrique III, por su talante espetado, su aire afeminado y altivo, sus bigotes agudos como los de un gato y que empezaban á blanquear por las puntas; y para que la semejanza fuese más completa, llevaba corto el pelo, sin impedir de ningún modo ver brillar en sus orejas dos záfiros de un azul oscuro, que me recordaron las dos esmeraldas que Sbogar llevaba puestas en el mismo sitio. Excepto este detalle *ridículo* (como hubiera dicho la gente de buena sociedad) y que demostraba bastante desdén hacia los gustos y las ideas del día, todo era sencillo y *dandy* como lo entendía Brummell (1), es decir *inobservable*, en el porte de aquel hombre que sólo llamaba la atención por sí mismo y que la hubiese monopolizado por completo si no hubiera llevado del brazo la mujer que llevaba en aquel momento. En efecto, esa mujer se apoderaba aún más de los ojos que el hombre que la acompañaba, y los cautivaba por más tiempo. Era alta, como él; sus cabezas casi llegaban á la misma altura. Y como iba también toda de negro, hacía pensar en la gran

(1) Véase el interesantísimo libro que acerca de «El Dandismo y Jorge Brummell» escribió Barbey d'Aurevilly, y que hemos publicado en la *Colección de libros escogidos*.—(N. DEL E.)

Isis negra del Museo Egipcio, por la amplitud de sus formas, su misteriosa fiereza, y su fuerza. ¡Cosa extraña! en el cotejo de aquella hermosa pareja, la mujer tenía los músculos y el hombre tenía los nervios. Sólo de perfil la veía entonces, pero el perfil es el escollo de la belleza ó su confirmación más brillante. Creo que jamás he visto otro más puro ni más altivo. En cuanto á sus ojos, no podía juzgarlos, fijos como estaban en la pantera; la cual, sin duda sufría una impresión magnética y desagradable puesto que, hallándose ya inmóvil, pareció aumentar más y más aquella inmovilidad rígida, á medida que la miraba la mujer que había ido á verla. Y (lo mismo que los gatos ante la luz que los deslumbra), sin mover una línea la cabeza y sin que se extremeciese ni aun las finas puntas de sus bigotes, despues de pestañear algo y como si no pudiese resistir más tiempo, la pantera escondió despacio tras los bastidores corridos de sus párpados las dos estrellas verdes de sus ojos. Se parapetaba.

—¡Ah, pantera contra pantera!—dijo á mi oído el doctor—Pero el raso es más fuerte que el terciopelo.

El raso era la mujer, que llevaba un vestido de esa tela reluciente como un espejo, un vestido de mucha cola. ¡Había visto con exactitud el doctor! Negra, flexible, tan potente de articulaciones, tan regia de actitud,—y, en su especie, de igual hermosura y de un encanto aun más intranquilizador,—la mujer desconocida era como una pantera humana puesta en frente de la pantera animal á quien eclipsaba; y sin duda acababa de sentirlo la fiera, cuando había cerrado los ojos. Pero la mujer—dado que lo fuese—no se satisfizo con ese triunfo. No fué generosa; quiso que su rival viese quien la humillaba y abriese los ojos otra vez para verla. Por eso, desabrochándose sin decir una palabra los doce botones del guante de color de violeta que moldeaba su magnífico antebrazo, se quitó el guante y pasando con audacia la mano por entre los hierros de la jaula, azotó con él, el corto hocico de la pantera, la cual no hizo más que un movimiento... ¡pero, qué movimiento..! y de una dentellada, ¡rápida, como el relámpago..! Del grupo donde estábamos salió un grito. Creímos que la había cogido la muñeca: no fué más que el guante, que la pantera engulló! La tremenda fiera ultrajada había vuelto abrir los ojos, horriblemente dilatados, y sus fruncidas narices vibraban aún...

—¡Loca!—dijo el hombre, cogiéndola aquella hermosa muñeca que acababa de librarse del mordisco.

Ya sabe V. como se dice á veces «¡Loca..!» Pues así lo dijo él, y besó con arrebato aquella muñeca.

Y como él estaba hacia nuestro lado, escorzó ella tres cuartos la cabeza para verle besar su muñeca desnuda... y ví sus ojos, esos ojos que fascinaban tigres, y ahora estaban fascinados por un hombre: sus ojos, dos anchos diamantes negros tallados para todas las altiveces de la vida, y que al mirarle no expresaban más que todas las adoraciones del amor.

Aquellos ojos eran y decían todo un poema. El hombre no había soltado el brazo, que había debido de sentir el resuello febril de la pantera; y sosteniéndolo replegado contra su corazón, llevóse consigo á la mujer por la alameda principal del Jardín, indiferente á los murmullos y exclamaciones del grupo popular conmovido todavía por el peligro que la imprudente acababa de correr, y á través del cual grupo volvió á pasar con tranquilidad. Pasaron junto al doctor y á mí, pero con las caras vueltas uno hacia el otro, arrimándose costado con costado cual si hubiesen querido compenetrarse, entrar él dentro de ella y ella dentro de él, sin formar más que un cuerpo los dos, no mirando á nadie si no así mismos. Al verlos pasar así, hubiérase creído que eran unas criaturas superiores, que no notaban con los dedos de los pies la tierra sobre la cual andaban, y que cruzaban el mundo envueltos en su nube, como los inmortales en Homero.

Tales cosas son raras en París, y por ese motivo nos quedamos viendo desfilar á esa magnífica pareja, desplegando la mujer su negra cola sobre el polvo del jardín, como un pavo real desdeñoso hasta de su plumaje.

Aquellos dos seres iban soberbios al alejarse así, bajo los rayos del sol de mediodía, con la majestuosidad de su entrelazamiento. Y de ese modo llegaron á la puerta de la verja del jardín y y volvieron á subir á un cupé que los esperaba, reluciente de cobres y flamante de correajes.

—¡Se olvidan del universo!—dije al doctor, quien comprendió mi pensamiento.

—¡Ah, valiente cosa les importa á ellos el universo!—me respondió, con su voz mordaz.—No ven absolutamente nada en la creación; y, lo que es mucho más fuerte cosa, hasta pasan junto á su médico sin verlo.

—¡Que es V. su médico!—exclamé.—Pues entonces, mi querido doctor, va V. á decirme quiénes son.

El doctor hizo lo que se llama un mutis, queriendo producir un efecto; porque en todo era marrullero el compadre.

—Pues bien, son Filemón y Baucis—me dijo sencillamente.—¡Ahí tiene Usted!

—¡Cáspita! un Filemón y una Baucis de magnífica pinta y que se parecen muy poco á los antiguos. Pero doctor, esos no son sus nombres... ¿Cómo los apellida V.?

—¡Cómo!—respondió el doctor.—En la sociedad de V., donde yo no voy, ¿nunca oyó hablar del conde y la condesa Serlon de Savigny como de un fabuloso modelo de amor conyugal?

—No, á fe mía—dije.—Se habla poco de amor conyugal en la sociedad que frecuento, doctor.

—Es muy posible—exclamó el doctor respondiendo más bien á su propio pensamiento que al mío.—En esa sociedad, que también es la suya, se dispensan muchas cosas más ó menos correctas. Pero aparte de que tienen un motivo para no ir á ella, y de que habitan casi todo el año en su vetusto

castillo de Savigny, en el Cotentin, corrieron en otros tiempos, tales rumores acerca de ellos, que en el Faubourg Saint-Germain, donde aún hay un resto de solidaridad nobiliaria, se prefiere callar á hablar de ello.

—¿Y qué rumores eran esos?... ¡Ah, ya ve V., doctor, que me va interesando. Debe V. saber alguna cosa acerca de eso. El castillo de Savigny no está muy lejos de la ciudad de V..., donde ha ejercido V. de médico.

—Esos rumores...—dijo el doctor, sorbiendo pensativo un polvo de rapé. —En fin, los han creído falsos. Todo eso ya pasó... Pero á pesar de todo, aun cuando los matrimonios por inclinación y las venturas que proporcionan son en provincias el bello ideal de todas las madres de familia novelescas y virtuosas, las que yo he conocido no han podido hablar mucho de éste á sus hijas solteras.

—Y sin embargo, doctor, ¿decía V. Filemón y Baucis?...

—¡Baucis, Baucis! ¡Jem! Caballero... —interrumpió el doctor Torty, pasando bruscamente el dedo índice en forma de gancho á lo largo de su naríz de papagayo (uno de sus ademanes)—vamos, ¿no encuentra V. que esa buena moza más que una Baucis parece una lady Macbeth?

—Doctor, mi querido doctor, adorable doctor—repliqué con toda clase de zalamerías en la voz—¿va V. á decirme todo lo que sabe acerca del conde y la condesa de Savigny?...

—El médico es el confesor de los tiempos modernos — dijo el doctor con un tono solemnemente chancero.

—Ha reemplazado al sacerdote, y está obligado, como éste, al secreto de la confesión...

Me miró con malicia, porque conocía mi respeto y mi amor á las cosas del catolicismo, del cual era él enemigo. Guiñó el ojo; me creyó cogido.

— Y va á aguardarlo... ¡como el sacerdote!—añadió, riéndose estrepitosamente, con su más cínica risa.—Venga V. por aquí; vamos á charlar.

Y me llevó á la gran calle de árboles que por ese lado costea al Jardín Botánico y la ronda del Hospital... Allí nos sentamos en un banco de respaldo verde, y comenzó de este modo:

«Querido, esta es una historia que es preciso ir á buscar ya lejos, como una bala perdida debajo de carnes que han crecido; porque el olvido es como una carne de cosas vivientes que vuelve á formarse por encima de los sucesos é impide ver nada de ellos y sospechar nada al cabo de cierto tiempo, ni aun el sitio. Eran los primeros años de la Restauración. Por la ciudad de V... pasó un regimiento de la Guardia; y habiéndose visto obligados á permanecer allí dos días, por no sé que motivo militar, ocurrióseles á los oficiales dar un asalto de armas, en honor de la ciudad. Esta tenía, en efecto, todo cuanto era menester para que aquellos oficiales de la Guardia la honrasen y festejasen. Era, como se decía entonces, más realistas que el rey. En proporción á sus dimensiones (no es más que una ciudad de cinco á seis mil almas), abundaba en nobleza.

Más de treinta jóvenes de sus mejores familias servían á la sazón en la Guardia Real ó en la del hermano del rey, y los oficiales del regimiento de paso por la ciudad de V... los conocían á casi todos. Pero el principal motivo que decidió para celebrar esa marcial fiesta de un asalto, fué la reputacion de una ciudad que se había llamado «*la quimerista*», y que en aquellos momentos aún, era la ciudad más quimerista de Francia. Por más de que la Revolución de 1789 había quitado á los nobles el derecho de llevar espada, en V... probaban que si ya no la llevaban, podían manejarla siempre. El asalto dado por los oficiales fué brillantísimo. Vióse acudir allí todos los mejores tiradores de armas y aun todos los aficionados mas jóvenes de la nueva generación, que no habían cultivado como se cultivaba en otro tiempo un arte tan complicado y tan difícil como la esgrima; y todos mostraron tal entusiasmo por el manejo de la espada, gloria de nuestros padres, que un antiguo maestro de esgrima del regimiento, que había cumplido tres ó cuatro veces el tiempo de su empeño y que tenía el brazo cubierto de galones de reenganche, imaginóse que una sala de armas abierta en la ciudad de V.... sería una buena colocación para acabar allí sus días; y el coronel, á quien comunicó su propósito, lo aprobó, le dió la licencia y le dejó allí. Ese maestro de armas, apellidado Stassin y *La Punta al cuerpo* por mote de guerra, había tenido con eso sencillamente una idea genial. Desde mucho tiempo atrás, ya no había en V.... una sala de armas correctamente montada; y hasta eso era una de las cosas de que se hablaba con melancolía entre aquellos nobles, obligados á dar ellos mismos lecciones á sus hijos ó hacérselas dar por algún compañero retirado del servicio y que apenas sabía, ó sabía mal, lo que enseñaba. Los habitantes de V.... se las echaban de descontentadizos. Realmente, tenían el fuego sagrado. No les bastaba con matar á su hombre; querían matarlo sabiamente, como artistas, por principios. Era preciso para ellos, ante todo, que un hombre, como decían, estuviese guapo con las armas, y no tenían sino profundo menosprecio para esos robustos sin habilidad, que pueden ser muy peligrosos en el terreno, pero que no son en el rigor de la palabra lo se llama tiradores. *La Punta al cuerpo*, que había sido un hombre guapísimo en su juventud y aún lo era—que en el campamento de Holanda, y siendo muy joven entonces, había zurrado á cintarazos á todos los demás maestros de armas y obtenido en premio dos floretes y dos caretas guarnecidos de plata —era precisamente uno de esos tiradores como las escuelas no pueden producirlos, si la naturaleza no les ha preparado excepcionales organizaciones. Naturalmente, fué el pasmo de V...., y bien pronto mucho más. Nada hay tan igualitario como la espada. En tiempo de la monarquía absoluta, los reyes ennoblecían á los hombres que les enseñaban á manejarla. Si no me es infiel la memoria, ¿no habia

dado Luis XV á su maestro Danet, quien escribió un libro acerca de la esgrima, cuatro de sus flores de lis entre dos espadas en cruz, para ponerlas en su escudo?... Aquellos hidalgos de provincia, que aún estaban llenos de fervor por su monarquía, al poco tiempo se trataban de igual á igual con el veterano maestro de esgrima, como si hubiese sido uno de los suyos.

Hasta allí todo iba bien y no se podía menos de felicitar á Stassin (a) *La Punta al cuerpo,* por su buena fortuna; pero, por desgracia, el veterano maestro de esgrima, no sólo tenía un corazón de tafilete rojo sobre el acolchado peto de ante con que se cubría el pecho cuando daba sus magistrales lecciones. Resultó que tenía otro debajo, el cual se puso á hacer de las suyas en aquella ciudad de V...., donde había ido en busca del abra de refugio para su vida. Parece que el corazón de un soldado está siempre hecho con pólvora. Cuanto más seca el tiempo la pólvora, mejor prende. En V.... son por lo general tan bonitas las mujeres, que todo eran chispas alrededor de la pólvora seca de mi veterano maestro de esgrima. Por eso terminó su historia como la de gran número de soldados viejos. Después de haber andado rodando por todas las comarcas de Europa y cogido por la barba y el talle á todas las mozas que el diablo había puesto en su camino, el veterano soldado del primer Imperio hizo su última calaverada casándose á los cincuenta años cumplidos, con todas las formalidades y todos los sacramentos de la cosa, en la casa-ayuntamiento y en la iglesia, con una modistilla de V..., la cual, por supuesto (conozco á las modistillas de ese país, he parteado á bastantes de ellas para conocerlas), le largó un crío á los nueve meses justos y cabales, día por día; y aquel crío, que era una chiquilla, querido, es nada menos que la mujer que acaba de pasar con andares de diosa, rozándonos insolente con el viento de su falda, y sin hacer más caso de nosotros que si no hubiésemos estado allá.

—¡La condesa de Savigny!—exclamé.

—Sí, la condesa de Savigny, como suena, ella misma. ¡Ah! No hay que mirar los orígenes, ni de las mujeres, ni de las naciones; no hay que mirar la cuna de nadie. Me acuerdo de haber visto en Stockolmo la de Carlos XII, que parecía un pesebre mal pintado de rojo, y que ni siquiera estaba á plomo sobre sus cuatro patas. ¡De allí había salido aquella tempestad! En el fondo, todas las cunas son cloacas cuya ropa blanca hay que mudar varias veces al día; y eso nunca es poético, para los que creen en la poesía, sino cuando el chiquillo ya no está allí.

Y en apoyo de su axioma, al llegar á esta parte de su relato, el doctor se golpeó el muslo con uno de sus guantes de gamuza que tenía por el dedo medio; y la gamuza restalló sobre el muslo, probando á los que comprenden la música que el buen hombre aún tenía recia musculatura.

Hizo un compás de espera. Yo no

quise contrariarle en su filosofía. Viendo que no le decía nada, prosiguió:

—Por supuesto, como todos los soldados viejos, que aman hasta á los hijos de los demás, *La Punta al cuerpo* se pirró por el suyo. Nada tiene eso de asombroso. Cuando un hombre entrado en años tiene un chiquillo, lo quiere más que si fuese joven, porque la vanidad, que todo lo duplica, duplica también el amor paterno. Todos los viejos camastrones á quienes he visto en mi vida tener tardíamente un chiquillo, adoraban á su progenie y estaban cómicamente orgullosos de ella como de una acción brillante. ¡Persuasión de juventud, que la naturaleza, burlándose de ellos, les infiltraba en el corazón! No conozco sino una dicha más embriagadora y un orgullo más chistoso: cuando un viejo, en vez de hacer un chiquillo, hace dos de un golpe *La Punta al cuerpo* no tuvo ese orgullo paternal de dos gemelos; pero puede afirmarse en verdad que su crío tenía material para hacer con él dos. Su hija (acaba V. de verla y ya sabe si ha cumplido sus promesas) era una criatura maravillosa por su fuerza y su hermosura. El primer cuidado del veterano maestro de armas fué el de buscar para ella un padrino entre aquellos nobles que frecuentaban su sala; y entre todos eligió al conde de Avice, decano de todos aquellos espadachines y callejeros, quien durante la emigración había sido también profesor de esgrima en Londres, á varias guineas por lección. El conde de Avice de Sortôville-en-Beaumont, caballero de San Luis y capitán de dragones antes de la Revolución, septuagenario ya, lo menos, *botoneaba* aún á los jóvenes y les daba lo que se llama «soberbios *capotes*» en términos de sala de armas. Era un viejo marrullero, que tenía feroces burlas en acción. Así, por ejemplo: gustábale pasar su «asador» por la luz de una vela, y cuando de ese modo había endurecido la hoja, daba el insolente nombre de «tumba pillos» á ese duro florete que no se doblaba y que rompía el esternón ó las costillas en cuanto tocaba al adversario. Quería mucho á *La Punta al cuerpo*, á quien tuteaba. «La hija de un hombre como tú—le decía—no debe llamarse sino como la espada de un valiente. Llamémosla *Alta-Clara.*» Y ese nombre se le puso. El cura de V.... torció un poco el morro al oir ese nombre desusado, que nunca había oído la pila bautismal de su iglesia; pero como el padrino era el señor conde de Avice, y á despecho de los liberales y de sus chillerías habrá siempre indestructibles compadrazgos entre la nobleza y el clero; y como, por otra parte, en el santoral romano figura una santa llamada Clara, el nombre de la espada de Oliveros pasó á la niña, sin que la ciudad de V.... se emocionase mucho por ello. Un nombre así parecía anunciar un destino.

El veterano maestro de esgrima, que amaba á su oficio casi tanto como á su hija, se propuso enseñárselo y legarla por dote su habilidad. ¡Triste dote, mezquino plato, con las costumbres modernas, que no preveía el pobre diablo de maestro de armas! En

cuanto la niña pudo sostenerse de pie, comenzó á acostumbrarla á los ejercicios de la esgrima; y como aquella chiquilla era un chicazo sólido, con ligamentos y articulaciones de acero fino, la desarrolló de una manera tan extraña, que á los diez años parecía tener quince, y sostenía admirablemente el asalto con su padre y los más fuertes tiradores de la ciudad de V.... Sólo se hablaba en todas partes de la pequeña Altaclara Stassin, que más tarde había de convertirse en la *Señorita Altaclara Stassin*. Como puede V. figurarse, había, sobre todo por parte de las señoritas jóvenes de la ciudad, con quienes no podía decentemente alternar la hija de Stassin (a) *La Punta al cuerpo*, por bien relacionada que estuviese con los padres de ellas, una increíble, ó más bien una muy creíble curiosidad, mezclada con despecho y envidia. Sus padres y hermanos hablaban de Altaclara delante de ellas con asombro y admiración, y hubieran querido ver de cerca á aquel San Jorge femenino, cuya hermosura decíase que igualaba á su talento en la esgrima. No la veían sino de lejos y á distancia. Acababa de establecerme en la ciudad de V.... y á menudo fuí testigo de esas ardientes curiosidades. *La Punta al cuerpo*, que durante el Imperio había servido en húsares y que ganaba mucho dinero con su sala de armas, habíase permitido el lujo de comprar un caballo para dar lecciones de equitación á su hija; y como también domaba potros por año para los concurrentes á su sala, paseábase á menudo con Altaclara á caballo por los caminos que salen de la ciudad y la circuyen. Allí los encontré más de una vez, volviendo de mis visitas de médico, y en esos encuentros pude sobre todo apreciar el interés prodigiosamente excitado que aquella mocetona, desarrollada de un modo tan temprano, producía en todas las demás jóvenes del país. Andaba yo siempre en aquel tiempo por sendas y caminos, y me cruzaba con frecuencia con los coches de sus padres, quienes iban de visita con ellas á las casas de campo de los contornos. Pues bien; no puede V. figurarse con qué avidez y hasta con qué imprudencia las veía yo inclinarse y asomarse precipitadas á las portezuelas en cuanto aparecía la señorita Altaclara Stassin trotando ó galopando por la lontananza de un camino junto á su padre. Sólo que era casi inútil; al día siguiente todo se volvía casi siempre desengaños y quejas que me expresaban en mi visita de la mañana á sus madres, porque nunca habían visto bien más que el palmito de aquella joven, formada para vestir de amazona y que la llevaba como puede suponer V., que acaba de verla, pero cuyo rostro iba siempre más ó menos oculto por un velo azul oscuro muy denso. A la señorita Altaclara Stassin no la conocían nada más que los hombres de la ciudad de V.... Todo el día con el florete en la mano y la cara debajo de las mallas de su careta de esgrima, que no se quitaba mucho para ellos, nunca salía de la sala de su padre, que comenzaba á echarse en el surco y á quien á menu-

do reemplazaba ella en las lecciones. Rara vez salía á la calle, y las mujeres distinguidas no podían verla más que así ó cuando iba á misa los domingos; pero el domingo en misa, como en la calle, iba casi tan enmascarada como en la sala de su padre, siendo aún más oscuro y apretado el encaje de su velo negro que las mallas de su careta de hierro. ¿Había afectación en esa manera de mostrarse ó de ocultarse, que excitaba á las imaginaciones curiosas?... Era muy posible; pero ¿quién lo sabía y quién podía decirlo? Y esa joven que empalmaba la careta con el velo, ¿no era aún más impenetrable de carácter que de cara, según harto lo demostró después?

Claro es, queridísimo, que me veo obligado á pasar con rapidez por todos los detalles de aquella época para llegar más pronto al momento en que empieza en realidad esta historia. Tenía la señorita Altaclara unos diez y siete años. El antes guapo *La Punta al cuerpo*, hecho un pobre hombre, viudo ya y muerto moralmente por la revolución de Julio, la cual hizo á los nobles de luto partir á sus casas de campo y vació su sala, atrafagaba en vano su gota, que no tenía miedo de sus *retos* con el pie, y se iba al trote largo hacia el cementerio. Para un médico de buen ojo clínico, era cosa segura... se veía venir. No se las prometía yo felices para mucho tiempo, cuando una mañana fué conducido á su sala de armas por el vizconde de Taillebois y el caballero de Mesnilgrand, un joven del país educado lejos y que regresaba para vivir en el castillo de su padre, recién fallecido. Era el conde Serlon de Savigny, el *pretendido* (decía la ciudad de V.... con su lenguaje de ciudad pequeña) de la señorita Delfina de Cantor. El conde de Savigny era ciertamente uno de los más brillantes y gallardos jóvenes de aquella época de jóvenes que gallardeaban todos, porque había en V.... (como en otras partes) verdadera juventud en aquella sociedad caduca. Ahora ya no la hay. Le habían hablado mucho de la famosa Altaclara Stassin y había querido ver ese milagro. La encontró lo que era: una admirable moza, incitante y provocadora como un demonio con su calzón de punto de seda, que ponía de relieve sus formas de Palas de Velletri, y con su corpiño de tafilete negro que ajustaba, á punto de estallar, su talle robusto y esbelto, uno de esos talles que las circasianas sólo obtienen aprisionando á sus hijas, de niñas, con un cinturón de cuero que sólo ha de romperse por el desarrollo de su cuerpo. Altaclara Stassin era seria como una Clorinda. Vióla él dar la lección, y la pidió cruzar con ella el acero. Pero el conde de Savigny no fué el Tancredo de la situación. La señorita Altaclara Stassin dobló varias veces en arco su espada contra el corazón del guapo Serlon, y no fué tocada por éste ni una sola vez.

—¡Oh! No se puede tocar á V., señorita—la dijo con mucha gracia.—¿Será eso un augurio?...

¿Estaba vencido desde aquella noche en ese joven el amor propio por el amor á ella?

A partir de aquella tarde, por supuesto, el conde de Savigny acudió todos los días á tomar una lección de esgrima á la sala de armas de *La Punta al cuerpo*. El castillo del conde sólo distaba pocas leguas. Tragábaselas á escape, á caballo ó en coche, y nadie reparó en él en aquella pequeña ciudad murmuradora donde se quitaba el pellejo con la lengua por las cosas más pequeñas, pero donde el amor á la esgrima lo explicaba todo. Savigny no hizo confidencias á nadie, y hasta evitó acudir á tomar su lección á las mismas horas que los demás jóvenes de la ciudad. Ese Savigny era un mancebo no falto de profundidad... Lo que pasó entre él y Altaclara por aquella época, si pasó alguna cosa, nadie lo supo ni lo sospechó. Su matrimonio con la señorita Delfina de Cantor, proyectado por los jefes de ambas familias desde años antes, y harto consentido por los novios para no realizarse, llevóse á cabo tres meses después del regreso del conde de Savigny, y hasta eso fué para él ocasión de vivir un mes entero en V...., junto á su futura, en casa de la cual pasaba todos los días con regularidad, pero desde donde con la misma regularidad se iba por la noche á tomar su lección...

La señorita Altaclara oyó, como todo el mundo, leer en la iglesia parroquial de V.... las amonestaciones del conde de Savigny y de la señorita de Cantor; pero ni su actitud ni su fisonomía revelaron que le produjesen interés ninguno esas declaraciones públicas. Es verdad que ninguno de los concurrentes se puso en acecho para observarla. Aún no había observadores acerca de la cuestión, que dormitaba, de un enredo posible entre el conde de Savigny y la hermosa Altaclara. Celebrada la boda, la condesa se fué á establecer en su castillo muy tranquila con su marido, el cual no por eso renunció á sus costumbres en la ciudad, adonde siguió yendo á diario. Muchos castellanos de los alrededores hacian lo mismo, por supuesto. Pasó tiempo, y murió el viejo *La Punta al cuerpo*. Cerrada su sala por algunos instantes, volvió á abrirse. La señorita Altaclara Stassin anunció que continuaría las lecciones de su padre, y lejos de tener menos discípulos por el hecho de aquel fallecimiento, tuvo aún más. Los hombres todos son lo mismo. Les disgusta y hiere la extrañeza de hombre á hombre; pero si la extrañeza gasta faldas, se escalabrinan por ella. Una mujer que haga lo que hace un hombre, aunque lo hiciere mucho menos bien, siempre tendrá sobre el hombre señalada ventaja en Francia. Pues bien, lo que hacía la señorita Altaclara Stassin, hacíalo mucho mejor que ellos. Había llegado á ser mucho más hábil que su padre. Era incomparable como demostradora en la lección y espléndida en cuanto á belleza de juego. Tenía recursos irresistibles, de esos que no se aprenden; como no se aprende el manejo de arco ó del mástil del violín, y que no puede transmitirse á nadie por la enseñanza. Yo esgrimía un poco el acero por aquel tiempo, como toda la gente de la sociedad que me rodeaba,

y confieso que en mi calidad de aficionado me encantaba con ciertas coladas. Tenía entre otras una caída de cuarta en tercera que parecía arte de magia. ¡No era una espada lo que nos tocaba, era una bala! El hombre más rápido en parar no azotaba más que al aire, aun cuando ella le hubiese prevenido que iba á tirarse, y le llegaba inevitable la estocada, sin defensa del hombro ni del pecho. ¡No había tocado hierro! He visto tiradores volverse locos con ese floretazo que llamaban escamoteo, y se hubieran tragado de rabia su florete. Si no hubiese sido mujer, le hubieran buscado las cosquillas por esa estocada. A un hombre le hubiera acarreado veinte duelos.

Por lo demás, aun aparte de ese talento fenomenal tan poco adecuado para una mujer, y del que vivía honradamente, era en verdad un ser muy interesante aquella jóven pobre, sin más recursos que su florete, y que á causa de su profesión veíase mezclada con los jóvenes más ricos de la ciudad, entre los cuales los había muy calaveras y muy fatuos, sin que se ajase la flor de su buena fama. La reputación de la señorita Altaclara Stassin no fué desflorada á propósito de Savigny ni de nadie... «Parece ser que, á pesar de todo, es una chica honrada», decían las señoras decentes, como lo hubieran dicho de una actriz. Y yo mismo, puesto que he comenzado á hablarle á V. de mí, yo mismo que me picaba de observador, era del mismo parecer que toda la ciudad acerca de la virtud de Altaclara. Fuí algunas veces á la sala de armas, antes y después de casarse Savigny; jamás hallé sino una joven seria, que desempeñaba sus funciones profesionales con sencillez. Debo decir que era muy imponente y había puesto á todo el mundo bajo el pie del respeto con ella, no teniendo familiaridad ni abandono con nadie. Su fisonomía, en extremo altanera y que aún no tenía entonces esa expresión apasionada que tanto le ha chocado á V., no revelaba pesares, ni cavilaciones, ni nada que hiciese prever ni aun del modo más remoto el hecho pasmoso que, en la atmósfera de una ciudad pequeña, tranquila y rutinaria, produjo el efecto de un cañonazo que rompe los vidrios...

«¡La señorita Altaclara Stassin ha desaparecido!»

Había desaparecido: ¿por qué?... ¿Cómo?... ¿A dónde había marchado? No se sabía. Pero lo cierto es que había desaparecido. Al principio hubo un clamoreo seguido de un silencio, pero el silencio no duró largo tiempo. Las lenguas se desataron. Las lenguas, contenidas mucho tiempo—como el agua en un azud y que, levantada la compuerta, se precipita y marcha á hacer girar la rueda del molino con furia—empezaron á espumarajear y murmurar acerca de aquella desaparición inesperada, repentina, increíble, sin explicarse por nada, puesto que la señorita Altaclara había desaparecido sin decir una palabra ni dejar dos letras á nadie. Había desaparecido como se desaparece cuando realmente se quiere desaparecer; porque no es desaparecer el dejar detrás de sí un ras-

tro cualquiera, una nonada, de que pueden apoderarse los demás para explicar que se ha desaparecido. Desapareció del modo más radical. Había hecho, no lo que se llama un *agujero en la luna*, porque no había dejado una deuda ni ninguna otra cosa detrás de sí; había hecho lo que muy bien se puede llamar un agujero en el viento. Sopló el viento y no volvió á traerla. No por girar en el vacío dejó de dar vueltas el molino de las lenguas, y se puso á triturar cruelmente aquella reputación hasta entonces incólume. La cogieron, la mondaron, la cribaron, la cardaron... ¿Cómo y con quién se había ido aquella joven tan correcta y tan altiva? ¿Quién se la había llevado? Porque, de seguro, allí había un rapto... Ninguna respuesta. Era cosa de volverse loca de furor una ciudad pequeña, y positivamente V.... se volvió. ¡Cuántos motivos para estar colérica! En primer lugar, perdíase lo que no se sabía. Además, se perdía el juicio acerca de una joven á quien se creía conocer y no se la conocía, puesto que la habían juzgado incapaz de desaparecer *así*... Perdíase también una moza soltera á quien se había creído ver envejecer ó casarse, como las demás jóvenes de la ciudad, escondidas en esa casilla de tablero de una ciudad de provincia, como caballos en el entrepuente de un barco. Por último, al perder á la señorita Stassin, que ya no era más que *esa Stassin*, se perdía una sala de armas célebre en la región, gala, adorno y honor de la ciudad, su escarapela, su bandera en el campanario. ¡Ah, eran duras todas esas pérdidas! ¡Y cuántos motivos, en uno solo, para hacer pasar por encima de la memoria de aquella intachable Altaclara el torrente fangoso de todas las suposiciones! Por eso pasaron... Excepto algunos viejos hidalgos de gotera con espíritu de grandes señores que, como su padrino el conde de Alvice, la habían visto de niña—y que, además, no emocionándose gran cosa, consideraban muy sencillo que hubiera encontrado mejor calzado para su pie que aquellas sandalias de maestro de armas que se había puesto—al desaparecer Altaclara Stassin no tuvo á nadie en su favor. Al irse, había ofendido el amor propio de todos; y hasta los jóvenes fueron quienes más rencor la guardaron y más se ensañaron contra ella, porque no había desaparecido con ninguno de ellos.

Y eso fué durante largo tiempo su gran agravio y su gran ansiedad. ¿Con quién se había ido?... Varios de esos jóvenes iban todos los años á pasar uno ó dos meses del invierno en París, y dos ó tres de ellos pretendían haberla visto y conocido en el teatro ó á caballo en los Campos Elíseos, acompañada ó sola, pero no estaban muy seguros de ello. No podían afirmarlo. Sería ó podría no ser ella; pero existía la preocupación... No podían menos de pensar todos en aquella moza á quien habían admirado y que, al desaparecer, había llenado de luto á aquella ciudad de espada, en donde era la gran artista, la *diva* especial, el rayo de luz. Luego que éste se hubo apaga-

do, es decir, en otros términos, después de la desaparición de aquella famosa Altaclara, la ciudad de V.... cayó en la languidez de vida y la palidez de todas las pequeñas ciudades que no tienen un centro de actividad en el cual converjan las pasiones y los gustos... Debilitóse el amor á las armas. Animada antes por toda aquella marcial juventud, la ciudad de V.... volvióse triste después. Los jóvenes que, cuando habitaban en sus casas de campo, iban todos los días á recibir lecciones de esgrima, trocaron el florete por la escopeta. Hiciéronse cazadores y permanecieron en sus tierras ó en sus bosques, lo mismo el conde de Savigny que los demás. Fué cada vez menos á V...., y si alguna vez lo encontré allí, fué en casa de la familia de su mujer, de quienes era yo médico. Sólo que, no sospechando de ningún modo en aquella época que pudiese haber algo entre él y aquella Altaclara que había desaparecido tan bruscamente, no tenía ningún motivo para hablarle de aquella súbita desaparición, sobre la cual comenzaba á extenderse el silencio, hijo de las lenguas fatigadas; y él tampoco me hablaba nunca de Altaclara y de los tiempos en que nos habíamos encontrado en casa de ella, ni se permitía hacer, ni aun de lejos, la menor alusión á aquellos tiempos.

—Le siento á V. venir, con sus *zapatitos de palo*—dije al doctor, valiéndome de una expresión del país del cual me hablaba y que también es el mío.

—¡El era quien se la había llevado!

—Pues bien, de ningún modo—dijo el doctor;—era mucho más gordo que eso. Nunca sospecharía V. lo que era...

Aparte de que, sobre todo en provincias, un rapto no es una cosa fácil desde el punto de vista del secreto; el conde de Savigny no se había movido desde su boda del castillo de Savigny.

A sabiendas de todo el mundo, vivía en la intimidad de un matrimonio que parecía una luna de miel indefinidamente prolongada; y como todo se cita y se anota en provincias, citábase y se anotaba á Savigny como uno de esos maridos á quienes, por lo escasos, hay que quemarlos (gracia provinciana) para arrojar sus cenizas á los demás. Sabe Dios cuánto tiempo me hubiera visto yo mismo engañado por aquella reputación, si un día—más de un año después de haber desaparecido Altaclara Stassin—no hubiese sido llamado con urgencia al castillo de Savigny, donde estaba enferma la castellana. Partí inmediatamente, y en cuanto llegué me introdujeron en el aposento de la condesa, quien efectivamente estaba muy delicada, con una enfermedad vaga y complicada, más peligrosa que una enfermedad bien caracterizada. Era una de esas mujeres de antigua estirpe agotada, elegante, distinguida, altanera y que, desde el fondo de su palidez y de su demacración, parecen decir: «¡Estoy vencida por el tiempo, como mi raza; me muero, mas os desprecio!» Y llévome el diablo si, por plebeyo que sea y por más que esto resulte poco filósofico, no puedo por menos de encontrarlo hermoso. La condesa estaba echada en

un lecho de descanso, en una especie de locutorio de viguetas negras y paredes blancas, muy espacioso, muy alto y adornado con objetos de arte antiguo que hacían el mayor honor al buen gusto de los condes de Savigny. Una sola lámpara alumbraba aquel gran aposento, y su luz, más misteriosa por la pantalla verde que la velaba, caía sobre el rostro de la condesa, con los pómulos abrasados por la fiebre. Llevaba ya algunos días de estar enferma, y Savigny había hecho poner una cama pequeña en el locutorio, junto al lecho de su muy amada mitad, para velarla mejor. Había tomado el partido de mandarme llamar, cuando la fiebre, más tenaz que todos sus cuidados, había manifestado un encarnizamiento con que él no contaba. Veíasele allí, de pie, de espaldas al fuego, con aire sombrío y desasosegado, hasta el punto de hacerme creer que amaba apasionadamente á su mujer y que la creía en peligro. Pero la inquietud que abrumaba su frente no era para ella, sino para otra de quien no sospechaba yo que estuviese en el castillo de Savigny, y la vista de la cual me asombró hasta deslumbrarme. ¡Era Altaclara!

—¡Demonio! ¡Vaya un atrevimiento! —dije al doctor.

—¡Tan atrevido era el caso, que creí soñar al verla!—prosiguió.—La condesa había rogado que llamase á su doncella, á quien antes de mi llegada había pedido una poción que precisamente acababa yo de aconsejarla; y algunos segundos después, habíase abierto la puerta.

—Eulalia, ¿y mi poción?—dijo con tono breve la condesa, impaciente.

—Aquí está, señora—contestó una voz que creí reconocer; y no bien hubo llegado á mis oídos, cuando vi destacarse de la sombra que bañaba el ámbito profundo del locutorio, y adelantarse al borde del círculo luminoso trazado por la lámpara en torno del lecho, á Altaclara Stassin—¡sí, Altaclara misma!—llevando en sus hermosas manos una bandeja de plata, encima de la cual humeaba la poción pedida por la condesa. ¡Aquello dejaba atónito! ¡Eulalia!... Por fortuna, ese nombre de Eulalia, pronunciado tan naturalmente, me lo dijo todo; y fué como el golpe de un martillo de hielo con el cual recobré la sangre fría que iba á perder, y que me hizo volver á mi actitud pasiva de médico y de observador. ¡Altaclara, convertida en Eulalia y en doncella de la condesa de Savigny!... Era completo su disfraz, dado que una mujer semejante pudiera disfrazarse. Llevaba el traje de las modistillas de la ciudad de V...., su cofia parecida á un casco y sus largos tirabuzones de pelo caídos á lo largo de las mejillas—esas especies de tirabuzones que los predicadores de la época llamaban serpientes, para desviar de ellos á las chicas guapas, sin haberlo conseguido nunca. —Y allí estaba ella, con una hermosura llena de reserva y una nobleza de ojos bajos, en prueba de que esas serpientes de hembras hacen cuanto quieren de sus satánicos cuerpos, cuando tienen en ello el más pequeño interés... Habiéndome repuesto de la impresión,

y seguro de mí mismo como un hombre que acababa de morderse la lengua para no dejar escapar un grito de sorpresa, tuve, sin embargo, la pequeña debilidad de querer mostrar á aquella moza audaz que yo la conocía. Y mientras que la condesa se bebía la poción, con la frente en la taza, clavé mis ojos en los suyos como si hubiese metido dos garfios en ellos; pero sus ojos—de corza aquella noche, por su dulzura—estuvieron más firmes que los de la pantera á quien, hace un momento, acaba de obligar á bajarlos. No pestañeó. Sólo un leve temblor, casi imperceptible, había pasado por las manos que sostenían la bandeja. La condesa bebía muy despacio, y cuando hubo concluido, dijo:

—Está bien, lléveselo.

Y Altaclara Eulalia se volvió, con aquel garbo que hubiera yo reconocido entre las veinte mil garbosidades de las hijas de Asuero, y se llevó la bandeja. Confieso que me quedé un instante sin mirar al conde de Savigny, porque comprendí lo que mi mirada pudiera ser para él en semejante momento; pero cuando me arriesgué á hacerlo, hallé la suya intensamente fija en mí; y entonces pasó de la más horrible ansiedad á la expresión del que se queda tranquilo. Acababa de ver que *yo había visto*, pero veía también que *yo no quería ver nada* de lo que había visto, y respiraba. Estaba seguro de una impenetrable discreción, que probablemente explicaría (lo cual me era igual) por el interés del médico en no perder un cliente como él; mientras que sólo había allí el interés del observador que no deseaba que le cerrasen la puerta de una casa donde, ignorándolo toda la tierra, había tales cosas que observar.

Y me volví á casa, punto en boca, resuelto á no decir á nadie una palabra de aquello que nadie sospechaba en el país. ¡Ah! Los placeres del observador, esos goces impersonales y solitarios del observador, que siempre he colocado por encima de todos los demás, iba á poder disfrutarlos de lleno, en aquel rincón de la campiña, en aquel vetusto castillo aislado, donde podía ir como médico cuando gustase. Satisfecho Savigny de verse libre de una inquietud, me había dicho: «Doctor, hasta nueva orden, venga V. todos los días.» Así, pues, podría estudiar con tanto interés y constancia como si fuese una enfermedad, el misterio de una situación que de contársela á cualquiera, le hubiese parecido imposible... Y como ya, desde el primer día en que lo entreví, ese misterio excitó mis facultades inductivas, que son el palo de ciego del sabio y sobre todo del médico en la pertinaz curiosidad de sus indagaciones, comencé inmediatamente á razonar aquella situación para aclararla... ¿Desde cuánto tiempo existía?... ¿Databa de la desaparición de Altaclara?... ¿Hacía ya más de un año que duraba la cosa, y que Altaclara era doncella de la condesa de Savigny?... ¿Cómo, excepto yo, á quien habían tenido que llamar, nadie había visto lo que vi yo tan fácil y prontamente?... Todas estas preguntas mon-

taron á caballo y fueron á la grupa conmigo á la ciudad de V...., acompañadas por otras muchas que saltaron y recogí en mi camino. Verdad es que el conde y la condesa de Savigny, que pasaban por adorarse, vivían bastante retirados de todo género de sociedad. Pero á la postre, podía presentarse de tarde en tarde alguna visita en el castillo. Verdad es también que si la visita era de hombres, podía no presentarse Altaclara. Y si era una visita de mujeres, la mayor parte de las de la ciudad de V.... no la habían visto bastante bien para conocer á aquella joven bloqueada durante años por sus lecciones en el fondo de una sala de armas, y que vista de lejos, á caballo ó en la iglesia, llevaba á propósito velos muy densos; porque ya le he dicho á V. que Altaclara había tenido siempre aquella altivez de las personas muy altivas á quienes ofende el exceso de curiosidad y que se ocultan tanto más cuando comprenden que son blanco de muchas miradas. En cuanto á la servidumbre de Savigny, con la cual veíase obligada á vivir, aunque fuesen de V....—y quizá no lo eran—no la conocían... Así contestaba yo, al trote, aquellas primeras preguntas, que al cabo de cierto tiempo y de cierto camino encontraban sus respuestas; y antes de haberme apeado de la silla había construido ya todo un edificio de suposiciones, más ó menos plausibles, para explicar lo que hubiera sido inexplicable para quien no fuese como yo un razonador. Lo único que acaso no me explicaba tan bien es cómo la esplendorosa hermosura de Altaclara no había sido obstáculo para entrar al servicio de la condesa de Savigny, que amaba á su marido y que debía estar celosa de él. Pero, aparte de que las patricias de V...., tan altivas por lo menos como las mujeres de los paladines de Carlomagno, no suponían (grave error, pero no habían leído *El Casamiento de Fígaro)* que la más hermosa doncella de labor fuese para sus maridos más de lo que para ellas era el más guapo lacayo, acabé por decirme, al quitar del estribo el pie, que la condesa de Savigny tendría sus razones para creerse amada, y que después de todo si la entraban dudas, el mocetón de Savigny era lo suficiente robusto para aumentar el número de esas razones.

—¡Jem!—dije escépticamente al doctor, á quien no pude por menos de interrumpir.—Todo eso es muy bonito y está muy bien, mi querido doctor, pero no evitaba á la situación su imprudencia.

—¡Claro que no! Pero, ¿y si la imprudencia misma era lo que creaba la situación?—repuso ese gran conocedor de la naturaleza humana.—Hay pasiones que la imprudencia enciende y que no existirían sin el riesgo que provocan. En el siglo XVI, siglo tan apasionado como puede serlo una época, la más magnífica causa de amor era el peligro del amor mismo. Al salir de los brazos de una querida, se arriesgaba ser cosido á puñaladas; ó el marido envenenaba al amante con el camisón de su mujer, besado por éste y encima del cual había hecho todos los dispara-

tes de costumbre; y muy lejos de espantar al amor, ese peligro incesante era su incentivo, lo encendía y hacialo irresistible. En nuestras ramplonas costumbres modernas, en que la ley ha reemplazado á la pasión, es evidente que el artículo del Código (1) que se aplica al marido culpable—como dice groseramente la ley—de «tener manceba dentro de la casa conyugal» es un riesgo bastante innoble; pero por lo mismo que es innoble, este riesgo es tanto mayor para las almas nobles; y exponiéndose á él Savigny, encontraba quizá en eso la única ansiosa voluptuosidad que embriaga verdaderamente á las almas fuertes.

Puede V. creerlo, al día siguiente estaba yo temprano en el castillo; pero ni ese día, ni los siguientes, vi nada que no fuese la marcha regular de todas las casas donde todo es normal. Por parte de la enferma, ni del conde, ni aun de la falsa Eulalia, que desempeñaba naturalmente su servicio como si se hubiese educado exclusivamente para eso, no advertí ninguna cosa que pudiera informarme del secreto que había sorprendido. Lo que había de cierto es que el conde de Savigny y Altaclara Stassin representaban la más escandalosamente desvergonzada de las comedias, con la sencillez de actores consumados, y que se entendían para representarla. Pero lo que no resultaba tan seguro, y lo que deseaba yo saber ante todo, es si la condesa estaba realmente engañada por ellos, y en el caso de que lo estuviese, si sería posible que lo estuviera por mucho tiempo. Así, pues, reconcentré mi atención en la condesa. Tuve tanto menos trabajo para observarla, cuanto que era mi enferma, y, por el hecho de su enfermedad, el punto de mira de mis observaciones. Como ya le he dicho á V., era una verdadera mujer de la ciudad de V...., que no sabía *nada de nada* sino esto: que era noble, y que fuera de la aristocracia, la sociedad no era digna de una mirada... El sentimiento de su nobleza es la única pasión de las mujeres de V...., en la clase alta y en todas las clases, muy poco apasionadas. La señorita Delfina de Cantor, educada en las Benedictinas, donde se había aburrido horriblemente, sin vocación religiosa de ningún género, había salido de allí para aburrirse también en el seno de su familia; hasta el momento en que se casó con el conde de Savigny, á quien amó ó creyó amar con la facilidad de las jóvenes para amar al primer hombre que las presentan. Era una mujer blanca, floja de carnes pero dura de huesos, con tinte de leche en que sobrenadaran partículas de salvado, por-

(1) Según el art. 452 del Código penal, «el marido que tuviere manceba dentro de la casa conyugal, ó fuera de ella con escándalo, será castigado con la pena de prisión correccional en sus grados mínimo y medio (de seis meses y un día á cuatro años y dos meses); la manceba será castigada con la de destierro (de seis meses y un día á seis años)». Según sentencia del Tribunal Supremo (3 de Abril de 1884), la *casa conyugal* es la del marido, aunque no viviere en ella la mujer, en tanto que no hubiere disolución *legal* del matrimonio, y la ausencia de la mujer sea *voluntaria* y accidental, cualquiera que fuere la duración de ella.—(N. DEL T.)

que las pequeñas pecas de que estaba salpicada su piel eran de cierto más oscuras que sus cabellos, de un rubio muy pálido. Cuando me alargó su brazo incoloro, con venas como de nácar azulado, una muñeca fina y de raza, donde el pulso en estado normal latía con languidez, me produjo el efecto de haber venido al mundo y sido creada para ser víctima... hecha polvo bajo las plantas de aquella altiva Altaclara, que se había doblegado ante ella hasta el papel de sirviente doméstica. Sólo que esa idea que nacía al pronto al mirarla, era contrariada en el extremo de aquella cara flaca por una barbilla levantada—á lo Fulvia en las medallas romanas—en la parte inferior de aquel rostro ajado, y también por una frente abombada tenazmente bajo aquel cabello sin brillo. Todo eso concluía por turbar el juicio. En cuanto á las plantas de Altaclara, quizá *de allí* vendría el obstáculo; siendo imposible que una situación como la que entreveía yo en aquella casa—á la sazón tan tranquila—no viniese á parar á algún estallido horrible... En vista de ese futuro estallido, me puse á auscultar doblemente á aquella exigua mujer, que no podía continuar siendo mucho tiempo un arca cerrada para su médico. Quien confiesa al cuerpo, pronto penetra en el corazón. Si había causas morales ó inmorales para el sufrimiento actual de la condesa, por más que se empeñase en hacerse una pelota conmigo y tragarse sus impresiones y pensamientos, no tendría más remedio que soltarlos. Esto es lo que yo me decía, pero puede V. creerme que en vano la di vueltas y revueltas con mi garra de médico. Al cabo de algunos días me convencí de que no tenía la menor sospecha de la complicidad de su marido y de Altaclara en el delito doméstico de que su casa era silencioso y discreto teatro... ¿Era por su parte falta de sagacidad, ó carencia de sentimientos celosos? ¿Qué era?... Tenía una reserva un poco altiva con todo el mundo, excepto con su marido. Con aquella falsa Eulalia que la servía, era imperiosa, pero dulce. Esto puede parecer contradictorio, pero no lo es, sino nada más que una verdad. Tenía el mando breve, pero que nunca levanta la vóz, de toda mujer hecha para ser obedecida y que está segura de serlo... Lo era admirablemente. Eulalia, esa tremenda Eulalia, introducida, deslizada no sé cómo junto á ella, la rodeaba de esos cuidados que terminan en el preciso momento antes de trocarse en una molestia para quien los recibe; y demostraba en los detalles de su servicio una flexibilidad y una inteligencia del carácter de su señora que dependía del genio de la voluntad como del genio del entendimiento... Hasta concluir por hablar á la condesa de aquella Eulalia, á quien veía con tanta naturalidad circular en torno de ella durante mis visitas y que me daba frío en la espalda, como lo daría una serpiente á quien se viera desenroscarse y extenderse, sin hacer el menor ruido, acercándose á la cama de una mujer dormida... Una tarde que la condesa mandó que fuese en busca de no recuerdo qué, aprove,

ché la ocasión de su salida y de la rapidez de sus andares, para arriesgar una frase que tal vez hiciese luz:

— ¡Qué pasos de terciopelo! — dije mirándola salir. — Señora condesa, tiene V. una doncella de muy agradable servicio, según creo. ¿Me permite V. que la pregunte dónde la ha tomado? ¿Es de V...., por casualidad, esa muchacha?...

— Sí, me sirve muy bien—respondió con indiferencia la condesa, mirándose en un espejito de mano con marco de terciopelo verde y plumas de pavo real, con ese aire impertinente que se tiene siempre que uno se preocupa de otra cosa diversa de la que á uno le dicen.—Estoy contenta de ella hasta más no poder. No es de V....; pero en cuanto á decirle á V. de dónde es, yo no sé nada. Si tiene V. curiosidad de saberlo, doctor, pregúnteselo á Savigny, porque él fué quien me la trajo á poco tiempo de casarnos. Al presentármela, me dijo que había servido en casa de una vieja prima de él, recién fallecida, y que se había quedado sin acomodo. La tomé con confianza, y no me arrepiento de ello. Es la flor y nata de las doncellas de servicio. No creo que tenga ni un defecto.

— Pues yo le conozco uno, señora condesa — dije, aparentando hablar en serio.

— ¡Ah! ¿Y cuál? — contestó con languidez, sin importarle lo que decía y sin dejar de mirarse en el espejito, donde estudiaba con atención la palidez de sus labios.

— Que es en extremo guapa — respondí—guapísima, realmente, para una doncella de labor. El día menos pensado se la roban á V.

—¿Lo cree V. así?—exclamó, sin dejar de mirarse y sin hacer caso de lo que yo decía.

— Y tal vez sea un hombre distinguido y de la sociedad de Vds. quien se enamorique de ella. Es lo suficiente hermosa para hacer perder la cabeza á un duque.

Medí mis palabras al pronunciarlas. Era introducir la sonda; pero si no tropezaba con nada, no podía introducirla otra vez.

—No hay ningún duque en V....,— respondió la condesa, cuya frente permaneció tan tersa como el espejo que tenía en la mano. Y alisándose una de las cejas, añadió: —Por supuesto, todas esas muchachas, cuando quieren marcharse, no se lo impide el afecto que se les tenga. Eulalia es un encanto en el servir, pero abusaría como las demás del cariño que le profesaran, y me guardo bien de no apegarme á ella.

Y aquel día no se habló más de Eulalia. La condesa estaba completamente engañada. Por supuesto, ¿quién no lo hubiera estado? Yo mismo, había momentos en que estaba tentado por creer en Eulalia, cuando desde un principio había conocido á aquella Altaclara, vista por mí tantas veces á la distancia de la longitud de una espada en la sala de armas de su padre. Savigny, que hubiera debido tener aún más que ella, tenía mucha menos libertad, facilidad y naturalidad para

la mentira; pero ella, ¡ah! ella movíase y vivía allí como el pez en el agua. Preciso era que le amase, y de muy extraño modo, para hacer lo que hacía, para haber plantado de golpe y porrazo una existencia excepcional que podía halagar su vanidad, fijando en ella las miradas de una ciudad pequeña — para ella el universo — donde más tarde podía hallar entre los jóvenes, admiradores y adoradores suyos, alguien que se casase con ella por amor y la introdujese en aquella sociedad más elevada, de la cual sólo á los hombres conocía. El, el amante, ponía muchísimo menos que ella en el juego; en materia de sacrificios, ocupaba la posición inferior. Su orgullo de hombre debía de sufrir al no poder ahorrar á su querida la indignidad de una situación humillante. En todo eso, hasta había una inconsecuencia con el carácter impetuoso que se atribuía á Savigny. Si amaba á Altaclara hasta el punto de sacrificar por ella á su joven mujer, hubiera podido llevársela é irse á vivir con ella en Italia (esto se hacía ya muy bien por aquel tiempo), sin pasar por las vergüenzas de un concubinato indigno y oculto. ¿Era él quien amaba menos?... ¿Se dejaba más bien amar por Altaclara, amar por ella más de lo que la amaba él?... ¿Había sido ella quien, por sí misma, había venido á forzarle hasta bajo las guardas del domicilio conyugal? Y encontrando él audaz y picante la aventura, ¿dejaba obrar á aquella Putifar de nueva especie, que á todas horas le avivaba la tentación?... Lo que yo veía no me informaba mucho acerca de Savigny y de Altaclara... Claro es que eran cómplices de un adulterio; pero, ¿cuáles eran los sentimientos que había en el fondo de ese adulterio?... ¿Cuál era la situación respectiva de esos dos seres, uno respecto del otro?... Tenía empeño en despejar esa incógnita de mi problema. Savigny era inmejorable con su mujer; pero cuando estaba delante Altaclara-Eulalia, para mí que le miraba con el rabillo del ojo, tenía precauciones, indicio de un ánimo muy poco tranquilo. Cuando, en las insignificancias diarias de la vida, pedía un libro, un periódico, un objeto cualquiera á la doncella de su mujer, tenía unas maneras de tomar ese objeto que se lo hubiesen revelado todo á otra mujer que no fuese aquella colegiala educada por las Benedictinas y con la cual se había casado... Veíase que su mano tenía miedo de tropezarse con la de Altaclara, como si al tocársela por casualidad le hubiese sido imposible no cogérsela. Altaclara no tenía esos apuros, esas precauciones de miedo... Tentadora como lo son todas — que tentarían á Dios en el cielo, si lo hubiese, y al diablo en el infierno — parecía querer incitar á un tiempo el deseo y el peligro. La vi una ó dos veces, el día en que mi visita llegaba durante la comida, que Savigny tomaba piadosamente junto á la cama de su mujer. Ella era quien servía, pues los demás criados no entraban nunca en las habitaciones de la condesa. Para poner los platos, tenía que

inclinarse un poco por encima del hombro de Savigny, y la sorprendí cómo al ponerlos rozaba con lo más saliente del corpiño la nuca y las orejas del conde, quien se ponía muy pálido y miraba si le veía su mujer. ¡A fe mía! aún era yo joven por aquel tiempo, y el barullo de las moléculas en el organismo — que llaman violencia de las sensaciones — me parecía la única cosa que mereciese la pena de vivir. Por eso me imaginaba que debía de haber deliciosos goces en aquel amancebamiento á escondidas con una falsa sirviente, ante los engañados ojos de una mujer que podía adivinarlo todo. ¡En aquel momento comprendí el concubinato en el domicilio conyugal de que habla ese viejo ñoño de Código!

Pero, excepto las palideces y zozobras de Savigny, no veía nada de la novela que hacían entre ellos, mientras llegaban el drama y la catástrofe... inevitables, á mi parecer. ¿A dónde habían llegado los dos? Ese era el secreto de su novela, que yo quería arrancar. Apoderábase de mi pensamiento como la garra de esfinge de un problema; y llegó á ser tan fuerte aquello, que de la observación descendí al espionaje, que no es más que observación á toda costa. Una afición desmedida pronto nos pervierte... Para saber lo que ignoraba, me permití muchas pequeñas bajezas muy indignas de mí, juzgándolas como tales; y, sin embargo, me las permití. ¡Ah, querido, la costumbre de la sonda! La introducía en todas partes. Cuando en mis visitas al castillo llevaba mi caballo á la cuadra, tiraba de la lengua á los criados acerca de los amos, sin aparentarlo. Polizonteaba (no me escatimo la palabra) por cuenta de mi propia curiosidad. Pero la servidumbre estaba tan engañada como la condesa. Tomaban de muy buena fe á Altaclara por uno de los suyos, y mi curiosidad se hubiera visto defraudada á no ser por una casualidad que, como siempre, hizo mucho más, de una vez, que todas mis combinaciones y me enseñó más que todos mis espionajes.

Llevaba más de dos meses yendo á ver á la condesa, cuya salud no mejoraba y que presentaba cada vez más los síntomas de ese debilitamiento tan común ahora, y que los médicos de este tiempo enervado designan con el nombre de anemia. Savigny y Altaclara seguían representando con la misma perfección la dificilísima comedia que mi llegada y mi presencia en aquel castillo no habían desconcertado. Sin embargo, hubiérase dicho que había un poco de fatiga en los actores. Serlon había enflaquecido, y había oído yo decir en la ciudad: «¡Qué buen marido es ese señor de Savigny! Está cambiadísimo desde la enfermedad de su mujer. ¡Qué cosa tan hermosa es el amarse!» Altaclara, de hermosura inmóvil, tenía los ojos fatigados, pero no con la fatiga de las lágrimas, porque esos ojos tal vez no hayan llorado jamás en su vida; sino que lo estaban como cuando se ha velado mucho, y no por eso dejaban de brillar más ardientes desde el fondo de su círculo violáceo. Aquel

enflaquecimiento de Savigny y aquellas ojeras de Altaclara podían provenir de otra cosa muy diferente que de la vida de compresión que se habían impuesto. ¡Podían proceder de tantas cosas, en aquel medio subterráneamente volcánico! Estaba yo mirando esas señales traicioneras en sus caras, interrogándome en voz baja y no sabiendo muy bien qué responderme, cuando un día que salí á hacer mi visita de médico por los alrededores, regresé de noche por Savigny. Mi intención era entrar en el castillo como de costumbre; pero un parto laboriosísimo de una mujer del campo me había detenido hasta muy tarde, y cuando pasé junto al castillo era una hora demasiado intempestiva para poder entrar en él. Ni siquiera sabía qué hora era; se me había parado el reloj de caza. Pero la luna, que había comenzado á bajar el arco descendente de su curva en el cielo, marcaba un poco más de media noche en aquella vasta esfera azul, y casi tocaba con el cuerno inferior la copa de los altos pinabetes de Savigny, detrás de los cuales iba á desaparecer... ¿Ha ido V. alguna vez á Savigny?—dijo el doctor, interrumpiéndose de pronto y dirigiéndose á mí. Y al hacerle una seña afirmativa con la cabeza, prosiguió:—¿Sí? Pues bien, ya sabe V.: para tomar el camino que conduce en derechura á la ciudad de V..., hay que entrar en ese bosque de pinabetes y pasar á lo largo de los muros del castillo, doblándolo como un cabo. De pronto, en la espesura de aquel bosque oscuro donde no se veía gota ni se oía el más pequeño ruido, percibí uno que me pareció el de una pala de lavar —la pala de alguna pobre mujer, ocupada durante el día en las labores del campo, y que aprovechaba la claridad de la luna para lavar la ropa blanca en algún lavadero ó en alguna charca... Al avanzar hacia el castillo, mezclóse con aquel golpeteo regular otro ruido que me ilustró acerca de la naturaleza del primero: era un traquetear de espadas que se entrechocan, se rozan entre sí, se incitan. Ya sabe V. cómo se oye todo entre el silencio y el aire sutil de la noche, cómo los menores ruidos se distinguen con singular precisión. Sin caberme ningún género de duda, oía el roce animado de los aceros. Cruzó una idea por mi mente; pero cuando desde el bosque de pinabetes desemboqué en el castillo, bañado por la pálida luna y que tenía abierta una ventana, dije, admirando la fuerza de los gustos y de los hábitos:

—¡Caramba, continúan de esta manera haciéndose el amor!

Era evidente que Serlon y Altaclara eran quienes esgrimían las armas á aquellas horas. Oíanse las espadas como si se les viese á ellos. Lo que había yo tomado por el ruido de palas de lavar, eran los *desplantes* de los tiradores. La ventana abierta correspondía al pabellón, de los cuatro, más lejano de aquel donde estaba el dormitorio de la condesa. El castillo dormido, triste y blanco bajo la luna, estaba como una cosa muerta... Todo era silencio y oscuridad, excepto en aquel pabellón elegido de propósito, y cuyo balcón, pro-

visto de barandilla, tenía persianas á medio cerrar; de esas persianas entreabiertas y rayadas de luz encima de la baranda del balcón, era de donde procedía el doble ruido de los desplantes de los pies y del rechinamiento de los floretes. Era tan claro, llegaba con tanta limpieza al oído, que prejuzgué con fundamento, como verá V., que teniendo muchísimo calor (estábamos en el mes de Julio), habian abierto las contraventanas del balcón detrás de las persianas. Habia parado el caballo en la linde del bosque, escuchando su combate que parecia muy vivo, interesándome ese asalto de esgrima entre amantes que se habían conocido con las armas en la mano y que continuaban amándose así, cuando al cabo de cierto tiempo cesaron el crujir de los floretes y el golpetear de los pies en los desplantes. Empujaron las persianas del balcón, que se abrieron, y apenas si tuve tiempo de hacer retroceder mi caballo hasta lo oscuro del bosque de pinabetes, para que no me viesen en aquella clara noche. Serlon y Altaclara pusiéronse de codos en la barandilla de hierro del balcón, donde los veía yo á las mil maravillas. La luna se ocultó detrás del bosquecillo; pero la luz de un candelabro, que se veia detrás de ellos dentro de la habitación, ponia de relieve los contornos de ambos. Altaclara iba vestida—si eso puede llamarse estar vestida—como la había visto tantas veces dando lecciones, con aquel justillo de esgrima de gamuza que formaba como una coraza, y los muslos y piernas modelados por aquel calzón de punto de seda que ceñía tan justas sus formas musculosas. Savigny llevaba casi la misma vestimenta. Esbeltos y robustos ambos, aparecían destacándose del fondo luminoso que los recuadraba, como dos hermosas estatuas de la juventud y de la fuerza. Acaba V. de admirar en este jardín la orgullosa hermosura de uno y otro, que los años no han destruido aún. Pues bien, sírvale á V. eso para formarse una idea de la magnificencia de la pareja que vi entonces en aquel balcón, con aquellos trajes ajustados que parecían una desnudez. Hablaban, apoyados en la baranda, pero con voz harto baja para que pudiese oir sus palabras; pero las actitudes de sus cuerpos las decían por ellos mismos. Hubo un momento en que Savigny dejó caer apasionadamente el brazo alrededor de aquel talle de amazona, que parecía hecho para todas las resistencias y que no hizo ninguna... Y la orgullosa Altaclara, suspendiéndose casi al mismo tiempo del cuello de Serlon, formaron los dos aquel célebre y voluptuoso grupo de Canova que está en la memoria de todos; y permanecieron así esculpidos boca con boca, á fe mía, todo el tiempo necesario para beber cada uno, sin interrumpirse ni alentar, lo menos una botella de besos. Aquello duró muy bien sus sesenta pulsaciones contadas en este pulso que iba más deprisa que ahora, y que con aquel espectáculo latió con más rapidez aún...

Cuando, siempre entrelazados, se

hubieron metido en la habitación, cuyas grandes cortinas opacas bajaron, me salí del bosque y dije para mis adentros: «¡Oh! El día menos pensado trendrán que confiarse á mí, pues no serán ellos solos los que tendrán que ocultar.» Al ver aquellas caricias y aquella intimidad, que me lo revelaban todo, saqué las consecuencias como médico. Pero su mismo ardor tenía que engañar mis previsiones. Sabe V. como yo que las parejas que se aman demasiado (el cínico doctor dijo otras palabras), no hacen hijos. El siguiente día fuí por la mañana á Savigny. Encontré á Altaclara convertida otra vez en Eulalia, sentada junto al alféizar de una de las ventanas del largo corredor que conducía al dormitorio de su señora, con un montón de ropa blanca y de trapos encima de una silla delante de ella, ocupada en cortar y coser ¡la que tiraba á la espada por la noche! «¿Cómo ha de figurárselo?» pensé al verla con su delantal blanco y con aquellas formas, que había visto como si estuviesen desnudas dentro del marco luminoso del balcón, anegadas entonces entre los pliegues de una falda que no podía sepultarlas... Pasé de largo sin hablarla, pues la hablaba lo menos posible, no queriendo aparentar con ella saber lo que yo sabía y que tal vez se hubiera filtrado á través de mi voz ó de mis miradas. Sentíame menos cómico que ella, y me temía á mí mismo... Por lo común, cuando pasaba yo á lo largo de ese pasillo donde trabajaba ella siempre, cuando no estaba de servicio junto á la condesa, me oía venir tan bien, tan seguro de que era yo, que nunca levantaba la cabeza. Seguía inclinada con su casco de batista almidonada ó con esa otra cofia normanda que también llevaba ciertos días y que se asemeja á la toca de Isabel de Baviera, con los ojos puestos en la labor y veladas las mejillas por los largos tirabuzones de un negro azulado que colgaban sobre su óvalo pálido, sin ofrecer á mi vista sino la curva de una nuca esfumada por abundantes ricitos que se retorcían allí como los deseos que engendraban. En Altaclara, lo verdaderamente magnífico es el animal. Ninguna mujer ha tenido quizá en más alto grado que ella ese género de hermosura. Los hombres, que entre ellos se lo dicen todo, se habían fijado á menudo en ella. Cuando daba lecciones en V..., los hombres la llamaban entre ellos la señorita Esaú... El diablo enseña á las mujeres lo que son, ó más bien se lo enseñarían ellas al diablo, si éste pudiera ignorarlo... Por poco coqueta que fuese Altaclara, sin embargo, cuando se la hablaba, tenía al escuchar cierta manera de coger y arrollar en torno de los dedos aquella pelambrera rizada y espesa del cuello, aquellas sortijillas rebeldes al peine que había alisado el moño, y cada una de las cuales basta para *turbar el alma*, como dice la Biblia. ¡Bien sabía ella las ideas que engendraba ese juego! Pero, á la sazón, desde que era doncella de servicio, ni una sola vez la había visto permitirse ese ademán de la potencia jugando con las

llamas, ni aun cuando miraba á Savigny.

Querido, mi paréntesis es largo; pero importa en mi historia todo cuanto le haga conocer á V. bien lo que era Altaclara... Aquel día vióse obligada á levantarse y venir á enseñarme su rostro, porque la condesa la llamó mandándola que me diese el tintero y papel que necesitaba yo para una receta, y se me aproximó. Acercóseme, con el dedal de acero en el dedo, sin tener tiempo de quitárselo, habiendo clavado la aguja enhebrada en su provocativa pechera, donde había prendidas otras muchas muy juntas y que la embellecían con su acero. Hasta el acero de las agujas decía bien á aquel demonio de muchacha, hecha para el acero, y que en la Edad Media hubiera llevado coraza. Permaneció de pie mientras que yo escribía, presentándome el tintero con ese noble y flexible movimiento de los antebrazos, que la costumbre de tirar á las armas le había comunicado más que á nadie. Cuando hube concluido, levanté los ojos y la miré, por disimular mejor, y vi su rostro fatigado por lo que había hecho de noche. Savigny, que no estaba presente cuando había yo llegado, entró de pronto. Estaba mucho más fatigado que ella... Me habló del estado de la condesa, que no recobraba la salud, como hablaría un hombre impaciente porque no se curase. Tenía el tono amargo, violento, contraído del hombre impaciente; iba y venía al hablar. Le miré fríamente, hallando la cosa demasiado fuerte, y pareciéndome un poco inconveniente ese tono napoleónico conmigo. Y pensé con insolencia: «Pues como curase yo á tu mujer, no tendrías asaltos de florete y de amor toda la noche con tu querida.» Hubiera podido traerle al sentimiento de la realidad y de la cortesía que olvidaba, plantarle debajo de las narices, si me hubiese dado gana, las sales inglesas de una buena contestación. Me limité á mirarle. Hacíase más interesante que nunca para mí, pues era evidente que representaba más que nunca una comedia.

Y el doctor se detuvo de nuevo. Metió el pulgar y el índice en la tabaquera de plata labrada á torno y aspiró un polvo de *macoubac*, como tenía la costumbre de llamar pomposamente á su rapé. Me pareció á su vez tan interesante, que no le hice ninguna observación, ninguna. Y después de sorberse el polvo y pasarse el dedo hecho un gancho por la curva de su ávida nariz de pico de loro, prosiguió:

—¡Oh! Como impaciente lo estaba de veras; pero no porque su mujer no se curase, aquella mujer á la cual era infiel con tanto empeño. ¡Qué diablo! Quien se amancebaba con una criada en su propia casa, no se podía encolerizar porque no se curaba su mujer. Curada ésta, ¿no hubiera sido más difícil el adulterio? Pero es lo cierto, sin embargo, que la duración de aquella enfermedad sin fin le aburría, le atacaba á los nervios. ¿Había pensado que sería menos larga? Y de entonces acá, cuando he pensado en ello, me he dicho que quizá de aquel momento da-

taría la idea de concluir, ya se le ocurriese á él ó á ella ó á los dos, puesto que ni la enfermedad ni el médico concluían la cosa...

—¡Qué, doctor! ¿Acaso ellos la...?

No acabé la frase; de tal modo me cortó la palabra la idea que se me había ocurrido.

Bajó la cabeza mirándome, tan trágico como la estatua del Comendador cuando acepta la cena; y despacio, en voz baja, respondiendo á mi pensamiento, contestó:

—¡Sí! Por lo menos, á pocos días de eso, toda la comarca supo con terror que la condesa había muerto envenenada...

—¡Envenenada! —exclamé interrumpiéndole.

—...Por su doncella Eulalia, que habiendo tomado un frasco por otro, decíase que había hecho tragar á su señora una botella de tinta doble, en lugar de una medicina que había yo recetado. Después de todo, era posible semejante equivocación. ¡Pero yo sabía que Eulalia era Altaclara! ¡Y los había visto á los dos formar en el balcón el grupo de Canova! La gente no había visto lo que yo. Al pronto, la sociedad no sufrió más que la impresión de un accidente terrible. Pero cuando, dos años después de aquella catástrofe, se supo que el conde Serlon de Savigny se casaba públicamente con *la chica de Stassin*—porque fué preciso *desembuchar* quién era la falsa Eulalia—y que iba á acostarse con ella en las sábanas aún calientes de su primera mujer, la señorita Delfina de Cantor, ¡oh!, entonces hubo un rugir de trueno de sospechas en voz baja, como con miedo, de lo que se decía y se pensaba. Sólo que, en el fondo, nadie sabía nada; sólo se sabía la monstruosa alianza desigual que hizo señalar con el dedo á Savigny y lo aisló como un apestado. Por supuesto, eso bastaba. Ya sabe V. qué deshonra es, ó más bien era—porque las cosas han cambiado mucho también en aquel país—el decir de un hombre: «¡Se ha casado con su criada!» Esta deshonra se extendió y quedóle á Serlon como una mancha. En cuanto al horrible rumor que había corrido del sospechado crimen, amortiguóse bien pronto como el de un tábano que cae cansado dentro de una rodera. Pero, sin embargo, había alguien sabedor y seguro...

—Y ese no podía ser nadie más que V., doctor—le interrumpí.

—Yo era, en efecto; pero no era yo solo. Si hubiese sido solo para saberlo, jamás hubiera tenido sino vagas luces, peores que la ignorancia... Jamás hubiera estado seguro... ¡y lo estoy!—dijo recalcando estas palabras con el aplomo de la seguridad más completa.

—Y escuche V. bien cómo lo estoy—añadió apretándome la rodilla con sus dedos nudosos, como con unas tenazas. Su historia aún me tenía más cogido que aquel sistema de articulaciones de cangrejo marino que formaba su temible mano.

—Ya comprenderá V.—continuó—que fuí el primero que supo el envenenamiento de la condesa. Culpables ó no, era preciso que me mandasen llamar,

puesto que era su médico. No se tomaron la molestia de ensillar un caballo. Un mozo de cuadra vino *en pelo* y á galope tendido á buscarme á la ciudad, desde donde le seguí también á galope hasta Savigny. Cuando llegué (¿lo habían calculado?) ya no era posible contener los estragos del envenenamiento. Serlon, con la cara desencajada, me salió al encuentro en el patio y me dijo, al sacar el pie del estribo, como si tuviese miedo de las palabras de que se valía:

—Una criada se ha equivocado. (Evitaba decir Eulalia, que todo el mundo nombraba el siguiente día.) Pero doctor ¡no es posible! ¿Es un veneno la tinta doble?...

—Eso depende de las sustancias con que estuviere hecha—respondí.—Me introdujo en el dormitorio de la condesa, desfallecida de dolores, y cuyo rostro contraído parecía un ovillo de hilo blanco caído en pintura verde... Estaba horrible así. Me sonrió espantosamente con sus labios negros y con esa sonrisa que dice á un hombre que se calla: «Ya sé lo que V. piensa.» De un vistazo busqué en el aposento á Eulalia, para saber si se hallaba presente. Hubiera querido ver su actitud en aquellos momentos. No estaba allí. Por valiente que fuese, ¿me había tenido miedo?... ¡Ah! Todavía no tenía yo más que datos inseguros...

La condesa hizo un esfuerzo al verme y se incorporó apoyándose en un codo.

—¡Ah! Ya está V. aquí, doctor—dijo.—Pero viene V. demasiado tarde. Estoy muerta. No era al médico á quien hacía falta buscar, Serlon, sino al sacerdote. ¡Vamos! da orden de que venga, y que todo el mundo me deje á solas dos minutos con el doctor. ¡Lo exijo!

Pronunció ese *lo exijo* como jamás se lo había oído decir, como una mujer que tenía esa frente y esa barba de las cuales he hablado á V.

—¿Hasta yo?—dijo Savigny débilmente.

—Hasta tú—le respondió; y añadió con voz casi cariñosa:—Ya sabes, amigo, que las mujeres tienen pudores, sobre todo para aquellos á quienes aman.

Apenas hubo salido, cuando se produjo en ella un cambio atroz. De dulce, se trocó en fiera.

—Doctor—dijo con voz de odio—mi muerte no es un accidente, sino un crimen. ¡Serlon ama á Eulalia, y ella me ha envenenado! No le creí á V. cuando me dijo que esa muchacha era demasiado hermosa para una doncella de labor. Me equivoqué. Ama á esa malvada, á esa execrable ramera que me ha muerto. El es más culpable que ella, puesto que la ama y por ella me ha hecho traición. Desde hace algunos días, me lo han advertido las miradas que se echaban desde ambos lados de mi cama. ¡Y mucho más el horrible sabor de esa tinta con que me han envenenado!... ¡Pero me la he bebido, me la he tomado toda, á pesar de ese espantoso sabor, porque estaba muy conforme con morir! No me hable V. de contraveneno. No quiero ninguno de los remedios de V. Quiero morir.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho V. venir, señora condesa?...

—Pues bien, oiga V. por qué—prosiguió, jadeante.—Es para decirle que ellos me han envenenado, y para que me dé V. su palabra de honor de ocultarlo. Todo esto va á producir un escándalo terrible, y es menester que no suceda eso. Es V. mi médico, y le creerán cuando hable de esta equivocación que han inventado ellos, cuando diga V. que yo no me hubiera muerto, sino que hubiera podido salvarme, si no estuviese perdida mi salud desde hace tanto tiempo. Me lo va V. á jurar, doctor...

Y como yo no respondiese, vió ella lo que se me estaba ocurriendo. Pensé que amaba á su marido hasta el punto de quererle salvar. Era la idea que se me había ocurrido, idea natural y vulgar, porque hay mujeres tan amasadas para el amor y sus abnegaciones, que no devuelven el golpe que las mata. Pero la condesa de Savigny nunca me había producido el efecto de ser una de esas mujeres.

—¡Ah, no es lo que V. se figura lo que me hace pedirle que me jure V. eso, doctor! ¡Oh, no! Odio demasiado á Serlon en este momento para no amarle aún, á pesar de su traición... ¡Pero no soy tan cobarde como para perdonarle! Me iré de esta vida, celosa de él é implacable. Pero no se trata de Serlon, doctor—prosiguió con energía, descubriéndome todo un aspecto de su carácter, que había entrevisto, pero no había penetrado en lo que tenía de más profundo.—Se trata del conde de Savigny. Cuando yo haya muerto, no quiero que el conde de Savigny pase por asesino de su mujer. No quiero que le lleven á los tribunales, que le acusen de complicidad con ¡una criada adúltera y envenenadora! No quiero que caiga esta mancha sobre el nombre de Savigny que yo he llevado. ¡Oh, si no se tratase más que de él: es digno de todos los patíbulos! ¡A él le mordería yo el corazón! Pero se trata de nosotros, de toda la aristocracia del país. Si fuésemos aún lo que debiéramos ser, hubiera mandado arrojar á esa Eulalia en uno de los calabozos del castillo de Savigny; ¡nunca volvería á hablarse de ella! Pero ahora ya no somos señores en nuestra casa. Ya no tenemos nuestra justicia expeditiva y muda, y no quiero por nada del mundo los escándalos y publicidades de la vuestra, doctor; prefiero dejarlos uno en brazos del otro, felices y libres de mí, y morir rabiando como muero, á pensar al morir que la nobleza de V.... tuviera la ignominia de contar en sus filas un envenenador.

Hablaba con una vibración inaudita, á pesar de los temblores entrecortados de su mandíbula inferior, que chascaba como si fuesen á rompérsele los dientes. ¡La conocía ya, pero continuaba estudiándola aún! Era la joven aristócrata, que no era más que eso; la joven aristócrata, más fuerte al morir que la mujer celosa. Moría como una hija de V..., la última ciudad noble de Francia. Y conmovido con eso tal vez más de lo que debiera estarlo, la prometí y juré, si no la salvaba, hacer lo que me pedía.

Y lo he hecho, querido. No la salvé. No pude salvarla: rechazó con terquedad todo remedio. Cuando murió, dije todo cuanto ella había querido que dijese, y convencí á la gente... Hace ya veinticinco años de eso... Ahora todo está sereno, silencioso, olvidado, de aquella espantosa aventura. Muchos contemporáneos han muerto. Sobre sus tumbas han brotado otras generaciones ignorantes, indiferentes; y la primera palabra que hablo acerca de esta siniestra historia es á V.

Y aun así, ha sido preciso lo que acabamos de ver para que yo se la cuente. Ha sido menester que viésemos á esos dos seres, inmutablemente hermosos á pesar del tiempo, inmutablemente felices á pesar del crimen, poderosos, apasionados, absortos en sí mismos, pasando tan soberbios por la vida como por este Jardín, semejantes á un par de esos ángeles de altar que se alzan unidos en la sombra de oro de sus cuatro alas.

Yo estaba espantado... y exclamé:

—Pero si es verdad eso que V. me está contando, doctor, la felicidad de esas personas es un horrible desorden en la creación.

—Es un desorden ó un orden, como V. guste—respondió el doctor Torty, ese ateo absoluto y también tan tranquilo como aquellos de quienes hablaba;—pero es un hecho. Son excepcional, insolentemente felices. Soy muy viejo y he visto en mi vida muchas felicidades que no han persistido; pero ¡sólo ésta he visto tan profunda y duradera!

Y crea V. que la he estudiado, escrutado y archiescrutado. Crea V. que he buscado el bichito en esa felicidad. Dispénseme la expresión, pero puedo decir que la he despiojado. Metí las manos y los ojos todo cuanto pude en la vida de estos dos seres, para ver si había en su pasmosa é irritante felicidad un defecto, una rotura, por pequeña que fuese, en algún sitio oculto; pero nunca he hallado sino una felicidad envidiable, y que sería una excelente y triunfante burla del diablo contra Dios, si hubiese Dios y diablo. Después de la muerte de la condesa, como puede V. figurarse, continué en buenas relaciones con Savigny. Puesto que había yo hecho nada menos que prestar el apoyo de mi afirmación á la fábula imaginada por ellos para explicar el envenenamiento, no tenían interés en apartarme de su lado, y yo lo tenía grandísimo en conocer lo que iba á seguir, lo que iban á hacer, lo que iba á ser de ellos. Estaba horripilado, pero arrostraba mis horripilaciones... Lo que siguió fué, ante todo, el luto de Savigny, el cual duró los dos años de costumbre y que llevó Savigny de un modo que confirmase la idea pública de que era el mejor de los maridos pasados, presentes y venideros... Durante esos dos años no vió absolutamente á nadie. Se enterró en su castillo con tal rigorismo de soledad, que nadie supo que había conservado en Savigny á Eulalia, la causa involuntaria de la muerte de la condesa, y á quien, sólo por el bien parecer, debió haber puesto á la puerta, aun con la

certidumbre de su inocencia. Aquella imprudencia de conservar á su lado aquella moza, después de tal catástrofe, me probaba la insensata pasión que siempre había sospechado yo en Serlon. Por eso no me quedé nada sorprendido cuando un día, al volver de una de mis expediciones de médico, me encontré á un criado en el camino de Savigny, á quien pedí noticias de lo que pasaba en el castillo y me dijo que Eulalia *seguía siempre allí*... Por la indiferencia con que me dijo esto, comprendí que entre la servidumbre del conde nadie sospechaba que Eulalia fuese su querida. «Juegan siempre ceñido—dije para mí.—Pero, ¿por qué no se van del país? El conde es rico. Puede vivir en grande en todas partes. ¿Por qué no largarse con aquel hermoso diablo con faldas (en materia de diablesas, creía yo en aquélla), que para engancharle mejor ha preferido vivir en la casa de su amante, con riesgo de todo, á ser su querida en V...., en alguna casa retirada donde ir á verla muy tranquilo á escondidas?» Había allí una segunda intención que yo no comprendía. ¿Eran tan grandes su delirio, su apetito uno de otro, que ya no veían nada de las prudencias y precauciones de la vida?... Altaclara, á quien suponía yo más fuerte que Serlon; Altaclara, á quien tenía yo por el hombre en sus relaciones de amantes, ¿quería permanecer en el castillo donde la habían visto criada de servir y habían de verla señora; y al quedarse allí, si se sabía y escandalizaba, preparar la opinión para otro escándalo mucho más espantoso, su casamiento con el conde de Savigny? En aquel momento de mi historia, no se me había ocurrido esta idea, dado que á ella se le hubiese ocurrido. Altaclara Stassin, hija de aquel viejo maestro de armas *La Punta al cuerpo*, aquella á quien todos habíamos visto en V.... dar lecciones y *tirarse á fondo* con calzón ceñido, ¡condesa de Savigny! ¡Quita allá! ¿Quién hubiera creído en ese trastorno, en ese fin del mundo? ¡Oh, pardiez! por mi parte, creía *in petto* que continuaría adelante el amancebamiento entre esos dos altivos animales, que al primer golpe de vista habían reconocido que eran de la misma especie y se habían atrevido á cometer adulterio ante los mismos ojos de la condesa. Pero respecto al matrimonio, al matrimonio descaradamente realizado ante las narices de Dios y de los hombres; respecto á ese desafiar á la opinión de toda una comarca ultrajada en sus sentimientos y en sus costumbres, ¡palabra de honor! estaba yo á mil leguas de pensarlo. Y tan lejos estaba de ello, que cuando al cabo de los dos años de luto de Serlon se hizo bruscamente la cosa, me cayó en la cabeza el rayo de la sorpresa como si hubiese sido uno de esos imbéciles que nunca se esperan nada de lo que acontece; y los cuales en el país pusiéronse á aullar, como los perros azotados por la noche aullan en las encrucijadas.

Por supuesto, en aquellos dos años de luto de Serlon, tan estrictamente observado y que, cuando se vió su final, fué tan furiosamente calificado

de hipocresía y de bajeza, no fuí mucho al castillo de Savigny... ¿Qué hubiera ido á hacer por allá?... Estaban muy bien de salud; y no necesitaban de mis servicios, hasta el momento, quizá poco lejano, en que me mandarían llamar de noche para algún parto que habría de ocultar también aún. Sin embargo, de vez en cuando me arriesgaba á hacer una visita al conde: cortesía forrada de eterna curiosidad. Serlon me recibía acá ó allá, según el caso y donde estuviese cuando iba yo. No tenía conmigo el menor apuro. Había recobrado su benevolencia. Estaba serio. Ya había notado yo que los seres felices son serios. Llevan dentro de sí con mucho cuidado su corazón, como un vaso lleno que el menor movimiento puede hacer derramar ó romperse... A pesar de su gravedad y de su vestido negro, Serlon tenía en los ojos la incoercible expresión de una inmensa felicidad. No era la expresión de alivio y tranquilizamiento la que en ellos brillaba, como en el día en que en el cuarto de su mujer conocí á Altaclara y aparenté no conocerla. ¡No, pardiez! era lisa y llanamente felicidad. Aunque en esas visitas ceremoniosas y breves sólo hablábamos de cosas superficiales y exteriores, la voz del conde de Savigny al decirlas no era la misma voz que en vida de su mujer. A la sazón revelaba, por la plenitud casi ardiente de sus entonaciones, que le costaba trabajo contener sentimientos que pugnaban por salírsele del pecho. En cuanto á Altaclara (siempre Eulalia, y siempre en el castillo, según me lo había dicho el criado), estuve bastante tiempo sin volver á encontrarla. Cuando pasaba yo, no estaba ya en el pasillo donde solía situarse en vida de la condesa, trabajando junto á la ventana. Y sin embargo, la pila de ropa blanca en el mismo sitio, las tijeras, el alfiletero y el dedal puestos en el alféizar, indicaban que debía de seguir trabajando allí, en aquella silla desocupada y tibia tal vez aún, que había abandonado al oirme entrar. Recordará V. que tenía yo la fatuidad de creer que temía la penetración de mi mirada; pero ahora ya no tenía por qué temerla. Ignoraba que hubiese recibido la terrible confidencia de la condesa. Con su carácter audaz y altivo, hasta debía estar contenta de poder desafiar á la sagacidad que la había adivinado. Y en efecto, lo que yo presumía era verdad; porque el día en que por fin la encontré, tenía pintada en la frente la felicidad de un modo tan radiante, que echando encima toda la botella de tinta doble con la cual había envenenado á la condesa, no se hubiera podido borrarla.

En la escalera principal del castillo fué donde la encontré por vez primera. Ella bajaba, yo subía. Bajábala ella un poco deprisa; pero, al verme, retardó su movimiento, empeñándose sin duda en mostrarme fastuosamente su rostro y en mirarme de hito en hito con esos ojos capaces de hacer cerrar los de las panteras, pero que no hicieron cerrar los míos. Al bajar los peldaños de la escalera, con las faldas flotando atrás por el aire de su rápido movimiento,

parecía bajar del cielo. Estaba sublime de aspecto feliz. ¡Ah! Su aspecto estaba quince mil leguas por encima del de Serlon. No por eso dejé de pasar sin hacerla ningún ademán de cortesía; porque si Luis XIV saludaba á las camaristas en las escaleras, no eran envenenadoras. Aún era doncella aquel día, por el traje, por el tocado, por el delantal blanco; pero el aire feliz de la más triunfante y despótica señora había reemplazado á la impasibilidad de la esclava. Ese aire no ha desaparecido en ella. Acabo de volver á verla, y V. ha podido apreciarlo. Es más pasmoso que la misma hermosura de la cara en la cual resplandece. Ese aire sobrehumano del orgullo del amor feliz—que ha debido de comunicar á Serlon, quien al principio no lo tenía—al cabo de más de veinte años continúa teniéndolo aún; y no lo he visto disminuir ni velarse un instante en el rostro de esos dos extraños privilegiados de la vida. Con ese aire han respondido siempre victoriosamente á todo, al abandono, á las hablillas, al desprecio de la opinión pública indignada, y hacen creer á quienes los encuentran que el crimen de que algún día se les acusó no era sino una atroz calumnia.

—Pero V., doctor—interrumpí—después de todo lo que sabe, no se dejará imponer por ese aire. ¿No los ha seguido V. por todas partes? ¿No los ve V. á todas horas?

—Excepto en su dormitorio por la noche, y allí no irán á perderlo—dijo el doctor Torty, zumbón pero profundo — creo haberlos visto en todos los momentos de su vida desde su boda, que fueron á celebrar no sé dónde, para evitar la cencerrada que se prometía darles el populacho de V...., tan enfurecido á su modo como al suyo la nobleza. Cuando regresaron casados, ella auténtica condesa de Savigny y él absolutamente deshonrado por su casamiento con una criada de servir, los dejaron aislados en su castillo de Savigny. Todo el mundo les volvió la espalda, y les dejaron que se comiesen á besos cuanto en gana les viniere... Sólo que, según parece, nunca se han quedado ahitos; aún no han satisfecho el hambre de sí mismos. En cuanto á mí, que en mi calidad de médico no quisiera morir sin haber escrito un tratado de teratología, y me interesaban como... monstruos, no fuí en compañía de los que huyeron de ellos. Cuando vi á la falsa Eulalia hecha una condesa en toda regla, me recibió como si toda la vida lo hubiese sido. ¡Valiente cosa le importaba á ella que tuviese yo en la memoria el recuerdo de su delantal blanco y de su bandeja! «Yo no soy ya Eulalia; soy Altaclara—me dijo;—Altaclara, dichosa de haber sido criada de servir por él...» Pensé que había sido otra cosa muy diferente; pero como cuando regresaron era yo el único de la comarca que había ido á Savigny, me eché el alma á la espalda y concluí por ir muchas veces. Puedo decir que continué despepitándome por mirar y ver la intimidad de aquellos dos seres, tan completamente felices por el amor. Pues bien, querido, es V. muy dueño de no creerme si no quiere; pero nunca

he visto, no diré empañada sino ni aun oscurecida un solo minuto de un solo día la pureza de aquella dicha, manchada por un crimen del cual estoy seguro. En lo azul de su ventura no he visto ni una sola vez la mancha de aquel fango de un crimen cobarde, que no había tenido el valor de ser sangriento. Es cosa de tumbar patas arriba, ¿no es verdad?, á todos los moralistas de la tierra inventores del bonito axioma del vicio castigado y la virtud recompensada. Abandonados y solitarios como estaban, sin ver á nadie más que á mí, con quien tenían la confianza que se tiene en un médico trocado casi en amigo, á fuerza de frecuentar su trato, nunca estaban sobre sí. Me olvidaban y vivían muy bien, á mi presencia, en la embriaguez de una pasión con la cual nada encuentro comparable en todos los recuerdos de mi vida... Acaba V. de ser testigo de ello hace un momento: han pasado por ahí, ni siquiera me han visto y eso que estaban codo con codo junto á mí. En una parte de mi vida, pasada con ellos, no me han visto más que ahora... Corteses y amables, pero casi siempre distraídos, era tal su modo de ser conmigo, que no hubiese vuelto á poner los pies en Savigny si no hubiera tenido empeño en estudiar microscópicamente su increíble felicidad y en sorprender, para mi edificación personal, el grano de arena de un cansancio, de un dolor, y (digamos la gran palabra) de un remordimiento. Pero ¡nada, nada! El amor lo acaparaba, lo llenaba, lo tapaba todo en ellos, el sentido moral y la conciencia—como dicen Vds.— Y al mirar á esa feliz pareja, comprendí la seriedad de la burla de mi antiguo colega Broussais, cuando decía de la conciencia: «Treinta años llevo de hacer autopsias y ni siquiera he descubierto una oreja de ese animalito.»

Y no imagine V. — continuó ese demonio de viejo del doctor Torty, como si hubiese leído en mi pensamiento— que esto que le digo es una tesis... la prueba de una doctrina que tengo por verdadera y que niega en redondo la conciencia, como la negaba Broussais. No hay aquí ninguna tesis. No pretendo imponerme á las opiniones de V. Sólo hay hechos, que me han pasmado tanto como á V. ¡Es el fenómeno de una dicha continua, de una pompa de jabón que crece siempre y no revienta nunca! La felidad perpetua, ya es de por sí una sorpresa; pero esta dicha en el crimen es una estupefacción, y llevo ya más de veinte años que no vuelvo de ese asombro. El médico viejo, el antiguo observador, el constante moralista... ó *inmoralista*—(rectificó, al ver mi sonrisa)—queda desconcertado por el espectáculo á que asiste desde tantos años ha y que no puede hacerle ver á V. con detalles; pues si hay frase traída y llevada por todas partes, de puro verdadera, es la de que la felicidad no tiene historia. No cabe describirla: no se pinta la ventura, esa infusión de una vida superior en la vida, como no podría pintarse la circulación de la sangre en los vasos. Por los latidos de las arterias compruébase que circula por dentro, y así me doy cuenta de la

felicidad de esos dos seres que acaba V. de ver, esa dicha incomprensible á la cual estoy tomando el pulso desde hace tanto tiempo.

El conde y la condesa de Savigny rehacen, sin pensarlo, el magnífico capítulo *El Amor en el matrimonio*, de Mad. de Staël (1), ó los versos aún más magníficos de *El Paraíso perdido*, de Milton (2). En cuanto á mí, nunca he sido muy sentimental ni muy poético; pero, con ese ideal realizado por ellos y que creía yo imposible, me han hecho perder la ilusión por los mejores matrimonios que he conocido y que la sociedad llama encantadores. ¡Los he hallado siempre tan por bajo del suyo, tan incoloros y tan fríos! El destino, su estrella, el azar, ¿que se yo?, ha hecho que hayan podido vivir para ellos mismos. Ricos, han tenido ese don de la ociosidad sin el cual no hay amor, pero que tan á menudo mata al amor, como necesario es para que nazca... Por excepción, la ociosidad no mató el suyo. El amor, que todo lo simplifica, ha hecho de su vida una simplificación sublime. No hay nada de esas burdas cosas que se llaman acontecimientos en la existencia de estos dos casados, que han vivido al parecer como todos los castellanos de la tierra, lejos del mundo al cual nada tienen que pedir, cuidándose tan poco de su aprecio como de su desprecio. Nunca se han separado: donde va el uno, el otro le acompaña. Los caminos de las cercanías de V.... han vuelto á ver á Altaclara á caballo, como en tiempos del veterano *La Punta al cuerpo*, pero el conde de Savigny es quien va con ella; y las mujeres de la comarca, que como en otra época pasan en coche, la miran tal vez más que cuando era la alta y misteriosa joven del velo azul oscuro y cuya faz no se veía. Ahora se levanta el velo y les enseña con atrevimiento la cara de la criada que ha sabido casarse con el amo; y ellas regresan á sus casas indignadas, pero meditabundas... El conde y la condesa de Savigny no viajan; vienen algunas veces á París, pero sólo están aquí por pocos días. Su vida se reconcentra, pues, en aquel castillo de Savigny que fué teatro de un crimen, del cual han perdido acaso el recuerdo en el abismo sin fondo de sus corazones...

—¿Y nunca han tenido hijos, doctor? —le pregunté.

—¡Ah!—exclamó el doctor Torty.—¿Cree V. que ahí está el castigo, el desquite de la suerte, eso que llaman Vds. la venganza ó la justicia de Dios? No, no han tenido hijos. Recuérdelo V.: ya se me ocurrió una vez la idea de que no los tendrían. Se aman demasiado... El fuego —que devora— consume y no produce. Cierto día pregunté á Altaclara:

—¿Y no está V. triste por no tener un hijo, señora condesa?

—¡No los quiero!—me contestó con ímpetu.—Amaría menos á Serlon. ¡Los

(1) En el precioso y célebre libro *De l'Allemagne*.—(N. DEL T.)

(2) Véase el despertar de Adán y su encuentro con Eva.—(N. DEL T.)

hijos son buenos para las mujeres desgraciadas!—añadió con una especie de desprecio.

Y el doctor Torty acabó bruscamente su historia con esta frase, que cría ser profunda.

Me había interesado, y le dije:

—Por criminal que sea, se interesa uno por aquella Altaclara. Sin su crimen, comprendería yo el amor de Serlon.

—Y quizá hasta con su crimen—dijo el doctor; y añadió el osado buen hombre: ¡Y yo también!»

J. Barbey D'Aurevilly.

Á UNA FUENTE

(Refundición de Góngora)

«¡Oh claro honor del líquido elemento,
dulce arroyuelo de luciente plata,
cuya agua entre la hierba se dilata
con regalado son, con paso lento!»

Pues aquella hermosura, monumento
de celeste favor, que el mundo acata,
en tu seno se mira, y fiel retrata
tu límpido cristal tan gran portento.

No borres, al correr, la imagen bella,
que descuido sacrílego sería;
manso llévala al mar envuelta en flores.

Y el mar, al recibirla, admire en ella
la belleza mayor que el suelo cría,
y en templos de coral le rinda honores.

M. A. Caro.

LA ARQUEOLOGÍA CRIMINAL

Interés que ofrecen para el *criminólogo*, los estudios de arqueología criminal; qué documentos podrían servir de base para esta ciencia.—La arqueología criminal en Perigord.—Transformaciones psicológicas de la magistratura.—El juez de antes y el juez de ahora.

Verdaderamente es sensible que los criminólogos tengan por regla general muy poca afición á la Arqueología, y que los arqueólogos ignoren todo lo que es sociología, criminología ó antropología en cualquiera de sus aspectos. ¿Quién pierde más en esta separación extraña de dos órdenes de investigaciones paralelamente seguidas sin que tengan ningún contacto fecundo? No lo sé. Por una parte, el criminalista que se llama á sí mismo y se cree evolucionista, falta á su propia pretensión al descuidar el estudio de la historia del crimen en sus mismos orígenes auténticos y precisos. La criminalidad durante el antiguo régimen acerca de la cual abundan los documentos, puede aclarar la nuestra, por sí sola, y es una candidez el pedir su explicación á la prehistoria ó á los antropoides, antes de haberse dirigido resueltamente á un pasado que es infinitamente más instructivo por dos razones: porque es más reciente y porque es más luminoso. Y por otra parte, ¡qué lástima causa el ver tantos concienzudos investigadores de archivos, consumir tesoros de sagacidad en desenterrar y descifrar manuscritos, para resolver cuestiones de importancia frívola ó secundaria, sin cuidarse nunca de lo que debería preocuparles por encima de todo: la arqueología moral!

Esto me decía yo hace algún tiempo, en ocasión en que tenía el gusto de oir, con M. Lacassagne, á nuestro amigo el doctor Corre que nos explicaba sus proyectos de estudio y de publicación acerca del crimen del antiguo régimen en Brest. Una idea análoga á la suya se me había ocurrido antes, y si no la había puesto en práctica, lo confesaré, habia sido por pereza. A primera vista, la idea de hacer un escru-

tinio en el montón de procesos criminales procedentes de los antiguos tribunales de Francia, causa espanto; pero después de mi conversación con M. Corre, he pensado que en realidad ese trabajo es menor de lo que parece, con especialidad si se le contempla bajo un aspecto diferente del que tanto seduce, y no sin razón, á nuestro colega de Brest. Según su opinión, conviene entregarse de lleno al estudio de los viejos cartapacios, recorrerlos todos y examinar algunos con detenimiento con la mira de presentar así como resucitados antiguos malhechores condenados á la horca ó á la rueda. Cierto es que en ese terreno hay minas psicológicas que explotar, y para convencerse de esa verdad, bastará leer, por ejemplo, en *La Policía en tiempo de Luis XIV* por Pedro Clement, los capítulos referentes á la Brinvilliers y la Voisin (1). Sin embargo, ¿no puede temerse que siguiendo exclusivamente ese método, excelente, no lo dudo, entre las manos de un espíritu filosófico, tal como es su autor, los imitadores de éste, se dejen arrastrar por el atractivo fatal de los crímenes de excepción, de curiosidades, de singularidades monstruosas y dejen á un lado los delitos vulgares, habituales, ordinarios, en que se pintan, es verdad, con colores menos vivos, pero más exactos, la fisonomía criminal del pasado?

Por esta razón me ha parecido que podría haber ventaja en utilizar al mismo tiempo trabajos ya hechos en parte principalísima por los archiveros provinciales de nuestro país, y que responden precisamente á la necesidad de información sobre la delincuencia normal, por decirlo así, de pasados tiempos. Sabido es que cada jefe de departamento francés tiene á sus órdenes un archivero, cuya obligación bastante ingrata, consiste en inventariar con exactitud y resumir sucintamente, los archivos de todos los distritos que corresponden á la Prefectura. Sábese también, ó más bien es triste que no se sepa lo bastante, que muchos de esos inventarios-resúmenes se han publicado ya. Ahora bien; entre las piezas analizadas, las que se refieren al funcionamiento de la Justicia criminal antes de 1789 á 1790 ocupan bastante espacio. ¿Por qué no se hojean esos útiles documentos, como estudiamos los registros oficiales de nuestra estadística judicial, seguramente más áridos?

Para dar una muestra de lo que se encuentra en esos libros vírgenes cuando se desfloran, voy á pedir al lector amigo, permiso para llevarlo á Sarlat, en Perigord, mi patria, é igualmente á Perigueux, y para introducirlo en dos viejos edificios oscuros y pintorescos de aquellas dos ciudades, el palacio del Senescal y el del Presidial.

Si pudiéramos hacer revivir al personal de esos dos tribunales y su manera de funcionar y fotografiar una de sus audiencias, quizá no nos sorprenderíamos tanto de algunas irregularidades que no esperamos.

(1) Dos célebres envenenadoras.—(NOTA DEL T.)

En la magistratura, donde todas las apariencias se conservan de edad en edad, nada en suma ha cambiado exteriormente, ni el traje, salvo la peluca, ni el lenguaje extravagante, ni la manera de instruir los procesos; y en cuanto á los rasgos físicos de los jueces lo mismo que de los justiciables, debían parecerse notablemente á los de mis compatriotas actuales, que llevan frecuentemente los mismos nombres que aquéllos, y también, lo he notado leyendo, ejercen el mismo oficio, ó á lo menos pertenecen á la misma clase social. Sería muy curioso poder levantar la cubierta de los cráneos y analizar las funciones espirituales de sus portadores. Si antropológicamente éstos han permanecido inmutables, su transformación psicológica ha sido profunda. Los sentimientos impulsores anímicos y su orientación han cambiado del todo en todo. Obsérvese al juez de entonces y compárese al juez de hoy. Una de sus energías dominantes y constantes era la convicción de que había nacido juez (1), como el rey había nacido rey, y por tanto, que en él había un cierto derecho inmanente de juzgar á sus semejantes. Afortunadamente esto no ocurre hoy, pero había entonces una ventaja; en que aquella fiereza era una fuerza contra la presión del poder, una garantía de independencia. Y de hecho, noto que Senescal y Presidial, aun con peligro de provocar las terribles venganzas hereditarias de entonces, golpean indistintamente las más elevadas cabezas feudales con sus sentencias draconianas. Al leer aquellos terribles decretos se siente la impresión de cierta ferocidad unida á una valerosa imparcialidad, por la cual los jueces presidiales y los parlamentos se distinguían y rivalizaban con meritorio orgullo. Claro es que no quiero decir con esto que mis colegas y yo, no podamos compararnos con nuestros predecesores, pero me parece que nuestra independencia no es tan notable ni tan heroica. Otras diferencias bien determinadas: el antiguo magistrado, precisamente porque estaba muy orgulloso del cuerpo á que pertenecía, miraba con desdén el ascenso, y no pretendía cambiar su toga de consejero en el Presidial por la de consejero en el Parlamento vecino; pero no obstante, deseaba aumentar su prestigio social, es decir, ennoblecerse cada vez más. Me será permitido, por tanto, hacer observar que mediante ese desdén por la jerarquía profesional y ese culto por la jerarquía social, ¿es la viva antítesis del magistrado contemporáneo, con su afán de ascenso judicial y su aire igualitario? Otra diferencia: la cuestión de precedencias que apasionaba antes, ha llegado ahora á ser insignificante, y si renace aun aquí ó allí, aparece bajo una forma infinitamente más fácil de resolver, porque únicamente afecta á la vanidad individual. Antes interesaba especialmente la vanidad corporativa, y se vió, por ejemplo, el Presi-

(1) En realidad había comprado su oficio, pero lo había podido comprar porque tenía el derecho de hacerlo, como perteneciente por su nacimiento á la corporación judicial, por ser hijo, nieto ó biznieto de magistrado.

dial de Sarlat pleitear durante cincuenta años con el tribunal de la elección, para saber cuál de los dos ocuparía el primer lugar en la iglesia. El amor propio colectivo de nuestras administraciones actuales, ha llegado á ser menos irritable, aunque sus individuos no dejan de tener su amor propio particular.—¿Deberé declarar que no he podido leer tantos decretos de condenación á la horca y á la rueda por simples hurtos, los procesos formados á la memoria de protestantes muertos en la impenitencia, y tantos otros procedimientos extravagantes ú odiosos, sin felicitarme de poder oponer á la severidad intransigente, á la fe fanática, á la austeridad puritana de la magistratura antigua, la indulgencia á veces excesiva, la tolerancia quizá escéptica, la suavidad en ocasiones exagerada de los magistrados actuales?

Si se ha realizado una revolución en el alma de los jueces á pesar de la identidad de sus trajes, de sus golillas, de sus birretes, de su instalación en un estrado entre un escribano y un alguacil, el alma de los procesados no ha sufrido menos variaciones, como vamos á ver. Pero digamos antes algunas palabras acerca de los documentos de que vamos á servirnos. El inventario de Sarlat está todavía incompleto é inédito ; una parte se ha impreso, y debo á su autor agradecimiento por haberme permitido verla (1). La he estudiado con detenimiento, pero he completado ese estudio con el del inventario de Perigueux, que está completo y es mucho más voluminoso. Haré frecuentes referencias de éste. En el conjunto difiere poco del precedente y da motivo á las mismas consideraciones, si bien el último más que el primero y de un color más acentuado, como testigo de costumbres más rudas y que trataba de poner al abrigo de la importación de la civilización relativa del Norte, aquella región más accidentada. Algo he utilizado también, pero poco, los inventarios del Agenais y de Quercy.

He creído que podía tratar sin riguroso orden los procesos criminales instruídos ante el Senescal ó ante el Presidial. Aunque los delitos más graves corresponden especialmente al Presidial, tribunal de apelación, y aunque la proporción de las causas por homicidio y por robos importantes sea más numerosa, las dos jurisdicciones entran la una en la otra y llenan un doble objeto. El Senescal, como el Presidial se ocupa en asesinatos, sacrilegios, etc., y condena á la estrangulación, á la horca, á la rueda y á la confesión pública.

Dicho esto, entremos en materia. Para comprender bien la extensión y la profundidad de los cambios morales y sociales que se han operado en los dos ó tres últimos siglos en el país de que se trata. Consideremos separadamente:

(1) Diremos de paso que este trabajo de M. Villepelet, secretario general de la Sociedad Arqueológica de Perigord es un modelo en su género por la precisión, la claridad, la exactitud y la elección inteligente de las citas intercaladas en diversos lugares, muy propias para poner de manifiesto el espíritu mismo de los textos compendiados.

1.°, los delitos frecuentes hoy, pero que antes brillaban por su ausencia completa ó cuasi completa; 2.°, los delitos que antes eran frecuentes, pero que hoy han desaparecido ó no existen; 3.°, los delitos comunes en lo presente como en lo pasado, pero que se ofrecen en proporciones diferentes y con distintos caracteres ó producidos por otros móviles. Después hablaremos de las penalidades.

I

Delitos que antes no existían ó eran rarísimos; violaciones, atentados al pudor.

Comencemos por los delitos que no existían ó eran muy raros. Las violaciones y los atentados al pudor: de éstos no hay más que tres ó cuatro y casi todos cometidos entre adultos; en la página 143 se cita uno de un adulto contra un niño. Absolutamente nada referente á ultrajes públicos al pudor. Las formas refinadas del robo, de la estafa, de los abusos de confianza y de las quiebras (1) apenas aparecen. Los infanticidios son rarísimos, y tal horror inspira ese crimen, en parte por motivo de su rareza, que es castigado más severamente que el homicidio. Pocas veces el asesino es condenado á la pena de muerte; no lo es más que cuando ha sido ladrón al mismo tiempo; mas la madre ó la hija que ha asesinado á un niño está segura de la horca. «Guill. Delademil, procesada, prisionera, acusada por el Procurador de la jurisdicción de Laduce del crimen de infanticidio, condenada á ser ahorcada y estrangulada por el verdugo en la plaza pública de Entrelesdeux-villes en un suplicio que se levantará allí y su cuerpo será quemado hasta reducirlo á cenizas; pero antes de proceder á la ejecución, la Corte criminal (el Presidial de Perigueux), ordena que sea puesta en tortura para que sea interrogada y saber por su boca la participación de sus cómplices (1).» Este decreto es de 1592, pero hasta fines del siglo XVIII la jurisprudencia acerca de este asunto no varía. Al lado de ese decreto pueden leerse muchas cartas de indulto obtenidas por asesinos.

Una sola vez aparece la idea de la locura en el inventario de Sarlat (página 157); ese dato es sorprendente si se quiere que la criminalidad y la locura sean inseparables.

En suma: es patente que ese balance criminal de la antigua población perigordina, muestra que ésta se hallaba más limpia de astucia y de sensualidad que la nuestra.

(1) No encuentro en el inventario de Sarlat la palabra *quiebra* escrita más que una sola vez y tal vez impropiamente (pág. 142), á propósito de una querella «de Messire Armand de Beaumont, señor conde de... contra Pedro Thibal, señor de la Costa, á quien ha cedido por 500 libras su herrería de Beyssac y el molino dependiente, y á quien acusa de quiebra fraudulenta (1733)». Nótese que en esa época el Perigord estaba sembrado de herrerías que hoy han desaparecido en su totalidad.

(1) Inventario de Perigord, pág. 41.

II

Crímenes que hoy no se consideran como tales (tercería, blasfemia, infracciones á los mandamientos de la iglesia, no catolicismo, etc.).—Procesos formados á muertos.—Condenación de la memoria de personas.—Persecución de los calvinistas por el presidial de Agen.—Crimen de emigración.—La noción de una libertad de conciencia y aun de una libertad individual cualquiera, falta en todas las clases de la sociedad.—Interdicción de salir de noche; el concubinato es objeto de persecuciones serias; derecho de censura ejercido por la comunidad, por el padre de familia.—El rapto castigado con pena de muerte.—Bajo estas exageraciones estalla el sentimiento del honor familiar.—Crimen de sortilegio.—Los pequeños señores se dedican al robo y al pillaje de las propiedades vecinas.—El robo en las casas no es desconocido.

Veamos los crímenes que ahora no existen ó que no se consideran como tales. Había entonces muchos que en los modernos tiempos se consideran como delitos, faltas ó hechos lícitos. Una vez se habla del «crimen de tercería», otras del crimen de fornicación, del crimen de lujuria, del crimen de escándalo; en cada página, del crimen de blasfemia ó de anticatolicismo, y raramente, pero alguna vez del crimen de adulterio, del crimen de duelo, y sobre todo, del crimen de caza. De oficio y sin que preceda querella marital, se perseguía el adulterio. En 1685 (Perigueux) el procurador del rey «demandó por crimen de adulterio cometido con escándalo y con tolerancia del marido», é hizo condenar á los tres culpables al destierro fuera del recinto de la senescalía y á una multa. En el número de los más graves crímenes debe contarse la blasfemia y la infracción de los mandamientos de la Iglesia. En 1696, demanda del procurador del rey «contra Gabriela Frenón, *hija del ministro* (se trata de la época en que fué revocado el Edicto de Nantes), y contra Juana Madranges, su sobrina, acusadas de haber contravenido las ordenanzas y reglamentos relativos á la observancia de las fiestas de la Iglesia católica, especialmente por haber lavado y haber hecho lavar la ropa *en el día de San Lorenzo*, fiesta de guardar». Dos páginas más arriba veo que dos campesinos fueron denunciados por haber jugado á los bolos durante la hora de vísperas; y otros por haber hecho ruido fuera de la iglesia mientras duraba la misa, por no haber saludado una cruz al pasar, y por haber dado de comer y de beber en una posada un día de fiesta (1). En 1659 un maestro carpintero llevó su irreligiosidad hasta el punto de trabajar en su casa «en presencia de su

(1) Y no solamente se llevaban á cabo esas denuncias contra personas del pueblo; también, y en mayor número que pudiera suponerse, aun durante el curso del siglo XVIII, contra miembros de la nobleza y de la magistratura. En 1725 veo una demanda del cura de Laroque-Gajac, pequeño ayuntamiento de Sarladais, contra un magistrado de Sarlat, «que ha estado irreverente en su capilla (en la capilla del demandado) causando escándalo, el día del Corpus, en compañía de varias señoritas y de algunos jóvenes.»

padre y de la gente de su taller, en el día de Pentecostés y durante la misa»; y la información, hecha á instancias del procurador del rey nos hace saber que aquella acción inaudita produjo un gran escándalo en toda la parroquia (Perigueux).

En 1594, verdad es que el espíritu de la Liga vivía entonces «Thony Rousseil, acusado del crimen de lesa majestad divina, fué condenado á hacer confesión pública un día de audiencia en Perigueux y delante de la puerta de la iglesia de San Pablo de Serre, durante el servicio divino, teniendo la cabeza descubierta y los pies desnudos, en camisa, con la *hart* al cuello (1) y con un cirio de cera del peso de una libra en la mano; y en esa forma declarará que ha blasfemado contra la majestad de Dios y escandalosamente proferido las palabras siguientes sobre el santo sacramento de la Comunión: «Todo lo comes y todo lo bebes; que te aproveche: que Dios tenga el alma del difunto y San Miguel las tripas;» palabras de que se arrepiente y pide perdón á Dios, al rey, á la justicia y al cura de su parroquia: el acusado sufrirá de seguida la operación de que se le traspase la lengua con un hierro candente, inmediatamente será azotado con cuerdas hasta que vierta sangre... y pagará además una multa de veinte escudos.» Un siglo después, la severidad contra los blasfemos no había diminuido, sino lo contrario. En 1638 (Perigueux), un acusado, convencido «de haber blasfemado contra el santo nombre de Dios», y condenado á un acto público de la misma clase que el anterior, con el aditamento de que el cirio será de dos libras de peso y que el malhechor llevará un cartel con estas palabras: *blasfemo ordinario;* la sentencia añade que «el procesado será nuevamente conducido á la cárcel al cuidado del verdugo, el cual volverá á sacarlo un día de fiesta, llevando el preso la cuerda al cuello, en camisa, con la cabeza y los pies desnudos», repetirá la confesión de su pecado, y después será conducido en el mismo estado á la plaza de la Clantre, donde quedará sujeto á la argolla por espacio de cuatro horas; en seguida será conducido á la cadena, para ser atado á ella y servir «de forzado en las galeras del rey durante cinco años...» Bien se ve que el Presidial de Perigueux se conformaba al deseo de Colbert referente al hecho de que los tribunales de justicia proveyesen de remeros las galeras de S. M.

Pero desde los comienzos del siglo XVII no descubro persecuciones contra ese crimen, que al parecer había caído ya de moda. Se perseguía aún la blasfemia solo accesoriamente y cuando iba acompañada de ataques á la persona del cura ó de cualquiera otra violencia. El ladrón sacrílego es castigado como sacrílego, pero sobre todo como ladrón. En 1737, por ejemplo (Perigueux) demanda del prior cura de Miremont contra un cierto Blondel «que

(1) La *hart*, es sabido, era la cuerda que servía para estrangular á los criminales.

le amenazó públicamente con mil blasfemias darle golpes» En 1746 un sacerdote, un carpintero y un jornalero son «acusados del crimen de sacrilegio y de hurto de vasos sagrados», cometido en la iglesia parroquial de la ciudad de Brantôme con fractura de la puerta de la dicha iglesia». En 1779, varios particulares fueron «acusados del crimen de exhumación y de profanación, cometido en el antiguo cementerio de Cubzac» y al mismo tiempo, de haber pronunciado discursos impíos y escandalosos. Después de esa fecha, me parece que los blasfemos perigordinos han quedado completamente impunes. La enciclopedia realizó su obra.

Entre los crímenes que ya no lo son, y que según creo no volverán á existir, puede contarse el hecho de profesar una religión contraria á la del culto oficial. Los años que siguieron á la revocación del Edicto de Nantes (1686), abundan en persecuciones contra los protestantes y sus pastores. En 1689, se dice incidentalmente en un proceso instruído en Perigueux, que «en cumplimiento de órdenes del rey y de los señores del tribunal Presidial, Juan Darpés, ujier... ha pasado á la villa de Mussidan para reducir á prisión al señor Mizambini, ministro de la R. P. R. (1) y conducirlo á las prisiones de Perigueux» Se añade que «en el momento en que lo conducía, un individuo llamado Laubaire, de Mussidan, acompañado de otros muchos quiso libertar al preso y amenazó de muerte al conductor si no soltaba al que era ministro de ellos». El mismo año, en Sarlat, hay otro proceso del Procurador del rey contra Juan Tresfeilh y el nombrado Duverger, su yerno, «nuevos convertidos», que han presenciado «varios discursos insolentes, sediciosos, contrarios á la religión y al bien del Estado, demostrando su espíritu de revuelta y su unión con el enemigo jurado de la Iglesia y del Estado, y ocultado armas en vez de entregarlas, lo que puede hacer conocer su inteligencia con el príncipe de Orange, enemigo capital de la Corona. Como siempre, la política se mezclaba con las cuestiones de conciencia: y cuando la persecución, á fuerza de excesos, parecía haber matado ó herido el sentimiento de patriotismo en el alma del perseguido, ella (la persecución), se creía suficientemente justificada por el efecto alcanzado.

Se sabe qne mucho tiempo antes de 1686 el terrible edicto de Luis XIV había sido presentido y desgraciadamente reclamado por esa tiranía anónima que se llama *vox populi* (1).

(1) Religión pretendida reformada.

(1) Se hallarán pruebas de este aserto en *La Policía, en el tiempo de Luis XIV*, por Pedro Clement (1686). «En 1682 el dependiente de un comerciante de vino del barrio de San Marcel, afiliado como su principal á la religión reformada, recibió un golpe mortal en una pendencia. Un vicario de San Medardo fué á verlo y no consiguió decidirlo á que se confesara.» «El pueblo bajo, dice una relación de la policía, habiendo tenido conocimiento de este hecho, se reunió en un momento en número de siete á ocho centenares, y estando

La magistratura, lo mismo que el clero, había entrado en «el movimiento» y estoy convencido de que los miembros de la sala de justicia, los más adelantados y los más ilustres de su tiempo, no debían ser los últimos que se distinguieran por sufrir persecuciones, tales como la siguiente: En 1680 «Juan Gommar, ministro de la ciudad Mussidan (Mussidan era un barrio del protestantismo en Perigord), fué acusado por el procurador del rey de haber realizado, con la ayuda de cómplices, estos hechos: 1.°, hizo sonar la campana del templo, mientras que se celebraba el oficio divino en la capilla de Nuestra Señora de la Roca (1) con desprecio de la religión católica y de la procesión; 2.°, celebró una reunión particular con los ancianos del consistorio para violentar el espíritu de su hija, que deseaba seguir la religión católica; 3.°, cometió una impiedad con la santa Virgen..., etc. Por estos delitos aquel pastor fué condenado á seiscientas libras de multa «aplicables á las reparaciones de la capilla de Nuestra Señora de la Roca» Y debió alegrarse de verse libre á tan poca costa. Las abjuraciones arrancadas á los protestantes, por toda clase de medios violentos ó pecuniarios, eran raramente sinceros y frecuentemente producían retractaciones, sobre todo en la hora de la muerte; esas retractaciones daban origen á persecuciones seguidas contra los relapsos ó contra su memoria. En 1697 (Perigueux) la señorita Juana Javard «en presencia de los alguaciles de la jurisdicción encargados de levantar un acta, del cura y de tres testigos, declara que ella quiere «vivir y morir en la pretendida religión reformada de la que antes había abjurado»; y el procurador del rey, en virtud de la declaración real de 26 de Abril de 1686, pide permiso para detenerla y formarle causa. En 1702 un comerciante holandés, naturalizado en Francia, que había abjurado el calvinismo, muere en la Senescalía de Perigueux; y el procurador del rey promueve una información para averiguar en qué religión había muerto. El 17 de Febrero de 1701, treinta y cinco habitantes de Villafranca Belvés (Sarlat), habían firmado una abjuración solemne. Algunos meses después una señora de las firmantes, Ester de M. se negó á confesar estando enferma de muerte, y declaró que deseaba morir en su religión»; después de su

---

delante de la puerta del herido los amotinados, hicieron todas las violencias que se pueden imaginar, tiraron piedras contra las puertas, amenazaron con palos, rompieron las mismas puertas en varios pedazos, destruyeron todos los cristales y se esforzaron para entrar en la casa gritando: Ese es un hugonote y un incrédulo calvinista á quien es preciso matar á palos; prendamos fuego á las puertas, si no nos entregan al herido.»

La llegada de un inspector de policía puso al populacho en fuga.

(1) En las clases teocráticas tales persecuciones parecen naturales. Todavía en nuestros días, en la India, según Summer-Maine, se han publicado decretos de la justicia inglesa «autorizando á varios sacerdotes para quejarse como lesionados en su propiedad y en su honor, porque en un momento dado de sus ceremonias una campana de otra pagoda había repicado en su vecindad» *(Historia del Derecho*, pág. 63).

muerte «el procurador del rey formó un proceso á su memoria». En 1703 otro proceso de igual naturaleza contra la memoria de otro firmante, muerto en condiciones análogas. Esos procesos contra los muertos nos sorprenden, pero no admiraban á nadie (1), en una época en que la inmortalidad póstuma era general y profundo nuestro asombro, en este punto sirve para medir la declinación de nuestra fe. Tal vez se considere interesante el conocer la penalidad á que eran condenadas aquellas personas después de muertas. Véase una muestra de las sentencias que se dictaban. En 1740 un decreto del Senescal de Sarlat, condena la memoria de María de S., convencida del crimen de apostasía y ordena que permanecerá para siempre olvidada, y al mismo tiempo la condena á una multa de los dos tercios de sus bienes para el rey y para los gastos. No eran, como se ve, condenas platónicas, y una sentencia de horca ó de estrangulamiento en efigie hubiera sido preferible para los herederos (2); pero todavía en 1740, en pleno siglo XVIII, se publicaron parecidas sentencias.

Y, á pesar de todo, el celo de las persecuciones en Perigord fué bien tibio comparado con el ardor seguido en Agenais. El inventario de la Senescalía de Agen nos da una amplia prueba de este asunto, y nos da á conocer la intensidad de las pasiones religiosas en aquel país. Un proceso por homicidio solicita nuestra atención y nos muestra el encarnizamiento con que protestantes y católicos se disputaban el alma de las gentes. Un tal Daniel Bourgié, hacendado de Castelmorón, calvinista, abjuró de su religión; algún tiempo después, solicitado por sus antiguos correligionarios, se dejó —nos dicen—«arrancar una declaración en la que revocó su abjuración». Nuevo asedio por parte de los católicos que le obligan á retractarse de su retractación, y ya estaba á punto de ceder cuando fué asesinado; y ¿quién es acusado, quién parece natural que fuera acusado de ese asesinato? El ministro y los cofrades de la R. P. R. y otros cinco individuos que quisieron evitar á aquel otro el incurrir en un nuevo acto de debilidad. Si veintitrés años antes de la revocación del Edicto de Nantes, la excitación de los partidos y de las sectas en Agen había llegado á esa altura, puede pensarse hasta donde ascendería al día siguiente de aquel golpe de Estado autocrático. En 1687,

(1) No solamente por causa de apostasía, sino también por otras varias, la memoria de los muertos podía ser incriminada. En 1752 veo que la memoria de un hombre fué acusada de soborno de testigos.

(2) Se comprende que la perspectiva de tales tratamientos pusiera en fuga á los sospechosos.

Así no me extraña el ver en 1700 (Sarlat), un malhechor boticario, protestante, cuya casa había sido invadida á media noche por un sargento, portador de un auto de prisión contra él, que se escapó en camisa y con los pies desnudos, por un derribo próximo, mientras que su mujer, que no había tenido tiempo de salvarse, ocultaba debajo de la falda los Salmos de Marot.

treinta y ocho acusados, de los cuales habían sido detenidos diez y nueve y diez y nueve había ausentes, fueron condenados por el Presidente de Agen «por haber asistido á las asambleas nocturnas que celebra la R. P. R.» Cuanto á los diez y nueve ausentes que tuvieron la buena idea de huir no nos causan lástima; una ejecución en efigie no es cosa que les asustara á través de las fronteras. Pero de los diez y nueve detenidos, él principal fué condenado á hacer confesión pública según la costumbre tradicional, y después á ser colgado y estrangulado; y probablemente sufriría un interrogatorio cuyo resultado determinaría la suerte de los otros diez y ocho presos. Hasta 1717 las persecuciones vejatorias ó sanguinarias continuaron en ese mismo tribunal; en esa última fecha, de cuatro acusados convencidos de seguir la R. P. R., uno solo fué condenado á la horca. Notemos, á propósito de las vejaciones, que se hizo una información contra muchas personas culpables de haber asistido al entierro de una «nueva convertida» inhumada en su recinto; y en 1703, hubo persecuciones contra «Prignon de Malerbe, nuevo convertido, el cual hacía profesión de comer públicamente y con escándalo, carne los días prohibidos.» Entiéndase que los procesos á las memorias todavía en esa fecha no faltan.

Ese terrible Presidial de Agen era desapiadado no solamente con los calvinistas convencidos, sino también con los sacerdotes católicos que en diferentes lugares se esforzaban por endulzar el rigor de las ordenanzas. En 1714 condenó á galeras perpetuas á un cura cuyo crimen había consistido en haber bendecido, sin las formalidades dilatorias requeridas, el casamiento de cuarenta «recién convertidos». Por lo que aparece, aquellos individuos estaban ya casados según el rito protestante, y el buen cura no tuvo calma para prolongar indefinidamente la separación canónica de los consortes. El decreto añade que el matrimonio de esos «recién casados», que sin duda antes habían sido esposos, se había anulado «y se les había prohibido visitarse y tratarse íntimamente, bajo pena de ejemplar castigo». Otro cura, en la misma época y en la misma Senescalía, fué castigado también con pena de galera durante algunos años, por una complacencia análoga.

Admiremos de paso aquella expresión de «recién convertidos» y otra vez «nuevos católicos» aplicada á gente que están convertidos tan poco y son tan poco católicos, como que se les condena precisamente por no estarlo ni serlo. No lo eran, es verdad, pero estaban matriculados como si lo fuesen, porque el rey había querido que así fuera: esta es una de tantas «mentiras convencionales» de que toda sociedad tiene hambre y sed, desde el comienzo del mundo, una de tantas ficciones hipócritas que aun contradiciéndose mutuamente persisten afirmándose.

Crimen de apostasía, crimen de infidelidad religiosa, crimen por manifestar sentimientos humanitarios en favor de los herejes; ¡cuántos crímenes que

ahora no existen aparecieron durante las persecuciones contra los protestantes! Conviene señalar otro, que desgraciadamente está destinado á reaparecer más tarde: el crimen de emigración. En 1689 veo en Agen á una Moisés Lacorte, acusada de haber favorecido la fuga de «nuevos convertidos» fuera del reino; en 1701, y también en 1702, encuentro persecuciones semejantes, en particular contra un individuo culpable «de haber alojado á un extranjero que conducía á algunos recién convertidos fuera del reino». En Sarlat y en Perigueux, lo mismo. Escasamente un siglo después, otros emigrados, entre los que se hallan *los descendientes de los perseguidores,* son tratados de igual manera.

Si á pesar de los testimonios de la historia se dudase de que tales persecuciones hayan sido, no solamente aprobadas, sino reclamadas por el pueblo francés, bastaría que se leyeran algunas líneas de los documentos que tenemos á la vista para convencerse del fanatismo despótico de las masas de aquel tiempo y de todos los tiempos. En 1763 (Perigueux) querella «de Leonardo Bramand, labrador, contra el señor Rousset, cura de Augignac, porque le negó la comunión». En 1768, querella del cura prior y canónigos regulares del priorato de San Juan de Cole, contra los nombrados Baricot y Pradel, que los han injuriado y amenazado porque «no querían hacer procesiones en un día de tempestad». Aquellos eclesiásticos eran más prudentes y menos supersticiosos que sus feligreses; sin duda habían leído los tratados de electricidad que entonces se usaban, y tenían miedo del rayo. Pero, sobre todo, aquellas apelaciones de alzada contra el clero seguramente han producido su resultado.

A todo el mundo, lo mismo á las clases directoras que á las masas dirigidas, faltaba la noción más elemental, no digo ya de la libertad de conciencia, sino hasta de la simple libertad individual. Me sorprende mucho que tal disposición del espíritu, una laguna intelectual tan grande y tan universal, no haya conducido desde luego al socialismo del Estado, porque era la consecuencia lógica, inminente. Puede considerarse que la revolución francesa y el siglo de turbulencias, de emancipación, que la siguió, fuera una detención causada al desarrollo de aquella obra formidable. En 1716, el archivo de Perigueux registra una circular ministerial, invitando al procurador del rey á hacer ejecutar las ordenanzas «que prohiben á los hosteleros y taberneros el tener sus establecimientos abiertos los domingos y días de fiesta, *y á todas personas el andar de noche por las calles de las ciudades, villas y aldeas de la jurisdicción de la Audiencia de Burdeos*». Muy natural parecía entonces el prohibir á todas las personas el salir por la noche. Nada ha de sorprender, por tanto, si se lee de tiempo en tiempo algunos pasajes como los siguientes: «Denuncia (en 1755) del promotor de la diócesis dirigida al procurador del rey contra M. de Ch. de Chant, y la señorita Ma-

ría V...., que viven juntos en la villa de Mussidan sin estar unidos por lazos matrimoniales.» Mucho tendría que hacer la autoridad eclesiástica ó cualquiera otra que en nuestros días se ocupara en denunciar delitos de esa especie. Aún leemos hacia 1740: «Juan Bazinette, médico cirujano, convencido del *crimen de fornicación*, seguido de preñez y de parto» con su cómplice «la señorita María Robert de N., burguesa de Perigueux». Sin embargo, la tendencia del siglo ha llegado hasta nosotros; aquel médico galante no fué condenado por *su crimen* más que á indemnizar por daños y perjuicios á la persona que sedujo.

Pero no se descuidaban, generalmente, respecto al capítulo de las costumbres, si bien, cuando un eclesiástico era por ese motivo reprensible, lo que sucedía con bastante frecuencia, era él quien menos perdía. El procurador del rey, en 1745 (Perigueux) informa contra M. Antonio Gatignol de Lantis, de Labagie, sacerdote, cura de la parroquia de Antón, acusado del crimen de escándalo. Otro sacerdote fué acusado, en 1764, del *crimen de lujuria*. Otro, en 1742, «fué acusado por el crimen de rapto con seducción é incesto espiritual con escándalo». Incesto espiritual significa, sin duda, el crimen de fornicación, cometido con una niña ó con un penitente.

Todo el mundo se atribuía de buena fe un derecho, un deber de vigilancia moral sobre la conducta de su prójimo, y, en especial, de sus vecinos. Cuando un acto, desaprobado por la costumbre, tal como el casamiento de una viuda, se producía en una villa ó en una aldea, el oprobio caía sobre la población entera de la localidad, y para lavarse de la falta imponía un castigo expiatorio á los autores del hecho escandaloso y á sus parientes y aliados, en virtud de esa noción de la responsabilidad familiar que está encarnado en el corazón del vulgo. La esposa Jardel, de Sarlat, se queja en 1787 «de las injurias y excesos cometidos en contra suya por la nombrada Campagnac... (1) y otros *quidams* que han venido á dar una cencerrada en mi puerta, que han pretendido romper, y han dirigido insultos *con el pretexto de que uno de sus cuñados* se casaba con una viuda del arrabal de la Bouguerie (2). ¿No puede verse en esa antigua costumbre de las cencerradas abusivas y en otras muchas manifestaciones tradicionales no menos atentatorias á la libertad individual, una dependencia, un resto último de la estrecha disciplina que, según nuestros eruditos, mantenía uni-

(1) El texto dice: «la nombrada Campagnac, dicha M... de Poule». Esta especie de sobrenombre depresivo era frecuente antes en nuestras poblaciones rurales; y lo noto aquí como indicio de la grosera llaneza de costumbres que da á conocer.

(2) La reprobación contra las segundas nupcias se manifestaba de otras varias maneras. Entre los juegos públicos que tradicionalmente se celebraban en Sarlat en el carnaval y que no han desaparecido hasta 1790, noto el del cántaro roto, cuya presidencia injuriosa y burlesca seguramente se imponía á la última viuda que se había vuelto á casa durante el año.

das en los primitivos tiempos las chozas aglomeradas en *comunidad* de aldea? La existencia de esos grupos comunistas en una determinada época (muy remota, según creo), no es dudosa sino en Germania, á lo menos en la India, en Rusia, en todas las naciones eslavas. ¿Nos han copiado el *mir* ruso, el *town ship* sajón, la *Zadruga*, etc.? Existía quizá en Germania, aunque Fustel de Coulanges lo niega con gran fuerza, pero de seguro en otros países (1) un derecho, un beneficio de los vecinos, de readquirir la propiedad comprada por un extranjero; como existe aún en nuestro Código civil un derecho parecido al beneficio de los coherederos de los cuales uno haya vendido á un extranjero su parte de herencia.—Esta *readquisición vecinal*, hasta cierto punto parecía denotar entre los vecinos un lazo comparable al de la *readquisición subcesorial*, conservado entre los miembros de una misma familia ó al de la *readquisición señorial*, bajo el antiguo régimen entre el señor y el vasallo.—Ahora bien; no quiero discutir por el momento esas tesis ó esas hipótesis; pero haré notar que si es así, las cosas ocurridas de la especie de las que la esposa Jardel se quejaba en Sarlat, en 1787, son propias para hacernos estudiar las *comunidades* de las aldeas bajo nuevos aspectos mucho menos encantadores que la apariencia idílica con que ordinariamente se nos presentan.

Este derecho de censura que se atribuía toda la vecindad, pertenecía con doble razón á los parientes. Al padre, en primer lugar. En el siglo XVIII, en nuestras provincias meridionales, la autoridad del *pater familias* conservaba su sabor arcáico, todo romano: las actas de emancipación, por mucha edad que tuviesen los hijos, se hacían siempre, dicen los documentos, en la forma solemne de otros tiempos, estando el hijo de rodillas y con las manos atadas delante del padre, que se las desligaba. Uno de los más negros crímenes era el del rapto, el de apoderarse de una joven con el objeto de casarse con ella contra la voluntad de sus padres: el raptor era castigado á que le cortaran la cabeza, y el cuerpo fuera hecho trozos por el verdugo. Podemos estar ciertos de que en 1713, cuando un magistrado de Sarlat se querelló ante el Senescal contra una muchacha de conducta ligera, «que fué á uno de sus dominios para sobornar allí á su hijo, M. Guillermo L..., abogado de la Audiencia, é inducirlo á actos concupiscentes»: nadie en Sarlat se rió de él ni de ese gran hijo, abogado, falsamente sobornado por una muchacha. También podemos estar ciertos de que en 1708, la querella de una mujer contra su cuñada que llevaba una vida escandalosa, y otras muchas querellas semejantes emanadas de algunos parientes, han tenido la aprobación general.

En el fondo, bajo esas exageraciones ó esas rarezas, brilla con toda su fuerza un sentimiento del que no nos queda más que la sombra medio desvane-

(1) Véase la *Historia del Derecho*, por Dareste (1889).

cida; un sentimiento purísimo de los más nobles, el único capaz quizá para luchar con éxito contra el ascendiente de las pasiones y de la codicia: el sentimiento del honor familiar. Pero es preciso reconocer que sus manifestaciones son á veces extraordinarias. He aquí, por ejemplo, un secuestro que se nos ofrece bajo aspectos muy románticos, en el proceso á que dió motivo en 1696 (Perigueux) la misma persona robada, «la señora Catalina de Cors, viuda del Sr. Joaquín de Abzaca, señor de Meziere y de Villars», se dirigía desde su castillo de la Renaudiere á la ciudad de Nontron, cuando cerca del castillo de Lage aparecieron «tres hombres á caballo, la cogieron violentamente y la condujeron á la aldea de Nondonaet. Cuando sobrevino la noche llegaron seis ó siete personas más, también á caballo, entre las cuales había un cura y una persona enmascarada». La pusieron á la grupa con un criado, después de haberle atado las manos y los pies, «y la condujeron de casa en casa hasta el castillo de Plieux, en la senescalía de Lectoure, donde la encerraron en un chiribitil y la trató con toda crueldad». ¿Y por qué todo este dramático aparato, este movimiento escénico de una tramoya tan complicada y misteriosa? Sencillamente porque la madre de la señora de Cors había oído decir que «que corrían sospechosos rumores referentes á la conducta de su hija» en la ciudad de Nontron, y quería hacer desaparecer esas voces de perdición. Bajo las órdenes de su madre se había llevado á efecto el secuestro. La joven viuda hizo declarar que «siendo viuda era dueña de su persona», pero no sin gran trabajo pudo obtener de la justicia, visiblemente predispuesta contra ella, el fin del secuestro maternal.

No me perdonaría el haber olvidado, al hacer la enumeración de los crímenes fósiles, el crimen de hechicería; pero sírvame de excusa el hecho de que aparezca muy raramente en los documentos de que hago uso. La mayor parte no se remontan más allá de los primeros años del siglo XVII: la edad de oro de las brujas había pasado: en el Inventario de Sarlat no se hace de ellas mención, y me extraña, porque la creencia en las hechicerías no ha desaparecido completamente en las aldeas atrasadas; y hace dos años hice condenar por estafa á un empírico de Domne que curaba todas las enfermedades de su clientela numerosa y aun escogida, por los más variados procedimientos mágicos, comprendiéndose entre éstos el pago de una suma de siete, catorce ó veintiún francos ú otro múltiplo de siete. Como quiera que sea, en el Inventario de Sarlat no he hallado más que la mención siguiente: En 1713, un canónigo regular, del Capítulo de San Cipriano, presentó querella contra Beltrán R., escolar, de edad de quince años, «que se ha vanagloriado de hacer bailar á todas las muchachas de San Cipriano, y particularmente á la llamada Juana Rouchon, y de hacerse seguir por ellas á todas partes, mediante una hierba encantadora, llamada la *matagot*, colocada por él en

el misal un día en que el querellante decía misa...» Pero en el Inventario de Perigueux hallo una condena en una sala, contra un hechicero, y en la fecha de 1559. Convencido del crimen de *sortilegio*, fué condenado á ser ahorcado y estrangulado, «y después su cuerpo será quemado y sus cenizas dispersas». También en la fecha de 1778 aparece incidentalmente el nombre del «hechicero Pedro», pero de él no se dice más sino que fué perseguido. Solamente después de estas transformaciones y de varios cambios de color, ha podido la incriminación de *sortilegio* reaparecer de tiempo en tiempo. En 1784, encuentro una información relativa al envenenamiento de la fuente de Pradelles, información en la que eran acusados un señor de Feuillade y su criado. Esa invención popular del envenenamiento de las fuentes, que aparece en muchas épocas de turbulencias, ¿no es la última fase que adopta la evolución de la hechicería?

El Inventario de Cahors da noticia de un curioso caso de hechicería y en una fecha muy adelantada: sin duda el Quercy estaba muy atrasado respecto de las otras provincias. Juan Lacán y Juana Pegourié en 1661 fueron acusados de los «crímenes de sacrilegios, sortilegios y otros maleficios»; preguntados, los confiesan todos y el resto. Juan Lacán confiesa «haber ido el sábado y haber visto el demonio haber pisoteado en su presencia los Santos Sacramentos y haber obtenido dinero, así como la facultad de viajar con una extrema rapidez, lo que le ha permitido visitar el reino de España». Juana Pegourié se acusa de haber ido el sábado, de haber visto el demonio, de haber sido conocida carnalmente por él, etc.». Interrogados de nuevo para el efecto de saber «si los tormentos les habían obligado á declarar maleficios que no hubieran cometido», insistieron en sus afirmaciones. Como era justo, fueron colgados y estrangulados, y después sus cuerpos fueron quemados y esparcidas sus cenizas. Todo estaba arreglado. Nosotros no nos cansamos de maldecir hoy á sus jueces; pero la conciencia de éstos debería estar en perfecta calma después de tales confesiones repetidas y confirmadas. ¿Acaso podían adivinar á dos siglos y medio de distancia el hipnotismo, la sugestión, la teoría de la alucinación y de la medicina mental? Para nosotros, la persistencia misma de esas declaraciones tan insensatas como sinceras constituye una prueba completa del delito de sus autores; pero á los ojos de los magistrados de la época debía aparecer la demostración irrefutable de su culpabilidad. Observación que podrá hacernos reflexionar á nosotros mismos, los magistrados contemporáneos.

Una clase de atentados, renovada frecuentemente en el siglo XVII y aun también en el XVIII, es el ataque á mano armada y el saqueo de los castillos, no por bandas de aventureros, sino por los castellanos vecinos que tenían alguna ofensa que vengar ó que reparar alguna pretendida injusticia. Este era evidentemente el último resto de las guerras privadas de la Edad

Media. Hago juez al lector. En 1683 (Sarlat), el noble Francisco de Mellet, escudero, dueño del castillo de Mellet, se queja del señor Rouffignac y de la señora Margarita de la Morelie «que, acompañados de treinta ó cuarenta personas armadas de espadas, pistolas y fusiles, se han apoderado del castillo por fuerza y violencia, han roto y destrozado las cajas, tomado dos mil libras de plata y más de cien luises de oro y ropas y telas». En 1698, querella de la señora Catalina de Montesquieu contra el noble Pedro de Vassal, señor de Caumont y Carlos de Vassal, su hijo, «que, acompañados de unas diez personas armadas de espadas, pistolas y fusiles, han venido por la noche y se han apoderado de los granos y frutos que había en la granja de su alquería de Ginebra». En 1702 (Perigueux), leo dos hechos semejantes. El uno es revelado por la querella de Marco de Vassal, señor de Bellegarde, que mientras él estaba en Castilbonnes, «una treintena de hombres entre los cuales iban principalmente Saint-Tizier, Pedeville Pey y Charnand robaron y devastaron su castillo». El otro hecho es todavía más extraño. Se trata de una madre que toma por asalto el castillo de su hijo. Carlos de San Anstier, señor de Bories, «se queja de que la señora de Bories, su madre, en compañía de sus lacayos, de una doncella y de veinte personajes más, todos á caballo y todos armados, fué durante su ausencia á dar golpes con piedras á la puerta situada al extremo del puente que está á la entrada del castillo y quiso abrirla por fuerza, ordenando á sus cómplices que buscaran hachas y escalas para romper las puertas, escalar las murallas y tomar el castillo». He ahí una madre terrible de un tipo que ha desaparecido ya felizmente. Seguramente llevaba en las venas sangre de guerreros. Sin embargo, debo decir que el éxito no respondió á tanta valentía; porque algunas piedras arrojadas delante de los sitiadores los pusieron en fuga. Si de madre á hijo sucedían estas cosas, ¿qué pasaría entre caballeros no parientes? En 1696, Francisca de Chabans se queja de que el 21 de Febrero de aquel año «una centena de personas desconocidas para ella, provistas de pistolas, fusiles, alabardas, garrotes, barras de hierro y otros instrumentos de esa naturaleza, se aproximaron á su casa, rodeándola y gritando que iban á quemarla y que iban á degollar y matar á todos los habitantes. Todos se pusieron en actitud de ejecutar este designio. La querellante se dirigió á un cierto individuo que guiaba á la gente, y habiéndole preguntado por qué venía á mano armada á sitiar y á demoler su casa, éste le contestó que era un criado del conde de Riberac y que tenía orden de dirigir aquel grupo, de forzar las puertas y de destruir las murallas». Este conde de Riberac era un viejo feudal atrasado en su mismo siglo, un barón de Adrets en pequeño. Su nombre aparece muchas veces. Un médico que tiene la desgracia de habitar en la terraza de su castillo y que no sabe por qué ha provocado su odio,

tiembla ante las amenazas de muerte del conde y pide con encarecimiento la protección del rey, de la justicia. Desde lo alto de su terraza, el conde le hace arrojar piedras y otros proyectiles, y esto diariamente, por sus criados. Un poco después, vemos que este mismo conde persigue á un alguacil, porque éste en un acto oficial le llamó simplemente *messire*». Desde ese día, el conde, que había empezado por abofetearlo, dió orden á sus criados para que lo detuviesen donde lo encontrasen y lo llevasen á las prisiones de su castillo, lo que obligó al querellante á retirarse á la parroquia de Ponteyrand para ponerse al abrigo de violencias. Diez ó doce criados de dicho señor, armados de espadas y de mosquetes, lo buscaron por todos los caminos para aprisionarlo...» Era la época de las últimas convulsiones del feudalismo expirante bajo el saludable despotismo del gran rey; pero hasta el fin, el fiero conde había de burlar la justicia del rey, porque en 1714 aún encontramos una queja de Adriano Beaupoil de Saint-Aulaire, marqués de Fontenille, porque una banda de gentes de mala fama «le ha robado un rebaño de carneros y de ovejas por orden del conde de Riberac».

Esos robos de ganados realizados con atrevimiento en banda y por espíritu de venganza, más bien que por codicia, son una de las ocupaciones más características de los pueblos primitivos. Aun el mismo robo de ganados, con un móvil esencialmente codicioso, como lo practican los bandidos sicilianos, el carácter de *razzia* militar con que los realizan, le prestan un cierto lustre. Y todavía en nuestros dias, en los países más civilizados, el robo de un caballo en una cuadra, ó de un par de bueyes en una granja, tiene cierto color arqueológico que no permite confundir á su autor, bohemio ó bandido, con un simple ladrón de dinero, bien que la caballería, en la época en que el *Cheptel* es el único capital *(pecunia, pecus)*, haya comenzado por ser el único dinero en circulación. Ahora bien; entre el pillaje desenfrenado de una tribu bárbara que se apodera de todos los ganados de una comarca, y los robos de gallinas que se cometen aún á diario en nuestros campos, hay una serie de transiciones sucesivamente recorridas, á medida que el animal robado ha disminuido en tamaño y en calidad, y que el número y la significación de los ladrones ha ido rebajándose. El conde de Riberac ocupaba un lugar preferente en esta escala, y, seguramente, estaba más cerca de Caco, raptor de los ganados de Hércules, que de nuestros ladrones de gallineros. Pero en su tiempo, su conducta no tenía nada de excepcional, y á sus ojos, el robo de ganado, aunque éste hubiera perdido su antigua significación, y hubiera cambiado su nobleza primitiva, no dejaba de presentarse bajo aspectos especiales muy distintos de los que tiene para nosotros: el ganado era entonces una riqueza aparte, una riqueza viva y sagrada. Leo por incidencia esta frase: «El día de San Roque, día de la

bendición de los bueyes...» Robar esos bueyes benditos, ¿no era un acto más bien de sacrilegio que de latrocinio? Verdaderamente, para esa empresa era necesaria una audacia rara digna de mejor empleo. En 1726 (Sarlat), querella de un señor de Ponteille, de la aldea de ese nombre, junto á Carlus «contra los nombrados Giraud Escarotte y Guillermo E..., gente de mala fama de la villa de San Julián Lampón (1), que, *á imitación de los piratas corsarios de mar*, le han robado sus mejores bueyes, les han hecho pasar el río y los han llevado al lugar de Fenelon, parroquia de Santa Mordana, donde los encontró antes de que hubiesen tenido tiempo de degollarlos». En 1757, el procurador en Sarlat informa contra una banda de ladrones gobernados por un tal Saint-Pierre y su hijo, que se ha extendido por la comarca de Terrasson, donde se entregan al robo de caballos y de borricos. Los borricos... eso ya es menos noble: se nota la decadencia gradual de ese crimen que en otro tiempo era tan considerado.

Pero vuelvo á tratar de los pequeños asedios de los castillos, de que hablaba hace un momento, ridícula copia de los hechos de armas que ilustraron los Du Guesclin y los Sires de Coucy, individuos que también tuvieron imitadores; pues sin duda, á imitación de ellos, se realizaron grandes saqueos y robos de casas rurales.

A medida que la nobleza abatida se aproximaba más á las clases inferiores, éstas se sentían más dispuestas para dar libre curso al deseo que siempre habían tenido de imitarlas. Copiaban su lujo y sus vicios, esto es bien sabido, y la prueba la encuentro, sea dicho entre paréntesis, en una causa de robo. En 1720 (estamos en la época de la regencia), una María de Tapinois, «comerciante en la villa de Sarlat», formula querella contra «Juan Vilatte, natural de la Plaine, su aprendiz», que le ha robado dinero de sus cajones con la ayuda de llaves falsas para emplearlo, no como harían los dependientes de nuestros días, en divertirse y correr una broma, sino en comprar «trajes de paño del Elbœuf con botones de plata, medias de seda de muchos colores, escarpines, etc.»

Era un verdadero frenesí imitativo, que desde los vicios se extendía, naturalmente, á los delitos. En 1701 (Sarlat), un cirujano de la aldea de Feaux, Juan Cabanet, que era objeto del odio de una familia llamada Tarneaux du Gondal, fué sitiado un día por sus enemigos en su propia casa, que trataron de demoler, y «el cura del lugar de Faux se vió obligado á tocar la campana para hacer cesar aquel desorden». En 1738, cierto Luis Henry, maestro albardero, á la cabeza de una *centena* de gentes «armadas de barras y de pa-

(1) No copio el apellido aquél, porque aún lo lleva en el mismo lugar una familia que ha sido complicada hace algunos años en una causa por homicidio. La villa de San Julián Lampón se ha distinguido durante una larga época por su criminalidad violenta y su ferocidad corsa. Los caracteres continúan allí tan rudos como los citados.

los», no de alabardas ni de mosquetes, va un domingo, durante la hora de vísperas, al arrabal de Terrasson á romper las puertas de una casa perteneciente á otro maestro albardero, «á demoler las murallas del jardín y á robar todos los muebles...» Nuestros ladrones actuales, esos especialistas que saquean durante la noche las casas y los hoteles inhabitados, ¿no serán las últimas *encarnaciones* de los feudales de la Edad Media saqueadores de castillos fuertes, y cambiados luego en condes de Riberac, y más adelante en maestros albarderos de Terrasson? Además, el robo propiamente dicho no era desconocido en el siglo XVIII. Dos ricos habitantes de Sarlat se quejan en 1746 «de algunos desconocidos que con violencia entraron en su casa» y robaron una cama con sus ropas.

Quizá sorprenda al lector el no hallar en toda esta lista de crímenes un caso en que intervenga el amor que tan importante lugar acupa en la criminalidad moderna. A decir verdad, no era tan extraño en los crímenes del antiguo régimen como pudiera suponerse á primera vista; y si bien aparecía raramente, cuando se presentaba era con una violencia característica. ¿Cómo explicar de otra manera más que por una pasión frenética ese crimen de rapto, entonces tan frecuente y con tanta audacia cometido aun con peligro de incurrir en la pena de decapitación? Haré notar el frecuente escalo de conventos hecho que denotaba un amor intenso: por ejemplo, en 1701, la superiora del convento de Santa Clara, en Perigueux, mandó á decir, por medio de la hermana portera, al señor Gerbaud de la Sénedie, «que nó hiciera más visitas en el locutorio á la señorita Laulanie, hija de M. Nicolás Laulanie, procurador en el término de esta villa: éste no se desanimó por tan poco; «se encolerizó y dijo que volvería dentro de ocho días para quemar el convento». Efectivamente, pasados algunos días, entró por fuerza en el monasterio, «después de haber hecho pedazos las rejas de dos arcadas y no sin haber proferido palabras ofensivas para las religiosas». No se dice si quemó el convento.

Pero pienso ahora que el *rompimiento de clausura* no puede considerarse dentro de la categoría de los crímenes y delitos paleontológicos, por decirlo así, de que estoy tratando. Puede servirme de transición para pasar á la sección siguiente:

III

Imposibilidad de dar la estadística contra las personas; los crímenes quedan sin castigo muchas veces; sin embargo, los documentos prueban que si antes había más actos de violencia que hoy, había menos robos, homicidios y atentados al pudor. Pocos duelos á fines del siglo XVII; los asuntos de honor se llevaban ante la justicia ó ante el tribunal de los *Mariscales*.— Estadística criminal del *Registro criminal* de Saint-Martin des Champs. Escasa criminalidad por el temor que inspiran los tormentos.—La criminalidad moderna se caracteriza por la menor rudeza y la mayor astucia.—Asesinatos de impetuosidad.—

Rareza del robo como causa del crimen.—Severidad extrema para el robo; indulgencia para el homicida que no ha tenido por objeto el robo.—Rigor con que se castiga el infanticidio; abundancia de asesinos en la nobleza; frecuencia de los delitos cometidos en grupo; su escasez actual por virtud de nuestra *emancipación individual*.—Frecuencia de los robos sacrílegos en las iglesias, muy ricas entonces.—Hechos de violencia. La violencia es la nota característica de los hechos del pasado.—Pendencias y luchas en el clero y en la nobleza.—Importancia que se daba á las cuestiones de precedencia.—Desavenencia repetida entre el clero y el castillo.—Brutalidad de los ujieres, maltratados por hidalgos y militares.

Ocupémonos ya en los delitos, por cierto muy numerosos, que se reproducen en nuestros dias lo mismo que en los pasados tiempos, y que no han dejado de ser considerados como tales. Pueden servir, mejor que los precedentes, para caracterizar la época, porque si bien aparentemente son los mismos, en realidad los más han cambiado de esencia y su proporción numérica se ha modificado notablemente, así como su objeto y el modo de su ejecución.

Por desdicha, me veo en la precisión de renunciar al deseo de extraer de nuestros documentos los datos necesarios para la formación de una estadística, aunque embrionaria, que permitiera decidir si á población igual la criminalidad del antiguo régimen excede numéricamente á la nuestra. Si nos referimos á los Inventarios de las Senescalías y de los Presidiales, ciertamente fué muy inferior á la de la época subsecuente. En efecto, para no hablar más que de Sarlat, he contado que desde 1676 á 1790, el Senescal habia recibido 38 causas por homicidio, 110 por robos, 230 por golpes y heridas, y el Presidial, 11 por homicidios, 36 por robos y 7 por golpes y heridas. Reuniendo los dos, se ve que el total no se eleva más que á 49 homicidios, 146 robos y 237 golpes y heridas. Estas son cifras infinitesimales para un siglo y cuarto. La Sala de justicia de Sarlat, según una especie de resumen que he hecho referente á los años 1880, 1881, 1882, 1883, 1889 y 1890, recibió solamente en estos seis años 1676 procesos por robos, 484 por golpes y heridas, y persiguió 6 homicidios (1).

Pero esta comparación pierde la mayor parte de su valor si se nota de un lado que el diente de los ratones y el estrago del tiempo han destruido una considerable suma de archivos judiciales despojados por nuestros archiveros; de otro lado, que las justicias señoriales y también la jurisdicción eclesiástica debieron retener un notable número de asuntos, aunque tal vez los menos importantes. ¿Tendremos que añadir además que muchos crímenes y particularmente homicidios, han escapado á toda persecución y aun á toda denuncia por el terror que sus autores inspiraban? En 1712 (Perigueux), el procurador del rey informa «contra una banda de ladrones y de

(1) La cifra anual de los homicidios y asesinatos ha disminuido mucho hace algunos años en este distrito, donde aún recientemente era considerable. Nuestros grandes criminales se refugian ahora en las grandes ciudades próximas, especialmente en Burdeos.

vagabundos que molestan la parroquia de Chalais y las parroquias vecinas, cometen lo mismo que por la noche por el día, toda clase de robos de exacciones, y aun de homicidios y asesinatos, sin que los habitantes se atrevan á quejarse por temor á ser degollados». Sin embargo, estos hechos eran excepcionales por más que el bandolerismo era allí al parecer más frecuente antes que ahora. Elevándonos un poco más hasta colocarnos en la época de la Fronda y hasta las guerras religiosas del siglo XVI, podemos creer que en esos períodos de anarquía los crímenes de sangre debieron abundar. Es verdad que nuestros documentos de Sarlat son posteriores á la Fronda, pero creo que entre nosotros las consecuencias de esas agitaciones se han prolongado socialmente mucho más allá de la época en que fueron apagadas desde el punto de vista político. En lo que respecta á Perigueux á lo menos, encuentro la prueba de esa afirmación en este curioso pasaje (1). En 1676, el procurador del rey reclama una información contra dos hombres que, «como la mayor parte de los campesinos de la jurisdicción con desprecio de la última declaración real, usan armas de fuego cuando van á trabajar ó llevan á pastar á los bueyes, se reunen y cazan, y ordinariamente se presentan armados en los lugares y sitios públicos, y cometen homicidios y asesinatos que suelen quedar impunes». En todas partes donde se vea esa pintoresca amalgama de la carreta y del fusil, como en Sicilia y Córcega, se puede estar seguro de que los crímenes de sangre abundan. De todas maneras, es improbable que ese estado de seguridad en la época de que se trata, en pleno reinado de Luis XIV, haya durado mucho tiempo y se haya generalizado en nuestra provincia. Pero en cambio tengo razones para pensar que el Senescal y el Presidial estuvieron muy mal servidos por los agentes de la justicia aun en épocas próximas á nosotros. En 1770, el procurador del rey fué advertido de que el ejercicio de la justicia en la ciudad y jurisdicción de Montignac había caído en el mayor desorden, y *que el crimen allí quedaba impune* «por la negligencia, tolerancia ó connivencia de los agentes «de la policía judicial», hasta el punto de que se han visto cometer asesinatos, homicidios, infanticidios y robos «sin que hayan sido perseguidos».

Aun dejando aparte las consideraciones que preceden, se me figura que á pesar de todo, y según los documentos que tengo á la vista, en esa región había antes, excepto en los períodos de guerra civil, menos robos y quizá menos homicidios aunque muchos más

(1) Para Sarlat encuentro el índice bastante significativo en el preámbulo del decreto de gracia concedido en 1775 á un boticario que, defendiéndose en una calle de la ciudad de San Cipriano, había matado de un tiro de pistola á Bernardo de Montesquious: ese preámbulo nos enseña que esa familia de Montesquious tiranizaba á los habitantes de la ciudad y señorío de San Cipriano, ciudad y señorío comprados por ella hacía ya tiempo durante la Liga á un arzobispo de Burdeos.

actos de violencia (1) que hoy. Respecto á los atentados al pudor, eran mucho menos numerosos sin duda alguna: en Sarlat cuento 7 correspondientes al largo período á que nos referimos. Lo mismo diré de los infanticidios; apenas pueden contarse tres ó cuatro. En nuestros días, nada más que en los seis años arriba indicados, cuento 19 atentados al pudor, la mayor parte cometidos con niñas; crimen ignorado por nuestros abuelos, y hallo además 7 infanticidios (2).

En todo caso, una cosa me parece cierta, y es que á partir del siglo XVII había muy pocos duelos. No cuento más que 5 en todo el Inventario de Sarlat, y poco más ó menos en el de Perigueux; pero casi todos son sangrientos y mortales. En 1701 veo que el procurador del Rey instruye un proceso á propósito del homicidio cometido en la persona de Juan Laverque, en San Cipriano, después de un desafío y *combate de cuatro á cuatro*, con armas iguales. Ese combate de cuatro á cuatro prueba que los testigos se batían también en esa fecha. Sé perfectamente que el temor de atraerse el odio de los duelistas ó de sus familias, impedía muchas veces á las personas que tenían conocimiento de un duelo el advertirlo á la justicia; pero también sé que la justicia estaba vigilante y era inexorable con los pendencieros. En suma, tiene razón Voltaire al decir que á partir de los edictos de Luis XIV contra el duelo, éste desapareció del suelo francés donde se había arraigado hasta Luis XIII y en la Fronda. Sin duda alguna ese maravilloso resultado se debe al desarrollo de la cultura tanto como á la severidad en la represión inaugurada. En 1681, el «crimen de duelo era castigado con la pena de la horca y estrangulación hasta la muerte—en efigie, es verdad (1);—pero de todas maneras era bueno que los criminales de esta clase fueran castigados y estrangulados además de imponerles una crecida multa.

---

(1) Digo muchos más actos de violencia, y aunque la comparación de la cifra que representa los procesos por golpes, no autoriza á primera vista esta conclusión, conviene considerar que precisamente porque nuestros abuelos fácilmente llegaban á la vía de hechos, como lo prueba la relación relativa de las querellas de esta clase, mostrábanse indulgentes al reprimir este género de delito, y no se tomaban el cuidado de señalarlo á la justicia más que cuando alcanzaba un alto grado de gravedad.

(2) En una visita oficial hecha á la prisión de Sarlat en 1783, se comprobó que el número de presos era de 12. Teniendo en cuenta el hecho de que antes se encarcelaba preventivamente en muchos casos en que la libertad provisional es de regla hoy, se debe hallar en esa cifra, seguramente muy baja, la prueba de que la criminalidad de Sarlat, á fines del siglo XVIII, era poco elevada.

(1) En el mismo Sarlat, en 1725, dos arqueros, convencidos del «crimen de duelo», fueron condenados por contumacia «á ser colgados y estrangulados, hasta que sobrevenga «la *muerte natural* en una potenza en forma de cruz que el verdugo levantará para este efecto en la plaza de la Endrevia, hacia el sitio en que se cometió el crimen: *la ejecución se efectuará en efigie con un cuadro que se atará á esa potenza.*» Ahora añadiré que cuando esas sentencias se dictaban con seriedad, el condenado obtenía el indulto casi siempre.

Lo que prueba igualmente hasta qué punto el combate singular había caído en desuso, es el número considerabilísimo de hidalgos ó de gentes que vivían *noblemente,* que daban conocimiento á los tribunales, no sólo de los insultos, sino hasta de las bofetadas que recibían para reclamar una reparación judicial. En el Inventario del Presidial de Perigueux figura un proceso instruído en 1697 «á instancia de José de Gravier, escudero, natural de Combes de Puygrand, exigiendo á la justicia que se informe acerca de una bofetada que el querellante recibió, y varios golpes é injurias que le fueron dirigidos en la iglesia de Saint Front, durante las vísperas, por M. M. Chabaneys, señor de Claux, consejero magistrado de la Audiencia Presidial de Perigueux (1)». En ocasiones, la autoridad de derecho y especialmente competente para estos asuntos de honor era el Tribunal de Mariscales, ante el cual Orónte, en *El Misántropo*, lleva su litigio con Alceste. En 1696 fué presentada una instancia al Senescal de Perigueux por el Sr. Delatiffardière, corneta del regimiento real de caballería de Rusillon, el cual había sido gravemente ultrajado por Antonio Merillon, «que se dice abogado de la Audiencia». Este último, según nos enseña la instancia, «le había dado una bofetada»; el asunto había sido llevado en primer término ante M. de Campagnag, lugarteniente de los mariscales de Francia, «quien comisionó á M. Carlos de Peyrot, señor de Sfformie, para proceder á una instancia...» Pero como es un caso especial por tratar de un ultraje hecho á persona de calidad, la Audiencia debía conocer de él. De manera que jóvenes hidalgos y militares de aquel tiempo, tan quisquilloso en punto de honor, juzgaban digno en lavar con tinta de las escribanías y no con sangre en los combates, una afrenta como la que significa una bofetada. Nuestros demócratas se avergonzarían de este hecho, puesto que en pleno Parlamento francés han dado muestras de tener infinitamente mayor respeto por los prejuicios feudales.

He dicho antes que, según la *impresión* recibida por mí durante la lectura de nuestros documentos, la criminalidad de los pasados tiempos debió haber sido inferior numéricamente á la nuestra. En apoyo de esta conjetura voy á permitirme citar un catálogo de la misma clase, pero mucho más antiguo: el registro criminal de Saint-Martin des Champs (1). Esta abadía ejercía el derecho de alta y baja justicia en la Edad Media, en una jurisdic-

(1) El texto añade: «usando corbata al cuello y traje de caballero». Era, efectivamente, en esa época, una gravísima falta, digna de ser notada, el dejar de usar el traje tradicional de los magistrados cuando se pertenecía al cuerpo judicial. Cada corporación estaba encerrada en sus usos y en sus uniformes especiales, y hasta el siglo XVIII, según nos lo demuestra Voltaire, excelente observador de las costumbres, no cayeron esas barreras que separaban las clases y que eran como aduanas interiores de los departamentos sociales.

(1) París: León Wilhelm, editor, 1877.

ción muy extendida, en la que puede suponerse una población de ciento cincuenta mil justiciables, tanto en París como fuera. Supongamos cien mil, si se quiere, considerando que puede haber una exageración en la precedente cifra. En el mismo París, la autoridad judicial del monasterio alcanzaba á veintiséis calles. Por otra parte, esta compilación contiene la lista de las diligencias criminales realizadas de 1332 á 1357, si bien faltan completamente cinco años y de nueve hay pocos datos; esta acumulación de datos, pues, no es completa más que para once años. Ahora bien; lo que me llama la atención aquí, lo mismo que en lo referente á mi viejo Perigord, es la exigüidad de las cifras que se obtienen aun contando las diversas categorías de delitos. He hallado 151 procesos de golpes y heridas, entre los cuales se encuentran muchos dados en el vientre á las mujeres en cinta, y varias cuchilladas; 56 robos, 15 homicidios, lo que es muy poco para una población urbana ó suburbana tan turbulenta; 7 violaciones ó graves atentados al pudor, de los cuales 3 con niños, hecho excepcional en los tiempos antiguos, pero que sirve para probar que la capital de Francia siempre ha dado ejemplo de la más alta civilización; 6 casos de blasfemia, 2 de monederos falsos, y nada más que 4 suicidios. ¡Y todo esto, lo repito, para once años lo menos, y para una población de más de cien mil personas! ¡Hoy, para una población igual, en Francia, no quiero decir en París, habría lo menos 250 suicidios y 1.100 robos. (En 1888 ha habido 37.505 robos en una nación de 38 millones de habitantes.) Cuanto á los homicidios, la cifra sería próximamente la misma, aunque en París alcanzaría mayor importancia. Bien sé que en razón á las causas enumeradas antes, y de la confusión de las jurisdicciones real y señorial en los pasados tiempos, las cifras del registro de Saint-Martin deben ser notablemente engrosadas; doblémoslas si se quiere; aún serán bastante débiles, hasta en lo referente á los hechos de violencia. Si mediante el examen de otras compilaciones del mismo género se llegase á un resultado parecido, habría ocasión, según creo, para atribuir en primer término al miedo universal que inspiraban las horribles penalidades terrestres ó póstumas, temidas por nuestros abuelos, la escasa proporción de sus acciones criminosas. Quedaría entonces por averiguar, como conclusión práctica, si las teorías utilitarias nos aconsejan restablecer la tortura y la rueda, aun sin hablar de otros suplicios infernales. El dolor de algunos malhechores, ¿puede equilibrar en las balanzas de la *Aritmética moral* de Bentham los padecimientos que pudieran evitarse á tantas gentes honradas? Pero de cualquier modo que sea, ¿quién de nosotros no protestaría contra el restablecimiento de penas atroces, aunque fueran demostradas eficaces? Esto prueba, sea dicho de paso, que la consideración de lo útil, aun de lo útil social, no basta, y que hay una estética moral.

A pesar de todo, nuestros inventa-

rios perigordinos, lo repito, aun cuando no sean los únicos que pueden atestiguar acerca de la escasa criminalidad de nuestros antecesores, no se prestan á una comparación numérica exacta y realmente científica entre la criminalidad del pasado y del presente. Pero esto no quiere decir que la enumeración de los crímenes antiguos, según nuestros inventarios, carezca de interés. Se pueden deducir de esta estadística arqueológica los elementos de una comparación instructiva por sí misma, es decir, se puede buscar la proporción numérica de ciertas grandes categorías de delitos comparadas las unas con las otras, y ver si esas mismas clases de delitos se presentan en nuestros días en proporciones parecidas ó notablemente diferentes. He pretendido hacer ese trabajo en lo que concierne á Sarlat. A primera vista se observa que la cifra relativa á los actos de violencia comparada con la de los robos, es hoy mucho mayor que antes. Hoy, según las cifras indicadas más arriba, hay tres ó cuatro veces más robos que golpes y heridas; antes había cerca de dos veces más golpes y heridas que robos. También se ha podido notar una proporción más considerable en el registro de Saint-Martin, cerca de tres veces más actos de violencia que robos. ¿Tendrá este hecho una explicación en la circunstancia de que ese registro es más antiguo, y de que la violencia había ido disminuyendo durante la Edad Media? Convendrá hacer otras comparaciones para obtener una respuesta precisa y autorizada. De todas maneras, este simple cotejo es suficiente para conocer la doble elaboración psicológica que se fué operando durante el antiguo régimen y que ha continuado hasta nuestros dias: las costumbres se han suavizado y se han debilitado los carácteres y ciertos principios de conducta, es decir, hay menos rudeza y más astucia.

Esta primera exposición sumaria, aunque vaga, adquiere precisión y toma fisonomía mediante el detallado estudio de los hechos. Desde luego, podemos notar que la mayor parte de los homicidios se deben á ciertos actos de *impetuosidad*, como dicen los italianos. La prueba de esta afirmación nos la dan las circunstancias en que se produjeron, siquiera estén muy someramente indicadas, y también los instrumentos de su ejecución. Un campesino fué acusado (Sarlat, 1777) de haber matado á uno de sus vecinos «en la taberna con un martillo de hierro batido». Es claro que el homicida, después de beber y durante una contienda, cogió el primer objeto de hierro que encontró, y su desgracia quiso que hallase bajo su mano uno de esos pesados caballetes de hierro de las cocinas antiguas que parecían una maza formidable. Otras veces (Agen) un hombre es asesinado con una hoz ó con un bielgo en el campo, no hay que advertirlo, y en el curso de una discusión, ó bien con unas pelotas en el juego de los bolos. Cuando el homicidio parece premeditado, lo inspira el odio, la venganza; casi nunca la avaricia. La ten-

tativa de asesinato, cuyo relato encuentro como habiendo ocurrido de 1671 contra la persona del mismo procurador del rey y de sus dos hijos, y llevada á efecto por muchas personas de la nobleza, en un camino muy frecuentado, no puede ciertamente atribuirse más que á animosidades suscitadas por algunas persecuciones, y parece referirse á las turbulencias de la Fronda, por muy anteriores que éstas fueran. Véase la nota: «Querella de M. Juan de Ladieudie, procurador del rey en la jurisdicción de Sarlat, y de sus dos hijos contra Juan Jacobo de Montesquiou, *antes llamado el abad de Fages*, que ahora se hace nombrar marqués de Sainte Colombe, y Bernardo de C..., á quienes aquéllos acusan de asesinato premeditado contra ellos en el camino real de Dome á Sarlat...» Este camino, que corre por una alta planicie desierta, ha sido en diversas épocas el lugar preferido para sus fechorías por muchas bandadas de ladrones. En 1690 (Sarlat) se instruyó un proceso en Fenelon contra el barón de M... y el señor de Gaumiers por el homicidio de un barquero. En 1721, el señor de Vimieres se querella contra el barón de Monclard, á quien acusa de haber intentado asesinarlo disparándole un tiro por la espalda y dándole trancazos en la cabeza y brazo izquierdo, en un sitio aislado del camino de Veyrignac á Gaulejac (Sarlat). Evidentemente, la idea del robo era del todo extraña á todos estos crímenes.

Tampoco creo que haya precedido al drama monástico que se nos revela por unas diligencias judiciales seguidas en 1753 en Perigueux, contra cuatro individuos: Dom Gibon, prior de Badeix, fué hallado muerto un día en el convento Peyrouse, con el cuerpo acribillado por nueve heridas; un cuchillo ensangrentado estaba metido en un hueco de la pared. Cuatro personas fueron acusadas de este asesinato: un criado del interfecto, un familiar del prior de Baschaud, un criado del abad Peyrouse y Luis Borie, señor de Barrieres, maestro cirujano. ¿No puede suponerse que estas cuatro personas fueron instrumentos de rivalidades ó de venganzas claustrales? Este proceso, además de su interés dramático, es curioso desde el punto de vista de la instrucción de las causas criminales en la antigüedad. Habiendo alegado los acusados que Dom Gibon podía bien haberse suicidado, se confió el informe médico legal á varios grupos de médicos, dos de París, tres de Montpellier, cuatro de Angers y cinco de Turs—gradación numérica muy extraña—sin contar algunos médicos de Perigueux y de Limoges, y en virtud del dictamen de todos ellos, quedó descartada la hipótesis del suicidio. He leído estos informes y me han llamado la atención por la claridad, la sobriedad y la precisión y el razonamiento. De las nueve heridas, dos habían interesado el corazón, y los médicos hicieron notar que cada una de estas dos heridas debió provocar varias compulsiones y un síncope, que no hubiera dejado al herido, en la hipótesis del suicidio, la fuerza necesaria para re-

incidir y plantar en seguida su cuchillo en el hueco de la pared.—Pocas veces el amor parece haber sido el motivo de los asesinatos; puede haberlo sido, sin embargo, á juzgar por un detalle novelesco, en el siguiente caso ocurrido en 1681: «La audiencia Presidial (Perigueux) condena á Jronton Tridar, detenido en las prisiones de la Conserjería, convencido del crimen de asesinato *cometido en un bosque, contra la persona de una joven disfrazada de hombre*, á ser colocado vivo en un cadalso... que á este fin se levantará en la plaza pública de la Chantre, y de seguida será expuesto en una rueda que se levantará en el camino real de Perigueux á Nuestra Señora de las Virtudes, con la cara dirigida hacia el cielo, y así permanecerá hasta su muerte; además, el acusado deberá pagar cien libras al rey, una limosna de cincuenta libras para el cura de Nuestra Señora de las Virtudes, el cual deberá destinar esta suma en pedir á Dios por el alma de la difunta.

Consolémonos, sin embargo, acerca de la suerte del desgraciado Jronton Tridar, pensando que es muy probable que obtuviera alguna gracia, porque solamente se ejecutaban las terribles sentencias de la justicia antigua en las ocasiones en que el robo se unía al asesinato. Es muy notable, en efecto, la extrema severidad que había para el robo, y la indulgencia que se concedía al homicida cuando no había sido el robo el objeto de su crimen. Lo mismo sucedía en todos los presidiales y en todas las senescalías de que tengo conocimiento. Veo que la senescalía de Perigueux, en 1551, condena á varios homicidas á una simple multa, y algo más adelante condena á un ladrón á ser colgado y estrangulado: contraste parecido se ofrece en cada página. Centenares de veces se ve al lado de sentencias que envían á la horca y la rueda á un falsario, á una criada ó á una costurera, culpable de haber robado alguna tela á su ama, la aprobación de un decreto de gracia como el siguiente: «Aprobación (1545) de los decretos de gracia y remisión otorgadas á Bertrand Rouchon por el homicidio de Juan de Lamathe, pero con la condición de que el dicho preso deberá pagar la suma de cien sueldos torneses, que se destinará á hacer pedir á Dios por el alma del difunto.» Nunca se olvidaba esta piadosa multa: á las veces se le unía la obligación de pagar una cierta suma para los pobres. Esos decretos de gracia que se repiten hasta el fin de la monarquía, nunca eran concedidos en los casos de robo, á lo menos que yo sepa: no recuerdo haber visto decretos de indulto más que en causas por homicidios ó por hechos de violencia. Y nótese que no se trata de homicidios involuntarios, porque ésta circunstancia siempre se menciona de una manera especial; se trata de un asesinato *impetuoso*, y entendiéndole así, la frecuencia de esas gracias en una época de tanta severidad en los procedimientos represivos viene en apoyo de la idea que tengo de que el homicidio en los dos últimos siglos ha ido cambiando de naturaleza con len-

titud, pero profundamente; tenía antes por objeto las venganzas, ahora la ambición; antes se debía al arrebato, ahora al cálculo.

Otro contraste igualmente notable como el precedente entre la justicia de los pasados tiempos y la nuestra, es, que antes se castigaba el infanticidio más rigurosamente que el homicidio. El presidial de Perigueux, en 1592, condena á Guillermo Deladenil, convencido del crimen de infanticidio, á ser colgado y estrangulado, después de haber sido sometido al tormento, «y su cuerpo será quemado y reducido á cenizas».

Observación importante que tal vez las citas precedentes hayan sugerido al lector: los homicidios son cometidos frecuentemente por personas pertenecientes á la nobleza ó á las clases superiores que en ellas se inspiraban; en nuestros días, los asesinos se reclutan casi exclusivamente en la más baja sociedad (1).

Otra observación aplicable al conjunto de crímenes: con más frecuencia que hoy los delitos se cometían por grupos, por bandadas espontáneamente formadas, y de ordinario más numerosas que esas partidas de malhechores que por excepción se forman en nuestros días. Estas partidas representan una transformación de las compañías de bandoleros que antes habitaban en las cavernas y entre las rocas, y hoy tienen establecido su domicilio en los figones de los arrabales, y no deben ser confundidas con los agrupamientos pasajeros de que hablo, de los cuales han podido verse más arriba ejemplos á propósito de las cencerradas y de los despojos á mano armada. ¿Se quieren otros ejemplos? El cura de Roquepina (Perigueux, 1692) se querella de María Simonet, Juan Fanchereau, su hijo y otros, que «en tropel, y armados por la noche, quemaron las puertas de su casa, lo hirieron, lo golpearon y lo dejaron casi muerto y cubierto de sangre».—Un auto del Parlamento de Burdeos en 1785, y en un asunto civil intentado por «el síndico de propietarios de la pradera de San Miguel», cerca de Martel, le había dado sentencia favorable aparentemente contra los habitantes de la parroquia que alegaban, según pienso, un derecho de pasaje consuetudinario. Este es uno de los innumerables conflictos provocados por los diputados de los municipios. Ahora bien, en contra de esta determinación aparece un habitante de Saint-Michel, inmediatamente seguido de otros muchos, todos armados con fusiles y palos, y amenazando matar á los propietarios y llevar á pastar numerosos rebaños á aquellas pradera, no sin hacer en ella un destrozo considerable. Pero en este asunto, la aglomeración tumultuosa de gentes, puede explicarse por el interés común (1).

(1) Para aquellos que me han favorecido leyendo mi *Filosofía penal* (Storck, 1891, segunda edición), ese contraste se explicará, naturalmente, por las leyes de la imitación.

(1) Por igual motivo no debemos sorprendernos al ver en 1733 manifestarse, en una

Otros muchos no tienen más explicación posible que la autoridad, todavía absoluta, ejercida por el padre sobre sus hijos, por el hermano mayor sobre los menores (1), por el amo sobre sus criados ó sobre los arrendadores de sus fincas; ó bien el lazo de fraternidad, de solidaridad todavía estrecha que unía á los vecinos de una misma comarca y á los miembros de una misma corporación. Para cometer un atropello ó un asesinato, ó bien para labrar un campo ó lavar la ropa, cualquier hombre encontraba siempre cerca de su mano auxiliares ciegamente adictos. El lazo feudal de hombre á hombre subsistía, aunque algo flojo. En la actualidad, nuestra emancipación individual, sostenida á toda costa, nuestra pulverización social, á cambio de muchos defectos destructores, ha producido á lo menos la ventaja de aislar al malhechor, de dejarlo entregado al propio recurso de sus males personales y desprovisto de la confianza que tenía antes en los que le rodeaban. Porque precisamente esa es la principal causa de ese individualismo criminal, por decirlo así, de que nuestras estadísticas nos muestran en el medio siglo último el progreso continuo: éste se halla ligado á nuestro individualismo social, y, como se ve, no hay motivo para felicitarse de él con exceso.

Y hay menos motivos para felicitarse de ese progreso, si se tiene en cuenta que, en virtud de la misma causa, si en general el crimen permanece individual, tiende también á tomar carácter colectivo de tiempo en tiempo, pero aumentado en proporción directa y en una escala superior á la que á los pasados tiempos hayan visto separado de su familia, de su pueblo, de sus compañeros; el individuo no se liga gustosamente más que á esas hordas confusas de hombres que se agitan hoy en activas corrientes de turbulencias, de manifestaciones, de huelgas, de ligas internacionales, á impulsos de un cabecilla cualquiera. No hay comparación posible entre el crimen cometido por uno solo y el crimen cometido por una muchedumbre indeterminada. Y no quiere esto decir que los pasados tiempos hayan desconocido las revueltas y las agitaciones populares; por lo

---

asonada local, el odio constante de los trabajadores del lugar contra los trabajadores extranjeros. Una señora de Condat había llamado para trillar su trigo algunos obreros limosinos. Inmediatamente, ciento cincuenta habitantes de la localidad, armados de picos y de alabardas, se arrojan á ellos, los hieren, los amarran y los conducen á las prisiones de la Encomienda, donde los tienen encerrados día y noche.

(1) En 1692, M. Luis de Carbanceres de Jayac, deán de la iglesia catedral de Parlet, formula querella contra «M. Juan Alejandro de C. J., canónigo de dicha iglesia, que ha pretendido estrangularlo, y amenaza hacerlo matar por sus hermanos á causa de haber sido nombrado el querellante para el priorato de Padhilac». Sería preciso ahora suponerse en las inmediaciones del Cáucaso ó en otros países salvajes, para encontrar intacta esta autoridad del hermano mayor. En *La Casa de los muertos (a)* Dostoyuski nos pinta, con su penetración habitual, una simpática figura de joven presidiario, inofensivo y amable por naturaleza, á quien una orden de su hermano mayor había lanzado á cometer un asesinato.

(a) Véase este hermoso libro publicado en nuestra colección —(N. DEL E.)

contrario, los encuentro en aquellos tiempos considerados pacíficos con más frecuencia que pudiera suponerse. No es raro hallar relatos como los que voy á mencionar seguidamente. Un juez de la jurisdicción de Renaudie (Perigueux, 1695) y el suplente de éste, presos convencidos «del crimen de rebelión *en justicia* llevado á efecto con toque de rebato y agitación popular. En 1690 (ibidem), «el hermano Joaquín Chaslet, prior de san Juan de Verleine, expone que ya en 1664 los habitantes de la parroquia de san Pablo se habían reunido, y provistos de espadas y palos, habían sustraído por fuerza las ofrendas depositadas por los devotos en la capilla del priorato, y que ahora recientemente se han vuelto á reunir armados de fusiles y de pistolas y se han apoderado de varias ofrendas, entre otras de unos veinte corderos y otras varias oblaciones: para este objeto han disparado varios tiros de pistola». En Cahors, en 1711, se instruyó un proceso contra diversos habitantes del lugar de Theminette, acusados del crimen de agrupamiento en armas con sedición, revuelta popular y demolición de casa.

Pero desde luego se ve que estas agitaciones quedaban localizadas; se diferenciaban notablemente de lo que podemos observar en los tiempos actuales; muchos grados intermediarios establecían la continuidad entre el crimen del individuo aislado y el crimen de las masas, cuando una parte de un pueblo se amotinaba con el intento de robar un monasterio; este fenómeno no era, en suma, nada más que el desarrollo de un hecho habitual y del mismo orden, aunque en grado superior del levantamiento de toda una casa, dueños y criados, padres é hijos, maestro y obreros, para ejecutar un proyecto criminal concebido por el jefe; porque, efectivamente, las masas de entonces apenas se parecían, excepto en algunas capitales, y á veces ni aun en éstas, á las masas de hoy: se componían de gentes emparentadas ó reunidas desde mucho tiempo y ligadas por lazos muy estrechos; ahora se componen de elementos separados accidentalmente, reunidos como los granos de arena de los méganos; por este motivo hay una diferencia notable entre ellas desde el punto de vista de la responsabilidad que pesa sobre el monstruo anónimo de mil cabezas, responsabilidad que debe repartirse entre todas cuando han participado de una misma orgía de sangre, incendio y robo. Era entonces muy fácil descubrir el verdadero instigador, porque éste se hallaba investido de una autoridad no transitoria, sino permanente, y podía ser lícito, por consecuencia, circunscribir la responsabilidad colectiva y castigar solamente á los jefes. Por la razón expuesta podía sostenerse en favor de las masas, más legítimamente que hoy, la teoría de la influencia irresistible de la *sugestión* en virtud del ejemplo dado por el superior prestigioso.

Con referencia á los robos, noto la frecuencia que no hubiera podido preverse con que realizaban robos sacrílegos en las iglesias. Verdad es que los

tesoros de las iglesias, más ricos que hoy, sobre todo con relación á las cajas de los particulares, más escasas de numerario que actualmente, debían excitar la codicia de los malhechores. En aquellas edades de fe ardiente, con especialidad en las poblaciones rurales, ¡qué emoción, qué horror sagrado debía agitar el corazón del bandido en el momento en que durante la noche, por medio de fractura de puertas, después de pasar el umbral de un santuario, tocaba con su mano el viril de una custodia ó un cáliz! Un hombre experimentado en el crimen, del cual he leído en este invierno una Memoria manuscrita, confiesa que nunca había penetrado por violencia de noche en el domicilio de un ciudadano honrado sin experimentar en el corazón una sensación extraña y casi voluptuosa que le recordaba las palpitaciones sentidas en la adolescencia con motivo de la primera posesión femenina. ¡Cuanto más fuerte, más enérgico, más fascinador debía ser para un creyente impío y bandido este satánico deleite de violar la casa de Dios! Citemos algunos ejemplos: En 1783, un individuo natural de la parroquia de Rocamadour, sitio famoso de peregrinaciones, fué acusado de haber cometido el robo de cinco manteles de altar pertenecientes á distintas iglesias. En 1758, un preso convencido de haber robado por la noche los vasos sagrados de la iglesia de Cussac, de haberlos roto y vendido á un mercader judío de Bergerac, fué condenado á confesión pública, á mano cortada á la rueda y á que sus cenizas fueran arrojadas al viento. Era necesaria mucha audacia ó sufrir el imperio de una fascinación poderosa para afrontar tales castigos. Espero por el honor de mi antiguo presidial, que éste sería más benigno con una infeliz prendera que en 1733 «robó un delantal lleno de nueces cogidas de los nogales del cementerio, destinados á producir el aceite necesario para la luz que arde ante el Santo Sacramento». De todos los robos de dinero, que son muy pocos, cuya noticia he leído, uno solo me llama la atención por su importancia: el robo de una carta que contenía cinco mil ochocientas cincuenta libras, en 1709. No encuentro mencionada nada más que una ratería cometida en 1765 en la feria de Terrasson. Había muchas bandas de ladrones. En 1761, un tal Transquinian, considerado como jefe de una compañía de bandidos, fué condenado, así como dos ayudantes suyos, al tormento ordinario y extraordinario y á la horca.

Llegamos á los hechos de violencia, es decir, á la nota característica de esas voces que nos hablan de lo pasado. Pero ¿tenemos algo nuevo que decir acerca de este asunto? ¿No hemos suministrado ya bastantes pruebas reveladoras de la impetuosidad que determinaba á cada instante la conducta de nuestros abuelos? Añadamos, sin embargo, algunas citas, que servirán para demostrar de qué modo, si bien ninguna clase de la sociedad estaba libre de esos hábitos de vivacidad extrema: el ejemplo, ahora como antes, lo daba la nobleza, sobre todo la nobleza militar,

y aun el clero. Un proceso nos enseña que en 1777 el Sr. de la Lación «acomete y hace caer delante de la puerta de la iglesia de Carniag á un consejero del Presidial de Perigueux. Había en 1762 en Sarlat un M. de Revillou, capitán del regimiento de Van Crecourt, que no quería vivir en paz: un día, no sé por qué persiguió furiosamente con una espada en la mano al hijo de un notario, y éste se vió obligado á buscar refugio en un arroyo infecto que atraviesa la ciudad. Otra vez se atrevió á escalar la casa de campo del mismo notario, amenazando nada menos que de asesinar á éste. Los simples soldados habrían creído faltar al respecto que debían á sus capitanes, sino se hubieran mostrado irascibles y bélicos con los hombres civiles: son numerosas las querellas formuladas contra aquellas tropas que aterrorizaban á los habitantes. Hasta los inválidos son insolentes: dos esposos, comerciantes de Sarlat, se quejan en 1778 «de un soldado inválido» que se presentó en su casa para obligarlos á que le dieran vino, «insultándolos, amenazando á la mujer y diciéndole cien veces que iba á sajarla desde la boca hasta el ombligo». Por más que se preciaban de ser galantes, no tenían reparo en pegar á las mujeres ó á lo menos á la mujer propia. Un Sr. de L..., en 1752, golpeando á la suya, le introdujo con toda su fuerza un palo en el vientre, si han de creerse los datos de la demandante.

Verdad es que la costumbre de apalear y abofetear, se había generalizado hasta en las mujeres. Una querella nos hace saber que en 1686, la señora de Veyrignac, Flora de Ch..., arrojó varios cuchillos y platos al rostro de su esposo, al cual tiró de los cabellos. Las señoras no se limitaban á dar este trato á su dueño y señor; lo hacían también extensivo á los demás hombres. Una señorita, F..., en 1784 insulta y abofetea en la plaza pública de Belres á un médico. Un magistrado de Perigueux se queja en 1724, de que una señorita, A. D. R., le ha dado «un puñetazo en la nariz y le ha amenazado de darle de palos». Veo que una señora, en 1689, da una bofetada á otra en un salón de Perigueux. Estos son varios casos tomados al azar entre mil. Sin embargo, aunque conozco muchos descendientes de aquellas personas de carácter tan violento y de educación tan elemental, afirmo que no hay gente mejor educada, más inofensiva y de un trato más perfecto en general: de sus abuelos han heredado el carácter, no las costumbres. ¿A qué obedece este cambio? ¿A una causa fisiológica, ó á causas sociales? No sería difícil responder á estas preguntas.

Los curas brillan poco por la dulzura de su carácter. Muchas veces se hace mención, hacia 1730, de un arcipreste de Daglau, que no se contenta sólo «con llevar una vida escandalosa» con las mujeres de su parroquia; un día arroja al teniente del Provisor un vaso de vino al rostro, y le provoca un duelo. Muy frecuentemente, los eclesiásticos tienen querellas entre sí, ya con motivo de la percepción de los

diezmos que se disputan (1), ya, y principalmente, por cuestiones de amor propio y de vanidad. Una vanidad pueril incomprensible es la principal levadura que hace fermentar continuamente la pasta de esa antigua sensibilidad francesa. Las menores distinciones reales, eclesiásticas ó municipales daban ocasión á pendencias borrascosas, á veces grotescas, entre el predecesor y el sucesor. En 1696, durante una ceremonia, el antiguo y el nuevo alcalde de Issigeac se cogen por los cabellos y se quitan recíprocamente el sombrero y la peluca. Estas susceptibilidades turbaban á menudo, ó más bien especialmente, los oficios religiosos. En 1761, «M. Miguel de Abzac de Ladouze, canónigo de la iglesia catedral de Perigueux, presenta una demanda contra M. Jaure de Romains, canónigo y archidiácono de dicha iglesia, que deseando colocar durante la ceremonia religiosa su muceta en el respaldo de la silla de coro del demandante y contra su voluntad, concluyó por coger á éste por los cabellos y darle muchos empujones y dos golpes en los hombros, tratándolo al mismo tiempo de impertinente, de insolente y de bribón». Un vicario de Nuestra Señora de Soubiroux de Cahors, se queja en 1729 del Hermano Juan, franciscano, el cual «en el momento en que el suplicante acompañaba un entierro con capa, estola y bonete, le cogió por los cabellos de la parte posterior de la cabeza, é hizo muchos esfuerzos para tirarlo al suelo al mismo tiempo que le decía: «Vamos, p....» A. Arnauc, de Puybertrand, cerca de Nuestra Señora de la Roca, se queja en 1719 del capellán del hospital de Mussidan, «que ha soliviantado á todo el populacho, á las mujeres y á los niños, y usa de toda clase de violencias para impedirle que tome posesión de su beneficio». Muchas veces, el nuevo titular de un beneficio se encuentra imposibilitado de tomar posesión de éste por las cábalas de su predecesor.

En cada página aparecen los graves problemas de precedencia causando perturbación en muchos actos y especialmente en las procesiones. En 1674, el primer regidor de la ciudad de Lisle y el marqués de Monsegur se disputan uno de los cordones del palio en la procesión del Corpus; se agarraron «por la corbata,» se produjo un gran tumulto como se puede imaginar, y la procesión no se efectuó. En 1716, según nos informa una demanda del cura de Nontron contra M. Laborderie, lugarteniente de la jurisdicción, este último individuo, «en una procesión con motivo de la consagración del rey, dió un golpe á Mathieu Fage, sacristán, y le arrancó la peluca». Una queja de otro cura nos hace saber que un señor de Lestaillades, su mujer y su criada, turbaron la fiesta religiosa porque «el dicho Lestaillades pretendía tener el privilegio, como sus antepasados, de llevar uno de los bastones del palio, el

(1) Tres ó cuatro distintos motivos daban ocasión á conflictos violentos entre los curas y sus feligreses, por causa de los diezmos, de donde se puede inferir el descontento popular era ontese presupuesto.

del lado más honorable, en la procesión del Santísimo Sacramento».

Debemos aquí notar un hecho que contrasta singularmente con lo que pasa hoy ante nuestros ojos, y es la mala inteligencia que parece reinar entre el cura y el señor, entre la iglesia y el castillo. Frecuentemente se hallan en guerra abierta. Sólo en lo que se refiere á Sarlat, de 230 procesos por violencia, he contado 43 que son instruídos por reclamación de sacerdotes contra personas nobles y notables de la vecindad. ¿Se quieren pruebas? Reclamación en 1708 (Sarlat), del cura de Jayat, contra «M. de Carbonnieres de Jayat, magistrado de dicho lugar, que le ha amenazado, le ha insultado, le ha matado su perro, ha hecho sonar las campanas durante una hora para honrrar á los convidados del castillo, y por fin maltrató al demandante cuando éste fué á cerrar la iglesia». Querella en 1726 (Perigueux), «del muy alto y poderoso señor César Febo Francisco, conde de Bonneval, contra los religiosos de San Juan de Cole, que han suprimido sus nombres y cualidad de señor de la parroquia de una campana nueva, cuyo metal él había facilitado, y de la cual es padrino, y que además han dado varios repetidos toques de rebato, para excitar una sedición popular impulsando al pueblo á prender fuego al castillo». En 1778, después de un proceso seguido á instancia de la familia de Allemans, el cura de la parroquia de Champniers fué condenado «á presentar el agua bendita y el hisopo á los señores de Allemans, y al heredero de su casa, en su asiento, todas las veces que haga la aspersión del agua bendita, á hacer que el compañero y el pertiguero presenten el pan bendito á los señores de Allemans, y por fin á incensar á estos en su mismo banco todas las veces que queme incienso en la misa y en las vísperas, cuando inciense al pueblo».

Las ceremonias del culto en el siglo XVIII no ofrecían para la nobleza otro interés más que el de hacer alardes de sus privilegios. Generalmente, su manera de estar en la iglesia dejaba mucho que desear; y si alguien dudara de los progresos que la irreligión había hecho en las clases superiores antes de extenderse por debajo de ellas, encontraría en nuestros documentos un irrefragable testimonio de su irreligiosidad, á lo menos exterior. Recuerdo haber leído en un sermón del siglo XVII que en esta época en París no era muy raro ver á algún joven hidalgo entrar en la iglesia en medio de la misa y abrazar á una señorita *coram populo*. Este ejemplo parisiense tuvo imitadores. En 1696 (Sarlat), un cura presenta demanda «contra el Sr. de Labrande y sus hijos, entre otros el Sr. de Nadaillag y otro caballerito, que le maltrataron en varias ocasiones y causaron escándalo en su iglesia acariciando á la señorita L. del C. á pesar de la resistencia de ésta». No nos admiramos, pues, si en un martes de Carnaval que excusa todas las licencias, vemos en una comarca algo atrasada, en Berbieres, á un bachiller en derecho y á los dos hijos del lugarteniente

y procurador de oficio, «bailar enmascarados llevando capas al estilo de los Recoletos y convirtiendo la religión en objeto de burla». ¡Y en nuestros tiempos no hay personas más piadosas que los nietos de aquellos impíos, y no hay personas más comedidas que los nietos de aquellos brabucones!

Inútil es añadir que todas las clases participan de la brutalidad de costumbres de que he dado algunos pormenores, con referencia á las clases dominantes. En nuestros días, ¿pueden ser más corteses las relaciones de los escribanos con los jueces, y, en general, de todas las autoridades unas con otras? Antiguamente no sucedía lo mismo. En 1731, el escribano de la jurisdicción de San Cipriano se queja de su juez M. Guillermo Jarlan, señor de la Carrière, «que le ha amenazado con darle golpes en el vientre, y le ha dado un latigazo en la calle, reprochándole por haber remitido en su ausencia un proceso á M. Bertrand R.» Se bien que entre los médicos de hoy, cuando se disputan la clientela de alguna pequeña localidad, no reina siempre un espíritu de fraternidad muy perfecta: pueden verse reproducidas escenas como la que voy á referir, tomada de una querella (1717, Cahors) de un maestro cirujano y regidor perpetuo de Cahors. Cuando se hallaba ocupado en sondar á un enfermo atacado de retención de orina, dos colegas suyos se presentaron, «cayeron sobre él, le trataron de estúpido é ignorante, le desgarraron las mangas, lo arrojaron fuera de la habitación del enfermo y le dieron con la puerta en las narices diciéndole que ellos querían hacer por sí mismos la operación, que era propia de la especialidad que cultivaban». Los antiguos médicos de Sarlat, trabajo me cuesta el confesarlo, eran más ávidos de ganancia que los de Quercy. ¿Se creerá que en 1674 había en Sarlat una doctora en cirugía, «María Bourdet, señorita de Daubigny», que ya había ejercido su arte «con honor en muchas ciudades del reino»? Esta señorita, que se había adelantado, como se ve, en dos siglos á nuestras médicas de hoy, no tenía motivos para estar satisfecha de sus colegas masculinos. «La amenazaban continuamente de matarla y de arrojarla de la ciudad», y todos los cirujanos de la comarca, acompañados de sus ayudantes, «fueron armados con martillos, mazos de hierro, morteros de madera y otros instrumentos para forzar las puertas de su oficina, hacer pedazos la estantería, los vidrios y los instrumentos, especialmente cuatro tazones, cajas, cofres y otros muebles, entre ellos un espejo que había costado dos luises de oro, se llevaron una vasija de estaño nueva, una peluca también nueva, etc. Verdaderamente, nuestros doctores de hoy son más galantes para sus rivales con faldas.

Tampoco debe sorprendernos el proceder brusco de los ujieres: hallo que en 1755 uno maltrató bárbaramente á una mujer con la que tenía relaciones; le dió puñetazos en el pecho y patadas en el vientre bajo: hasta cierto punto ese proceder era excusable, porque era el mismo que recibían de las personas

con quienes trataban. Nada menos agradable que la vida de un ujier del antiguo régimen: los hidalgos lo apaleaban, los militares le amenazaban con abrirlo en canal, ó intentaban «atravesarlo con un hierro de la chimenea», ó de «arrojarle un tiesto á la cabeza». Ni siquiera faltaban curas que lo golpearan.

IV

Conclusiones: contraste entre la delincuencia *violenta* de nuestros antepasados y la delincuencia *astuta* de sus descendientes. —Transformaciones que sufrió la criminalidad aun bajo el mismo antiguo régimen; pretextos revolucionarios; el calvinismo, la Fronda.—Impunidad frecuente.

Manera de funcionar los antiguos tribunales. Número crecido de magistrados.

Crueldad, diversidad, extravagancia frecuente de las penas (ejecución en efigie, confesión pública, etc.) Cambio de malhechores entre las diversas audiencias de lo criminal por aplicación de la pena de destierro fuera del recinto de la jurisdicción; particularidades diversas.

Necesidad de que no se juzguen los pasados tiempos solamente por su aspecto criminal, y de no creer que todo, en nuestro estado social actual, es preferible á todo lo de nuestros antecesores.

En resumen, la criminalidad del antiguo régimen, considerada en su conjunto, difiere de la actual en caracteres importantes. Crímenes ó delitos destinados en nuestro tiempo á una gran resonancia, quiebras, estafas, abusos de confianza, violaciones de menores, infanticidios, no hablo de suicidios, apenas existen ó faltan completamente en la antigüedad. Otros han desaparecido hoy, ya porque no se consideran delitos, ya porque no se producen, pero que antes se castigaban, si bien con decreciente severidad, como la blasfemia, el sacrilegio, la brujería, etc. Y aun en aquellos hechos considerados actualmente como delitos ó crímenes, lo mismo que antes las desemejanzas son tales, desde el punto de vista de la proporción numérica de los procedimientos de ejecución ó de las condiciones de los ejecutantes, que en verdad la antropometría de Lombroso, si pudiera aplicarse á los homicidas y ladrones de otros tiempos, no confundiría á aquellos criminales con nuestros asesinos y ladrones. Que se examinen los voluminosos documentos de que acabo de extraer la sustancia, á lo menos en gran parte, y que seguidamente se recorran las compilaciones de alguna de nuestras audiencias ó un registro de los pleitos y sentencias en causas criminales de actualidad; ésta comparación bastaría para que se notase el contraste de colores entre la delincuencia violenta de nuestros padres y la delincuencia astuta de sus nietos.

¿Será necesario añadir que bajo el antiguo régimen la criminalidad iba ya sufriendo transformaciones que se hacen sensibles á la mera lectura de nuestros inventarios? Aquí y allí, cuando nos remontamos á las guerras religiosas del siglo XVI, las tintas se oscurecen á nuestra vista y toman color

de sangre; y aun así, muchas veces no alcanzan el tono sombrío que debería corresponderles á causa de que la justicia en muchos casos suspendió sus funciones. En un proceso seguido en 1617 ante los «parlamentos de Nerac y de Castres», un habitante de Perigueux se vió precisado á reclamar un certificado en el que constara que «la ciudad de Perigueux fué invadida por gentes de guerra del partido de la R. P. R., el 6 de Agosto de 1575, y los habitantes de dicha ciudad católica no volvieron á ser dueños de ella hasta el día 28 de Julio de 1581: *durante ese tiempo no ejerció sus funciones la justicia*, y los señores jueces presidiales se vieron obligados á celebrar sus sesiones en la villa de Saint Astier, adonde se podía hacer pocas expediciones porque no estaban seguros los caminos. Asimismo la ciudad de Perigueux se declaró en favor de la Liga desde el mes de Enero de 1590 y permaneció en ese estado hasta fin del año 1594; *también durante ese tiempo la justicia, el comercio, funcionaron muy poco* á causa de las turbulencias». ¡Cuántos crímenes, cuántos robos y hurtos quedarían impunes! Las crónicas locales lo atestiguan: las represalias de partido á partido eran terribles y prolongadas; habiéndose propagado el movimiento calvinista en la nobleza de nuestra región, es permitido creer, teniendo en cuenta su antiguo carácter faccioso y turbulento (1), que las cuestiones religiosas frecuentemente serían para esa nobleza un pretexto que le permitiera batallar, tratar como enemigo al amigo de la víspera, como extranjero al vecino y aun despojar y robar á éste. Imaginemos un grupo de cazadores apasionados que en un país poco abundante en caza se resolviesen á perseguirse los unos á los otros; esa es la perfecta imagen de los políticos de todos los tiempos. La historia de la toma y readquisición de pueblos en nuestra provincia durante la segunda mitad del siglo XVI, es una orgía de asesinatos y de robos en que los criminales encontraban sobrado ejercicio. Las revoluciones, perfectamente se sabe, son las saturnales del crimen; desgraciadamente muchas veces queda éste encubierto, porque está en la naturaleza de los más grandes delitos el hacer que se olviden ó se excusen bajo pretexto de política.

También la Fronda, ya se ha visto, dejó en nuestros documentos señales de su paso (1); pero á partir de la época de Luis XIV, las costumbres se hacen menos sanguinarias aunque siempre violentas, y si bien no dejan de darse golpes, sobre todo golpes con los pu-

(1) El Perigord, según Thou, era un hervidero de nobleza facciosa; y la historia del país, especialmente la que se refiere á la conspiración de Birón bajo Enrique IV, confirma plenamente esta afirmación.

(1) En otros documentos encuentro citado el asesinato de Pedro de Labrouse, anciano de ochenta y dos años, antiguo magistrado de lo criminal, crimen cometido en Setiembre de 1653 durante una sedición popular que hubo en Sarlat. El móvil del crimen, según parece, fué una venganza privada bajo pretextos políticos.

ños, pocas veces mortales. A medida que nos aproximamos á la Revolución, el murmullo del descontento público aumenta y se deja oir cada vez más claro. La percepción de las rentas feudales y la de los diezmos se hace tumultuosamente. En 1747, el señor Dubos, encargado de cobrar los atrasos de la renta que pagaban los colonos de la tierra de Carves, presenta una demanda contra muchas mujeres «que le arrancaron los cabellos, lo apalearon, le arrojaron puñados de ceniza á los ojos y á la boca para impedirle que gritase, y finalmente, le quitaron los papeles que el demandante llevaba con destino á la audiencia de Carves y los arrojaron al fondo de una balsa». Pero la rivalidad y el odio de clases vienen de tiempos más remotos. En 1727, cinco campesinos de Simeyrols, «armados con gruesos palos y con mazas», penetraron en la cerca de una casa noble «para buscar á otro campesino que allí se había ocultado, según decían», y no se retiraron sino después de murmurar y amenazar. Pequeñas expediciones rurales de esa clase prepararon poco á poco las grandes jornadas revolucionarias. En las tabernas habían comenzado á perorar desde 1740 los precursores de Rabagas. En esa fecha el conde de Burdeilles se queja «de un individuo llamado Desvaux, que se dice abogado, hombre violento, peligroso, que sostiene contra él en las tabernas los propósitos más atroces y que recientemente fijó en el portal del castillo de Burdeilles un cartel ó pasquín que contenía pésimas rimas ó versos muy sediciosos ú obscenos que tendían á sublevar á los habitantes de la tierra de Burdeilles contra su señor». Esa protesta rimada contra el antiguo régimen, se había fijado en los muros de aquella humilde ciudad medio siglo antes de la Revolución.

Nuestros documentos no alcanzan más que hasta el momento en que el período revolucionario se aproxima á su aspecto sangriento. En las últimas páginas la fermentación de los espíritus se deja claramente sentir en el fondo de las comarcas rurales más apartadas. Sabemos por una querella «del procurador del rey en la jurisdicción general de Guyena, que en 1790, algunos habitantes de Vallojoux, Sergeac, Saint León y Thonac, parroquias del cantón de Montignac armados y reunidos en número de trescientos próximamente», van visitando las casas de los particulares y con preferencia las de los señores y las de los curas, donde todo lo ponen á contribución, hasta apoderarse de los granos que encuentran, obligan á que se les dé dinero, amenazan con incendiar los castillos y aun se permiten amenazar á las personas; el procurador del rey, los acusa de ejercer toda clase de violencias: así agrupados plantan en medio de las plazas públicas y delante de los castillos y casas de los señores, árboles de gran tamaño, algunos de los cuales tienen la forma de horca, y en lo más alto de ellos colocan una escoba, una medida de granos, un rasero, una criba y además un cartel que anuncia la cobranza de rentas. De seguida pretenden quitar las

veletas que hay en los castillos y casas particulares, y en caso de resistencia de parte de los propietarios, se dirigen contra éstos con maneras insolentes y con amenazas de incendio»: estos desórdenes se cometían en Enero de 1790. Así comprendemos que otra demanda que lleva la misma fecha hable de una oficina de vejaciones inicuas creada en Montignac.

Esas turbulencias se repetían por todas partes con un frenesí imitativo, que es la circunstancia atenuante de sus mismos ejecutores; éstos sin, embargo, eran tratados por la justicia prebostal con un rigor inspirado en el espíritu de los Presidiales. En 1790, el preboste general de la jurisdición de Guyena, condenó al jefe de una de esas bandas de rateros y devastadores á la horca, á uno de dos cómplices suyos, á cinco años de galeras, y al otro á un año de prisión.—Pero detengámonos; sería preciso, para continuar, invadir el campo de M. Taine que no deja nada que espigar después de él.

Todavía, por conclusión, hemos de añadir algunas palabras acerca del funcionamiento de los antiguos tribunales y de la ejecucción de sus sentencias. Desde luego me llama la atención el número de los magistrados. ¿Diré que había entonces cuatro ó cinco veces más que hoy? Eso no sería decir bastante. El Presidial de Perigueux, por ejemplo, cuya jurisdicción se extendía por toda la senescalía de Bergerac y también por una parte de Saint Yrieix, contaba en 1584 tres presidentes, diez y ocho consejeros, un fiscal y dos abogados: más tarde quedó reducido á doce ó trece el número de los consejeros. En Sarlat, sobre poco más ó menos, lo mismo. Nótese que al lado de esos Presidiales tan poblados, sin contar su colegio de abogados compuesto de treinta y seis de éstos inscritos aún en 1788 y de diez y seis procuradores, había además «los consejeros en la elección», miembros de un tribunal administrativo y fiscal, cuyo número era casi igual, y además de éstos el juez señorial que había en cada pequeño señorío.

Sumadas todas las cifras representadas por estos individuos, se observará que relativamente al aumento actual de la población, nuestro personal judicial se ha ido reduciendo en proporciones enormes, y si bien se reflexiona excesivas. Actualmente, la mayor preocupación de un ministro que tenga á su cargo la justicia, parece ser la de suprimir tribunales y disminuir el personal todo lo que le sea posible. En los otros departamentos ministeriales sucede lo contrario: crear sin cesar nuevas funciones y nuevos funcionarios. Supongo que esto sucederá por lo mismo que la función esencial del Estado, la única que los economistas clásicos le reconocen, con la defensa militar del territorio, es la justicia. Borrar todos los años en nuestros presupuestos lo que serviría para atender á lo necesario, y en cambio aumentar lo que se destina para lo accesorio, es imitar á las mujeres, que economizan en tela para gastar en adornos del traje. Pero se diría que nuestra democracia corría un gran pe-

ligro, si los magistrados que se han podido sostener en sus sitiales, á pesar del afán extraordinario, de las economías, no eran perseguidos en sus últimos lugares, cargados de negocios y abrumados de procesos hasta lo inverosímil. En el momento en que todos los trabajadores reclaman y obtienen la diminución de las horas de trabajo, aquellas exigencias son muy extrañas. Es además un abuso el confundir el trabajo de un juez con el de un albañil, y el pagar al primero á tanto la hora de audiencia, como al otro se paga á tanto el metro cuadrado de tapia. El juez, según nuestros antecesores, y tenían razón en esto, debe ser ante todo un trabajador muy ocupado, porque no se juzga bien más que cuando el juzgar se hace con reposo y no con fatiga, supuesto que nada hay más peligroso que un magistrado que procede con apresuramiento, especialmente en el tribunal correccional. Las lecciones del pasado acerca de este punto pudieran ser utilizadas con provecho.

Y no es que yo proponga que nos sirvan de modelo en todo los jueces del antiguo régimen (1), y menos los jueces señoriales. En 1696 (Perigueux), una *mujer casada* formula demanda «contra el juez y procurador de oficio de Badefol, que con violencias y amenazas, después de haberla encerrado en un calabozo del castillo de Badefol, la obligaron á declarar que estaba en cinta por obra primeramente de uno llamado Francisco, después de Esteban Lapeyre, burgués, su amo...» De esa manera procedían extrajudicialmente los jueces (1), y ese es el caso que ha-

(1) Me será permitido, sin embargo, elogiar otra vez su imparcialidad animosa. Véase de ella un rasgo que me seduce: en 1611, en el momento en que acaba de morir Enrique IV y volvía á comenzar la fermentación de las guerras religiosas. El magistrado suplente de la Senescalía de Sarlat, Francisco de Gerard, fué llamado á decidir, después de la prueba y contraprueba, y después de haber oído «las observaciones del promotor de la diócesis, si la iglesia reformada de Salignac debía ser considerada legalmente establecida. Ahora bien; ese magistrado era un ferviente católico, y era, además, cuñado del obispo de Sarlat un Salignac Fenelon: estaba seguro de agradar á la población sarladesa en su gran mayoría católica, negando el uso del sello oficial al grupo y al templo protestante de que se trata. A pesar de todo, resiste esas influencias y declara legalmente establecida la iglesia reformada de Salignac. Cuanto al conocimiento profesional, el magistrado antiguo podría servir de modelo en muchas ocasiones. En un folleto relativo á una información medico-legal que se efectuó en Bolonia en 1665, el doctor Augusto Setti (Roma, 1891) expresa una viva admiración, muy justificada, por el ingenio, la penetración y delicadeza de que dió pruebas el magistrado instructor del siglo XVII en sus numerosas y habilísimas preguntas, y dedica un homenaje de respeto, lo mismo que yo he hecho antes, á la sagacidad de aquellos peritos (se trataba de una causa muy difícil por envenenamiento), á pesar de la forzosa deficiencia de sus conocimientos químicos.

(1) Y los particulares solían también imitar á los magistrados. En 1676, querella de Leonardo Lagosse, herrero, «contra el señor Beyssac, un criado de éste y otros varios, que, armados de pistola y de fusiles, se habían apoderado del dicho Lagosse, le habían vendado los ojos para transportarlo á una caverna, donde le habían puesto una cuerda al cuello para obligarlo á declarar que él había matado el jumento y robado el caballo del

cían de la presunción ó indicio de pruebas, expresado en esta frase: *pater is est quem nuptiae demonstrant.*

Habrá podido notarse que las penas eran, no solamente crueles, sino diversas y aun extravagantes. Las ejecuciones en efigie *hasta que sobrevenga la muerte* debían ser un espectáculo muy grotesco; y si muchas veces, como se asegura, el condenado por contumacia podía asistir á su propio suplicio oculto en una ventana, le sería permitido reir un poco, aun cuando es posible que no hiciera uso de ese permiso. La confesión pública en camisa y con un cirio en la mano en plena iglesia y en pleno tribunal, pena á la que estaba sometido el difamador, tenía también su lado ridículo. En 1679, por ejemplo, el Senescal de Sarlat condena á «Juan de Calvimont, señor de San Marcial, etc.», á declarar «solemnemente» estando de manifiesto *Corpus Domini* en la iglesia parroquial de Sarlat, durante la misa mayor, que Leonardo Clarat, clérigo, «es inocente de haber tirado á los pichones y de haberlos matado»... La caza entonces ejercida por villanos era un grande crimen. El destierro fuera del recinto de la jurisdicción era tan cruel antes como hoy puede serlo el destierro fuera de Francia ó la deportación. Pero ya se comprende el abuso que entrañaba esta especie de cambio que las Audiencias se hacían de sus respectivos criminales. A partir de 1680 próximamente, las condenas á galeras se multiplican y aun parece que sustituyen á las sentencias de muerte. Cuanto á la detención, debía ser como siempre una pena tan terrible para el inexperto delincuente como benigna para el viejo experimentado. La vigilancia era poco menos que nula en las prisiones, si se juzga por la frecuencia de las evasiones (1) y también de los cantares carcelarios. Veo en Perigueux, especialmente en 1748, un preso y una presa acusados del crimen de comercio adulterino continuado con desprecio de la justicia en las prisiones reales de la ciudad de Perigueux.» y en 1757, otra pareja de detenidos acusados del crimen de comercio incestuoso. La antigua alegría francesa no abdicaba sus derechos en aquellos locales inmundos: había allí la costumbre de solemnizar divertidamente el carnaval; por más que en Sarlat se tomaban precauciones policiacas (1783) contra la «disipación» que esta época del año ocasionaba. Naturalmente, se repartían palos, y por lo regular los que más recibían eran el carcelero y su mujer. En 1706, el conserje de la prisión de Sarlat, que había recibido orden de permitir á Boucher de L... (acusado de asesinato) que se pasease en el patio y las galerías, se queja de que aquel preso, procediendo

señor de Beyssac». ¿No es este, evidentemente, un delito sugerido por los procedimientos habituales de la justicia de entonces, por *el tormento?*

(1) Muy frecuentemente bandos de bullangueros forzaban las puertas de las prisiones para poner en libertad á uno de sus amigos. La libertad provisional bajo fianza se practicaba muy frecuentemente, según creo: varias veces se menciona en el Registro criminal de Saint Martin, *ese Registro criminal de Saint Martin.*

como dueño, le mata sus gallinas, golpea á su mujer con los pies y con los puños, y teniendo por su parte á los soldados del regimiento de Romainval, presos que gozan de la misma libertad, le tira piedras desde que se presenta en el patio, y poco ha faltado para que lo mataran dos ó tres veces (1)».

No nos dejemos llevar de la compasión al juzgar á los carceleros de otros tiempos. En cuanto á su valor moral, debían estar poco más ó menos á la altura de los verdugos; y observo que en 1781, el verdugo de Sarlat fué condenado á galeras perpetuas por hechos de violencia cometidos fuera del ejercicio de sus funciones, sin duda por hábito.

Termino estas vagas notas con una crítica de las descripciones antiguas; falta un poco de precisión. Se señala en 1733 «dos personajes, uno designado con el nombre de alguacil, en compañía de otro que es señor de Lamartonie, hombre de elevada estatura, vestido con traje azul, de rostro inflamado, pelo rojo, peluca á manera de gorra, sombrero con bordados de plata», estamos lejos de los envíos de fotografías y de *bertillonaje*.

Otras muchas citas pudieran extraerse de los viejos papeles que he estudiado con detenimiento para dar á los lectores una simple idea. He dejado hablar los textos y me he abstenido todo lo posible de hacer reflexiones. Pero importa, sin embargo, observar por conclusión, que se tendría de la sociedad antigua una idea muy somera si nos limitáramos á considerarla sólo bajo el aspecto criminal; si de la nuestra se juzgara únicamente con sujeción á los protocolos de los tribunales, ¿qué cuadro se haría de ella? El antiguo régimen tuvo, al lado de sus figuras teñidas de crímenes, su flora característica, no menos teñida de bellezas y de virtudes, y mis compatriotas sarladeses especialmente, cometerían un grave error si entendieran que todo en su estado social actual era preferible á lo de sus padres. La violencia de las costumbres, por ejemplo, no era obstáculo para el desarrollo del arte y de cierta delicadeza de gusto: las memorias de Benvenuto Cellini nos dan una prueba entre mil de esta afirmación; ciertamente no voy á comparar á Sarlat con Florencia ó con Venecia; pero desde el punto de vista artístico, noto en uno de nuestros Inventarios que en 1782 había en Sarlat dos pintores italianos llamados Ramelli y Lange, y que este último tenía la especialidad de *limpiar los cuadros*, es decir, de restaurarlos. Debo ¡ay! hacer observar que actualmente ningún pintor ni de Italia ni de otra parte se establece en esa pequeña subprefectura; y seguramente el oficio de restaurador de cuadros no ofrece allí hoy á nadie condiciones para vivir.

G. Tarde.

(1) Con respecto á la alimentación de los prisioneros, encuentro en 1716 un compromiso de rebaja en los precios del pan que se consumía en las prisiones: la adjudicación se hizo en favor de un panadero que «se obligaba á dar el pan bien acondicionado para cada uno de los presidiarios, teniendo cada pan veintiocho onzas de peso, á razón de dos sueldos cada uno».

RECUERDOS DE MI INFANCIA

(CONTINUACIÓN)

X

La partida.

El día siguiente de los acontecimientos que he contado, á mediodía, la carretela y la britchka estaban delante de la escalinata. Kolia estaba en traje de viaje, es decir, que llevaba el pantalón metido en las botas, un gabán viejo y un cinturón bien apretado por encima del gabán. Estaba de pie en la britchka y arreglaba las mantas y los almohadones. Cuando le parecía que éstos estaban muy altos, se sentaba sobre ellos y saltaba hasta que los había aplastado.

—Por caridad, Kolia, ¿no podría V. tomar este cofrecillo?—dijo el ayuda de cámara de papá saliendo muy sofocado de la carretela.

—Debía V. haberlo dicho antes, Miguel Ivanovitch—respondió Kolia hablando de prisa y arrojando impacientemente, con todas sus fuerzas, un paquetito al fondo del carruaje.—¡Tiene uno ya la cabeza mareada y es preciso que aún venga V. con su cofrecillo!—añadió quitándose la gorra y secándose gruesas gotas de sudor sobre su frente curtida.

La servidumbre se había reunido alrededor de la escalinata, los hombres descubierta la cabeza, con caftán ó en mangas de camisa, los niños descalzos, las mujeres con falda de algodón y pañuelo rayado, y sus mamones en brazos. Todos miraban los carruajes y hablaban entre sí. Uno de los postillones (un viejo muy encorvado con gorra de pieles y un armiak de invierno) había empuñado la lanza de la carretela y la movía examinando el juego delantero con aire inteligente. El otro postillón era un guapo mocetón con camisa blanca con cuadros

de algodón rojo en el brazo, con sombrero de fieltro negro que inclinaba en tanto sobre una oreja, en tanto sobre la otra, al rascarse la cabeza rubia y rizada. Había puesto su armiak sobre el pescante, echado las riendas sobre el armiak, y restallaba el látigo mirando alternativamente á sus botas y á los dos cocheros que engrasaban la britchka. Uno de éstos levantaba el carruaje con esfuerzo; el otro, acurrucado debajo, engrasaba el eje y su caja con mucho cuidado; hasta dió una última vuelta, comenzando por abajo, para no perder lo que había quedado en la brocha.

Los caballos de posta, rocines de todos los colores, movían la cola á causa de las moscas. Los unos dormían, estirada hacia adelante una de sus patas velludas. Los otros, para matar el aburrimiento, se rascaban mutuamente, ó mordían unas matas de hierba coriácea que habían brotado al pie de la escalinata. Muchos lebreles estaban tendidos al sol jadeantes; otros, se habían deslizado á la sombra de la carretela y de la britchka y lamían la grasa de los ejes. El aire estaba lleno de una especie de vapor polvoriento, y el horizonte era de un gris lila, pero no tenía una sola nube. Un fuerte viento del Oeste levantaba torbellinos de polvo sobre el camino, y en los campos doblaba la copa de los grandes tilos y de los abedules del jardín y arrastraba á lo lejos las hojas amarillas. Yo estaba sentado junto á la ventana, y esperaba con impaciencia el fin de todos aquellos preparativos.

Cuando todo el mundo se reunió en el salón, alrededor de la mesa redonda, para pasar por última vez algunos minutos juntos, yo no pensaba de ningún modo en la tristeza del instante que nos esperaba. Los pensamientos más fútiles se agitaban en mi cabeza. Me proponía á mí mismo estos problemas: «¿Cuál de los postillones irá con la britchka, cuál con la carretela? ¿Quién de nosotros irá con papá, quién con Karl Ivanovitch? ¿Por qué se quiere absolutamente envolverme en una bufanda y en un caftán uatado? ¿En qué se me cree delicado? Con seguridad que no me helaré. Quisiera que todo esto hubiera acabado... subir al carruaje, y partir.»

Natalia Savichna entró en el salón, los ojos hinchados y enrojecidos y con un papel en la mano.

—¿A quién quiere la señora que dé la lista de la ropa de los niños?—preguntó á mamá.

—Dásela á Kolia, y venid todos á decirles adiós.

La vieja quiso decir alguna cosa, pero no pudo hablar. Se tapó la cara con el pañuelo, agitó la mano y salió. Esto me hizo efecto, y mi corazón se oprimió algo; sin embargo, la impaciencia de partir era superior á todo, y seguí escuchando con perfecta indiferencia la conversación de mis padres. Hablaban de cosas que no les interesaban evidentemente ni al uno ni al otro: de lo que habría que comprar para la casa, de lo que habría que decir á la princesa Sofía y á madama Julia, de si el camino era bueno.

Foca apareció en la puerta, y xactamente con el mismo tono con que anunciaba: «La comida está servida», anunció: «Los carruajes están prestos.» Noté que mamá se estremeció y palideció, como si no se hubiera esperado aquella noticia.

Dijeron á Foca que cerrase todas las puertas. Encontré esto muy divertido: se habría dicho que todos nos ocultábamos de alguien.

Se sentaron. Foca hizo como los demás, pero en el borde de una silla. En el mismo instante rechinó la puerta, y todo el mundo volvió la cabeza. Natalia Savichna entró precipitadamente y fué á sentarse, sin alzar los ojos, en la misma silla que Foca, al lado de la puerta. Aún veo la cabeza calva y la cara arrugada é inmóvil de Foca, la espalda encorvada y el rostro bondadoso de Natalia, con su cofia por debajo de la cual asomaban cabellos grises. Los dos se aprietan para tenerse en la misma silla, y los dos están mal.

Yo seguía sin preocuparme é impaciente. Los diez segundos durante los cuales estuvieron sentados con las puertas cerradas, me parecieron una hora. Al fin, todos se levantaron é hicieron la señal de la cruz; después comenzaron los adioses. Papá estrechó á mamá entre sus brazos, y la besó muchas veces.

—Vamos, querida, que no nos separamos para siempre.

—¡De todos modos es triste!—dijo mamá con voz entrecortada por las lágrimas.

Cuando oí aquella voz, y vi aquellos labios temblorosos y aquellos ojos llenos de lágrimas, olvidé todo lo demás, y sentí tan horrible tristeza, tal dolor, que habría querido escapar y no decirle adiós. Comprendió en aquel momento que al besar á papá nos había dado ya interiormente sus adioses.

Había ella besado tanto á Volodia y hecho sobre él tantas señales de la cruz, que creía llegada mi vez, y me deslicé á su lado; pero seguía bendiciéndolo y estrechándolo entre sus brazos. Pude al fin besarla, y aferrándome á ella, lloré, lloré sin pensar en otra cosa que en mi pena.

Cuando salimos para subir á los carruajes, encontramos en el vestíbu á toda la servidumbre que había acudido para despedirnos. Sus «deme V. la manta», sus grandes besos sonoros, y el olor á sudor de sus cabezas, despertaron en mí un sentimiento muy vecino de la irritación. Bajo la influencia de aquel sentimiento, besé con mucha frialdad á Natalia Savichna sobre su cofia, cuando me dijo adiós sollozando.

¡Cosa extraña! Todavía veo á todos los criados, y podría dibujar sus retratos hasta en los menores detalles; pero el rostro y la actitud de mamá se me escapan enteramente. Esto procede acaso de que, durante toda aquella escena, no tuve ni una sola vez valor para mirarla. Me parecía que si la miraba, su pena y la mía excederían todos los límites.

Me arrojé en la carretela antes de que subiera nadie, y me senté en el

fondo. Como estaba levantada la capota, ya no veía nada; pero un instinto me decía que mamá estaba todavía allí.

«¿La miraré todavía una vez?... ¡Será la última!» Me incliné fuera de la carretela, del lado de la escalinata. Durante aquel tiempo, mamá, que había tenido la misma idea, daba la vuelta al carruaje y me llamaba por la otra portezuela. Al oir su voz á mi espalda, me volví tan bruscamente, que tropezaron nuestras cabezas. Sonrió tristemente, y me besó por última vez abrazándome estrechamente.

Después de arrancar los carruajes, quise volver á verla. El viento agitaba el *fichú* azul anudado sobre sus cabellos. Subía lentamente la escalinata, baja la cabeza y oculto el rostro en sus manos. Foca la sostenía.

Papá estaba á mi lado y no decía nada. Yo me atragantaba á fuerza de sollozar, y mi garganta estaba tan apretada, que tenía miedo de ahogarme. Al volver en la carretera, vimos un pañuelo blanco que se movía en el balcón de la casa. Agité el mío, y este movimiento me calmó un poco. Seguía llorando, pero el pensamiento de que mis lágrimas mostraban mi sensibilidad, me era agradable y me consolaba.

Al cabo de una versta, estuve más tranquilo y me puse á mirar delante de mí, con obstinada atención; el objeto más próximo: era la grupa del caballo de costado. Lo miraba agitar la cola y galopar; galopaba mal: el postillón le dió un latigazo, corrigió su andar. Miraba el arnés danzar sobre la grupa y cubrirse de espuma. Luego me puse á mirar los guardacantones del camino, los campos ondulantes de cebada granada, el negro barbecho, donde se veía un arado, un mujik, una yegua y su potro. Hasta eché una mirada sobre la silla para ver qué postillón llevábamos, y las lágrimas no se habían aún secado en mis ojos, cuando mi pensamiento estaba lejos de mi madre, de quien acababa de separarme acaso para siempre. Sin embargo, todos los recuerdos que cruzaban por mi espíritu llevaban hacia ella mi pensamiento. Me acordaba de la seta que había encontrado la víspera en la calle de abedules. Liubotchka y Catalina habían disputado por quién la cogería, y también ellas habían llorado al decirnos adiós.

¡Me daban mucha pena! Natalia Savichna también me daba pena, y la calle de abedules, y Foca. ¡Hasta la odiosa Mimí me daba pena! ¡Todo, todo me daba pena! ¿Y la pobre mamá? Mis ojos se llenaron de nuevo de lágrimas, pero no por mucho tiempo.

XI

La infancia.

¡Infancia, dichosa infancia! ¡Tiempo dichoso que no volverá jamás! ¿Cómo no amarla, cómo no acariciar su recuerdo? Este recuerdo refresca y

levanta mi alma; es para mí la fuente de los mejores goces.

Me acuerdo de que cuando estaba cansado de correr, iba á sentarme delante de la mesa de té en mi silloncito alto de niño. Era ya tarde, había acabado hacía ya mucho tiempo mi taza de leche con azúcar y mis ojos se cerraban de sueño; pero no me movía; me estaba quieto y escuchaba. ¿Cómo no escuchar? Mamá habla con una de las personas presentes, y el sonido de su voz ¡es tan dulce, tan amable! ¡El sólo me dice tantas cosas!

La miro fijamente con ojos enturbiados por el sueño, y de pronto se hace pequeñita, muy pequeñita; su cara no es mayor que uno de mis botones, pero queda clara; veo que mamá me mira y que sonríe. Encuentro divertido tener una mamá tan pequeña. Entorno todavía más los párpados, y ella disminuye, disminuye; se hace no mayor que los niños que se ven en el fondo de los ojos de las gentes. Pero me he movido, y se ha roto el encanto. Entorno los ojos, cambio de postura, me doy mucho trabajo para llamar el encanto: es en vano.

Me dejo deslizar hasta el suelo, y voy muy dulcemente á acostarme con mucha comodidad en un gran sillón.

—Te duermes, Nicolasito—me dice mamá.—Mejor harías en acostarte.

—No tengo gana de dormir, mamá.

Ensueños vagos, pero deliciosos, llenan mi imaginación; el buen sueño de la infancia cierra mis párpados, y al cabo de un instante estoy dormido. Siento sobre mí, á través de mi sueño, una mano delicada; la reconozco sólo en la manera de tocar, y, aun dormido, la cojo y la oprimo con fuerza sobre mis labios.

Todo el mundo se ha dispersado. Una sola bujía arde en el salón. Mamá ha dicho que ella se encargaba de despertarme. Se embute en el sillón en que duermo, pasa su bella mano fina por entre mis cabellos, se inclina á mi oído y murmura con su linda voz que conozco tan bien: «Levántate, alma mía; ya es hora de ir á acostarse.»

Ninguna mirada indiferente le estorba; no teme derramar sobre mí toda su ternura y todo su amor. Yo no me muevo, pero beso su mano aún con más fuerza.

—Levántate, ángel mío.

Pone la otra mano en mi cuello y me acaricia con sus afilados dedos. El salón, silencioso, está en una semioscuridad; mis nervios son excitados por las caricias y el despertar; mamá está sentada pegada á mí; me toca, siento su perfume y oigo su voz; me levanto de un salto, la echo los brazos al cuello, me aprieto contra su pecho murmurando: «¡Oh mamá, querida mamita, cuánto te quiero!»

Ella sonrie con su sonrisa triste y encantadora, coge mi cabeza con las dos manos, me besa en la frente y me sienta en sus rodillas.

—¿Me quieres mucho?—Se calla un instante, luego continúa:—Mira, quiéreme siempre; no me olvides nunca. Si no tuvieras ya á tu mamá, ¿verdad que no la olvidarías? ¿Di, Nicolasito mío?

Me besa aún más tiernamente. Yo exclamo:—¡Oh, no digas eso, mamá querida, mamita mía!

Beso sus rodillas, y arroyos de lágrimas brotan de mis ojos en un transporte de amor.

Cuando después de esta escena subo á acostarme y me arrodillo ante las santas imágenes, envuelto en mi bata uatada, ¡qué sentimiento extraño experimento al decir: «Dios mío, vela sobre papá y sobre mamá!» Mientras que recito las oraciones que mis labios de niño han aprendido repitiéndolas junto á mi querida mamá, mi amor á ella y mi amor á Dios se funden en un solo y mismo sentimiento.

Después de mi rezo, voy á acurrucarme entre mis sábanas, el alma en paz y el corazón ligero. Las imágenes se empujan unas á otras en mi cabeza; ¿qué representan? Son inaccesibles, pero llenas de puro amor y de luminosas esperanzas de dicha. Pienso en Karl Ivanovitch y en su amarga suerte. Este es el único hombre desgraciado que conozco, y me da tanta lástima, me siento dominado por él de tal ternura, que las lágrimas brotan de mis ojos y me digo: « ¡ Que Dios le de la felicidad! ¡Que me de el poder de socorrerlo y de aliviar su dolor! Estoy dispuesto á sacrificarlo todo por él.» Pienso en seguida en mi juguete favorito, un conejito ó un perrito de porcelana; lo he metido bajo mi almohada de pluma y admiro lo bien que está allí y qué caliente.

Rezo todavía una oración en que pido á Dios que todo el mundo sea dichoso y esté contento, y que haga buen día mañana para el paseo; me vuelvo del otro lado; las ideas y los sueños se mezclan y se confunden, y me duermo dulcemente, apaciblemente, el rostro húmedo todavía de lágrimas.

¿Volverás á encontrar jamás la frescura, la despreocupación, la necesidad de cariño y la fe de tu infancia? ¿Qué tiempo mejor que aquel en que las dos primeras de todas las virtudes, la alegría inocente y la sed insaciable de cariño, eran los resortes de tu vida?

¿Dónde están aquellas ardientes plegarias? ¿Dónde aquellas preciosas lágrimas de ternura? El ángel del consuelo acudía; enjugaba tus lágrimas con una sonrisa y murmuraba dulces sueños á la imaginación inocente del niño.

¿La vida ha pateado tan pesadamente sobre mi corazón, que ya no podré jamás conocer aquellas lágrimas y aquellos transportes? ¿No me quedan más que los recuerdos?

XII

Los versos.

Próximamente un mes después de nuestra llegada á Moscú, estaba yo sentado á una gran mesa en el piso segundo de la casa de nuestra abuela, y escribía. Enfrente de mí, el profesor de dibujo acababa de corregir una

cabeza de turco con turbante, hecha al lápiz. Volodia, de pie detrás del profesor de dibujo, adelantaba la cabeza por encima de su hombro y lo miraba hacer. Era el primer dibujo al lápiz de Volodia, y debía ser ofrecido el mismo día á nuestra abuela, que celebraba su santo.

—¿No pone V. una poca más de sombra aquí?—preguntó Volodia alzándose sobre la punta de los pies y señalando el cuello del turco.

—No, es inútil—respondió el profesor metiendo los lapiceros en un estuche.—Está bien así, no lo toque V. más. Y V., Nicolasito — continuó levantándose y mirando al turco de lado—¿no nos dirá V. su secreto? ¿Qué ofrece V. á su abuela? Lo mejor habría sido también una cabeza. Adiós, señores.

Cogió el sombrero y el estuche, y salió.

En aquel momento también pensaba yo que habría valido más una cabeza que lo que yo me encarnizaba en hacer. Cuando se nos anunció que el santo de la abuela se acercaba y que había que preparar nuestros regalos, se me ocurrió la idea de hacerle versos. Encontré en seguida dos que rimaban, y creí que los otros saldrían con la misma facilidad. No puedo recordar cómo se me metió en la cabeza idea tan disparatada para un niño, pero me acuerdo de que estaba encantado con ella, y que á todas las preguntas respondía que seguramente haría un regalo á la abuelita, pero que no quería decir lo que era.

Contra lo que esperaba, me fué imposible encontrar la continuación. Por más que me encarnizaba en ello, estaba siempre en los dos versos compuestos en un momento de inspiración. Me puse á leer poesías en nuestros libros de clase, pero ni Dmitrief ni Derjavine me sirvieron de nada; al contrario me hicieron sentir más vivamente mi incapacidad. Sabía que á Karl Ivanovitch le gustaba hacer versos. Fuí muy dulcemente á revolver en sus papeles, y encontré, entre diversas poesías alemanas, una rusa que me pareció ser de él:

*«A la señora L***, en Petrowskoe, 3 de Junio de 1823.*

»Acuérdese de cerca,—acuérdese de lejos,—acuérdese de mí siempre. —Cuando esté en la tumba,—acuérdese aún,—de cuán fielmente he sabido amar.

KARL MAYER.»

Estos versos estaban escritos en hermosa letra redondilla, en papel fino de cartas. Me gustaron porque estaban llenos de sensibilidad. Los aprendí de memoria y resolví tomarlos por modelo. Las cosas marcharon desde entonces mucho más fácilmente. El día de la fiesta, tenía dispuesta una felicitación en doce versos; no me faltaba más que copiarlos en papel vitela, y esto es lo que hacía en la clase, sentado á la mesa.

Había estropeado ya dos hojas de papel, no porque se me ocurriera cambiar nada en mis versos: me parecían admirables; pero á partir del tercero, los renglones comenzaban á levantarse por la punta cada vez más, de manera que, aun de lejos, se veía que aquello estaba escrito de través.

La tercera hoja estaba tan de través como las primeras, pero resolví no volver á comenzar. En mi obra felicitaba á mi abuela, le deseaba muchos años de buena salud y terminaba así:

«Nosotros nos esforzaremos por ser tu consuelo.—Y te amaremos como á nuestra propia madre.»

Esto no estaba mal del todo; sin embargo, el último verso me extrañaba al oído. Me repetía á media voz: *Y te amaremos como á nuestra propia madre.*—¿Qué otra rima en *adre* se podría poner? *¿Padre? ¿Taladre?...* ¡Bah! ¡Siempre serán mejor estos que los de Karl Ivanovitch!

Escribí el último verso y me fuí á mi cuarto á leer mi obra en voz alta, dándole expresión y haciendo gestos. Mis versos eran todos falsos. No me paraba en tan poco, pero el último me desagradaba más cada vez. Me senté en la cama y me puse á reflexionar.

«¿Por qué he puesto: *como á nuestra propia madre?* Mamá no tiene nada que ver con esto; era inútil hacer pensar en ella. Ciertamente, quiero á mi abuela, siento respeto hacia ella, pero de ningún modo es la misma cosa... ¿Por qué he puesto esto? ¿Por qué mentir? Verdad es que se trata de versos; pero de todos modos era inútil.»

En este momento entró el sastre. Nos llevaba trajes nuevos.

—¡Tanto peor!—exclamé con despecho, escondiendo los versos bajo la almohada, y corrí á probarme el traje del sastre de Moscú.

Los trajes de Moscú eran soberbios. Nuestros fraques color de canela, con botones dorados, se ajustaban perfectamente al talle—aquello no se parecía á lo que se hacía en el campo;—nuestros pantalones negros, igualmente ajustados, dibujaban las formas y caían admirablemente sobre las botas.

«¡Al fin—pensé—tengo pantalones con trabillas, de las verdaderas!» Estaba loco de alegría y me miraba las piernas en todos sentidos. La verdad es que mi traje ajustado me molestaba y que no me encontraba cómodo; pero me guardaba de confesarlo. Declaré, al contrario, que me encontraba muy cómodo, y que si mi traje tenía algún defecto era ser demasiado ancho. Me pasé en seguida mucho tiempo delante del espejo, peinándome. Aunque me había puesto mucha pomada y trabajé mucho, no pude conseguir nunca que mis cabellos quedasen alisados en lo alto de la cabeza. Así que dejaba de sujetarlos con el cepillo, se levantaban y se esparcían en todos sentidos, dándome una expresión soberanamente ridícula.

Karl Ivanovitch se vestía en el otro cuarto, y le entraron por la clase un frac azul, acompañado de objetos

blancos. Oí, á la puerta que daba á la escalera, la voz de una de las doncellas de mi abuela. Salí al descanso para saber qué quería. Llevaba en las manos una camisa muy almidonada, y me contó que no se había acostado aquella noche para que la camisa estuviera lavada y planchada á tiempo. Me ofrecí á llevársela á Karl Ivanovitch, y pregunté si se había levantado mi abuela.

—¡Cómo si se ha levantado! Y ha tomado el café, y ha llegado el arcipreste. ¡Qué guapo está V.!—añadió con una sonrisa, mirando mi traje nuevo.

Esta observación me puso colorado. Giré sobre un talón, hice sonar mis dedos y di un salto. Estos movimientos estaban destinados á hacerle comprender que no sabía ella bién hasta qué punto era guapo.

Cuando entré en el cuarto de Karl Ivanovitch con la camisa, era demasiado tarde; Karl Ivanovitch se había puesto otra. Lo encontré encorvado delante de un espejito puesto sobre la mesa y arreglándose la corbata de los días solemnes. Estaba viendo si no dificultaba los movimientos de la barba recién afeitada, y, recíprocamente, si la barba entraba con facilidad en la corbata. Estiró nuestros fraques por delante y por detrás, rogó á Kolia que le hiciera á él el mismo servicio y nos llevó á las habitaciones de la abuela. Me río al pensar en el olor á pomada que esparcíamos los tres por la escalera.

Karl Ivanovitch llevaba una cajita de cartón, fabricada por él. Volodia su dibujo, y yo mis versos. Cada uno de nosotros tenía en la punta de la lengua el cumplimiento que debía acompañar á su regalo. En el momento en que Karl Ivanovitch abrió la puerta de la sala, el sacerdote se había revestido ya la casulla y comenzaba la oración de acción de gracias.

Mi abuela, muy encorvada y apoyándose con las manos en el respaldo de una silla, estaba de pie junto á la pared. Papá estaba á su lado. Se volvió hacia nosotros y sonrió al vernos ocultar precipitadamente nuestro regalos á nuestra espalda y detenernos cerca de la puerta con la esperanza de no ser notados. Habíamos contado con el efecto de la sorpresa: el efecto había fallado por completo.

Cuando comenzó el desfile me sentí de pronto paralizado por un acceso de timidez insuperable. Comprendí que jamás tendría valor para ofrecer mi regalo y me escondí detrás de Karl Ivanovitch, que soltaba á mi abuela un cumplimiento de los más floridos. Pasó en seguida su caja de la mano derecha á la mano izquierda, la entregó á mi abuela y se apartó algunos pasos, á fin de dejar lugar á Volodia. Mi abuela pareció extasiarse á la vista de la caja, que estaba adornada con listitas de papel dorado, y expresó su reconocimiento con la más amable sonrisa. Se veía, sin embargo, que no sabía dónde poner aquel objeto. Para desembarazarse de él se lo dió á admirar á papá.

Cuando este lo hubo mirado bas-

tante, pasó la caja al arcipreste, que pareció encontrarla muy de su gusto. Movía la cabeza y miraba con curiosidad, en tanto la caja, en tanto al hombre capaz de ejecutar semejante obra maestra.

Volodia ofreció su turco, que recibió también las alabanzas más halagüeñas. Me tocaba la vez : mi abuela se volvió hacia mí con una sonrisa de aliento.

Las gentes tímidas saben que la timidez aumenta en razón directa del tiempo, y que el valor disminuye en la misma proporción. En otros términos, cuanto más se prolonga la situación que intimida, más invencible se hace la timidez y menos valor os queda.

Todo lo que me quedaba de atrevimiento había volado mientras que Karl Ivanovitch y Volodia ofrecían sus regalos, y mi acceso de timidez había llegado al estado agudo. Me sentía ruborizarme, ponerme de todos colores; las orejas me ardían, gruesas gotas de sudor me corrían por la frente y por la nariz, todo mi cuerpo se estremecía y transpiraba. Me columpiaba de un pie al otro sin avanzar.

—Vamos, Nicolasito—me dijo papá —enséñanos lo que tienes. ¿Es una caja ó un dibujo?

Hubo que decidirse. Alargué á mi abuela, con mano temblorosa, el fatal papel, que había arrugado por completo, pero me fué imposible articular una sola palabra. Estaba trastornado por la idea de que al recibir mis condenados versos, en vez del dibujo esperado, ella los leería en alta voz, de suerte que todo el mundo sabría que yo no quería á mi mamá y que la había olvidado, puesto que prometía querer á mi abuela *como á mi propia madre.*

¿Cómo pintar mis angustias mientras que mi abuela comenzaba efectivamente á leer en voz alta, se paraba en medio de un verso, que no podía descifrar, miraba á papá con una sonrisa que me parecía irónica, no daba las entonaciones que yo habría querido, y, finalmente, renunciaba á causa de su mala vista y alargaba el papel á papá, rogándole que le leyera toda la composición desde el principio? Creí que ella renunciaba porque encontraba fastidioso leer tan malos versos, escritos todos torcidos, y porque quería que papá pudiera leer él mismo el último verso, que probaba tan claramente mi falta de corazón. Me esperaba que papá me tirara el papel á la cara, diciendo: «¡Bribón, que olvida á su madre... toma, esto es lo que mereces!» Pero no sucedió nada de esto, al contrario; cuando papá acabó, mi abuela me dijo: «¡Preciosos!» Y me besó en la frente.

La caja, el dibujo y los versos fueron colocados en la mesita adosada al sillón de mi abuela, al lado de dos pañuelos de batista y de una tabaquera adornada con el retrato de mamá.

«¡La princesa Bárbara Ilinitch!»—anunció uno de los dos grandes lacayos que montaban en la trasera de la carroza de mi abuela.

Mi abuela no contestó nada. Consideraba con aire absorto el retrato de mamá, sobre la tabaquera de concha.

—¿Ordena Su Excelencia que la introduzca?—preguntó el lacayo.

XIII

Las visitas.

—Introdúzcala—dijo mi abuela acomodándose en su sillón.

La princesa Kornakof era una mujer de cuarenta y cinco años, pequeña, delgadita y amarilla, con cabellos y cejas rojos y ojillos verdosos, cuya expresión contrastaba con el gesto en corazón de su boca. Hablaba mucho y siempre como si se la contradijera, hasta cuando nadie había dicho nada.

Por mucho que besó la mano á mi abuela y que le repetía á cada minuto: «Mi buena tía», noté que mi abuela tenía algo contra ella y enarcaba las cejas con aire singular al escuchar la historia del príncipe Miguel que habría deseado tanto acompañar á su mujer y que no había podido.

—Sé que tiene siempre muchos asuntos, y además, ¿qué placer tendría en ver á una vieja?—dijo mi abuela, y sin dejar á la princesa tiempo de contestar, continuó:—¿Cómo están tus hijos, querida?

—Crecen, tía mía, trabajan, se hacen unos bribonzuelos...

Mi abuela, á quien los hijos de la princesa no interesaban nada y que deseaba hacer brillar á sus nietos, sacó con precaución mis versos de debajo de la caja y desdobló el papel. La princesa se volvió hacia papá:

—Figúrate, primo, que el otro día imaginó Esteban...

No entendí la continuación. Cuando concluyó se echó á reir, y dijo mirando á papá con aire interrogador:

—Habría merecido el látigo; pero la cosa tenía tanta gracia, que lo perdoné.

La princesa miró á mi abuela, sin dejar de sonreir.

—¿Es que *pegas* á tus hijos, querida?—preguntó mi abuela enarcando las cejas y recalcando sobre la palabra *pegar*.

—¡Oh! Ya sé, tía mía, que no estamos de acuerdo sobre este punto. Pero yo creo que no se hace nada de los niños sin el temor. ¿Verdad, primo? Nada les da tanto miedo como los azotes.

Aquí fué á nosotros á quienes miró con aire interrogador; confieso que no me encontraba á gusto. «¡Qué dicha, pensé, que no sea hijo suyo!»

Mi abuela volvió á doblar mis versos y los puso otra vez debajo de la caja. Sin duda no juzgaba á la princesa digna de escuchar mis obras.

—Cada cual es libre de pensar como quiera—dijo en un tono que ponía fin á la discusión.

La princesa se calló con una sonrisa de condescendencia, después nos miró con aire afable y exclamó:

—Hacedme hacer el conocimiento de vuestros jovencitos.

Nos levantamos y no supimos qué hacer; ¿por qué medios se mostraba que se hacía conocimiento?

—Besad la mano á la princesa—dijo papá.—Este—continuó señalando á Volodia—será hombre de mundo. Aquél será poeta.

En el mismo instante en que decía estas palabras, besaba yo la seca mano de la princesa, donde me parecía ver disciplinas.

—¿Cuál?—preguntó ella.

—Este pequeño, con sus cabellos encrespados—dijo alegremente papá.

«¿Qué le han hecho mis cabellos? ¿Es que no se puede hablar de otra cosa?» — pensé, y fuí á meterme en un rincón.

Tenía yo las ideas más extrañas sobre la belleza: Karl Ivanovitch me parecía el hombre más hermoso del universo entero; pero sabía muy bien que yo era feo, y toda alusión á mi exterior me hería dolorosamente.

Recuerdo perfectamente que un día en la mesa—tenía yo entonces seis años—se pusieron á hablar de mi cara. Mamá se esforzaba por descubrir en ella alguna cosa buena; decía que yo tenía ojos inteligentes, sonrisa graciosa. Al fin, vencida por los argumentos de papá y por la evidencia, confesó que era feo, y después de la comida me dió una palmadita en la mejilla, diciendo:—Nicolasito, ten en cuenta que nadie te querrá nunca por tu cara. Así, trata de ser un buen muchacho y de tener talento.»

Estas palabras me persuadieron, no sólo de que no era guapo, sino de que sería con seguridad buen muchacho é inteligente.

A despecho de este convencimiento, tenía á menudo instantes de desesperación. Me imaginaba que no podía haber felicidad en la tierra para un un hombre que tuviera la nariz tan grande, los labios tan gruesos y los ojos tan pequeños. Pedía á Dios que hiciera un milagro y me volviera hermoso. Estaba dispuesto á darlo todo, en lo presente y en lo por venir, á cambio de una cara linda.

La princesa tuvo que escuchar mis versos. Colmó á su autor de alabanzas y mi abuela se dulcificó, dejó de decirla «querida mía», y la invitó á que viniera á pasar la velada con todos sus hijos. La princesa aceptó, y al cabo de un instante se retiró.

Llegaron tantas visitas de felicitación, que durante todo el día hubo constantemente muchos carruajes en el patio, junto á la escalinata.

—¡Felices días, querida prima!—dijo uno de los visitantes al entrar, y se acercó á besar la mano á mi abuela.

Era un hermoso anciano de setenta años, con uniforme. Llevaba grandes charreteras, y se veía en su pecho una gran condecoración blanca. Su fisonomía era abierta y serena, sus movimientos tenían una facilidad y una sencillez que me impresionaron. Aunque ya no tenía dientes ni casi cabellos, era todavía muy guapo.

El príncipe Iván Ivanovitch había tenido desde muy temprano una brillante posición, gracias á sus ventajas exteriores, á su bravura, á su no-

ble carácter, gracias también á una familia elevada y de posición poderosa y á una buena suerte particular. Su inteligencia era mediana, pero era bueno y tenía sentimientos elevados. Era uno de los últimos representantes de la educación clásica francesa á la moda del siglo XVIII, y le gustaba citar á Racine, Corneille, Boileau, Montaigne, Fenelón. Era también muy versado en la mitología. En cuanto á las ciencias y á la literatura moderna, ni siquiera tenía una tintura. Hablaba sencillamente y bien, detestaba la originalidad bajo todas sus formas y era muy del gran mundo.

La mayoría de sus contemporáneos habían desaparecido. No le quedaban ya muchas personas como mi abuela, pertenecientes al mismo círculo, que hubieran recibido la misma educación y compartieran las mismas maneras de ver. Así, daba un gran precio á su antigua amistad, y mostraba siempre á mi abuela las mayores consideraciones.

Yo no me atrevía á alzar los ojos sobre él. Sus grandes charreteras, la deferencia que todos le atestiguaban, la alegría que manifestó mi abuela al verlo y el hecho de que sólo él en el mundo no le tenía miedo, que tenía su hablar franco y que hasta se atrevía á llamarla: «prima mía», todo esto me penetraba de una veneración hacia él igual al menos á la que me inspiraba mi abuela. Cuando le enseñaron mis versos, me llamó.

—¿Quién sabe, prima mía? Acaso será un nuevo Derjarvine—dijo pellizcándome en la mejilla. Me hizo tanto daño, que si no hubiera adivinado que aquello era una caricia, habría gritado.

Se fueron las visitas, papá y Volodia salieron del salón, y quedamos solos el príncipe, mi abuela y yo.

Hubo un instante de silencio.

—¿Por qué no ha venido nuestra querida Natalia Nicolayevna?—preguntó de pronto el príncipe Iván Ivanovitch.

—¡Ah querido!—replicó mi abuela bajando la voz y poniéndole la mano sobre la manga de su uniforme. —Probablemente habría venido si fuera libre de hacer lo que quiere. Me ha escrito que Pedro le había ofrecido traerla, pero que ella se ha negado porque no ha tenido rentas este año. Añade que, aun sin esto, no habría querido traer toda su familia á Moscú este año; que Liubotchka es todavía demasiado pequeña, y que está mucho más tranquila por los niños sabiendo que están en mi casa que si estuvieran con ella...—Todo esto está muy bien—continuó mi abuela con un tono que demostraba claramente que no lo encontraba tan bien. Ya era tiempo de enviar á los niños aquí para que aprendan algo y se acostumbren á la sociedad. ¿Qué educación se les podía dar en el campo?... El mayor va á cumplir trece años y el otro once. Ya habrás visto, primo mío, que son verdaderos salvajitos... No saben entrar en la habitación.

—No comprendo—respondió el príncipe—esas lamentaciones perpetuas

sobre sus negocios. El tiene una fortuna muy buena. Natalia tiene Kabarovka—nosotros hemos representado allí comedias en nuestro tiempo—la conozco como mi bolsillo, es una finca magnífica, que debe siempre dar muy buenas rentas.

—Aquí, para entre nosotros, te diré como á un verdadero amigo—interrumpió mi abuela con expresión de tristeza—que todo esto tiene el aspecto de desgracias que *él* ha inventado para estar aquí sin ella y poder recorrer los círculos, las cenas y Dios sabe qué. Y ella no sospecha nada. Ya sabes que es un ángel: cree todo lo que *él* le dice. La ha convencido de que era necesario traer á los niños á Moscú, pero que era preciso que ella se quedara sola en el campo con su imbécil de aya, y lo ha creído. Si *él* le dijera que era necesario azotar á los niños, como la princesa Bárbara Ilinitch azota á los suyos, lo creería —dijo mi abuela volviéndose en el sillón con el aire de un profundo desprecio.—Sí, amigo mío—prosiguió después de un momento de silencio, cogiendo de la mesita uno de los pañuelos y secándose una lágrima—me digo á menudo que es incapaz de comprenderla y de apreciarla, y que por mucho que ella lo ame, por buena que sea y trate de ocultar su pena—lo sé muy bien—no puede ser feliz con él. Acuérdate de lo que te digo, si *él* no...

Mi abuela ocultó la cara en el pañuelo.

—¡Eh, mi buena amiga!—dijo el príncipe en tono de reproche.—Veo que no te has hecho más razonable; siempre recomiéndote y llorando por penas imaginarias. ¿Cómo no te avergüenzas? Hace mucho tiempo que *lo* conozco por un excelente marido, bueno y atento, y además es un perfecto hombre honrado.

Habiendo oído involuntariamente una conversación que no me estaba destinada, me escabullí de puntillas. Estaba muy conmovido.

XIV

Los Ivine.

—¡Volodia! ¡Volodia! ¡Los Ivine! —grité al ver por la ventana tres niños con gabanes azules con cuellos de castor, que atravesaban la calle en frente de nuestra casa, precedidos de un joven ayo elegante.

Los Ivine eran parientes nuestros y próximamente de nuestra edad. Los habíamos conocido al llegar á Moscú y nos habíamos hecho amigos.

El segundo de los Ivine, Sergio, era moreno y con el pelo rizado. Tenía una naricilla arremangada y firme, labios muy rojos y demasiado frescos que dejaban, casi siempre, ver sus blancos dientes un poco salientes. Los ojos, de un azul oscuro, eran soberbios, la expresión del rostro singularmente atrevida. Jamás sonreía; ó bien estaba completamente serio, ó reía á carcajadas, con una risa sonora, justa y extraordinariamente seductora.

Su original belleza me había impresionado desde la primera ojeada. Sentíame irresistiblemente atraído hacia él. Me bastaba verle para ser dichoso, pero todas las fuerzas de mi alma estaban concentradas en el deseo de aquella dicha. Cuando me ocurría estar tres ó cuatro días sin verle, comenzaba á aburrirme y me ponía triste hasta llorar; dormido ó despierto, no pensaba más que en él. Me acostaba deseando soñar con él; cerraba los ojos, lo veía, y trataba de retener aquella visión querida, el más delicioso de los goces. A nadie en el mundo habría confiado lo que experimentaba: me era demasiado caro mi sentimiento. En cuanto á él, sea que encontrara enojoso hallar perpetuamente mis ojos inquietos fijos en él, sea, más sencillamente, que yo no le inspirara ninguna simpatía, le gustaba mucho más jugar con Volodia que conmigo. De todos modos, yo estaba satisfecho. No deseaba nada, no exigía nada, estaba dispuesto á sacrificárselo todo.

El atractivo apasionado que ejercía sobre mí se mezclaba con otro sentimiento no menos violento: el temor de disgustarlo, de molestarlo en algo, de desagradarle. Acaso era esta la expresión altanera de su rostro, acaso el precio exagerado que la vergüenza de mi fealdad me hacía dar á la belleza en los demás, acaso, y esto es lo más probable, el efecto infalible del cariño: en todo caso, mi temor era igual á mi ternura.

La primera vez que Sergio me dirigió la palabra, quedé de tal modo aturdido de aquella felicidad inesperada, que palidecí, enrojecí y no pude proferir una palabra. Tenía él la mala costumbre, cuando reflexionaba, de mirar fijamente al mismo punto, guiñando los ojos y haciendo gestos con nariz y cejas. Todo el mundo concedía que esto le perjudicaba. A mí, aquel movimiento nervioso me pareció tan lindo, que me puse involuntariamente á imitarlo: algunos días después de nuestra primera entrevista con los Ivine, mi abuela preguntó si yo tenía malos los ojos y por qué los guiñaba como un mochuelo. Jamás fué pronunciada entre Sergio y yo una palabra afectuosa. El comprendía su poder y lo ejercía inconsciente, pero tiránicamente. Yo, por ganas que tuviera de decirle todo lo que tenía en el corazón, le temía demasiado para osar hablar, me esforzaba por parecer indiferente y me sometía con resignación. Su dominación me parecía á veces pesada, insoportable, pero era incapaz de sacudirla.

No puedo pensar sin tristeza en aquellos sentimientos frescos y puros, en aquella ternura inmensa y desinteresada, que murió sin haberse explayado y sin haber despertado eco.

¡Cosa singular! Cuando yo era niño, trataba de parecerme á los grandes, y desde que fuí grande, he deseado parecerme á los pequeños. ¡Cuántas veces, en mis relaciones con Sergio, el temor de parecer niño hizo retroceder mis sentimientos y me hizo hipócrita! No sólo no me atrevía á abra-

zarlo, aunque á veces sintiese gran deseo de ello, ni á cogerle la mano, ni á decirle que estaba contento de verlo, pero ni siquiera me atrevía á llamarlo con el diminutivo de su nombre, y le decía siempre Sergio: así estaba establecido entre nosotros. Toda muestra de sensibilidad nos parecía *infantil*. Todavía no habíamos atravesado las amargas experiencias que hacen á las personas mayores prudentes y reservadas en sus relaciones, y nos privábamos de las inocentes alegrías, de las dulces amistades de la infancia, únicamente por el singular placer de remedar á *los grandes*.

Corrí al encuentro de los Ivine hasta la antecámara, les saludé y me precipité escapado en las habitaciones de mi abuela, á quien anuncié su llegada con el mismo tono y la misma cara que si aquella noticia hubiera de hacer á mi abuela profundamente dichosa. Los seguí en seguida al salón, sin quitar la mirada de Sergio y sin perder uno de sus movimientos. Cuando mi abuela fijó en él sus ojos penetrantes, diciéndole que había crecido mucho, sentí la mezcla de temor y de esperanza del artista, cuya obra es sometida á un juez respetado y que espera su fallo.

Fuimos á jugar. Sergio cayó corriendo y se dió un golpe tan fuerte en la rodilla, que creí que se la había roto. No sólo no lloró, sino que siguió jugando como si no hubiera pasado nada. No podría expresar el efecto que me produjo aquel heroísmo. Bien pronto tuve otra ocasión de admirar todavía más su valor y la firmeza extraordinaria de su carácter.

Lino Grapp había ido también á jugar con nosotros. Lino era hijo de un extranjero pobre, á quien mi abuelo había prestado en otro tiempo un servicio y que se hacía ahora un deber de enviarnos á menudo á su hijo. Si se figuraba que éste podía sacar honra ó placer de nuestro conocimiento, se engañaba por completo. No sólo no éramos amables con el joven Grapp, sino que no nos ocupábamos de él más que para burlarnos. Tenía trece años; era alto, delgado, pálido, con una desdichada cara de pájaro y una expresión débil y humilde. Sus vestidos eran muy pobres, pero se ponía tanta pomada, que nosotros pretendíamos que se derretía los días de sol y le corría por el cuello. Cuando pienso ahora en Grapp, me digo que era un niño muy bueno, dulce y servicial; en aquel tiempo me hacía el efecto de uno de esos seres despreciables que no merecen ni siquiera que se les compadezca y que se piense en ellos.

Nos entregábamos á diversos ejercicios gimnásticos. Lino nos consideraba con una sonrisa de admiración tímida, y siempre que le proponíamos que tratara de imitarnos, rehusaba, diciendo que no tenía ninguna fuerza. A una de aquellas negativas, Sergio se dirigió á él:

—¿Por qué no quiere hacer nada? ¡Qué marica!... Es menester que se tenga sobre la cabeza.

Y lo cogió por el brazo.

—¡Sí, sí, sobre la cabeza!—grita-

mos todos rodeando á Lino, que tuvo miedo y palideció.

—¡Dejadme! ¡Que me desgarráis la ropa! —gritaba la pobre víctima.

Sus gritos no hicieron otra cosa que excitarnos más. Nos retorcíamos de risa. Las ropas de Lino crujían por todas las costuras. Le pusimos la cabeza sobre un diccionario, lo cojimos por sus delgadas piernecillas y le levantamos los pies en el aire.

Ocurrió que de pronto se detuvieron nuestras ruidosas risas. Reinó en la habitación tan profundo silencio, que no se oía más que la respiración oprimida del pobre Grapp. En aquel instante no estaba yo muy seguro de que aquello tuviera gracia y fuera divertido. Lo soltamos, cayó, y todo lo que pudo decir llorando fué:

—¿Por qué me atormentáis?

Cuando vimos aquella cara lastimosa, hinchada á fuerza de llorar; aquellos cabellos en desorden, aquellos pantalones remangados y descubriendo cañas de botas sucias, experimentamos cierto malestar; nos callamos con sonrisas forzadas.

Sergio, á quien Lino, al resistirse, había dado una patada en un ojo, fué el primero en reponerse.

—¡Viejo, vete de aquí! ¡Andrajoso! —dijo, dándole con el pie.—No se puede bromear con él.

—¡Eres malo!—dijo Lino sollozando.

—¡Ah! ¡Da puntapiés y se queja!—gritó Sergio cogiendo el diccionario y blandiéndolo.—¡Toma! ¡Allá va!

Yo miraba con compasión al niño, que seguía en el suelo. Se resguardaba la cara con las manos y lloraba tan fuerte, que se habría dicho que iba á expirar en una convulsión.

—¡Oh, Sergio!—dije.—¿Por qué haces eso?

—¡Bueno!... ¿Lloré yo cuando casi me rompí la pierna?

«Es verdad—pensé—Grapp es un llorón. ¡Sergio sí que es valiente!... ¡Valiente!»

No se me ocurrió que el pobre niño lloraba menos del dolor físico que de la idea de que cinco niños, hacia los cuales se sentía acaso atraído, se ligaban, sin ninguna especie de razón, para odiarlo y perseguirlo.

No me explico verdaderamente mi crueldad en aquella circunstancia. ¿Cómo no me puse de su parte? ¿Cómo no lo defendí y consolé? ¿Qué se había hecho de la compasión que me hacía llorar al espectáculo de un pajarillo caído de su nido, ó de un perrillo recién nacido que tiraban, ó de una gallina que el cocinero cogía para echarla en el puchero?

Este precioso sentimiento, ¿estaba ahogado por mi pasión por Sergio y por el deseo de parecerle tan determinado como él? ¡Triste pasión y triste deseo! A ellos es á los que debo las únicas manchas de las páginas en que inscribo mis recuerdos de infancia.

XV

Llegada de los invitados.

Se esperaba mucha gente para la noche. Era fácil adivinar en la agitación que reinaba entre los criados y en la brillante iluminación, que daba una fisonomía nueva y un aire de fiesta á los objetos familiares del salón y de la gran sala. Por lo demás, el príncipe Iván Ivanovitch había enviado su música, y era claro que aquello era para algo.

Cada vez que yo oía un carruaje me precipitaba á la ventana, colocaba mis manos á modo de pantalla en mis sienes, y miraba á la calle, la nariz pegada á los cristales, con curiosidad é impaciencia. En el primer momento todo parecía negro. Poco á poco nuestra antigua conocida, la tiendecita de enfrente, salía de la oscuridad con su farol. Luego era la torre de la gran casa de al lado con sus dos ventanas bajas iluminadas. En fin, en medio de la calle se perfilaba algún miserable trineo de alquiler ó un cochero que volvía á su casa á pie.

Al fin llegó un carruaje á colocarse delante de la escalinata. Convencido de que eran los Ivine, que habían prometido ir temprano, corrí á su encuentro hasta la antecámara. En vez de los Ivine aparecieron, detrás del brazo con librea que abría la puerta, dos personas del sexo femenino: la una alta, envuelta en una capa azul, con cuello de cibelina; la otra pequeña, muy arropada en un chal verde, de donde no salían más que dos piececitos en botitas con piel. Creí de mi deber hacer un saludo, pero la pequeña fué á colocarse delante de la alta sin prestar ninguna atención á mi presencia, y quedó inmóvil. La alta desató el pañuelo que envolvía la cabeza de la pequeña y le quitó el chal. Cuando el lacayo hubo tomado aquellos objetos y quitado las botitas con piel, en el lugar de la persona arropada apareció una encantadora niña de unos doce años, con falda de muselina, corta y descotada, y con pantalón blanco.

Llevaba unos diminutos zapatitos y un terciopelo negro en su blanco cuello. Su cabecita estaba toda rizada, y sus bucles castaños sentaban tan bien á su rostro encantador y á sus hombros desnudos, que ni el mismo Karl Ivanovitch hubiera dicho que aquellos cabellos estaban rizados por haber estado todo el día en papillotes en pedazos de la *Gaceta de Moscú,* y porque se les había prensado en un hierro caliente. Para mí, había debido nacer con aquella cabeza rizada.

Lo que chocaba en su cara eran los ojos. Eran inmensos, muy cubiertos, y su grandor formaba contraste singular, pero agradable, con la pequeñez de la boca. Los labios estaban apretados, y la mirada, cuya expresión seria se comunicaba á toda la fisonomía, hacía uno de esos rostro de los que no se espera una sonrisa, y

cuya sonrisa es, por tanto, más hechicera.

Me escurrí á la sala, evitando atraer la atención, y juzgué indispensable pasearme todo á lo largo, con el aire de un hombre absorto que no nota nada de lo que sucede en el mundo. Cuando las invitadas estuvieron en medio de la sala, fingí salir de pronto de mi meditación, hice la reverencia y dije que mi abuela estaba en el salón. La señora Valakhine me hizo con la cabeza una señal benévola. Su cara me gustó mucho, porque le encontré un gran parecido con su hija Sonia.

Mi abuela pareció encantada de ver á Sonia. Le hizo acercarse, arregló un bucle que se obstinaba en caerle sobre la frente, y dijo mirándola con fijeza:

—¡Qué niña tan encantadora!

Sonia sonrió, se ruborizó y se puso tan linda, que yo también me ruboricé mirándola.

—Espero que no te aburrirás en mi casa, monina—dijo mi abuela cogiéndole la barba y alzándole la carita.—Quiero que te diviertas bien y que bailes mucho. Tenemos ya una señora y dos caballeros—añadió, dirigiéndose á la señora Valakhine y tocándome con la mano.

Esta presentación me fué tan agradable, que me ruboricé de nuevo.

Sintiendo crecer mi timidez y oyendo llegar otro carruaje, creí deber alejarme. Encontré en la antecámara á la princesa Kornakof con su hijo y un número inverosímil de hijas. Estas tenían todas la misma cara; se parecían todas á su madre, y todas eran feas; gracias á esta semejanza, ninguna llamaba la atención. Cuando se hubieron quitado los abrigos y los boas, se pusieron de pronto á charlar todas á la vez y á reir—probablemente de verse tan numerosas.—El hijo, Esteban, era un muchacho de trece años, alto y grueso, con rostro descompuesto, ojos hundidos y ojerosos, pies y manos enormes para su edad. Era torpe y tenía una voz desagradable y desigual, pero parecía satisfecho de sí. Así era como yo me representaba á un muchacho á quien se castiga con el látigo.

Permanecimos bastante tiempo de pie, uno enfrente de otro, sin decir nada y mirándonos con atención. Hicimos después un movimiento de avance como para abrazarnos; pero habiéndonos mirado á los ojos, cambiamos de opinión. Cuando hubieron pasado por delante de nosotros las faldas de todas las hermanas, pregunté á Esteban, para entablar conversación, si no habían venido muy estrechos en el carruaje.

—No sé—me respondió negligentemente.—Jamás voy dentro del carruaje, porque mamá sabe que me pongo malo en seguida. Cuando salimos por la tarde, voy siempre en el pescante, esto es, mucho más divertido; se ve todo, y Felipe me deja guiar. Algunas veces tomo el látigo. Y los transeuntes, sabe V., algunas veces...—Hizo un gesto expresivo.—¡Es cosa tan divertida!

—Excelencia—dijo un lacayo en-

trando—Felipe pregunta dónde ha puesto el señorito el látigo.

—¿Cómo que dónde lo he puesto? Se lo he devuelto.

—Dice que no.

—Entonces lo habré colgado en el farol.

—Felipe dice que no, y haría mejor el señorito en decir que lo ha tomado y que lo ha perdido: de otro modo, Felipe se verá obligado á pagar las travesuras del señorito con su dinero—continuó el lacayo irritado, animándose más cada vez.

Aquel hombre tenía un aire respetable y arisco. En el calor con que tomaba el partido de Felipe, se comprendía que estaba decidido á poner á toda costa aquel asunto en claro. Por un espontáneo sentimiento de delicadeza, me aparté fingiendo no ver ni oir nada. Los lacayos que se encontraban en la antecámara obraron de manera contraria. Se acercaron y miraron al viejo servidor con aire de aprobación.

—Pues bien, bueno; lo he perdido—dijo Esteban eludiendo más explicaciones.—Yo le pagaré el látigo. Es cosa de morirse de risa—añadió acercándose á mí y llevándome hacia el salón.

—¿Y con qué lo pagará el señorito? Ya sé yo cómo paga. En ocho meses ha dado veinte kopeks en junto á María Vasilevna, otro tanto á mí en dos años, á Pedro...

—¿Te quieres callar?—gritó el joven príncipe palideciendo de cólera. —¡Lo diré!

—¡Lo diré, lo diré!—murmuró el lacayo.—¡Eso no está bien, excelencia!—gritó con un redoble de energía en el momento en que entrábamos en la sala, y se llevó los abrigos.

—¡Tiene razón!—dijo detrás de nosotros, con tono aprobador, una voz que venía de la antecámara.

Mi abuela tenía un talento especial para expresar su manera de pensar sobre las gentes, por el modo de distribuir y de acentuar los *tú* y los *usted*. Cuando empleaba el singular ó el plural al revés del uso corriente, aquellas palabras tomaban en su boca una significación completamente particular. Cuando el joven príncipe se acercó á saludarla, ella le dirigió algunas frases diciéndole *usted*, y lo midió con la vista con tal desprecio, que, en su lugar, yo no habría sabido dónde meterme. Pero Esteban era de otra pasta. No puso ninguna atención ni en la acogida de mi abuela ni en ella misma, y saludó á toda la concurrencia, si no con gracia, al menos con desenvoltura.

Sonia absorbía toda mi atención. Recuerdo que cuando hablamos Volodia, Esteban y yo, en un sitio de la sala desde donde veíamos á Sonia y ella podía vernos y oirnos, me complacía en hablar; me ocurría decir alguna cosa que me parecía graciosa ó atrevida, alzaba la voz y lanzaba ojeadas por la puerta del salón; cuando, por el contrario, nos encontrábamos en un sitio donde no se nos podía ver ni oir desde el salón, no encontraba ningún placer en la conversación y me callaba.

Poco á poco se llenaron el salón y la sala. Como sucede siempre en los bailes de niños, había entre los invitados algunos niños grandes que no habían querido perder una ocasión de divertirse y que, á creerlos, no bailaban más que para complacer á la dueña de la casa.

Cuando llegaron los Ivine, en vez del gusto que me causaba de ordinario la aparición de Sergio, experimentó una especie de irritación singular, de que iba á ver á Sonia y á ser visto de ella.

XVI

Antes de la mazurka.

—¡Oh, parece que se va á bailar!—dijo Sergio saliendo del salón y sacando del bolsillo un par de guantes de piel enteramente nuevos. —Hay que ponerse guantes.

«¿Cómo arreglármelas?—pensé.—No tenemos guantes, hay que subir á buscarlos.»

Pero por mucho que revolví las cómodas, no encontré más que en una, nuestros guantes de viaje de lana verde, y en la otra, un guante de piel que no podía servirme de nada, por tres razones: la primera, que estaba muy viejo y muy sucio; la segunda, que era demasiado grande para mí; la tercera, que le faltaba el dedo de enmedio, que Karl Ivanovitch había cortado hacía mucho tiempo para hacerse un dedil, un día que había tenido mala la mano. Me puse, sin embargo, aquel resto de guante, y consideré fijamente mi dedo de enmedio, que estaba invariablemente lleno de tinta.

—Si estuviera aquí Natalia Savichna, se encontrarían guantes en sus cofres. Imposible bajar de este modo: si me preguntan por qué no bailo, ¿qué contestaré? Imposible quedarme aquí: verán abajo que no estoy allí. ¿Qué hacer?—dije agitando las manos.

—¿Qué haces aquí?—preguntó Volodia que entró corriendo.— Ven en seguida á invitar á alguna niña... Va á comenzar el baile.

—Volodia—le dije enseñándole mi mano, dos de cuyos dedos salían por el agujero del guante sucio, y con una voz que denunciaba una situación desesperada:—Volodia, ¡no has pensado en esto!

—¿En qué?—dijo con impaciencia. —¡Ah, los guantes!—añadió con la mayor indiferencia mirándome la mano.—Es verdad, no tenemos; hay que pedírselos á la abuela... ¿Qué va á decir?—Y sin pensar más bajó corriendo.

La sangre fría con que trataba una circunstancia que me parecía tan importante, me calmó. Me dirigí apresuradamente al salón, olvidando por completo el horrible guante que llevaba en mi mano izquierda.

Me acerqué con precaución al sillón de mi abuela, le tiré ligeramen-

te de la manteleta y le dije muy bajo:

—¡Abuela! ¿Qué hacer? ¡No tenemos guantes!

—¿Cómo, hijo mío?

—Que no tenemos guantes—repetí acercándome á ella insensiblemente y poniendo las manos en el brazo del sillón.

—Pues, ¿y esto?—dijo cogiéndome de pronto la mano izquierda.—Vea V., querida—continuó dirigiéndose á la señora Valakhine—vea V. qué elegante se ha puesto este joven para bailar con su hija de V.

Mi abuela me tenía cogido vigoro samente y miraba con seriedad á los asistentes con aire interrogador. No me soltó hasta que la curiosidad de todos los invitados estuvo satisfecha y estalló una carcajada general.

Me habría mortificado profundamente ser visto por Sergio en aquella situación, descompuesto por completo de vergüenza y haciendo vanos esfuerzos por retirar la mano; pero no sentí ningún embarazo respecto de Sonia, que se reía con tanta fuerza que lloraba, y que sus bucles danzaban alrededor de su carita empurpurada. Comprendí que su risa era demasiado franca para ser mala; al contrario, el hecho de que reíamos á la vez mirándonos, constituía una aproximación. El episodio del guante, que habría podido tomar mal giro, tuvo la ventaja de quitarme todo embarazo con la sociedad del salón, que me había parecido siempre horriblemente intimidante. En la sala no estaba intimidado lo más mínimo.

Los sufrimientos de las gentes tímidas provienen de que desconocen la impresión que han producido. Desde que esta impresión, cualquiera que sea, se ha manifestado claramente, cesa el sufrimiento.

¡Qué linda estaba Sonia Valakhine mientras que me hacía *vis á vis* en una cuadrilla con el torpón de Kornakof! ¡Con qué graciosa sonrisa me daba su manita al hacer la cadena! ¡Qué gentilmente saltaban sus bucles castaños, á compás, en su cabecita, y de qué modo hacían sus piernecitas las mudanzas! En la cuarta figura, cuando mi pareja cruzó y yo me preparaba á hacer una figura solo, Sonia apretó los labios con aire serio y volvió la cabeza, mientras que yo esperaba el momento de entrar á compás. Pero hacía mal en tener miedo por mí. Hice atrevidamente *chasé* adelante, *chasé* atrás, balancé, y, acercándome á ella, le mostré alegremente el guante, con dos dedos saliendo por el agujero. Ella soltó una carcajada con toda su alma, y sus piececitos se deslizaron aún con más gracia por el piso. Recuerdo también que en el momento en que hacíamos el corro, cogidos todos de la mano, se inclinó y frotó la punta de su naricita con su guante, sin soltarme. Veo todo esto como si estuviera pasando, y oigo la cuadrilla á cuyos sonidos pasaban estas cosas.

Bailé la segunda contradanza con Sonia. Cuando estuve colocado al lado

suyo, me sentí atrozmente embarazado. No sabía absolutamente de qué hablarla. Prolongándose demasiado mi silencio, temí que me tomara por tonto, y resolví sacarla á toda costa de semejante error.

—¿Vive V. en Moscú?—le dije en francés.

Y habiendo recibido respuesta afirmativa, proseguí:

—Yo no he frecuentado todavía la capital.

Fiaba yo mucho en el efecto de la palabra «frecuentar»; sin embargo, sentía que después de aquel brillante comienzo, que demostraba lo fuerte que estaba en francés, me sería imposible sostener la conversación en el mismo diapasón. Faltaba aún mucho tiempo para que nos tocase nuestro turno en el baile, y había comenzado de nuevo el silencio. La miraba con inquietud, deseoso de saber qué impresión le producía, y esperando que acudiera en mi socorro.

—¿De dónde ha sacado V. ese pícaro guante?—preguntó de pronto, y esta pregunta me causó un placer y un alivio extremos.

Le expliqué que el guante pertenecía á Karl Ivanovitch, y me extendí con cierta ironía acerca de la persona de Karl Ivanovitch. Conté cuán grotesco estaba cuando se quitaba su gorro rojo, de qué modo había caído un día del caballo con su levita verde, precisamente en un charco, etc. La cuadrilla pasó como un relámpago. Todo aquello estaba muy bien; pero ¿por qué me burlaba de Karl Ivanovitch? ¿Habría perdido el buen concepto de Sonia si hubiera hablado de él con el cariño y el respeto que me inspiraba?

Cuando acabó la contradanza, Sonia me dijo «gracias» tan gentilmente, que no habría tomado otro tono si me hubiera debido reconocimiento. Yo estaba loco de entusiasmo, fuera de mí de alegría, no me reconocía: ¿de dónde había sacado aquella alegría, aquel aplomo, hasta aquella audacia? «Nada del mundo podrá intimidarme, pensaba, paseándome con indiferencia por la sala; ¡estoy dispuesto á todo!»

Sergio me propuso hacerle *vis á vis*.

—Bueno—le dije—no tengo pareja, pero yo la encontraré.

Recorrí la sala con mirada resuelta. No había disponible más que una señorita, de pie en la puerta del salón. Acercábase á ella un joven, evidentemente para invitarla; él no estaba más que á dos pasos, y yo estaba en el otro extremo de la sala. Me deslicé graciosamente sobre el piso, volé, estuve delante de ella en un abrir y cerrar de ojos, le hice una reverencia y le rogué con voz firme que me concediera la contradanza. La señorita sonrió con aire protector, me dió la mano, y el joven se quedó sin pareja.

De tal modo tenía yo la conciencia de mi fuerza, que no puse ninguna atención en el despecho del joven. Después supe que había preguntado quién era aquel niño con los pelos alborotados, que le había quitado su pareja en sus narices.

XVII

La mazurka.

Aquel joven era de la primera pareja de la mazurka. Se lanzó de su sitio, teniendo á su pareja de la mano, y en vez de ejecutar el «paso vasco» como nos lo había enseñado Mimi, se contentó con correr hacia adelante. Llegado al ángulo opuesto de la sala, se detuvo, separó los pies, golpeó el suelo con el tacón, se volvió, dió un saltito y continuó su carrera.

Yo no tenía pareja para la mazurka. Me había sentado detrás del sillón de mi abuela y miraba.

«¿Qué es eso que hace?—me decía á mí mismo.—Eso no es de ningún modo lo que Mimí nos ha enseñado. Ella aseguraba que todo el mundo baila la mazurka sobre la punta de los pies, deslizándose y haciendo vueltas de pierna; pero eso no es nada de esto. Los Ivine, Esteban, todos danzan y ninguno hace el «paso vasco»; y Volodia ha adoptado la nueva manera. ¡No es feo eso!... ¡Qué deliciosa está Sonia! ¡Ah, ahora le toca á ella! Yo era completamente feliz.

La mazurka tocaba á su fin. Algunas personas de edad llegaron á despedirse de mi abuela y se fueron. Los lacayos cruzaban la sala evitando á los bailarines y llevaban con precaución con qué poner la mesa en las habitaciones del fondo. Mi abuela estaba visiblemente fatigada, no hablaba más que á la fuerza y con tono cansado. Los músicos volvían á comenzar lánguidamente, por la trigésima vez, el mismo motivo. La señorita con quien yo había bailado hacía la figura. Me vió, sonrió pérfidamente y se acercó á mí, sin duda para complacer á mi abuela, llevando á Sonia y á una de las innumerables Kornakof.

—¿Rosa ú ortiga? — me preguntó.

—¡Ah! ¿Estás aquí?—dijo mi abuela volviéndose en el sillón. — Anda, hijo mío, anda.

Yo tenía más ganas de esconderme bajo el sillón de mi abuela, que de ir; pero ¿cómo rehusar? Me levanté, respondí: «Rosa», y miré tímidamente á Sonia. Antes de que me diera cuenta de ello, se encontraba en la mía una mano enguantada de blanco y la joven princesa Kornakof se ponía en movimiento con la sonrisa más comprometedora; no sospechaba que yo no sabía absolutamente qué hacer con mis piernas.

Sabía que el «paso vasco» no era á propósito, y que hasta podría proporcionarme una afrenta; sin embargo, como el aire conocido de la mazurka produjera sobre mis nervios auditivos una excitación familiar, el oído transmitió aquella excitación á las piernas, que se pusieron á ejecutar involuntariamente sobre la punta de los pies el aire fatal, con resbalones y vueltas de pierna. Me miraban con asombro. Seguía yo en línea recta, pero noté que al volver, si no tenía cuidado, me encontraría inevitable-

mente delante de mi pareja. Para evitar esto, me paré con la intención de imitar lo que había visto hacer tan elegantemente al joven de la primera pareja. Pero en el momento mismo en que iba á saltar, la joven princesa giró precipitadamente alrededor mío y se puso á contemplar mis pies con aire de estúpida curiosidad y de asombro. Esto me perdió. Me turbé hasta el punto de que en vez de bailar pataleé sobre el mismo sitio, de la manera más extravagante y hasta sin compás. Aquello no se parecía á nada, y acabé por pararme por completo. Todo el mundo me miraba, quién con sorpresa, quién con curiosidad, quién con aire burlón, quién con compasión; sólo mi abuela con completa indiferencia.

—¡No debía V. bailar, si no sabe hacerlo!—dijo á mi espalda la voz irritada de papá; y, apartándome, tomó de la mano á mi pareja, dió con ella una vuelta á la moda antigua, lo que le valió un éxito, y la acompañó á su sitio. En el mismo instante acabó la mazurka.

«¡Dios mío! ¿Por qué me castigas tan cruelmente?»

.....

«Todo el mundo me desprecia y me despreciará siempre... De hoy tengo cerrados todos los caminos: amistad, amor, honores... ¡todo está perdido para mí! ¿Por qué Volodia me hacía señas que veía todo el mundo y que no podían servirme de nada? ¿Por qué aquella espantosa princesa miraba de aquel modo mis pies? ¿Por qué Sonia... es muy linda, pero por qué se sonreía? ¿Por qué papá ha enrojecido y me ha cogido del brazo? ¿Es que se avergonzaba de mí? ¡Oh, esto es horroroso! ¡Si mamita estuviera aquí, no se avergonzaría de su Nicolasito!...» Mi imaginación vuela á lo lejos, hacia esta querida imagen. Vuelvo á ver la pradera delante de la casa, los grandes tilos del jardín, el estanque transparente sobre el que las golondrinas vuelan girando, el cielo azul sembrado de nubes blancas y diáfanas, los haces olorosos de heno nuevo, y muchas otras imágenes apacibles, de hermosos colores, que flotan en mi turbada imaginación.

XVIII

Después de la mazurka.

En la cena, el joven á quien yo había quitado la pareja, se colocó con nosotros en la mesa de los niños. Se ocupaba de mí de una manera que me habría halagado infinitamente, si yo hubiera podido ser sensible á algo después de la desgracia que me había ocurrido. Se habría dicho que quería á toda costa animarme otra vez: me decía lisonjas, me trataba de valiente, aprovechaba los momentos en que no nos miraban las personas mayores para servirnos vinos variados, que me obligaba á beber. Al fin de la cena, cuando el mayordomo se acercó con una botella de champagne en-

vuelta en una servilleta, y no me puso más que una gota, el joven insistió para que llenase la copa, y me la hizo beber de un trago. Sentí un calor agradable en todo mi cuerpo, mi corazón se llenó de ternura por mi alegre protector, y me eché á reir á carcajadas.

De pronto la música tocó el «abuelo», y nos levantamos de la mesa. Este fué el fin de mis relaciones con el joven. Fué á reunirse con las personas mayores, y yo, no atreviéndome á seguirle, fuí á escuchar lo que la señora Valakhine decía á su hija.

—Todavía media horita—decía Sonia con tono persuasivo.

—Es verdaderamente imposible, ángel mío.

—Te lo ruego, haz estopor mí—insistía con voz acariciadora.

—¿Te gustará que yo esté mañana mala?—preguntó la señora Valakhine, y tuvo la imprudencia de sonreir.

—¡Lo quieras! ¿Nos quedamos?—exclamó Sonia saltando de alegría.

—Habrá que hacer lo que quieras. Vaya, ve á bailar... mira, aquí tienes pareja—dijo señalándome.

Sonia me dió la mano y corrimos hacia la sala.

El vino que había bebido, unido á la presencia de Sonia y á su alegría, me hizo olvidar completamente el triste desenlace de la mazurka. Ejecuté los pasos más cómicos. En tanto imitaba al caballo é iba al trote corto levantando orgullosamente los pies, en tanto pataleaba haciendo el carnero que hace frente á un perro; y me reía con toda mi alma, sin inquietarme lo más mínimo, de lo que pensaban los espectadores. Sonia tampoco cesaba de reir. Dábamos vueltas en redondo, cogidos de las manos, y ella se reía. Mirábamos un viejo que alargaba la pierna lentamente, como si fuera un gran obstáculo, por encima de un pañuelo caído, y ella soltaba la carcajada. Saltaba yo hasta el techo, para demostrar mi agilidad, y ella se retorcía de risa.

Al cruzar el gabinete de mi abuela, eché una mirada al espejo. Yo estaba empapado en sudor, todo desgreñado, mis cabellos estaban más de punta que nunca. A pesar de esto, mi cara tenía tan buena expresión, tal aire de salud y de alegría, que me gusté.

«Si estuviera siempre como en este momento, pensé, hasta podría agradar.»

Pero cuando torné mis ojos sobre el lindo rostro de mi pareja, vi en él una belleza tan delicada y tan exquisita, unida á aquella como expresión de salud, de alegría y de indiferencia, que me había gustado en mí, que me puse furioso contra mí mismo: comprendí lo absurdo de esperar que yo pudiera atraer la atención de una criatura tan maravillosa.

No sólo no esperaba correspondencia, sino que ni siquiera pensaba en ella: mi alma no la necesitaba para desbordar de felicidad. No sabía que más allá del sentimiento del amor que inundaba mi corazón de delicias, existe aún una dicha más grande, que se

puede desear algo más que no cesar nunca de amar. Estaba contento así. Mi corazón latía como el de un pichón; la sangre afluía á él sin cesar y tenía ganas de llorar.

Seguimos el corredor. Al pasar por delante de la habitación oscura de debajo de la escalera, la miraba y pensaba: «¡Qué dicha si pudiera vivir toda mi vida con ella en esa habitación oscura, sin que nadie supiera que estábamos ahí!»

—¿Verdad que nos divertimos bien esta noche?—dije en voz baja y temblorosa, y apreté el paso asustado menos de lo que había dicho que de lo que hubiera querido decir.

—¡Oh, sí... mucho!—respondió volviendo su cabecita hacia mí con una expresión tan franca y tan buena, que se me fué el miedo.

—Sobre todo después de la cena... —Si supiera V. qué disgustado estoy (quería decir «triste», pero no me atreví) al pensar que se va V. á ir y que no nos veremos más...

—¿Por qué no hemos de vernos más? —dijo mirando fijamente la punta de sus zapatitos y pasando un dedito por una mampara en celosía, por delante de la cual pasábamos. Todos los martes y los viernes vamos, mamá y yo, á pasearnos en carruaje por el bulevar Tveskõe. ¿No va V. á paseo?

—Pediremos seguramente ir el martes, y si nó me lo permiten, me escaparé solo, sin nada á la cabeza. Sé el camino.

—¿Sabe V. una cosa? — dijo de pronto Sonia.—Hay niños que van á casa y les digo siempre de *tú*. Hablémonos también de *tú*. ¿Quieres?— añadió moviendo la cabeza y mirándome fijamente á los ojos.

En aquel instante entrábamos en la sala, donde comenzaba otra repetición, muy animada, del «abuelo.»

—Báilela... V. conmigo — dije, aprovechando un momento en que la música y el ruido podían cubrir mi voz.

—*Báilala*, no *báilela* — dijo Sonia, y se echó á reir.

El «abuelo» se acabó sin que yo hubiese conseguido colocar una sola frase con *tú*, aunque no hubiera cesado de inventarlas, en las cuales el *tú* entraba muchas veces. Me faltó audacia. «*¿Quieres? Baila*», estas palabras me resonaban en los oídos y me emborrachaban. No veía nada ni á nadie, excepto á Sonia. Vi que le recogían los ensortijados cabellos y que se los echaban detrás de las orejas, descubriendo así las sienes y una parte de frente que aún no había visto. Vi que la envolvían de la cabeza á los pies en el chal verde, de manera que no se veía más que la punta de su naricita. Noté que si ella no hubiera hecho, con sus deditos de rosa, una abertura delante de la boca, se habría seguramente ahogado. Vi que al bajar la escalera detrás de su madre se volvió vivamente de nuestro lado, hizo una seña con la cabeza y desapareció por la puerta.

Volodia, los Ivine, el joven príncipe, todos estábamos enamorados de Sonia, todos estábamos en la escalera

siguiéndola con los ojos. Ignoro á cuál de nosotros se dirigía aquella seña; pero en aquel instante estaba firmemente convencido de que me estaba destinada.

Al decir adiós á los Ivine, hablé á Sergio y le estreché la mano con perfecta libertad de espíritu y hasta con cierta frialdad. Si él comprendió que á partir de aquel día había perdido mí amistad y su imperio sobre mí, es evidente que lo lamentó, aunque se esforzara por manifestar una completa indiferencia.

Por la primera vez de mi vida había yo variado en mis afecciones, y por la primera vez, sentía la dulzura del cambio. Me parecía delicioso trocar un afecto pasado al estado de hábito, y, por decirlo así, disminuido por un amor fresco, lleno de misterio y desconocido. Además, cesar de amar y comenzar á amar, todo á la vez, es amar dos veces más que antes.

XIX

En mi cama.

«¿Cómo he podido amar á Sergio tan apasionadamente y tanto tiempo? —me decía yo una vez acostado.— No, nunca ha comprendido, ni apreciado, ni merecido mi cariño... ¿Y Sonia? ¡Es deliciosa! *¿Quieres?... Comienza tú.*»

Di un salto al representarme con vivacidad su carita, estiré la cubierta sobre mi cabeza, me enrollé en ella de modo que no quedara ninguna abertura y me volví á tender. Sentí un agradable calor, y me perdí en sueños y recuerdos deliciosos. Mis ojos miraban fijamente el forro de la cubierta calada, y *la* veía tan claramente como una hora antes. Hablaba mentalmente con ella, y aquella conversación, enteramente desprovista de sentido por lo demás, me procuraba goces indescriptibles, porque los *tú* hormigueaban en ella.

Aquellos sueños eran tan preciosos, que el placer y la emoción me impedían dormir y tenía necesidad de compartir con alguien mi exceso de felicidad.

—¡Qué lindo es!—dije casi alto, volviéndome bruscamente del otro lado.—¿Duermes, Volodia?

—No—respondió con voz adormilada.—¿Qué pasa?

—Estoy enamorado, Volodia. Completamente enamorado de Sonia.

—Bueno, ¿y qué?—replicó, estirándose.

—¡Oh Volodia! No puedes figurarte lo que me sucede... Mira: me había tapado la cabeza con la cubierta, y la veía como si la viera, y hablaba con ella... esto es asombroso. ¿Y sabes otra cosa? Aquí, acostado, cuando pienso en ella, me pongo muy triste, Dios sabe por qué, y tengo ganas de llorar.

Volodia se movió en su cama.

—Yo no pediría más que una cosa —continué;—estar siempre con ella, verla siempre y nada más. Y tú, ¿es-

tás enamorado de ella? Di la verdad, Volodia.

Por extraño que esto sea, yo habría querido que todo el mundo estuviera enamorado de Sonia y lo dijera.

—¿Qué te importa eso?—dijo Volodia, volviéndose de mi lado.

—¡Tú no tienes ganas de dormir, lo finges!—exclamé, notando en sus ojos brillantes que no pensaba de ningún modo en dormir.

Rechacé la cubierta, y continué:

—¡Hablemos de ella! ¿Verdad que es deliciosa?... Tan deliciosa, que si me dijera: «Nicolás, tírate por la ventana» ó «arrójate al fuego», te juro que lo haría enseguida y con alegría. ¡Ah, qué deliciosa es!—añadí, representándome que estaba allí delante de mí, y á fin de gozar bien de su imagen, me volví bruscamente del otro lado y metí la cabeza bajo la almohada.

—¡Tengo una gana terrible de llorar, Volodia!

—¡Bobo!—dijo sonriendo.

Después de un instante de silencio continuó:

—Yo no soy del todo como tú. Si pudiera, querría, en primer lugar, sentarme á su lado y hablar...

—¡Ah! ¿Luego también tú estás enamorado?—interrumpí.

—Después—prosiguió Volodia, sonriendo tiernamente—besaría sus deditos, sus ojitos, su boquita, sus naricitas, sus piececitos... la besaría toda...

—¡Qué tonterías!—exclamé desde debajo de mi almohada.

—No comprendes nada—dijo Volodia en tono de desprecio.

—De ningún modo; comprendo, y tú eres quien no comprendes y dices tonterías—dije llorando.

—Vaya, no hay motivo para llorar. ¡Qué marica!

XX

La carta.

El 16 de Abril, cerca de seis meses después del día que he descrito, entró mi padre en nuestro cuarto durante la clase y anunció que partiríamos con él aquella misma noche para el campo. A esta noticia se oprimió mi corazón y pensé en seguida en mamá.

La causa de aquella partida imprevista era la carta siguiente:

Petrovskoë 12 de Abril.

«Son las diez de la noche, acabo de recibir tu buena carta del 3 de Abril, y, según mi costumbre, contesto á ella en seguida. Fedor la había traído de la ciudad ayer; pero como era tarde, no se la ha dado á Mimí hasta esta mañana. Mimí, con pretexto de que yo estaba enferma y agitada, se la ha guardado todo el día. En efecto, tenía yo una poca fiebre, y, para decirte la verdad, hace cuatro días que no me encuentro bien y que no me levanto.

»Te ruego que no te asustes; no estoy enferma, y si Iván Vassilitch lo permite, me levantaré mañana.

»El viernes de la semana pasada salí en carruaje con los niños. En el momento de llegar á la carretera, cerca del puentecillo que siempre me ha dado miedo, la carretela se atascó. El tiempo era soberbio, y tuve la idea de ir á pie hasta la carretera, mientras sacaban el carruaje. Al llegar á la capilla, me sentí muy fatigada y me senté para descansar; pero como se necesitó cerca de media hora para reunir gente y sacar la carretela, me enfrié, los pies sobre todo, porque llevaba botinas finas y se me habían mojado. Después de la comida sentí escalofríos; seguí, sin embargo, yendo y viniendo, y después del te me puse á tocar á cuatro manos con Liubotchka (no la conocerás, ha adelantado mucho). ¡Figúrate mi asombro cuando noté que me era imposible contar los compases! Volví á intentarlo muchas veces; pero todo se embrollaba en mi cabeza y tenía como un gran ruido en los oídos. Contaba uno, dos, tres, y luego, ocho, quince; advertí que me equivocaba y que no había medio de contar bien. Al fin, Mimí vino en mi ayuda y me acostó casi á la fuerza. He aquí, amigo mío, en detalle, cómo me he puesto mala por mi culpa. El día siguiente tuve fiebre bastante alta, y vino nuestro buen Iván Vassilitch. Desde entonces no se ha ido de casa, y asegura que pronto saldré. ¡Qué hombre tan excelente! Mientras que he tenido fiebre y delirio ha pasado la noche junto á mi cama, sin pegar ojo. En este momento, sabiendo que escribo, ha ido á buscar á las niñas. Oigo que les cuenta cuentos alemanes y que ellas se ríen á carcajadas.

»La *hermosa flamenca,* como tú la llamas, está aquí hace cerca de quince días, porque su madre ha ido á pasar una temporada fuera, y me atestigua un verdadero cariño. Me ha confiado todos los secretos de su alma. Con su linda cara, su buen corazón y su juventud, habría con qué hacer una joven encantadora en todos conceptos, si estuviera en buenas manos. En la sociedad en que vive, y á juzgar por lo que cuenta, se perderá completamente. Se me ha ocurrido que si yo no tuviera ya bastante con mis hijos haría una buena obra admitiéndola en casa.

»Liubotchka quería escribirte, pero ha roto ya tres plieguecillos de papel; dice que «papá es demasiado burlón, y que si ella cometiera una falta él se la enseñaría á todo el mundo». Catalina sigue siempre tan gentil. Mimí tan buena y tan fastidiosa.

»Hablemos ahora de cosas serias. Me escribes que tus negocios no van bien este invierno y que te verás obligado á tomar el dinero de Khabarovka. ¡Cómo pides permiso para hacerlo! Esto me ha parecido muy singular. ¿Es que lo mío no es tuyo?

»Eres tan bueno, querido mío, que me ocultas la situación de tus negocios por miedo á afligirme; pero yo adivino que has perdido mucho al juego y te juro que no te lo echo en cara de ningún modo. Con tal que las cosas puedan arreglarse, no pienses

más en ello, te lo suplico, y no te atormentes inútilmente. Estoy acostumbrada á no contar para los niños con tus ganancias, ni siquiera (no te enfades) con tu fortuna. No siento más placer cuando ganas que disgusto cuando pierdes. No me disgusta más que tu desdichada pasión por el juego, que me roba una parte de tu corazón y me obliga á decirte verdades duras como en este momento. ¡Dios sabe, sin embargo, si esto me es doloroso! No le pido más que una cosa, y es que nos preserve, no de la pobreza (¿qué importa la pobreza?), sino de esa situación terrible en que los intereses de los niños, que yo debería defender, fueran opuestos á los nuestros. Hasta ahora Dios me ha escuchado. Tú no has pasado el límite más allá del cual nos veríamos obligados, sea á sacrificar una fortuna que no es nuestra, sino de nuestros hijos, sea á... Es horrible sólo pensarlo, y esa terrible desgracia nos amenaza siempre. ¡Qué pesada cruz nos ha dado á llevar el Señor!

»Me vuelves á hablar en tu carta de los niños, y vuelves á nuestra antigua cuestión; me pides que consienta en que los pongas en pensión. Ya conoces mis prevenciones contra las pensiones.

»Ignoro, querido marido, si me concederás mi súplica; pero te ruego, en nombre de tu cariño por mí, que me prometas que jamás, ni durante mi vida, ni después de mi muerte, si Dios nos separa, harás eso.

»Me escribes que no podrás dispensarte de ir á Petersburgo para nuestros asuntos. ¡El Señor te acompañe, esposo mío! Parte y vuelve lo más pronto posible. ¡Nos aburrimos tanto sin ti! La primavera es soberbia. Se ha quitado ya la puerta de la galería; la senda que lleva á la estufa de los naranjos está completamente seca hace cuatro días; los albérchigos están en flor; no quedan más que algunas manchas de nieve acá y allá; han llegado las golondrinas, y Liubotcka me ha traído hoy las primeras flores. El doctor dice que dentro de tres días estaré restablecida del todo y que podré ir á calentarme al sol y á respirar el buen aire de la primavera. Adiós, querido amigo, te lo ruego, no te inquietes, ni de mi enfermedad, ni de tus pérdidas. Termina lo más pronto tus asuntos y vuelve para todo el verano con los niños. Tengo planes magníficos para este verano; sólo nos faltas tú para ejecutarlos.»

La continuación de la carta estaba escrita en francés, con letra desigual y casi ilegible, en otro pliego de papel.

«No creas lo que te he escrito de mi enfermedad. Nadie sospecha hasta qué punto es seria. Sólo yo sé que no me volveré á levantar. No pierdas un minuto; ven y trae á los niños. Acaso podré besarlos y bendecirlos por última vez; este es mi único y último deseo. Sé qué golpe cruel te doy; pero más pronto ó más tarde, por mí ó por los demás, lo habrías recibido. Tratemos de soportar esta desgracia con

valor y de esperar en la misericordia de Dios. Sometámonos á su voluntad.

»No te figures que lo que te escribo aquí sea el delirio de una imaginación enferma; al contrario, mis ideas son perfectamente claras, y en este momento estoy por completo serena. No acaricies la vana esperanza de que sean estos presentimientos vagos y engañadores de un alma medrosa. No, siento, sé (y lo sé porque Dios ha querido revelármelo) que no me queda más que muy poco tiempo que vivir.

»Mi cariño á ti y á los niños, ¿acabará con mi vida? Esto no puede ser; mi corazón siente demasiado vivamente en este mismo momento para creer que ese amor sin el cual yo no comprendía la vida pueda jamás dejar de ser. Mi alma no puede existir sin mi amor á vosotros, y sé que ella existirá eternamente, aunque no fuera más que porque un sentimiento parecido no podría nacer si debiera acabar alguna vez.

»No estaré ya con vosotros, pero estoy firmemente persuadida de que mi amor no os abandonará nunca, y este es un pensamiento tan consolador, que espero la muerte tranquilamente y sin temor.

»Si, estoy tranquila, y Dios sabe que he mirado siempre la muerte como el tránsito á una vida mejor; pero ¿de dónde vienen las lágrimas que me ahogan?... ¿Por qué privar á los niñes de su querida mamá? ¿Por qué darte un golpe tan terrible y tan inesperado? ¿Por qué muero, cuando vuestro cariño me hacía tan profundamente dichosa?

»¡Cúmplase su santa voluntad!

»Las lágrimas me impiden continuar. Acaso no te volveré á ver. Te doy las gracias, mi precioso amigo, por toda la dicha que me has dado en esta vida. Allá arriba pediré á Dios que te lo recompense. Adiós, mi querido amigo; acuérdate de que si yo no vivo, mi amor estará siempre contigo. ¡Adiós, Volodia; adiós, ángel mío, mi Benjamín, Nicolasito mío!

»¡Me olvidarán!...»

A la carta iba unido un billetito de Mimí en francés, y concebido así:

«Los tristes presentimientos de que habla á V. este ángel han sido demasiado confirmados por el doctor. Anoche había dado ella la orden de llevar esta carta enseguida al correo; creyendo que deliraba, he esperado hasta esta mañana, y me he decidido á abrirla. Apenas había roto el sobre, cuando Natalia Nicolaievna me preguntó qué había yo hecho de la carta, y me ordenó que la quemase si no había salido. No cesa de hablar de ella, y asegura que esta carta le mataría á V. Venga en seguida si quiere volver á ver á este ángel antes de que nos deje. Dispense V. estas mal hilvanadas líneas. Hace tres noches que no he dormido. ¡Ya sabe V. cuánto la amo!»

Natalia Lavichna, que había pasado toda la noche del 11 al 12 de Abril en el cuarto de mamá; me ha contado

que después de haber escrito la primera parte de su carta, mamá la puso á su lado, en la mesilla, y se durmió.

«Yo misma—decía Natalia Lavichna—confieso que me había adormecido en mi butaca, y que había dejado caer la media en que trabajaba. He aquí que á través de mi sueño (podía ser la una de la mañana) la oigo hablar sola. Abro los ojos, y miro; mi pichoncita estaba sentada en la cama; juntaba sus manitas... y lloraba á mares, y dijo:

—»¿De modo, que todo ha acabado?

»Y se tapó la cara con las manos. Yo no di más que un salto:

—»¿Qué tiene V.?

—»¡Ah, Natalia Lavichna, si supieras lo que acabo de ver!

»Por muchas preguntas que le hice no pude saber más. Sólo me dijo que le acercara la mesita; escribió un poco, hizo cerrar la carta delante de ella, y ordenó que la llevaran enseguida al correo. Desde entonces fué cada vez á peor.»

XXI

Lo que nos esperaba en el campo.

El día 25 de Abril bajamos de una calesa de viaje delante de la escalinata de Petrovskoë. Al salir de Moscú, papá parecía preocupado. Como Volodia le preguntase: «¿Es que mamá está enferma?», lo miró tristemente haciéndole con la cabeza señal de que «sí», sin pronunciar una palabra. Durante el viaje se tranquilizó; pero al acercarse á la casa su rostro tomó una expresión cada vez más triste, y fué con los ojos húmedos y la voz mal segura como al bajar del carruaje preguntó á Foca:

—¿Dónde está Natalia Nicolaievna?

El buen Foca, que acudía sofocado, echó á hurtadillas una mirada sobre nosotros los niños, bajó los ojos, abrió la puerta del vestíbulo, y respondió volviéndose:

—Hace seis días que no ha salido de su cuarto.

Milka, que por lo que supe después, no había cesado de gemir desde que mamá estaba enferma, se lanzó alegremente hacia mi padre; se levantaba de patas, ladraba, le lamía las manos. Pero mi padre lo apartó y cruzó el salón, luego el diván, desde donde se entraba directamente á la alcoba. Cuanto más se acercaba á aquella alcoba, mas se mostraba su inquietud en todos sus movimientos; al entrar en el diván andaba de puntillas y contenía su aliento, y se persignó antes de decidirse á poner la mano sobre el botón del picaporte. En el mismo momentó, Mimí acudía por el corredor, despeinada y con los ojos enrojecidos.

—¡Ah, Pedro Alejandrovitch!—dijo á media voz con la expresión de una desesperación sincera.

Luego, al notar que papá hacía girar el botón, añadió muy bajo:

—No se pasa por ahí...; por la otra puerta.

¡Oh, qué impresión de angustia produjo todo aquello sobre mi imaginación de niño, preparada á una desgracia por horribles presentimientos!

Dimos la vuelta por la habitación de las criadas. En el corredor encontramos á Akime, el idiota cuyos gestos nos divertían tanto; en aquel momento, no sólo no me pareció cómico, sino que nada me hizo un efecto tan doloroso como el aspecto de su rostro estúpido é indiferente. En el cuarto de las criadas, dos muchachas que trabajaban en no sé qué, se levantaron para saludarnos, con una expresión tan triste, que me dejó trastornado. Atravesamos aún el cuarto de Mimí; papá abrió la puerta de la alcoba, y entramos. A la derecha de la puerta había dos ventanas, sobre las cuales habían tendido dos chales. Natalia Savichna estaba sentada delante de una de las ventanas, con sus gafas sobre la nariz y haciendo media. No se acercó á besarnos como hacía de ordinario; se contentó con levantarse, nos miró á través de sus gafas, y gruesas lágrimas corrieron por sus mejillas. Me disgustaba mucho que todo el mundo se echara á llorar al vernos, mientras que antes todos estaban completamente tranquilos.

A la izquierda de la puerta había muchos biombos, unos delante de otros, la cama, la mesílla, un *etagére* cubierto de frascos de botica, y un gran sillón en el que el doctor dormitaba. Al lado de la cama, una joven muy rubia y de notable belleza, con peinador blanco, las mangas un poco subidas, ponía hielo sobre la cabeza de mamá, que yo no veía dónde estaba. Aquella joven era la «hermosa flamenca» de que mamá hablaba en su carta, y que jugó después un papel tan importante en nuestra familia. Al entrar nosotros, se apresuró á quitar una de sus manos de la cabeza de mamá para arreglarse por delante las pliegues del peinador, después de lo cual cuchicheó:

—Está sin conocimiento.

Yo tenía una pena violenta, pero notaba involuntariamente los nadas más insignificantes. La alcoba estaba muy sombría, hacía calor, y allí se olía á la vez á menta, á agua de Colonia, á manzanilla y á las gotas de Hoffmann. Aquel olor me impresionó de tal modo, que no sólo cuando lo huelo, sino nada más con pensar en él, mi imaginación me transporta al instante á aquella alcoba oscura y sofocante, y me representa todos los menores detalles de aquel minuto atroz.

Los ojos de mamá estaban abiertos, pero no veía... ¡Oh, jamás olvidaré aquella espantosa mirada! ¡Expresaba tanto sufrimiento!...

Nos sacaron de allí.

Cuando interrogué después á Natala Savichna sobre los últimos instantes de mamá, he aquí lo que me contó.

—Después que os sacamos, se agitó todavía mucho tiempo, pichoncito mío, como si la sofocara algo; enseguida dejó caer la cabeza sobre la almohada, y se durmió tan dulcemente, tan

apaciblemente, que se la habría tomado por un ángel de Dios. Había yo salido un minuto para llevarle algo de beber...; vuelvo, y ¿qué es lo que veo? Movía los brazos, alma mía, alrededor suyo, y hacía señales á papá. Este se inclina sobre ella, pero se ve que no tenía fuerzas para hablar; abre solamente la boca, y comienza á gemir: «¡Dios mío! ¡Señor! ¡Los niños, los niños!» Yo iba á correr á buscarlos á Vds.; Iván Vassilitch me detuvo diciéndome que esto la agitaría aún más, y que era mejor no ir. Después sólo levantó la mano y la dejó caer. ¡Dios sabe lo que quería decir con esto! Yo creo que quería bendecirlos á Vds., aunque no estaban allí. Evidentemente, Dios no ha permitido que volviera á ver á sus queridos pequeños antes de morir. Después se levantó, puso así sus manos, y dijo de pronto con una voz que no puedo pensar en ella: «¡Madre de Dios, no los abandones!...» Entonces le acometió el mal del corazón, y se veía en sus ojos que sufría horriblemente. Volvió á caer sobre la almohada, mordía las sábanas, y se echó á llorar, padrecito mío...

—¿Y después?—pregunté.

Natalia Savichna no podía hablar; se volvió, y lloró amargamente.

Mamá murió entre horribles sufrimientos.

XXII

La pena.

El día siguiente por la noche, ya tarde quise volver á verla una vez más. Haciéndome superior á un involuntario sentimiento de espanto, abrí dulcemente la puerta de la sala y entré de puntillas.

En medio de la habitación, sobre una mesa, estaba el ataúd; alrededor del ataúd, en grandes candeleros de plata, cirios encendidos; en un rincón alejado de la sala, un chantre leía los salmos en voz baja y monótona.

Me paré en la puerta y me puse á mirar, pero tenía los ojos tan fatigados á fuerza de llorar y los nervios tan trastornados, que no distinguía nada. Todo se confundía de una manera extraña: los cirios, el brocado, el terciopelo, los grandes candeleros, la almohada de color de rosa, guarnecida de encajes, el velo colocado sobre la frente, la toca con cintas y cierta cosa transparente y color de cera que había en medio de todo aquello. Me subí á una silla para verla la cara, pero en el sitio en que debía estar encontré también aquella cosa de un blanco amarillento y transparente. No podía creer que aquello fuese su rostro. Me puse á considerar aquella cara con más atención, y poco á poco encontraba en ella rasgos encantado-

res y familiares. Me estremecí de terror cuando estuve convencido de que era *ella*. ¿Por qué están tan hundidos sus ojos cerrados? ¿Por qué esta espantosa palidez y esta mancha negra en la mejilla, bajo la piel diáfana? ¿Por qué la expresión de todo el rostro es tan severa y tan fría? ¿Por qué están tan blancos los labios y por qué el pliegue de la boca es tan hermoso, tan solemne? ¿Por qué expresa una paz tan por encima de está tierra, que al mirarla siento un estremecimiento helado correr por mi cuerpo y en mis cabellos?

Miraba y sentía que una fuerza inexplicable é irresistible atraía á mis ojos hacia aquel rostro sin vida. No podía apartarlos, y mientras miraba, mi imaginación me representaba cuadros brillantes de vida y de dicha. Olvidaba que el cuerpo muerto tendido delante de mí, y que contemplaba estúpidamente como si aquel objeto no hubiera tenido nada de común con mis recuerdos, era *ella*. Me la representaba en tanto en una actitud, en tanto en otra: llena de vida, alegre, sonriente; luego, de pronto, quedaba impresionado por cualquier detalle del pálido rostro sobre el que estaban fijos mis ojos; recordaba la terrible realidad, me estremecía, pero seguía mirando. Las visiones del pasado reemplazaban de nuevo á la realidad; el sentimiento de la realidad desvanecía de nuevo las visiones, y así sucesivamente. Al fin, mi imaginación cansada cesó de engañarme; el sentimiento de la realidad se borró con las visiones, y ya no tuve conciencia de nada.

Ignoro cuánto tiempo duró aquello, sería incapaz de analizar el estado en que me encontraba; solamente sé que había perdido el sentimiento de mi existencia y que experimentaba una especie de goce sublime, triste, y al mismo tiempo de una dulzura inexplicable.

Acaso desde el mundo mejor adonde había volado, su hermosa alma contemplaba con tristeza el mundo en que nos había dejado; veía mi pena y tenía piedad de ella; con una divina sonrisa de compasión descendía á la tierra, llevada en alas del amor, para consolarme y bendecirme.

Rechinó la puerta y entró un chantre; iba á reemplazar al otro. Aquel ruido me hizo volver en mí, y mi primer pensamiento fué que al verme en pie sobre aquella silla, secos los ojos y en una actitud que no tenía nada de conmovedora, el chantre podría tomarme por un muchacho desprovisto de sensibilidad, que se subía á las sillas para curiosear: hice la señal de la cruz, me incliné y me eché á llorar.

Cuando pienso ahora en lo que experimentaba entonces, comprendo que mi único minuto de verdadera pena fué aquél minuto de inconsciencia. Antes y después del entierro no cesé de llorar y de estar triste; pero me avergüenzo de recordar aquella tristeza, porque estaba siempre mezclada con un sentimiento personal; en tanto el deseo de mostrar que tenía más pena que los demás, en tanto la

preocupación del efecto que producía, en tanto una curiosidad sin objeto, que fijaba mis ojos en la cofia de Mimí ó en los rostros de los asistentes. Me despreciaba por no estar enteramente absorbido por el dolor y me esforzaba por disimular los demás sentimientos que me ocupaban; resultaba de esto que á mi pena le faltaba naturalidad y sinceridad. Experimentaba, por lo demás, cierto placer en pensar que era un hijo desdichado, trataba de despertar la conciencia de mi desdicha, y este sentimiento egoísta contribuía más que los demás á ahogar en mí la verdadera pena.

Dormí aquella noche profunda y tranquilamente, como sucede siempre después de un gran dolor, y me desperté con los nervios tranquilizados y las lágrimas agotadas. A las diez nos llamaron para el funeral que se celebraba antes de levantar el cadáver. La sala estaba llena de criados y de campesinos que llegaban llorosos á dar el último adiós á la señora. Durante la ceremonia, lloré convenientemente; hice mis señales de la cruz y me prosterné hasta el suelo; pero mi plegaria no partía del corazón y estaba bastante indiferente. Estaba muy ocupado con mi traje nuevo que me hacía mucho daño en las sisas; cuidaba de no manchar demasiado las rodillas del pantalón, y examinaba con el rabillo del ojo á los asistentes. Mi padre estaba en pie á la cabecera del ataúd, blanco como el papel y costándole trabajo contener las lágrimas. Su alta estatura, su traje negro, su rostro pálido y expresivo, sus movimientos, graciosos y seguros como de ordinario cuando hacía la señal de la cruz y se inclinaba hasta tocar el suelo con la mano, ó cuando tomó el cirio que le dió el sacerdote y se acercó al ataúd, todo aquello producía un gran efecto; pero, no sé por qué, me disgustaba que precisamente en aquel instante pudiera producir tanto efecto.

Mimí se apoyaba en la pared y parecía que le costaba trabajo tenerse en pie; su falda estaba arrugada y el gorro ladeado, sus ojos enrojecidos é hinchados, temblábale la cabeza; se tapaba la cara con las dos manos y el pañuelo, y sollozaba hasta partir el corazón. Me pareció que sus sollozos no eran francos y que se tapaba la cara á fin de poder parar de cuando en cuando sin que lo notaran. Recuerdo que la víspera había dicho á mi padre que la muerte de mamá era para ella un golpe que no esperaba soportar, que lo perdía todo, que aquel ángel (así es como ella llamaba á mamá) no la había olvidado en el momento de morir y había expresado el deseo de asegurar su suerte y la de Catalina. Al hacer este relato, lloraba á lágrima viva, y es posible que su pena fuese sincera, pero no era desinteresada.

Liubotchka, vestida de negro, el rostro inundado de lágrimas, baja la cabeza, echaba de tarde en tarde una mirada al ataúd, y su fisonomía no expresaba entonces más que un espanto infantil. Catalina estaba al lado

de su madre, y su cara triste no le impedía estar fresca y encarnada como siempre. La naturaleza franca de Volodia aparecía hasta en su pena. En tanto se absorbía en sus pensamientos y miraba fijamente un objeto cualquiera, en tanto su boca se torcía súbitamente y se apresuraba á persignarse y á prosternarse. Todos los extraños que asistían al entierro me eran insoportables. Las frases de pésame que dirigían á mi padre, «que ella estaría mejor allá arriba, que no estaba hecha para esta tierra», me causaban una especie de irritación.

—¿Qué derecho tienen—pensaba—á hablar de ella y á llorarla? Algunos nos han llamado huérfanos. ¡Como si nosotros tuviéramos necesidad de ellos para saber que los niños que se quedan sin madre se llaman huérfanos! Habrán querido ser los primeros en darnos este nombre, exactamente como se apresuran las gentes para ser los primeros en llamar «señora» á una recién casada.

En el rincón más retirado de la sala, ocultándose detrás de la puerta abierta, estaba arrodillada una anciana de cabellos grises y de espalda encorvada. Juntas las manos y la vista en el cielo, no lloraba, rezaba. Su alma se elevaba á Dios; le pedía que la reuniera bien pronto con la que había amado más que todo en el mundo, y esperaba firmemente que Dios le concediera pronto lo que le pedía.

«Esa es la que la amaba verdaderamente» pensé, y tuve vergüenza de mí mismo.

Terminó la ceremonia. Fué descubierto el rostro de la muerta, y todos los asistentes, excepto nosotros, se acercaron uno después de otro para besarla.

De las últimas, fué una campesina que llevaba en los brazos una preciosa niña de unos cinco años. ¡Dios sabe para qué la había llevado allí. Acababa de caérseme mi pañuelo humedecido y me bajaba para recogerlo, cuando oí un grito penetrante, espantoso, un grito que expresaba tal terror, que no lo olvidaré nunca aunque viviera cien años, y que, cuando pienso en él, todavía me hace estremecer. Alcé la cabeza; la campesina estaba subida en el taburete, al lado del ataúd, y se esforzaba por retener á la niña que se resistía y se echaba atrás con una expresión de espanto y miraba al cadáver con ojos dilatados, lanzando espantosos alaridos. Di un grito aún más espantoso, me parece, que los suyos, y huí á escape de la sala.

Hasta aquel momento no comprendí de dónde procedía el olor pesado y pronunciado que se mezclaba al olor del incienso y llenaba la habitación; la idea de que aquel rostro, tan hermoso y tan amable algunos días antes, el rostro de lo que yo amaba más en el mundo, podía inspirar espanto, me desveló, por decirlo así, la cruel verdad y llenó mi alma de desesperación.

XXIII

Ultimos recuerdos tristes.

Ya no vivía mamá, y nuestra vida seguía girando en el mismo círculo. Nos levantábamos y nos acostábamos á las mismas horas y en las mismas habitaciones. El té de la mañana, el té de la noche, la comida, la cena, todo era como antes. Las mesas y las sillas estaban en sus sitios de costumbre. Nada había cambiado en la casa y en nuestra existencia; solamente ella ya no estaba allí...

Me parecía que después de una desgracia semejante, todo habría debido cambiar, que nuestra marcha de vida acostumbrada era una ofensa á su memoria y hacía sentir demasiado vivamente su ausencia.

La víspera del entierro, después de la comida, había yo tenido ganas de dormir y había ido á la alcoba de Natalia Savichna con la intención de tenderme en su buena cama de plumas, bajo el caliente cubrepies calado. Al entrar, la encontré acostada y parecía dormir. Al ruido de mis pasos se levantó, se quitó un pañuelo de lana destinado á resguardarse la cabeza de las moscas, se arregló la cofia y se sentó en el borde de la cama.

Me había sucedido á menudo ir después de la comida á echar un sueño en su cuarto. Adivinó á qué había ido, y me dijo haciendo un movimiento para levantarse.

—¿Qué, mi pichoncito ha venido á descansar? Acuéstese.

—¡Qué idea, Natalia Savichna!—dije deteniéndola por el brazo.—No ha sido para eso... Había venido... Está V. fatigada; acuéstese V. más bien.

—No, padrecito mío, he dormido bastante—me dijo (bien sabía yo que no se había acostado hacía tres días). —Y además, no es este el momento de dormir—añadió con un profundo suspiro.

Tenía yo ganas de hablar algo de nuestra pena con Natalia Savichna. Conocía su sinceridad y su adhesión, y me habría sido dulce llorar con ella.

—Natalia Lavichna—dije después de un momento de silencio, sentándome en la cama—¿se lo esperaba V.?

Me miró con aire perplejo y curioso, no comprendiendo por qué le preguntaba aquello.

—¿Quién podía esperarlo?—continué.

—¡Ah, padrecito mío!—dijo mirándome de un modo singularmente doloroso y tierno—no se podía esperar, y todavía no puedo pensar en ello. Soy vieja: hace mucho tiempo que mis viejos huesos deberían descansar, y yo soy quien les entierra á todos: su abuelo de V., de eterna memoria, el príncipe Nicolás Mikhailovitch, sus dos hermanos, su hermana Annuchka, á todos los he enterrado, y todos eran más jóvenes que yo, padrecito mío, y he aquí que es preciso también que yo la sobreviva, por mis

pecados seguramente. ¡Que se haga su santa voluntad! El se la ha llevado porque era digna de ello; allá arriba tiene necesidad de los buenos.

Esta cándida idea me produjo una impresión consoladora y me acerqué á Natalia Savichna. Había ella cruzado las manos sobre el pecho y miraba hacia arriba; sus ojos húmedos y hundidos expresaban un dolor inmenso, pero tranquilo. Esperaba firmemente que Dios no la separaría por mucho tiempo de aquí, sobre la cual, hacía tantos años, se habían concentrado todas las fuerzas de su corazón.

—Sí, padrecito mío, hace ya mucho tiempo que yo era su niñera, y que la envolvía. Me llamaba Nacha. Corría á mí, me cogía con sus manitas y me besaba diciendo: «Nacha mía, rica, gallinita mía.» Y yo, para hacerla rabiar, decía: «V. no me quiere, madrecita mía; cuando sea grande se casará y olvidará á su Nacha.» Entonces reflexionaba: «No—decía—prefiero no casarme si no puedo llevarme á Nacha; jamás me separaré de Nacha.» Y he aquí que me ha dejado, que no me ha esperado. ¡Sin embargo, me quería! A decir verdad, ¿á quién no quería? Sí, padrecito, es imposible que olvide V. á su mamá; no era una criatura humana, era un ángel del cielo. Cuando esté en el paraíso, seguirá amándolo y regocijándose á causa de V.

—¿Por qué dice V. «cuando esté en el paraíso» Natalia Savichna?—pregunté.—Creo que está ya.

—No, padrecito mío—dijo Natalia Savichna bajando la voz y acercándose á mí en el borde de la cama; —ahora su alma está aquí.

Señalaba al techo. Hablaba casi bajo, con tanta emoción y fe, que alcé involuntariamente los ojos y miré á las cornisas buscando algo en ellas.

—Antes de que el alma del justo vaya al paraíso, sufre todavía cuarenta pruebas, padrecito mío, durante cuarenta días, y puede seguir en su casa...

Siguió largo tiempo en este tono, expresándose con tanta sencillez y convicción, como si se hubiera tratado de cosas completamente naturales, que había visto con sus ojos y sobre los cuales nadie podía tener la menor sombra de duda. Yo la escuchaba conteniendo mi respiración. No comprendía muy bien lo que me decía, pero la creía con toda mi alma.

—Sí, padrecito mío—dijo terminando—en este momento está aquí, nos mira, escucha acaso lo que decimos. Bajó la cabeza y se calló. Tuvo necesidad de un pañuelo para secarse las lágrimas; se levantó, me miró frente á frente y dijo con voz temblorosa de emoción:

—El Señor me ha hecho acercarme bastantes pasos á él, con este golpe. ¿Qué me queda que hacer aquí? ¿Para qué vivir? ¿A quién amar?

—¿Es que no nos ama V.? — pregunté en tono de reproche y pronto á llorar.

—Dios sabe si los amo á Vds., pichoncitos míos; pero amar á alguien

como la amaba, no he podido jamás y no puedo.

No pudo decir más. Se volvió y sollozó ruidosamente.

Yo no pensaba ya en dormir. Seguíamos sentados uno junto á otro y llorábamos.

Entró Foca. Al ver nuestra situación, tuvo miedo de estorbarnos; se paró cerca de la puerta y nos miró tímidamente sin decir nada.

—¿Qué quieres, Foca?—preguntó Natalia Savichna secándose los ojos con el pañuelo.

—Libra y media de pasas, cuatro libras de azúcar y tres libras de arroz para la kutia (1).

—En seguida, en seguida, padrecito.

Natalia Savichna tomó de prisa un polvo de rapé y se dirigió á un cofre. Las últimas huellas de la tristeza causada por nuestra conversación borráronse así que se ocupó en su servicio, que ella juzgaba de la más alta importancia.

—¿Por qué cuatro libras?—dijo en tono gruñón, cogiendo azúcar y poniéndola en el peso. Tres y media es bastante.

Quitó muchos terrones del platillo.

—¿Y qué significa esto? ¡Di anoche ocho libras de arroz y piden más! Tú dirás lo que quieras, Foca, pero yo no doy más arroz. Vanka estará contento porque la casa esté revuelta: cree que no se parará atención. ¡No, yo dejaré derrochar la fortuna de mis amos! ¡Habrán visto! ¡Ocho libras!

—¿Qué hacer? Dice que se ha comido todo.

—¡Bueno, aquí está! ¡Tómelo!

En la época de que hablo, me impresionó mucho aquel brusco pase de un enternecimiento conmovedor á refunfuños y roñerías. Después comprendí, reflexionando en ello, que lo que pasaba en su alma le dejaba la presencia de espíritu necesaria para pensar en sus asuntos, y que la fuerza de la costumbre la atraía hacia sus ocupaciones ordinarias. La pena era tan violenta, que encontraba inútil disimular, que era capaz de ocuparse de cosas indiferentes; ni siquiera habría comprendido que se pudiera tener semejante idea.

La vanidad es el sentimiento más incompatible con un dolor verdadero, y, al mismo tiempo, es de tal modo parte integrante de la naturaleza humana, que pierde raramente sus derechos ante una pena, aun la más violenta. Preséntase entonces como deseo de aparecer afligido, ó desgraciado, ó animoso, y estos sentimientos bajos, que no nos confesamos ni á nosotros mismos, pero á los cuales apenas escapamos—ni aun en la pena más viva—enervan nuestro dolor, lo envilecen y le quitan su sinceridad. Pero Natalia Savichna era demasiado profundamente desgraciada para que hubiera sitio en su alma para un deseo cualquiera: no vivía más que por la fuerza de la costumbre.

Entregó á Foca las provisiones pe-

(1) La kutia se come después de los entierros.—(N. DEL T.)

didas y le recordó la pasta destinada á la mesa del clero. Cuando aquél se fué, cogió la media y se volvió á sentar á mi lado.

La conversación comenzó de nuevo sobre el mismo asunto, volvimos á llorar y nos secamos otra vez los ojos.

Yo iba todos los días á hablar así con Natalia Savichna. Sus lágrimas dulces, sus discursos tranquilos y piadosos me hacían bien y me consolaban.

Pero nos separaron bien pronto. Tres días después del entierro partimos todos para Moscú, y yo no debía volver á ver á Natalia Savichna.

Mi abuela no supo la espantosa noticia sino á nuestra llegada, y su pena fué terrible. No nos dejaron verla, porque no estaba en su juicio. Esto duró toda una semana, y los médicos temieron por su vida, tanto más, cuanto que no quería tomar ningún remedio, que se negaba á hablar ó á comer y que no dormía. A veces, sentada en su sillón, sola en su cuarto, la acometía de pronto un acceso de risa, seguido de sollozos, sin lágrimas, que concluían en convulsiones, luego en gritos furiosos, en frases sin sentido ó espantosas. Era aquella su primera gran pena, y la abrumaba. Tenía necesidad de acusar á alguien y pronunciaba palabras horribles, amenazas furibundas. Levantábase bruscamente de su sillón, recorría rápidamente la pieza á grandes pasos y caía desvanecida.

Una vez entré en su cuarto. Estaba sentada en su sillón, como de ordinario, y parecía tranquila; pero su mirada me impresionó. Los ojos, muy abiertos, miraban vagamente y como atontados. Los fijaba en mí y parecía no verme. Entreabriéronse lentamente sus labios, sonrió y dijo con voz tierna que conmovía:

—Ven aquí, ángel mío, acércate.

Yo creí que era á mí á quien hablaba y me acerqué: no era á mí á quien veía.

—¡Ah, si tu supieras, hija de mi alma, cuánta pena he tenido y qué contenta estoy de que hayas llegado!...

Comprendí que se imaginaba ver á mamá y me detuve.

—Me han dicho que habías muerto —continuó frunciendo las cejas;—¡qué tontería! ¿Es que puedes morir antes que yo?

Y soltó una carcajada nerviosa, horrible de oir.

Las personas capaces de cariños vigorosos son las únicas capaces de penas vigorosas; pero la misma necesidad de amar las salva, reaccionando contra el dolor. Por esto es por lo que la naturaleza moral del hombre es aún más vivaz que su naturaleza física. La pena no mata nunca.

Al cabo de una semana, mi abuela pudo llorar y se mejoró. Su primer pensamiento, cuando recobró la razón, fué para nosotros, y su cariño creció. No nos separábamos nunca de su sillón. Lloraba dulcemente, hablaba de mamá y nos acariciaba con ternura.

A nadie se le podía ocurrir, al ver

á mi abuela, que exageraba su pena. Las señales que daba de ella eran grandes y conmovedoras. Sin embargo, no sabré decir por qué, yo simpatizaba más con Natalia Savichna. Aun hoy estoy convencido de que nadie quiso á mamá con un amor tan puro ni la lloró tan sinceramente como aquella excelente y sencilla criatura.

Con la muerte de mi madre termina para mí la hermosa época de la infancia y se abre una época nueva: la adolescencia. Pero á mi infancia es al tiempo á que se enlazan mis recuerdos de Natalia Savichna, á quien no volví á ver y que ejerció una influencia tan grande en el desarrollo y en la dirección de mi sensibilidad. Añadiré, pues, aquí algunas palabras acerca de ella y de su muerte.

Los criados que habíamos dejado en el campo me han contado que después de nuestra partida se aburrió mucho de no tener nada que hacer. Seguía encargada de las provisiones y no dejaba de revolver en sus cofres, de arreglar, de contar, de pesar; pero le faltaba el ruido y el movimiento de una casa señorial habitada por los amos, todo el tráfago á que estaba acostumbrada desde su infancia. La pena, el cambio de vida y la ociosidad, desarrollaron rápidamente en ella una enfermedad senil á que estaba predispuesta. Justamente un año después de la muerte de mamá se le declaró la hidropesía y se metió en la cama.

Me imagino que Natalia Savichna encontró duro vivir, y todavía más morir sola, en la gran casa vacía de Petrovskoë, sin parientes, sin amigos. Todas nuestras gentes la amaban y la estimaban, pero ella no estaba ligada con nadie y estaba orgullosa de ello. Pensaba que en su situación de ama de gobierno, en posesión de la confianza de los señores y teniendo entre las manos tantos cofres llenos de tantas cosas, cualquier amistad la conduciría á la parcialidad y á condescendencias culpables. Por esto es por lo que, á menos, sin embargo, que no fuera porque no tenía nada de común con los demás criados, se mantenía apartada de todos. Decía que no tenía en la casa ni compadres ni parientes, y que no dejaria derrochar la fortuna de sus amos por nadie.

Buscaba y encontraba consuelos en fervientes oraciones, con que se desahogaba ante Dios. En los instantes de debilidad á que todos estamos sujetos, y durante los cuales no hay mejor consuelo que las lágrimas y la simpatía de una criatura viviente, subía á la cama, á su lado, á su doguillo, le hablaba y lloraba sin ruido, acariciándolo. El perrillo le lamía las manos, fijaba en ella sus ojos y acababa por ponerse á gemir. Ella se esforzaba entonces en calmarlo y le decía: «Cállate, no te necesito para saber que voy á morir.»

Un mes antes de su muerte, sacó de su cofre particular indiana, muselina blanca y cintas de color de rosa. Con la ayuda de una criada se hizo un vestido blanco, una cofia y preparó en sus menores detalles todo lo necesario

para su entierro. Entregó en seguida al intendente los cofres pertenecientes á la casa, acompañados de un inventario minucioso. En fin, sacó dos trajes de seda y un chal, antiguos regalos de mi abuela, y el uniforme de mi abuelo, todo bordado en oro, que también le había sido regalado. Era tan cuidadosa, que los bordados y los galones del uniforme estaban todavía flamantes y el paño no estaba picado.

Pidió antes de morir que uno de los trajes de seda—el de color de rosa—fuera entregado á Volodia, y el otro—color de pulga—á cuadros, á mí, para que nos hicieran batas ó bechmetes (1).

Legó el chal á Liubotchka y el uniforme al primero de nosotros que llegara á ser oficial. A excepción de cuarenta rublos destinados á los gastos de su entierro, dejó el resto de su dinero y todo lo que poseía á su hermano. Este hermano, manumitido hacía mucho tiempo, habitaba en un gobierno lejano y llevaba la vida menos regular; por esto Natalia Savichna en su vida no tuvo con él ninguna relación.

Cuando acudió á recibir su herencia y encontró en junto veinticinco rublos de papel; no quiso creerlo. Declaró que era imposible que una mujer que había vivido sesenta años en una casa rica donde lo tenía todo entre las manos, que había sido siempre más que económica y que roñeaba en todo, no dejara nada después de su muerte. Sin embargo, esta era la verdad.

Natalia Savichna estuvo enferma dos meses y soportó los sufrimientos con paciencia verdaderamente cristiana. No refunfuñaba nunca, no se quejaba y hablaba constantemente de Dios, según su costumbre. Una hora antes de su muerte, se confesó con tranquila alegría, comulgó y recibió la Extremaunción.

Pidió perdón á todos los de la casa por las ofensas que hubiera podido hacerles, y encargó á su confesor, el padre Vassili, que nos dijera á todos que no sabía cómo agradecernos nuestras bondades y que nos rogaba que la perdonásemos si, por torpeza, nos había ofendido á alguno. «Pero puedo decir—añadió—que no soy una ladrona; jamás he tomado una hilacha de los señores.» Este era el único mérito que se reconoció.

Se puso el traje blanco y la cofia que se había preparado, se recostó en la almohada y no dejó hasta el fin de hablar con el sacerdote. Habiéndose acordado de pronto de que no dejaba nada á los pobres, tomó diez rublos y encargó al padre Vassili que los diera á la parroquia. Hizo después la señal de la cruz, se acostó y expiró pronunciando con alegre sonrisa el nombre de Dios.

Dejó la vida sin pena, no temió la muerte y la acogió como un beneficio. Esto es una cosa que se dice con frecuencia, pero que rara vez es verda-

(1) Especie de sobretodo de los tártaros. —(N. DEL T.)

dera. Natalia Savichna podía no temer la muerte porque moría con una fe inquebrantable y había cumplido la ley del Evangelio: toda su vida no había sido más que amor puro y desinteresado, y sacrificio de sí misma.

¡Cómo! Porque su religión habría podido ser más elevada, porque su vida hubiera podido tener un objeto más alto, ¿sería menos digna aquella alma escogida de ternura y de admiración?

Realizó la obra más grande y mejor de esta vida: murió sin pesar y sin temor.

Fué enterrada, según su deseo, no lejos de la capilla alzada sobre la tumba de mamá. Las ortigas han invadido el sitio donde reposa. Cuando voy á la capilla, jamás dejo de acercarme á la verja negra que rodea la tumba de Natalia Savichna y de saludarla.

A veces me detengo á la mitad del camino, entre la capilla y la verja negra. Penosos recuerdos acuden de pronto á mi memoria, y me digo: ¿Es que la Providencia no me ha reunido á estos dos seres más que para condenarme á eternos pesares?...

(Se concluirá.)

CONDE LEÓN TOLSTOY.

LAS AVENTURAS DE UNA MARIPOSA Y DE UNA COCHINILLA

El teatro representa la campiña: son las seis de la tarde; el sol se está ocultando. Al levantarse el telón una Mariposa azul y una joven Cochinilla, y ésta á caballo sobre aquélla, conversan en una brizna de helecho: se encontraron por la mañana y han pasado juntas el día. Como es tarde, la Cochinilla muestra intenciones de marcharse.

La Mariposa.—¿Qué es eso? ¿Ya te vas?...

La Cochinilla. — ¡Cáspita! Es preciso que regrese. Es tarde; considérelo V.

La Mariposa.—¡Qué diantre! Espera un poco; nunca es tarde para volver al propio domicilio. Yo, por mi parte, me aburro en casa. ¿Y tú? ¡Son tan bestias una puerta, una pared, una ventana! Pero fuera están el sol, el rocío, las amapolas, el aire libre y... todo. Si es que no te gustan las amapolas dilo.

La Cochinilla.—¡Cómo! Señora, las adoro.

La Mariposa.—Entonces no seas tonta y no te vayas todavía. Quédate conmigo. Ya ves, la temperatura es buena, el aire es suave.

La Cochinilla.—Sí, pero...

La Mariposa *(poniéndola en la hierba).*—¡Anda! Revuélcate en la hierba; nos pertenece.

La Cochinilla *(resistiéndose).*—No, déjeme V.; ¡con formalidad! Tengo que irme.

La Mariposa.—¡Chist! ¿Has oído?

La Cochinilla *(asustada).*—¿Qué hay?

La Mariposa.—Aquella codorniz que canta con entusiasmo desde la cepa que vemos desde aquí. ¡Ah! La canción es muy propia de esta hermosa noche de estío, y desde el sitio en que nos hallamos se oye perfectamente.

La Cochinilla.—Es verdad; pero...

La Mariposa.— Cállate.

La Cochinilla.—¿Qué ocurre?

La Mariposa. — Mira aquellos hombres. (*Pasan algunos hombres.*)

La Cochinilla (*en voz baja y des-*

pués de unos instantes de silencio). —El hombre es muy malo, ¿no es verdad?

La Mariposa.—Muy malo.

La Cochinilla.—Yo estoy siempre temiendo que uno me aplaste al andar. ¡Ya se ve! Sus pies son tan enormes y mis lomos tan débiles... V., ¡vamos!, V. no es grande, pero tiene alas. ¡Esto es horrible!

La Mariposa.—¡Por vida de...! Si esos pesados campesinos te asustan, súbete á mi espalda; mis lomos son fuertes, mis alas no son de cáscara de cebolla como las de las señoritas, y puedo llevarte adonde quieras y durante el tiempo que desees.

La Cochinilla.—Muchas gracias, señora. No me atrevo...

La Mariposa.—¿Te parece difícil subir sobre mí?

La Cochinilla.—No, pero...

La Mariposa.—Trepa entonces, imbécil.

La Cochinilla.—Pero con la condición de que me ha de llevar V. á mi casa. Si no...

La Mariposa.—Dicho y hecho.

La Cochinilla (*trepando sobre su compañero*).—En casa tenemos la costumbre de rezar por la noche. ¿Entiende V.?

La Mariposa.—Sí. ¡Un poco más hacia atrás! Así. Ahora salgo á escape. Silencio á bordo. (*¡Prrrt! Se marchan. El diálogo continúa en el aire.*) Nunca hubiera creído que yo era tan fuerte.

La Cochinilla (*asustada*).—¡Ay, señor!

La Mariposa.—¿Qué sucede?

La Cochinilla.—Pierdo la vista, siento vértigos; quisiera bajar.

La Mariposa. —¡Qué tontería! Para evitar el mareo hay que cerrar los ojos. ¿Los has cerrado?

La Cochinilla (*cerrando los ojos*). —Sí.

La Mariposa.—¿Te sientes mejor?

La Cochinilla (*con esfuerzo*).—Algo mejor.

La Mariposa (*riendo con disimulo*).—Decididamente en tu familia no hay buenos aeronautas.

La Cochinilla.—¡Oh! Sí.

La Mariposa. — Verdad es que vosotras no tenéis la culpa de que no se haya encontrado la dirección del globo.

La Cochinilla.—¡Oh, no!

La Mariposa.—Vamos, señora mía, ya hemos llegado. (*Se posa en un lirio.*)

La Cochinilla (*abriendo los ojos*). —V. perdone, pero no es aquí donde vivo.

La Mariposa.—Ya lo sé; pero como todavía es temprano, te he traído á casa de un Lirio, amigo mío, donde podemos refrescar; pasemos.

La Cochinilla.—Sí, pero no tengo tiempo.

La Mariposa.—¡Bah! Nada más que un segundo.

La Cochinilla.—Además, aun no he sido recibida en el mundo.

La Mariposa.—Ven; te haré pasar por bastardo mío, y serás bien recibida: vamos.

La Cochinilla.—Pero es tarde.

La Mariposa.—¡Qué! No es tarde; escucha la Cigarra.

La Cochinilla *(en voz baja)*.—Además... yo... no tengo dinero.

La Mariposa *(empujándola)*.—Ven; el Lirio regala.

(Entran en casa del Lirio. Cae el telón.)

Cuando el telón se levanta y el segundo acto comienza es casi de noche. Los dos compañeros salen de casa del Lirio. La Cochinilla está ligeramente embriagada.

La Mariposa *(poniendo la espalda)*.—Ahora en marcha.

(*Prrrt. Salen á escape. El diálogo continúa en el aire).*

La Cochinilla *(trepando con ardimiento)*.—En marcha.

La Mariposa.—Dime; ¿qué tal te parece mi Lirio?

La Cochinilla.—Amiga mía, es excelente; entrega á V. su bodega y todo sin conocerla.

La Mariposa *(mirando el cielo)*. —¡Oh, oh! Febo oculta ya la nariz tras la ventana. Tenemos que apresurarnos.

La Cochinilla.—¡Apresurarnos! ¿Por qué motivo?

La Mariposa. —¿Ya no tienes prisa para llegar á tu casa?

La Cochinilla.—Con tal de que llegue á la hora del rezo... Además ya no está lejos... á la vuelta.

La Mariposa.—Pues si tú no tienes prisa, yo tampoco.

La Cochinilla *(con efusión)*.—¡Qué buena eres! Verdaderamente no comprendo por qué no te quiere todo el mundo. Algunos dicen de ti: es una bohemia, una refractaria, una poetisa, una danzante.

La Mariposa.—¡Hola! ¡Hola! ¿Y quién dice eso?

La Cochinilla.—¡Vaya! El Escarabajo.

La Mariposa.—¡Ah! sí. ¡Ese gordinflón! Me llama danzante porque tiene mucho vientre.

La Cochinilla.—Te advierto que no es el único animal que te detesta.

La Mariposa.—¡Ah! ¡Diantre!

La Cochinilla. — Los Caracoles tampoco son amigos tuyos, ni los Escorpiones, ni las Hormigas.

La Mariposa.—Es verdad.

La Cochinilla (*confidencialmente*).—No hagas nunca la corte á la Araña; le pareces feísima.

La Mariposa.—La han informado mal.

La Cochinilla.—¡Ah! Las Orugas son de la misma opinión.

La Mariposa. —Lo creo. Pero

dime, en el mundo en que vives, porque al fin tú no perteneces al mundo de las Orugas, ¿soy también mal vista?

La Cochinilla.—¡Diablo! Según las familias: la juventud está de tu parte; pero los viejos creen que no tienes bastante sentido moral.

La Mariposa *(tristemente)*.—Veo que no tengo muchas simpatías. En suma...

La Cochinilla.—¡Por vida mía! No, pobre amiga. Las Ortigas te aborrecen; el Sapo te odia, hasta el Grillo cuando habla de ti dice: «Esa ma..... m..... m..... mariposa.»

La Mariposa.—¿Y tú, me odias como esos pícaros?

La Cochinilla.—¡Yo, yo te adoro; se está tan bien sobre tus hombros! Y además, tú me llevas á casa de los Lirios... ¡Eso es muy bueno! Pero dime; si te molesto pudiéramos descansar en alguna parte, ¿estás cansada?

La Mariposa.—No hay inconveniente; me vas pesando ya demasiado.

La Cochinilla *(señalando algunos lirios)*.—Entonces, entremos y descansarás.

La Mariposa.—¡Ah! Gracias. ¡Lirios! ¿Siempre lo mismo? *(En voz baja y con un tono libertino.)* Preferiría entrar al lado...

La Cochinilla *(ruborizándose)*.—¿En casa de la Rosa? ¡Oh, no, nunca!

La Mariposa *(obligándola)*.—Ven, pues. Nadie nos verá.

(*Entran discretamente en casa de la Rosa. El telón cae.*)

Cuando empieza el tercer acto es de noche... Las dos compañeras salen juntas de casa de la Rosa... La Mariposa quiere llevar á la Cochinilla á casa de sus padres, pero ella se niega; está completamente embriagada, hace cabriolas sobre la hierba y lanza gritos sediciosos... La Mariposa se ve obligada á llevársela consigo. Cuando llegan á la puerta se separan, aunque prometiendo volver á verse pronto... Y entonces la Mariposa se va sola ¡y de noche! También se halla algo embriagada; pero su embriaguez es triste: recuerda las confidencias de la Cochinilla, y se pregunta con tristeza por qué la aborrecen tantas gentes sin haber hecho daño á nadie... El cielo está sin luna. El viento ruge, la campiña es negra. La Mariposa tiene miedo, tiene frío; pero se consuela pensando que su compañera está segura, en el fondo de una camita caliente... Entre las sombras se distinguen algunos pajarracos nocturnos que atraviesan la escena con vuelo silencioso. Brilla el relámpago. Malvados animaluchos emboscados en las piedras se presentan á la vista de

la Mariposa, mofándose de ésta. «Ya la tenemos», dicen; y cuando la infortunada, llena de terror, corre de un lado á otro, al pasar, un Cardo la da un pinchazo, un Escorpión la hiere en el vientre con sus pinzas, una robusta Araña peluda le arranca un pedazo de su manto de satén azul, y, por último, un Murciélago le rompe los riñones de un aletazo. La Mariposa cae herida de muerte... y mientras que agoniza sobre la hierba, las Ortigas se alegran y los Sapos dicen: «¡Bien hecho!»

A la hora del alba, las Hormigas, que van al trabajo con sus saquitos y sus calabacinas, encuentran el cadáver al borde del camino; apenas lo miran y se alejan sin querer enterrarlo. Las Hormigas no trabajan gratuitamente. Por dicha, una Cofradía de Necróforos pasó por allí; sabido es que los Necróforos son unos bichitos negros que hacen voto de enterrar á los muertos; piadosamente se uncieron á la Mariposa difunta y la arrastraron hacia el cementerio... Una multitud de curiosos se agolpó al paso, y cada uno hace varias reflexiones en voz alta. Los oscuros Grillos, sentados al sol delante de sus puertas, dicen con gravedad: «Le gustaban demasiado las flores.» «Corría mucho por la noche», añaden los Caracoles; y los Escarabajos de abultados vientres, contoneándose en sus trajes de oro, refunfuñan: «¡Demasiado bohemia! ¡Demasiado bohemia!» Entre toda aquella gente no se pronuncia ni una palabra de duelo por el pobre muerto; solamente las Azucenas se cierran y las Cigarras dejan de cantar.

La última escena pasa en el cementerio de las Mariposas. Cuando los Necróforos concluyeron su obra, un Saltón solemne que había seguido el convoy, se aproxima á la fosa, y dejándose caer de espalda, comienza el elogio de la difunta. Desgraciadamente, la memoria le es infiel; permanece con las patas por alto, gesticulando durante una hora y enredándose en sus períodos. Cuando el orador concluye, todos se retiran, y entonces, ya desierto el cementerio, se ve salir de una tumba á la Cochinilla de las primeras escenas. Deshecha en lágrimas, se arrodilla en la tierra fresca de la fosa y recita una conmovedora plegaria por su pobre compañera que yace allí.

ALFONSO DAUDET.

LOS GENERALES Y EL MUYIK [1]

Había una vez dos generales, gentes de poco seso.

De pronto se vieron transportados, por arte de encantamiento, á una isla desierta.

Esos dos generales habían servido durante toda su vida no sé en qué oficinas. Allí se puede decir que habían nacido y crecido, y allí se habían hecho viejos; de modo que no sabían una palabra de nada. No conocían más voces de la lengua que las de la fórmula «Dios guarde á V. muchos años.»

Sucedió, pues, que se suprimió su destino por inútil; y, recobrada de esa suerte su libertad, nuestros dos generales se establecieron en San Petersburgo, en la calle Podiacheskaia. Cada uno tenía su habitación y su cocinera, y los dos recibían una pensión del gobierno.

Pero, héte aquí que, cuando menos lo pensaban, y según ya se ha dicho, un día se encontraron de repente en una isla desierta, y se despertaron metidos en una misma y única cama.

Naturalmente, al pronto no comprendieron lo que les sucedía, y empezaron á hablar como si no hubiese ocurrido nada de extraordinario.

—Acabo de tener un sueño muy raro—dijo uno de ellos.—Me parecía que estaba en una isla desierta...

Pero de repente se quedó parado y se levantó. Su compañero hizo lo mismo.

—¡Señor! ¿Qué significa esto? ¿En dónde estamos?—exclamaron con voz alterada por la emoción. Y empezaron á palparse el uno al otro para ver si el lance era sueño ó realidad; pero á pesar de todos sus esfuerzos por convencerse de que aquello no era más que una alucinación, tuvieron que rendirse á la triste evidencia.

Por un lado había mar; por el otro, un escrúpulo de tierra; y á la parte allende, mar de nuevo, nada más que mar, hasta perderse de vista.

---

(1) El autor del presente cuento es uno de los más ilustres escritores de Rusia y el primero de sus satíricos. El objeto del actual escrito es, como notará el lector, poner en ridículo á ciertos generales que para nada sirven, y que tanto abundan, no sólo en Rusia, sino en las demás naciones, entregados á la vida ociosa y regalada, mientras el país hace todo género de sacrificios para costear sus sueldos.—(N. DEL E.)

Entonces nuestros generales derramaron lágrimas, las primeras que vertían desde la supresión de sus destinos.

Se miraron el uno al otro, y echaron de ver que estaban en camisa, con sus condecoraciones colgadas al cuello.

—¡Qué bien sabría tomar el café!—dijo uno; pero, acordándose en seguida de la inaudita aventura que acababa de sucederles, se puso á llorar con su compañero.—¿Qué hacer?—añadió entre sollozos.—¿Escribir una comunicación sobre nuestra aventura? ¿De qué serviría?

—Lo que hay que hacer—contestó el otro—es que V. E. se digne marchar hacia Levante, mientras yo me dirijo hacia Poniente; á la noche volveremos á reunirnos en este sitio, y quizá habremos encontrado una solución.

Se pusieron, pues, á buscar el Este y el Oeste. Recordaron al efecto que su jefe les dijo un día: «Cuando quieran Vds. encontrar el Oriente, miren al Norte, y lo tendrán á su derecha.»

Así que empezaron por buscar el Norte. Probaron de todas maneras; pero como se habían pasado toda la vida en las oficinas, no dieron pie con bola.

—Verá S. E. lo que debemos hacer—dijo uno de ellos.—V. E. se va hacia la derecha, y yo hacia la izquierda; ya verá cómo así salimos del paso.

El que hablaba en estos términos no había servido sólo en las oficinas; había enseñado además caligrafía en la escuela de niños de la clase de tropa, y por eso tenía más cacumen.

En un santiamén se puso por obra su consejo. El uno se fué por la derecha, y topó con árboles cargados de toda clase de frutos.

Bien hubiese querido coger, aunque no fuese más que una manzana; pero andaban tan por las nubes esos frutos, que hubiera sido preciso trepar á los árboles. Aunque lo intentó, no consiguió más que hacerse jirones la camisa.

Llega después á un riachuelo, ¿y qué ven sus ojos? Un hormiguero de peces, ni más ni menos que en el vivero de Fontanka de San Petersburgo.

—¡Si tuviésemos peces así en la calle Podiacheskaia!—pensó nuestro general, y se explayó su semblante ante esa imagen tentadora.

Luego entró en un bosque plagado de ortegas, gallos silvestres y liebres.

—¡Santo Dios! ¡Qué delicia! ¡Vaya un festín!—exclamó, y en el mismo punto empezó á sentir cierta desazón en el estómago; pero no tuvo más remedio que volverse al lugar convenido con las manos vacías. El otro general ya lo estaba esperando.

—Vamos. ¿Encontró algo V. E.?

—Aquí está todo lo que he encontrado: un número antiguo de la *Gaceta de Moscú*. ¡Nada más!

Tomaron el partido de volver á acostarse, pero con el estómago vacío no pudieron dormir. Tan pronto los atormentaba la comezón de saber quién cobraría por ellos sus pensiones, como los asediaba el recuerdo de los frutos, de los peces, de las ortegas, de los gallos silvestres y de las liebres que habían aparecido durante el día.

—¿Quién hubiera podido figurarse—dijo el uno—que el alimento del hombre, considerado bajo su aspecto primordial, vuela por los aires, nada en las aguas y crece en los árboles?

—Seguramente—respondió el otro. —Confieso que yo había creído hasta aquí que los panecillos nacían ya hechos, como se sirven con el café por las mañanas.

—De forma—prosiguió el otro—que, si uno tiene ganas de comerse, pongo por caso, una perdiz, primero habrá que cazarla, después habrá que matarla, luego que pelarla, luego que asarla... Pero ¿cómo se arregla uno para todo eso?

—Justo: ¿cómo se arregla uno para todo eso?—repitió á modo de eco el otro general.

Callaron y trataron de dormir; pero decididamente no los dejaba el hambre. Pasaban y repasaban por sus ojos ortegas, pavos y cochinillos de leche, acompañados de cohombros, de escabeches y de diversas ensaladas.

—En este momento creo que me comería de buena gana mis propias botas—dijo uno de los generales.

—Tampoco estarían mal unos guantes, después de muy usados—respondió suspirando el otro.

De repente se cruzaron sus miradas. Los ojos despedían un fulgor siniestro; los dientes rechinaban. Salió de sus pechos un sordo rugido. Se arrastraron el uno hacia el otro, y en un instante se tornaron dos fieras. Volaron mechones de pelo y resonaron gritos, que acabaron por convertirse en gemidos.

El general que había sido profesor de caligrafía, arrancó al otro su condecoración de una dentellada, y se la tragó entera en un decir Jesús.

La vista de la sangre que corría los restituyó á la razón.

—¡Somos cristianos—exclamaron—é íbamos á comernos!

—¿Cómo hemos podido llegar hasta ese punto? ¿De qué mal genio hemos sido juguetes?

—Es preciso que nos distraigamos con alguna conversación, ó aquí va á dejar uno el pellejo.

—Empiece V. E.

—Pues empiezo preguntando á qué causa atribuye V. E. que el sol empiece por levantarse y acabe por ponerse, en vez de ser á la inversa.

—Permítame V. E. decirle que S. E. es de lo más original. V. E. hace lo mismo que el sol: primero se levanta; luego va al ministerio; después escribe, y, por último, se acuesta.

—Pero, ¿por qué no admitir el orden siguiente? Empiezo por acostarme, sueño con una multitud de cosas, y después me levanto.

—¿Sí?... ¡Pues es verdad!... Merece pensarse. Hablando francamente, cuando yo servía en el ministerio, no tenía más que una manera de ver las cosas. Yo me decía: Ahora estamos en la mañana; después vendrá la tarde; luego me servirán la cena, y, por fin, llegará la hora de acostarse.

La idea de la cena los volvió á sumir en su tristeza y cortó la conversación.

Uno de ellos la reanudó en esta forma:

—Yo he oido decir á un médico que

el hombre puede nutrirse mucho tiempo de sus propios jugos.

—¿Y cómo?

—Verá V. E.: los jugos humanos, si me es lícito hablar de esta suerte, vuelven á producir jugos; los cuales, á su vez, producen otros, y así sucesivamente hasta que se agotan.

—¿Y entonces?

—Entonces se hace preciso tomar algún alimento.

—¡Ay, qué demonio!

En resumen: cualquiera que fuese el tema de sus conversaciones, siempre venían á parar á la comida, lo cual no servía más que para excitar su apetito. Convinieron, pues, en dejarse de conversación; y acordándose del encuentro de la *Gaceta de Moscú*, empezaron á leer con avidez.

«Ayer—leyó conmovido uno de los generales—hubo comida de gala en casa del respetable gobernador de nuestra antigua capital. La mesa era de cien cubiertos, y fué servida con un lujo inaudito. Los productos de todas las partes de la tierra habíanse dado cita, por decirlo así, en aquel festín maravilloso. Allí se vería el dorado esterlete, pescado en las ondas del Cheksna, y el habitante de los bosques del Cáucaso, el faisán. ¡Allí se veían fresas en el mes de Febrero, raro fenómeno en nuestro clima septentrional!...»

—¡Basta, por Dios! ¿No puede V. E. encontrar otro asunto?—exclamó el general que oía; y arrebatando el periódico de manos de su compañero, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Tula:

«Ayer, con ocasión de la pesca de un esturión en el río Oupa (los habitantes de más edad no tienen memoria de un acontecimiento semejante, tanto más extraordinario cuanto que ese esturión ofrecía notable semejanza con el comisario de policía B...), el club de nuestra ciudad organizó un banquete. El héroe de la fiesta fué servido en una inmensa fuente de madera. Estaba guarnecido de pepinillos y tenía en la boca un manojo de verdura. El doctor P..., encargado ese día de la presidencia del club, cuidó solícitamente de que no faltase una buena ración á cada invitado. Las salsas eran variadísimas, hasta un extremo rayano en la excentricidad.»

—Perdone V. E.—exclamó el otro general, interrumpiendo á su colega—pero me parece que también elige los asuntos sin discernimiento.

Cogiendo á su vez el periódico, leyó lo que sigue:

«Nos escriben de Viatka:

»Un antiguo habitante de nuestra población ha inventado la siguiente receta para preparar la sopa de pescado: tómese una lota viva; golpéesela de firme, y, cuando se hinche el hígado con la fuerza del dolor...»

Los generales bajaron la cabeza. Cuanto leían les hablaba de comer. Sus mismos pensamientos conspiraban en contra suya, pues por más que se esforzaban en desechar la imagen de los *beafteckx*, la imagen tornaba y se imponía á viva fuerza á su espíritu.

De pronto cruzó una inspiración por la mente del general que había sido

profesor de caligrafía, y apareció radiante su cara.

—¿Qué diría V. E.—exclamó alegremente—si encontrásemos un *muyik*?

—¿Cómo? ¿Un *muyik*?

—Sí, sencillamente un *muyik*, tal y como son de ordinario los *muyiks*. En seguida nos traería panecillos, nos cogería ortegas y peces.

—¡Hum!... un *muyik*... pero ¿dónde se le echa el guante, si aquí no los hay?

—¿Cómo que no los hay? *Muyiks* hay en todas partes; la cuestión es conseguir sacarlo de su escondrijo. A buen seguro que está escondido en cualquier lado para librarse de trabajar.

Esa idea dió ánimos á nuestros generales; tanto que, olvidando sus desventuras, se levantaron como movidos por un resorte, y se pusieron en busca del *muyik*.

Vagaron mucho tiempo por la isla sin resultado alguno; pero á la postre los puso sobre la pista un olor acre de pan de munición y de piel de carnero.

Al pie de un árbol, tendido boca arriba, con las manos debajo de la cabeza, dormía un *muyik* descomunal, huyendo del trabajo de la manera más desvergonzada.

La indignación de los generales no conoció límites. Se precipitaron sobre él, gritando:

—¡Tú durmiendo, haragán, sin pizca de aprensión, mientras aquí se mueren de hambre dos generales desde hace cuarenta y ocho horas! ¡Andando vivito! ¡A trabajar!

El *muyik* se levantó. Vió que los generales no se bromeaban. Se le pasaron buenas ganas de escurrirse, pero ellos lo tenían bien sujeto.

Empezó, pues, á trabajar en su presencia.

Primero trepó á un árbol, y les cogió diez manzanas de las más maduras. Para él no cogió más que una verde.

Después removió la tierra, y sacó patatas. Después cogió dos maderos, los frotó uno contra otro, y encendió lumbre. Después hizo un lazo con su propio pelo, y cazó una ortega. Después se dió traza á preparar platos tan variados, que los generales se preguntaron uno á otro si no sería cosa de dar un bocadillo á aquel gandúl.

Nuestros generales se regocijaban contemplando la faena del *muyik*, y latían de gozo sus corazones. Olvidaban ya que hacía un momento estaban casi muertos de hambre, y se decían: «Es bueno ser general; siempre sale uno de apuros.»

—¿Están contentos los señores generales?—preguntó aquella inutilidad de *muyik*.

—Vemos con satisfacción tu celo, amiguito — respondieron los generales.

—¿Me permiten ahora descansar?

—Descansa, buen amigo; pero antes haznos una cuerda.

El *muyik* cogió al punto cáñamo silvestre; lo mojó, lo maceró, lo retorció, y á la tarde tenía lista la cuerda.

Con esa cuerda le ataron los generales á un árbol para que no se esca-

para, y ellos á su vez se echaron á dormir.

Pasó un día; pasó otro. El *muyik* hacía maravillas de habilidad, hasta el punto de hervir la sopa en el hueco de la mano.

Nuestros generales se ponían más gruesos, más lucidos, más alegres y vivarachos cada vez. Consideraban que estaban mantenidos de todo, y que, en el ínterin, su pensión se acumulaba sin cesar en San Petersburgo.

—Pero ¿qué le parece á V. E.?—dijo un día uno de los generales almorzando.—La construcción de la torre de Babel, ¿ha sido un hecho realmente, ó no es más que una alegoría?

—Yo creo que ha sido un hecho, realmente. ¿Cómo explicar de otro modo la diversidad de lenguas que hay en el mundo?

—Entonces, ¿también cree V. E. en el Diluvio?

—Seguramente; porque, ¿cómo explicar si no, la existencia de animales antediluvianos? Tanto más, cuanto que se anuncia en la *Gaceta de Moscú*...

—Hombre, ¿si diésemos un vistazo á la *Gaceta de Moscú*...?

Fueron á buscar el número del periódico; se sentaron á la sombra; leyeron de cabo á rabo las reseñas de la comida de Moscú, de la comida de Tula, de la comida de Penza, de la comida de Riazan, y nada: ya no les hacía la impresión que antes.

Pero al cabo de cierto tiempo, nuestros generales empezaron á aburrirse. Cada vez pensaban más á menudo en las cocineras que habían dejado en San Petersburgo, y hasta derramaron algunas lágrimas en silencio.

—¿Qué harán ahora en la calle Podiacheskaia?—preguntó uno.

—No me hable de eso V. E.; se me encoge el corazón—respondió el otro.

—Aquí se está muy bien; no puede uno quejarse. Pero tiene razón la sabiduría de las naciones: la soledad no es buena para el hombre; no se concibe el cordero sin la oveja. Luego, echo de menos mi uniforme.

—Yo echo mucho de menos el mío. Como es de cuarta clase, le vuelve á uno del revés la cabeza sólo el acordarse de los bordados.

Y empezaron á marear al *muyik* para que los llevase á la calle Podiacheskaia.

¡Oh, bien conocía esa calle el *muyik*; había ido á ella en persona; allí había bebido agua-miel y cerveza, y no como se quiera, sino grandes tragos!

—¡Pues si nosotros somos generales de la calle Podiacheskaia!—exclamaron los dos con júbilo.

—Pues, en cuanto á mí—respondió el *muyik*—si han visto muchas veces un hombre que andaba sujeto á una cuerda, por la parte afuera de una casa, con un tarro de colores, y pintando las paredes, ó corriendo otras veces por los tejados como una mosca, ese era yo.

Y el *muyik* caviló cómo dar gusto á los generales, en reconocimiento de la benevolencia que se dignaban atestiguar á un holgazán como él, y por no haber despreciado su trabajo de *muyik*. Y construyó un navío, ó por

mejor decir, una barca, que pudiese atravesar el mar y arribar frente á la calle Podiacheskaia.

—Pero ten cuenta con no ahogarnos, canalla—dijeron los generales al ver el barquichuelo sacudido por las olas.

—Pueden estar tranquilos los señores generales; á mí me conoce el mar —respondió el *muyik*, y se preparó para el viaje.

Reunió plumón de cisne, y lo extendió en el fondo de la barca. Hecho esto, acomodó allí á los generales, se santiguó, y puso en movimiento la barca.

Las veces que los generales tuvieron miedo de las tempestades y de los vientos durante la travesía; las veces que insultaron al *muyik* por su holgazanería, exceden á toda ponderación.

El *muyik* remaba á más y mejor entre tanto, y alimentaba á los generales con arenques.

Por último, volvieron á encontrarse en el Neva, llegó á divisarse el famoso canal de Catalina, y apareció la gran Podiacheskaia.

Las cocineras batieron palmas al volver á ver á los generales tan orondos y rollizos.

Los generales tomaron café, se atiborraron de panecillos azucarados, y se plantaron sus uniformes. Se fueron al Tesoro, y el dinero que allí rebañaron es imposible de decir en un cuento, ni de describir con la pluma.

Pero no se crea que olvidaron al *muyik:* le mandaron un vasito de aguardiente y una moneda de cinco kopeks (1). ¡Regodéate, *muyik!*

---

(1) O sea, veinte céntimos.—(N. del T.)

CHCHEDRINE.

MADAMA DURAS

La Restauración, que en su ciclo de quince años encierra una época bien circunscrita y un campo bien limitado, presenta á la vista ciertos accidentes, ciertos grupos de opiniones y de personas, ciertas figuras que han podido manifestarse con ventaja bajo las condiciones de entonces, y que, aun sin adoptar el cuadro de ellas, sorpréndese uno con frecuencia echando de menos su pasajera armonía, como todo lo que ha tenido su esplendor de ingenios. Más de una vez hemos tenido ocasión de mostrar en qué circunstancias favorables y por qué combinación de sentimientos diversos pudo formarse aquella escuela de poesía y de arte, fruto propio de los últimos años de la Restauración y que no dejará de conservar su lustre, no tomándola sino en su origen, con independencia de lo que darán de sí en lo sucesivo sus principales miembros dispersos. En historia, en filosofía, en crítica, hubo también una formación esencial de aquella época, y en la cual encontraban su progreso, su desarrollo, su cultivo. Por supuesto, sólo hablo aquí de lo que en el orden del espíritu no era hostil al principio de la Restauración, de lo que no se ponía fuera de ella atacándola con audacia ó minándola con astucia; sino de lo que se desarrollaba en su seno tratando de modificarla de lo que podía ser su adorno y su defensa, si ella misma no hubiese prendido fuego un día á su propio techo. En el gran mundo y en la sociedad elevada, ese movimiento del espíritu, tan fecundo entonces y tan pródigo en promesas, tenía por centros y focos dos ó tres salones llamados doctrinarios. El tono que allí reinaba era ante todo serio, el de la discusión en general, discusión extensa y asidua, política ó literaria, con apartes psicológicos; cierto aspecto de estudio hasta en la conversación, y de homilía hasta en el recreo. Eso no obsta para que no hubiesen de tenerse en cuenta muchos matices correctivos, si nos hacemos cargo de que la zona doctrinaria extendíase, á partir de M. Royer-Collard, á través de los salones de MM. Guizot, de Broglie, de Barante, é iba á expirar en M. de Sainte-

Aulaire. Pero la Restauración debía llevar al gran mundo y á la superficie de la sociedad á quien favorecía otras combinaciones más sencillas que éstas. Entre los círculos doctrinarios, estudiosos, razonadores, muy nobles de seguro á la sazón, pero sobre todo fructuosos, y los círculos aristocráticos y frívolos en puridad, había un intervalo muy marcado, un divorcio tenaz y completo; de un lado las luces é ideas modernas, del otro el encanto antiguo, separado por pretensiones y un entono recíproco. Sin embargo, en alguna parte había de nacer y ensayarse la conciliación. Así como desde el seno de las filas realistas salía con intermitencias una voz elocuente que convidaba á una caballeresca alianza entre la legitimidad y la libertad, y que en el orden político invocaba un ideal de monarquía según la Carta, de igual modo á su lado y con mejor éxito encontrábase en la buena sociedad una mujer extraña, que realizaba en torno suyo una maravillosa concordia entre el gusto, el tono de otros tiempos y los nuevos poderes. El salón de Mad. de Duras, su persona, su ascendiente, todo cuanto á ella se refiere, expresa como nada la época de la Restauración por un aspecto de gran existencia todavía y de acceso semillano, por un compuesto de aristocracia y afabilidad, de gravedad sin pesadez, de ingenio brillante y sobre todo no vulgar, semiliberal y progresivo insensiblemente, por toda aquella faz de ilusiones y de transacciones, de que en otras partes había esfuerzos y tentativas, mientras allí sólo se veía la gracia. Fué uno de los productos naturales de la Restauración, como esas islas de flores formadas un momento en la superficie de un lago, en los sitios donde se reunen sin excesivo choque contrarias corrientes. Toda la construcción un poco artificial del edificio de los quince años se ha comparado con una especie de terraza de Saint-Germain bajo la cual pasaba por la carretera la oleada popular, que acabó por derruirla; sobre esta terraza hubo un rincón (y no fué el menos atractivo por su sombra y su perspectiva) que merece conservar el nombre de Mad. de Duras; tiene asegurada su mención en la hisria detallada de esos tiempos. La influencia de ese salón sólo fué, sin duda, pasajera é inmediata, é indudablemente la tuvo por M. de Chateaubriand, quien era como su representante político; pero ha influido poco y dejado pocas huellas para lo sucesivo, muchas menos (por ejemplo) que los salones doctrinarios de que hablábamos, y que eran un centro de predicación y una escuela. Esta sociedad ofrecía, pues, más bien en su conjunto, y á pesar de sus recientes glorias, un hermoso y último recuerdo, uno de los reflejos que acompañaban á las esperanzas subsistentes de la Restauración, una claridad de poniente que necesitaba mil circunstancias de nubes y de sol, y que no debía volverse á encontrar más. Por otra parte, Mad. de Duras podía convenir para esta posición mixta por su calidad, los cargos y el prestigio del duque de Duras, los modales propios de ella, su

ingenio delicado y sencillo, su generosidad que la impelía hacia toda persona de mérito, y hasta por esa sangre amiga de la libertad, esa sangre de Kersaint que circulaba dentro de sus venas y que en ciertos momentos irresistibles enrojecía su frente; y todo esto, además, llevado pronto al tono conciliador y moderado por el supremo imperio de la costumbre.

Sería conocer de un modo muy incompleto á Mad. de Duras el juzgarla tan sólo como un ingenio fino, un alma delicada y sensible, como pudiera creerse por su influjo moderador en la alta sociedad y por una lectura á la ligera de las dos deliciosas producciones que ha publicado. Era más fuerte y más grande, estaba más apasionadamente dotada de lo que manifiesta este primer aspecto; en aquella naturaleza, de la cual se apoderaban vivamente todos los afectos verdaderos y todas las cuestiones serias, había poderosos resortes y nobles tumultos; como la época de que es representación y gala, bajo el brillo de la superficie y bajo la suavidad de las tintas, ocultaba más de una lucha y de una tempestad.

La duquesa de Duras nació en Brest unos diez años antes de que estallara la Revolución. Su padre, el conde de Kersaint, era uno de los más hábiles hombres de mar, en espera de que aquella Revolución hiciese de él un ciudadano ilustre y uno de sus mártires. La joven Clara fué admitida desde la edad de siete años en la sociedad familiar de sus parientes; Mad. de Duras decía á menudo que no había tenido infancia, habiendo sido desde un principio razonable y seria. Sus sentimientos afectivos hallaron en qué emplearse sin obstáculos en el hogar doméstico; los acontecimientos de la Revolución comenzaron bien pronto á distraerla de ellos y á introducir emociones nuevas. Concíbese el apasionado interés con que aquella alma joven debía de seguir desde lejos los esfuerzos y los peligros de su padre. El doloroso efecto que la produjo la muerte de Luis XVI fué el primer golpe que llevó aquella profunda sensibilidad; siguió de cerca á este suceso el de la muerte de M. de Kersaint. Fué preciso abandonar Francia. La señorita de Kersaint se embarcó para América con su madre, cuya salud estaba destruida y hasta debilitada su razón con tantas desventuras. Estuvo primero en Filadelfia y luego en la Martinica, donde administró las posesiones de su madre con una prudencia y una autoridad muy superiores á sus pocos años. Habiéndose quedado huérfana del todo y rica heredera, á pesar de las confiscaciones de Europa, pasó á Inglaterra donde se casó con el duque de Duras. Los recuerdos de esta emigración, de la estancia en Inglaterra y de la muerte del rey formaban en ella el fondo de un cuadro; ocupaban á menudo su memoria y gustaba de referirlos muchas veces. M. de Chateaubriand en sus Memorias inéditas, después de una viva pintura de este mismo período de emigración en Inglaterra y de las personas que allí encontró, añade:

«Segurísimo es que por aquella época estaba en Londres, recién casada, la señora duquesa de Duras; yo no llegaría á conocerla hasta diez años más tarde. ¡Cuántas veces en esta vida, sin adivinarlo, se pasa por junto á quien constituiría su encanto, como el navegante pasa de largo por las aguas de una tierra amada del cielo y á la cual no arriba por un rumbo y una singladura!»

Repatriada en Francia en la época del Consulado y llevando consigo como principal cuidado y como alimento de ternura sus dos niñas, únicos hijos que tuvo, vivió aislada durante el Imperio, sin presentarse nunca en esa corte, retirada casi siempre en un castillo de Touraine, entregada por completo á la educación de sus hijas, á la beneficencia para quienes la rodeaban y á la vida doméstica. Sencilla como era, parece que hubiera podido desconocerse siempre á sí misma. Tenía un don singular para acomodarse á cada cosa, á cada persona; y eso, naturalmente, sin esfuerzo y sin cálculo. Era muy sencilla con los sencillos, poco ingeniosa con los insignificantes; no por desdén, sino porque entonces no se le ocurría nada de particular. Contaba que, siendo muy joven, decían de ella á menudo: «Clara es muy buena, pero es lástima que tenga tan poco talento.» La falta de pretensiones era su rasgo más distintivo. Entonces no pensaba en manera alguna en escribir. Leía poco, pero buenos libros de diversos géneros, algunas veces de ciencia, ú otros por el estilo; los poetas ingleses le eran familiares, y algunos versos de ellos la hacían soñar. Uniendo así esta cultura de espíritu con los más regulares cuidados de su familia y de su casa, pretendía que ambas cosas se ayudan entre sí, que se sale de una de estas ocupaciones mejor preparado para la otra, y llegaba hasta á decir chanceándose que aprender el latín sirve para hacer almíbares. Sin embargo, las más nobles y gloriosas amistades, formábanse en torno suyo. M. de Chateaubriand la consagraba horas, y con frecuencia escribía ella bajo su dictado las grandes páginas futuras. Desde entonces, creo, sostenía con Mad. de Staël un comercio de cartas y relaciones que más tarde, al regreso de la ilustre desterrada, habían de consolidarse todavía más. Para quienes no han visto más que los retratos es imposible no encontrar entre esas dos mujeres, cuyas obras son de tan diferentes caracteres, una gran semejanza de fisonomía, aunque no sea más que en lo negro de los ojos y en el peinado. Pero el alma ardiente, la facultad de indignación generosa y de abnegación, la energía de sentimientos, he aquí sobre todo lo que era común en ambas, y por lo que el autor de *Eduardo* era hermana en el fondo, hermana carnal del autor de *Delfina*.

Si me atreviese á intentar el contraste, evocaría también como término de comparación por la semejanza otro nombre, un nombre girondino asimismo, pero enteramente plebeyo, el de Mad. Roland. ¿Cómo no entrever un comienzo de analogía en esas ocupa-

ciones caseras y de sencillez doméstica, alternando con el empleo de un pensamiento elevado? Bajo las diferencias de educación y de fortuna, quizá se descubriesen otras relaciones entre ambas. El talento de Mad. de Duras era con seguridad más delicado y menos masculino, quizá menos extenso que el de la compañera de cadalso de Kersaint; pero en cuanto al alma y al corazón, no le cedía en nada.

Mad. de Duras fué atraída en 1813 y como adherida cada vez más á París por el casamiento de su hija mayor; casamiento que la ocupaba mucho, porque llevaba el arrebato hasta las ternuras maternales. La Restauración le causó un gran gozo; pero la concebia á su manera, y por ello tuvo que sufrir bien pronto y con violencia, como un objeto que se escapa y al cual se ama. Sin embargo, merced á esta permanencia más habitual en Paris, se aumentó su sociedad y se embelleció más cada vez. Sin hablar de todos los personajes puramente aristocráticos y diplomáticos, sin hablar de M. de Chateaubriand que iba poco por las noches, estaban allí Humboldt, Cuvier, Abel Rémusat, Molé, de Montmorency, de Villèle, de Barante; estaba también Villemain, hacia quien sentíase atraída, tanto á causa de su prodigioso ingenio para la conversación como por sus opiniones políticas moderadas, en los confines del único liberalismo que podía admitir ella. M. de Talleyrand encontraba allí, con más juventud, un remedo de los salones de las Mariscalas de Luxembourg y de Beauvan; pero se quejaba galantemente de ese exceso de juventud, y añadía que era menester aguardar lo menos quince años para que la semejanza fuese completa. Sin embargo, en medio de este brillo exterior del mundo, la salud de Mad. de Duras estaba alterada desde hacía varios años, sin que cambiase de vida; pero hacia 1820, tuvo casi que dejar de salir. Su alma había conservado una frescura de sensibilidad, una pureza de pasión que llevaba á todo; creció este constante ardor en presencia de la enfermedad y de los sufrimientos y se dedicó á soportarlos, quererlos, amarlos. Luego volveremos á hablar de esa hermosa parte de ella misma.

Hasta aquí no hay en la vida de Mad. de Duras ningún vestigio de ensayo literario ni de intención de escribir. En efecto, por una casualidad llegó á ser autor. En 1820, habiendo una noche contado con detalles la anécdota real de una joven negra educada en casa de la Mariscala Beauvan, encantados sus amigos de este relato (porque sobresalía en narrar), la dijeron: «¿Por qué no escribe V. esa historia?» Al día siguiente de madrugada, estaba escrita la mitad de la novela. En seguida vino *Eduardo;* luego dos ó tres novelas cortas no publicadas, pero que queremos creer que lo serán antes de poco tiempo. Esforzábase así por distraerse de los sufrimientos del cuerpo pintando los del alma; al mismo tiempo difundía por cada una de esas tiernas páginas un reflejo de los elevados consuelos á que se encaminaba cada día en lo secreto de su corazón.

La idea generatriz de *Ourika*, de *Eduardo* y probablemente la que anima todos los demás escritos de madama de Duras, es una idea de desigualdad, ya de naturaleza, ya de posición social; una idea de impedimento, de obstáculo entre el deseo del alma y el objeto mortal; es algo que falta y devora, que crea una especie de envidia en la ternura; es la fealdad y el color de Ourika, el nacimiento de Eduardo; pero en esas víctimas devoradas y celosas triunfa siempre la generosidad. El autor de estos conmovedores relatos gusta de expresar lo imposible y romper contra él los corazones predilectos, los seres queridos que ha formado; solamente al final se abre el cielo para derramar algún rocío que refresque. Al paso que en lo exterior mundano presentábase Mad. de Duras con el acuerdo conveniente y la conciliación de opiniones, en sus escritos se complace en trazar el antagonismo doloroso y el desgarramiento. Y es que en el fondo todo era luchas, dolores, obstáculos y deseos en aquella hermosa alma, ardiente como el clima de los trópicos donde había madurado su juventud, tempestuosa como los mares surcados por Kersaint; es que era una de esas que tienen instintos infinitos, vuelos violentos é impetuosos, y que en todo piden á la tierra lo que ésta no contiene; que ingenuamente inmoderadas como son, se dejan llevar, según dijo en alguna parte el abate Prévost, por un asombroso ardor de sentimientos hacia un objeto incierto para ellas mismas, que aspiran á la ventura de amar sin límites ni medida, en quienes cada nuevo dolor halla fácil presa; una de esas almas inquietas que chocan sin cesar contra los barrotes de la jaula en esta prisión de carne.

A nuestro parecer, las novelas *Ourika* y *Eduardo* no son, pues, más que la expresión delicada y discreta, una pintura desviada y dulcificada por la sociedad, de ese no sé qué de más profundo que fermentaba en el seno de Mad. de Duras. Ourika, traída del Senegal como la señorita Aïssé lo había sido de Constantinopla, recibe una perfecta educación, como en sus tiempos esta joven circasiana; pero, menos feliz que ella, no tiene su blancura. Por eso, al paso que la señorita Aïssé, amada por el caballero de Aydie, se niega á casarse con él por no hacerle descender (representando de esta suerte un papel análogo en cierto modo al de Eduardo), la pobre Ourika, desconocida por Carlos, que sólo cree ver en ella amistad, se devora presa de una lenta pasión que ella misma no conoce sino por un tardío descubrimiento. Nada mejor tomado del natural que el daño y la idea fija de Ourika, una vez ilustrada acerca de su color: «Había quitado de mi cuarto todos los espejos, llevaba siempre guantes; mis vestidos ocultaban siempre mi cuello y mis brazos; y para salir, había adoptado un gran sombrero con velo, que á menudo llevaba puesto hasta dentro de casa. ¡Ay! Así me engañaba á mí misma; igual que los niños, cerraba los ojos y creía que no me veían.» El salón de la mariscala de Beauvan

está caracterizado á las mil maravillas por la heredera de sus gustos y tradiciones; los recuerdos del Terror reviven allí con fieles señales. Desigualdad de clases, pasión desconocida, obstáculo social, emigración ó Terror, las ideas favoritas de Mad. de Duras encuéntranse allí, tocando los principales puntos del círculo. Y cuando Ourika, hermana de la caridad, en ese convento donde se le ocurre de pronto citar por descuido á Galatea, al hablar de la imagen tenaz que la perseguía, exclama: «¡Era la de las quimeras que había permitido se apoderasen de mí! ¡Oh Dios! Aún no me habíais enseñado á conjurar esos fantasmas, no sabía que sólo en Vos hay descanso...» cuando se advierte cómo este sencillo arranque interrumpe el relato, compréndese que el autor mismo se desahoga así y se confunde con ella, al decir sus propios pensamientos por boca de esta mártir.

Eduardo, con mayor desarrollo que *Ourika*, es el principal título literario de Mad. Duras. La escena ocurre hacia los mismos tiempos que la de *Eugenio de Rothelin;* los personajes son igualmente sencillos, puros, de una sociedad perfectamente elegante, y del más gracioso tipo de enamorados que se hayan producido. Pero aquí ya no hay un ideal de conducta y de felicidad, como en la hechicera producción de Mad. de Souza, y (como creo haberlo dicho) una especie de pequeño Juan de Saintré ó de Galaor del siglo XVIII; hay sufrimiento, desacuerdo; introdúcese allí el sentimiento de la desigualdad social. También se ven signos de esto en *Eugenio*, cuando el protagonista se prenda de Ágata, la hija de su nodriza; pero en seguida interviene y triunfa la conveniencia, y tiene razón de triunfar para la mayor ventura de todos. En *Eduardo*, la cosa es más grave y desgarradora; es el joven plebeyo quien se presenta ante la noble y modesta Natalia con toda la seducción de su timidez, de su sólida instrucción, de su sensibilidad virgen, de su frente varonil que sabe ruborizarse; él es quien algunos años más tarde será Barnave ú Hoche. En *Eduardo* se ven dos siglos, dos sociedades frente á frente; y la desgracia que hiere á los amantes llega á ser presagio de un acontecimiento nuevo. Es curioso hacer constar la diferencia de efecto de las mismas catástrofes sociales, que tienen resonancia en los escritos de Mad. de Souza y en los de Mad. de Duras. La una perdió su primer marido y la otra su padre en el cadalso; ambas sufrieron la emigración; pero las ideas de una de estas personas distinguidas estaban ya formadas, por decirlo así, y la mayor parte de sus impresiones habían desaparecido. Si más adelante pintó esta emigración con sus desdichas, fué únicamente desde el punto de vista de la antigua sociedad. *Adela de Sénange*, compuesta antes de la Revolución, apareció en 1793; pero las novelas que la siguieron no difieren notablemente de tono: no las entristece ningún tinte melancólico y fúnebre. Eugenio de Rothelin y Atenaida sonríen á la dicha, como si la

Revolución no hubiera podido arrebatarlos algunos años atrás. Salvo *Eugenia y Matilde*, las novelas de Mad. de Souza pertenecen al siglo XVIII, visto desde el Imperio. Por el contrario, las novelas de Mad. de Duras son muy de la Restauración, eco de una lucha no terminada aún, con el sentimiento de grandes catástrofes pasadas. Uno de sus pensamientos habituales era que para quienes les cogió de jóvenes el Terror, la mejor edad estuvo marchita, que no tuvieron juventud, y que llevaron consigo hasta la tumba aquella primera melancolía. Por eso tiene ella ese mal que data del Terror, pero que surge de otras muchas causas y se ha transmitido á todas las generaciones llegadas más tarde, ese mal de Delfina y de René; lo pinta con matices, lo persigue en sus variedades, trata de curarlo por medio de Dios. El uso que ha hecho de los conventos y del sacerdote la diferencia sobre todo, de una manera muy precisa, de Mad. de Souza; como separación en este punto, hay entre ellas todo el movimiento religioso que ha producido el *Genio del Cristianismo* y las *Meditaciones*. En Mad. de Duras el convento es un verdadero claustro, rudo, austero, penitente; el sacerdote ha vuelto á ser un verdadero confesor, y, como dice Ourika, un viejo marino que conoce las tempestades de las almas.

Sería dar muestras de muy mal gusto el analizar *Eduardo*, y no lo intentaremos. No puede desprenderse nada de tal tejido, no es lícito bordarlo al adivinarlo. Si hay algunos libros que los corazones ociosos y cultivados gusten de volver á leerlos todos los años una vez, y que quieran sentirlos reflorecer en su memoria como las lilas ó el espino en su estación, uno de esos libros es *Eduardo*. Entre todas las escenas tan finamente dispuestas y bien concertadas, la principal, la más saliente, la de en medio, aquella en que una noche de verano, en Faverange, durante una conversación acerca del comercio de granos, ve Eduardo en el balcón á Mad. de Nevers, destacándose su perfil sobre lo azul del cielo y entre el vapor de un jazmín con el cual se confunde, aquella escena de flores dadas y devueltas, llantos ahogados y castas confidencias, realiza un ensueño adolescente que se reproduce á cada generación sucesiva; no falta nada en ella. En ese cuadro selecto, es donde todo joven se inventa y apetece la primera confesión amorosa; sentimiento, traza, lenguaje, hay allí una página adoptada de antemano por millares de fantasías y de corazones, una página que si se hubiera escrito en los tiempos de *La Princesa de Cléveris*, en una literatura menos abundante en producciones, de cierto que habría sido inmortal.

El estilo de Mad. de Duras, que se puso tan tarde y sin premeditación alguna á escribir, no se resiente de tanteos ni de negligencia. Ha *nacido natural* y perfecto; sencillo, rápido, reservado, sin embargo; un estilo á la manera de Voltaire, pero en una mujer; nada de amaneramiento, sobre todo en *Eduardo;* un tacto perpetuo, ningún

color equívoco, y, sin embargo, colorido, por lo menos en la elección de fondos y en los acompañamientos; en fin, contornos purísimos. En todo, pasiones más profundas que su expresión; jamás arrebatos ni exuberancia, sino lo mismo que en una conversación culta.

Mientras que Mad. de Duras escribía por las mañanas esas graciosas novelas, en que la calidad de la corteza disfrazaba lo amargo de la savia, continuaba recibiendo y hechizando á la sociedad que acudía en torno de ella, á pesar de una salud cada vez más alterada. Ya puede suponerse que hasta tomaba una participación muy activa en la política de entonces, por sus amistades y sus influencias. Durante el congreso de Verona, M. de Chateaubriand la escribía casi á diario lo que allí pasaba y los detalles de ese gran juego. Pero hacia el mismo tiempo producíase en lo más íntimo de ella un gran trabajo de sumisión religiosa y de piedad; jamás había sido lo que se llama devota en el curso de la vida; llegaba á las altas fuentes por reflexión, por un rechazo solitario, en virtud de todas las fuerzas dolorosas que la oprimían. El día en que cierta persona de su intimidad la sorprendió, en 1824, vivamente excitada contra los proyectos de M. de Villèle, teniendo en la mano el folleto del conde Roy acerca del 3 por 100, animándose como con conocimiento de causa y presagiando (con aquella noble facultad de indignación que había conservado intacta en medio de su vida de sociedad) la ruptura inevitable de su elocuente amigo, ese día quizá había meditado por la mañana acerca de una de las *Reflexiones cristianas* que se esforzaba por llevar á madurez. En su política instintiva había conservado mucho de esa sangre girondina, un impulso generoso, de sacrificio, inútil, que se rompía. A propósito de una de esas salidas hijas del primer arranque, como un amigo la hiciese notar que tenía mucho derecho á ser liberal, siendo hija como lo era de M. de Kersaint, exclamó: «¡Oh, sí! Mi pobre padre amaba la libertad, la amaba como era debido; no fué demasiado adelante en la Revolución, no: quiso defender á Luis XVI.» Distinguía cuidadosamente las ideas liberales de las ideas revolucionarias, teniendo horror á unas y profesando culto á las otras. Esto, unido á la costumbre de reprimirse en lo exterior y á la tolerancia propia de una mujer del gran mundo que se dominaba con rapidez, la reducía por completo al tipo suavizado de la Restauración.

Aquella naturaleza demasiado franca debía, sin embargo, romper y chocar en aquella época de partidos irritados y en una sociedad de etiqueta; no la escatimaron envidias ni odios. En ciertos sitios fanáticos la vituperaban por el esplendor de su salón, por sus opiniones liberales y por la especie de gentes á quienes veía; sus amigos recibieron algunas veces odiosos anónimos. No pudo ignorar estas maniobras, por las cuales sufría; y trabajaba por desligarse en espíritu de un mundo en que las enemistades son tan

activas, en que las amistades son á menudo más lentas é infieles. Todas esas pasiones humanamente tan nobles, esos celos excesivos, lo mismo políticos que maternales, esas preferencias, esos arrebatos de un alma que aspira á abarcar demasiado, comenzaron poco á poco á convertirse en plegarias y en lágrimas de paz ante Dios. Sus sufrimientos físicos iban haciéndose atroces, insoportables, por momentos; los aceptaba con paciencia, se aplicaba de todo corazón á sufrir, concentrando en ellos su pasión, si así puede decirse, una pasión postrera y sublime. En esta ruina sucesiva de los órganos, su corazón pareció redoblar hasta el fin su ardor y su juventud. Casi separada del mundo entonces, rodeada constantemente de las más piadosas atenciones por su hija la duquesa de Rauzan, tan pronto en París, tan pronto en Saint-Germain y finalmente en Niza, donde murió en Enero de 1829, estuvo entregada por completo á las ideas graves é inmortales, acompañadas y sostenidas aún por asiduos cuidados de beneficencia. Su otra hija tan deseada, la condesa de La Rochejacquelein, corrió á Niza, donde pudo rodearla también con los postreros testimonios y recibir su sonrisa suprema.

Entre las cortas *Reflexiones cristianas* trazadas por su mano, las hay acerca de las *pasiones*, la *fuerza*, la *indulgencia*. En la primera, cuyo título es *Velad y orad*, se lee: «Casi todos los dolores morales, esos desgarramientos del corazón que derrumban nuestra vida, pudieran haberse prevenido si hubiésemos velado; entonces no hubiéramos permitido entrar en nuestra alma á esas pasiones, todas las cuales, aun las más legítimas, son la muerte del cuerpo y del alma. Velar es someter lo involuntario...» ¡Qué melancólico y profundo sentido adquieren estas sencillas palabras en los labios de Mad. de Duras! «A medida que se avanza evapóranse las ilusiones y ve uno cómo le van arrebatando sucesivamente todos los objetos de sus afectos. El atractivo de un interés nuevo, el cambio de los corazones, la inconstancia, la ingratitud, la muerte, despueblan poco á poco este mundo encantado, del cual hacía su ídolo la juventud... Amar á Dios es adorar en su fuente las perfecciones que esperábamos hallar en las criaturas y que vanamente hemos buscado en ellas. ¡Eso poco bueno que algunas veces encuéntrase en el hombre, hubiéramos debido amarlo en Dios!» Más lejos implora el temor de Dios como un aguijón de la pereza y de la languidez; pide tener fuerza, porque (dice) esta falta de fuerza es uno de los grandes riesgos de las conversiones tardías. Pero, sobre todo, podrá formarse idea de su manera de moralista cristiano y de esa tierna sutileza que alcanza hasta el último repliegue del sentimiento, por la meditación acerca de

LA INDULGENCIA

Perdonadlos, Señor, porque no saben lo que hacen.

EVANGELIO.

«Esta palabra da á la vez el precep-

to y la razón de la indulgencia. Hay varios modos de perdonar; todos son buenos, porque todos son cristianos; pero esos perdones difieren entre sí como las virtudes que los han producido. Se perdona para ser perdonado; se perdona porque nos reconocemos dignos de sufrir, y este es el perdón de la humildad; se perdona por obedecer el precepto de devolver bien por mal: pero ninguno de estos perdones comprende la excusa de las penas que se nos han causado. El perdón de Jesucristo es el verdadero perdón cristiano: «No saben lo que hacen.» En estas conmovedoras palabras están la excusa del ofensor y el consuelo del ofendido, el único consuelo posible de esos dolores morales, en los que es, por decirlo así, secundario el mal que se nos ha hecho. El colmo del pesar es hallar en aquellos á quienes se ama daños sin excusas; aquí hay excusa: «¡No saben lo que hacen!» Nos han desgarrado el corazón, pero no sabían lo que hacían; estaban ciegos, sus ojos estaban cerrados; vuestros propios sufrimientos son la prenda de su ignorancia. La conmiseración está dentro del corazón del hombre; las grandes sinrazones provienen siempre de una gran ceguedad. ¿Cómo creer que se puedan causar á sangre fría y voluntariamente esos pesares desgarradores que hacen sufrir mil muertes antes de morir? ¿Cómo creer que quisiera destrozarse un corazón, que quizá durante años enteros os ha querido, adorado, excusado, que os había hecho su ídolo? Porque tal es la ingratitud, fuente de los más grandes pesares; consiste en desconocer los sentimientos de que se es objeto, porque el corazón es incapaz de pagarlos con otro tanto y producir otros análogos: hay en ella esa impotencia, esa ignorancia, que constituyen la excusa. Entregar nuestro afecto á quienes no lo sienten, es querer dar vista á los ciegos, oído á los sordos. Perdonadlos, Señor, no saben lo que hacen; perdonadlos sin que tengan que volver sobre sí mismos, sin que ese perdón se me cuente como una virtud, puesto que sólo es una justicia. Pero tened piedad de mí, enseñadme á no amar más que á Vos, y dadme el reposo. Amén.»

Nada hay que añadir á tales palabras. Pero estos diferentes grados en el perdón cristiano, ese primer grado en que sólo se perdona para ser perdonado, es decir, por temor ó por esperanza; ese otro grado en que se perdona por reconocerse digno de sufrir, es decir, por humildad; aquel, en fin, en que se perdona por consideración al precepto de volver bien por mal, es decir, por obediencia, esas tres maneras, que todavía no son el perdón enteramente superior y desinteresado, traen á mi memoria lo que se lee en uno de los Padres del desierto, traducido por Arnoldo de Andilly: «He visto una vez, dice un santo abad del Sinaí, tres solitarios que recibieron juntos una misma injuria, y el primero de los cuales se había sentido picado y confuso, pero que, sin embargo, como temía á la justicia divina, se contuvo en silencio; el segundo, se había alegrado por sí del mal trato recibido, porque

esperaba ser por él recompensado, pero se afligió de ello por aquel que le había hecho tal ultraje; y el tercero, representándose tan sólo la falta de su prójimo, se conmovió con tal fuerza, porque le amaba mucho, que se echó á llorar á lágrima viva. Así, puede verse en estos tres siervos de Dios, tres diversos impulsos: en uno, el temor del castigo; en otro, la esperanza de la recompensa, y en el último, el desinterés y la ternura de un perfecto amor.» ¿No os admira cómo, en los que lo tienen, se mantiene fiel el espíritu cristiano á través de los siglos, y llega, poco más ó menos, en el viejo abad del Sinaí y en la gran señora de nuestros días, á las mismas distinciones morales y á las mismas disquisiciones?

Así se corona una de las vidas más brillantes, más completas y más dignamente complejas que se pueden imaginar, donde concurren la Revolución y el antiguo régimen, donde la cuna y el ingenio y la generosidad forman un encanto; una vida de sencillez, de gran tono, de mundo y de ardor sincero; una vida apasionada y pura, con un fin admirablemente cristiano, como se leen en las historias de mujeres ilustres del siglo XVII; un armonioso reflejo de los talentos delicados, naturales, y de las muertes edificantes de aquel entonces, pero con un carácter nuevo que se liga con las tormentas de nuestros días y que da un singular precio á todo el conjunto.

C. A. DE SAINTE-BEUVE.

LA INFLUENCIA LITERARIA DE LAS ACADEMIAS

Es imposible dejar un libro como la *Historia de la Academia Francesa*, por Péllisson y D'Olivet, que Mr. Carlos Livet ha reeditado recientemente, sin inclinarse á reflexionar sobre la carencia que hay en nuestro país de una institución como la Academia Francesa, las causas probables de no haberla y sus resultados. Mil voces se dispondrán á decirnos que esto es una señal evidente de nuestra superioridad nacional; que en gran parte se debe á esta falta el que las graciosas palabras de lord Macaulay, dadas á conocer últimamente por su discreto sobrino Mr. Trebelyan, sean una verdad muy profunda: «Puede decirse con seguridad, que la literatura existente ahora en el idioma inglés, es de mayor valor que toda la literatura que había hace trescientos años en todos los idiomas del mundo juntos.» Me atrevo á decir que así es; sólo que, recordando la máxima de Spinoza, de que los dos grandes males de la humanidad son el amor propio y la pereza que trae consigo, imagino que nos sea conveniente mirar con más atención si esto es así y tan sin límites, en vez de confiar en nuestra superioridad.

Pero antes de nada debo conceder algunas palabras á la historia que se conserva de la Academia Francesa. Por el año de 1629, siete ú ocho personas en París, aficionadas á la literatura, formaron una especie de pequeño club para reunirse en las casas de unos y otros y discutir asuntos literarios. Se habló de sus reuniones, y el cardenal Richelieu, ministro entonces y poderoso, oyó hablar de ellas. Tenía él también una noble pasión por las letras y por toda refinada cultura, y le interesó lo que oyó de la sociedad naciente. Era hombre que poseía como ningún otro un estilo brillante, y tuvo el talento innato de comprender qué valioso instrumento, de un estilo escogido, estaba á su disposición. Comenzaba para Francia un siglo ilustre, el XVII; los cerebros de los hombres trabajaban, el idioma francés se formaba. Richelieu envió á preguntar á los miembros de la nueva sociedad si querrian formar una corporación de carácter público y tener reuniones metódicas.

No sin alguna vacilación—pues al parecer se hallaban muy bien como estaban, y esos siete ú ocho caballeros de posición social y literaria no estaban muy tranquilos cuanto á lo que el ilustre y terrible ministro podía querer de ellos—consintieron. Los favores de un hombre como Richelieu no se rehusan fácilmente, sean bien ó mal intencionados; pero este favor era de buena intención. No obstante, el Parlamento tuvo sus dudas para esto. No tenía el entusiasmo de Richelieu por las letras y la cultura, y estaba celoso de la aparición en el Estado de una nueva corporación pública, sobre todo por ser traída á la existencia por Richelieu. La carta-patente del Rey, estableciendo y autorizando la nueva sociedad, fué concedida en los comienzos de 1635; pero por la antigua Constitución francesa, esa patente requería la aprobación del Parlamento. Transcurrieron dos años y medio—hacia el otoño de 1637—antes que el Parlamento la diese, y entonces lo hizo solamente después de apremiantes solicitaciones y vehementes seguridades de las puras intenciones de la naciente Academia. Las gentes chanceras decían que esta sociedad, con su misión de purificar y embellecer el idioma, llenaba de terror á una corporación de letrados como los del Parlamento francés, asilo de inculta jerigonza y de embrollo.

Este perfeccionamiento del idioma era, en verdad, la declarada y elevada aspiración en las operaciones de la Academia. Los estatutos de fundación, aprobados por Richelieu antes que el edicto real se hubiese expedido, decían expresamente: «La principal atribución de la Academia será trabajar con todo el cuidado y diligencia posibles en dar reglas fijas á nuestro idioma, y hacerlo puro, elocuente y capaz para tratar las artes y las ciencias.» Este celo por hacer un brillante instrumento para el pensamiento de una nación—su idioma—correcto y digno, es, sin duda, un signo lleno de promesas, una importante balanza de su poder futuro. Se ha dicho que Richelieu tenía en su mente la idea de que el francés sucediese al latín en su general ascendencia, como el latín había sucedido al griego; si fué así, este deseo se ha cumplido en cierto grado. Pero, de todas suertes, las influencias *éticas* del estilo en el idioma, sus estrechas relaciones con el carácter, tan á menudo indicadas, son importantísimas. Richelieu, hombre de inmensa cultura, y al mismo tiempo, de elevado carácter, las sentía profundamente; y el que haya tratado de regularizarlas, fortalecerlas y perpetuarlas por una institución que perfeccionase el lenguaje, es una admirable prueba de su espíritu de gobierno y de su genio.

Sin embargo, no era esto todo lo que tenía en su imaginación. La nueva Academia, aumentada á corporación de cuarenta miembros, y con propósito de contener los principales literatos de Francia, iba á ser un *tribunal literario*. Antes de ser publicadas las obras de sus individuos, habían de traerse para ser criticadas, y si las encontraban en regla, se publicarían

con su aprobación declarada. Las obras de otros escritores, que no fuesen miembros de la Academia, podrían también pasar por su revisión, á petición de ellos mismos. Además de esto, la Academia examinaba y juzgaba con pruebas y discusiones las obras ya publicadas, de autores que estuviesen vivos ó muertos, y los asuntos literarios en general. El famoso dictamen sobre *El Cid* de Corneille, dado por la Academia en 1637, por urgente petición de Richelieu, cuando este poema, que ocupaba fuertemente la atención pública, fué atacado por M. Scudery, demuestra cuán de lleno asignaba Richelieu á su nueva creación el deber de actuar como un tribunal supremo de literatura, y cuan pronto comenzó á ejercer de hecho esta función. Una persona (1) que había conocido á Richelieu, declaró después de la muerte del Cardenal, que tenía proyectada una institución aún más grandiosa que la Academia, una suerte de asamblea europea de arte, ciencia, y literatura, un Prytaneum, donde los principales autores de toda Europa se reuniesen en una residencia central, y viviesen con tranquilidad, comodidades, y honor; ese era un sueño que no se desarraigará por haberse arrancado con violencia. Pero el proyecto de formar un alto tribunal de las letras no fué un sueño para Francia; Richelieu lo cumplió en gran medida. Esto es lo que por su representación es la Academia; lo que siempre ha pretendido ser; lo que de vez en cuando ha sido; por ser, ó procurar ser ésto, más aún que por lo que ha hecho en el idioma, tiene en Francia tanta importancia. Su tarea es dar ley y tono á la literatura, y que ese tono sea elevado. «Richelieu», dice M. de Sainte-Beuve, «quería que fuese un *haut jury*,» un jurado el más escogido y autorizado que pudiera hallarse para todas las materias literarias de importancia que estuviesen en litigio ante el público; para ser como lo fué en efecto en la última mitad del siglo XVIII, «un órgano soberano de la opinión.» «El deber de la Academia», dice M. Renán, «*est maintenir la delicatesse de l'esprit français*—conservar intacta la brillante cualidad del ingenio francés; representa una especie de *maitresse en fait de bon ton*» la autoridad de una maestra reconocida en materias de esquisito tono y gusto.

«Todas las edades, dice otra vez M. Renán, han tenido su literatura inferior; pero el gran peligro de nuestro tiempo es, que ésta tiende cada vez más á alcanzar plaza de superior. Nadie tiene una prerrogativa como la de la Academia para combatir este mal»; la institución, como dice no sé dónde, que tiene facilidades especiales para «crear una forma de cultura intelectual *que se impondrá en todas partes*.» Monsieur de Sainte-Beuve y M. Renán, son críticos muy sagaces; y lo manifiestan señaladamente por reconocer y dar este carácter tan sobresaliente á la Academia francesa. Un empeño tal de erigir una autoridad reconocida, imponiéndonos un noble modelo en mate-

(1) La Mesnardière.

rias de inteligencia y gusto, tiene muchos enemigos en el linaje humano. A todos nos gusta ir por nuestro camino, sin que nos obliguen á salir de la atmósfera de la vulgaridad, que es la habitual para los más;—*was uns alle bändigt*, dice Gœthe, *das Gemeine*.» Queremos que se nos deje acostar cómodamente en la paja vieja de nuestros hábitos, especialmente de los intelectuales, aunque esta paja no esté muy limpia y escogida. Pero si el esfuerzo en limitar esta libertad de nuestra condición inferior encuentra, como es regular que suceda, enemigos en la humanidad, también halla auxiliares. Dice Cicerón, que de las cuatro mayores partes de lo *honestum* ó bueno que forma la materia sobre la cual el *officium* ó deber humano encuentra empleo, una es la de fijar un *modus* y un *ordo*, una medida y una regla, para amoldar y reprimir saludablemente nuestra facultad de acción, levantándola por encima del nivel que tiene si se la deja entregada á sí misma, y aproximarla á la perfección. De las criaturas vivientes, dice, sólo el hombre se siente impulsado tras el *quid sit ordo quid sid quod deceat in factis dictisque qui modus* la revelación de un *método*, de una ley del *buen gusto*, de una *regla* para sus palabras y acciones. Los demás animales siguen sumisamente la ley de su naturaleza; solo el hombre tiene un impulso que le guía á instituir alguna otra ley para dominar la tendencia de su índole.

Por supuesto, que esto tiene tanta influencia en las materias morales como en las intelectuales, pero generalmente es en las morales en las que solemos pensar cuando lo aseguramos. M. de Sainte-Beuve, no tenía por lo visto, en la memoria, esas palabras de Cicerón cuando hizo, acerca de la nación francesa, la aserción que voy á citar; pero, á pesar de todo, el aserto se apoya en la verdad que encierran las palabras de Cicerón, y las explica y confirma admirablemente. «En Francia, dice M. de Sainte-Beuve, la primera consideración para nosotros no es si quedamos recreados y complacidos con una obra de arte ó de imaginación, ni si nos conmueve. Lo que buscamos sobre todo, es saber si *tenemos razón* en estar recreados, en aplaudirla y en ser conmovidos por ella.» Estas son palabras muy notables, y según creo, verdaderas en lo principal. Un francés tiene en alto grado, en materias de la inteligencia, lo que uno puede llamar conciencia; y una viva creencia de que hay en ellas bueno y malo, que está obligado á honrar y obedecer lo bueno, y que se deshonra adhiriéndose á lo malo. Todo el mundo tiene, ó profesa tener, esta conciencia en asuntos morales. La palabra *conciencia*, en el uso popular, ha llegado á quedar confinada casi, á la esfera moral, por que esta viva susceptibilidad de sentimiento es en lo moral mucho más común que en lo intelectual; cuanto más viva es en lo moral, más dispuesto esta un hombre á admitir una norma severa de acción, un ideal autorizado para enderezar sus costumbres diarias; y la admisión voluntaria de tal autori-

dad es debida á la sensibilidad de conciencia. Como la deferencia á un modelo más ilustrado que el propio, y al reconocimiento respetuoso de un ideal superior, es causada, en la esfera intelectual, por la sensibilidad de la inteligencia. Los que tienen la inteligencia más despierta, más viva y sensible, están prontos á guardar esta deferencia; los que la tienen menos delicada y sensible están menos dispuestos á reconocer esta superioridad. Ahora ya estamos en camino de ver por qué los franceses tienen su Academia y nosotros no la tenemos.

¿Cuáles son las cualidades esenciales del espíritu de nuestra nación? De ningún modo las de una imaginación franca y despejada, ni una inteligencia viva y flexible. Nuestros admiradores más fervorosos no pretenderían que nos los concediesen en un grado máximo; podrían decir que los tenemos más de lo que creen nuestros detractores, pero no afirmarían que sea nuestra cualidad principal. Más bien alegarían como principales dotes nuestros, la energía y la rectitud; y si somos juzgados favorablemente y en absoluto, sin envidia é injusticia, sin duda la energía y la rectitud son nuestras principales cualidades, y no una imaginación franca y clara, ni una inteligencia viva y flexible. En tiempos antiguos, la claridad de imaginación y viveza de la inteligencia fueron propiedades muy señaladas del pueblo ateniense, y esas mismas cualidades son notablemente características del pueblo francés en los tiempos modernos; por lo menos, le distinguen con evidencia comparado con el nuestro. Creo que todos ó casi todos conocerán eso. No preguntaré ahora qué otras cualidades tiene el espíritu atenicnse ó el francés, ni qué poco afortunadas pueden ser las que tengan en contra; lo que quiero indicar es que tienen estas y nosotros las tenemos en grado mucho menor.

Que se me permita observar, sin embargo, que no sólo en la esfera moral, sino también en la intelectual y espiritual, la energía y la rectitud son propiedades más importantes y fértiles; que, por ejemplo, la parte más esencial de lo que llamamos ingenio vigoroso. Asignando así á una nación la energía y rectitud como sus principales cualidades espirituales—al rehusarle entre sus cualidades eminentes, la claridad de imaginación y flexibilidad de inteligencia—de ningún modo disminuimos, como algunas gentes podrían suponer, su importancia y su poder para mostrarse eficiente en lo intelectual y en lo moral. Sólo indicamos sus condiciones especiales de actividad próspera en la esfera intelectual, y, como es cierto, algunas imperfecciones y faltas á las que estará siempre sujeta. El genio es sobre todo un asunto de energía, y la poesía lo es de ingenio; por lo tanto, una nación cuyo talento se distingue por la energía, puede ser eminente en poesía, y nosotros tenemos á Shakespeare. El más elevado alcance de la ciencia se puede decir que es la potencia inventiva, una facultad de intuición semejante al dominio más elevado

ejercido en la poesía; por lo que, una nación cuyo espíritu está caracterizado por la energía, puede ser eminente en la ciencia, y tenemos á Newton. Shakspeare y Newton: en la esfera intelectual no puede haber nombres más esclarecidos. Y lo que la energía, que es el alimento del genio, pide por encima de todo, es libertad; independencia completa de toda autoridad, prescripción y rutina, el espacio más amplio para extenderse como quiera. De suerte, que una nación cuyo rasgo espiritual característico es la energía, no será muy apta para instituir en asuntos intelectuales un modelo fijo, una autoridad como la de una academia; con esto evita ciertas inconveniencias y peligros reales, y al mismo tiempo puede, como hemos visto, alcanzar innegables y espléndidas alturas en la poesía y en la ciencia.

Por otra parte, algunos de los requisitos del trabajo intelectual son especialmente asunto de viveza de imaginación y flexibilidad de inteligencia. En la labor intelectual, la forma, el método de evolución, la precisión, las proporciones y las relaciones de las partes con el todo, dependen principalmente de ellas. Y esos son los elementos que están más en comunicación y pueden aprenderse y adoptarse, y hacer el mayor efecto en la composición intelectual de los demás. Aun en la poesía, son muy importantes estos requisitos, y la poesía de una nación que no es eminente por las dotes de las cuales depende, sufrirá más ó menos por esta desventaja. Sin embargo, en la poesía, después de todo, son secundarios, y la energía es lo principal; pero en la prosa son de primera importancia. En su literatura en prosa, y en la rutina del trabajo intelectual, una nación que no tiene dotes particulares para eso no será tan afortunada. Estas son las que, como he dicho, pueden aprenderse y adaptarse, mientras que la genuina actividad del genio no se adquiere. Las academias las consagran y sostienen, y por tanto, una nación con notables aptitudes de adaptación, es natural que las establezca. En tanto que la rutina y la autoridad tienden á embarazar la energía y el genio inventivo, pueden ser un obstáculo para su desarrollo, y hasta cierto punto para el del espíritu humano en general. Pero este mal está compensado con creces por la propagación en gran escala de las aptitudes y pretensiones mentales que la flexibilidad y viveza inteligentes engendran, y á la larga el ingenio toma también gran parte en esta propagación, y corporaciones como la Academia Francesa, tienen tal poder para promoverla, que su existencia es, en conclusión, quizá más bien favorable que embarazosa para el progreso del espíritu humano en general.

¡Cuánto más importante es nuestra nación en la poesía que en la prosa! En las producciones de su espíritu, ¡cuánto mejor se manifiestan las cualidades del ingenio que las de la inteligencia! En las obras individuales puede uno observar esto constantemente. Un inglés de buen talento, pero que no está significado como poeta, ¡cuánto más nota-

ble es en verso que en prosa! Sus versos se resienten en parte de que no sea poeta en realidad, y en cierto modo de los mismos defectos que, sin duda, echan á perder su prosa, y no puede expresarse con todo acierto. ¡Pero cuánto más se destaca su personalidad, por la fuerza del sentimiento y de la originalidad y movimiento de las ideas, que escribiendo en prosa! Con un francés de igual temple sucede lo contrario: ponedle á escribir poesía, es limitada, artificial é impotente; ponedle á escribir en prosa, y es galano, natural y eficiente. El poder de la literatura francesa está en sus prosistas, el dominio de la inglesa en sus poetas. Y aun muchos de los poetas franceses muy celebrados dependen en cierto modo para su fama de las cualidades de inteligencia que demuestran, cualidades que son el principal sostén de la prosa; la fama de muchos prosistas ingleses célebres depende enteramente en sus cualidades de ingenio é imaginación que son el distintivo apoyo de la poesía. Pero, como he dicho, las condiciones del ingenio son menos transmisibles que las de la inteligencia; no se pueden aprender inmediatamente ni apropiarse su producto; son menos directas y comunicativas, aunque pueden ser más hermosas y divinas. Shakespeare y nuestro ilustre grupo del reinado de Isabel eran escritores mejor dotados que Corneille y su grupo; pero cuál fué la continuación de esta ilustre literatura, de la literatura de ingenio, como podemos llamarla, ampliándola desde Marlow á Milton, ¿á dónde llevó á la literatura inglesa? á nuestra tosca literatura de segunda clase del siglo XVIII.

Por otra parte, ¿qué secuela ha tenido la literatura francesa del «gran siglo», como, por comparación con la nuestra del tiempo de Isabel podemos llamarlo; á dónde la condujo? A la del siglo XVIII, una de las intervenciones intelectuales más poderosas y penetrantes que han existido, la fuerza mayor de Europa en ese siglo. En la ciencia, pues, hemos tenido á Newton, un genio del orden más elevado, el tipo del genio en la ciencia, si hubo alguno. En el continente, como una especie de equivalente á Newton, brilló Leibnitz; hombre, que me parece aún que en estas materias hablo sin competencia, de mucha menos energía creadora, y mucho menos poder de intuición que Newton, pero de admirable inteligencia, el tipo de la inteligencia en la ciencia, si hubo alguno. Y bien, ¿á dónde llevaron directamente á la ciencia? ¿qué generación intelectual se originó de uno y otro? No hago más que repetir lo que los hombres de ciencia han indicado. El hombre de genio fué continuado por el analizador del siglo XVIII, discípulos ineptos en comparación del renombrado maestro. Al hombre de inteligencia siguieron sucesores como Bernouilli, Euler, Lagrange y Laplace, los nombres más insignes en las matemáticas modernas.

Lo que deseo que el lector vea, es que la cuestión, cuanto á la utilidad de las academias para la vida intelectual de una nación, no está aclarada cuan-

do decimos, por ejemplo: ¡Oh, nunca tuvimos una academia, y sin embargo tenemos reconocidamente una literatura muy importante! Resta preguntar: ¿que suerte de literatura importante ¿Lo es por las especiales condiciones del ingenio ó por las cualidades especiales de la inteligencia? Si en el primer caso no es de ningún modo seguro que la literatura ó la vida intelectual de nuestra nación en general haya adquirido ya sin academias todo lo que éstas pueden proporcionar á una y otra, pueden faltarles algunas de las cualidades de inteligencia que dimanan de una corporación como la Academia Francesa, y que ésta contribuye mucho á extender y confirmar. Nuestra literatura, á pesar del ingenio que manifiesta, puede ser deficiente en la forma, método, precisión, proporciones y arreglo, cosas propias de la inteligencia. Puede ser floja en la prosa, ramo de la literatura que es peculiar á la inteligencia, para decirlo todo de una vez. En esta rama pueden verse muchas faltas graves ligadas á la carencia de una inteligencia viva y y flexible, y de la estricta norma que esa tiende á imponer; puede estar llena de accidentes, crudezas, provincialismos, excentricidades y yerros. Puede ser un medio intelectual menos comunicativo y eficaz, sobre nuestra nación y á la larga sobre el mundo, que otras literaturas que demuestran acaso menos genio, pero más inteligencia.

La verdadera conclusión es, de cierto, que deberíamos ensayar, hasta donde podamos, el enderezar nuestras desventajas; y para este fin en lugar de fijar siempre nuestros pensamientos en los puntos en que nuestra literatura está fuerte, los fijemos de vez en cuando en los que está débil, y aprendamos así á percibir con claridad lo que tenemos que enmendar. ¿Cuál es nuestro segundo rasgo espiritual, nuestra rectitud, y para qué es buena si no para esto? Pues lo será—estoy seguro—cada vez más, según transcurra el tiempo.

Pues bien; una institución como la Academia Francesa—que debe su existencia á una tendencia nacional hacia las cosas del entendimiento, hacia la cultura, la claridad, corrección y propiedad en el pensar y hablar, y á la vez promueve esta afición fija—modelos en diversas direcciones, y crea en todas ellas una fuerza de opinión educada, que separa y rechaza las que no siguen esos modelos ó los menosprecian.

Aquí, como en Francia, existe la opinión ilustrada; pero en Francia, la Academia sirve de centro de donde irradian todas y la dan una fuerza que aquí no alcanza. ¿Por qué todo el trabajo del obrero de la literatura, como yo lo llamaría, es mucho peor hecho aquí que en Francia? No deseo herir las susceptibilidades de nadie; pero, ciertamente, que esto es así. ¡Pensad en la diferencia entre nuestros libros de consulta y los franceses, entre nuestros diccionarios biográficos (como ejemplo patente) y los suyos; pensad en la diferencia entre las versiones de los clásicos traducidos para la librería de M. Bohn, y los traducidos para la colección de Mr. Nisard! Como regla general, con dificultad cualquiera de en-

tre nosotros que sepa bien el francés y el alemán, usaría un libro inglés de consulta si podía tener uno francés ó alemán; ni compraría la versión en prosa inglesa de un autor antiguo cuando pudiese adquirir una francesa ó alemana. No es que no exista en Inglaterra como en Francia, un número de personas perfectamente capaces de discernir lo que es bueno en esas cosas, de lo que es malo, y de preferir lo bueno; pero están aisladas, no forman un poderoso núcleo de la opinión, no son bastante fuertes para fijar un modelo al que la literatura diaria sea sometida, si se ha de vender. La ignorancia y el charlatanismo en este género de trabajo, tratan siempre de que sus trabajos sean admitidos como excelentes y claman contra la crítica como la voz de una minoría insignificante y fastidiosa; cuando la minoría está esparcida como aquí, persuaden fácilmente á la multitud de que esto es así; cuando está congregada como en la Academia Francesa, no es tan fácil. Así, pues, las extravagancias traficando con el idioma, tienden á empañar su poder y belleza; ¡y cuánto más comunes son en nosotros que en los franceses! Tomando un ejemplo familiar; todos han reparado la manera cómo *El Times* escribe la palabra «Diócese»; siempre escribe *diocess* (1), derivándolo, supongo de *Zeus* y *census*. El *Diario de los Debates* podría también escribir «diocess» en lugar de «diocèse», pero ¡imaginaos al *Diario de los Debates* haciéndolo así! ¡Imaginaos un francés ilustrado permitiéndose una ortografía antigua de este género, frente al grave acatamiento con que la Academia y su diccionario revisten al idioma francés! Algunas gentes dirán que estas son pequeñeces y no lo son, porque dan mal ejemplo. Tienden á esparcir la perjudicial idea de que no hay cosa como la de un modelo correcto en materias intelectuales; que puede cada uno tomar su camino, y están en oposición con la severa disciplina necesaria á toda cultura verdadera; nos confirman en las habitudes de la obstinación y excentricidad que malea nuestros entendimientos, y perjudica nuestro crédito entre las personas serias. El difunto Mr. Donaldson fué, ciertamente, hombre de gran capacidad, y yo, que no soy un orientalista, no pretendo juzgar su *Jashar:* pero que el lector observe la forma en que da su opinión sobre él un orientalista extranjero. M. Renán lo llama una *tentative malheureuse*, un disparate, en pocas palabras; puede que sea así ó que no sea; yo no soy juez. Pero él continúa: «Es asombroso que un artículo reciente (alude á un periódico francés), haya dado á luz, como la última palabra de clara interpretación alemana, una obra como ésta, compuesta por un doctor de la Universidad de Cambridge, y universalmente condenada por los críticos alemanes.» Ya veis lo que da á entender; una extravagancia de este género, no podía venir de Alemania, donde hay una fuerza poderosa de opinión crítica que censura los caprichos de un

(1) *El Times* ha dejado ya de escribirlo así, y se sirve de la manera usual.

literato y le endereza; viene de la tierra natal de la excentricidad intelectual de todas clases (1)—de Inglaterra, de un doctor de la Universidad de Cambridge—me atrevo á decir que no esperaría mejores cosas de un doctor de la Universidad de Oxford. Además, después de hablar de lo que Alemania y Francia han hecho para la historia de Mahoma, «América é Inglaterra, continúa M. Renán, también se han ocupado de Mahoma». Menciona *La Vida de Mahoma*, de Washington Irving, que, según dice, no demuestra mucho sentimiento histórico, un *sentiment historique, fort, élevé*; «pero, prosigue, este libro demuestra un verdadero progreso cuando uno piensa que en 1829 Mr. Carlos Forster publicó dos gruesos volúmenes que encantaron á los *reverendos* ingleses, para probar que Mahoma fué el cuerno pequeño del macho cabrío que figura en el capítulo octavo de Daniel, y que el Papa era el cuerno grande. Mr. Forster fundó sobre este ingenioso paralelo toda una filosofía de la historia, según la cual el Papa representaba la corrupción de la cristiandad del Occidente y Mahoma la del Oriente; de ahí los notables parecidos entre el mahometanismo y el papado».

Y en una nota, M. Renán añade: «Este es el mismo Mr. Carlos Forster, que es autor de una mixtificación acerca de las inscripciones sinaíticas, en la que declara que halla el lenguaje primitivo.» Que es tanto como decir: «es un inglés, no hay que sorprenderse de ninguna extravagancia». Si estas insinuaciones no tuviesen fundamento y fuesen hechas por odio ó malicia, no valdrían un momento de atención; pero vienen de un grave orientalista, sobre el asunto que le es peculiar, y señalan un hecho verdadero; la ausencia en este país, de alguna fuerza de opinión ilustrada, literaria y científica, que deje fuera de debate aberraciones como la del autor de *El Idioma primitivo*. No sólo el autor de tales aberraciones, siendo con frecuencia hombre despejado, padece por la falta de censura, por no ser enderezado y gastar en vano la fuerza en una senda falsa, la que, con mejor disciplina, hubiera usado útilmente en una verdadera, sino que todos sus parciales, «reverendos» y demás, padecen también, y la clase general de información y opinión quedan de este modo muy malparadas. En una producción que todos hemos leído últimamente, impresa con una propiedad literaria muy rara en este país, y de la que tendré que decir una palabra inmediatamente, con *urbanidad;* en esta producción, obra de un hombre que ningún hijo de Oxford puede nombrar sin simpatía, hombre que el único de su generación de Oxford, y único de muchas generaciones, nos transmitió con su genio ese mismo encanto, é inefable sentimiento que causa ese pre-

(1) Un crítico declara que estoy equivocado, al decir que las palabras de M. Renán dan á entender esto. Sigo creyendo que en el lenguaje de M. Renán hay un matiz, una *nuance*, que tácitamente lo implica; pero declaro abiertamente, que la única persona que puede zanjar esta cuestión es el mismo M. Renán.

cioso sitio, quiero decir, el Dr. Newman, se usa con frecuencia una expresión que es más común en el lenguaje teológico que en el literario; pero que me parece á propósito para un servicio general, la *nota* de esto y lo otro, la nota de Catolicismo, de antigüedad, de santidad y demás. Adoptando esta expresiva palabra, digo que en la mayor parte de la labor intelectual de una nación que no tiene un centro, una metrópoli de la inteligencia como una Academia, como el «soberano órgano de la opinión» de M. de Sainte-Beuve, «la reconocida autoridad en materias de tono y gusto» de M. Renán, se observa una *nota de provincialismo*. Desembarazarse de eso es un cierto progreso de cultura, un paso para el resultado positivo al que no damos demasiada importancia, pero que es, sin embargo, indispensable, para llevarnos á la altura donde puede decirse que justamente comienza la labor superior. La obra hecha por el modelo de los hombres que alcanzaron esta llanura es *clásica*, y la única que habrá de subsistir. La *hez* que hay en las obras de los hombres de gran talento que no han arribado á esta altura á eso se debe. El ingenio les alza por momentos, y las partes de su trabajo que son inmortales están hechas en estos momentos; pero muchas más serían inmortales si no hubiesen alcanzado la altura sólo por momentos, y hubiesen tenido la cultura de los hombres que viven en ella. Cuanto menos una literatura ha sentido la influencia de un supuesto centro de correcta información, juicio y gusto, más hallaremos en ella esta nota de provincialismo, y si la tiene por estar lejos de tal centro, al no haberlo se hace todavía más visible y más común. Pues las mayores facultades del entendimiento no bastan al hombre, esas grandes facultades le harán guiarse á sí mismo, y pensar con profundidad, en medio de la ignorancia y vulgaridad que le rodee; pero no conservará su gusto y estilo perfectamente puros y firmes, si permanece demasiado entregado á sí mismo, sin un «soberano órgano de la opinión» en las materias que le ocupan. Aun en hombres como Jeremías Taylor y Burke, se echa de menos. Ved este pasaje del sermón funeral sobre lady Tarbery:

«Del mismo modo que he visto un río, hondo y apacible, pasando con silenciosa corriente y mansa superficie, ir á pagar al *fisco*, á la inmensa tesorería del mar, un tributo liberal y copioso; y muy inmediato á él un arroyuelo, saltando en burbujas y bullicioso, sobre su fondo desigual y cercano; pagando al ajustar su cuenta después de todo su estrépito jactancioso, nada más que la renta de una nubecilla ó el agua que puede contener una vasija, así he comparado algunas veces el fervor de su religión á las solemnidades y exterioridades famosas de la piedad de otras.»

Ese pasaje ha sido muy admirado, y tiene, á la verdad, un ingenio innegable. Por mi parte diría que el ingenio, divinidad que dirige la poesía, estuvo demasiado solícito, y la inteligencia, divinidad que dirige la prosa, no lo fué

bastante. Pero nadie que tenga en su mente los mejores modelos de estilo, puede dejar de advertir la nota de provincialismo, la falta de sencillez, de medida y de todas las cualidades que hacen clásica á la prosa. Si no advierte lo que digo, que coloque al lado del pasaje de Taylor este del panegírico de San Pablo, de Bossuet, contemporáneo de Taylor:

«*Il ira, cet ignorant dans l'art de bien dire, avec cette locution rude, avec cette phrase qui sent l'étranger, il ira en cette Grèce polie, la mère des philosophes et des orateurs; et malgré la résistance du monde, il y établira plus d'Eglises que Platon n'y a gagné de disciples par cette éloquence qu'on a crue divine.*»

Ahí tenemos prosa sin nota de provincialismo, prosa clásica, prosa del centro.

O leed á Burke, nuestro prosista inglés más ilustre, á mi juicio; ved su manera de expresarse:

«Ofuscados ellos mismos, como toros que cierran los ojos para embestir, empujan con las puntas de las bayonetas á sus esclavos, no menos cegados, por cierto, que sus dueños y poniendo en circulación sus invenciones, como cosas de valor corriente, les hacen tragar píldoras de papel á la dosis de treinta y cuatro millones de libras esterlinas.»

O esto:

«Ellos lo usaban (el nombre real) como una especie de cordón umbilical para alimentar su abortada prole desde las entrañas de la realeza misma, pues que el monstruo provee por sí á su subsistencia, únicamente lo llevará como una marca, como una señal de haber sido arrancado del vientre que lo engendró.»

O esto:

«Sin la pena natural, él (Rousseau) arroja como si fuesen desperdicios de basura el fruto de sus asquerosos amores, enviando sus hijos á la inclusa.»

O esto:

«Confieso que jamás me ha gustado esta continua charla de resistencia y revolución, ni la costumbre de hacer su pan de cada día con la medicina extrema de la constitución. Eso hace el trato social peligrosamente valetudinario, es tomar dósis de mercurio sublimado periódicamente, y tragar repetidos estimulantes de cantáridas por amor á la libertad.»

Encuentro que esto es una prosa extravagante, entregada á su capricho y tolerada en demasía, muy alejada del centro del buen gusto, y por consiguiente, con la nota de provincialismo. Las gentes acaso repliquen que es rica en colorido. Sí, así es en efecto; es prosa *asiática*, como dirian los antiguos críticos, prosa rica y sobrecargada de barbarismos. Pero la prosa verdadera y pura es la *ática*.

Pues la prosa de Adison es ática. Y entonces, ¿dónde está su nota de provincialismo? Contesto, en la vulgaridad de las ideas (1). Es asunto que vale la

(1) Un crítico dice que esto es paradójico, y arguye que muchos académicos franceses de segundo orden han expresado las ideas más vulgares. Convengo en eso; pero Addison no es un hombre de segundo orden. No diré que sea como Pascal, pero de cualquiera manera,

pena de una observación. Addison pretende ir á la cabeza de la fila como moralista. Para hacer eso debéis tener ideas de primer orden sobre vuestro objeto—las mejores ideas asequibles en vuestro tiempo—como también ser capaz de expresarlas en un estilo perfectamente puro y seguro. De otro modo mostraréis en esa materia la distancia en que estáis del centro de las ideas, sois provinciano en vuestra materia, aunque no lo seáis en el estilo. Poco importa comparativamente expresarse uno bien, si sólo se expresan ideas vulgares; el problema es expresar ideas nuevas y profundas en estilo perfecto, puro y clásico. En cada siglo, el que hace eso, es el clásico verdadero. Y Addison no tiene sobre asuntos morales la fuerza de ideas de los moralistas de primera clase; de los moralistas clásicos no tiene la superioridad en las ideas de su tiempo que entonces flotaron en el aire y fueron después acogidas por los espíritus refinados: en sagacidad, eficacia y delicadeza de pensamiento no tiene comparación con Pascal ó La Bruyère ó Vauvenargues; en este punto, más bien está al nivel de un hombre como Marmontel. Por eso, digo que tiene como moralista la nota de provincialismo; lo es en su asunto aunque no en el estilo.

Aclararé mis palabras con un ejemplo. Addison, como moralista, dice sobre estabilidad en la fe religiosa: «Los que se recrean en leer libros de controversia, llegan raras veces á tener una perseverancia en la fe fija y serena. La duda que se aquietó revive á través, y se manifiesta en nuevas dificultades; y por esta razón, es por lo que la imaginación, que se agita en controversias y disputas, está pronta á olvidar las razones que la tranquilizaron y á inquietarse con la perplejidad anterior al aparecer en otra forma ó ser suscitada por diferente causa.»

Puede decirse que es inglés clásico, perfecto en lucidez, modo y propiedad. No tengo objeción que hacer; pero, á mi vez, digo que la idea expresada es de todo punto trivial y estéril, y que es una nota de provincialismo en Addison, el hombre á quien una nación presenta como uno de sus insignes moralistas, no tener una idea de más fundamento y más efecto sobre este importante asunto. Comparad estas palabras, sobre el mismo argumento, de un moralista de primer orden, que en realidad es del centro por sus ideas, Joubert: «*L'experience de beaucoup d'opinions donne à l'esprit beaucoup de flexibilité et l'affermit dans celles qu'il croit les meilleures.*» ¡Con qué llamarada de luz ilumina eso el tema! ¡Cómo nos deja meditando! ¡Qué sincera contribución es para la ciencia moral!

es de la categoría de La Bruyère y de Vauvenargues: ¿por qué no se pone á su nivel? Yo digo que es por el medio en que se encuentra, por el medio ambiente en que vive y trabaja, ambiente que es adverso, ó más bien, que *tiende* á serlo (pues ese es el modo más verdadero de suponerlo) tanto en el estilo como en las ideas; tiende á igualar á un hombre de gran capacidad, sea á un Mr. Carlyle ó sino á un Mr. Macaulay.

No obstante, hay que observar que el estilo de Mr. Macaulay ha sufrido menoscabo por falta también de ideas, y no puede decirse esto de Addison.

En suma, donde no hay un centro como una academia, si tenéis ingenio y vigorosas ideas, no por eso estáis en disposición de poseer el mejor estilo; si tenéis precisión de estilo y no ingenio, no sois idóneo en las mejores ideas.

Además, el espíritu provinciano exagera el valor de sus ideas por falta de no tener á la mano una elevada norma para probarlas. O más bien, por no tener tal norma, da demasiado valor á una idea á espensas de otras; las ordena mal; la fantasía lo atropella, y le agradan y desagradan con demasiada pasión y exclusivismo. En la admiración llora lágrimas histéricas, y en la desaprobación echa espumarajos de cólera. Por eso tenemos en la literatura dos maneras: la *volcánica* y la *agresiva*; la primera prevalece en nuestra crítica, y la última en nuestros periódicos. Pues no teniendo la lucidez de una vasta inteligencia colocada como punto central, el espíritu provinciano no tiene su benignidad; no persuade, hace la guerra; no tiene urbanidad, el tono de la ciudad, del centro, que siempre aspira á un efecto intelectual, y no excluyendo el uso de la zumba no la separa de la cortesía y de la afabilidad. El tono provinciano es más violento y parece pretender más bien hacer efecto en los sentidos materiales que sobre el espíritu y la inteligencia; le gusta más pegar fuerte que persuadir. El periódico, con su espíritu de partido, su marcha y su manera resuelta de evitar matices y distinciones, sus artículos sucintos, punzantes y recargados, su estilo que en nada se parece á ese estilo, *lenis minimèque pertinax* — comedido y sin insistir con demasiada violencia—que los antiguos admiraban tanto, es su verdadera literatura; al espíritu provinciano le gusta en el periódico justamente lo que lo hace de mal alimento, precisamente lo que hizo decir á Goëthe cuando se le apremió acerca de la inmoralidad de los poemas de Byron, que después de todo no eran tan inmorales como los periódicos. Los franceses hablan de la *brutalité des journaux anglais*. Lo que les sorprende viene de las tendencias inherentes á periódicos escritos sin tener en Inglaterra un centro de espíritu inteligente y cortés que les contenga, y ser más bien estimulados por estar en contacto con el espíritu provinciano. Hasta un periódico como la *Revista del Sábado*, ese antiguo amigo nuestro, periódico que aspira expresamente á la exención del vulgar espíritu de sus colegas, pretendiendo ser una especie de órgano de la razón—y por esto merece mucha gratitud y ha hecho gran bien—hasta la *Revista del Sábado*, replicando á alguna crítica extranjera sobre nuestras precauciones contra la invasión, cae en un tono de este género: «Nos parece que hacer esto (tomar estas precauciones), es eminentemente digno de una gran nación, y hablar de eso, como indigno de una nación poderosa, nos parece eminentemente digno de un gran tonto.»

A cosas así se refieren los franceses cuando hablan de la *brutalité des jour-*

naux anglais; ved ahí un estilo tan apartado de la cortesanía como es posible, con la nota que yo llamo de provincialismo. Y no deja de observarse con frecuencia la misma nota en las ideas de este periódico, lleno como está de entendimiento y habilidad; se permite ciertas ideas fijas que prevalecen demasiado en absoluto. No hablaré del presente inmediato, pero volviendo un poco atrás, ha hecho la crítica que tanto disgustaba al Emperador de los franceses, que tanto desagrada al objeto de mis presentes observaciones, las academias; la crítica, que fué tan apasionada del elemento alemán en nuestra nación y en todas partes, que aprieta los dientes si uno dice *Charlemagne* en lugar de *Carlos el Grande*, y, en suma, que veía todas las cosas en el teutonismo como Malebranche las veía todas en Dios. Cierto que cualquiera puede muy bien encontrar faltas en el emperador Napoleón ó en las academias, y mérito en el elemento alemán; pero es una nota de provincialismo no apoyar ideas de este género con más serenidad sin alborotarse por ellas y sin convertirlas en manías.

En Inglaterra hubo necesidad de un milagro de ingenio como el de Shakespeare para producir una balanza de entendimiento, y un milagro de delicadeza intelectual como la del Dr. Newman para producir la urbanidad de estilo. Como se nota en nuestro alrededor la falta de una balanza en una y otra cosa, ¡cuánto, sin duda, se echa de menos en nosotros mismos, en cada uno de nosotros!; pero tal como está constituido el linaje humano, puede verlo más claro en sus contemporáneos. Y, sobre todo, deberíamos reflexionar por qué razón ellos y nosotros estamos expuestos á las mismas influencias; y vale más hacer las consideraciones fijándose en un contemporáneo de talento esclarecido, porque con eso siente uno más lo que le desmerece, y comprende mejor cuán superior sería libre de ellas. Hay que pensar en la diferencia de cómo sería Mr. Ruskin ejerciendo su ingenio, y cómo es ejerciendo su inteligencia al considerar el colorido y la belleza de esto.

«Al pasear, en tiempo de primavera, por las praderas que se extienden en declive desde las orillas de los lagos suizos hasta el principio de las colinas, ved cómo crece la hierba, espesa y lozana, mezclada con las más erguidas gencianas y los lirios blancos; y cuando seguís las tortuosas sendas de las montañas, bajo las frondosas bóvedas que forman las arqueadas ramas cubiertas de flores—sendas que serpenteando por las verdes eminencias y mesetas descienden en ondulaciones perfumadas hasta las azuladas aguas, junto á las que se ven aquí y allá montones de heno recién segado embalsamando el aire con el olor más suave—mirad hacia las montañas más altas, donde las ondas de un verde eterno se mueven silenciosamente en sus distantes espesuras entre las sombras de los pinos...»

Eso es lo que hace la imaginación, el sentimiento, el temperamento de Mr. Ruskin, la parte original é inco-

municable, ¡y cuán exquisita es! Todo lo que le sería posible sugerir á la crítica como objeción, sería quizá que Mr. Ruskin hace más de lo que puede para escribir en prosa; que lo que intenta así, sólo en la poesía es capaz de cumplirlo á su completa satisfacción; pero lo hace con tal galanura, que el crítico puede vacilar al hacer la advertencia. Colocad al lado de este fragmento encantador otro acerca de los nombres de los personajes de Shakespeare, donde la inteligencia y criterio de Mr. Ruskin, la parte comunicable, adquirida, enseñada, está en juego y ved la diferencia:

«De los nombres de Shakespeare hablaré después con más despacio: son curiosos, y á menudo con barbarismos mezclados de varias tradiciones é idiomas. Tres de significado más claro han sido ya anotados. Desdémona, *suerte desdichada*, es también bastante sencillo. Otelo es, según creo, el receloso; toda la calamidad de la tragedia nace del único defecto y error en su magnífica fuerza reunida. Ofelia, servicial, la ingenua esposa perdida para Hamleto, tiene un nombre griego como el de su hermano Laertes; y su significación alude á la vez de un modo delicado á la última palabra de ese hermano sobre ella, que opone su dulce encanto á la inutilidad del grosero clero: «mi hermana será un ángel de *caridad*, mientras tú molestas aullando». Hamleto está, en mi creencia, relacionado con recto; pues el completo enredo de la tragedia está en hacer traición al respeto del hogar. Hermione, como columna, Titania la reina; Benedick y Beatriz, bendita y bendición; Valentina y Proteo, perseverante ó fuerte *(valens)* y veleidosa. Yago y Yachimo tienen evidentemente la misma raiz, es probable que sea el Yago, Jacobo, español, el suplantador.»

¡Qué trozo extravagante es todo ese! no diré que el significado de los nombres de Shakespeare (dejo aparte la cuestión cuanto á la corrección de las etimologías de Mr. Ruskin) no haga algún efecto á primera vista, pero darle ese grado de preeminencia es soltar las riendas á la fantasía, olvidar toda moderación y proporción para perder la balanza del entendimiento. Es para mostrar en la crítica la nota de provincialismo al mayor grado.

Además, ahí está Mr. Palgrave, dotado ciertamente de un tacto crítico muy delicado: su *Tesoro de oro* lo prueba en abundancia. El orden del plan trazado para esa obra, el modo con que siguió su plan, la incorporación para aumentar su continuación con dos composiciones como las de Wordsworth y Shelley que forman los volúmenes 285 y 286 de su colección, demuestran una delicadeza de sentimiento en estas materias que es sin disputa extraordinaria. Y sus notas están llenas de observaciones que también lo hacen ver. Lo más sorprendente son ciertas extravagancias en la crítica de Mr. Palgrave, asociadas á tan justo criterio, que se pueden achacar á la aislada posición del crítico en este país, á sentirse demasiado entregado á sí mismo, sin

ninguna autoridad central que represente la cultura elevada y el sano criterio, por la cual pueda ser, por un lado, como ratificado contra los ignorantes, y por otro contenido, cuando se incline á tomarse libertades. Me refiero á tales cosas como esta nota al tratar de Milton: «El ilustre conquistador Emathian mandó conservar...»

«Cuando Tebas fué destruida, Alejandro ordenó que se conservase la casa de Píndaro. *El era tan incapaz de apreciar al poeta, como Luis XIV de apreciar á Racine; pero aun el entendimiento limitado y bárbaro de Alejandro comprendió la ventaja de un acto ostentoso de homenaje á la poesía.* Una nota como esa, la llamo un capricho ó una violencia; si esta comparación burlesca de Alejandro y Luis XIV, tan poco conforme á la manera de ver corriente, es mala—si el modo de ver corriente es, después de todo, el más verdadero—la nota es un capricho; pero aun siendo justo el propósito de menosprecio, la nota es una violencia; pues abandonando la ingenua manera de la acción intelectual, la persuasión, la insinuación de la convicción sorprende é irrita al oyente, por contradecir sus ideas fijas y familiares sin una palabra de prueba ó preparación; y esto no es más que una violencia. En cualquier caso, la propiedad, la mesura, la centralización, que es el alma de todo crítico bueno, se pierde mostrando la nota de provincialismo.

De esta suerte, en el famoso *Handbook*, se notan señales de un fino criterio, pero también las hay de la falta de una balanza segura, del sostén y restricción que da el saber que habla uno delante de jueces justos y severos. Cuando á Mr. Palgrave le desagrada una cosa, no siente la presión que le contenga, sea para probar con más atención su aversión ó para expresarla con moderación; no se para en barras, hace ver su desagrado como quiere, y su criterio y su estilo ganarían si estuviesen más sujetos. «El estilo que ha llenado á Londres con la monotonía apagada de las calles de Gower ó de Harley, ó la insípida vulgaridad de Belgravia, Tyburnia y Kensington; que ha penetrado en París y en Madrid con las febles frivolidades de la calle de Rivoli y la calle de Toledo.» Le desagrada la arquitectura de la rue Rivoli, y la pone al nivel de la arquitectura de Belgravia y Gower Street; las reune en una sola condenación, pierde de vista el matiz, la distinción, que es el todo en eso, á saber: la distinción de que la arquitectura de la rue Rivoli expresa ostentación, esplendor y placer, cosas indignas quizá de expresarse solas y á su manera, pero que las expresa; mientras que la arquitectura de Gower Street y Belgravia sólo expresan la impotencia del arquitecto para expresar nada. Después, en cuanto al estilo, «la escultura que prevalece en contraste con la de Woolner con dificultad es más ignominiosa que divertida... pasando de Davy ó Faraday al arte del juglar ó á la ciencia de machamartillo... es la vieja y antigua historia de Marochetti, la rana tratando de hincharse hasta las

dimensiones de un toro; se hincha cuanto puede, pero no llegará á eso. Todos recordamos qué turbión de amenidades llovieron sobre el pobre M. Marochetti. Además, Mr. Palgrave nos da oportunidad para formar un contraste que nos haga ver lo que es la presencia de una academia para el estilo; pues cita una crítica de M. Gustavo Planche sobre este mismo Marochetti. M. Gustavo Planche era un crítico de primer orden, con opiniones resueltas que expresaba con severidad; condenaba también la obra de M. Marochetti, y Mr. Palgrave le llama como testigo para justificar lo que dice; la traducción de Mr. Palgrave no exagerará la urbanidad de Mr. Planche, tratándose de M. Marochetti, pero aun en esta traducción, se ve la diferencia en sobriedad y moderacion entre el crítico que escribe en París y el que escribe en Londres. «Estas condiciones son tan elementales, que no puedo comprender cómo M. Marochetti las ha descuidado. Son soldados como los de plomo con que juegan los niños pequeños; es casi imposible conjeturar si hay un cuerpo debajo del uniforme. Esta no es cuestión de estilo, ni siquiera de gramática; no es más que el alfabeto del arte. Quebrantar estas condiciones es lo mismo que ignorar cómo se escribe.»

Esa es una crítica más formidable que la de Mr. Palgrave, y sin embargo, ¡qué estilo tan perfectamente templado! La ventaja que tiene M. Planche, es que sabe que está hablando delante de jueces competentes, que apela á una fuerza de opinión ilustrada. Por esta razón, no necesita ser extravagante prorrumpir en invectivas; debe satisfacer la razón y el gusto, esa es su tarea. Mr. Palgrave, por su parte, siente que está hablando delante de una multitud confusa, con los pocos jueces justos tan esparcidos como sin autoridad; por lo cual, no tiene serena confianza ni dominio sobre sí mismo; se apoya en la fuezza de sus pulmones, sabe que las pabras fuertes se imponen al populacho, y que si son ultrajantes, los que le oyen están dispuestos á decir aún más (1). Los dos primeros volúmenes de la *Invasión de la Crimea* de Mr. Kinglake, fueron ciertamente de los que han tenido más éxito y renombre entre los libros ingleses de nuestro tiempo. Su estilo era de lo mejor en ellos, y sin embargo, ¡qué falta evidente en el estilo de Mr. Kinglake en este modo de recargar de que ya he hablado! Mr. James Gordon Bennett, del *New York Herald,* dice, según creo, que la mayor hazaña de la inteligencia humana es conseguir lo que él llama «un buen editorial». Esto no es así del todo; pero si lo fuese, ¿á qué altura estarían esos dos volúmenes de Mr. Kinglake? Ya he hablado de los estilos ático y asiático; hay además el corintio, que es el estilo para «un buen editorial» y Mr. Kinglake ha alcanzado en él la perfección. No tiene vehemente calor, el alegre movimiento y suave flexibilidad de la

(1) Cuando escribí esto tenía á la vista la primera edición del *Handbook* de Mr. Palgrave. Estoy obligado á decir que se han suprimido en la segunda edición muchas de las palabras duras, y que su estilo queda suavizado.

vida, como la tiene el ático, ni la recargada abundancia y encumbrado tono del asiático; tiene brillo sin calor, volubilidad sin facilidad y eficiencia sin encanto. Su cualidad es no tener *alma;* para lo que existe es para llegar á sus fines, decir sus agudezas y hacer daño á sus adversarios, para ser admirado y triunfar. Un estilo tan inclinado á hacer efecto á expensas del alma, sencillez y delicadeza, tan poco estudioso del encanto de los buenos modelos, tan lejos de la verdad y gracia clásicas, puede decirse que tiene la nota de provincialismo. Aunque el talento de Mr. Kinglake es en realidad eminente, y tan en armonía con nuestras tendencias y hábitos intelectuales, que, para la mayor parte del pueblo inglés, las faltas de su estilo le parecen méritos, lo que se necesita más es que la crítica no se ofusque por ellos.

No debemos comparar á un hombre del talento literario de Mr. Kinglake con escritores franceses como M. de Bazancourt. Debemos compararlo con M. Thiers. ¡Y qué superioridad de estilo tiene M. Thiers, por haber sido formado con severas tradiciones y saludables influencias de límite! Aun en este tiempo de Mr. James Gordon Bennett, su estilo no tiene nada de corintio, su ligereza y brillantez lo hacen casi ático. No obstante, no lo es del todo, no tiene la infalible seguridad del gusto ático.

Algunas veces se le calienta la cabeza con los humos del patriotismo, y entonces traspasa la línea, pierde la moderación, declama, y hace asomar una sonrisa momentánea. Francia condenada «*à être l'effroi du monde, dont elle pourrait être l'amour*». César, á quien M. Thiers admira tanto por su exquisita sencillez, no hubiera escrito eso. Si se me permite decirlo así, hay un mínimo toque de fatuidad en tal lenguaje, de esa falta de buen sentido que viene de demasiada vehemencia y satisfacción propia. Pero comparad este lenguaje con el del mariscal Saint-Arnaud de Kinglake «despedido de la presencia» de lord Raglan ó lord Stratford, «intimidado y aplastado» con sus «severas censuras», ó bajo «la majestad del ceño de Kanning, el gran Elchi y los gruesos labios inhumanos». La falta de buen sentido y buen gusto va más allá de lo que los franceses dan á entender por *fatuity;* lo llamarian con otra palabra que expresase un defecto de perturbada inteligencia, palabra para la que no tenemos equivalencia exacta en inglés, *bête.* Es la diferencia de un exceso de buen carácter venial y momentánea, en un hombre de mundo, de una debilidad amable y social, la vanidad; y un error serio, fijo, violento, mezquino y provinciano, de todo el valor relativo de las cosas de unos y de las de otros. Tan perjudicial para el estiló puede ser la falta total de freno, aun para el hombre más despejado.

En todo lo que he dicho, no pretendo que los ejemplos dados prueben mi regla cuanto á la influencia de las academias; sólo la explican. Es probable que podrían hallarse contra ella muchos otros; la verdad de la regla depende, sin duda, en si la balanza de

todos los ejemplos está ó no en su favor, pero herir actualmente esta balanza queda siempre fuera de cuestión. Aquí, como en todas partes, la regla, la idea, si es verdadera, se recomienda por sí sola á los prudentes, y luego los ejemplos se la ponen más claro. Este es el verdadero uso de los ejemplos, y esto sólo es el propósito que yo me he propuesto. Hay también otro punto en toda la cuestión: el de la acción perjudicial y restrictiva que pueden tener las academias; pero este punto más bien les toca estudiarlo á los franceses y no á nosotros.

El lector preguntará por alguna conclusión definitiva acerca del establecimiento de una academia en este país, y acaso con dificultad le daríamos la que espera. Pues las naciones tienen sus propios modos de obrar, y éstos no se cambian fácilmente; están consagrados, cuando se han hecho grandes cosas por medio de ellos. Cuando una literatura ha producido á Shakespeare y á Milton, cuando ha producido á Barrow y á Burke, no puede abandonar del todo sus tradiciones; en el día de hoy, con dificultad puede empezar con una institución como la Academia Francesa. Creo que las academias, con una mira limitada, especial y científica, en las diversas ramas del trabajo intelectual—como, por ejemplo, las de Berlín—con el tiempo probablemente las estableceremos. Y no hay duda de que harán bien; de que la presencia de tales centros de información influyente y correcta, tenderá á levantar entre nosotros el modelo para lo que hemos llamado el *obrero de la literatura*, y nos librará del escándalo de diccionarios biográficos, tales como el de Thalmers, ó de traducciones como una reciente de Spinoza, ó quizá de caprichos filológicos como el de Mr. Forster acerca del primitivo lenguaje. Pero una academia como la francesa, un órgano soberano de la opinión literaria más elevada, una autoridad reconocida en materias de tono y gusto intelectual, difícilmente la tendremos, y acaso no debemos desear tenerla. Pero por esta razón, cada uno de entre nosotros, con alguna disposición para la literatura, hará bien en recordar á cuántos desaciertos y excesos estamos sujetos de los que una academia tiende á corregir; y más propensos, por supuesto, por no tenerla. Hará bien en precaverse constantemente respecto á éstos, en ampliar con firmeza su cultura y reprimir severamente el espíritu provinciano; y lo hará tanto mejor, cuanto más conserve en la memoria que toda glorificación de nosotros mismos y de nuestra literatura, por el estilo de las palabras que cité de lord Macaulay al comenzar estas observaciones, es muy vulgar, y, además de ser vulgar, es un atraso.

MATEO ARNOLD.

LA PARTIDA DE CHAQUETE

CUENTO

Las velas pendían inmóviles, pegadas á los palos; el mar estaba liso como un espejo; hacía un calor asfixiante, una calma desesperadora.

Muy pronto se agotan en un viaje por mar los recursos para recrearse que pueden tener los pasajeros de un buque. Harto se conocen unos á otros ¡ay! cuando han pasado juntos cuatro meses en una casa de madera de ciento veinte pies de longitud. Cuando veis acercarse al primer teniente, ya sabéis de antemano que os hablará de Río-Janeiro, de donde viene; y después, del famoso puente de Essling, que vió hacer por los marinos de la guardia imperial, de los cuales formaba parte. Al cabo de quince días conocéis hasta las muletillas que usa al hablar, la puntuación de sus frases, las diferentes entonaciones de su voz. ¿Cuándo ha dejado nunca de pararse con tristeza después de pronunciar por primera vez en su relato esta palabra, *el emperador*... «¡¡¡Si le hubiesen Vds. visto entonces!!!» (tres signos de admiración) —añade invariablemente. ¡Y el episodio del caballo del trompeta! ¡Y la bala de cañón que rebota y se lleva una cartuchera donde había por valor de siete mil quinientos francos en oro y alhajas, etc., etc.! El segundo teniente es un gran político; comenta todos los días el último número de *El Constitucional*, que ha traído de Brest; ó si abandona las sublimidades de la política para descender á la literatura, os regalará el oído con el análisis de la última zarzuelilla que ha visto representar. ¡Santo Dios!... El comisario de marina tenía una historia muy interesante. ¡Cómo nos encantó la primera vez que hubo de relatarnos su fuga del pontón de Cádiz! Pero al repetirla por vigésima vez, á fe mía, ya no era posible aguantar más... ¿Y los alféreces y los guardias marinas? El recuerdo de sus conversaciones me pone los pelos de punta. En cuanto al capitán, por lo común es el menos fastidioso de á bordo. Con su carácter de comandante despótico, se halla en secreta hostilidad contra todo el estado mayor. Veja y oprime algunas veces, pero hay cierto placer en decir pestes de él. Si tiene alguna manía cargante para sus subordinados, tiénese el gusto de ver en ridículo á su superior, y al fin y al cabo eso consuela un poco.

A bordo del buque en que iba yo embarcado, los oficiales eran las mejores personas del mundo, todos ellos unos pobres diablos, que se querían como hermanos, pero se aburrían á más y mejor. El capitán era el más dulce de los hombres y nada quisquilloso, lo cual es una rareza. Siempre dejaba sentir á despecho suyo, su autoridad dictatorial. Sin embargo, ¡qué largo me pareció el viaje, y sobre todo esa calma que reinó en torno nuestro pocos días antes de ver tierra!...

Un día, después de la comida, que la

falta de ocupación nos hizo prolongar todo el tiempo humanamente posible, estábamos todos reunidos en el puente, esperando el espectáculo monótono, pero siempre majestuoso, de una puesta de sol en el mar. Unos fumaban, otros volvían á leer por vigésima vez alguno de los treinta tomos de nuestra mezquina biblioteca; todos bostezaban hasta saltárseles las lágrimas. Un alférez sentado junto á mí divertíase, con toda la gravedad de una ocupación seria, en dejar caer con la punta hacia abajo sobre las tablas del combés el puñal que los oficiales de marina suelen llevar con el uniforme de diario. Es un entretenimiento como otro cualquiera y exige habilidad para que la punta se clave verticalmente en la madera. Deseoso de hacer lo mismo que el alférez, y no teniendo yo puñal, quise que el capitán me dejase el suyo, pero me lo negó. Tenía en particular aprecio aquel arma, y hasta le hubiese incomodado verla servir para tan fútil recreo. Ese puñal había pertenecido en otro tiempo á un valeroso oficial, muerto desgraciadamente en la última guerra... Comprendí que iba á narrarse una historia, y no me equivoqué. El capitán dió comienzo sin hacerse rogar. En cuanto á los oficiales que nos rodeaban, como cada uno de ellos conocía al dedillo los infortunios del teniente Roger, emprendieron en seguida una prudente retirada. He aquí, poco más ó menos, cuál fué el relato del capitán:

«Cuando conocí á Roger (me llevaba tres años de edad), él era teniente y yo alférez. Les aseguro á Vds. que era uno de los mejores oficiales de nuestro cuerpo; tenía además un corazón excelente, ingenio, instrucción y talento; en una palabra, era un joven encantador, aunque por desgracia un poco altivo y susceptible, lo cual creo que dependía de ser hijo natural y temía que su nacimiento le hiciese perder consideración en la sociedad. Pero, en honor de la verdad, el mayor de todos sus defectos era un deseo violento y continuo de ser el número uno en todas partes donde se hallase. Su padre, á quien nunca había visto, le pasaba una pensión que hubiera sido más que suficiente para sus necesidades, si Roger no hubiese sido la generosidad personificada. Todo cuanto tenía era de sus amigos. Así que cobraba su trimestre, nunca dejaba de ir á verle alguno con cara triste y mustia.

—Bueno, compañero de glorias y fatigas, ¿qué tienes?—le preguntaba. —Tu aspecto es de no poder hacer mucho ruido al pegarte en los bolsillos. Vamos, aquí está mi bolsa: coge lo que necesites y vente conmigo á cenar.

Llegó á Brest una actriz muy guapa, llamada Gabriela, quien no tardó en hacer conquistas entre los marinos y los oficiales de la guarnición. No era de una hermosura cabal; pero tenía esbelto talle, buenos ojos, pie menudo y un aire algún tanto descarado, y todo eso gusta mucho en las latitudes de veinte á veinticinco años. Por añadidura, decíase que era la criatura más caprichosa de su sexo, y su manera de representar no desmentía esa reputación. Unas veces representaba de un modo admirable, como si fuese una actriz de primer orden; y al día siguiente, en la misma obra, estaba fría, insensible, hacía su papel como un niño recita el catecismo. Lo que interesó sobre todo á nuestros jóvenes fué la siguiente historia que de ella se contaba. Parece ser que en París fué querida de un senador muy rico, quien hacia por ella locuras, como suele decirse. Una vez, estando ese hombre en casa de ella se puso el sombrero; Gabriela le rogó que se lo quitase y hasta se quejó de que era una falta de respeto. Echóse á reir el senador, se encogió de hombros y arrellanándose en un sillón dijo: «No tiene nada de particular que esté como me dé la gana en casa de una ramera á quien pago.» Un buen cachete de cuello vuelto, dado por la blanca mano de Gabriela, fué el pago inmediato de esa respuesta, y le tiró el sombrero al otro extremo del

cuarto. De aquí un rompimiento completo. Banqueros y generales habían hechos cuantiosas ofertas á la dama; pero habíalas rechazado todas, y se hizo actriz con el propósito (según su dicho) de vivir independiente.

Cuando la vió Roger y supo esta historia, tuvo para sí que le convenía esa mujer; y con la franqueza un poco brutal de que se nos acusa á nosotros los marinos, he aquí cómo se las arregló para manifestarla cuán impresionados le tenían sus encantos. Compró las flores más bellas y más raras que pudo encontrar en Brest é hizo con ellas un ramo atado con una cinta muy bonita de color de rosa, y en el lazo acomodó con sumo esmero un rollo de veinticinco napoleones de oro: era todo lo que á la sazón poseía. Recuerdo que le acompañé en el escenario durante un entreacto. Dirigió á Gabriela un breve cumplido por la gracia con que llevaba su traje, ofrecióla el ramo y la pidió permiso para ir á verla á su casa. Todo esto lo dijo en cuatro palabras.

Mientras Gabriela no vió más que las flores y el guapo mozo que se las presentaba, se sonrió, acompañando su sonrisa con una reverencia de las más graciosas; pero en cuanto tuvo en las manos el ramillete y notó el peso del oro, su fisonomía cambió con más rapidez que la superficie del mar levantada por un huracán de los trópicos. Y en verdad que no estuvo menos iracunda, porque con todas sus fuerzas arrojó el ramo y las monedas á la cabeza de mi pobre amigo, quien llevó en la cara las señales de ellas durante más de ocho días. Dejóse oir la campanilla del director, entró Gabriela en escena y representó todo al revés.

Luego que Roger hubo recogido el ramo y el rollo de oro con aire muy confuso, fuése al café para ofrecer el ramo (sin el dinero) á la señorita del mostrador, é intentó olvidar á la ingrata bebiendo ponche, sin conseguirlo; y á pesar del despecho que sentía de no poderse presentar con el ojo hecho un tomate, enamoróse locamente de la colérica Gabriela. La escribía veinte cartas diarias, y ¡qué cartas!, sumisas, tiernas, respetuosas, tales como pudieran dirigirse á una princesa. Las primeras le fueron devueltas sin abrir, y las demás quedaron sin respuesta. Aún conservaba Roger alguna esperanza, cuando descubrimos que la naranjera del teatro envolvía las naranjas en las cartas amatorias de Roger, las cuales le daba Gabriela con refinada mala intención. Esto fué un golpe terrible para la altivez de nuestro amigo. Sin embargo, no disminuyó su pasión. Hablaba de pedir la mano de la actriz; y como se le dijese que el ministro de Marina no daría jamás el consentimiento, exclamaba que se saltaría la tapa de los sesos.

En estas y las otras, aconteció que los oficiales de un regimiento de infantería de guarnición en Brest, quisieron hacer repetir una canción de zarzuela á Gabriela, quien se negó á ello por puro capricho. Aferráronse tanto los oficiales y la actriz á su respectivo antojo, que los unos hicieron bajar el telón á silbidos, y la otra se desmayó. Ya saben Vds. lo que es el público en una ciudad de guarnición. Quedó convenido entre los oficiales, que en el día inmediato y los siguientes, sería silbada sin remisión, y no se le permitiría representar ni un solo papel, sin que antes diese una satisfacción pública con la humildad necesaria para expiar su culpa. Roger no había asistido á esa representación; pero aquella misma noche supo el escándalo que se produjo en el teatro, así como los proyectos de venganza que se tramaban para el día siguiente. En seguida tomó su partido.

Al otro día, cuando apareció Gabriela en el palco escénico, de las localidades de la oficialidad partieron una gritería y unos silbidos capaces de romper el tímpano. Levantóse Roger, que con toda intención se había puesto muy cerca de los bullangueros, é interpeló á los más alborotadores en términos tan insultantes, que todo el

furor de ellos volvióse al punto contra él. Entonces, con la mayor sangre fría sacó del bolsillo la cartera y apuntó los apellidos de los que le gritaban de todas partes; hubiera aceptado el reto para batirse con todo el regimiento, si por espíritu de cuerpo no se hubiesen presentado gran número de oficiales de marina y no hubiesen desafiado á la mayor parte de sus adversarios. La baraúnda fué verdaderamente espantosa.

Toda la guarnición estuvo arrestada varios días; pero en cuanto quedamos en libertad, hubo terribles cuentas que ajustar. Nos encontramos unos sesenta en el terreno del honor. Roger solo batióse sucesivamente contra tres oficiales; mató á uno de ellos é hirió gravemente á los otros dos, sin sufrir él ni un rasguño. Yo fuí menos afortunado, por mi parte: un maldito teniente, que había sido profesor de esgrima, me dió en el pecho una estocada, de la cual poco me faltó para morir. Aseguro á Vds. que fué un hermoso espectáculo el de aquel duelo, ó más bien aquella batalla. La marina salió vencedora en toda la línea, y el regimiento vióse obligado á abandonar á Brest.

Ya se figurarán Vds. que nuestros jefes superiores no olvidaron al autor de la disputa. Durante quince días tuvo centinela en su puerta.

Cuando se le levantó el arresto y salí del hospital, fuí á verle. ¡Cuál no fué mi sorpresa al entrar en su casa y verle almorzando á solas con Gabriela! Tenían aspecto de hallarse en perfecta inteligencia desde mucho tiempo atrás. Ya se tuteaban y bebían en la misma copa. Roger me presentó á su querida como su mejor amigo, y la dijo que me habían herido en la especie de escaramuza de que ella había sido causa primera. Esto me valió un beso de aquella hermosa mujer. Esa muchacha tenía inclinaciones enteramente marciales.

Pasaron juntos tres meses muy felices, sin separarse un instante. Gabriela parecía amarle con furor, y Roger confesaba que no había sabido qué es amor antes de conocer á Gabriela.

Entró en el puerto una fragata holandesa, y los oficiales nos convidaron á comer. Bebióse en grande de toda clase de vinos, y alzados los manteles, no sabiendo qué hacer, porque esos señores hablaban muy mal el francés, nos pusimos á jugar. Los holandeses parecían tener mucho dinero, y, sobre todo, su primer teniente quería jugar tan fuerte, que ninguno de nosotros se cuidaba de aceptar su invitación al juego. Roger, que, por lo común, no jugaba, creyó que en aquella ocasión tratábase de sostener el honor de su país. Así, pues, jugó y aceptó todas las posturas que quiso el teniente holandés. Ganó al principio, pero luego perdió. Después de algunas alternativas de ganancia y de pérdida, se separaron sin haber hecho nada. Devolvimos el banquete á los oficiales holandeses, y se volvió á jugar otra vez. Roger y el teniente reanudaron su desafío. Durante varios días se dieron citas, ya en el café, ya á bordo, probando toda clase de juegos, en particular el *chaquete*, y aumentando siempre las puestas, tanto, que llegaron á jugar veinticinco napoleones de oro la partida. Eso era una suma enorme para unos pobres oficiales como nosotros. ¡Más de dos meses de paga! Al cabo de una semana, Roger había perdido todo el dinero que tenía, y además tres ó cuatro mil francos pedidos á préstamo á unos y á otros.

Ya comprenderán Vds. que Roger y Gabriela habían concluido por hacer vida conyugal y tener bolsa común; es decir, que Roger, que acababa de cobrar una fuerte suma por su participación en unas presas hechas, había puesto en la masa común de bienes diez ó veinte veces más que la actriz. Sin embargo, hacíase cuenta siempre que esos caudales pertenecían principalmente á su querida, y no había guardado para sus gastos particulares más que una cincuentena de napoleo-

nes. Se vió obligado á recurrir á estos fondos de reserva para seguir jugando. Gabriela no le hizo la menor observación.

El dinero para la casa llevó el mismo camino que el dinero para el bolsillo. Bien pronto vióse reducido Roger á jugarse los últimos veinticinco napoleones. Tenia terrible deseo de ganar; por eso fué larga y porfiada la partida. Hubo un momento en que teniendo Roger en mano el cubilete, ya no tenía más que una probabilidad para ganar; creo que necesitaba el *seis-cuatro*. Era á una hora avanzada de la noche. Un oficial que les había estado mucho tiempo mirando jugar, concluyó por dormirse en una butaca. El holandés hallábase rendido de fatiga y adormilado; además, había bebido mucho ponche. Sólo Roger estaba bien despierto, y era presa de la más violenta desesperación. Echó los dados temblando. Con tal fuerza los echó sobre el tablero, que con el golpe se cayó al suelo una vela. El holandés volvió primero la cabeza hacia la vela, que acababa de mancharle de cera el pantalón nuevo; después miró los dados. Marcaban el seis y el cuatro. Roger, pálido como la muerte, recibió los veinticinco napoleones. Continuaron jugando. Cambió la racha á favor de mi desgraciado amigo, quien, sin embargo, no hacía más que dejar de apuntarse tantos ganados por él, y encasillar las fichas como si hubiese querido perder. El teniente holandés se empeñó en seguir para desquitarse: dobló, decupló las puestas y perdió todas ellas. Aún me parece estar viéndole: era un mocetón rubio y flemático. cuyo rostro parecía de cera. Por fin se levantó, después de haber perdido cuarenta mil francos, los cuales pagó sin que su fisonomía revelase la menor emoción.

—Lo que hemos hecho esta noche no significa nada—le dijo Roger;—estaba V. medio dormido, no quiero su dinero.

—Bromea V.—respondió el flemático holandés;—he jugado muy bien, pero la suerte me ha sido adversa. Estoy seguro de poder ganarle á V. siempre, dándole cuatro agujeros de ventaja. ¡Buenas noches!

Dijo y se marchó.

Al día siguiente supimos que, desesperado por su pérdida, se había levantado la tapa de los sesos en su cuarto, después de beber un tazón de ponche.

Los cuarenta mil francos ganados por Roger estaban extendidos encima de una mesa, y Gabriela los contemplaba con una sonrisa de satisfacción.

—¡Somos muy ricos—dijo ella.—¿Qué vamos á hacer con todo este dinero?

Nada respondió Roger; parecía como alelado desde la muerte del holandés.

—Es preciso hacer mil locuras—continuó Gabriela.—Dinero ganado con tanta facilidad debe gastarse lo mismo. Compremos una carretela, y mofémonos del prefecto marítimo y su mujer. Quiero tener diamantes y cachemiras. Pide licencia y vamos á París. ¡Aquí no conseguiremos acabar nunca con tanto dinero!

Detúvose para observar á Roger, quien, con los ojos fijos en el suelo y la cabeza apoyada en una mano, no la había oído y parecía dar vueltas en la cabeza á los más siniestros pensamientos.

—¿Qué demonios tienes, Roger?—exclamó ella, apoyando una mano sobre su hombro.—Parece que estás de monos conmigo; no puedo sacarte del cuerpo ni una palabra.

—¡Soy muy desgraciado!—dijo por fin, reprimiendo un suspiro.

—¡Desgraciado! Dios me perdone; pero ¿tendrás remordimientos por haber desplumado á ese gordo *mynheer*?

Roger levantó la cabeza y la miró con ojos extraviados.

—¿Qué importa—prosiguió ella—qué importa que haya tomado la cosa por lo trágico y que se haya levantado la tapa de los pocos sesos que tenía? No me conduelo de los jugadores que pierden, y lo cierto es que su dinero está

mejor en nuestras manos que en las suyas: lo hubiera gastado en beber y fumar, mientras que nosotros haremos mil extravagancias á cual más elegantes.

Paseábase Roger por el aposento con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos medio cerrados y llenos de lágrimas. Les hubiera dado á Vds. lástima si le hubiesen visto.

—¿Sabes que gentes no conocedoras de tu sensibilidad caballeresca—le dijo Gabriela—podrían creer que has hecho trampas?

—¿Y si fuese verdad eso?—exclamó él con voz sorda, parándose delante de ella.

—¡Bah!—respondióle sonriéndose.—No tienes maña bastante para hacer trampas en el juego.

—Sí, las he hecho, Gabriela. ¡He cometido fullerías, como un miserable que soy!

Comprendió ésta en su emoción que decía la verdad. Sentóse en un sofá y permaneció sin hablar en un rato; por fin, dijo con voz muy conmovida:

—Mejor querría que hubieras muerto á diez hombres, que no hubieses hecho trampas al juego.

Reinó un mortal silencio de media hora. Ambos estaban sentados en el mismo sofá, y no se miraron ni una sola vez. Roger fué el primero en levantarse, y la dió las buenas noches con una voz bastante sosegada.

—Buenas noches—respondióle ella con tono seco y frío.

Después me dijo Roger que se hubiera matado aquel día mismo, á no temer que nuestros camaradas adivinasen la causa de su suicidio. No quería que su memoria fuese infame.

Al día siguiente, Gabriela estuvo tan alegre como de costumbre; hubiérase dicho que había olvidado ya la confidencia de la víspera. En cuanto á Roger, se había vuelto sombrío, caprichoso, arisco; apenas salía de su cuarto, evitaba la presencia de sus amigos, y á menudo pasaba días enteros sin dirigir una palabra á su querida. Atribuía yo su tristeza á una sensibilidad respetable, pero excesiva, y varias veces intenté consolarle; pero trataba de despistarme, afectando una gran indiferencia hacia su desgraciado compañero de juego. Un día, hasta tuvo una violenta salida contra la nación holandesa, y quiso sostenerme que no podía haber en Holanda ni un solo hombre honrado. Sin embargo, informábase en secreto acerca de la familia del teniente holandés; pero nadie pudo darle noticias.

Seis semanas después de aquella desdichada partida de *chaquete*, Roger encontró en el cuarto de Gabriela una carta escrita por un guardia marina, quien parecía darla gracias por favores que ella le había hecho. Gabriela era el desorden personificado, y dejó esa carta encima de la chimenea. No sé si habría sido infiel; pero Roger lo creyó, y su cólera fué espantosa. Su amor y un resto de orgullo eran los únicos sentimientos que podían adherirle aún á la vida, y el más fuerte de sus sentimientos iba á quedar así repentinamente destruido. Abrumó á insultos á la orgullosa cómica; y violento de carácter como era, yo no sé cómo no la pegó.

—Sin duda—la dijo—ese chisgarabís te habrá dado mucho dinero. Es la única cosa que vosotras queréis, y otorgarías tus favores al más sucio de nuestros marineros si tuviese con qué pagarlos.

—¿Y por qué no?—respondió fríamente la actriz.—Sí; me haría pagar por un marinero... pero... *no le robaría.*

Roger exhaló un grito de rabia. Sacó tembloroso el puñal, y por un instante miró á Gabriela con ojos enloquecidos; luego, haciendo el mayor esfuerzo sobre sí propio, tiró el arma á sus pies y escapóse del aposento, para no ceder á la tentación que le asediaba.

Aquella misma noche pasaba yo muy tarde por delante de su casa, y al ver luz en sus habitaciones, entré para pedirle prestado un libro. Le encontré ocupadísimo en escribir. No se movió de su sitio, y apenas pareció darse

cuenta de mi presencia en su cuarto. Me senté junto á su escritorio y contemplé sus facciones: tan alteradas estaban, que á cualquiera otro que no fuese yo, le hubiera costado trabajo conocerle. De pronto vi encima de la mesa una carta cerrada ya y dirigida á mí. La abrí en seguida: anunciábame Roger que iba á poner término á sus días, y me encargaba diferentes comisiones. Mientras iba yo leyendo, no cesaba de escribir él, sin cuidarse de mí: de Gabriela era de quien se despedía... Comprenderán Vds. cuál fué mi asombro y lo que hube de decirle, confundido como me quedé con su resolución.

—¡Cómo! ¿Quieres matarte, tú que eres tan feliz?

—Amigo mío—me dijo cerrando la carta—no sabes nada; no me conoces, soy un bribón; tan despreciable soy, que me insulta una prostituta, y tan convencido estoy de mi bajeza, que no tengo ánimos para pegarla.

Entonces me refirió la historia de la partida de *chaquete*, y todo lo que ya saben Vds. Al oirle, estaba yo tan emocionado, por lo menos, como él, y no supe ni qué decirle; le apreté las manos con lágrimas en los ojos, pero sin poder hablar. Por fin, se me ocurrió la idea de convencerle de que no tenía que acusarse de haber causado la ruina del holandés voluntariamente, y que después de todo, no le había hecho perder con su... fullería... más que veinticinco napoleones.

—¡De modo que soy un ladrón en pequeño y no en grande!—exclamó con amarga ironía.—¡Yo, que tenía tanta ambición, no ser sino un bribonzuelo!

Echóse á reir, y yo me eché á llorar.

De pronto se abrió la puerta, entró una mujer y se precipitó en sus brazos: era Gabriela.

—¡Perdóname—exclamó, abrazándole con fuerza—perdóname! Lo comprendo: no amo á nadie más que á ti. Y ahora te amo más que si no hubieses hecho aquello de que te acusas. Si quieres, robaré... ya he robado... ¡Sí, he robado!... He robado un reloj de oro... ¿Puede hacerse algo peor?

Roger meneó la cabeza con aire incrédulo, pero su frente pareció iluminarse.

—No, pobrecilla mía—dijo rechazándola con dulzura.—No tengo más remedio que matarme. Sufro demasiado; no puedo resistir el dolor que aquí siento.

—Pues bien; si quieres morir, Roger, moriré contigo. ¡Qué me importa sin ti la vida! Tengo valor: he disparado escopetas; me mataré como cualquiera otro. En primer término, yo, que he representado tragedias, tengo ya costumbre de hacerlo.

Al comenzar tenía los ojos arrasados de lágrimas; pero esta última idea la hizo reir, y el mismo Roger dejó escapar una sonrisa.

—¡Te ríes, oficial mío!—exclamó Gabriela palmoteando y besándole.—¡No te matarás!

Y no dejaba un instante de besarle, ya llorando, ya riéndose, ya jurando como un marinero; porque no era de esas mujeres á quienes les asusta una palabrota.

Entre tanto, habíame apoderado de las pistolas y el puñal de Roger, y le dije:

—Mi querido Roger, tienes una amada y un amigo que te quieren. Créeme, aún puedes tener alguna felicidad en este mundo.

Salí después de abrazarle, y le dejé á solas con Gabriela.

Creo que sólo hubiésemos conseguido retardar su funesto propósito, á no recibir del ministro la orden de embarcarse, como primer teniente, á bordo de una fragata que tenía que ir á cruzar por los mares de la India, después de haber pasado á través de la escuadra inglesa que bloqueaba el puerto. El empeño era arduo. Le hice comprender que más valía morir noblemente de una bala de cañón inglesa que poner él mismo fin á sus días, sin gloria y sin utilidad para su patria.

Prometió vivir. La mitad de los cuarenta mil francos los distribuyó entre marineros inutilizados, ó viudas y huérfanos de marinos. El resto se lo dió á Gabriela, quien juró no emplear ese dinero sino en buenas obras. La pobre muchacha tenía la intención de cumplir su palabra, pero le duraba poco el entusiasmo. Después he sabido que dió algunos miles de francos á los pobres; con el resto compró trapos y moños.

Embarcamos Roger y yo en una hermosa fragata: la *Galatea*. Nuestra marinería era valiente, bien instruída, muy disciplinada; pero nuestro comandante, que se creía un Juan Bart porque juraba como un capitán procedente de la clase de sargentos, porque destrozaba la lengua francesa y porque nunca había estudiado la parte teórica de su profesión, de la que comprendía la práctica nada más que tal cuál, era un ignorante. Sin embargo, al principio le favoreció la suerte. Salimos con fortuna de la rada, gracias á una fuerte racha de viento que obligó á la escuadra de bloqueo á tomar el largo, y comenzamos á cruzar quemando una corbeta inglesa y un buque de la Compañía en las costas de Portugal.

Bogábamos con lentitud hacia los mares de la India, contrariados por el viento y por las falsas maniobras de nuestro capitán, cuya impericia aumentaba el riesgo de nuestro crucero. Cuándo desalojados por fuerzas superiores, cuándo en persecución de buques mercantes, no pasábamos ni un solo día sin alguna nueva aventura. Pero ni la azarosa vida que llevábamos, ni las fatigas que le producía su cargo de jefe del detall de la fragata, podían distraer á Roger de las tristes ideas que sin descanso le perseguían. El, que pasaba en otro tiempo por el oficial más activo y más brillante de nuestro puerto, limitábase ahora nada más que á cumplir con su deber. Tan pronto como concluía el servicio encerrábase en su camarote, sin libros ni papel; pasaba horas enteras tumbado en la litera, y el infeliz no podía dormir. Al ver su abatimiento, se me ocurrió un día decirle:

—¡Cáspita! Por poca cosa te afliges, querido. Has escamoteado veinticinco napoleones á un holandés orondo, ¡bueno!, y tienes remordimientos como por más de un millón. Pues bien, dime: cuando eras amante de la mujer del prefecto de***, ¿los tenías acaso? Y, sin embargo, aquella hembra valía más que veinticinco napoleones.

Revolvióse sobre el colchón sin responderme, y proseguí:

—Después de todo, tu crimen (puesto que dices que es un crimen) tenía un motivo honroso y procedía de un alma elevada.

Volvió la cabeza y me miró con aire furibundo.

—Sí. Porque, en último término, ¿qué hubiera sido de Gabriela, si hubieses perdido?... Si perdías, quedábase reducida á la miseria... Por ella, por amor á ella has hecho la trampa. Hay gentes que matan por amor... ó que se matan... Tú, mi querido Roger, has hecho más. Para un hombre como nosotros, hay más valor en el... robar (digámoslo en plata) que en matarse.»

—Acaso—nos dijo el capitán, interrumpiendo su relato—les parezca ridículo yo. Les aseguro que mi amistad hacia Roger me daba en ese momento una elocuencia que hoy no vuelvo á tener; y lléveme el diablo si al hablarle de esa suerte no iba yo de buena fe y creyendo todo lo que le decía. ¡Ah, entonces era yo joven!

Roger tardó aún algún tiempo en contestar. Me tendió la mano y, como haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, me dijo:

—Amigo mío, me crees mejor de lo que soy. Soy un cobarde pillastre. Cuando cometí esa fullería con aquel holandés, no pensaba más que en ganarle los veinticinco napoleones, y eso es todo. No pensaba en Gabriela, y por eso me desprecio á mí mismo... ¡Yo, estimar mi honor en menos que veinticinco napoleones! ¡Qué bajeza!... Sí,

sería dichoso si pudiese decirme á mí propio: «he robado por sacar de la miseria á Gabriela»... ¡No!... ¡No! No pensaba en ella... En aquel momento no era un enamorado... Era un jugador... era un ladrón... He robado dinero por tenerlo para mí... Y esa acción de tal modo me ha embrutecido y envilecido, que hoy no tengo ya valor ni amor... vivo, y ya no pienso en Gabriela... soy hombre al agua.

Parecía tan desventurado, que si me hubiese pedido entonces mis pistolas para matarse, creo que se las hubiera dado.

Cierto viernes, día de mal agüero, descubrimos una gran fragata inglesa, la *Alcestes*, que se puso á darnos caza. Era de cincuenta y ocho cañones; nosotros no teníamos más que treinta y ocho. Largamos todas las velas para huir de ella, pero su andar era superior al nuestro y nos iba dando alcance; era evidente que antes de la noche nos veríamos obligados á empeñar desigual combate. Nuestro capitán llamó á Roger á su cámara, donde estuvieron juntos en consulta un cuarto de hora largo. Roger volvió á subir al combés, me agarró del brazo y me condujo aparte, diciéndome:

—De aquí á dos horas, ese pobre hombre que se pasea por el castillo de popa habrá perdido la cabeza. Dos partidos podían tomarse: el primero, el más honroso, era dejar que el enemigo llegase hasta nosotros y luego hacer entrar al abordaje con brío contra él á un centenar de mozos de empuje; y el otro partido, que no es malo pero sí bastante cobarde, consistiría en aligerarnos tirando al mar parte de nuestros cañones. Entonces podríamos acercarnos muchísimo á la costa de Africa, que se descubre allá abajo, á babor. El inglés, por miedo á irse á pique, vería obligado á dejarnos escapar; pero nuestro capitán no es un cobarde ni un héroe: va á dejarse destrozar desde lejos á cañonazos, y después de algunas horas de combate arriará honrosamente el pabellón. Tanto peor para vosotros: los pontones de Portsmouth os esperan. En cuanto á mí, no quiero verlos.

—Quizá nuestros primeros cañonazos—le dije—causen al enemigo averías bastante grandes para obligarle á cesar la caza.

—Escucha: no quiero quedar prisionero, quiero hacerme matar. Ya es tiempo de que concluya con esto que me pasa. Si por desgracia no salgo más que herido, dame palabra de que me arrojarás al mar. Ese es el lecho donde debe morir un buen marino como yo.

—¡Qué locura!—exclamé.—¡Y qué comisión me das!

—Cumplirás el deber de un buen amigo. Sabes que debo morir. Sólo he consentido en no matarme con la esperanza de ser muerto, recuérdalo. Vamos, hazme esta promesa; si te niegas, pediré este servicio al contramaestre, quien no me lo negará.

Después de reflexionar algún tiempo, le dije:

—Te doy polabra de hacer lo que deseas, con tal de que estés herido de muerte, sin esperanza de curación. En ese caso, consiento en ahorrarte sufrimientos.

—O seré herido de muerte, ó quedaré muerto.

Me alargó la mano y se la estreché con fuerza. Desde entonces estuvo más tranquilo, y hasta brilló en su rostro cierta alegría marcial.

Hacia las tres de la tarde, los cañones de caza del enemigo comenzaron á dar en nuestro aparejo. Cargamos entonces parte del velámen, presentamos un costado á la *Alcestes* y disparamos nuestras andanadas, respondiendo los ingleses con vigor á nuestros fuegos. Al cabo de una hora de combate, nuestro capitán, que no hacía nada á derechas, quiso intentar el abordaje. Pero teníamos ya muchos muertos y heridos, y el resto de la tripulación había perdido parte de su ardor; además, había sufrido mucho el aparejo, y los mástiles estaban muy destrozados. En

el momento en que largábamos todas las velas para acercarnos al inglés, nuestro palo mayor, que casi no podía tenerse ya derecho, cayó con un estrépito horrible. La *Alcestes* aprovechóse de la confusión que ese accidente nos produjo al pronto. Pasó por nuestra popa, soltándonos su andanada á medio tiro de pistola; barrió de proa á popa á nuestra desdichada fragata, que no podía oponerle en ese punto más que dos cañoncitos. Hallábame en ese momento cerca de Roger, quien se ocupaba en hacer que cortasen los obenques que aún sostenían el derribado mástil. Le siento apretarme con fuerza el brazo; me vuelvo, y le veo caído de espaldas en el combés y todo cubierto de sangre. Acababa de recibir un metrallazo en el vientre.

El capitán acudió corriendo á él, y le dijo:

—¿Qué debemos hacer, teniente?

—Clavar nuestro pabellón en ese trozo de mástil y hacernos echar á pique.

El capitán le abandonó en seguida, no haciéndole maldita la gracia este consejo.

—Vamos—me dijo Roger—acuérdate de tu promesa.

—Eso no es nada—le respondí;—puedes sanar de ello.

—Tírame por encima de la borda—exclamó jurando horriblemente, y agarrándome por los faldones de la levita.—Ya ves que no puedo escaparme de esta; arrójame al mar, no quiero ver arriar nuestra bandera.

Acercáronse á él dos marineros para llevarlo á la sentina.

—¡A vuestros cañones, tunantes!—exclamó con fuerza.—¡Tirad con metralla y apuntad al entrepuente! Y oye tú: ¡Si faltas á tu palabra, te maldigo y te tengo por el más cobarde y el más vil de todos los hombres!

Su herida era mortal de necesidad. Vi al capitán llamar á un guardia marina y darle orden de arriar nuestro pabellón.

—Dame un apretón de manos—dije á Roger.

En el momento mismo en que fué arriada nuestra bandera de combate

.....

.....»

—¡Capitán, una ballena á babor!—interumpió un alférez, corriendo hacia nosotros.

—¡Una ballena!—exclamó el capitán, transportado de júbilo y dejando sin concluir su relato.—¡A escape, al mar la falúa! ¡Al mar el chinchorro! ¡Todos los botes al mar! ¡Vengan arpones, cuerdas, etc., etc.!

.....

No pude saber cómo murió el pobre teniente Roger.

PRÓSPERO MERIMÉE.

CRÓNICA INTERNACIONAL

Los reporters.—Inexactas declaraciones atribuidas á mi persona.—Mis ideas y sentimientos sobre la guerra de Africa, congruentes con todo lo dicho por mí desde los primeros Congresos de la Restauración hasta hoy.—Discurso de Febrero del ochenta y ocho sobre Africa.—Verdaderas declaraciones mías recientes.—Falsa imputación de arrepentimiento en mis propósitos de retirarme á la vida privada.—Circular á mis antiguos amigos.—Estado de la guerra.—Votos por la paz.—Conclusión.

Terrible abuso el puesto en boga por los reporters, dominantes hoy sobre la prensa, cuando comunican indiscretos, sin empacho ni escrúpulo, al público las conversaciones particulares y privadas, que nunca se aderezan y componen para tal publicidad. Así como no sacáis el cuerpo á la calle vestido como suele hallarse por lo regular en casa, no sacáis el alma tampoco á luz desentrañada de sus reservas y de sus secretos. Un juicio dictado por cualquier arrebato de malhumor y dicho en el abandono de la confianza íntima no puede levantarse á sentencia firme y definitiva sino después de madurado, y no puede madurarse nunca sino en la silenciosa reflexión de nuestro espíritu callado y recogido. Como no debe leerse por uno carta escrita para otro sin permiso y consentimiento de aquél ó aquéllos á quienes la carta pertenece; no puede ninguna especie decirse en público por nadie sino con autorización expresa de quien la vertiera en secreto. Aun lo destinado á la publicidad, meditáislo con espacio y lo escribís con cuidado. Aun después de meditado y escrito, si lo dáis á la estampa, no podéis autorizarlo de faltar una previa corrección de pruebas; y aun después de corregidas las pruebas, no puede un impresor echarlo á la circulación sin vuestra previa orden. Y es todo esto justísimo. Un punto y coma colocados á torcidas destruyen un dogma, ó dicen lo contrario de lo pensado y dicho por vosotros mismos. Todo el símbolo cristiano está en la Resurrección del Salvador. Pues con variar dos puntos en el Evangelio de rúbrica y rito, cambiáis el dogma ortodoxo en otro dogma contrario. Pregúntanle á los ángeles guardadores del Sepulcro las santas Mujeres dónde se halla Cristo, según se reza en la misa de Pascua. Y los ángeles contestan: «*Resurrexit: non est hic.*» Pues cambiad los dos puntos y habéis cambiado el dogma, y no sólo el dogma, toda la doctrina cristiana, pues Cristo no es Dios, si Cristo no

resucitó. Y en tal caso diría la letra evangélica: «*Resurrexit non: est hic.*» No resucitó; aquí está. Pues, si pueden cometerse tales erratas en lo escrito, que se fija; imaginaos cuántas pueden cometerse al vuelo en lo hablado, que confiáis al aire y el aire se lo lleva. De aquí el asombro mío al ver el domingo último declaraciones atribuidas á mi persona por dos periódicos de la tarde, con los cuales no había yo tenido aquel día ninguna comunicación directa.

Niego en absoluto que haya hecho yo declaración de ningún género sobre los asuntos de Africa. La palabra declaración equivale á manifestación; y la palabra manifestación trae aparejada la publicidad. Yo no he autorizado á nadie para que publique ninguna cosa en periódico alguno á mi nombre. Retirado á la vida privada, cuanto diga en conversaciones privadísimas, es privado; y no reconozco derecho á persona ninguna para publicarlo sin mi asentimiento y permiso. Lo sucedido en este caso prueba todo lo fundado de las anteriores consideraciones. El domingo último salía yo á las once de San Isidro, y encontré allí, en el atrio, á un amigo, el cual dióme una noticia, que aquel amigo de buena fe creía verdadera, y en realidad era falsa. Díjome haber llegado el general Martínez Campos sin permiso del gobierno, y constituido una situación de fuerza, para la cual no se había contado con los ministros ni tenido en cuenta la opinión de los primeros y más conspicuos estadistas. A los pocos pasos encontré una persona, la cual no tiene nada de publicista, y díjele poco más ó menos lo siguiente, aderezado con frases de conversación íntima. «Pues si lo que dicen es cierto, Martínez Campos ha incurrido en la responsabilidad que contraen los militares cuando dejan sin licencia su puesto y la corte se ha colocado en una situación semejante á la que tenía en tiempo de doña Isabel II.» No habían pasado cinco minutos, cuando al separarme de la persona aludida que, repito, no tiene carácter alguno público, encontré á varios compañeros del Congreso, quienes me contaron la verdad de los hechos, á saber: que había venido el general con anuencia del gobierno y encargádose de la dirección del ejército de Melilla por expresa orden del gobierno mismo. Entonces me holgué con todo ello, y al referir lo sucedido, expresé cómo, faltando el supuesto, no había lugar á la insistencia en un hipotético juicio. Al contrario, añadí que quien tan á satisfacción de todos concluyera la guerra del Norte y la guerra de Cuba, como mi amigo particular el general Martínez Campos, de mí siempre admirado y querido, magüer Sagunto que aún me apena hoy, concluiría también ahora la guerra de Africa con tanta gloria suya como provecho para la nación. Y dicho esto, niego el derecho de publicar las conversaciones privadas y sostengo que al *habeas corpus* corresponde también el *habeas animam*, para completar la libertad individual; pues así como nadie puede penetrar en los hogares sin asentimiento del dueño respectivo, nadie puede penetrar sin esta misma condición en otros más sagrados hogares, en el alma y en la conciencia. Queda, pues, demostrado que no hice declaración de ningún género y queda también prometido no volver más sobre este asunto.

Decía Donoso Cortés haber llegado á extremo tal en Europa los abusos de la publicidad, que, para saber lo verdadero, precisaba recurrir á las cartas particulares y dejarse de los públicos y solemnes artículos diarios. Y yo he observado cómo se desgañitan la mayor parte de nuestros representantes, diciendo lo pensado y sentido por ellos bajo las sendas techumbres de ambos Cuerpos Colegisladores y sobre las tribunas parlamentarias, sin que nadie llegue á enterarse, á pesar de taquígrafos y periodistas; pero si dicen cualquier chirigota en la sombra de pasillos ó en la sala de conferencias, corre y se pregona, cual si las ideas llevaran plomo, mientras los chismes alas, en su expresión y propaganda. Tiene gracia preguntarme á mí lo que siento y pienso ahora sobre la guerra de Africa, después de haber yo anunciado cómo pensaría del conflicto corriente hace ahora un lustro, en discurso aplaudido allende su mérito y trasladado en aquel entonces á todas las lenguas cultas del viejo y del nuevo continente. Pues lo que dije allá, en 7 de Febrero del año 88, qué pensaría de una guerra con Africa, si por desgracia tal guerra llegaba, eso mismo pienso ahora en 2 de Diciembre del año 1893. Yo, después de haber sostenido con mi palabra y con mi pluma, con mi natural influjo en la política y en la prensa y en la tribuna, bajo la dominación de doña Isabel II el ideal de la democracia ya cumplido y bajo la dominación de Napoleón III el triunfo de una sabia República francesa; como ante la victoria del Austria una teoría tan utópica entonces cual la unidad de Italia y de Alemania; como ante la teocracia de Pío IX una pronta é inevitable abrogación del poder temporal de los Papas; como ante las atrocidades de los turcos la libertad surgiendo en las orillas del Danubio; como bajo el despotismo de los infames negreros el advenimiento de la redención del esclavo; predico ahora otras utopías, como el desarme de los ejércitos conquistadores transformados en ejércitos de seguridad, según lo es hoy el nuestro; y la paz humana por medio del arbitraje á la manera que se arreglan las cuestiones de límites y de pesquerías, preñadas antes de guerras; creyendo, en mi necio candor optimista, ver cumplida y realizada esta utopía mía nueva, cual he visto realizarse las otras, en concepto de la reacción europea no menos inverosímiles, y no menos absurdas. Así, cuanto dije respecto de Africa lo copio abajo, porque habiéndolo publicado con mutilaciones intencionadas al comienzo del conflicto hispano-marroquí, los periódicos partidarios de la guerra, deseo reintegrar el texto y decir que pienso cuanto entonces pensaba y me afirmo en cuanto entonces decía.

«Nosotros, exclamaba yo, debemos permanecer neutrales. ¿Podemos sostener nuestra neutralidad? Hay muchos pueblos y hay muchos reyes que son neutrales, y, sin embargo, no pueden sostener su neutralidad; pero nosotros podemos sostenerla. ¡Ah! Los sacrificios consumados por nuestros padres en la gloriosísima guerra de la Independencia; la tenacidad mostrada por nosotros, por esta generación, en los trópicos, á mil leguas, con el vómito en las aguas, con el cólera en los aires, por medio del más heroico de los ejércitos, en la más

justa de las guerras, contra los más ingratos de nuestros hijos; la susceptibilidad por una madrépora perdida entre Asia y Africa, en los océanos australes, y apenas perceptible hoy en el mermado mapa de nuestros todavía grandes dominios; lo mucho que determinó la decadencia de Luis XIV su guerra de sucesión en España; lo mucho que determinó la decadencia de Napoleón *el Grande* su imposible conquista de España; lo mucho que precipitó la ruina de los Borbones su intervención horrorosa con los cien mil hijos de San Luis nefastos en España; lo mucho que determinó la suerte postrera de los Orleanes sus disparatados matrimonios españoles; lo mucho que determinó la suerte de Napoleón III su ingerencia en la nueva España y su protesta contra el trono de la vieja, nos dicen que por estas y otras concausas; con nuestra excelente posición geográfica, con nuestro ejército en el pie de guerra en que ahora se halla, con todos estos elementos, y además con el renombre de tenaces que tenemos, nos hallamos en el caso de levantar la frente y decir que nadie tocará nunca jamás á nuestra intangible seguridad. Por eso no quiero yo, señor ministro de Estado; por eso no quiero yo que, huyendo del perejil, nos salga en la frente; por eso no quiero yo ni un arrecife más en el Estrecho, fuera de aquello que nos pertenece (Gibraltar) ante la conciencia humana como parte integrante de nuestro territorio nacional; por eso no quiero yo cruces, santas ó no santas, en mares grandes ó pequeños; por eso no quiero yo ni una pulgada de terreno más en las orillas de ese río de Oro, que debe llamarse así, no por el mucho que vomita, sino por el mucho que traga; por eso no quiero yo que, á título de avanzados, ofrezcamos alianzas á Francia, ni que, á título de monárquicos, ofrezcamos alianzas á Germania; no quiero yo que vayamos á ninguna complicación europea por el camino tortuoso de Italia; no quiero yo depósitos de carbón para ningún español en ninguna parte del Mar Rojo; y cuando alguno de los omnipotentes venga á tentarnos, porque de todos necesitan, hay que decirles cómo, no habiéndonos llamado á París, ni á Berlín, ni á ninguno de los congresos en la hora del reparto, no deben contar con nosotros en la hora suprema de la catástrofe universal.

»¡Pues no faltaba más! Nosotros hemos tenido la cruzada de los siete siglos; hemos tenido guerras por la constitución de los Estados modernos; hemos tenido guerras por la conquista de América; guerras por la herencia de Portugal; guerras por la herencia de María de Borgoña en Flandes y en Holanda; guerras por el predominio de la casa de Valois y la de Austria en Italia; guerras por el predominio de los mares con la Gran Bretaña; guerras por el predominio de la religión protestante ó católica en Alemania; guerras por el predominio de la casa de Borbón y de Austria; guerras por los hijos de Isabel de Farnesio y por los proyectos de Alberoni en Italia; guerras en la Valtelina; guerra de los reyes contra la República francesa y guerra de los reyes por las Repúblicas americanas; nuestra guerra de la Independencia; tres guerras civiles; cincuenta revoluciones; guerra en Africa; guerra en Cochinchina;

guerra en Chile y Perú; guerra en Cuba; guerra en todas partes. ¡Ah, no, no! ya estamos demasiado hartos de verter sangre y de que se evapore en el aire. Destinémonos á cultivar nuestros intereses y á ganar fuerzas para predominar alguna vez en el concierto europeo. El gobierno debe, pues, asegurarnos la mayor neutralidad. ¡Ah, señores! ¿Y qué debe hacer la opinión española? Aquí entra mi tesis particular; yo creo que la opinión pública en todos los pueblos puede y debe hacer mucho. Pues qué, ¿se hubiera jamás creado Grecia sin aquellos filo-helenos, cuyos generales eran poetas como Byron, Chateaubriand y Goethe? ¿No he oído yo decir á italianos meridionales, que hizo por ellos más un libro de Gladstone que un desembarco de Garibaldi? ¿No sabéis todos que jamás hubiera desenvainado Napoleón III la espada del primer cónsul en favor de Italia si no se hubiera visto impelido á ello por los escritores franceses? Indispensable decir á Europa, y decirlo en la tribuna, en la prensa y en los libros, que tienen una grandísima influencia; necesario decir á Europa que se necesita el desarme y la reconciliación europea.

»Y esto me conduce á tratar, señores diputados, de la cuestión de Africa. ¿Qué debemos hacer en Africa? No me oculto ninguna de las ideas capitales en este problema. Los pueblos mayores dominan á los pueblos inferiores intelectual, política, materialmente, por una ley providencial ineludible. Hay pueblos inferiores, que son primitivos por estar, como el feto, pegados á la tierra; y hay pueblos inferiores, que vuelven á ser primitivos de puro viejos, por su larga y tormentosa historia. Señores, aquello que hicieron los arios en Caldea, los caldeos en Fenicia, los fenicios en Grecia, los griegos en Italia, los italianos por medio de Roma, en Francia, Inglaterra, España y Portugal, deben hacerlo, dígase lo que se quiera, lo harán, franceses, sajones, lusitanos, españoles, las razas privilegiadas con las razas inferiores, en cumplimiento de leyes, que no sólo son planetarias, que son leyes del universo entero. Además, la tierra no se halla tan segura, la mar tan abierta, los estrechos tan francos, las razas inferiores tan sumisas, que, al ver cómo el desierto aborta un madhí capaz de infligir humillaciones á Inglaterra; cómo un rey de Abisinia contrasta el reino italiano en su naciente gloria; cómo un sultán escapado de Persia conmueve á los pueblos orientales, cual la cena de los Abasidas en Bagdad, cual la égira de los Abderramanes al Africa, cual la insurrección de los almohades en el Atlas; cómo las razas amarillas se miden con Francia; cómo los Estados Unidos cierran sus puertas á la invasión mongólica; cómo los lábaros del panslavismo flotan sobre las basílicas de Oriente y el del panislamismo flota sobre todas las mezquitas, no temamos, no recelemos una invasión, como aquella que sorprendió á la cultura greco-romana en el siglo v; como aquella que sorprendió á la cultura gótico-bizantino-española en el siglo viii; como aquella que sorprendió á la cultura greco-eslava con los turcos en el siglo xv; pues en territorios circuidos por grandes y ciclópeas murallas, en mesetas centrales de Asia, en viveros de pueblos, pueden condensarse ciclones, los cuales quizá

vinieran sobre nosotros un momento y anegaran esta orgullosa civilización europea, fundada en sus cuatro puntos cardinales sobre cuatro abismos de barbarie.

»Señores, aunque yo participo del fondo de las ideas del Sr. Cánovas respecto á lo que nos conviene por ahora en Africa, no participo, no puedo participar de lo que se ha llamado en él pesimismo, y que yo atribuyo á exceso de celo y quizá á exceso de experiencia. Yo, señores, declaro que no participo de pesimismo ninguno respecto de los destinos trascendentales y á larga fecha de nuestra Península sobre el Africa. Yo veo que somos una raza sintética. Las venas nuestras están henchidas por sangre de todos los pueblos; nuestro idioma, nuestra literatura, encierran ideas de todas las conciencias; en nuestro suelo circula el jugo que alimenta todas las frutas europeas, y en nuestro subsuelo todos los metales que cuaja la luz en las entrañas de la tierra. Así es, que yo me admiro, y me admiro mucho, de que no comprendamos cómo el mundo necesita un continente sintético: necesita una raza sintética también para poblar ese mundo; porque ¿qué es el Africa? Un desierto, un sepulcro, la soledad, la ruina, el abandono, la barbarie; y, sin embargo, el Africa ha sido la síntesis de los dos continentes. Explicadme si no por qué los egipcios esbozan todas las teogonías helenas y resumen todas las teogonías asiáticas; explicadme si no por qué aquel Alejandro, que pasó la vida de sus conquistas en Asia y sólo atravesó como un relámpago el Africa, deja la cristalización de su sincretismo en Alejandría; explicadme por qué las escuelas filosóficas griegas, fraccionadas en Jonia, y en Elea, y en Sicilia, pueblos pequeños, llegan á una suprema síntesis en Plotino; explicadme por qué Orígenes resume toda la teología oriental, y Tertuliano y San Agustín la teología occidental en sus grandes escritos y en sus divinas ciudades. ¡Ah, señores! Yo no he comprendido nunca por qué nos incomodamos tanto cuando nos dicen los extranjeros que comienza el Africa en los Pirineos. Señores: un ilustre pensador ha dicho que empieza España en los Pirineos y concluye España en el Atlas. Dondequiera que volvemos los ojos encontramos recuerdos de Africa, y dondequiera que el Africa vuelve los ojos encuentra recuerdos españoles. La emoción, y vamos á un inventario, la emoción producida por las serenatas andaluzas, en que la guzla plañe y la voz llora elegías y tristezas del amor, de Africa proviene, como el tibio soplo que aroma nuestros jazmines y azahares; la greca mudéjar, bordada por mano de las huríes en los alféizares de nuestros palacios y de nuestras iglesias, al Africa recuerda, como los áloes y los nopales extendidos por las costas de Denia y de Marbella; el toque semítico de nuestra lengua, sobrepuesto en el fondo latino, y que tanto recuerda los esplendores de nuestras mayólicas, africano es; la elocuencia enfática, tertulianesca, cuyos rimbombeos no empecen cierta naturalidad y sencillez helénicas, allí resuena en los labios también de los rabíes y de los profetas; la poesía exuberante, no sólo en Zorrilla, oriental de suyo, no sólo en Góngora, criado y nacido á la sombra de las palmeras y bajo

los aleros de las aljamas, en las epopeyas de Lucano y en las tragedias de Séneca, clásicas, al Magreb huele, como los romances moriscos resonantes por las torres del Albaicín y por las escaleras del Generalife; y no quiero hablar de nuestra historia, porque Africa grita Alonso *el Batallador* al asomarse por las crestas de nuestras cordilleras béticas; Africa dice la canción de Gesta, donde balbucea el primer vagido de nuestra lengua y donde constan los primeros esbozos de nuestras reconquistas; Africa cantan los reyes peninsulares, postrados de hinojos en los altos de las Navas al entonar el *Te Deum* de su triunfo; Africa, Isabel la Católica en su testamento; Africa, Cisneros en Orán; Africa, Carlos V en Túnez; Africa, D. Sebastián en Alcazarquivir; Africa, el infante D. Enrique de Portugal, que nos ha dejado á Ceuta; Africa, el príncipe constante de Portugal, D. Fernando, que ha inspirado á Calderón el más hermoso de sus dramas; y en este sueño ideal se junta toda la Península desde Lisboa á Cádiz, desde Cádiz á Barcelona, desde Barcelona á Oporto, como se juntan sus hijos todos bajo el cielo azul y luminoso que nos vivifica y nos esclarece.

»Señores, no creáis lo dicho y vulgarizado por ahí, no creáis que yo haya procurado deciros estas cosas para ostentar eso que se dice mi retórica, no: bajo todo esto hay una idea utilitaria, muy utilitaria. ¿Sabéis cuál es esta idea? Pues oidme: que así como aquellos que tienen segura una herencia, no se precipitan jamás, si son prudentes, si son cautos, y no incomodan ni hostigan al testador, nosotros, los herederos naturales de Africa, nosotros no debemos mostrar impaciencia ninguna, absolutamente ninguna impaciencia por poseerla. Se habla mucho de Francia y de rectificación de fronteras, con lo cual se ha querido armar muchos movimientos de la opinión, en apariencia dirigidos contra su política, en realidad dirigidos contra sus instituciones. Pues bien; no olvidéis que Tánger ha pertenecido á una nación poderosa, que esa nación poderosa lo recibió en dote de una de sus reinas, y que luego lo abandonó como nosotros abandonamos á Orán, y ahora se pasa los días delante de Tánger suspirando por aquella plaza. Grande, muy grande nuestro general O'Donnell en su temeraria guerra, como demostraron los acontecimientos, pero, por temeraria, heroica sobre toda ponderación; grande, muy grande el esfuerzo de nuestros soldados en Sierra Bullones y en los pasos del Jelú; verdaderamente legendario, como Santiago, aquel general mártir á quien todos hemos querido tanto, y á quien todos lloramos todavía; grande, muy grande todo eso; pero todo eso nos enseña cómo no debemos emprender nada militar respecto de Africa, y aguardar el cumplimiento de nuestro derecho por las evoluciones de lo por venir.

»Señores, se han concluido las colonizaciones militares, y comienzan las colonizaciones científicas: factorías, y no campamentos; naves, y no ejércitos; grandes diplomáticos, y no grandes generales; escuelas donde podamos establecerlas, misioneros donde puedan oirlos; médicos, muchos médicos; una influencia de todos los días; traducciones de aquellos libros árabes que de-

muestran la comunidad de unos y otros pueblos, y que hacen latir el corazón de aquellas razas soñadoras y verdaderamente religiosas; todo esto, pero nada de guerra al infiel marroquí, porque para todo español sensato la integridad del Imperio de Marruecos debe levantarse á dogma, como la integridad del Imperio turco lo fué un día para la Inglaterra clásica. Y permítanme decirlo mis oyentes en este instante; permítanme decirlo, que no recelemos nada de Francia, pues no hay motivo para recelar nada de Francia. Gobernada hoy por un poder completamente pacífico; dirigida en sus negocios extranjeros por un hombre de Estado eminentísimo; representada en Madrid por un diplomático, del cual puede decirse que lleva renombre de africano, todo el mundo en Francia sabe que tiene una solidaridad de intereses con España en Europa y en Africa. Sobre todo, yo debo deciros, antes de concluir este punto, yo debo deciros que cuando Francia se apercibe á la gran fiesta del trabajo, no hay para qué hostigarla, pues todos tenemos intereses múltiples en que se verifique la celebración de la noche del 4 de Agosto, la *Noche Buena* de la libertad, porque allí murió el feudalismo y surgió la democracia, y que se verifique en paz, porque esa fiesta hoy no significa nada en el mundo ó significa la fraternidad universal.»

Podrán decirme los empeñados en imputarme declaraciones ahora sobre la guerra presente, que son los párrafos suprainsertos nieves de antaño, y que la opinión tiene derecho á exigir de un publicista, encargado por tantos periódicos del honroso ministerio de historiar casi al día los hechos corrientes, el sentir y el pensar suyos, acerca de tales hechos. Y he cumplido yo este deber mío con toda escrupulosidad, porque media una distancia enormísima entre los diálogos cogidos al vuelo y echados como teas incendiarias en la pólvora fulminante de las pasiones políticas y el juicio sereno de un historiador, puesto á cierta distancia de los hechos en su fría imparcialidad, para que tengan aquéllos en la conveniente alejada perspectiva el color y el relieve demandables á todo cuanto se historía y se juzga con verdadera solemnidad. Yo he cumplido mi deber en tal número de diarios, que apenas pueden contarse, y los propaladores de conceptos más ó menos míos aportados á sus redacciones, por más ó menos fieles relatos, ocasionados á inexactitudes generalmente, no han querido reproducir estos juicios de ahora, publicados, no sólo en los innumerables periódicos del viejo y del Nuevo Mundo, adonde los llevan las agencias de publicidad yankees, publicados aquí en castellano hace pocos días, con tipos ciertamente muy legibles, y en satinado preciosísimo papel, que tiene muchísimos lectores. Y allí he dicho lo siguiente que recorto con mis tijeras de la publicación aludida, y pego en estas cuartillas con mis propias obleas.

«Aunque, decía yo el 13 de Noviembre último, adrede apartáramos los ojos de Africa para convertirlos á cualquier otro punto ú objeto, no podríamos, por el imperio que con sus fascinaciones hoy ejerce sobre nosotros esta parte del mundo. Ya se ve: tenemos allí empeñado en lucha desigual y terrible lo mejor de nuestra sangre y vida,

el ejército español, tan audaz en sus acometidas, como sufrido en sus resistencias; valeroso hasta la temeridad en el arranque y en el empuje, resignado hasta el martirio en todos los trabajos y en todas las adversidades. No conozco marcialidad como la nuestra en gente ninguna. Cuando topáis en vuestros viajes con un soldado alemán, veis en seguida cuánto por ajustarlo al tipo de su clase han hecho la ciencia y el estudio, sobreponiendo una segunda naturaleza bélica, resistente y fuerte, sobre su propia naturaleza germánica, bonachona y dulce. No así en España. Vestís á un muchachuelo de soldado y parece haber vivido en la milicia desde sus primeros días y nacido militar hecho y derecho. Esta indómita complexión española, de un individualismo tan ajeno á toda disciplina y obediencia, posee flexibilidad tan maravillosa, que á la menor imposición de su conciencia se acomoda con lo pedido por el deber, trocándose á esta virtud suya sin esfuerzo y con espontaneidad, siempre que de lo militar se trata, el imberbe recluta en veterano perfecto con pocos días de cuartel y ejercicio. No necesitábamos que nos instruyera la experiencia en aquello contenido dentro de nosotros y que constituye nuestro moral patrimonio; pero si la pena causada en todo ánimo patriota por este adverso caso del choque tremendo en Melilla, choque tan inesperado é importuno como terrible, puede mitigarse con algo, es con la consideración de que ahora como siempre ha mostrado el ejército su antiguo valor, que lo coloca sobre todos los ejércitos del mundo, y la nación esta identidad fundamental de todos sus hijos en las mismas ideas y en los mismos propósitos, cual si tuvieran un alma sola; identidad por la cual nos hemos salvado de cien conflictos y conseguido vencer á la fatalidad y al destino, grabando los blasones y timbres del imperio español desde los arenales de Marruecos hasta las maniguas de Cuba. Dejar la guardia del hercúleo canal y del extremo de nuestros viejos continentes y del espacio comprendido entre la boca del Muluya y la boca del Mediterráneo y del camino hacia las dos Américas en manos tan audaces y aviesas como las marroquíes, ¡ay! tiene inconvenientes tales, que nos obliga y constriñe al cumplimiento de una finalidad tan humanitaria como refrenar los crueles instintos de semejantes fieras y someterlos por fuerza y por necesidad al yugo de la civilización y sumergirlos en el movimiento de todos los progresos. Y para ilustrar el espacio comprendido entre los dos mares y el Atlas, que llamamos imperio de Marruecos, no hay nación alguna en el mundo con las aptitudes, con las cualidades, con la indisputable idoneidad nativa del pueblo español, destinado á ello por el espíritu suyo, por el tiempo en que ha vivido, por el espacio donde se dilata, por Dios y su Providencia. Así, pues, ya que un unánime consentimiento de todos los pueblos desinteresados y una herencia de glorias y recuerdos inmortales y unos decretos tan categóricos é imperiosos como los que formulan la Geografía y la Historia en el asunto del predominio natural de los pueblos cultos sobre los pueblos atrasados, deciernen Marruecos á nuestra protección, debemos estar todos los españoles á una convenidos por tácito pacto en no

forzar los hechos hasta encontrarnos plenamente seguros del debido logro de nuestras seculares aspiraciones, que nos exigen robustez en el cuerpo, suma de fuerzas, concierto en hacienda y en administración, desahogo económico, disciplina social, regreso de nuestras perturbaciones tradicionales al orden indispensable para todo continuado esfuerzo y para toda gran empresa. Mirémonos en el espejo de lo acaecido á Italia últimamente. Quizá Túnez le hubiera sido reservado por Europa, si no se impacienta en el deseo vivo de la consecución del codiciado logro y no sacude con sus propias manos un árbol del cual no debía probar la fruta. El problema de Marruecos, planteado por nosotros á deshora, puede producir la guerra europea; y la guerra europea puede traernos, si por modo indirecto y como de soslayo entráramos en ella, tremendas responsabilidades. Ya sabemos que una gran parte de la opinión inglesa pide la restitución de Tánger, adquirida para la península por Alfonso de Portugal el Africano y regalada por los traidores Braganza á los Estuardos restaurados, regalo hecho en odio á España, como si fuera todavía una porción integrante de Inglaterra, cuando la perdieron hace dos siglos, y que otra gran parte de la opinión francesa pide toda la banda oriental del Magreb confinante con Argelia; por lo cual nosotros debemos mantener la estabilidad de tal territorio bajo su actual emperador y sostener el fiel en la balanza con ánimo de que no comience un reparto, en el cual, saliendo bien librados, podíamos obtener una sola fraccion, tocándonos, como nos toca, el todo, que alcanzaremos con un poco no más de habilidad, espera y paciencia. Interésanos, después de haber desconcertado á Bismarck en el asunto de las Carolinas con tanto acierto como fortuna, no hacer ahora el juego de Bismarck, indisponiendo á Francia con Inglaterra, para que, triunfe quien triunfe, quede todo el continente, bien á merced y arbitrio de Alemania, bien á merced y arbitrio de Rusia. Bismarck sueña con indisponer á Inglaterra y Francia por Tánger, cual indispuso á Italia y Francia por Túnez. Y así como cuando tuvo poder llevó los hechos por ese camino, ahora, que sólo tiene influencia, lleva por ese camino las indicaciones. Y contra nuestros intereses designa el objetivo de Tánger á Inglaterra, y contra nuestros intereses designa el objetivo de Touat y de Fidjid á Francia, para que choquen allí con estrépito, y dado ya este choque, tenga que arrastrar á Italia Inglaterra en su auxilio, é Italia tenga que arrastrar los dos Imperios de la triple alianza. He ahí el abismo que oculta en su seno la pavorosa cuestión de Occidente. Hay que bordearlo á toda prisa, quedándonos en nuestra saludable neutralidad y reteniendo el Estado marroquí en su *statu quo* habitual. Castiguemos con un gran escarmiento á los moros del Rif, escarmiento tan rápido como ejemplar, y volvamos, después de satisfechos, al hogar donde nos llaman el culto á nuestra joven libertad y el cuidado de nuestra convaleciente Hacienda. Así sea.»

Las dos últimas notas del sultán; las constantes afirmaciones del ministro de Negocios extranjeros marroquí dichas en Tánger; la presencia del príncipe Araaf ante las tri-

bus insurrectas; las demandas de cambio y de comercio dirigidas á nuestros generales por los bajaes tras los retos dirigidos antes; el arte con que ha comenzado Martínez Campos la defensa; los meditados y sobrios discursos de éste, así en Córdoba como en Málaga; la consumada destreza con que mi amado amigo y discípulo, el gran orador que desempeña interinamente la cartera de Negocios extranjeros, por un sí ha conjurado los recelos europeos, tan despiertos, y por otro sí conseguido asociar el imperio marroquí á nuestra obra de imposición sobre las tribus insurrectas; esta ya larga suspensión de hostilidades reemplazando al anterior hostigueo; esa erección del fuerte dirigida con tan admirable prudencia; las meditadas frases del Sr. Sagasta, eminentemente patrióticas, nos hacen creer concluida la guerra, y nos sugieren el anticipado *Te Deum* de la paz y de la libertad. Por consiguiente, nada tengo que hacer después de coincidir los pensamientos del gobierno liberal con mis ideales y la obra de Martínez Campos con mis deseos, que rectificar otro error de importancia: el arrepentimiento, que ha supuesto en mí el telégrafo y la prensa, del acuerdo, con tan grande antelación tomado y tan á conciencia dicho, de mi retirada del combate político diario. Cada vez me hallo más satisfecho de mi resolución. Y los elocuentísimos discursos del estadista ilustre, de Abarzuza, que me ha reemplazado en la dirección del partido; la mesura y la prudencia de su sabio proceder; el desinterés de sus móviles y el alto patriotismo de sus fines; la cohesión en que mantiene las sendas fracciones posibilistas en los dos cuerpos colegisladores; los manifiestos últimos de una forma tan sobria y de unas ideas tan elevadas; la coincidencia conmigo en los problemas africanos y la perseverancia en el presupuesto de la paz, cuando ni siquiera nos hemos consultado uno á otro, muestran cómo conservamos la unidad de miras en todo, y cómo su aproximación á la legalidad, mayor que mi aproximación, es la consecuencia de toda nuestra política en los veinte años últimos. Así lo he creído explicar en la carta circular que varios amigos fraternales tienen ya olvidada, pues se la dirigí en Mayo último, pero que ahora ve la luz pública en corroboración de todos mis juicios.

«Voy á emprender ante V. un examen de concencia, encaminado á fijar la posición que yo debo tener en la política española, para lo cual hablaré de mí, cual si hablara de un paseante por la estrella Sirio. Inútil ocultarlo. Desde mi discurso del teatro de Oriente, yo traje á la democracia española, influida por cierto espíritu extranjero que le habían sugerido la estancia de Albaida en Inglaterra y la constante lectura de libros franceses por Rivero, un espíritu español, bebido en mi ocupación favorita, en el estudio de la historia patria, dejando aparte la educación aquistada dentro del hogar, donde se había tanto padecido en la guerra con los franceses por la patria y en la guerra con los carlistas por la libertad. Así nadie puede, nadie, dudar que traje yo con tal espíritu español, á la política democrática, un espíritu conservador. Liberal radicalísimo, por querer todas las libertades individuales; y demócrata puro, por querer la extensión de estas libertades á todos

los ciudadanos sin excepción; había en mi persona un individualismo nativo, que me comprometía de suyo á la defensa y guarda del principio de propiedad, así como un cristianismo que, á pesar de inspirado en el criterio filosófico más que en la fe ortodoxa, me unía por muy apretados nudos con la Iglesia católica. Llamado á redactar periódicos demócratas desde Setiembre del 54; mi corta estancia en el primero de éstos, en *El Tribuno*, explica otro de los principios capitales en mi vida, el principio republicano. Yo entré por Octubre del 54 en la redacción de *El Tribuno* y salí por Noviembre del mismo año. ¿Por qué tan rápido paso? Porque, habiendo votado contra la monarquía la fracción democrática en la Constituyente de tal año, *El Tribuno* se declaró en disidencia con ella y se adscribió á la democracia, sí, pero á la democracia monárquica. Aquel primer sacrificio, pues yo necesitaba el sueldo que me traía mi pluma de redactor, me ligó á la república, principio capital de toda mi vida. Yo era un demócrata, un liberal, un republicano, y al mismo tiempo un individualista muy exaltado y hasta un católico por sentimiento y por educación, era, pues, un decidido conservador dentro de la democracia, de la libertad, de la república. Por estos últimos caracteres entré yo en *La Soberanía Nacional*, diario de Sixto Cámara. Pero en cuanto *La Soberanía Nacional* mostró la oreja socialista, tomé por motivo un suelto apologético del Terror francés, y abandoné su redacción. Como salí de *El Tribuno* por haberse inclinado á la monarquía, salí del periódico de Sixto Cámara por haberse inclinado al socialismo.

»En aquellos meses, Rivero fundó el periódico definidor de la democracia en España, pues se tituló *La Discusión*, título de inextinguible recuerdo en la gloriosa historia del movimiento democrático. Desde los primeros números tomé yo en su redacción una parte activa y diaria, escribiéndome casi toda la hoja, por mi facilidad increíble de escribir, no menguada ni á los sesenta años como veis. Unos siete meses pasaría yo en aquel periódico, enteramente solo, propagando la democracia con ahinco, pero una democracia cristiana, conservadora, gubernamental, tan alejada de la monarquía como del socialismo. Después vinieron de una parte los demócratas socialistas representados por Pi, de otra parte los demócratas monárquicos representados por Martos; cuando la reacción del 56 nos unió á todos en el odio común á los partidos retrógrados y en el amor á los dos principios capitales de la democracia moderna, el derecho de los individuos y la soberanía de los pueblos. Mas imposible que continuásemos unidos, como en los primeros tiempos de la reacción, al ir andando los hechos y pidiendo concretas definiciones impuestas por su lógica, tan rigurosa como la lógica de un sistema ó de una filosofía. Debíamos primero separarnos de los demócratas monárquicos y luego de los demócratas socialistas. Al definir la democracia, opusímosla con reflexión á los progresistas, y oponiéndola con reflexión á los progresistas, tuvimos que sobreponer los derechos individuales á la soberanía nacional, y que pedir ésta con la intervención inmanente del sufragio universal en el Estado, contraria y opuesta del todo á los vie-

jos principios progresistas. La polémica ruidosa entre Calvo Asensio y Rivero en *La Discusión,* así como el folleto mío *La Fórmula del progreso* y su contestación en otro folleto por Carlos Rubio, dieron un carácter, tan individualista y tan republicano á la democracia, que debieron marcharse por necesidad de nuestro lado los demócratas monárquicos.

»Pero no bastó con tal definición. Precisaba otra cuya formulación nos apartase del socialismo. Y vino esta separación también. Poco después del movimiento, que reconstituyera Italia, comenzó á determinarse un movimiento antidinástico en los progresistas. Rivero, que tan acertado anduvo al escribir el programa democrático y salvarlo de las denuncias del Sr. Posada, no secundó este movimiento antidinástico de los progresistas, cual nosotros creíamos necesario secundarlo, y además no quiso apartar nuestro credo del credo socialista, cual creíamos nosotros que debía necesariamente apartarse. Y fundamos *La Democracia. El Rasgo,* el movimiento universitario, la polémica inolvidable con Pi sobre la doctrina socialista, dicen cómo cumplió mi diario los dos capitales fines para que fué fundado. Llevamos por *El Rasgo* y por la Universidad la dirección del movimiento antidinástico; por la polémica con Pi limpiamos de virus comunista la democracia española. Y vino la revolución. Mi puesto se hallaba dentro del partido republicano. Así no quise transigir con Rivero, y me aparté de los demócratas monárquicos. Pero, dentro del partido republicano, mi puesto se hallaba en la derecha. La legalidad siempre, la evolución como método, la inteligencia con los partidos más avanzados de la monarquía, fueron las tres imposiciones que yo dicté con imperio al partido republicano histórico. Pero en este período cometí yo un error y una inconsecuencia, bien caramente pagados. El error, la triste aceptación de una república federal, como la inconsecuencia, unirme por el común interés republicano con los socialistas. Nunca lo hubiera hecho. ¡Ah! Sin la república federal se hubiese quedado todo el movimiento revolucionario en la república conservadora el año 73, cuando nació este régimen de la necesidad social; y sin la inteligencia con los socialistas no hubieran podido éstos jugarnos la partida que nos jugaron el 3 de Enero, ni alcanzar el número que alcanzaron en la Convención republicana. Pero este rompimiento eterno ha prosperado la evolución, el método legal, el credo antisocialista, la inteligencia con los factores progresivos de la monarquía.

»Mas no hay que ocultarlo. Con todo esto se sumaron explícitas, concretas, continuas declaraciones republicanas. Obligáronnos á ellas, aparte la conciencia y la historia personales, el carácter muy reaccionario de la Restauración, la doctrina de los partidos legales é ilegales; una cosa tan funesta como la confusión, hecha por Zorrilla, de la bandera republicana con la bandera revolucionaria; el constante ataque de nuestros afines; el discurso de la madrugada del 3 de Enero, que sacudió la federal y el socialismo, pero afirmó con afirmación inolvidable la república conservadora. No tuvimos parte ninguna en el golpe de Estado, aunque lo provocara y

lo trajera la ceguedad suicida de los federales y de los socialistas; tampoco tuvimos parte ninguna en los gobiernos que lo representaran, á quienes aconsejamos la sanción del principio republicano por plebiscito, ante el cual se presentara el código político del 69, sin más alteraciones que atribuir á un Presidente por diez años, reelegible, después de nombrado, por las Cortes, y con las facultades todas y las prerrogativas del monarca, menos el carácter de vitalicio y hereditario, ó el título de majestad, incompatibles con la república. No cuajó este proyecto, y vino la Restauración. Ya, dentro de la Restauración, abracé yo el método legal y salí diputado, hallándome allá en París, que designé por mi residencia en los primeros días de tal desgracia, y que no abandoné hasta mi triunfo en las elecciones de Barcelona.

»Ya diputado, condené todas las revoluciones, prometiendo restaurar dentro de la legalidad el programa democrático, que había naufragado en la guerra civil. Como yo creía que á esta última se debió el eclipse de la libertad; hice, desde comienzos del setenta y tres, dentro y fuera del gobierno, lo posible y lo imposible por la paz. Yo creo que quien restableció las ordenanzas y con ellas la disciplina; quien reorganizó el cuerpo de artillería; quien sacó las reservas, hizo cuanto pudo por la paz; y quien con su presencia en el primer Congreso de los Borbones restaurados y con su labor de cuatro lustros seguidos logró los derechos individuales y el sufragio universal, hizo cuanto pudo por la democracia. Y como la democracia no podía restaurarse, sino contrastando la inteligencia entre conservadores y ultramontanos con la inteligencia entre liberales y demócratas, yo sostuve tal inteligencia, sin más limitación que no pedirles nunca, ni por el propio nombre, ni por el interés público, á los primeros, nunca, la destrucción del principio monárquico, bajo cuya sombra, necesitamos decirlo, hemos traído la democracia pura y la libertad omnímoda, que se perderían sin remedio, en mi sentir, el día que cayéramos en la crisis consiguiente á un cambio de instituciones. Pero yo estoy en una singular posición respecto de la monarquía. He podido democratizarla desde el Parlamento y no puedo servirla desde el gobierno. Ya presagiaba yo lo que debía sucederme, cuando dije que la monarquía democrática era la fórmula de nuestra generación, y que yo estaba incapacitado de combatirla por cuanto hay en esa fórmula de democracia é incapacitado de apoyarla por cuanto hay en esa fórmula de monarquía. No me queda más remedio que venirme á mi casa.—«Tú no puedes desaparecer», me decía un buen amigo cuando le comunicaba tal intento.—Y á eso digo: «Tan puedo yo desaparecer, que ya he desaparecido.»

»Yo no puedo dirigir un grupo que pida el gobierno, porque yo no puedo gobernar bajo la monarquía. Yo no puedo dirigir un grupo que combata la monarquía, porque yo creo esta institución indispensable hoy á la patria, y su existencia unida en el horizonte sensible de mi vida personal á la democracia y á la libertad que con ella hemos establecido y organizado. Yo creo el organismo mejor para sustentar la monarquía dentro de la democracia

y la democracia dentro de la monarquía el partido liberal, con su jefe á la cabeza el Sr. Sagasta. Pero como soy republicano de convicción y republicano por mi historia, yo no puedo ingresar en el partido liberal, que tiene su jefe, y su historia, y sus doctrinas, con las cuales no está una parte considerable del patrimonio moral que constituye mi historia y que yo defenderé contra todos y todo lo conjurado en daño suyo con una inercia tan grande como activa fué mi voluntad en los lustros anteriores, y con un retraimiento de la política tan decisivo como resuelta y continua fué la intervención anterior. ¿Voy á disputarle yo al Sr. Sagasta la jefatura del partido liberal? ¿Voy á ingresar yo en ninguna fracción monárquica? ¿Voy á combatir al Sr. Sagasta, cuando tengo el compromiso con mi conciencia é historia de no combatirlo? ¿Voy á sustentarlo, cuando tiene tantos correligionarios que lo defiendan, y un ejército numeroso? ¿Voy á capitanear un grupo que, dentro de la legalidad, no puede ir á ninguna parte, porque no puede ir al gobierno? ¿Voy á salirme de la legalidad á mi vejez, y marcharme á los federales y á los revolucionarios? Mientras tuve un programa, como el democrático, que defender, en la política estuve; desde que no tengo programa, jamás, como no peligren las instituciones democráticas, volveré á la política. ¿Qué deben hacer mis antiguos amigos, á los cuales anuncié mi resolución en el Parlamento? Pues los que deseen ser lógicos con el proceder emprendido desde la Restauración, irse al partido liberal; y los que deseen guardar su característica republicana, irse á su casa. Yo en mi casa estoy, de donde no me sacará nadie, mientras no peligre la democracia que hemos restaurado, y la patria en que vivimos y moriremos. Yo no tengo papel que representar en la política española. Yo únicamente le pido á mi país que me deje morir en paz y que luego me haga un buen entierro. Nada más. Escribiré, primeramente, porque la pluma contribuye á mi sustento, después, porque quiero dejar la historia de mi patria. He trazado un volumen de esta historia en el *Descubrimiento*, y ahora trazo otro volumen de esta historia, en la *Conquista de América*. Y no pienso hacer nada más. De la tribuna me he despedido, pues no pisaré nunca el Congreso. De la prensa me despido también, pues heme apartado de la inspiración directa que sobre algún órgano importantísimo de la opinión ejercía. Quiero con mis obras atender á mi subsistencia, como jornalero que soy desde mi mocedad, y quiero morirme reconciliado con todos los españoles en el seno de la paz, iniciada por mí entre las catástrofes del setenta y tres, y en el seno de la libertad, restaurada en el transcurso de los veinte años que ha recorrido la Restauración, impelida con un empeño sin ejemplo, por mis discursos á la democracia. No quiero servir la monarquía reinante, porque me lo veda mi honor, pero tampoco traer la coalición revolucionaria, porque me lo veda mi patriotismo.

Dicho esto, me queda tan sólo una cosa que decir y que notificar: la necesidad, en que nos hallamos, de volver pronto á la nivelación del presupuesto y de ocurrir á las grandes necesidades económicas del país.

Por haberlo en mal hora olvidado tres pueblos tan afines á nosotros, tan de nuestra sangre y alma, como Italia y Grecia y Portugal, están abocados á irreparables catástrofes. Decía el bonachón de Ricardo que tres mudanzas de hogar equivalen á un incendio; y digo yo que tres elecciones de la Península equivalen á una revolución, como demostró el período crítico de nuestros profundos sacudimientos revolucionarios. Pues bien; por no haber acudido con el remedio económico á tiempo, se halla Portugal en trance de disolver su Parlamento, hace poco reunido, y en vísperas de una crisis política profundamente grave. Algo peor acontece á la vez á Italia. El ministerio Giolitti no ha podido resistir á las sesiones primeras del Congreso convocado bajo su dirección; y el estado de los cambios y el déficit de los presupuestos lanza con verdadero empuje á los ciudadanos en la peor de cuantas revoluciones pueden imaginarse bajo el cielo, en una revolución social. Exactamente lo mismo Grecia, exactamente lo mismo. El rey se ha sobrepuesto en la opinión al Parlamento, porque nombra el rey un gobierno de verdaderas economías, y el Parlamento quiere un gobierno de partido. Así como, al finalizar el siglo último, concluyeron el feudalismo y el poder absoluto; al finalizar este siglo, concluirán el armamento desapoderado con la conquista violenta. Y entonces sí que podremos oir con encanto y satisfacción en la misa: «gloria en las alturas á Dios y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.»

Emilio Castelar.

IMPRESIONES LITERARIAS

Huelga de hijos, comedia en tres actos y en prosa por D. Enrique Gaspar.

La primera regla del arte novísimo de hacer comedias, consiste en imaginar un conflicto para cuya solución hay que quebrantar cualesquiera de las leyes morales, sociales ó civiles que rigen la sociedad presente. Antesse decía que el teatro era «la escuela de las costumbres», hoy el teatro es una escuela contra las costumbres, un comentario cruel en forma de diálogo á los preceptos de la Etica ó á los artículos del Código civil. Siempre fueron los poetas gente descontentadiza y mal hallada con las cosas de su tiempo, pero hoy el que más y el que menos de aquellos privilegiados seres aspira á destruir lo existente lanzando sobre la sociedad argumentos de comedias á guisa de bombas explosivas. El espíritu de rebeldía reina sin limitaciones en el teatro. Tal autor trata de probarnos, como tres y dos son cinco, que el marido engañado por su mujer tiene derecho á seducir á las hijas de sus amigos, porque no es cosa de que el malaventurado esposo tenga que ir á satisfacer sus apetitos en parajes *non sanctos*. Tal otro se propone *sacar del lodo* (sic) á la mujer perdida, pintándola como un ser superior mal comprendido; éste *fustiga* á la justicia histórica, aquél pone de oro y azul al sacerdocio, y salvo raras excepciones, apenas si hay dramaturgo que con más ó menos brío no acuda á disparar su piedra sobre el presente orden social. Esta especie de anarquismo nada respeta: lo mismo combate á las instituciones seculares que á Dios, y nada hay adonde no alcancen sus tiros.

Cierto que son muchas las cosas que exigen grande y radical reforma. Los hábitos sociales no crecen, como las túnicas de los hebreos, en la misma proporción que se desarrollan los organismos de que aquellos son como el traje. Quizá las costumbres actuales nos vengan, por decirlo así, estrechas é inadecuadas á nuestra vida presente; pero al combatir estas costumbres, el dramaturgo debe distinguir lo que hay en ellas de esencial y de respetable de aquello otro accidental y que reclama pronta y enérgica modificación.

Por otra parte, ¿no tiene algo de pueril intento querer arreglar el mundo á fuerza de comedias? ¿No sería mejor confiar al púlpito, á la tribuna, al libro, el planteamiento y resolución de los grandes problemas sociales? Cuando un género literario traspasa sus propios límites, decae y languidece, y el arte dramático, al pretender convertirse en diálogo filosófico, pierde su belleza y nada consigue en seriedad científica.

Se me ocurrían estas reflexiones viendo representar, no ha muchas noches, la comedia de Enrique Gaspar, titulada *Huelga de hijos*. En medio del deleite que me producían los rasgos ingeniosos que en su obra ha derramado el autor á manos llenas, y á despecho del asombro que me causaba la maestría con que el Sr. Gaspar ha agrupado los personajes y sostenido el interés, y dado á la ficción caracteres de realidad, sentía yo, y creo que conmigo gran parte del público, cierta impresión amarga que desvirtuaba en algún modo el efecto artístico de la producción dramática. Hay, en efecto, algo en ella que hiere santas creencias grabadas por Dios en lo más hondo de nuestro ser, algo que pugna con los imperativos mandatos de la conciencia. El precepto divino que nos manda honrar á nuestros padres, no es ni puede ser objeto de discusión; rebelarse contra él, querer derogarlo con sutilezas más ó menos ingeniosas, es pretensión tan temeraria en el orden moral, como en el orden físico sería el intento de suprimir la ley de la gravedad. En todo tiempo, el deber del hijo bueno será el de ocultar piadosamente y con el rostro vuelto, la desnudez vergonzosa de sus padres.

No lo ha entendido así el señor Gaspar, ó, mejor dicho, entendiendo y acatando quizá en su conciencia el mandato divino, ha creído satisfacer los deseos del público presentándole un caso de filial rebeldía.

Dos jóvenes se aman, va á celebrarse su enlace; pero cuando ya la boda está pactada, saben uno y otro que la madre de ella y el padre de él viven, desde hace largos años, en adúltero consorcio. Según *las preocupaciones* sociales, el matrimonio de los dos prometidos esposos es imposible; las faltas de los padres van á acarrear la infelicidad de los hijos, y el lazo que iba á formar un amor honrado, está próximo á romperse bajo el peso de un amor criminal. ¿Deben los hijos ahogar su pasión en el fondo del pecho sufriendo resignados la lógica fatal de la falta de sus padres; ó, por el contrario, tienen perfecto derecho á rebelarse contra la dura ley y á romper toda solidaridad con la conducta de sus progenitores?

Tales son los términos en que el autor plantea su problema. ¿Cuál es la verdadera solución? Para la mayor parte de los espectadores, la contestación es fácil; les basta con repetir lo que preceptúa el cuarto mandamiento.

Claro es que en el caso presentado por el Sr. Gaspar es duro el cumplimiento del mandato. Mas ¿por ventura es siempre lo más cómodo cumplir con el deber? Pésenos ó no, las faltas de los padres caen fatalmente sobre los hijos: nuestra sangre lleva tal vez el germen morboso de vicios heredados; carcoma en nuestros huesos, perturbaciones cerebrales, lesiones que minan nuestra salud, son muchas veces herencia que no podemos re-

chazar. Errores y faltas, vicios y pasiones, se transmiten, sin más delito que *el delito de nacer,* de padres á hijos, formando así la cadena dolorosa de la vida. Acaso viendo estas cosas al través del prisma de nuestro egoísmo nos parezca injusta la condena que sin pena sufrimos; quizá á veces broten de nuestro corazón gritos de protesta semejante á aquel que lanzaba Job desde el fondo de su miseria maldiciendo la noche en que se dijo: «engendrado sea varón». Mas á medida que nos apartamos de la estrechez de los intereses personales, la ley que nos parecía inicua, nos parece sabia y excelsa y ordenadora de la vida física como de la vida social.

¿Qué mayor estímulo para nuestra moralidad, nuestra salud, nuestro buen nombre, que la seguridad de que todo ello lo transmitimos á nuestros hijos? No hay sanción como esta sanción divina; ella nos hiere en lo más sensible de nuestra alma, que no hay dolor como el dolor de ver sufrir á nuestros hijos por culpas que nosotros cometimos. Quizá no inventó Dante un tormento mayor que este crudelísimo tormento.

Pero si el hijo sufre las consecuencias de las faltas de los padres, disfruta también de los bienes de todo género que ellos les proporcionaron. Si heredamos la gloria, la fortuna, la salud, el respeto social, justo es también que soportemos el descrédito, la enfermedad y el desdoro. No es rebelándonos contra nuestros padres, escarneciéndolos ó renegando de ellos como borramos el estigma de la herencia, sino haciéndolo olvidar con nuestra abnegación y sacrificio. Hay un cuento del P. Coloma, en el cual cuento un hijo abandonado por sus padres criminales, sabe que los miserables que le dieron el ser han sido condenados á muerte. El hijo piadoso puede ocultar la vergüenza de su origen; pero cumpliendo la ley de Dios, acepta la infamia heredada y va con la frente alta y el corazón sereno acompañando á sus padres hasta el mismo madero del patíbulo.

Sin duda esta heroica resignación cristiana no es propia de los espíritus fuertes y educados en Norte América como Enny, la protagonista de la comedia del Sr. Gaspar. Para la avisada é ilustrada joven de *Huelga de hijos,* el problema planteado por el autor se resuelve por el lado del egoísmo personal. ¿Qué tiene ella que ver con las faltas de sus padres? Si fueron adúlteros y escandalosos, tanto peor para ellos. Si olvidaron su honra y sus deberes y sufren ahora las consecuencias de sus extravíos, *que se aguanten.* La sabihonda joven no sacrificará en aras de sus padres el amor que siente por su novio; á despecho del escándalo, renegará de los que le dieron el ser, y haciendo público su desacato, aceptará como suegro al deshonrador de su padre y amante irregular de su madre. Hay algo de incestuoso en el matrimonio de Enny y del bravo capitán de húsares. Los dos amantes satisfarán, es cierto, sus ansias amorosas, quizá se rían en el retiro de su hogar de las preocupaciones del mundo; pero cuando venga á la memoria el nombre de sus padres y sientan proyectarse sobre ellos la sombra del deshonor heredado, y tengan que apartar á sus hijos del lado de sus abuelos para evitar que se mezclen en el rostro de aquellos seres inocentes

con los besos de la adultera los del marido y del amante... entonces acaso se convenzan los dos esposos de que ni con la desenvoltura americana, ni con la fortaleza del espíritu, logran los hijos librarse de la ley que hace sufrir las faltas de los padres.

Seguro estoy de que la paradoja llevada al teatro por el Sr. Gaspar no es producto de una creencia sincera, sino propósito artificioso para vencer, mediante las armas del ingenio, los sentimientos del público, alarde de atrevimiento propio de un autor que tiene fe en su talento y que quiere hacer prueba de él defendiendo lo absurdo.

Porque Enrique Gaspar es quizá el escritor de más vigor y de más fuerza dramática de cuantos en España y fuera de España cultivan la literatura teatral. En lo tendencioso de sus obras se parece á Dumas, en los procedimientos escénicos se asemeja á Sardou. Como el autor francés, subordina la lógica al efecto y los caracteres á las situaciones. Triunfar del público de cualquier modo, en franca lid ó por sorpresa, mejor por sorpresa; disimular los defectos de la acción con los primores del estilo y encubrir las faltas del argumento con las filigranas del lenguaje, tales son los rasgos principales de la *manera* artística de Gaspar, rasgos que fácilmente se echan de ver en *Huelga de hijos*.

En buena lógica, casi nada de lo que pasa en la comedia hubiera podido ocurrir en el mundo dadas las premisas sentadas por el autor. No es lógicamente explicable que el novio de Enny, con sus treinta años y viviendo en sociedad, ignore la clase de relaciones que existe entre la madre de su novia y su propio padre; no es posible que el de Enny ignore quién es el querido de su mujer, ni que ésta desconozca á la querida de su marido. Pero toda esta incomprensible ignorancia hace falta para que surjan las situaciones dramáticas imaginadas por el autor. Una vez agrupados los personajes, la lucha de los afectos es tan viva, tan palpitante el interés, que el público se olvida por de pronto de las inverosimilitudes y cede ante el arte verdaderamente mágico del dramaturgo. Entonces no hay más remedio que aplaudir; la frase que llega al corazón, la réplica concisa en que se resume un concepto profundo, la exclamación que revela un estado del alma, el apóstrofe en que se encierra una teoría, el breve sarcasmo que equivale á una larga sátira, brotan espontáneos, incisivos, elocuentes, de los labios de los personajes, sin dejar tiempo ni lugar á los espectadores deslumbrados, para que puedan ver, al través de tantos y tan vivos destellos, las líneas no siempre correctas y proporcionadas de la acción.

Es asombrosa la facilidad con que el insigne dramaturgo maneja el diálogo. Hombres, mujeres y niños hablan su lenguaje propio, desprovisto de toda afectación, llano, natural, sobrio, rebosando chiste, ingenio, pasión sin decaer un punto, sin incurrir jamás en trivialidad. Nada tan animado y chispeante como el primer acto: es un verdadero interior de casa moderna, y un cuadro fiel de las costumbres de nuestra clase media elevada. La sátira contra la educación un tanto ñoña é hipócrita que suele darse á la infancia, así como la precocidad de ésta, es, aunque exagerada en

los pormenores, exacta en lo esencial, y la exposición está hecha de mano maestra. El segundo acto es el más endeble de la obra; el tránsito de lo cómico á lo dramático es demasiado brusco; el recurso de la compra del hotel falso y la sorpresa del final, por las razones que dejo más arriba apuntadas, incomprensible y absurda. La escena culminante de la obra, la escena grande, está en el acto tercero. Enrique Gaspar ha puesto en ella todo su talento, toda la sutil agudeza de su ingenio, todas las galas de su rica imaginación, todos los recursos de su sensibilidad exquisita para sostener, ó, mejor dicho, lanzar contra el público la paradoja que sirve de tesis á su comedia. Con decir que el público interrumpe repetidas veces con atronadores aplausos las frases de rebeldía con que la hija echa en cara á sus padres sus faltas; con decir que el espectador no protesta contra aquella hija que no *quiere ser lo que ha sido su madre,* y que á las quejas de uno y otro contesta con la expresión de *aguantarse;* con decir esto sólo, demostrado queda cuán sugestivo es el talento del autor de *Huelga de hijos.*

Difícil es demostrar en el teatro una tesis verdadera; pero fuerza es convenir que es más difícil todavía demostrar una tesis absurda, y por esta vez el Sr. Gaspar ha hecho ver al público lo blanco negro.

La compañía de la Comedia interpretó á maravilla la nueva obra, distinguiéndose en la ejecución la señora Alverá y Ruíz y la señorita Guerrero, y los señores Cepillo y Thuillier. Hasta en los más pequeños pormenores pudo advertirse la inteligente dirección de Emilio Mario.

Francisco F. Villegas.

ÍNDICE

POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES, DE LOS ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LA ESPAÑA MODERNA DURANTE EL AÑO 1893.

Alexis (Pablo).—Los Rougon-Macquart. Jul. pág. 164; Ag. pág. 143.
Anónimo.—Despedida al piano.—Ag. pág. 131.
Arnold (Mateo).—El conde León Tolstoy. En. pág. 5.—Incumbencias de la crítica en la actualidad. Nov. pág. 146.—La Influencia literaria de las academias. Dic. pág. 155.
Asensio (José María).—Fernán-Caballero, Jun. pág. 133.
Banville (Teodoro de).—La miniatura. En. pág. 108.—Sganarelle. Oc. pág. 38.
Barbey d'Aurevilly (F.).—Venganza de una mujer. Oc. pág. 5.—La Cortina carmesí. Nov. pág. 5.—La Dicha en el crímen. Dic. pág. 5.
Barra (Eduardo de la).—A Gonzalo Bulnes. Oc. pág. 95.
Bergeret (Gastón).—Eugenio Mouton (Mérinos).—Semblanza. Ag. pág. 159.
Bourget (Pablo).—Taine. Ab. pág. 5.
Campoamor (Ramón de).—Doloras. May. pág. 181.
Caro (E.)—El suicidio en sus relaciones con la civilización. En. pág. 208; Feb. pág. 41.—La dirección de las almas en el siglo XVII. Mar. pág. 5.—Costumbres literarias del tiempo presente. Jun. pág. 151; Jul. pág. 147.—Lamennais según su correspondencia. Ag. pág. 109.—El fin de la bohemia, Influencias literarias de la Commune. Set. pág. 142.—La higiene moral, sus principios y sus reglas. Oc. pág. 69.
Caro (M. A).—A una fuente, refundición de Góngora. Dic. pág. 42.
Carrer (Luis).—Lejos de la patria (soneto). Jul. pág. 125.
Castelar (Emilio).—Crónica internacional. Feb. pág. 193; Mar. pág. 191; Ab. pág. 190; May. pág. 195; Jun. pág. 179; Jul. pág. 189; Ag. pág. 190; Oc. pág. 189; Nov. pág. 188; Dic. 185.
Claretie (Julio).—Francisco Coppée. Feb. pág. 80.—Victoriano Sardou. Jun. pág. 5.
Coppée (Francisco).—Un idilio durante el sitio. Feb. pág. 96; Mar. pág. 36.—Un veterano de la veterana. May. pág. 155.
Chehedeine.—Los Generales y el muyik. Dic. pág. 136.
Cherbuliez (Víctor).—Meta Holdenis. Ag. pág. 5.
Daudet (Alfonso).—El cura de Cucuñán. En. pág. 99.—Los dos mesones. Jul. pág. 114.—El credo del amor. Ag. pág. 104.—La cabra del señor Seguin. Set. pág. 107.—Las estrellas. Oc. pág. 33.—La cartera de Bixión. Nov. pág. 43.—Las Aventuras de una mariposa y de una cochinilla. Dic. pág 131.

Dymon.—¡Descansa, guerrero! Set. pág. 112.
Fernández Duro (Cesáreo).—Homenaje al eminente crítico é inimitable escritor Mr. Henry Harrisse. En. pág. 183.—Reseña crítica del Centenario. Feb. pág. 181; Mar. pág. 179; May. pág. 161; Jun. pág. 156; Ag. pág. 176; Set. pág. 190; Nov. pág. 167.
Fernández Prida (Joaquín).—La guerra y el derecho. En. pág. 168.
Ferri (Enrique).—Educación, ambiente y criminalidad. En. pág. 118. Garibaldi, según sus memorias. Mar. pág. 74.—La escuela criminalista positiva. Ab. pág. 159; May. pág. 125.
Fontoso (Alvaro).—Verdad amarga. Ag. pág. 140.
Gay (Sofía).—La fatuidad moderna. En. pág. 135.—El salón de la condesa Merlin. Feb. pág. 123.—El salón de la señorita Contat. Mar. pág. 123.—El salón del barón Gerard. Ab. pág. 121.
Lombroso (César).—Aplicaciones judiciales y médicas de la Antropología criminal. Feb. pág. 171; Mar. pág. 106; Ab. pág. 144; May. pág. 78; Jun. pág. 102; Jul. pág. 126.—El tipo criminal en el arte. Ag. pág. 141.
Lubbock (John).—La ambición. En. pág. 162.—La riqueza. Mar. pág. 119.—La salud. Ab. pág. 133.—El amor. May. pág. 146.—El arte. Jun. pág. 93.—La poesía. Jul. pág. 118.—La música. Ag. pág. 132.—La belleza de la naturaleza. Set. pág. 118.—Los trabajos de la vida.—El trabajo y el descanso.—La religión. Oc. pág. 49.—El destino del hombre.—El progreso. Nov. pág. 48.
Ludovicus (J. S.).—La sombra (poesía). Marzo, pág. 169.
Maupassant (G. de).—El miedo. En. pág. 112.
Mélida (José Ramón).—La Exposición Histórico-Americana. En. pág. 174; May. pág. 184.—La escultura Mexicana Pre colombina. Jul. pág. 172.
Méndes (Cátulo).—Las dos margaritas, En. pág. 104.—La criadita, Set. pág. 113.
Merimée (P.).—La partida de chaquete. Dic. pág. 175.
Montero (Félix de).—La paz del hogar. Oc. pág. 68.
Mouton Merinos (Eugenio).—El reloj viejo. Feb. pág. 139.—El gallo del campanario. Ag. pág. 167.
Musset (Alfredo de).—Namuna. Oc. pág. 163; Nov. pág. 77.
Narváez (Catalina).—La indumentaria en la Exposición de arte retrospectivo. Set. pág. 180.
Pardo Bazán (Emilia).—El Doctor Pascual. Set. pág. 172.
Pérez Bonalde (F. A.).—A Lesbia (poesía). Set. pág. 207.
Pontmartín (A. de).—La marquesa de Aurebonne. Jun. pág. 53.
Posada (Adolfo).—La idea de la justicia en el reino animal. Jun. pág. 122.
Puyol (Julio).—El estado y la reforma social. Ab. pág. 185.
Richepin (Juan).—¡Buenos días, señor! Feb. pág. 133.—El asesino desnudo. May. pág. 66.—La máquina de metafísica. Oc. pág. 42.—La obra maestra del crimen. Nov. pág. 65.
Rivas Frade (F.).—Rima. Ab. pág. 39.
Robles (S. Alfredo).—Ultimos ayes de un bardo. Set. pág. 106.
Rubió y Ors.—Al llanto (soneto). May. pág. 77.
Sainte-Beuve (C. A.).—Madama de Souza. Set. pág. 168; Oc. pág. 87.—Madama de Pontivy. Nov. pág. 87.—Madama Duras. Dic. pág. 143.
Sardou (Victoriano).—La perla negra. Jun. pág. 20.
Séneca.—Respeto á la desgracia (soneto). En. pág. 167.
Shakespeare.—Retractación (soneto). En. pág. 140.—Amor de mujer Feb. pág. 170.—Joyas del corazón. Oc. pág. 48.

Sturmalof (Nicolao).—La Exposición Histórico-europea. Mar. pág. 170; Jun. pág. 166.
Taine (H.).—La pintura en los Países Bajos. Ab. pág. 40.—El ideal en el arte. Oc. pág. 103.
Tarde (G.).—El duelo en lo presente. En. pág. 141.—El delito político. Feb. pág. 144.—El sufragio llamado universal. Set. pág. 132.—El amor morboso. Oc. pág. 96.—El atavismo moral. Nov. pág. 102.—La Arqueología criminal. Dic. pág. 43.
Theuriet (Andrés).—Cuento histórico. Mar. pág. 149.
Tolstoy (Conde León).—El canto del cisne. En. pág. 25.—Historia de un caballo. Feb. pág. 5.—De donde viene el mal. Ab. pág. 142.—Recuerdos de mi infancia. Nov. pág. 123; Dic. pág. 86.
Turgueuef (Iván).—Annuchka. En. pág. 51.—Primer amor. May. página 5.—Aguas primaverales. Jul. pág. 5.—Demetrio Rudin. Set. pág. 5.
Uribe Velázquez (Manuel).—A un Cristo empeñado. Ag. pág. 108.
Vaniere.—La gallina chasqueada. Nov. pág. 122.
Vida (Jerónimo).—El proyecto del Código penal. May. pág. 131.—Respeto á los poetas. Jun. pág. 121.
Villegas (Francisco).—La prensa periódica. En. pág. 200.—Impresiones literarias. Feb. pág. 198; Mar. pág. 199; Ab. pág. 202; Jun. pág. 196; Jul. pág. 182; Ag. pág. 201; Set. pág. 201; Oc. pág. 200; Nov. pág. 201; Dic. pág. 201.
Zola (Emilio).—Los ladrones y el asno. Mar. pág. 155.

ÍNDICE

Páginas.

La Dicha en el crimen (novela), por J. Barbey d'Aurevilly..... 5
A una fuente (soneto), refundición de Góngora..... 42
La Arqueología criminal, por G. Tarde..... 43
Recuerdos de mi infancia (continuación), por el Conde León Tolstoy..... 86
Las Aventuras de una mariposa y de una cochinilla (cuento), por Alfonso Daudet..... 131
Los Generales y el Muyik (cuento), por Chchdeine..... 136
Madama Duras, por C. de Sainte-Beuve..... 143
La Influencia literaria de las Academias, por Mateo Arnold..... 155
La Partida de chaquete (cuento), por Próspero Merimée..... 175
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 185
Impresiones literarias, por F. F. Villegas..... 201

AP
60
E8
año 5
no.58-60

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY